Libros del Asteroide

Jay McInerney

Al caer la luz

Traducción de Mariano Antolín Rato



Jay McInerney

Al caer la luz

Traducción de Mariano Antolín Rato

Libros del Asteroide

Índice

Portada
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
AGRADECIMIENTOS
Colofón
Créditos

Primera edición en Libros del Asteroide, 2017
Título original: *Brightness Falls*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Jay McInerney, 1992
All rights reserved

© de la traducción, Mariano Antolín Rato, 1992
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de la cubierta: © Carlos Pamplona Orts

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

A mi padre

Todo el nuevo pensamiento es sobre la pérdida. En eso se parece en todo al viejo pensamiento.

ROBERT HASS, *Meditación en Lagunitas*

La última vez que vi juntos a Russell y Corrine fue el fin de semana de la final de softball entre los adictos y los depresivos. Era un partido con muchos altibajos; los adictos en recuperación estaban deprimidos por la falta de sus medicamentos preferidos, y los depresivos, dopados hasta las cejas con exóticos proyectiles químicos cuyo objetivo era su escurridiza desesperación. Como yo me encontraba entre los sedados clínicamente, ya no recuerdo el resultado del partido, aunque sostengo que, en conjunto, formábamos un grupo tan representativo como el que pudiera esperarse de aquella coyuntura histórica. Corría el otoño de 1987. En Connecticut las hojas se estaban convirtiendo, a cámara lenta, en llamas; una noche, cuando fumábamos en el porche después de cenar, una chica de mi grupo que fingía padecer precognición declaró que veía aviones de papel estrellándose en el asfalto de Manhattan, a más de ochenta kilómetros de distancia. Claro que resultó tener razón. Pero esto fue justo antes de todo eso, antes de la gran rebaja de las grandes esperanzas.

Cuando llegaron al hospital aquel día del veranillo de San Martín, yo estaba sentado en la hierba de encima del aparcamiento dando chupadas a un Marlboro, imaginando cómo podría trocearlos con su robot de cocina, porque eran en parte responsables de que me hubieran metido en aquel manicomio con arcadas blancas y porque era fácil despreciarlos en tanto que prototipos: una pareja de anuncio, tan claramente miembros de su generación y clase. El pelo rubio de Corrine y la corbata amarilla de Russell ondeaban como gallardetes de brillantes promesas. Si te centras en el individuo no encuentras más que ambigüedad y compasión; si quieres violencia, quédate con el prototipo.

Yo estaba sentado con mi amiga Delia, cuyos brazos tenían grabada una cuadrícula de heridas que se había infligido ella, un

texto intrincado de odio hacia sí misma. Desbaratada por la buena vida, Delia había estado una vez en una fiesta de Russell y Corrine, y cuando estos enfilaron la entrada de tres carriles en su jeep abierto, sus mortecinos ojos de mapache parecieron brillar al reconocerlos. Se apearon desgarbadamente de su falso vehículo de guerra, con sus pantalones vaqueros descoloridos y las chaquetas azules de rigor, y la habitualmente muda Delia dijo, sin ironía:

—Ahí están el príncipe y la princesa en su carroza de seis caballos.

Sentado junto a Delia en el césped del hospital en aquel preciso momento, decidí que era una ilusión viable, hasta ese punto contrastaba su aristocrático porte cuando subían por el césped frente a las miradas sin vida y la postura encorvada y encogida de los internos que me rodeaban. En cierto sentido siempre habían sido eso, la pareja real que visitaba a amigos rotos en el manicomio, noblesse oblige. *Pero el matrimonio es también una forma de asilo mental. Cuando me encerraba en mí, siempre oía la salvaje llamada del mundo del otro lado de la puerta; a veces hasta se deslizaba por debajo. Pero en aquel momento no eran conscientes de que los estaban observando mientras se acercaban lentamente y llenos de glamur por la dorada pradera hacia el hospital, centrados todavía el uno en el otro, sin haber llevado a cabo la transición desde su mundo aparte al espacio común. En aquel momento casi empecé a creer en ellos nuevamente*.

1

Mientras rocía con limón los filetes de lenguado, Corrine oye la voz de su marido más alta que las demás, quizá porque suena más alto o porque ella la escucha con especial atención. Ahora la voz se aproxima desde el vestíbulo, dirigiéndose de vuelta al cuarto de estar pero acercándose a ella.

—Prefiero la vieja versión. —Russell no hablaba, bramaba.

—¿La vieja versión de qué? —pregunta ella, cuando él irrumpe en la cocina, llenándola casi con su exuberante gesticulación. Era una de esas cocinas de los apartamentos neoyorquinos de preguerra que, de hecho, no estaba prevista para una utilización seria, sino más bien para preparar unos huevos Benedict a las tres de la mañana, a la vuelta del Stork Club.

—¿No compré suficiente pescado? —pregunta Russell, volviendo a llenar su copa de vino en la encimera, mientras atisba el fogón por encima del hombro con algunas pecas de Corrine, y luego subrepticiamente el escote delantero de su vestido—. Bonito vestido. La chica del cumpleaños.

—Gracias. Ahora puedes quejarte de mi pelo.

Discuten con frecuencia sobre el pelo de ella antes de las fiestas; a Russell le gusta suelto, pues considera que resulta sexy; ella lo prefiere recogido arriba. Esta noche lo lleva recogido en la nuca en una dorada trenza sujeta con una cinta de terciopelo negra, y a él le gusta, y también estar casado con una criatura tan elegante.

—Creía que habíamos acordado que te mantendrías lejos de la cocina.

—¿Qué opinas del Condrieu?

—Por favor, nada de discursos sobre el vino. Esta noche no. ¿Prometido?

—Solo si tú me prometes no meterte debajo de la mesa para satisfacer oralmente a nuestros invitados masculinos. Y no me mires de ese modo. Te conozco. Que todavía no lo hayas hecho no quiere decir que no lo pienses.

—Creo que la que ha venido con Jeff probablemente se me adelantará.

—Dios santo, eso espero.

—¿De dónde crees que la habrá sacado?

—Levantó el mantel y ¡*voilà*! Allí estaba la chica.

—Oye, ¿dónde está el colador?

—Wash se lo llevó puesto a casa después de la última fiesta.

—¿Te gustaría salir con chicas como esa? —pregunta Corrine, repentinamente seria.

—Por Dios, Corrine, no me preguntes esas cosas.

—Russell —se queja ella, apartándose de la encimera con la mitad de un limón exprimido en la mano, mirándole con ojos tristes.

—Prefiero la vieja versión —vuelve a decir él, cogiéndola en sus brazos.

Corrine se echa hacia atrás y se libera de sus manos.

—No deberías usar esa palabra con una chica que acaba de cumplir los treinta y uno. Madre mía, treinta años es una cosa...

—¿Qué palabra?

—La palabra «vieja».

—Todavía eres mi rubia explosiva.

—Solo lo que queda después de que la rubia explotara.

Russell la vuelve a agarrar.

—¿Te había dicho que te pareces a Katharine Hepburn cuando era joven?

Lo había dicho, claro. Por eso resultaba tan importante que lo volviera a decir; como todos los matrimonios de cierta duración, el suyo también tenía sus conjuros rituales. Y Russell pensaba que su mujer encarnaba ciertas virtudes de la actriz; la belleza de pedernal que sugería un enérgico linaje anglosajón, las pecas que insinuaban un ramalazo celta. Él mismo tenía antepasados irlandeses, era de la

cuarta generación del condado de Cork Calloway vía Boston y Detroit.

—Trataba de parecerme a Grace Kelly —dice ella.

La fórmula ha funcionado, Corrine vuelve a tener dominio de sí misma.

—¿Dónde diablos está Washington? Estoy casi a punto de servir la comida.

—Ya conoces a Wash. Probablemente esté dando de comer al perro.

—Hace cinco años también jugaba a ser mal chico, pero tenía más encanto.

—Es lo que dicen las madres de los *boy scouts* malos.

—¿Jeff está muy pasado?

—¿De qué?

—Es lo que me gustaría saber.

—Está bien.

—Creo que deberías hablar con él.

—Hablo con él todos los días.

—Me refiero a hablar de verdad.

—Te refieres a que le interrogue.

—Hablar no es interrogar. Me molesta que digas esas cosas.

—Vamos a ver... Hablemos de nuestros sentimientos, chicas. —Sujetando la botella de vino como si fuera un micrófono, Russell canturrea—: Los sentimientos... dua dudua, los sentimientos...

—Menuda sensibilidad la tuya, Russell.

—Es mi maldición. Lo siento todo muy profundamente —dice, agarrando la nalga izquierda de Corrine a modo ilustrativo.

Corrine y Russell Calloway llevaban cinco años casados. Se conocían desde otros ocho antes de eso, se habían hecho novios en la universidad. Sus amigos los consideraban los perfectos pioneros del estado conyugal, como si hubieran convertido una de esas zonas de la ciudad antiguamente marginales en una zona que quienes iban a

la moda estaban empezando a habitar. Durante los años que llevaban viviendo en Nueva York, su apartamento del East Side se había convertido en un club para sus amigos menos asentados, una especie de piso piloto para los que piensan que ya va tocando invertir en el matrimonio. Para los que se habían casado recientemente, era un refugio seguro en una ciudad que echaba a perder los matrimonios, y los que estaban sin pareja encontraban descanso allí de la fatigosa informalidad de su soltería.

Ni siquiera sus amigos de la universidad, de los que cada año quedaban menos, conseguían recordarlos a cada uno por su lado. Por separado puede que los dos resultaran un tanto excesivamente atractivos, pero el matrimonio neutralizó el atractivo lo suficiente como para que los hombres a los que Corrine Makepeace había intimidado en Brown, donde era algo así como una imagen erótica totémica, ahora pudieran coquetear con ella sin problemas, mientras que las mujeres confiaban en Russell, a quien arrastraban al dormitorio para celebrar reuniones de urgencia. Una muestra de la confianza entre ellos era que Corrine raramente se mostraba celosa en ese tipo de ocasiones; una muestra del calor de su pasión que, a veces, tirara objetos frágiles dominada por el enfado. Aunque parecían sofisticados, Russell y Corrine compartían una cualidad que los hacía parecer de otro mundo, alejados durante tanto tiempo del mercado libre romántico al haber resuelto esa cuestión en los primeros años de su vida. Como los escandinavos, habitaban en un higiénico estado del bienestar cuyas leyes no se aplicaban necesariamente fuera de ese reino, y a veces, cuando uno de ellos expresaba una opinión, una persona ajena quería decir: «Claro, eso puede que sea cierto para vosotros dos, pero el resto de nosotros todavía trata de encontrar un cuerpo que nos dé calor».

Si eso parecía ejemplar, su casa también aparentaba ser accesible. Aunque poseía una vista de la gran ciudad que se extendía hacia el sur desde una pequeña terraza como un ordenado mar de luces, el apartamento solo tenía un dormitorio, con las antigüedades yuxtapuestas con restos de una residencia

universitaria. Uno de los dos sofás empezaba a enseñar su relleno, y una avalancha de libros de las estanterías de obra del cuarto de estar había sido acomodada en otra barata hecha de bloques de hormigón y tablas de pino sin pintar. Fotografías de Russell y Corrine y sus amigos, enmarcadas indiscriminadamente en marcos de plata de Tiffany y de plástico barato, colgaban entre pósters de la galería Maeght y litografías firmadas. Recibían en casa con una actitud liberal y con clase que a algunos invitados les sugería una abundancia de las bendiciones de este mundo. En realidad, sus finanzas estaban permanentemente en precario. Tenían dos fuentes de ingresos, pero Russell trabajaba duro en el campo históricamente mal pagado de la edición y Corrine solo llevaba dos años como corredora de Bolsa. La devolución de su declaración de renta conjunta era modesta comparada con la de muchos de sus amigos y vecinos.

Después de casi hundirse en la bancarrota durante los años setenta, su ciudad adoptiva había experimentado una especie de fiebre del oro; haciendo prospecciones con ordenadores y teléfonos, los mineros de las finanzas habían descubierto grandes vetas de dinero bajo los riscos y cañones de la punta sur de Manhattan. De la misma manera que las fuerzas geológicas y meteorológicas conspiran para depositar diamantes en el extremo de un continente y para que se encuentre oro en el borde de otro, una diversidad de situaciones generadas por el hombre confluyeron más o menos al comienzo de la nueva década para crear una nueva clase de ricos establecida en Nueva York con una escala radicalmente nueva de bienestar. El zumbido electrónico del dinero rápido sonaba en las calles conectadas por cables, afectando a todos los habitantes, haciendo que algunos de ellos enloquecieran de codicia y ambición, que otros se empobrecieran amargamente, y provocando que la mayoría desahogada se sintiera más pobre. Avanzada la noche, Russell y Corrine a veces oían ese zumbido —entre las sirenas y las alarmas y las bocinas de los coches— y se preocupaban vagamente, aferrados a los límites de sus tarjetas de crédito.

Los observadores sociales más agudos podían distinguir en la actitud de Corrine el código secreto del pedigrí estadounidense. Pero la fortuna de los Makepeace se había dispersado cuando el agonizante abuelo de Corrine, un liberal un tanto raro, había hecho una donación a un centro científico de una universidad negra en apuros, en parte para fastidiar a su único hijo, el único padre de Corrine. El abuelo de Russell, un inmigrante irlandés, había trabajado en una fábrica de automóviles; su padre era ejecutivo de mediana categoría de la General Motors; Russell tenía el talante abierto y directo de la luchadora clase media. Él y Corrine compartían una historia de fisión de la familia nuclear, pues los padres de ella se habían divorciado después de años de convivencia violenta, y la madre de él había muerto aproximadamente al mismo tiempo, justo cuando empezaban sus relaciones; una sensación de la fragilidad del amor familiar proporcionó intensidad a su noviazgo y cemento a su matrimonio.

La cena estaba servida. Russell, que hacía de somelier, consiguió resistir las ganas de hablar del vino al tiempo que daba vueltas alrededor de la mesa y lo servía, mientras Corrine traía el primer plato: pasta. Aunque de hecho no era un esnob, Russell era un entusiasta en muchos terrenos, con tendencia a lanzarse a nuevos descubrimientos con un ardor de converso, haciendo proselitismo entre sus conocidos. Tenía poca habilidad para la reserva o el dominio de sí mismo. En cuanto ocasional pareja de tenis, por ejemplo, Corrine a veces se enfadaba mucho porque él siempre subía a la red y se negaba a asegurar el segundo servicio, que lanzaba con la misma fuerza que el primero, aunque con frecuencia cometía doble falta. Hombre grande, tropezaba con las cosas; el tipo de persona que entra en las habitaciones sin llamar: Calloway *el Patoso*. Por suerte para los ocupantes de esas habitaciones, habitualmente le precedía su voz, una especie de sirena anunciando ataque aéreo. Muchas veces a Corrine le molestaba que le dijera

algo íntimo delante del dependiente de una tienda o entablara conversación con unos desconocidos en el ascensor. En este momento, mientras frotaba suavemente un poco de vino que había derramado en el mantel, hablaba en voz bien alta de las setas que le había mandado un escritor italiano cuya novela iban a publicar.

—Es ilegal —informaba a sus seis invitados a cenar—, pero las envuelve en plástico y las manda dentro de un bolso barato de cuero para disimular el olor.

—Antes decíamos esas cosas de las drogas —comentó Corrine, para eliminar la vaharada de epicúrea satisfacción.

—Todavía lo decimos —dijo Jeff, a su derecha, haciendo gala de una de sus sonrisas voluntariamente pícaras. Con la complexión de un cuchillo de trinchar, vestía sus habituales vaqueros rotos y una camisa descolorida de cuello abierto de Brooks Brothers, por fuera de los pantalones, sobre la que llevaba su chaqueta con muchos automáticos.

Jeff había publicado un libro de éxito dos años antes, una colección de relatos sobre un grupo de excéntricos de Nueva Inglaterra que, no era de sorprender, se parecía bastante al suyo. Todos le escuchaban con algo más de interés últimamente, lo mismo que él escuchaba con algo menos de atención a los demás.

—Cuando era pequeña odiaba muchísimo las setas —dijo con voz aguda Dawn, la chica de diecinueve años que salía con Jeff y que parecía una modelo con pechos y, de hecho, era una modelo con pechos—. Cuando queríamos pensar en algo malo de verdad, como un castigo o algo así, decíamos: «Tienes que comerte un plato de setas».

La segunda ley de la dinámica social, pensó Corrine: Las solteras se vuelven más jóvenes cada año. Pero ¿cuál era la primera?

—Y ahora te mandaremos a la cama sin cenar —dijo Jeff. Y luego a Corrine, con el aire de alguien que quiere desviar la atención —: ¿Cómo anda el señor Jones? —Con lo que se refería, sabía Corrine, al índice Dow Jones, y al mercado de valores en general,

aunque se le ocurrió que en una época anterior podría haber sido una referencia a la canción de Dylan.

—La última vez que estuviste aquí —dijo Corrine, tomando un sorbo de vino—, una persona te preguntó en qué trabajabas. Y tú dijiste: «Nunca le preguntes a un escritor en qué está trabajando. Es lo mismo que preguntarle a alguien con cáncer sobre los avances de su enfermedad».

Corrine decidió que se sentía molesta con él por traer a esa cría a cenar y, después de haberla traído, menospreciarla.

—¿Dije eso? Debía de estar borracho. Espero que me clavaras inmediatamente un cuchillo para carne en el hígado, o un cuchillo para el hígado en la carne.

—Debería haberlo hecho. En lugar de eso, insisto en que debes atenerte a las normas. Norma número uno: nada de temas aburridos. En la mesa de mi casa están prohibidos.

Zac Solomon preguntó:

—¿Hay alguna norma más? No conozco bien las reglas de etiqueta del Este. En California ni siquiera solemos llevar ropa.

—Se nota —dijo Jeff—. Es indudable que todavía no te has acostumbrado a llevarla.

—Si no fueras mi escritor, muchacho, me vería obligado a considerar esa observación como una ofensa.

—Los productores de Hollywood tienen prohibido sentirse ofendidos —dijo Jeff—. Se supone que son ellos los que ofenden.

—Solo para demostrarte lo poco que me valoro personalmente —dijo Zac—, te voy a contar un chiste nuevo. Un productor va muy deprisa en coche, bulevar Santa Mónica abajo, mientras habla por teléfono. Entonces tiene un accidente, el coche derrapa, lo lanza despedido y, en el proceso, se corta el brazo, que sale volando.

—¿Lo del bulevar Santa Mónica es un detalle importante? —preguntó Jeff, sirviéndose más vino.

—... Total, que se detiene otro coche, el conductor se baja y va corriendo hacia el productor, que está tendido en la calzada, y pregunta: «¿Se encuentra bien, amigo?». Y el productor se queda

mirando su coche destrozado y se lamenta: «¡Mi Porsche, mi Porsche, mi Porsche!». Entonces el otro tipo mira lo que le queda de brazo, luego señala la otra mitad que está en el suelo y dice: «¿Y su brazo?». Y el productor, mirando el suelo, dice: «Ay, Dios mío..., ¡mi Rolex, mi Rolex, mi Rolex!».

—Nos gusta que la gente no se valore mucho —anunció Corrine, que había conocido a Solomon esa noche.

Guapo, un tanto grueso, debido a una gordura infantil de la que no se había librado o a una prematura panza fruto de las comidas de negocios. Tenía menos de treinta años, según Russell, y ya había ganado millones. Respondía tan bien al estereotipo, irónicamente, que casi le parecía agradable. Aunque no era el hombre con el que uno necesariamente querría casar a su hija. Lo habían invitado por trabajo, o algo así, según Russell; de todos modos, era divertido. Esto último era lo único que valoraba Corrine, quien tenía la anticuada idea de que los negocios debían llevarse a cabo en los despachos.

—¿Significa eso que me puedo quedar? —preguntó Zac.

—Solo si pronuncias bien su nombre —dijo Jeff—. Rima con Maureen.

—Y solo si haces caso a las mujeres que han venido sin pareja —añadió Nancy Tanner, animando sus largos rizos rubios con una sacudida de cabeza muy característica. Russell sugirió en cierta ocasión que el gesto trataba de imitar los efectos de un ventilador. Nancy era el cable suelto de su círculo de amistades, una mujer soltera.

—La última vez que oí ese chiste —dijo Jeff—, era sobre agentes. El problema es que también podría ser sobre la mayoría de nuestros amigos.

Colin Becker, que no era miembro de una profesión en la que intervinieran agentes, hablaba de arquitectura con la chica que había venido con Jeff, mientras Russell, muy considerado, entretenía a Anne, que trabajaba en un bufete de abogados y felizmente nunca

hablaba de ello. Corrine se acordó de pronto de que todavía no le había hecho el regalo de boda a los Becker.

Washington Lee apareció de repente diciendo, como inevitablemente hacía:

—A ver si adiviná is quién viene a cenar esta noche.

Sus ojos parecían canicas enloquecidas, muy brillantes. Corrine tuvo la impresión de que iba a ser el último en irse.

—Lo siento —añadió Washington—. Me he encontrado con un tiroteo en Broadway. Unos atracadores de bancos que trataban de huir por los tejados han abierto fuego con sus automáticas sobre los polis atrapados en el tráfico parado.

Bien porque fueran indulgentes con las hipérboles de Washington o porque estuvieran acostumbrados a la violencia de la ciudad, ninguno puso en duda lo que contaba ni pidió más detalles.

Haciendo gala de una especie de regresión masculina, Jeff y Russell soltaron un silbido al ver a su amigo, y hubo un intercambio de palmadas en la espalda.

—Sois los Righteous Brothers —declaró Washington.

—Ahora que has llegado —dijo Jeff—, somos los Temptations.

—Resistimos cualquier cosa menos las tentaciones precisamente —respondió Washington.

Corrine sentó a Washington entre la novia de Jeff y Casey Reynes, su compañera de cuarto de la universidad, cuyo marido estaba fuera de la ciudad. Washington inmediatamente abrió los brazos para rodearles los hombros, ante el evidente desagrado de Casey, que reforzó su *hauteur* de chica guapa y rica.

—¿Qué rumores corren?

—Nunca hablamos de política, no sé por qué —dijo Nancy, sacudiéndose la melena y alargando la mano sobre la mesa para ponerla en el brazo de Washington—. Apuesto lo que sea a que tienes alguna opinión interesante —añadió con un tono de voz normalmente reservado a las proposiciones sexuales.

Corrine se preguntó de pronto si habrían compartido cama.

—Caramba, señorita, yo solo me ocupo de mis asuntos y dejo la política a los blancos.

—No le des cuerda a Russell —dijo rápidamente Corrine, sabiendo cuánto le gustaba a Washington explotar esos momentos —. Estaremos levantados toda la noche. Lo que más le fastidia a Russell es que básicamente se perdió los años sesenta. Está tratando de compensarlo desde entonces.

—No me perdí los sesenta —contraatacó Russell—. Los vi por televisión.

—Russell está a favor de Gary Hart —se burló Washington.

—Después del pescado, solo me faltaba Hart —dijo Jeff, suspirando y apartando su plato—. Otros temas de conversación, por favor.

—¿Quién más le apoya?

—Gary Hart y sus nuevas ideas —dijo Washington—. ¿Qué nuevas ideas? Decidle que lea el Eclesiastés.

Al cabo de poco discutían sobre Nicaragua. Como estaba encargado de la edición de un libro sobre la guerra encubierta contra los sandinistas, Russell daba hechos y fechas. Zac era republicano y recurrió a epigramas y a una xenofobia despreocupada. El parnasiano Jeff despreciaba la política. Washington, que probablemente sabía más cosas que ninguno de los demás, prefirió hacerse el tonto, dejando estratégicamente que los otros se traicionaran con su vehemencia. La novia de Jeff parecía cada vez más asombrada —y no se trataba de una estrategia—, casi asustada por aquella incursión en terreno desconocido. No era culpa suya que estuviera harta, se dio cuenta Corrine. Sus pechos y sus labios gruesos y mohínos tampoco eran culpa suya. Por lo menos, ella no creía que lo fueran. La propia Corrine era suficientemente guapa para saber que eso era como heredar un montón de dinero en la pubertad sin un tutor a mano, como ponerse al volante de un Ferrari en la primera clase de conducción. En ciertas generaciones, a los chicos los mandaban a la selva o a las trincheras con tan solo un fusil, y ese era el único modo con el que podrían llegar a tener una

puñetera idea de lo que suponía ser una chica guapa y pechugona. Con un poco de suerte, una no llegaba a Nueva York o a Los Ángeles hasta después de cometer los errores básicos.

Claro que ella no había tenido nunca unos pechos como aquellos. Madre mía, Jeff... ¿Eran de verdad? Con los tiempos que corrían, costaba saberlo. Le recordaban a una chica del instituto que fue elegida «mejor pareja» del anuario. Sin detenerse a pensarlo, Corrine soltó en voz alta:

—Me contaron que si te has puesto silicona y te subes al Concorde, te pueden explotar los pechos.

¿Fue imaginación suya o la chica que había venido con Jeff pareció preocupada?

—Tetas de fiesta —dijo Washington.

Russell puso *Avalon*, de Roxy Music, en el estéreo y miró por encima del hombro para ver si Corrine se había fijado. Ella le tiró un beso.

—La banda sonora de nuestro primer año de felicidad conyugal —explicó.

La chica que estaba con Jeff se volvió hacia Washington.

—¿Estás casado?

Washington la miró como si estuviera loca; Jeff se atragantó y derramó un poco de vino en el mantel.

—Para mí todavía no se ha inventado el tipo ideal de matrimonio —dijo tranquilamente Washington—. Verás, no entiendo por qué solo tiene que haber una clase posible de matrimonio. Cuando uno necesita un sitio donde vivir puede hacerlo en una casa de piedra, o en un estudio, o en unas cuantas habitaciones de un rascacielos resplandeciente con gimnasio, dependiendo de cómo quieras vivir, pero cuando llega la hora de casarse solo hay una variedad básica. Se supone que uno debe vivir con el otro monógamamente. ¿Entendéis lo que digo? ¿Un único modelo para todos? Para nada. ¿Por qué no existen diferentes tipos de matrimonio? Según los colores... el matrimonio color rojo, digamos, en el que se pasan cuatro noches juntos y ambos se dedican a ligar

las otras noches, o el matrimonio verde, en el que se tienen hijos juntos y luego se endosan a parientes impotentes y...

—¿De qué color lo prefieres tú? —preguntó Casey, cuyo matrimonio se basaba, como antiguamente la moneda, en el patrón oro. Era medio inglesa y medio Du Pont, y su marido, un gestor de capital riesgo de su mismo y restringido círculo social en Wilmington, Delaware. Russell pensaba que eran esnobs, y se refería a la señora Reynes como a «Su Majestad»; y la lealtad de Corrine tenía más que ver con recuerdos de la adolescencia que con su actual compatibilidad.

—Por favor, no nos lo digas, Washington —pidió Corrine—. Acabamos de comer.

—Los matrimonios necesitan cierta libertad. Muchas ausencias que cimienten el cariño —opinó Casey, cuyo marido viajaba constantemente por trabajo.

Nancy dijo:

—Todos los hombres necesitan cuatro cosas. Comida, techo, coño... y un coño ajeno.

—Yo no doy fe de las dos primeras —confesó Washington.

Los demás hombres de la mesa parecieron avergonzados, intuyó Corrine, como si los acabaran de pillar haciendo algo malo.

Dominada por un súbito pánico, miró a Russell, que estaba al otro lado de la mesa. Parecía nervioso y se encogió de hombros tímidamente.

Jeff ayudó a quitar la mesa. En la cocina, Corrine le dijo:

—No creo que esa chica sea tu tipo.

—¿Se trata de un eufemismo?

—De diplomacia, Jeff.

Él la abrazó. Eran viejos amigos y de mundos similares. Jeff, el último vástago de una vieja familia yanqui cuyo capital, como el terreno de su nativo Massachusetts, se había agotado en su mayor parte. Había cierto aire de tensión no resuelta entre ellos. Ella

siempre lo consideró atractivo, con su uno noventa y sus huesos delicados, ligeramente encorvado como las personas altas y sensibles que prefieren no destacar.

—Lo que quieres decir —sugirió Jeff—, es que lamentas informarme de que es exactamente mi tipo y soy por tanto un cabronazo.

Corrine lo miró a los ojos, como si pudiera leer el estado de su alma en ellos. La clase de ojos que podrían pertenecer a un campesino de Oriente Medio, alguien con quien uno se tropieza a orillas del Tigris o del Éufrates, los ojos oscuros de un alma antigua. Russell tenía unos grandes ojos azules infantiles y había nacido anteayer.

Esquivando su mirada, Jeff dijo:

—El problema con las chicas que son mi tipo es que no las encuentro atractivas.

Corrine se rio.

—¿Cómo? —De pronto se daba cuenta de que estaba un poco borracha. Y le gustaba—. Yo creía que las encontrabas atractivas a todas.

—O las encuentro atractivas pero están casadas.

—A veces resultan atractivas porque están casadas.

Corrine se dijo que era una respuesta adecuada, sensata. Desviaba los problemas, como debía hacer una buena esposa y anfitriona. ¿Dónde había leído eso?

—¿Trabajas? —preguntó—. No quiero saber en qué, solo si trabajas.

—Escribo un guion para Zac, pero a eso casi no se le puede llamar trabajar.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Eres corredora de Bolsa, Corrine. ¿Por qué tengo que ser tan íntegro?

Corrine se apartó, notándose aturdida durante un momento y casi perdiendo el equilibrio cuando él la soltó. Se acercó al fregadero y abrió el grifo. Era cierto, ella vendía valores, acciones, plazos fijos.

Pero en el fondo de su corazón era una persona completamente distinta. Una enamorada y una aprendiza de la vida. Dios santo, no podía creer que ya tuviera treinta y un años. ¿Qué había pasado en los últimos diez?

Mientras llenaba la cafetera de agua, notó que Jeff seguía quieto detrás de ella.

—Algunos de nosotros hemos tenido que volvernos normales para que tú pudieras tener lectores. —Se volvió—. Arrogante de mierda —añadió, y le echó el agua de la cafetera encima; luego, sin saber por qué, tuvo tal ataque de risa que acabó en el suelo.

—Mira, precisamente iba a pedirte un poco de agua —bromeó él, con el pelo ralo y los largos faldones de la camisa, que llevaba por fuera, chorreando.

Ella se rio con más ganas. Finalmente empezó a toser. Después hizo una pausa para decir:

—Por una vez creo que te hubiera convenido quedarte en blanco.

—Me pasa todo el tiempo —dijo él—. Cada vez que me siento delante de mi procesador de textos. —Mientras se secaba con un manojo de servilletas de papel, añadió—: A propósito, no te he deseado feliz cumpleaños.

—Maldita sea, es un secreto.

—Treinta y uno, *n'est-ce pas*?

—Si se lo dices a alguien te mato.

—¿Qué te ha regalado Russell?

—Unos lengüetazos —respondió ella, soltando una ruidosa carcajada ante su ocurrencia. «Debo de estar borracha, desde luego», pensó.

—Ya era hora —contestó Jeff.

—Lo creas o no —dijo ella, poniéndose en pie para alisarse el vestido con exagerados movimientos de la mano—, hay otros hombres capaces de hacer felices a las mujeres. Algunos lo hacen tan bien que nos quitan la respiración.

—Eso es más o menos lo que dijo Caitlin antes de largarse —dijo él.

Dave Whitlock, un colega de Russell, apareció con una brasileña rubia que se llamaba Elsa y trabajaba de *scout* para Mondadori. Al menos Corrine creyó oírle decir eso, aunque resultaba raro que una mujer cuya lengua materna era el portugués se dedicara a localizar libros interesantes en inglés para un editor italiano. Llegaron más personas a las que habían invitado para después de la cena. La reunión se dividió en partes más pequeñas, un mosaico de fragmentos brillantes y de formas extrañas unidas por el alcohol. O eso le pareció a Corrine al día siguiente. Una fiesta es como un matrimonio, decidió: crece mientras en apariencia sigue un precedente y circula por raíles de acero hacia territorios salvajes mientras las esperanzas tiemblan y se balancean sobre los reposabrazos de los asientos como delicadas copas de cristal.

Con el interfono en la oreja, Russell preguntó:

—¿Conoces a alguien que se llama Ace? El conserje dice que según él le conoces.

—Está bien, que lo deje subir —dijo Corrine, ruborizándose.

Ace era un tipo sin techo al que conocía del comedor social donde trabajaba de voluntaria; aquella tarde, cuando compraba alimentos para la fiesta en Food Emporium, se lo había encontrado rescatando latas y botellas de un contenedor de basura; el ayudante del encargado pareció molesto cuando ella lo ayudó a meterlas en una caja de cartón; Ace explicó su presencia en el barrio diciendo que le gustaba ampliar el ámbito de sus negocios.

—¿Vas a dar una fiesta? —preguntó Ace al ver lo que había comprado.

Dominada por un súbito sentimiento de culpa, Corrine le preguntó si quería ganar algo de dinero ayudando a recoger. Y ahí estaba ahora. Estaba encantada consigo misma y con Ace por haberse atenido a su palabra, pero Russell se burlaba de lo que

según él era su complejo de madre Teresa. En este caso no hizo ningún comentario especial sobre la llegada de Ace ni pareció fijarse mucho en él, pese a que el vagabundo se hacía notar: un negro cubierto de mugre con una gorra de los Mets y zapatillas deportivas sin cordones, que iba preguntando a los invitados si habían terminado con sus botellas de cerveza. Corrine vio cómo se bebía lo que quedaba en una que le había dado Jeff.

—Lo normal solía ser —explicaba Russell— que uno leyera un relato bueno en algún sitio, hiciera acudir al autor a su cuchitril y le ofreciera un par de miles por un libro de relatos y una novela, y que el escritor te dedicara sus libros, te ofreciera a su amante, al estilo esquimal, y te prometiera su primer hijo. Ahora hay que hacer una transferencia con un anticipo millonario a una cuenta numerada de un banco suizo para conseguir echarle una primera ojeada a la tesis de un estudiante de escritura creativa. Y tienes a su agente constantemente encima.

—Lo normal solía ser —añadió Jeff— que los únicos que publicaban fueran los zumbados y los cretinos. Los hijos segundones y los licenciados en Sarah Lawrence. Lamento decirte que la cosa sigue igual.

Cada uno con un vaso en la mano, se abrazaron como un par de osos. Corrine observó cómo los dos amigos se dirigían hacia el sur por la alfombra, un movimiento migratorio que por fin interrumpió el aparador. Russell chocó de culo contra él, haciendo que se balancease un jarrón oriental azul y blanco, que no cayó en la alfombra por muy poco y se hizo añicos contra el parquet.

El rostro de Russell traicionó su conocimiento de la dinastía de dicho objeto y su larga relación con la familia de Corrine; era un regalo de bodas. Pero Corrine entró corriendo y dijo que no pasaba nada, que traería el recogedor; les advirtió que tuvieran cuidado con los trozos.

—Calloway *el Patoso* —dijo Jeff, usando el apodo que le habían puesto a Russell casi desde que pudo andar, tropezar o derribar cosas.

En el momento de la noche en que los invitados se convierten en pinchadiscos y rebuscan entre vinilos y cintas, el estéreo se convierte en una máquina del tiempo que solo va hacia atrás. *After the Gold Rush*, de Neil Young, atronaba por los altavoces. Washington bailaba con la chica que había venido con Jeff, y Ace se mecía sobre los pies como un marinero en plena marejada, con la mano en el esquivo hombro de Zac Solomon mientras le hablaba de sus planes para grabar una maqueta de rap.

Casey Reynes, que ya se marchaba, llevó aparte a Corrine y le anunció que estaba embarazada.

—Es un secreto. Tom no quiere que se lo diga a nadie aún.

Corrine la abrazó.

—Me alegro mucho por ti —dijo, aunque su alegría se había teñido inesperadamente de envidia.

Elsa, la brasileña con contactos italianos, tiró de la manga de Corrine. ¿Había visto a David Whitlock, con quien había venido?

—No puede andar lejos —exclamó Russell—. Solo hay tres habitaciones.

—Te llamaré mañana —le dijo Corrine a Casey.

La acompañante de Jeff también había desaparecido, según la insistente Elsa.

—Probablemente le esté dando de comer al perro —sugirió Russell.

—¿Qué perro? —preguntó Elsa.

—Mira en el cuarto de baño —le propuso Jeff—. Hasta hace poco, el cuarto de baño siempre era el centro de cualquier fiesta que se preciase, lo mismo que la cocina lo fue de las culturas antiguas.

Elsa no tardó en estar aporreando la puerta del cuarto de baño, cerrada por dentro. Cuando estrelló su vaso contra ella, Russell se acercó tambaleante para calmarla.

—La escoba y el recogedor están en el armario —le dijo Corrine a Russell, pensando en Casey, que tenía su misma edad.

Unos minutos después, Jeff se quedó traspuesto en el sofá. Qué curioso, pensó Corrine. Normalmente los tumbaba a todos y los hacía acabar bajo la mesa. Luego soltó una risita, recordando lo que había dicho Russell de debajo de la mesa. Estaba recostada en el brazo de una butaca, reuniendo fuerzas, cuando llamó el conserje. Descolgó el teléfono interno con gesto cansino.

—Un negro trata de marcharse con un aparato de vídeo. Dice que lo va a reparar. ¿Quiere que llame a la policía?

—Debe de ser Ace —contestó Corrine—. Dígale que se lo deje a usted, Roger. Dígale que hemos cambiado de idea con respecto a la reparación. —Entonces se dio cuenta de que no le había pagado y le pidió al conserje que le diera veinte dólares y no le mencionara el asunto a Russell.

La chica que había venido con Jeff, como fuera que se llamara, salió del cuarto de baño con los pechos por delante y con aire un tanto avergonzado, y un instante después Washington hizo lo mismo. Vaya, vaya. Culpables de algo. Elsa, que había estado mirando a Russell mientras este recogía el vaso roto, preguntó:

—¿Dónde está David? —y luego se puso a aporrear la puerta del dormitorio, que de algún modo había acabado cerrada por dentro.

Finalmente, Nancy Tanner salió de la habitación. Elsa empezó a gritarle a Whitlock. La cosa tenía pinta de una trifulca de las buenas. *London Calling* a todo volumen hizo que Corrine pensara brevemente en el mercado de valores; también, fugazmente, en los vecinos. Pero no, ahora no quería pensar en la Bolsa, muchísimas gracias, y los vecinos ya protestarían si los molestaban. ¿Cómo podían gustarle los Clash, una banda punk y radical, y vender acciones al mismo tiempo? En eso consistía el enigma de ser Corrine Calloway a los treinta y un años.

Russell se le acercó y le rodeó la cintura con el brazo.

—Otra fiesta que ha salido muy bien —dijo.

—¿Dónde está el espermicida? —preguntó Russell, rebuscando en el cajón de la mesilla de noche.

—A la mierda con el espermicida —dijo Corrine, empujándole para que quedara boca arriba—. ¿No te parece una idea sexy hacerlo sin protección? ¿No encuentras increíblemente sexy dejarme embarazada?

Russell dejó de moverse.

—No.

—¿De verdad que no?

—Sí, de verdad. ¿Estás chiflada?

—¿Chiflada? —Corrine se puso de rodillas y bajó la vista para mirarle—. ¿Chiflada? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que estás loca. Que no estás en tus cabales. En tu sano juicio.

—¿Cómo te atreves? —dijo ella, y le dio un golpe en la cabeza con el puño medio cerrado, haciéndose daño en los nudillos. A continuación se puso de pie, agarró la colcha de la cama y volvió con ella a la sala de estar.

—Corrine, estoy demasiado cansado para discutir —exclamó él.

—Muy bien —oyó que respondía ella.

Tuvo la intención de salir y traerla a la cama, pero se despertó unas horas más tarde, con la boca pastosa y un tremendo dolor de cabeza, sintiéndose más o menos como un puercoespín boca arriba. Cuando se volvió hacia Corrine, descubrió que no estaba. Le llevó varios minutos recordar que era fin de semana y figurarse dónde estaría su mujer. Salió hacia la sala de estar sin conseguir recordar por qué habían discutido, pero allí se la encontró, en el sofá, entre los restos de su fiesta de cumpleaños secreto, cuadros torcidos y soldados muertos con las botas puestas. Corrine estaba hecha un ovillo, envuelta en la colcha. Russell no veía a su mujer en reposo demasiadas veces. Normalmente todavía hablaba cuando él se quedaba dormido y pasaba despierta unas horas de las que él prefería no saber nada.

La cogió en brazos y la llevó a la cama.

—¿Dónde estabas? —murmuró Corrine cuando Russell avanzaba a trompicones por el pasillo—. Yo estaba perdida entre mucha gente, en una gran fiesta, y te llamaba y tú no venías. Parecía real. Empezaba esa fiesta maravillosa, con todos nuestros amigos y otras personas interesantes, y luego me quedaba sin nuestros amigos y no te encontraba y la fiesta se volvía espantosa y triste.

—Pero aquí estoy —dijo Russell, depositándola en la cama, donde volvió a quedarse dormida inmediatamente.

2

—¿Cómo que no te parece noticia que el Gobierno haya traficado con drogas? ¿A qué le llamas tú noticia?

—Creemos que no hay nada verdaderamente nuevo en el libro, Russ. Esas acusaciones ya se han hecho públicas antes.

—No me hables de acusaciones. Yo hablo de pruebas, de documentos, de armas humeantes por un tubo. Este libro va de asesinatos, de tráfico de drogas, de blanqueo de dinero, y todo lleva hasta la mismísima puerta de la Casa Blanca. A Nixon lo echaron por mucho menos. ¿Cómo coño queréis entonces que se enfoque?

—Tengo una reunión, Russell.

—Por lo menos le haréis una crítica, ¿no?

—Veré qué puedo hacer con los de la sección de libros.

—A propósito, me gustó la historia de portada sobre Michael Jackson. Un asunto con garra.

—Por Dios, Russell. Ya he dicho que lo intentaría.

Russell se apartó el auricular de la oreja y lo alzó por encima de la cabeza, y luego imitó el ruido de un avión descendiendo del cielo mientras el aparato rizaba el rizo para terminar estrellándose en su mesa de despacho.

Desde fuera del despacho, una voz femenina muy nasal preguntó:

—¿Hay supervivientes?

—Negativo.

Después de seis años de Reagan y casi otros tantos en el terreno de la edición, Russell se consideraba —aunque nadie compartía su idea— un personaje bastante quemado. Pero cuando ese manuscrito llegó a su mesa, comprendió que era uno de los libros que siempre había querido publicar. Le parecía una característica vergonzosa de la época que las publicaciones

progresistas carecieran de cualquier principio mientras que los patanes eran todo apasionada insensibilidad. Durante dos años, el autor había seguido la historia de la guerra secreta en Nicaragua, desde El Salvador a Israel, de Cuba a Washington, de Managua a Pequeña Habana. Se entrevistó con traficantes de armas y traficantes de drogas, con la contra y los sandinistas, durmió en la selva y recibió amenazas de muerte, y por lo visto el único realmente interesado en todo eso era Russell. Durante semanas había tratado de que los periódicos y las revistas más importantes publicaran algunas de las revelaciones más sorprendentes. Mandó galeradas a los jefes de la sección nacional, insistió por teléfono, y llevó a comer a todos sus contactos; este último era un supuesto amigo, director de un semanario.

Se incorporó para enderezar el respaldo de la silla y lanzó tres dardos a la pared de enfrente, sin acertarle a Elliott Abrams, tres puntos, ayudante del secretario de Estado, pero alcanzando a Oliver North justo en la barbilla, cinco puntos, con el tercer dardo. Toda una serie de políticos, críticos de libros y otros seres indignos cumplían condena en la diana cuando su comportamiento merecía la desaprobación de Russell.

En la pared del otro lado había fotografías de amigos, familiares y héroes: instantáneas de Corrine, de su madre y de su padre; una página ya amarillenta enmarcada de la crítica en el *New York Times* del libro de Jeff; un póster con el retrato que Karsh le hizo a Hemingway en la época de *El viejo y el mar*; una fotografía de un barbudo y adormilado John Berryman, con la barbilla y un pitillo en la mano; otra de Keith Richards en el escenario, sacando la lengua y chorreando un sudor tóxico; una foto publicitaria de Jack Nicholson, con la dedicatoria: «A Russ, que hace buenos libros. Jack», recuerdo de un libro basado en una película suya; además de las habituales fotos de autores de la casa y pósters de libros.

Sonó el teléfono; no era un zumbido ni un timbrazo, sino una especie de canto de pájaro exótico.

—Te llaman —le dijo Donna—. Victor Propp.

Russell miró esperanzado el casco de infantería alemana de la primera guerra mundial de encima de su mesa, un trofeo que su abuelo había conseguido en el bosque de Argonne en 1918, poco antes de quedarse medio ciego por culpa del gas mostaza.

Cogiendo el auricular, dijo:

—Victor, ¿qué tal la vida y la literatura?

—La vida es breve y cruel, Russell. Llena de miserias y eso. La literatura... verdaderamente interminable.

Russell entendió lo último como una indicación de que aún no había terminado el libro, lo cual no le sorprendía precisamente. Victor llevaba veinte años trabajando en él, y el plazo de entrega se había ido desvaneciendo en un futuro mítico. Tanto el libro inacabado como su autor eran una especie de leyenda de una república literaria que comprendía partes de Cambridge, New Haven y el Upper West Side de Manhattan.

—¿Viste lo que publicó Roth en *TransAtlantic*? Hay una referencia maliciosa sobre mí: «Frente a esos orfebres rococó que no paran de darles vueltas a unas frases que parecen *bibelots*...».

Russell decidió que podría necesitar el casco.

—Victor, no se refiere necesariamente a ti.

—Russell, mi querido muchacho, cualquier intelectual norteamericano que sepa de literatura, al leer la frase, se dará cuenta de que «orfebres rococó» está ahí por Victor Propp.

—No te preocupes, Victor. En este puñetero país no quedan más que tres o cuatro intelectuales que sepan de literatura. —No era que Victor no tuviera sus detractores; pero el tipo ilustraba la mar de bien la máxima de Delmore Schwartz de que incluso los paranoicos tienen enemigos.

—A pesar de tu notable inteligencia, Russell, eres bastante ingenuo. ¿Crees que tiene algo que ver con que seas del Medio Oeste? Aunque esa cualidad no deja de tener cierto atractivo. Es algo muy americano. Lo fundamental sobre los americanos de verdad...

Russell miró su reloj mientras Victor empezaba a soltar un sermón sobre aquel país de bichos raros y hogar de esclavos. Las doce menos veinte. Se mojó el dedo con saliva y limpió el cristal de la mesa. Echó una ojeada a un informe y se alegró al enterarse de que iban a reimprimir *Carroñeros y aves de presa*, una edición de láminas escogidas de Audubon. Había acertado al suponer que aquellas aves de rapiña serían populares en la coyuntura actual. Volvió a prestar atención al captar un tono interrogativo en la voz del gran hombre, aunque las preguntas de Victor solían ser retóricas.

—¿... no te parece? Es decir, la prosa de Jeff tiene algo granítico, un carácter yanqui que me gusta mucho, una naturalidad que Salinger tuvo que trabajar obsesivamente, porque era judío..., hazme caso, de esas cosas sé. Pero me pregunto a qué venía toda la atención que la prensa le dedicó a su libro.

Russell trató de recordar si le había contado alguna vez a Victor que Corrine había comido una vez con Salinger, pero decidió dejarlo correr.

—Me gusta mucho la prosa de Jeff, tiene una maravillosa vitalidad, pero me pregunto si no deberíamos esforzarnos en conseguir que sea yo quien consiga más cobertura mediática en este estadio de mi carrera.

—Victor, tú no tienes libro, número uno, y número dos, no escribes precisamente para los lectores de *People*. No te preocupes de esa mierda. Recuerda lo que decía Bob Dylan: «Tiene todo lo que hace falta, es un artista, nunca mira atrás».

Victor probablemente fuera en efecto un artista, uno de los pocos entre los muchos conocidos de Russell, pero no tenía todo lo que hacía falta y siempre miraba hacia atrás, hacia abajo, a su alrededor..., como si se encontrase en un laberinto o fuera víctima de una conspiración. Como no confiaba en lo que le decían sus sentidos, no estaba dispuesto a dar la realidad por sentada.

—Lo que digo, Russell, es que creo que deberíamos trabajar para aumentar mi visibilidad.

—¿Por qué no comemos y hablamos de ello? —Russell encontró un hueco en su agenda para diez días después y pudo colgar unos minutos más tarde.

Donna entró con el correo; su corte de pelo recordaba un casco romano de la época de las Guerras Púnicas. Vestida de licra negra, con una chapa de «Comámonos a los ricos», Donna era un toque punk en un paisaje de cuadros escoceses y tweed. Tenía un sentido del humor dicharachero y un modo de hablar por teléfono que normalmente intimidaba a los escritores y agentes inoportunos, y cabreaba a los colegas de Russell. A veces incluso irritaba a su jefe, pese a la admiración que él le profesaba, con su pose anarquista de tercera mano. El punk ya era algo anticuado, una sensibilidad cosificada; el imperdible en el lóbulo de la oreja solo estaba ligeramente menos pasado de moda que los collares hippies, y ahora incluso los collares hippies parecían a punto de volver. En ocasiones Russell sentía la tentación de decirle que todo eso ya ni siquiera hacía furor en la época en que él llegó a Manhattan, hacía siglos, en 1980, y de explicarle el significado y el origen de *épater la bourgeoisie*. Pero desde entonces no se había producido nada demasiado interesante en el terreno de la contracultura, a menos que se tuviera en cuenta una reciente plaga de europeos con título nobiliario, y tener a Donna por allí le hacía sentirse en contacto con los cortes de barba y la música de St. Mark's Place y alrededores.

—¿A qué saben los ricos? —quiso saber.

—¿Cómo? —Donna se detuvo en el umbral del despacho para darle vueltas a la pregunta. Se encogió de hombros, un gesto crónico en ella—. Las damas saben a atún, creo. Los caballeros, como a queso brie fundido.

—Dios santo. Eres desagradable de verdad. Olvida la pregunta.

—Salgo a almorzar —dijo ella.

—Avisaré a Donald Trump.

Antes de salir a almorzar él, Russell llamó a su asesor financiero, un tipo muy tenaz de la empresa de Corrine que se llamaba Duane Peters.

—Tengo unos instrumentos financieros nuevos y sofisticados que te podrían interesar —dijo Duane—. Unos futuros sobre un índice bursátil recién salido del horno.

—Cuenta, cuenta —pidió Russell.

Le gustaba el lenguaje del mundo de las finanzas, la evocadora tecnopoesía de aquella jerga arcana. Instrumentos sofisticados. Financiación intermedia. Vehículos de absorción. Últimamente le parecía casi tan interesante como el dialecto de la crítica literaria, con el que estaba más familiarizado. En la universidad había desdeñado a los estudiantes de economía que se disponían a trabajar en la banca, y solo unos pocos años antes le había horrorizado enterarse de que dos tercios de los licenciados en Yale habían intentado trabajar en las grandes empresas financieras. Había citado esta estadística más de una docena de veces en distintas comidas para ilustrar vagas tesis sobre el *Zeitgeist* y había encargado un libro que se titulaba *La nueva edad del oro*, una antología de lamentaciones de economistas y sociólogos que denunciaban la avaricia y el egoísmo de los años ochenta. En esa época empezó a leer las publicaciones financieras. Y entonces, como un químico que se inyecta experimentalmente el virus que ha descubierto, empezó a invertir pequeñas cantidades. Animada por él, Corrine había empezado a trabajar de corredora de Bolsa después de dejar su trabajo de buena chica en Sotheby's —tras un ajetreado año y medio en la Facultad de Derecho de Columbia— y el nuevo pasatiempo de Russell se había vuelto cada vez más interesante. Parecía tan fácil. Sobre el papel tenía ganancias, por mucho que todo su capital se redujera a solo unos miles.

—... Compraremos valores a la baja y luego cubriremos los riesgos con futuros; lo ideal es mantenerse a la par, y de ese modo siempre estaremos a cubierto, vaquero. Si los valores suben,

ganarás dinero. Si los valores bajan, ganarás dinero. De modo que, pase lo que pase, saldrás ganando.

¿Era eso posible?, se preguntó Russell. La explicación de Duane sonaba demasiado bien para ser cierta; le recordaba que en esta vida nada sale gratis. A Russell le habría gustado confiarle a Corrine sus asuntos, pero sus corazonadas y sus pronósticos la volvían loca.

Dos puertas más allá del despacho de Russell, Washington Lee recibió una llamada de la recepcionista para anunciarle una visita. No tenía ninguna anotada en su agenda, y los visitantes inesperados lo asustaban. Tenía miedo en particular de cierto marido engañado, y en general de las novias de las que se había librado y los escritores rechazados. Su ocasional incapacidad para acordarse de todos los detalles de sus actividades de una noche concreta tendía a agudizar ese temor ante cualquier visitante desconocido. Dos años antes había cobrado un adelanto para escribir una biografía crítica de Frantz Fanon, que todavía tenía en borrador, y aunque en realidad no esperaba que el editor enviase matones a recoger el manuscrito, esa pequeña llaga de culpabilidad contribuía a su sensación de haberse librado por los pelos cuando llegaba el fin de una jornada más sin un enfrentamiento importante. El nombre que su secretaria le daba ahora le sonaba de algo, pero esos nombres musulmanes siempre le resultaban familiares. Todos tenían una historia que contar, y si eran negros acababan por mandarle la historia a Washington.

—¿Quién dice que es?

Hubo un intercambio de murmullos al otro lado de la línea.

—Rasheed Jamal, el escritor —explicó la recepcionista.

Las esperanzas de Washington se desvanecieron. A fin de cuentas, habría preferido una visita por sorpresa del FBI. Tres montones de manuscritos sin leer, que él no había pedido, se apilaban en el rincón del fondo de su despacho, y el de Rasheed Jamal posiblemente estaba entre ellos. O quizá traía consigo su

valioso manuscrito para entregarlo en mano, la verdadera historia de su vida... Mil páginas escritas a un solo espacio, llenas de enrevesadas correcciones, que los harían millonarios a ambos y desenmascararían a los auténticos asesinos de John Fitzgerald Kennedy y de Martin Luther King, Jr. También era posible que el propio Washington ya hubiera leído y rechazado ese libro. Los escritores que acudían en persona a hablar de sus méritos eran los peores.

—Estoy reunido —propuso Washington—. Probablemente tenga para el resto del día.

—Se lo diré.

Ahora tendría que quedarse escondido en su despacho hasta que no hubiera moros en la costa. Si el asedio se prolongaba más allá del almuerzo, siempre podría escabullirse por la escalera interior, subir hasta el piso noveno y bajar en el ascensor hasta la calle.

—¡No estoy! —le gritó a su secretaria—. Si ves acercarse a alguien con un manuscrito bajo el brazo, dile que el señor Lee se ha largado a Zimbabue.

Estaba hablando por teléfono con un agente cuando un hombre gordo con barba y en chándal apareció en la puerta exclamando que a él ninguna zorra blanca le impedía el paso.

—Solo quería ver de qué color eras —añadió el tipo.

El ceño muy fruncido daba un toque desquiciado a sus rasgos de ardilla. Aferraba un manuscrito ante la enorme panza, sujetándolo como un escudo mientras avanzaba por el despacho. Experimentando una rápida licuación de sus órganos internos, Washington trató de mantener la calma.

—¿Qué problema tiene, amigo?

—Mi problema es que soy un artista negro. Me encuentro, por tanto, doblemente al margen de esa cosa fascista y racista que llaman cultura estadounidense. Intento crear una literatura afroamericana de la que los blancos no quieren saber nada y que la clase dirigente blanca quiere borrar del mapa.

La secretaria de Washington se había esfumado. La única esperanza era que la chica volviera con ayuda.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo, hermano?

El escritor rebuscó en el chándal entreabierto, sacó una arrugada hoja de papel y recitó, sin consultar el texto:

—«Estimado señor Jamal: Gracias por hacernos llegar su manuscrito. Lamento comunicarle que el equipo editorial ha decidido que en este momento no puede publicar su texto. Le deseamos suerte con otro editor. Atentamente, Washington Lee.» ¿Qué coño de carta es esta? «¿Atentamente?» Les entrego la puta obra de mi vida, la auténtica historia de la experiencia de los negros en el exilio de Babilonia, ¿y la única respuesta que obtengo es esta? ¿Y qué es esa mierda de «equipo editorial»? Yo le mandé mi libro a un hombre, a un tipo que se llamaba Washington Lee y que según me habían dicho era un hermano, no el negrata lameculos de un equipo editorial.

—Tal vez le podría echar otra ojeada —dijo Washington para ganar tiempo. Ni siquiera sabía si lo había leído. Recibía cientos de manuscritos al año, y a veces solo tenía tiempo para mirarlos por encima. Siendo como era uno de los dos únicos negros en editoriales importantes de Nueva York, se esperaba que se erigiera en defensor de su supuesta comunidad, que por lo que él sabía no escribía mejor que cualquier otro grupo. Washington tenía tantas ganas como cualquiera de descubrir el próximo *El hombre invisible*, pero ser negro y escribir un libro no lo convertía a uno necesariamente en Ralph Ellison.

Justo a tiempo, aparecieron los de seguridad: dos blancos desarraigados en uniforme que se quedaron tímidamente en la puerta.

—Llévense a este puñetero fanático de aquí —ordenó Washington.

—No me pongáis ni un solo dedo encima —exclamó el escritor.

Los de seguridad se echaron atrás, incapaces de encarar lo que tenía la pinta de convertirse en una lucha a muerte. Solo

intervinieron cuando el enfurecido escritor hizo ademán de abalanzarse sobre Washington a través de su mesa. Rasheed Jamal derribó a uno de los guardias, y luchaba a brazo partido con el otro, más corpulento, cuando Washington dijo:

—No te muevas, hijo de la gran puta.

Apuntaba con una reluciente Walther automática gris a la barriga del gordo.

Los guardias de seguridad, recuperándose, parecieron inseguros del papel que debían desempeñar con respecto al arma de fuego, hasta que Washington añadió:

—Joder, ¿voy a tener que echarlo yo mismo o qué?

Asiéndolo cada uno por un brazo, los de seguridad se llevaron a rastras a Rasheed Jamal hasta la puerta, donde se pusieron de lado para sacarlo del despacho.

—Tú no eres negro —le gritó el tipo a Washington.

—Ni tú escritor —respondió Washington, que por fin recordaba haber leído varios capítulos de la novela de más de mil páginas que tenía sobre la mesa en dos cartapacios. Tuvo que hacer gala de una fuerza de voluntad tremenda para no apretar el gatillo antes de que el supuesto escritor desapareciera de su vista—. Y llévate esta basura contigo —añadió tirando los dos cartapacios del original al suelo.

Temblando, apuntó con la pistola a su propia boca y se disparó unos cuantos chorros calmantes de vodka.

SE ALQUILA POR RESCISIÓN DE CONTRATO, rezaba el cartel en el escaparate de un local unas puertas más abajo de la oficina. Últimamente abundaban esos letreros. Cuando volvía andando de almorzar con un agente, Russell se detuvo un momento ante el escaparate para examinar las moquetas de rebajas, los vistosos kilims, una descolorida alfombra Heriz. La oficina de Russell estaba situada en una de esas tierras de nadie de la ciudad que hasta hacía poco ni tenían nombre. Se encontraba entre Gramercy Park y Chelsea, al sur

de la parte central de Manhattan, pero no propiamente en la parte baja, una zona de edificios de ocho y diez plantas de un siglo de antigüedad y almacenes ocupados en su mayoría por la industria ligera, el comercio de alfombras orientales y fotógrafos de poco renombre. El distrito de las alfombras, lo llamaba Russell, pero últimamente los vendedores de alfombras habían ido cerrando sus negocios. La moda y la clase de dinero que viajaba con poco equipaje —tiendas y restaurantes modernos— habían recuperado la zona, rebautizándola como el distrito del Flatiron, por su edificio más famoso. Comer allí se había vuelto más fácil, desde luego. Dos años atrás, Russell había tenido que coger un taxi para encontrar un sitio en el que comer que no ofendiera a los agentes literarios. Ahora todos estaban más que dispuestos a acudir a la última *trattoria* piamontesa sobre la que habían leído en el *Times*.

El edificio Corbin, Dern, una propiedad que había cuadruplicado su valor desde que habían contratado a Russell, quedaba a media manzana. Tenía un aparcamiento a un lado y un pequeño edificio de piedra rojiza al otro. La editorial ocupaba las cuatro plantas superiores de las nueve del edificio. La estructura de más de un siglo de antigüedad era una copia de un edificio cercano de McKim, Mead & White, y la editorial Corbin, Dern and Company se había instalado allí en los años veinte. Para escritores, lectores y críticos, Corbin, Dern era un dáctilo resonante, una invocación a las musas, una firma cultural de primera categoría.

Después del almuerzo, Russell se pasó por el despacho de Washington, que trabajaba del modo habitual, reclinado hacia atrás en el respaldo del sillón ergonómico italiano, con las botas de vaquero encima de la mesa, las manos detrás de la nuca. A Russell le recordaba a un gran felino, con la velocidad y las garras ocultas bajo un talante tropical. Rara vez se lo veía moverse deprisa o saltar, pero en la época seca sabía conseguir una presa. Justo cuando parecía que no quedaba otra opción que echarlo por alguna violación radical del decoro, encontraba un éxito de ventas o a uno de esos

oscuros novelistas de Europa del Este que de repente ganaban el premio Nobel.

Saludando con la mano a la secretaria de Washington, Russell entró sin pedir permiso y se dejó caer en el sofá; inconscientemente imitó la postura de su amigo, cogiendo un ejemplar del *Post* de la mesita baja.

«Un sin techo atacado por un felino gigante.» Alzó la vista hacia Washington, luego buscó la página tres, donde se enteró de que un leopardo (o quizá un guepardo) tenía aterrorizado a todo el Lower East Side con sus ataques a borrachos callejeros y otros vagabundos.

—Sí, tío, luego te llamo, ¿vale?

La actitud de Lee era siempre furtiva, como si se dedicara a negocios clandestinos o a concertar citas secretas. Russell se preguntó si Washington de verdad querría librarse de esa llamada telefónica o simplemente no quería que la oyera él.

—Mira quién está aquí, si es mi amigo Russ.

—Tengo que conseguir que se interesen por ese libro sobre Nicaragua.

—¿Hablaste con Harold?

—Creía que me respaldaba.

Washington había ocupado el despacho contiguo al de Harold Stone durante un año antes de que Russell empezara a trabajar allí. Eran coetáneos, aunque Washington había empezado a ascender mientras Russell todavía era un estudiante de posgrado. En su condición de único editor plenamente cualificado y miembro de un grupo minoritario, y por el hecho de que dominaba varios idiomas importantes, Washington carecía virtualmente de miedo.

—Tengo el puesto asegurado —le dijo a Russell una noche después de muchas copas.

Graduado en Harvard, como Harold, se había criado en Harlem, un caso prácticamente único en la industria editorial, y los pocos que tenían capacidad para despedirlo consideraban que sería algo espantoso.

—Hay dos cosas que debes recordar con respecto a Harold —decía Washington ahora—. Primera, antes era un grandísimo progresista. ¿Te das cuenta? Fíjate en la gente con la que se trata ahora, tipos mundanos y economistas neoconservadores. ¿Crees que hablan de Marcuse y Malcolm X a la hora de comer? Qué va, nada de justicia social ni revoluciones tercermundistas; no es eso lo que está pasando, desde luego. Por lo menos en Park y Madison, en cualquier caso. Ya nadie quiere cambiar el mundo. Lo que quieren es ser sus dueños. Harold no es idiota. Todo lo que hizo en los años sesenta, lo hizo porque estaba de moda y lo pagaban bien. La revolución era un buen negocio.

—Ahora es fácil decirlo.

—Lo que no significa que no sea verdad. En segundo lugar, no supongas que quiere que los libros de los que tú te ocupas tengan éxito.

Eso ya se le había ocurrido a Russell. Pero también era importante no tomarse demasiado en serio las opiniones de Washington. Aunque siempre parecía dispuesto a formar equipo con Russell, era un hombre de facetas e intrigas tan complejas que no siempre resultaban comprensibles ni siquiera para él mismo. Washington era un buen editor, pero todavía se le habría dado mejor ser agente doble.

—El mundo se divide en tres tipos de personas en lo que se refiere a esta mierda —aseguró Washington, lanzadísimo—. Por un lado están las buenas personas, como tú, que se sorprenden y se indignan de que se manipule a la prensa para ocultar los trapicheos del Gobierno. Por otro, las personas como yo, que no se sorprenden en absoluto. Que ya lo saben puñeteramente bien. Y luego está la mayoría, que no quiere enterarse de lo que pasa. —Washington apuntó con su Walther a Russell, que abrió la boca para que le echara un chorrito—. A propósito..., ¿de qué conoces al hermano que estaba en tu fiesta la otra noche?

—¿Qué hermano?

—¿Cuántos había, tío?

—No me fijé.

—Madre mía. —Washington había visto otros ejemplos del pasotismo de Russell con respecto a lo que pasaba en su entorno, pero ese le parecía grave. Aunque en ese caso no lo sentía mucho. Había ido al colegio con aquel tipo y le había desconcertado encontrárselo allí, entre los blancos, en el apartamento de Russell. No le gustaba necesariamente la idea de que Russell supiera de su otra vida en su viejo barrio, así que lo dejó pasar. Más vale no mezclar según qué mierdas.

Por desagradable que fuera, Russell consideraba que le debía algo a su escritor, aunque fuera el tener que rebajarse. Era la única oportunidad con la que contaba de poder lanzar el libro. Tendría que recurrir al gran Harold Stone, que para algunos era el inventor de la edición, quien le había enseñado el alfabeto a Gutenberg, y la persona cuya bendición suponía críticas excelentes, artículos serios, becas Guggenheim. ¿Quién estaba allí cuando Cristo tuvo su momento de duda y de lo que fuera? ¿Duda y vergüenza? ¿Duda y dolor? ¿O duda y odio? Si alguien podía saberlo, era Harold.

Russell atravesó la alfombra del viejo vestíbulo hasta el despacho de la esquina del director editorial. Durante tres años él había estado justo en la puerta de al lado de su mentor, en un estrecho cubículo. Pero cuando por fin lo ascendieron y le proporcionaron un despacho mayor, unos meses atrás, Russell se trasladó varios cientos de metros más allá. Fue algo así como dejar la casa paterna para ir a la universidad. De pronto se sentía incómodo cuando se encontraba a Harold en el servicio; se aclaraba la garganta, sacaba la polla y clavaba la vista en los azulejos de enfrente. No sabía muy bien cómo habían llegado las cosas a ese punto, ni si aquel cambio estaba solo en su imaginación. Pero ese día cayó en la cuenta de que llevaba casi una semana sin hablar con Harold.

—Bonitas perlas —le dijo a Carlton, la rubia y dentuda adjunta de Harold, que vigilaba la puerta de su jefe sentada muy tiesa y dándose aires, como si se hubiera tragado un palo de escoba y lo llevara pegado a la columna vertebral. Se había licenciado en Radcliffe un año antes, y llevaba el jersey de cuello vuelto de rigor y un collar de perlas, y creía ciegamente en la divinidad de Harold Stone. Levantó una mano con un gesto de guardia de tráfico mientras sujetaba el teléfono con la otra.

—Se lo diré, estoy segura de que querrá verte —dijo a través del auricular.

Cuando el infierno se congele, pensó Russell. Harold era famoso por no devolver las llamadas, y había dejado de escribir cartas años atrás.

—¿Te espera? —preguntó Carlton cuando colgó el teléfono.

Russell asomó la cabeza al interior del despacho; Harold alzó la vista de la revista que estaba leyendo.

—Ahora sí —dijo, y se contuvo para no añadir: «Y a ver si dejas de ser una puta entrometida». Hasta hacía poco, la chica se había mostrado dócil con Russell, pero ahora proyectaba un aura de arrogancia digna de uno de los directivos de la empresa. Con todo, Harold siempre había valorado la entusiasta falta de tacto de Russell, una cualidad poco habitual en los tímidos ambientes de la edición de libros.

Años atrás, Russell había decidido que Harold parecía un gran búho cornudo (un miembro de los *Strigiformes strigidae*, como el representado por Audubon en la lámina 236), y se diría que el parecido había aumentado con el tiempo. Cuando levantó la vista, sus ojos de un pardo amarillento parpadearon irritados tras los cristales de las gafas de montura de concha, como si algo lo hubiera despertado de un mal sueño en la rama de un arce seco; asintió con la cabeza e hizo un ruido que sonó a interrogación. Su carencia de los mínimos modales recomendados parecía una cuestión de principios, como si el encanto, la buena educación y los demás lubricantes de los contactos personales denotaran falta de seriedad.

Raramente miraba a los ojos, evitaba los cumplidos e ignoraba las preguntas, una conducta que sus inferiores tendían a tomar por arrogancia, y los admiradores por la torpeza del genio. Vestía según el estilo adoptado años atrás en Cambridge, que nunca había variado: camisas abiertas y pantalones de algodón con pinzas, americana cuando tenía que llevarla y raramente corbata.

—¿Podemos hablar del libro de Rappaport?

—¿Ese sobre Nicaragua? —preguntó Harold.

—Sí. *La guerra secreta* —puntualizó Russell, molesto porque Harold hubiera olvidado, o fingiera haber olvidado, el nombre del autor.

Harold había animado a Russell a comprar ese libro.

—No me enloquece el título.

—Me ponen pegas para darle cobertura.

Harold se encogió de hombros. Russell se sentó en el borde del largo escritorio. Aunque Harold llevaba ocupándolo diez años, el despacho no parecía pertenecer a nadie en concreto, lo cual revelaba más sobre su inquilino de lo que el montón de fotos, tarjetas postales y otros recuerdos en los demás despachos decían de los suyos.

—La gente ya no lee libros —observó Harold, mirando a través de la ventana, desde la que se veía una parte del Flatiron al oeste y del Empire State al norte. Russell recordó una noche de varios meses atrás en que él y Harold se habían quedado hasta tarde y liquidaron una botella de Armagnac. Era la única vez que Russell había visto borracho a su mentor o le había oído hablar de su matrimonio, de las repetidas hospitalizaciones de su mujer y sus amenazas de suicidio. Y después, cuando Russell ya lo había adulado sin pudor, Harold le quitó importancia a la cosa con un ademán y dijo que llevaba años viviendo de su capital intelectual, que se sentía como el hombre que se ha casado joven con una mujer de belleza arrebatadora, se ha hartado de sus encantos y obtiene placer de las miradas de deseo de los otros hombres. Era así, insistió, como se sentía con respecto a la mayoría de libros que publicaba. Como si ya

no quedara nada por hacer. En aquella época, Harold le había parecido a Russell un héroe estoico. Ahora empezaba a pensar que Harold lamentaba su candor. A partir de aquel día, pareció reinar cierta frialdad entre ambos.

Russell se levantó y observó los lomos de los libros en las estanterías, que parecían meros expositores de productos fabricados por la empresa. En cierto sentido resultaba impresionante que Harold pudiera mantenerse tan distante de su entorno físico inmediato. Solo dos fotografías adornaban su guarida: una de Harold y Saul Bellow, ambos unos veinte años más jóvenes, sentados codo con codo y con pinta de incómodos a una mesa durante una cena, Harold más delgado, casi demacrado, pero por lo demás el mismo; y otra de Robert Kennedy sonriendo a un ceñudo Harold, con el político apoyando una amistosa mano en el rígido hombro del editor. Considerando la cantidad de conocidos de Harold entre los famosos y los distinguidos, Russell se preguntaba a menudo qué proceso o ausencia de él había llevado a la selección de esas dos fotografías como representativas de su vida y su carrera.

—Esperaba que se te ocurriera alguien ajeno a la crítica de libros que quisiera hacer un artículo.

Harold asintió con expresión pensativa, sin comprometerse, mirando levemente a la izquierda de la oreja de Russell.

—No es que crea que le haga falta mucho bombo, pero si consiguiéramos que le hicieran algo de publicidad...

—¿Qué pasa con Propp? —interrumpió Harold.

Después de cinco años, Russell seguía sin estar seguro de si aquellos incongruentes cambios de tema de Harold formaban parte de una estrategia consciente para poner nerviosos a sus interlocutores, o eran fruto de una excentricidad inocente.

—Lo que más le interesa saber es por qué no consigo que salga en el programa *Today*.

—¿Va a terminar alguna vez ese puto libro?

—Oye, dale un respiro. Solo lleva seis años de retraso.

—Siete.

—Harold, ¿qué tengo que hacer para que se ocupen del libro de Rappaport? ¿Tomar rehenes? ¿Pegarle un tiro al presidente?

—¿Cuándo va a entregarnos Jeff un manuscrito?

—En cuanto lo termine.

—Pero ¿está escribiendo algo? Solo parece ocupado en follarse a todas las modelos de Nueva York. A lo mejor ya no será capaz de escribir más. A algunos les pasa.

—Jeff aún puede escribir muchos libros.

Harold le había ofrecido todo su apoyo a Russell cuando este, un poco avergonzado porque el autor fuera uno de sus mejores amigos, le había mostrado por primera vez el manuscrito tres años atrás. Harold lo animó a adquirirlo, habló de él con sus amigos del mundo literario y, sospechaba Russell, fue el artífice de un par de reseñas. Ni siquiera Harold podía garantizar que un libro llegara a buen puerto, pero sí podía contribuir a ello, y en este caso lo había hecho. Aquella temprana buena acogida por parte de la crítica fue seguida de unas ventas insólitas de un libro de relatos que figuró en la lista de *best sellers* del *New York Times* durante varias semanas. Dos de esos relatos habían sido adquiridos para el cine y la traducción había ganado un premio literario en Francia. La estrella en ascenso de Jeff había encumbrado también a Russell, y ahora la actitud de Harold hacia el libro parecía ambivalente, como si hubiera permitido a unos críos utilizar su garaje para construir un kart y hubieran salido con el prototipo de un coche de Fórmula 1. Su actitud parecía oscilar entre el deseo de que su nombre apareciera en el capó como patrocinador y la esperanza de que se estrellara y ardiera en las primeras vueltas.

—¿Qué cuenta tu mujer de la Bolsa?

—Espera una racha a la baja, durante un par de meses.

Harold apretó los labios y pareció sopesar semejante información.

—¿Qué pasa con Rappaport?

—Pensaré en ello.

—Si tienes tiempo —dijo Russell con sarcasmo.

—Oye, habla con esa secretaria tuya, ¿quieres? —le sugirió Harold cuando ya se iba—. Kleinfeld ha estado aquí esta mañana y casi llama a la policía cuando la ha visto en la fotocopiadora. Llevaba una camiseta que decía: «Comámonos a los ricos».

—Era una chapa lo que decía eso.

—Lo que sea —zanjó Harold—. Dile que se la quite.

—¿Por qué?

—No te hagas el listillo. Ya eres mayorcito, Russell.

Cuando volvía hacia su despacho, Russell consideró mandarle al director editorial una copia de un artículo, que figuraba en muchas antologías, sobre el movimiento de libertad de expresión de Berkeley, escrito por un joven y entusiasta polemista llamado Harold Stone. Supuso que ser «mayorcito» significaba resistirse a ese tipo de impulsos.

Joven colaborador fijo del antiguo equipo de la revista *Partisan Review*, Harold Stone se había ganado la fama de niño prodigio incluso antes de salir de Harvard con un trabajo que llevaba el título de «Bakunin y la idea de una vanguardia*».* Consiguió un empleo en la editorial Knopf, compartió una chica con Bellow y se las apañó para que Mailer le rompiera las gafas, lo que supuso el establecimiento de su prestigio. A intervalos cada vez más largos, publicó ensayos y críticas de libros de los que se hablaba mucho en los ambientes literarios de Nueva York. Por entonces se había casado con una niña bien recién presentada en sociedad que ahora llevaba una existencia completamente independiente de la suya en New Canaan, Connecticut, aunque seguían siendo marido y mujer.

Salido de una zona residencial del Medio Oeste, Russell había devorado en la universidad las ediciones preparadas por Harold de Sartre, Camus y Gramsci; había leído los ensayos de Harold sobre Lukács y Kafka. Cuando llegó a Manhattan tras el posgrado en Oxford, Russell había tenido la suerte de encontrar trabajo en la venerable editorial donde reinaba Harold y de atraer la atención del

maestro gracias a unos poemas que había publicado en una revista de aparición trimestral. Puede que Harold hubiera sentido nostalgia ante la idea de un joven con ambiciones literarias llegado a la ciudad, complacido ante la idea de que los jóvenes todavía escribieran poemas, como hacían sus amigos de los viejos tiempos del Village; que sintiera curiosidad por saber qué leían los jóvenes con cerebro en ese momento; o que se sintiera culpable porque, con toda probabilidad, se disponía a almorzar en The Four Seasons con un autor millonario que escribía novelas de espionaje. En cualquier caso, Harold había visto algo en aquellos poemas. Llevó a Russell a almorzar y después lo acogió bajo su ala de búho quisquilloso y sabihondo.

A las siete, cuando se marchaba, Russell pasó por el despacho de Dave Whitlock. Este miraba con cara tristona su ordenador. Whitlock se ocupaba de los números, y los números siempre parecían hacerle desgraciado.

—No te preocupes, Whit. Tengo en marcha una antología de poesía serbocroata que nos va a ir muy bien.

—Hoy no, por favor —respondió Whitlock con un ademán despreciativo.

De la misma edad que Russell, había estudiado modelos econométricos en Wharton mientras él estaba en Oxford centrado en Blake, y los dos habían empezado a trabajar en la empresa prácticamente el mismo día. La gran tragedia de Whitlock como hombre de negocios era que leía libros. Cuatro años atrás, podía haber formado parte de una consultoría o del departamento de inversiones de un banco por el doble del dinero que ganaba ahora en el sector editorial.

—Lamento lo del libro de Rappaport.

—¿Qué pasa con él?

—¿No te has enterado? Harold ha ordenado esta mañana que solo se imprimieran diez mil.

—Acabo de estar con él. El muy cabrón no me ha dicho ni palabra.

La puerta de Harold estaba cerrada y Carlton no se encontraba en su mesa. Russell llamó con los nudillos al tiempo que abría la puerta. Harold estaba sentado en el sofá; Carlton estaba sentada encima de Harold. Un instante después de haber advertido la presencia de Russell, ambos se volvieron de golpe para supervisar y tapar las partes del cuerpo expuestas y en contacto, dándose al hacerlo un sonoro cabezazo. Cuando sacó bruscamente la mano de la blusa de Carlton, Harold hizo caer a la chica al suelo. Sus rostros los traicionaron más que la visión de algodón blanco y carne; la sorpresa pasó rápidamente de culpabilidad a enorme indignación.

En los días que siguieron, a Russell Calloway le tocó imaginar cuál de esas emociones prevalecería. Pero desde el primer instante estuvo casi seguro de que abrir la puerta del despacho de Harold no había constituido precisamente un gran paso en su carrera.

3

Corrine empezaba a hartarse de tanta fiesta: cenas, cumpleaños, presentaciones de libros, inauguraciones de casas; fiestas de disfraces y para celebrar el comienzo de las vacaciones; noches de estreno y veladas de clausura; inauguraciones de exposiciones; funciones benéficas del comité auxiliar del American Ballet Theater y de la Biblioteca Pública; fiestas en favor del candidato demócrata, de la Sociedad de Ayuda a los Desfigurados Faciales, la Coalición en Pro de los Sin Techo, la Fundación Médica Estadounidense para la Investigación del Sida; en clubs nocturnos, en el hotel Plaza y en el templo de Dendur del museo Metropolitan; en honor de un tipo que se llamaba Alonzo que se dedicaba profesionalmente a recaudar fondos y celebrar fiestas..., una fiesta de despedida a Pandy Birdsall, que se trasladaba a Los Ángeles porque ya se había acostado con todo Nueva York.

—Asistir a fiestas es un dolor dulce —comentó Jeff esa noche.

La noche anterior los colegas de Russell habían celebrado una fiesta de despedida a un editor. Así que, después del trabajo, Corrine se dirigió de mala gana a la oficina de Russell; en metro hasta la calle Veintitrés, luego dar vueltas hasta comprender que has salido por una boca extraña y has tomado la dirección equivocada, para después plantarte con una estúpida sonrisa en la cara en una sala de conferencias abarrotada donde los asistentes editoriales devoraban canapés disimuladamente, mientras calculaban agradecidos cuánto se ahorrarían de cena, y los editores importantes se apiñaban con virtuosismo en distantes constelaciones, echando ojeadas a sus relojes, a la espera de que llegara la hora de escapar a tomar unos cócteles como Dios manda y a cenar en algún sitio de moda a cuenta de la empresa. Harold Stone, con su expresión hosca y atribulada, apareció lo justo para dar la impresión de que

fraternizar con sus colegas era ligeramente menos agradable que dejarte poner un catéter, y al pobre Patoso todavía parecía preocuparle que Harold pudiera reprocharle algo; el comentario de Corrine había sido que, si querían intimidad, ¿por qué coño no habían cerrado la puerta con llave? Finalmente, un grupo se había ido a casa de Elaine, en la parte alta de la ciudad, a una cena interminable en la que corrió el alcohol junto con chutes abundantes de comentarios sobre las interioridades del mundo de la edición.

Ahora, tras unas pocas horas de sueño, Corrine tenía que irse a trabajar. Russell todavía seguía en la cama. En la editorial no empezaban hasta las diez; ella siempre trataba de estar en su despacho a las ocho menos cuarto y preparar algunos datos para la reunión de las ocho y cuarto con el equipo, cuando los principales corredores de Bolsa harían propuestas, analizarían la evolución del mercado el día anterior, discutirían lo que había pasado en la Bolsa de Tokio. Pero ese día tendría suerte si llegaba a tiempo para la reunión.

Después de ducharse todavía se sentía exhausta. En la zona del dormitorio destinada a vestidor había un tocador; se sentó con una taza de café y encendió el pequeño televisor portátil. Dios santo, qué cara tan espantosa, pensó, mirándose en el espejo. Matusalén, que convertía a los hombres en piedra. ¿O era Medusa? Decidió dejar por completo la bebida durante un tiempo. Le robaba lozanía a su piel. En su lugar se inyectaría colágeno.

Mientras se aplicaba la crema hidratante, escuchó una entrevista con Madonna, que al parecer aseguraba ser la reencarnación de Marilyn Monroe. Ya quisieras, chata. Marilyn Monroe probablemente habría deseado ser realmente Marilyn Monroe. Ser un bellezón no había hecho gran cosa por mejorar su autoestima. Con todo, Corrine pensó que le gustaría usar la talla... 95C, o la que fuera que llevara ella. A Russell le encantaría. «Oye, ven aquí, muchachote»... cinco centímetros más y una copa de la letra siguiente. «A ver si vienes a verme alguna vez...» No, eso era de Mae West. Lo atraería a la cama un poco más temprano, con

objetivos románticos. Nada de quedarse como un tronco inmediatamente. Sería estupendo si, como a los hombres, le crecieran para el sexo —de modo que los chicos pudieran jugar con ellas y admirarlas— y luego se le volvieran a encoger y así no estorbaran. ¿Y por qué no? Otro ejemplo de que los hombres habían salido ganando en el reparto. La naturaleza era misógina. Se aplicó base de maquillaje sobre la pálida piel, deteniéndose en una pequeña vena azulada bajo la mejilla. La noche de su fiesta de cumpleaños fue la última vez, hacía casi dos semanas. ¿Era posible que hiciera tanto? Los demás hombres parecían encontrarla bastante atractiva. En la calle, en el metro, en las fiestas. En las fiestas, siempre.

Un pequeño lunar en la barbilla, que según su madre era señal de belleza y que su padre quería que le quitaran. Un toquecito, y otro más. Qué va, imposible taparlo. Más que una chica de portada, como antaño, parecía una deportada. Había llegado el momento de ponerse una bolsa de papel en la cabeza. Una sencilla bolsa de la compra para ir al trabajo y para andar por casa, una bolsa de Saks o Bergdorf para llevar en las fiestas.

Base de maquillaje con color en el contorno de ojos. Para disimular esas ojeras de mapache. Se preguntó si todos esos nombres que empezaban por M de la televisión la habrían hecho pensar en Medusa. MTV, se llamaba la cadena de vídeos musicales. ¿Se financiaba con fondos públicos? Debería comprobarlo. Marilyn, Madonna y Medusa. Con respecto a la Bolsa, ella creía secretamente en los presagios. No en sí mismos, sino cuando todo lo demás parecía ir bien. Una empezaba con cifras, pero al final a veces se necesitaba algo más. Pero ¿qué significaba eso de la M? ¿Comprar acciones de Monsanto? ¿Vender de Mobil? Necesitaba más datos. Más cosas con M. A veces confiaba en los sueños, pero esa mañana estaba tan cansada que no podía recordar qué había soñado.

Una sibila. Eso era lo que necesitaba. Alguien que le interpretara los sueños. ¿Todavía se consultaban las entrañas? Qué asco. Como esos pelos que llevaba. ¿Era Medusa la que tenía serpientes en lugar

de pelo? El de Corrine esa mañana hacía pensar en serpientes. En un nido de víboras. Con las puntas abiertas como lenguas bífidas. Siseantes. Lo que necesitaba era ese nuevo champú con el acondicionador milagroso que desenreda el pelo, borra las arrugas, reafirma tus pechos y hace que tu marido quiera afeitarse antes de meterse en la cama y follarte hasta dejarte desollada. Espuma, aclarado, repetir. Todos los días. Cada mañana juraba que se iba a cortar el pelo; era una pesadez, y además, ¿no era de chica muy joven llevar una melena por debajo de los hombros? Pero Russell no se lo perdonaría jamás. A los hombres les pasa eso con el pelo y las mujeres. Quieren que tengas mucho en la cabeza, casi nada en los demás sitios.

Todavía con aquella pinta tan horrorosa, fue a la cocina por otra taza de café. El abrigo de pelo de camello de Russell estaba tirado sobre el respaldo del sofá. En otro tiempo, le habría parecido un gesto adorable. Esa mañana solo conseguía cabrearla.

De vuelta en el dormitorio, se puso manos a la obra con los ojos. El espejo del alma. Bueno, los espejos necesitan buenos marcos y que les saquen brillo, ¿o no? Sombra de ojos. Un marco de Chanel. Un toque de color cobre en las comisuras. «El pájaro con afiladas garras cobrizas.» ¿De quién era eso? ¿De Wallace Stevens? Ese tenía una fijación con los pájaros. También le pasaba a Hitchcock. Papagayos, periquitos, bandadas de palomas. «El placer de ir en bata, ya muy entrado el día.» Pues su bata estaba hecha unos zorros, era un harapo.

«Esta mañana tenemos aquí a Johnny Moniker, la estrella más reciente del ambiente más de moda del centro de la ciudad.»

Corrine alzó la vista hacia el televisor. El tipo le pareció conocido, y bastante guapo. No había entendido bien el nombre... ¿Johnny Monologue? Estaba casi segura de que había estado en el apartamento unas semanas atrás... Moreno, con un atractivo algo desagradable. Lo había visto con Jeff, seguramente.

Fue corriendo hasta la cama y zarandeó a Russell.

—Hay un tipo en la televisión al que hemos visto en alguna parte —dijo.

—¿Quién?

—Eso me gustaría saber. —Brincó como una cría encima de la cama—. Johnny no sé qué.

—Johnny cogió su fusil y mató de un tiro a su mujer. Porque lo había despertado.

—No. Ven a verlo.

—¿Le conocemos? —preguntó él, negándose a moverse todavía.

—No demasiado. Solo estuvimos con él un momento.

—Entonces casi no le conocemos.

Para cuando Corrine consiguió arrastrarlo delante del televisor, aparecía la moda de primavera de Milán.

—¿Por qué me has despertado? —quiso saber Russell.

Corrine exhaló un suspiro y fue al cuarto de baño en busca de una aspirina. Solo Corrine, pensó Russell, se sorprendería al ver a alguien vagamente conocido en la televisión. Eso era precisamente lo que pasaba con la televisión, que volvía conocido a todo el mundo. Era como los sueños que tenía Corrine. Lo despertaba casi todas las mañanas con las palabras: «He tenido un sueño de lo más extraño», como si esperara, en cierto modo, que los sueños fueran algo más que sueños. Era implacablemente lógica, como los niños. Su superstición, que cuando la conoció le había parecido que no casaba con los restantes rasgos de su carácter, era de hecho una clara consecuencia de esta tendencia hacia la lógica. Ella no creía en las casualidades, de modo que si se tropezaba con el número once varias veces en el transcurso de una mañana, estaba convencida de que era por una buena razón, por alguna estructura profunda con la que ese número se coordinaba, aunque no consiguiera imaginar exactamente cuál. Lo cierto es que la combinación de talento matemático, tenacidad y un temperamento supersticioso la convertían en una excelente intérprete del mercado financiero.

Russell se volvió a la cama de un salto.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó Corrine, después de darle el frasco de aspirinas.

Él sacó tres y alzó la vista.

—Fantástica y preciosa.

—Para nada.

—¿Cómo que no? ¿Tienes algún lío en la oficina? ¿Te ves con alguien?

—Debería. No parece que últimamente consiga excitarte.

—Oye, lo siento. Me estoy dejando los huevos en el trabajo, literalmente. Y encima toda esa puñetera vida social, tan intensa. Esta noche nos quedaremos en casa.

—¿Lo prometes? —Corrine se arrodilló junto a la cama y le acarició la frente—. Pediremos comida a domicilio y encenderemos la chimenea.

—Mierda. —Russell frunció el ceño—. Tengo que cenar con un agente.

—Cancélalo. —Corrine enterró la cabeza en el cuello de él y empezó a hacerle cosquillas en el lóbulo de la oreja con la punta de la lengua.

—Lo haría en el acto, tesoro, pero mañana tiene que volver a Los Ángeles.

—¿Qué coño pasa últimamente con Los Ángeles?

—Que la industria del cine y la televisión se me está llevando por delante, como al resto del país.

Corrine se levantó y se estiró la blusa.

—Se ocupa de un escritor al que quiero contratar un libro. Mañana por la noche no saldremos de casa. —Russell se incorporó hasta quedar sentado en la cama para demostrar que hablaba en serio—. Prometido.

—Las promesas se las lleva el viento —dijo Corrine—. Y te pierdes que me corra en tu boca. —Eso la hizo ruborizarse un poco. Le tiró un beso, se dio la vuelta y salió contoneándose.

—Buen culo —comentó Russell según ella se alejaba.

—Para ti no es —respondió Corrine.

Al otro lado del pasillo, la señora Oliver abrió su puerta todo lo que se lo permitía la cadena y se asomó. Su cara de tonta quedó enmarcada entre la puerta y la jamba, con la cadena de latón sobre el labio como un bigote; su yorkshire ladraba detrás de ella. Desde que su marido se había ido a ese club para jubilados que era el cielo, la señora Oliver pasaba las horas de vigilia atisbando detrás de la puerta por si oía ruido de pisadas en la escalera, como si su mayor deseo consistiera en ser testigo de la acusación antes de dejar este mundo lleno de crímenes. Se pasaba el día entero abriendo y cerrando la puerta como un molusco bivalvo que obtiene sus nutrientes del océano. Corrine la saludó con la mano.

Abajo, Roger mantuvo la puerta abierta para que saliera y sonrió.

—Buenos días, señora Calloway.

Viéndola alejarse, el conserje experimentó una oleada de deseo, que fue como si le inyectaran helio en los pulmones y que lo hizo despegar, como si la excitación producida por la presencia de Corrine, durante un instante no compartida con nadie, lo hubiera vuelto ingrávido; y cuando la señora Calloway hubo desaparecido, ese mismo deseo lo dejó triste y aturdido.

Una vez al aire libre, Corrine empezó a sentirse mejor. El frío cortante de enero era vivificante. El cielo estaba radiante y despejado, pues, a diferencia de ella, se había ido a dormir a una hora sensata. Los que hacían *jogging* pasaban con sus brillantes colores; a la mierda con ellos. Cualquier día volvería a hacer ejercicio. Ante una casa de ladrillo, tres pequineses olisqueaban una fragante grieta en la acera mientras su dueña, con el pelo azul, esperaba pacientemente sujetando las tres correas, con una bolsa de plástico vacía en la mano libre.

En Lexington, Corrine olió a hachís; dos hombres con traje que caminaban delante de ella compartían un canuto. La frase «La guerra de Coca-Cola y Pepsi» le llegó flotando con el humo: unos publicistas inspirándose.

Después de comprar el *Journal* a la entrada del metro, se mezcló con el ejército de empleados con maletín y esperó la llegada del tren apretujada en el andén junto a los otros miles de neoyorquinos, pensando en que juntos parecían todos iguales, pero sus vidas interiores se agitaban debajo de la lana y el estambre de sus trajes; muchos engañaban a sus cónyuges y defraudaban impuestos, soñaban con asesinar y darse a la fuga. Si se pusiera a preguntar, sin duda descubriría una conexión con muchos de ellos a través de amigos y conocidos; si ocurriera algún accidente, los uniría un vínculo, pero ahora se mantenían silenciosos y distantes. La frase HAY QUE ENCONTRAR UNA CURA estaba escrita en un poste junto a ella. ¿Cuántas personas del andén la tendrían? ¿Cómo era aquel viejo poema sobre el que escribió Russell en Oxford? ¿*Un diario en los tiempos de la plaga*? Decía algo sobre la caída de la luz…

Levantó el periódico y se sumergió en las columnas de letra impresa, para emerger de ellas noventa manzanas más abajo, cuando las prietas multitudes la sacaron en volandas a la superficie y la soltaron en Wall Street,* que señalaba la frontera norte de Nueva Amsterdam y se llamaba así por el muro de troncos del siglo XVII que protegía a los holandeses de los indios y los ingleses. Como no compartía la costumbre femenina actual de llevar calzado deportivo entre casa y la oficina, Corrine taconeó con sus zapatos salón de piel de becerro resiguiendo el límite exterior del antiguo muro ahora invisible, sobre las cazoletas de pipa de cerámica y las jarras de vino enterradas, los clavos retorcidos, los cristales rotos y los trozos de ladrillo, los huesos parcialmente fosilizados de cerdo, pollo y cordero, y otros detritus que se habían arrojado a los pies del muro tres siglos antes. Conocía tan bien el camino que marchaba tan ajena a él como a lo que había bajo el suelo, y lo mismo le pasaba con respecto a los gigantescos templos de Mamón, que ni siquiera veía por mucho que se dirigiera a trabajar en uno de ellos, leyendo el periódico a la escasa luz que conseguía llegar hasta el fondo del desfiladero.

—De modo, colegas, que hoy podría ser el día. El gran día, el día histórico. El mercado tiene buena pinta, parece estar bien a punto. Creo que vamos a llegar a los veinte mil puntos. Sí, habéis oído bien, los veinte mil. Y creo que podemos utilizar esto como gancho comercial, en especial en nuestra presente situación de venta a puerta fría.

—¡Vamos allá, muchachos! —le susurró Corrine al oído a Duane.

—Queremos decir: «Señor Fulanito, ha estado usted perdiendo dinero ahí fuera. Hoy se está haciendo historia, y sus vecinos se enriquecen. ¿Qué pasa con usted?».

Sentado al lado de Corrine en la sala de reuniones con demasiada calefacción, Duane Peters asintió sin querer con la cabeza, mostrándose de acuerdo, y la corbata amarilla subió y bajó en su pecho como si fuera un cebo para peces. Esas corbatas amarillas eran un exceso por las mañanas, tanto en el caso de Duane como en el del supervisor. O eso se comentaba.

Todo resultaba excesivo. Era probable que el índice Dow Jones llegara ese día a los veinte mil puntos, pero a Corrine le parecía una locura. La economía estaba en baja forma, se acumulaban los inventarios, el PIB iba a la baja, pero el índice seguía subiendo como la espuma. Era una especie de hipnosis masiva. Castillos en el aire.

Tenía que andarse con cuidado con lo que decía en la oficina. Wall Street estaba como una moto. Era como si todos fueran hasta las cejas de cocaína. Todos esbozaban sonrisas diabólicas, hablaban demasiado deprisa, sin centrarse en nada. Los clientes, también. Sobre todo los clientes. Corrine trataba de moderar su codicia, animándolos a invertir en valores seguros. Aunque no ignoraba sus propias supersticiones, su recurso básico eran las matemáticas. Si la ratio precio-beneficio de una empresa de solidez reconocida estaba en diez, probablemente suponía una inversión mejor que una empresa recién creada con una ratio del cincuenta. Pero todo el mundo quería ganancias instantáneas. Querían arriesgarse sin perder nada. Grandes coeficientes beta y un beneficio garantizado. Querían participar en el proyecto de absorción de una empresa

incluso antes de que se llevara a cabo, y duplicar su dinero en tres días. Querían lo que saliera en los titulares de aquella semana, preferiblemente a crédito. Querían poder contarles a sus invitados a cenar que se habían forrado en un abrir y cerrar de ojos. Querían sexo, drogas y rocanrol.

Russell era el peor de todos. Cuando finalmente él y Corrine estuvieron de acuerdo en dividir por la mitad su escaso capital para inversiones, solía hacer sus tratos con Duane. Últimamente, Russell había mencionado que quería intervenir en opciones. Ella le dijo que no quería ni oír hablar del asunto. Su mitad, menos de dos mil dólares, nada del otro mundo, seguía en valores seguros.

El supervisor era mesiánico con respecto a la técnica telefónica. Corrine desconectó durante esa parte. Después de la reunión, Duane la acompañó hasta sus adyacentes puntos de trabajo. Era rubio, atléticamente proporcionado, un hombre de su época, y su estado de ánimo predominante era optimista. También él resultaba un poco excesivo por las mañanas.

—¿Algo importante para hoy, preciosa? —preguntó.

Corrine negó con la cabeza. Recorrían un largo pasillo flanqueado por puestos de trabajo con terminales de ordenador en cuyas pantallas resplandecían números verdes. Habían seguido juntos el programa de formación y ahora compartían secretaria. A Corrine le gustaba su divertida camaradería, aunque temía tener que echarle encima un jarro de agua fría, y pronto. El problema con Duane, le parecía a ella, era que una vez le habían dicho que era dinámico y guapo, y él se lo había tomado al pie de la letra. Había una especie de timidez en sus despreocupados gestos y en su cuidado en el vestir que le daba un toque cómico. Quizá fuera solo que era joven. Tenía casi cinco años menos que Corrine y había llegado a la empresa directamente de Dartmouth; ahora todos los chicos se metían de cabeza en profesiones que habían elegido en la cuna. ¿Ya nadie probaba con otras cosas o qué? Corrine había probado con Europa, con la Facultad de Derecho y Sotheby’s, y se sentía la última de una especie; era prácticamente la corredora de

Bolsa de más edad de toda la empresa. No había sitio para los viejos en aquel negocio.

Duane hablaba de un soplo que había recibido, algo relacionado con la biotecnología.

—¿Lo has verificado? —le preguntó ella, solo por decir algo.

—Parece bueno de verdad, a juzgar por las cifras. —Como analista era un poco frívolo, aunque le iba bastante bien, teniendo en cuenta la frivolidad del mercado de entonces.

Corrine se detuvo delante de su puesto, señalado por unas frágiles mamparas, indicativas de su categoría.

—¿Toca llamar a puerta fría? —preguntó Duane.

—Sí, finalmente. —Corrine exhaló un suspiro. Aquello era lo que más odiaba del asunto: tender emboscadas a unos extraños por teléfono tratando de venderles algo que no sabían que querían. Al principio solo se dedicaba a eso, pero ahora contaba con unos cuantos clientes fijos, aunque todavía no los suficientes para que pudiera permitirse no buscar más.

—Mira qué tengo aquí —dijo Duane, sacando de una carpeta unas cuantas hojas de papel grapadas. Las mantuvo entre los dedos y las balanceó, como si la tentara con ellas, mientras soltaba arrullos como una paloma.

—¿Qué es?

—Solo una relación actualizada de todos los dentistas del estado de Nueva York.

—¿Dónde la has conseguido? —Médicos y dentistas, ricos y con gustos financieros poco sofisticados, eran la dieta preferida del pequeño corredor de Bolsa.

Duane pasó la mano por el borde de la mampara para verificar si tenía polvo antes de apoyarse en ella.

—Lo siento. No puedo revelar mis fuentes. Pero, si quieres almorzar conmigo, podría darte algunos de estos nombres y sus números de teléfono de la consulta y de casa.

—De acuerdo.

Duane le entregó varias hojas y desapareció, y luego alzó la voz desde el otro lado de la mampara.

—A propósito, ¿dónde está la esbelta Laura? —Su cabeza reapareció—. ¿No se supone que es nuestra secretaria a jornada completa?

—Llegará a las diez —dijo Corrine.

—También a mí me gustaría llegar a la hora de los banqueros. —Su cabeza volvió a desaparecer.

Corrine no quería contarle que Laura estaba en una prueba. Aunque tenía los pechos grandes y una piel problemática, Laura soñaba con las pasarelas de París y las portadas de las revistas, y asistía por las noches a una academia de modelos. En el folleto se garantizaba el éxito en la carrera más glamurosa del mundo; cuando Laura se lo enseñó a Corrine ya era demasiado tarde para que ella le dijera nada. Corrine no esperaba que la agencia de modelos Ford fuera a dejarla sin Laura, y la encubría para que tuviera un trabajo al que recurrir cuando se desvaneciera su sueño. Duane, por otra parte, habría sido un tanto cruel con respecto al asunto.

Corrine miró el *Journal*, apuntó los números de unas acciones que había visto. Hacia las nueve y media se puso a llamar.

Cuando llegó Laura, parecía desanimada y no hizo comentarios sobre la prueba. Más tarde, cuando le trajo el correo, le dijo a Corrine:

—¿Has visto a Johnny Moniker esta mañana en la televisión?

—Sí, pero ¿quién es? —preguntó Corrine.

—No lo sé. Lo he visto en las revistas.

Y siguió una mañana de doloroso trabajo con los dentistas.

Cuando el mercado cerró a veinte mil puntos con tres décimas, resonaron vítores en la sala. Duane rodeó la mampara bailando un vals y estrechó a Corrine entre sus brazos, aprovechándose de la situación para achucharla un poco.

Corrine estaba al teléfono hablando con un cliente y apartó la cabeza. El cliente estaba molesto porque Corrine solo había conseguido que sus inversiones aumentaran un diecinueve por ciento durante los seis primeros meses del año, y acababa de leer en la revista *Forbes* que la Bolsa había subido un veintidós por ciento durante ese periodo. Ella le sugirió que calculara el porcentaje promedio de los dividendos, y comprobaría que estaba por encima. Duane se hizo a un lado, ajustándose con gesto ausente el alfiler de corbata de oro. Ella lo miró, puso los ojos en blanco y alzó un dedo. Corrine no creía que nadie de menos de cuarenta años debiera llevar alfileres de corbata.

—Sácame de aquí —murmuró cuando por fin hubo colgado.

Se dirigieron al Harry's, un establecimiento en un sótano frecuentado por los agentes y corredores de Bolsa, y por los periodistas cuando la Bolsa era noticia, como ocurría ese día. Se había formado una multitud a la entrada; por la acera circulaban jarras de cerveza. Como una bandada de pordioseros que mendigan blandiendo vasos de plástico, los representantes de la prensa tendían micrófonos a todo el que pasaba.

—Parece que todo el mundo está muy contento —dijo una atractiva rubia que plantó su micrófono ante Corrine.

—Esperemos que no se encuentren en plena resaca mañana o pasado —sentenció Corrine.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Cree que la Bolsa ha tocado techo?

—Espero que no —fue la diplomática respuesta de Corrine mientras Duane tiraba de ella.

Finalmente Duane consiguió hacerse con una botella de champán, con la que se roció a sí mismo y a varios de los que estaban cerca.

—¿Tan contento estás por las cotizaciones de hoy?

—Es para celebrar nuestro aniversario —dijo él.

—¿Qué aniversario? —preguntó ella con desconfianza.

—Hoy hace dos años que empezamos el programa de formación.

—Eres un encanto.

—Tú también —contestó él, y sus pobladas cejas rubias se le unieron sobre la nariz. Corrine notó que iba a soltar una confidencia tan inevitable como un estornudo—. De hecho, eres la chica más encantadora que he conocido jamás.

Ella se rio, chocó su vaso contra el de Duane y echó un trago.

—Debes de conocer a muchas chicas odiosas. ¿Cómo te ha ido hoy? —preguntó, y la cara de Duane se iluminó mientras describía el golpe de suerte que había supuesto enterarse de que cierta empresa iba a empezar a cotizar en Bolsa.

—Corría el rumor de que se produciría una absorción, y de pronto la cosa se ha hecho pública y esas acciones han subido. El rumor se ha hecho realidad. Aunque esos valores no contaban, ahora cuentan. Dios bendiga a Estados Unidos. —Se sirvió otra copa.

—Fíate de los rumores —gritó ella sobre el barullo.

Mientras se servía lo que quedaba de champán, que ella no quiso, Duane se puso serio de repente.

Aprovechándose de la intimidad que les concedía la multitud, le dijo que tenía que confesarle algo. Corrine trató de interrumpirle antes de que empezara, pero el champán parecía haberla dejado sin voluntad; se sentía como una criatura de la sabana alcanzada por un dardo tranquilizante, aturdida, contemplando con ojos vidriosos cómo se acercaba un biólogo a cumplir con sus obligaciones.

Duane le dijo que era la mujer más encantadora, guapa e inteligente que había conocido nunca y que estaba enamorado de ella, aunque supiera muy bien que no debería estarlo.

—No sé, lo único que digo es que estoy enamorado de ti y que haría cualquier cosa por estar contigo —concluyó con tono lastimero.

Corrine se emocionó un poco ante aquellos halagos. Pero tenía que mantenerse firme y eso hizo, apartándose de él y llevándose a los labios lo que le quedaba de champán. Finalmente se mostró más severa de lo que se sentía, pues una parte de ella estaba agradecida

porque de repente notaba que necesitaba sentir lo que había sentido cuando él le decía aquellas cosas maravillosas y, en aquella atmósfera de celebración semidionisiaca, casi parecía apropiado quitarse la ropa y entregarse al espíritu del momento.

Él se sentía incómodo, claro, pero ella volvió a recuperar su voluntad y conseguiría gradualmente que Duane regresara a la clara luz del día en la que ella era mayor que él y estaba casada y los dos eran colegas con un despacho compartido al que regresar. Pero, entretanto, Corrine quería que él olvidara su orgullo herido y demostrarle que no estaba molesta, de modo que pidió otra botella de champán, aunque sin duda dejaría de beber al día siguiente, y cuando la botella se terminó se sentía encantada con Duane y con todos los que la rodeaban, y formaba parte de una celebración en la que no creía del todo. Una vez fuera, cuando uno del Canal 4 le plantó un micrófono delante de la cara, dijo:

—No lo sé, pero creo que básicamente el emperador se ha quedado sin ropa. Aunque en este momento tiene un cuerpo que no está nada mal.

Cuando los efectos del champán se disiparon en el taxi, Corrine se dio cuenta de que aquella tarde le tocaba ir al comedor social. Se le había olvidado por completo. Echó un vistazo al reloj. Aún podía llegar a tiempo para ayudar a recoger, pero se sentía demasiado culpable y asqueada de sí misma para pensar en restregar una olla con restos de estofado en plena resaca de champán.

Russell había dejado un recado en el contestador: estaba tomando una copa con un escritor, y luego cenaría con un agente en un restaurante que se llamaba Camboya.

Sintiéndose inmensamente gorda y llena de calorías de uvas fermentadas, Corrine decidió no cenar nada; pero al final salió y compró una ensalada de frutas en la tienda coreana y se tumbó en el sofá a ver estúpidos programas de televisión, abrigando la cálida sensación de saberse deseada, una sensación que la había

acompañado durante toda aquella tarde, pero que escaseaba bastante últimamente.

A las once y diez se quedó de una pieza al ver su propia cara en la televisión cuando saltaba de un canal a otro: «… un cuerpo que no está nada mal».

Madre mía; después de un vagabundo desaliñado y gordo envuelto en harapos, ahí estaba de pronto Duane asomando sobre su hombro con una sonrisa precoital. Se alegró de que Russell no hubiera estado ahí para verlo.

Estaba medio dormida cuando él entró de puntillas y respirando con dificultad. Se desnudó a oscuras y se metió entre las sábanas. Corrine quería que supiera que estaba despierta, quería que le contara cosas de aquella noche, pero no estaba completamente segura de sus sentimientos hacia Russell; tenía derecho a estar enfadada, aunque lo cierto era que se sentía demasiado distanciada para estar molesta de verdad.

Y entonces él empezó a roncar.

Nadie te lo cuenta —pensó casi dormida—. No te dicen que en las primeras citas te tratan como a una reina, como a una persona única y especial, pero que todo eso se acaba con el matrimonio.

¿Por qué no te lo cuentan?

Aquella noche, Corrine tuvo un sueño. Está en la ducha. Es un gran cuarto de baño común como el del campamento de verano del lago Winnipesaukee, solo que está ella sola y han pasado muchos años desde su infancia. Ahora es viuda, aunque su cuerpo desnudo todavía es joven. Su marido está muerto. Murió en la guerra de la Coca-Cola y la Pepsi. Ella está completamente sola en ese baño de azulejos blancos lleno de vapor caliente, enjabonándose con una pastilla de jabón blanca. Una pastilla de jabón Ivory. Se lava por todas partes. No debería hacerlo. Por alguna razón, cree que eso era obligación de su marido. Pero él ha muerto en la guerra de las colas. Se frota con la pastilla de jabón los brazos, las caderas, desde los

dedos de los pies y pierna arriba; primero una y luego la otra y entre las dos. Se frota con el jabón el interior de los muslos. Se mueve arriba y abajo porque es muy resbaladizo. Se siente culpable por tener que lavarse a sí misma, pero no hay nadie más, y de repente sí hay otra persona. Es Johnny Monóculo. Esta ahí en el cuarto de baño con ella y dice: «Yo te lavaré». Por lo visto solo tiene un ojo, pero se le ve muy distinguido con su parche negro y un traje de sarga. Corrine está desnuda. Él la lava de arriba abajo y ella cierra los ojos. Es una sensación agradable que la hace pensar en mariposas acariciándola con sus alas. Arriba y abajo, por delante y por detrás, Johnny Monorraíl le recorre el cuerpo. La pastilla de jabón, de hecho, es su lengua. Ahora están en la cama. Johnny se ha quitado el traje y ahora también está desnudo mientras le recorre el cuerpo y de pronto ella se da cuenta de que al fin y al cabo su marido está vivo, pero es demasiado tarde porque Johnny tiene pene y es preciso hacer algo al respecto. Y ella no se siente capaz de decirle que se ocupe él mismo de su miembro. Pero oyen que su marido vuelve de la guerra de la Coca-Cola y la Pepsi. No es Russell, es otro marido, no sabe quién. Aun así, tienen que huir. Pero Johnny tiene un pene muy grande, y suave y pulido como el marfil. Ella le felicita por eso y él le da las gracias. Pero deben esconderlo. Es demasiado grande para esconderlo debajo de las sábanas, y va haciéndose más grande mientras ella habla de él y lo toca. Se vuelve tan grande que desaparece más allá del borde de la cama y por la ventana. «Vamos, rápido», dice Johnny Monolito. Ahora ya no está en la cama; la llama desde muy lejos, desde el otro extremo del pene, que se extiende en la oscuridad como una barandilla de marfil. Oye pasos que se acercan, los pasos de su marido, que vuelve de la guerra. Repta hasta el borde de la cama y se encarama a la pulida barandilla, luego se deja ir, deslizándose y flotando en la deliciosa oscuridad... y se despertó estremeciéndose de placer y sintiéndose culpable, con los números rojos del reloj brillando en la oscuridad, y su marido dormido a su lado, horadando levemente el silencio con su respiración inquieta.

Por la mañana, cuando se volvió a despertar, no le habló a Russell de su sueño.

4

Glenda Banes detestaba trabajar con bebés. Tampoco es que perdiera los papeles si se topaba con ellos en sus horas libres, pero ya ni llevaba la cuenta de cuántas de sus amigas habían sucumbido recientemente a esa forma de propaganda de que una no es una mujer completa si no los tiene; que las sometía a la coacción de un supuesto reloj biológico —si solo es un reloj, por el amor de Dios, no una bomba—. Últimamente, se encontraba cenando muchas veces con gente que no paraba de levantarse para llamar a su casa para hablar con la canguro en vez de con el camello de turno, y la conversación generalmente degeneraba en discusiones sobre las niñeras y la plaga de asaltos a canguros desprevenidas. «... No te lo vas a creer, pero a nuestra maravillosa niñera jamaicana... la secuestró un padre muy yuppie mientras estaba en el parque con el pequeño Brendan: le ofreció un sueldo realmente obsceno y un permiso de residencia, una habitación con vistas y un aparato de vídeo nuevo; eso no es ético...» A veces hasta enseñaban fotos de sus retoños. Aquello bastaba para mandar a Glenda al cuarto de baño a vomitar con discreción y mejorar un poco el humor con una rayita, aunque había dejado eso casi un año antes.

Glenda sabía de fotografía y no creía que a las personas se las debiera fotografiar antes de la pubertad. La inmadurez resultaba poco favorecedora se mirara como se mirase. Ahora mismo estaba decidida a decirle a su agente: «Se acabaron las fotografías de bebés». Glenda Banes no las necesitaba. Pero en ese momento preciso tenía a un bebé caprichoso en su estudio, y a una jovencísima modelo, y tenía que vérselas con ellos.

Cual enorme gaviota maléfica, Glenda Banes revoloteaba por su loft, de una blancura impoluta que se extendía en todas direcciones, batiendo las ágiles extremidades mientras parecía a punto de

posarse en el trípode que se alzaba sobre el blanco suelo como un indicador de la altura de la marea, y acercar brevemente el ojo a la abertura de la Hasselblad, para luego alejarse nuevamente, graznando, llevada por una corriente de aire caliente.

—Quiero lecturas de fotómetro y que le quitéis brillos a esa cara —exclamó.

Dos jóvenes vestidos de negro aparecieron de pronto desde detrás de una pantalla, como recogepelotas en un partido de tenis, y corrieron en dirección a la Virgen y el Niño Jesús a los que apuntaba la cámara.

La modelo era Nikki Christianson, muy de moda por entonces. Glenda la había fotografiado un millón de veces como mínimo, y la cámara la adoraba con aquel aspecto grandote y un poco caballuno. Con ella no había problema alguno, si se exceptuaba la barrera del idioma, pues la chica no entendía el inglés, aunque en las columnas de cotilleos se decía que había nacido y se había criado en Wyoming, de modo que, presumiblemente, ese idioma era lo más parecido que tenía a una lengua materna. Siempre se veía sexy, no importaba qué hubiera hecho la noche anterior, pero se suponía que ahora debía parecer maternal, lo que requería ciertas dotes dramáticas por su parte. Interpretar a una madre corriente y cariñosa le costaba trabajo a Nikki, y su sindicato prácticamente le prohibía hacerlo, al parecer.

Pero estaba guapa, sin duda, con la cintura más marcada y de avispa incluso desde que le habían hecho esa operación, a la que ahora se sometían todas las modelos, para quitarse las dos costillas inferiores de la caja torácica. Y, ya de paso, también le habían quitado grasa de las rodillas, otra operación que era también el último grito.

De modo que las cosas no iban del todo bien en el loft de Glenda. No importaba cuánto les gritase ella a sus cuatro ayudantes para que movieran las luces, le dieran lecturas del fotómetro y cambiaran los carretes; no importaba cuánto alentase con suaves monosílabos a Nikki o al bebé de un año, casi tan sensible como la

modelo; las cosas no funcionaban. Nikki tenía un tic nervioso en un ojo, probablemente relacionado con lo que captaba su nariz, y entre toma y toma le pasaba el bebé a la niñera filipina como quien se deshace de un pescado podrido —Glenda no la culpaba por ello—, mientras la agente del bebé, toda remilgada con sus altísimos tacones de Ralph Lauren, se acercaba de vez en cuando para ofrecer inútiles consejos sobre la retención anal. El resultado, por el momento, era de tres rabietas y dos cambios de pañal a favor del bebé, una pataleta a favor de Nikki, y cinco miligramos de Valium a favor de Glenda.

Entretanto, un chico de aspecto furtivo y con Converse rojas apuntaba a Glenda, a quien parecía idolatrar, con una cámara automática de treinta y cinco milímetros, fotografiándola para una revista alemana; la famosa fotógrafa trabajando, una especie de metateatro, o como pasa en un paquete de cereales que lleva la imagen de un hombre que sostiene un paquete de cereales con la imagen de un hombre que sostiene un paquete de cereales. Clic zzz clic... Si volvía a oír la cámara disparando a sus espaldas una vez más se la iba a meter por donde le cupiera.

—Ponle unas gotas más de ese colirio azul —le dijo Glenda al chico del maquillaje—. Todavía veo los ojos rojos.

—Francesco me ha dicho que esas gotas sientan mal —se quejó Nikki.

—Sacrifícate por tu arte, Nikki. Todos lo hacemos. —«Además, si llevaras una vida medianamente saludable, para empezar, no nos haría falta el puto colirio, ¿sabes?»

—¿Cómo? —dijo Nikki.

¿Cómo qué?, se preguntó Glenda. Una nunca sabía hasta dónde debía retroceder con las preguntas de Nikki. ¿Había que empezar por las definiciones básicas de las palabras o qué? ¿Remontarse al Big Bang y llegar gradualmente a la parte donde el pez salió reptando a tierra firme, le salieron patas y pelo, se trasladó a Nueva York y fue descubierto por la agencia Ford? La palabra que no entendía era «sacrifícate», probablemente, o puede que «arte».

Glenda llevaba tres días sin dormir, pues había ido de Los Ángeles a Río, y de allí directamente a su estudio esa mañana, con dos sesiones más previstas para la tarde: ella sí se esforzaba por algo, joder. Como mínimo por su nueva casa de veraneo en la playa, en Sagaponack.

—Había un chef, un tal Carême, que trabajaba para Talleyrand y para los emperadores de Austria y Rusia —dijo Glenda. Más que a Nikki, se dirigía al reportero alemán gordinflón que acompañaba al fotógrafo con pinta de ardilla. Démosle algo que citar—. El gas de carbón que utilizaban para cocinar era muy malo para la salud. Pero cuando Talleyrand o quien fuera le decía que no trabajase tanto, que tuviera cuidado con su salud, él contestaba: «Cuanto más breve sea la vida, más larga será la fama».

El mofletudo reportero ni siquiera había alzado la pluma, Glenda no se lo podía creer.

—¿Es que no hay nadie aquí que hable inglés? —gritó.

—Muy bien, vamos a probar de nuevo, ¿vale? —dijo Glenda cuando sus ayudantes lo habían dispuesto todo para la foto, la niñera había conseguido calmar al bebé y Nikki había vuelto del cuarto de baño.

Nikki aseguraría después haber estado convencida de que la niñera tenía bien agarrado al bebé, pero la mujer ya había retrocedido unos pasos cuando el niño cayó al suelo. En un momento dado Nikki sujetaba al niño, y al instante siguiente se estaba arreglando el escote con ambas manos.

El blando ruido del impacto los sumió a todos en un silencio horrorizado hasta que la filipina soltó un grito.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nikki, bajando la vista.

La cámara autómatica seguía haciendo clic y zzz.

—No se mueve —declaró la agente, agachándose junto a su jovencísimo cliente.

—¡Que alguien llame a urgencias! —exclamó Glenda.

—Dios santo —murmuró la agente—. Nunca me había pasado una cosa así.

Menudas cosas tan increíbles le pasaban a Glenda. El mes anterior estaba fotografiando una sesión de moda con un ocelote. Primero el puto felino había mordido a la modelo, y luego se escapó por la ventana abierta. Sabe Dios dónde andaría ahora, pero el encargo se había ido a la mierda, cómo no.

En la parte alta de la ciudad era la hora del almuerzo, pero en el East Village, Jeff Pierce desayunaba una crema de huevo y chocolate y unas tortitas con arándanos en el Kiev.

—¿Sabe por qué la llaman crema de huevo? —preguntó a la camarera.

—Me rindo —dijo la chica. Era grandota, con buenos bíceps y pelo rubio en las axilas, acento de Europa del Este, un ramalazo de Gengis Kan y compañía en los pómulos mongoles—. ¿Por qué?

—No lo sé. Por eso lo preguntaba. ¿De dónde ha salido el huevo?

—No tengo la menor idea. ¿Quiere algo más?

—No viene en la carta —dijo él.

Cuando subía andando por la Segunda Avenida, pasó ante la lechería B & H, escenario de su primera tentativa de desayuno como neoyorquino novato diez años atrás, cuando había llegado en coche desde el viejo y cansado Massachusetts a su nuevo alojamiento en el Bowery con la mayor parte de sus pertenencias. Ni siquiera el descubrimiento de que durante la noche le habían robado su viejo BMW 2002 había estropeado su alegría al despertar en su propio apartamento de Nueva York. Recorrió las húmedas y malolientes calles del Lower East Side caminando deprisa para no parecer tan inexperto en la ciudad, inquieto, con ganas de comer algo pero con cierto miedo de que entrar en un restaurante o quedarse quieto demasiado rato delatara su inseguridad; temeroso de revelar su desconocimiento de la ciudad, temeroso de trasgredir

involuntariamente algún código metropolitano implícito, hasta que vio aquel letrero de «lechería» con su regusto rural. Ocupó un taburete de la barra y observó a un viejo que echaba huevos en la parrilla mientras hablaba por encima del hombro con los clientes. Finalmente, Jeff le pidió una carta.

—¿Quiere una carta? —Una cara mal afeitada, pelos asomándole en la nariz, unos ojos surcados de venitas como yemas de huevo podridas que le miraban desde arriba. Jeff asintió con la cabeza, y el tipo añadió dirigiéndose al resto de clientes—: El chico quiere una carta.

Aquello les pareció a todos muy divertido. Jeff trató de pensar que pedir una carta no era una costumbre de provincias a pesar de la creciente evidencia de lo contrario.

—Le diré qué vamos a hacer —le dijo el viejo—. Usted dígame qué quiere y yo le diré si lo tenemos.

Jeff asintió cautamente y dijo:

—Huevos fritos. —El viejo pareció benévolo—. Con beicon.

Entonces la alarma se volvió a disparar.

—¡Beicon! —El viejo miró a su atento público arqueando las pobladas cejas—. El chico quiere beicon. —Tras haber conseguido que los demás clientes se rieran a carcajadas, declaró, como si con eso lo explicara todo—: Esto es una lechería. —Al servirle los huevos preguntó—: ¿Habías estado antes en un restaurante?

Tres meses después —entretanto una chica judía le había explicado los fundamentos de la comida kosher— volvió a la lechería H & B, y cuando, por fin, el viejo le preguntó si había estado alguna vez en un restaurante, Jeff respondió:

—No estoy seguro... Y usted, ¿ha trabajado alguna vez en uno?

Después de eso, ya era neoyorquino.

Ahora, cuando avanzaba por la Segunda Avenida una década después, se fijó en un cartel en el que se leía: PELUQUERÍA INDUSTRIAL. Una bonita idea, un bonito oxímoron. ¿Qué quería decir? ¿Les cortaban el pelo a los aparatos? No, no era un oxímoron. ¿Y qué podría significar «moronoxí»? ¿La fe de los moros, las creencias que

todos ellos comparten? Excepto los moros heterodoxos. Una limosna en el vaso de plástico del portorriqueño sin piernas. Cómprese un canuto, amigo. Y el ucraniano que llevaba el local de REPARACIÓN DE CALZADO pegaba con celo un letrero de «Vuelvo en 5 min.» en la puerta, cerraba y se alejaba cojeando calle abajo con sus zapatos medio rotos. Zapatero, a tus zapatos.

Los escritores, pensó, son personas a las que se les ocurre la réplica adecuada mucho después de haber vuelto a casa. Son replicantes retrasados. En St. Mark's Place, había tiendas de ropa y de discos de segunda mano, actitudes de segunda mano en la calle, chavales duros de los suburbios arrastrando los pies como Sid Vicious.

Fue en taxi al barrio de los fotógrafos. Una ambulancia ululaba detrás de él, pero nadie se apartaba para dejarle paso. Las sirenas y las alarmas ya eran habituales en la ciudad. Los fotógrafos habían formado un pequeño gueto en las cercanías de la calle Veinte y la Sexta Avenida. Jeff se los imaginó llamando a la puerta de al lado para pedir prestada una taza de líquido de revelado, y se preguntó por qué los escritores no formaban grupos. Solo cuando había copas gratis. Una vez había estado en una colonia de escritores en New Hampshire, pero le rogaron que se fuera después de que se trajera a varios del pueblo que había conocido en un bar a darse un baño nocturno. A los demás escritores, en sus lechos de inspiración, la cosa no les divirtió. Supuestamente, los ofendió en particular que unos intrusos filisteos se bañaran en pelotas. Jeff acabó censurado y excomulgado por sus pares. Una reunión solemne; todo muy humillante, gracias.

Después de que el portal se abriera para darle paso al pequeño y sucio vestíbulo, apretó el botón del ascensor y escuchó el sonido siniestro de las cadenas y poleas cuando descendía hacia él. En resumidas cuentas, habría preferido ir al dentista que a que le sacaran estas fotos. «Deme una piruleta, póngame novocaína, gas o lo que prefiera, por favor.» Pero Russell dijo que era importante; para un artículo en una revista de gran circulación.

Cuando se abrieron las puertas, había dos policías en el descansillo. Le habían echado el guante, finalmente. Jeff se quedó clavado en el suelo, apretando sin querer los puños. Lo llevaban buscando desde que había nacido, acusado del pecado original. Y había cometido numerosos delitos más a partir de entonces: era reincidente. Pero los policías lo ignoraron y entraron contoneándose en el ascensor. Jeff salió de un salto justo antes de que se cerraran las puertas.

El estudio de Glenda Banes se parecía mucho a los demás lofts donde lo habían fotografiado los últimos dos años: un paisaje lunar provisto de extraños aparatos sobre trípodes zancudos. Jóvenes muy dispuestos corrían de aquí para allá ocupándose de todos esos instrumentos, a las órdenes de una mujer alta y larguirucha, con un mono blanco y zapatillas de deporte tobilleras, a la que tomó por Glenda Banes.

—¡Ah! Por fin estás aquí —dijo ella volviéndose hacia Jeff y enfocándolo con la cámara—. Rápido, que vamos con retraso. —Se acercó y lo examinó con cara de escepticismo—. ¿Has venido para la sesión?

Él asintió con la cabeza, pensando que era una deducción razonable.

—Por favor, ¿podría encargarse alguien de pedir sushi antes de que me derrumbe? —exclamó Glenda sin apartar la vista de Jeff, y añadió—: Madre mía, ¿tú eres lo mejor que han podido encontrar en la agencia? Bueno, quítate los pantalones.

—¿Estamos ligando? —preguntó Jeff.

—No te hagas el gracioso. Necesito verte las piernas.

—Muy bien. —Con las gafas de sol todavía puestas, Jeff se soltó la hebilla del cinturón y se quitó los tejanos.

—¿Cómo se supone que voy a vender ropa interior con esas piernas?

Jeff tuvo que admitir que parecían espárragos albinos con pelos. Le recordaban por qué, durante su larga adolescencia —de hecho,

todavía no concluida—, siempre se negaba a llevar pantalones cortos.

—¿Y eso qué coño es? —quiso saber ella, señalando las ballenas de sus calzoncillos.

—Ballenas.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Con objeto de transmitir un mensaje subliminal a las mujeres que estén a punto de verme sin ellos —sugirió Jeff, aunque el motivo era que una estúpida pariente de Nueva Inglaterra se los había regalado por Navidad.

—Llamad a la agencia —ordenó Glenda.

—Creo que ha habido un pequeño error —dijo Jeff.

—¿Ha tomado tu agente alguna droga chunga o qué?

—Yo no soy modelo.

—¿No? ¿Qué eres entonces?

—He venido para que me sacaran una foto.

—Has venido aquí a que te sacaran una foto, pero no eres modelo. ¿Qué acertijo es ese?

—Verás, me llamo Jeff Pierce. Por si sirve de algo.

—¿Jeff Pierce, el escritor?

Él asintió con la cabeza.

—Oh, vaya por Dios, Jeff. Lo siento mucho. —La expresión de pesar de Glenda se convirtió rápidamente en una de enfado mientras paseaba la vista por el estudio en busca de alguien a quien echarle la culpa—. ¿Por qué coño no me ha dicho nadie que se trataba de Jeff Pierce? —Y luego, volviéndose hacia él, añadió—: No te he reconocido con las gafas de sol puestas. Lo siento, he creído que eras un estúpido modelo o algo así. ¿Quieres beber algo? ¿Una Corona? ¿Una Perrier? Que alguien nos traiga una maldita CocaCola. Lamento haber sido un poco... brusca. Pero te esperábamos ayer.

—¿Ayer?

—¿No teníamos previsto fotografiar a Jeff ayer? —gritó ella.

—Sí, el martes, a la una —contestó alguien.

—Eso es hoy —repuso Jeff confiando en que fuera cierto.

—De hecho, hoy es miércoles. Las tres y cuarto del miércoles. Todos nuestros instrumentos están de acuerdo. ¿No es así, muchachos?

Un coro entusiasta de asentimiento lacayuno resonó en el loft.

—Había muchísimo tráfico —se disculpó él.

Jeff se preguntó qué día se le habría perdido. Normalmente solo se le esfumaban unas cuantas horas, aunque ciertos periodos más largos de su vida reciente no habían dejado ni rastro.

—A lo mejor podemos colarte hoy —dijo Glenda—. Ya hemos tenido un día bastante increíble. Nikki Christianson... conoces a Nikki, ¿verdad? La inventora del microchip de silicona... Ha dejado caer de cabeza a un bebé en mitad de una sesión, así que estamos esperando noticias del hospital para saber si sigue vivo, y luego viene esa sesión para los anuncios de ropa interior y el modelo lleva veinte minutos de retraso, pero si no te importa quedarte un rato por aquí...

—¿Tenéis piruletas? —quiso saber Jeff.

—Te daremos lo que quieras.

—Dios me libre de lo que quiero —fue la respuesta de Jeff.

Cuando llegó el modelo para la sesión de ropa interior, Glenda le pidió que se quitara los pantalones y la camisa.

—Creo que te vamos a afeitar el pecho —declaró entonces, para la consternación del modelo, al que se llevaron gimoteando a los vestuarios, de donde salió veinte minutos después con unos pantalones cortos, el pecho perfectamente rasurado y los ojos hinchados.

A Jeff le pareció que había estado llorando.

—Bonitos pectorales —comentó Glenda—. ¿Son de verdad?

Jeff fue al cuarto de baño y luego se tumbó en un sofá de un rincón del loft, donde echó una cabezada hasta que Glenda estuvo lista para ocuparse de él.

—Creo que vamos a iluminarte desde la izquierda, eso para empezar. Ponte ese colirio. Creo que el colirio sería conveniente,

porque tengo problemas para encontrarte las pupilas, amiguito... ¿Qué quieres tomar?

—Crema de huevo con chocolate.

—Que alguien llame a la tienda...

—Con un poco de vodka.

—Muy bien.

—Que sea doble. Y pasad de la crema de huevo.

Uno de los ayudantes sentó a Jeff en una vieja silla de madera de colegio mientras otro traía rodando una antigua Remington en un soporte para máquinas de escribir destartalado. La viva estampa del escritor retro. Por detrás, alguien le aplicaba espuma en el pelo. Si había algo que odiara Jeff, era la espuma, excepto en la bañera y bien acompañado.

A partir de ahí, Jeff fue desapareciendo gradualmente. Hacía mucho que había aprendido que en aquellas sesiones no hacía falta estar presente del todo. Durante un tiempo su cara había lucido la crispación de quien se somete a la cámara a desgana, pero poco a poco fue consiguiendo sumirse en un estado de indiferencia oriental, acelerado en esta ocasión por el vodka. Cada vez que reproducían su imagen se parecía menos a sí mismo, pues los flashes eliminaban progresivamente el mapa del alma de su cara. Con la exposición suficiente a la cámara acabaría por parecer una persona completamente diferente; el disfraz perfecto para un escritor.

Dos modelos nuevas aparecieron en el estudio en busca de fotos para sus portafolios, y Glenda decidió que participaran en la sesión de Jeff. Este se encontraba demasiado aturdido para protestar; eran de esas míticas criaturas femeninas que rara vez se encuentran en tres dimensiones. La estilista vistió a la rubia con un traje mil rayas de hombre y le dio un bastón. A la negra la desnudaron y la envolvieron con hiedra de plástico. Jeff supuso que pretendían que fuera laurel. Como no era artista plástico, no captaba la idea. Las chicas se movían y posaban a su alrededor como habitantes de un sueño, haciéndolo sentir aturdido de miedo y anhelo.

Cuando había tomado la decisión de ser escritor no había previsto esa parte de su trabajo, la verdad.

Sonó un teléfono y uno de los ayudantes le susurró algo a Glenda al oído.

—El crío está perfectamente —anunció ella—. Puede que tenga algún que otro problemilla con el álgebra dentro de unos años, pero por ahora patalea y grita. Bueno, ¿todos listos?

Pero Jeff se había dormido, con el codo apoyado en la máquina de escribir, y su respiración silbaba suavemente a través de la caverna de su boca abierta.

5

Mientras Russell estaba en el cuarto de baño, Corrine se puso el nuevo bustier comprado en The Pleasure Chest, que le dejaba los pechos más erguidos que a los diecisiete años, y casi los hacía desbordarse en la parte de arriba de las traslúcidas copas de encaje negro festoneado. Se ajustó el liguero, una prenda extraña para ella, luego se deslizó las medias negras de malla por las pantorrillas y los muslos hasta que, con cierto esfuerzo, consiguió sujetarlas al liguero. El grifo del cuarto de baño seguía borboteando como una tetera. Luego se recogió el pelo hacia atrás, lo sujetó con unas horquillas lo mejor que pudo y corrió al armario en busca de la caja de las pelucas. Mientras se ajustaba los espesos bucles cobrizos de una al estilo Tina Turner, buscó frenéticamente con la mirada el lápiz de labios, arrancó las tapas de varios casi gastados y, por fin, encontró uno nuevo, de un rojo llamativo y sobrenatural con el que esperaba no encontrarse nunca en la vida real. Un toque de rímel y estuvo lista justo cuando se abría la puerta del cuarto de baño.

Corrió a la cama, se tumbó en ella, y adoptó una indecente pose de odalisca. Cuando salió desnudo del cuarto de baño, Russell se sobresaltó al encontrarse a una mujer desconocida en su cama. Pero Corrine advirtió, con bastante claridad, que tardaba bien poco en hacerse a la idea.

Una vez inspirado, Russell no necesitaba instrucciones. Al fin y al cabo, era el día de San Valentín, o lo había sido hasta las doce de la noche. Russell se había levantado temprano y le llevó el desayuno a la cama, con *bagels*, queso para untar y salmón escocés y zumo de naranja natural —un gesto encantador por su parte, aunque a ella no le gustaba comer cuando acababa de despertarse—, junto con una tarjeta y un frasco de Chanel número 5 en la bandeja. En la tarjeta había escrito:

Diademas de terciopelo negro y velas francesas aromáticas
John Stuart Mill y revistas del corazón mediáticas
La canción que Van Morrison entona
Estas cosas tontorronas
Hacen que nunca te olvide.[*]

Después del desayuno, mientras se vestía, Corrine reparó en la caja de pelucas del armario y se acordó de la noche en que habían vuelto de la fiesta de Halloween del año anterior, de cómo él se le había echado encima mientras ella todavía llevaba puesta la peluca, y de que después Russell había confesado que fue como si se hubiera follado a otra mujer, y a ella no le importó porque era ella, al fin y al cabo, y le había excitado la idea de ser otra mujer.

Pensó que no le sobraba el tiempo para esas cosas mientras Russell, satisfecho y exhausto después de sus revolcones con Tina, empezaba a roncar. Pero esa era precisamente la cuestión: cuando era una novedad, una no tenía tiempo para lo demás, y al cabo de diez años, una nunca tenía tiempo para eso. Siempre había otra cosa que hacer: trabajar, dormir, el último capítulo de un libro. Aunque era domingo, había tenido que levantarse pronto para ir a un bautizo, y ahora no se podía dormir pensando en la pérdida de la pasión y en la terrible historia que había contado Jeff.

Habían celebrado su fiesta anual de San Valentín; con la cena Russell había servido un vino que se llamaba Les Amoreuses, algo que a ella le pareció un detalle hasta que se fijó en el precio escandaloso en la etiqueta que aún llevaba pegada una de las botellas. Después de cenar, había llegado Jeff con una corte de personajes semifamosos, asiduos de clubs; gente de alta y baja estofa que nunca tenía que ir a una oficina por las mañanas: un columnista de chismes llamado Juan Baptiste que quería hablarle a Russell sobre un libro; Leticia Corbin, heredera de la familia de editores; Glenda Banes, la fotógrafa. Después de que se fuera Glenda, Jeff contó una historia espantosa sobre una modelo que

había dejado caer al suelo a un bebé, que se murió, durante una sesión de fotos. Una vez que los desconsolados padres se hubieron puesto en contacto con un abogado, contó Jeff, la agencia de modelos contrató a un detective privado, que consiguió pruebas sólidas de consumo de marihuana y probablemente de cocaína en el pasado, y la agencia amenazó al padre con pasárselas a su jefe en la empresa donde trabajaba a no ser que aceptara una cantidad razonable de dinero. Cincuenta mil, al parecer, que además la agencia podría desgravarse.

Corrine quería hacer algo, llamar al *New York Times*, organizar un boicot. Horas después, todavía seguía tan inquieta que decidió averiguar si aquella historia era cierta. Se levantó de la cama, fue sin hacer ruido hasta la sala de estar, en la que aún flotaba una nube tóxica de humo y alcohol, y marcó el número de Jeff. Quería hablar con él y no le importaba despertarlo. Saltó el contestador automático; Corrine susurró algo a través del auricular, porque Jeff siempre filtraba las llamadas, pero esta vez no respondió.

—Soy tu enamorada casada, que llama para saber cómo estás —dijo.

La noche de Jeff probablemente no había llegado todavía a su fin. También ellos habían llevado esa vida antaño. Eran la escuadrilla del amanecer.

Pero ¿dónde conocía Jeff a esa clase de gente?, se preguntó cuando volvía a meterse en la cama, y ¿cómo se había vuelto su vida tan estrafalaria, tan distinta a la de ellos? Por lo visto, una vez que uno adquiría cierta fama le mandaban un carnet de socio. Y con él venían las chicas, las modelos y actrices que se veían obligadas a trabajar de camareras. Las chicas pícaras y ligeras de cascos que para Russell no carecían de interés y cuya presencia llenaba de ímpetu a todos los treintañeros ebrios del apartamento lleno de humo.

Para Russell, la vida social era un afrodisíaco. Lo excitaba mostrarse encantador con los desconocidos. Las pocas veladas que pasaban en casa, veladas en las que a veces Corrine trataba de

introducir un poco de romanticismo, Russell leía manuscritos o veía la televisión, como si no estuviera dispuesto a poner en marcha su motor para ella sola. Esa noche, ella había decidido aprovecharse de la euforia de su marido, y desempolvó la lencería y se puso la peluca. Pero se preguntaba cuánto tardaría Russell en cansarse de Tina Turner.

6

El domingo es el día del desasosiego, dedicado a las noticias rancias, a la culpa y la cultura. La ciudad está aturdida por sus excesos, y sus habitantes, cuando por fin se aventuran a salir, andan por las calles sin que, por una vez, parezcan tener un destino inmediato en mente.

Dans le musée. Entre las piedras y los árboles de la Provenza de Cézanne, la figura de aquella chica francesa parecía algo soñado por Brancusi, pensó Russell, una obra que podría llevar por título *Sexo atravesando el espacio;* semejante idea hizo brotar una insidiosa voz interior, una voz adquirida a través de las reseñas del *Times* y los medios de comunicación de calidad, las novias progresistas y las instituciones de enseñanza de Nueva Inglaterra. Uno no podía pensar esas cosas, si era claramente ilustrado, progresista y además estaba casado. Tratas a las mujeres como objetos; te burlas de las obras de arte. Dos delitos. Con todo, eso pasaba. Incluso ahí, en el Museo de Arte Moderno, donde una no-tan-*jeune fille* con tejanos se había detenido ante *La bañista* de Cézanne y le susurraba algo a su amigo en el idioma del artista; incluso cuando deberíamos admirar *Le Chateau Noir*, normalmente uno de nuestros cuadros favoritos.

—Al menos, Cézanne no mete su ego en el cuadro —dijo Corrine.

—¿Cómo dices? —Con frecuencia, Russell tenía la ocasión de advertir el talento de su mujer para hacer súbitamente públicos sus monólogos interiores, metiéndolo a él de cabeza en un debate cuyo objeto le resultaba un absoluto misterio.

—Pensaba en lo que decía Hemingway de que había aprendido a escribir gracias a Cézanne —explicó ella—. Sus descripciones de la naturaleza tienen la misma solidez y profundidad, pero es como si todos los árboles de los bosques de Hemingway tuvieran sus iniciales grabadas en ellos, y sus arroyos borbotearan: «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!».

Russell no creía que «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!» fuera borbotear, y le molestó aquel revisionismo trasnochado.

—Madre mía, Corrine, eso es casposo.

—A mí no me parece casposo, Russell, lo descubrí solita, y si tú ya lo habías oído antes, lo siento. Yo no soy crítico literario, ¿vale?

—¿A qué te refieres con eso de que «al menos Cézanne bla bla bla»?

Russell se fijó en que la francesa los miraba y acto seguido se dirigía a la sala siguiente. Eso lo irritó todavía más.

—Solo quería decir —contestó Corrine— que técnicamente es muy bueno, pero que Cézanne resulta… bueno, ya sabes, frío.

—Todo el siglo XX no habría tenido lugar sin él —insistió Russell.

—Bueno, a lo mejor eso habría estado bien.

—Dios santo, Corrine.

—Russell, haz el favor de no gritar. No sé qué problema tienes, pero llevas un tiempo poniéndome verde por la menor tontería.

—¿Cuándo fue la última vez que leíste *El río de los dos corazones*? —soltó Russell, llenando con su voz la pequeña sala. Se sintió absurdo incluso al decirlo; estaba defendiendo la verdad, el *mot juste* y la literatura norteamericana—. Léelo y llora. Luego ven a hablarme de ego.

—¿Cuántos años tienes? —se burló Corrine. Se dio la vuelta y se fue. Russell la observó alejarse, como hicieron todos los demás presentes en la sala. Luego lo miraron a él; era un pedante y había torturado a aquella chica encantadora.

¿Por qué hemos venido?, se preguntó Russell. Además, hasta entonces nunca habían tenido problemas con los posimpresionistas. Normalmente llegaban al cubismo sintético antes de ponerse a discutir.

Russell observó durante un rato a la francesa, que hablaba con su amigo sobre *La gitana dormida*, de Rousseau, pero ahora que

Corrine se había ido no le parecía tan estupenda.

Recorrió las silenciosas salas pensando en su mujer. Podía recordar cómo era con dolorosa claridad cuando no la tenía delante, mientras que a veces, cuando estaba ante sus narices, ni siquiera la veía; las virtudes de Corrine, tan visibles ahora, se le emborronaban cuando ella estaba presente. Lista, divertida, siempre era la chica más guapa en la sala, pensó, aunque ella nunca se lo creía, y siempre andaba diciendo: «Tengo que perder unos kilos, me sentía gorda en la fiesta al lado de Gloria, que es tan delgada», cuando de hecho Corrine era esbelta como un galgo y la dama en cuestión parecía construida siguiendo el modelo de la pirámide de Keops.

Recordaba la primera vez que la había visto: Corrine estaba en lo alto de la escalera de un club universitario, apoyada en la barandilla con un pitillo sujeto con gesto exquisito entre los dedos, como una rubia salida de una película de los años treinta, contemplando la fiesta de abajo que hasta aquel momento a Russell le había parecido la culminación de su reciente huida de la casa familiar y del Medio Oeste. Se había bebido todo lo que le pasaba por delante, hacía piña con sus nuevos compañeros, alardeando de su ingenio, o eso imaginaba, a expensas de las chicas con las que aún no había tenido el valor de hablar.

Entonces vio a Corrine en lo alto de la escalera. Tuvo la sensación de reconocerla, captó con una mirada todo lo esencial de su carácter. Contuvo su primer impulso de señalársela a sus compañeros, no muy seguro de que vieran lo que veía él. Russell creía en su propia aristocracia secreta, un refinamiento de alma y gusto que sabía que debía guardar para sí, y en el que mucho más adelante casi olvidaría creer. También más tarde, se daría cuenta de que la mayoría de nosotros, como le pasaba a él en aquel momento, creemos tener la capacidad para averiguar cómo es el carácter de alguien a partir de su fisonomía. Mientras ella no reparaba en él ni en la nobleza de su alma desde lo alto de la escalera, Russell apreció inteligencia en su mirada, clase en su nariz ligeramente respingona, sensualidad en sus labios, y seguridad en sí misma. Solo en esto

último llegaría a descubrir que se equivocaba. Mientras la miraba, un chico al que reconoció como una figura en el campus apareció en el rellano, detrás de Corrine, junto a otra pareja radiante. Ella se volvió y, aunque Russell no pudo verle la expresión, aunque no se tocaron, el aire de familiaridad y posesión entre ella y el chico resultó inconfundible, y las dos parejas desaparecieron de su vista, retirándose a la fiesta de verdad, al auténtico corazón del mundo; una acción que de repente dejó bien claro que lo que pasaba en el piso bajo era una juerga de borrachos de cerveza, una reunión de segunda categoría, de los pobres, los inválidos y los cojos.

Los logros sociales de su primer semestre, desconocidos para Corrine, los realizó para acercarse a ella. No tuvo que esforzarse mucho en averiguar cosas sobre ella; Corrine era una leyenda en sí misma y formaba parte del grupo del que todos hablaban, lo que la volvía más deseable y menos accesible, a lo que contribuía su relación con Kurt Sinclair, una estrella del baloncesto y drogata, una mezcla que en aquel momento de la historia lo convertía en un competidor formidable. Alto, desgarbado y con las piernas ligeramente arqueadas, pasaba por ser un tipo guapo, aunque Russell no compartía esa opinión. Se limitó a esperar el momento oportuno. Tenía cuatro años por delante, y Sinclair se iría al cabo de tres.

El segundo semestre, Corrine Makepeace estaba como él en la clase de poesía romántica y, sin conocerse en sentido estricto, entraron en contacto. Russell y Jeff, que se odiaron a primera vista, se turnaban en sus intentos de dominar la clase, y el uno al otro. Corrine no podría haber evitado fijarse en él, porque sus bravuconadas llegaban a tal extremo que todavía esbozaba una mueca de disgusto al recordarlas. En sus escasas intervenciones en clase, como cuando reveló hasta qué punto estaba en deuda Coleridge con la filosofía teutónica, por ejemplo, Corrine demostró que era muy brillante. Dotada además de un talento extraordinario para las matemáticas, según los rumores, Russell tuvo el convencimiento de que, para ella, la inteligencia constituía una

característica sexual secundaria deseable. Cuando acudió a matricularse el otoño siguiente, Russell se encontró con ella al bajar la escalera de secretaría, y Corrine lo saludó como si fueran amigos. Agradablemente sorprendido, él adoptó un aire de hastío, como si después de las vacaciones de verano aquel aburrido campus de Nueva Inglaterra se le quedara pequeño, aunque en realidad las había pasado en casa de sus padres en Michigan. Era un caluroso día de septiembre. Russell admiró los contornos de las bronceadas piernas de Corrine, imaginando que habría pasado el verano navegando y jugando al tenis, pues casi podía captar el calor radiante de las olas en los bucles de su dorado cabello. Russell esperaba que se despidiera de él. Pero ella no paraba de hablar.

Siguieron hablando durante el almuerzo en Spat's, llenando el cenicero y apurando vasos de vino. Hablaron de todo; él había acertado a medias sobre la forma en que Corrine había pasado el verano: en Nantucket y navegando, además de seis semanas como voluntaria de la Cruz Roja ayudando a construir una pista de aterrizaje en una remota aldea de Oaxaca. Aquella pista de aterrizaje bien podría haber estado en una de las lunas del planeta Saturno; Russell no podía dejar de mirarle la boca, de contemplar sus labios con el pitillo, las densas nubes de humo que exhalaba y que a él le parecían las huellas visibles de unos fuegos interiores. Sin dejar de fumar y hablar, se encontraron al caer la tarde en la habitación de Russell, donde de repente se abalanzaron uno sobre el otro, en una confusión de labios, lenguas y piernas que de algún modo quedó interrumpida antes de la deseada conclusión. Ella todavía salía con Kurt y él se veía con una chica que se llamaba Maggie Sloan.

Su romance quedó en barbecho durante casi dos años, hasta que Corrine lo llamó una noche y le preguntó con voz levemente ronca si podía ir a verlo. Cuando llegó, le contó que había roto con Kurt, aunque sería evidente que no había conseguido dejárselo bien claro; poco después de que Corrine se refugiara con Russell, Kurt empezó a llamarla con insistencia; luego aparecía borracho para

soltarle amenazas desde el patio de la residencia de estudiantes en Keeney. Russell saboreó la atmósfera de asedio, que añadía una dimensión más de apremio a su unión, un elemento de peligro e ilegitimidad que resultaba profundamente estimulante. Se deshizo de Maggie por teléfono. Maggie lloró y recurrió al peso de la tradición: llevaban dos años saliendo juntos. Con Corrine a su lado, o sobre él, de hecho, Russell se mostró comprensivo pero firme, creyendo obrar con rectitud en la irresponsable crueldad que trae consigo un nuevo amor.

En el exterior del dormitorio hacía un otoño prematuramente frío para Nueva Inglaterra; hojas rojas y amarillas caían de los árboles y se agitaban en el viento. Durante cinco días solo salieron de la habitación para conseguir comida y permanecían casi siempre en la cama, bebiendo St. Pauli Girls, fumando Marlboro, hablando, aprendiendo a hacer el amor una y otra vez. Por la mañana, Corrine le contaba sus sueños a Russell con todo detalle. Su imaginación era extrañamente literal. Lo recordaba todo, desde la ropa que llevaba la gente hasta faltas de coherencia y cosas ilógicas que la molestaban un poco, como si esperara que los sueños se adaptaran a unos modelos cotidianos. Su visión del mundo de la vigilia, sin embargo, era en cierto modo fantástica. Para ella, ciertas fechas y nombres tenían una relevancia insólita, y creía en el poder chamánico de las palabras más que Russell, el poeta. Corrine tenía la misma fe en oír las declaraciones de amor, en el acto físico de que él pronunciara las palabras, que su heroína Franny Glass en la repetición del padrenuestro. Cuando, mucho después, Russell le propuso matrimonio en una conferencia telefónica de larga distancia entre Oxford, Inglaterra, y Nueva York, ella le hizo prometer que nunca diría la palabra «divorcio».

Russell pronunció la palabra ahora: «divorcio». No pasó nada. No podía imaginarse sin Corrine; incluso ahora, enfadado como estaba, notaba que empezaba a preocuparse por ella. Los dos tenían resaca, ese era el problema. Y él se sentía tenso por la situación en el trabajo. El libro sobre Nicaragua todavía no lo habían publicado y

Harold ni siquiera quería hablar con él. Tras haber sido su aparente heredero hasta el mes anterior, Russell iba a tener que pensar seriamente en conseguirse un nuevo empleo, o algo.

Después de realizar sin ganas el recorrido de cuadros y esculturas, Russell llegó a Giacometti; primero a *Mujer cuchara*, en la que se hacía una analogía visual entre un torso femenino y una cuchara, sugiriendo fertilidad, maternidad, el triunfo del principio femenino. La miró brevemente; luego se detuvo ante la escultura de enfrente, un bronce que lo había dejado hipnotizado muchas veces, un conjunto de apéndices como miembros corporales que llevaba el título de *Mujer degollada*. Todas las veces que se había encontrado delante de esta obra en compañía de Corrine, había pasado de largo a toda prisa, sintiéndose culpable, avergonzado, como si fuera partícipe de todos los delitos contra el sexo femenino a lo largo de la historia, y su culpabilidad surgía de la fascinación y la atracción que sentía hacia ese objeto, aquella mujer de bronce con un tajo en la laringe, que arqueaba la espalda y alzaba las piernas hacia el vacío. Aunque no lo admitía del todo, esa obra lo hacía sentir capaz de cometer maldades.

Al alzar la vista de repente, se encontró con la francesa que le sonreía.

Como dioramas de los mandamases de Manhattan de finales del siglo XX y de sus mujeres, los escaparates de Bergdorf exponían maniquíes vestidos de modo extravagante en posturas de deleite y diversión. Tras haberles arrebatado sus tierras a los habitantes originales para luego exterminarlos, esa tribu floreció hasta poco antes del milenio... Haciendo una pausa en su crónica, Corrine, en cuanto antropóloga del futuro, trató de decidir qué clase de destino habían sufrido (o sufrirían) los suyos. Pues últimamente le parecía que los jinetes del apocalipsis volvían a ensillar sus caballos, que algo estaba a punto de hacer grandes agujeros en el llamativo escenario del país de Ronald McDonald Reagan. Entretanto, ella

vendía valores en Bolsa, era una corredora floreciente. «Hola, soy Corrine, ¿no le interesarían unas acciones al alza muy sexis o quizás una rentita vitalicia muy mona?»

Debía de tener resaca. Claro, era eso. Si no, ¿por qué había salido llorando del museo? Aunque Russell se había portado fatal, desde luego. Engreído de mierda. Casi se sentía lo bastante enfadada como para entrar en Bergdorf y comprar uno de esos conjuntos de Donna Karan que tanto le gustaban, con todos los complementos. Si estuviera abierto, claro.

Siguió andando, pasó de largo la fuente que había ante el Plaza, la llamada Fuente de la Abundancia, y que ahora estaba seca. Siempre la había considerado el ombligo de aquella isla alargada en la que ella y Russell llevaban cinco años acampados, tras haber llegado como recién casados con ropa y sueños nuevos, después de sus *Wanderjahre* y sus licenciaturas y de sus poco entusiastas y experimentales intentos de vivir el uno sin el otro. Cuando llegaron ahí para ser adultos, ella se matriculó en la Facultad de Derecho de Columbia, para combatir la injusticia en sus múltiples aspectos; él todavía se consideraba escritor y el trabajo en la editorial era algo temporal, un modo de pagar el alquiler hasta que se convirtiera en un poeta famoso. Y aunque esos dos sueños se extinguieron silenciosamente, ella solía pensar que los dos eran felices, que la ciudad se había portado bien con ellos, que se habían portado bien el uno con el otro.

Cuando se acercaba al edificio de apartamentos vio a un anciano al que atacaban dos chavales. Un chico lo sujetaba mientras el otro le daba bofetones y puñetazos en la cara. Al verlos huir corriendo, Corrine se acercó a toda prisa. Cuando hubo conseguido incorporarse hasta quedar sentado en el suelo, el hombre se llevó una mano al ensangrentado rostro. Corrine le tendió la suya.

—¿Se encuentra bien?

—No quiero ayuda —contestó el anciano, sin mirarla.

—Coja mi mano. ¿Quiere una ambulancia?

—Márchese.

—Está usted sangrando.

—¿No se da cuenta de que no quiero ayuda? ¡Déjeme en paz! —De sus ojos brotaban lágrimas de rabia.

Cuando Corrine se volvió a agachar, el hombre movió el bastón y la golpeó en la cadera, y siguió blandiéndolo hasta que ella se apartó.

—Déjeme en paz —gritaba el viejo.

Cuando Corrine miró atrás desde la esquina, el hombre estaba de rodillas y hacía furibundos esfuerzos por ponerse de pie antes de que alguien más le ofreciera ayuda.

Se llamaba Simone. Russell no le preguntó qué había sido de su amigo, y ella no hizo alusión a su anillo de casado, aunque sin duda se fijó en él, al igual que Russell se había fijado en el grueso reloj de oro que llevaba ella bajo la manga de la sudadera. Los fines de semana había dos modos de determinar los ingresos de alguien: el reloj y los zapatos.

Sentado frente a ella en el café del museo, Russell habló de su trabajo; ella sabía quién era Jeff y algunos otros de los escritores de la editorial, y tenía una visión francesa de la profesión de las letras que se oponía a la norteamericana, es decir, que no le molestó enterarse de que no era banquero ni estrella de la televisión. No parecía que fuera de la clase de personas que dependen de un empleo, pero recientemente había trabajado de fotógrafa en una expedición a Tanzania.

—Estoy pensando en participar en una expedición que remontará el Amazonas —le contó en un inglés perfecto pero con acento, un poco más preciso que el de un angloparlante, y resultó que era una de esas personas que se han criado en mitad del Atlántico, tan parisina como neoyorquina—. Pero, no sé por qué, creo que esta vez me gustaría hacer algo completamente distinto, ya me entiendes.

Russell se había imaginado el viscoso aire tropical de la selva, el canto chillón de las aves en lo alto. A Simone llevando el timón de un viejo cascarón de nuez que recordaba a *La reina de África*, cual mascarón de proa irreverente y de bronceados muslos que escrutaba la espesura con el zoom de su cámara... muslos bronceados con vello rubio que resplandecía como oro en el fondo del plato de un buscador, restos de la ciudad de El Dorado.

Russell se daba cuenta ahora de por qué había cambiado de opinión sobre los encantos de aquella mujer en el transcurso de una hora; no era indiscutiblemente guapa cuando estaba inmóvil, pero la palabra o el movimiento más leve dejaba al descubierto su esencia sexual.

—¿Te gusta Giacometti? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza.

—Mi padre tiene uno. —Hizo una pausa y luego añadió—: A lo mejor te apetece venir a verlo —mirándolo directamente a los ojos con la suficiente intensidad como para indicar que el arte moderno solo constituía una de sus pasiones.

—Podría estar bien —dijo él, tratando de aclararse la garganta, que se le había quedado seca—. ¿A qué se dedica tu padre? —añadió para disimular su confusión, sabiendo que era una pregunta indiscreta, pero sintiendo curiosidad por la clase de gente que tenía un Giacometti.

—Bueno, invierte el dinero de mi familia.

—Un buen trabajo donde lo haya.

—¿Te interesan las finanzas?

—Juego un poco a la Bolsa, pero me temo que mi capital deja mucho que desear.

—Habla con mi padre. Él tiene demasiado dinero.

—Vaya, qué pena.

—Pues sí. Creo que me gustaría darte mucha pena.

Justo cuando Corrine estaba a punto de olvidarse de él y cancelar la cena, Russell llegó a casa contento y disculpándose. La abrazó y le recorrió el borde de la oreja con la lengua.

—Admito que Cézanne es un poco frío —dijo—, si tú me concedes que Chagall es un blandengue.

—¿He hecho algo últimamente? —preguntó ella—. ¿O solo he dejado de interesarte?

—Soy un cabrón desagradecido —respondió él—. Pero desde este mismo momento te prometo cambiar de carácter. Cierra los ojos, te traigo un regalo… A ver, pon la mano.

Los dedos de Corrine se cerraron sobre una tarjeta postal, una foto de *La danza* de Matisse, en la que estaba escrito:

«Lo siento. Te quiero. P. D. Esta tarjeta hace acreedor a quien la posea a una cena romántica esta misma noche en un restaurante caro de su elección. Seguirá un baile misterioso; atuendo informal.»

Ella sonrió ante la broma privada, una referencia a *Mistery Dance*, una de sus canciones favoritas, de Elvis Costello.

—Eres un cielo... de hecho, no sé si conozco a este chico tan romántico que acaba de irrumpir en mi apartamento. Pero esta noche hemos quedado con Colin y Anne, ¿no te acuerdas?

—Mierda.

—De todos modos, la conservaré —dijo Corrine metiéndose la postal por el escote de la blusa y guiñándole un ojo.

Volvieron a casa pasada la medianoche. Corrine estaba agotada, pero Russell parecía animado, así que aprovechó la ocasión. Fue muy apasionado, y también atento; a veces parecía olvidar quién era ella durante el sexo, como si fuera un coche que él conducía hacia un destino secreto.

Se quedó dormida casi de inmediato, satisfecha.

Russell pasó varios minutos despierto, pensando distraídamente en un barco que resoplaba río arriba en la selva, pero tenía la conciencia limpia; de hecho, más que limpia. Esa mañana su

fidelidad se había puesto a prueba por primera vez en mucho tiempo, mientras que esa noche era un hombre que había rechazado una invitación a ver los aguafuertes de otra mujer, o más bien el Giacometti de su padre. Aquella huida por los pelos y el grado de excitación que había sentido ante la idea habían obrado en favor de Corrine, pues haber estado al borde de la infidelidad le había llenado las células de carga erótica; no dejó de mirar a Corrine durante toda la cena, casi incapaz de esperar a que volvieran a casa, y la felicidad que le producía la visión de sí mismo como un marido recto lo había hecho apreciar aún más a esa esposa suya por la que llevaba a cabo aquella heroica prueba de abnegación.

Sentía apenas una leve punzada de inquietud al pensar en que Simone le había dado su número de teléfono, puesto que sabía que nunca la iba a llamar.

7

¿Era acaso una verdad inmutable, una ley natural, como la de la conservación de la materia, que nada en esta vida salía gratis?

En un taxi desde el West Village al Sherry-Netherland con objeto de comer con su editor, Victor Propp consideró la cuestión desde muchos puntos de vista, con el acantilado calcáreo de su frente lleno de arrugas de concentración. Literalmente hablando, los escritores nunca pagaban las comidas. Las pagaban los agentes, los editores y los periodistas. Así eran las cosas en este mundo, una convención social que casi constituía una verdad universal. Era necesario, en opinión de Victor, que un artista siguiera siendo niño en cierto sentido, consentido y dependiente; una criatura porosa, necesitada, oral: una boca que succionaba; un ego monstruoso para el que toda la realidad objetiva se componía de espejos y pezones femeninos.

Nada salía gratis. ¿Quién dijo eso primero? Le parecía digno de Ben Franklin, siempre tan sucinto. Pero ¿no era eso lo que de verdad significaba ser estadounidense, creer por encima de todo que las cosas salían gratis? Dialécticamente opuesta a la ética puritana, esa creencia a pies juntillas de que podía conseguirse algo por nada, la idea de que cinco podrían proporcionarte diez, estaba firmemente asentada en la psique de la nación... El todo gratis era la plusvalía de Marx, el producto del trabajo que el capital reclamaba para sí. Era la veta de oro gratuita, el pozo de petróleo, la apropiación de la tierra, una buena operación en el mercado de valores, la ganancia inesperada, las ventas al cine. Los europeos creían en el juego de suma cero, en el que si un hombre se daba un banquete, su vecino pasaba hambre. Pero ahí, en América, todo el continente había salido gratis, prácticamente había estado ahí para quien quisiera quedárselo. O eso le parecía a Victor Propp, un novelista estadounidense.

No consideraba que su mentalidad fuera especialmente norteamericana, sin embargo, aunque lo habían engendrado en Boise, Idaho, una taciturna madre sueca y un padre judío ruso que daba clases de inglés en un instituto y afirmaba descender del gran narrador Isaac Babel. Victor no se había sentido cómodo en Boise y había empezado a encontrar su lugar en el mundo solo cuando llegó a Yale a los dieciséis años y descubrió Europa en el departamento de Literatura Comparada. Aunque, a diferencia del también oriundo de Idaho Ezra Pound, no se había desterrado al otro lado del océano, sí se imaginaba al margen de la cultura y adoptaba una postura crítica y distanciada, en cuarentena en una Ellis Island del espíritu, aquejado de la enfermedad de su arte. Cien años después de que Henry James hubiera abandonado un continente casi inexplorado, reflexionaba Victor, su país natal seguía estando apenas a medio fraguar. Los estadounidenses todavía eran unos materialistas radicales. Más inocentes que los bosquimanos del Kalahari, que interpretaban signos y símbolos, los norteamericanos se lo tomaban todo en sentido literal: palabras, signos, retórica y rostros tenían para ellos un valor nominal, como si la propia realidad fuera de curso legal. Para Victor era un texto traicionero compuesto por un nigromante, diabólicamente resistente al análisis. Incluso la expresión «valor nominal» sugería a una mente como la de Victor Propp un laberinto de interpretaciones, de caretas y falsedad y engaño, divergencias entre apariencia y realidad, rencorosos divorcios entre significante y significado, en el que la aparente solidez de las palabras se hundía bajo los pies y se desvanecía en un ocaso derridiano, en el que las superficies se desgarraban y se abrían de repente, como la calle por la que en ese momento avanzaba dando tumbos el taxi de Victor, tras una gran explosión de gas que dejaba al descubierto redes de tuberías y de cables y un socavón infestado de ratas.

En un pequeño cuaderno de notas, Victor escribió «Nada sale gratis... Destino manifiesto... Forma de pensar norteamericana». Eso hizo que su producción total de la mañana ascendiera a poco más de

cuarenta palabras, pues las tres horas anteriores las había dedicado a componer un fragmento de treinta y tres palabras y a hacer seis llamadas telefónicas. Escribir era una tortura que se autoinfligía; *déjeneur*, un alivio.

El joven Calloway iba a pagar ese día el almuerzo. A Propp lo intrigaba la forma de pensar de Calloway precisamente por lo americana que era, tan diferente de la suya, pues se asentaba en un suelo firme donde Victor solo encontraba arenas movedizas. Calloway le recordaba a Victor a uno de esos personajes de los dibujos animados capaces de caminar por el aire mientras no se dieran cuenta de que debajo tenían un abismo. Un ingenuo, en una palabra, pero la suya era una ingenuidad interesante y casi ejemplar, que tenía mucho que ver con su juventud y su admirable desparpajo. Al igual que un atleta, estaba en posesión de un saber puro, práctico, del que Victor quería aprovecharse. Había lanzado en su carrera a Jeff Pierce y a otros escritores nada insignificantes a una edad en la que la mayoría de esclavos de las editoriales todavía escribían cartas a máquina. Ahora que se acercaba a los sesenta años, Propp a menudo se preguntaba por qué había esperado tanto para tomar su iniciativa literaria decisiva, y lo tranquilizaba el absorto interés de aquel joven brillante. Harold Stone y los de su categoría todavía dirigían el tinglado, pero Propp sabía que la nueva generación no tardaría en empezar a juzgar a la suya. En sus momentos más negros sospechaba que había agotado la confianza de Harold en su genio, además de su paciencia. Russell podía ser capaz de llevar a cabo algo notable e incluso espectacular, especialmente si le daban un empujoncito, y Victor tenía una idea que deseaba poner en práctica. Después de haber renunciado al mundo por su vocación, cultivaba un interés jesuítico por la mecánica del poder.

En cuanto al coste del almuerzo, Calloway y sus jefes esperaban que Propp les entregara algún día el libro en el que llevaba veinte años trabajando; entretanto, el joven se consideraba ampliamente recompensado con la compañía y la conversación del legendario

novelista, mientras que Victor trataba de poner a prueba la inocencia de Russell, su capacidad para ser uno de los mejores y más brillantes ejemplares de una cultura bárbara. Se trataba de un sistema de intercambio y crédito agradablemente disimulado del que Victor Propp sacaba ventaja, o eso le parecía a él. Propp calculaba que había comido quinientas o seiscientas veces con editores mientras escribía su segunda novela.

A Russell, la planificación y la puesta en práctica de un almuerzo podían ocuparle media jornada. No dudaba de que los primeros cazadores lo habían tenido más fácil: salían de la caverna y recogían unas bayas, empalaban un mamut con su lanza, esperaban a que el rayo alcanzara un árbol cercano con objeto de conseguir fuego para cocinar; no tenían problemas. Un editor de finales del siglo xx, por el contrario, tenía que enfrentarse a tremendos problemas logísticos. Si uno era el instigador de la comida debía elegir el restaurante, lo que no resultaba tan fácil como pudiera parecer, pues todo el rato surgían cuestiones de índole social, de expectativas y de localización física. También cuestiones sobre la propia habilidad para hacer la reserva. Aunque Victor Propp vivía con bastante modestia, era un esnob a la hora de gastar el dinero de los demás, y hoy había elegido específicamente la sucursal local del Harry's Bar de Venecia, situada en el hotel Sherry-Netherland, que le gustaba por sus asociaciones literarias con el Levante y por sus precios astronómicos.

O sea que para conseguir mesa para hoy tu secretaria llama y hace la reserva o, como en este caso, no consigue hacerla. Entonces te entra el pánico. En una vida anterior, habrías llamado previamente a tu jefe, Harold Stone, y le habrías pedido que intercediera, por mucho que hiriera tu orgullo demostrar que tú, que has sido elegido como sucesor suyo y evidentemente tratas de labrarte un prestigio en el mundo de la edición, todavía no tienes el suficiente como para conseguir mesa. Pero ahora dudas de que esté dispuesto a conseguirte siquiera una reserva en el McDonald's. De modo que

llamas a Jerry Kleinfeld, el director de producción de Corbin, Dern. A continuación llamas a tu compañero de almuerzo para confirmarlo, luego normalmente a un taxi en pleno tráfico del mediodía... y luego viene esperar a que te den mesa, la cuestión de si pedir un cóctel o no, una copa de vino con la comida o una botella entera... hoy en día, no apetece mucho parecer un alcohólico sin remedio o una persona que no cuida su salud, pero tampoco quieres parecer un estrecho o un tacaño. Para comer con los clásicos bebedores de martinis como los agentes de toda la vida, y con los novelistas en general, uno tiene que estar dispuesto a echar por tierra la tarde entera en el intento de seguirles el ritmo. Pero Victor Propp era un epicúreo de los que solo toman una copa de vino, de modo que esa parte resultaba fácil. Victor no quería enturbiarse la mente; la mantenía despejada para la reflexión sobre sí mismo, el aikido sintáctico, las teorías conspiratorias y otras formas de joderte la mente.

Que le hubieran confiado cuidar de Victor Propp y alimentarlo constituía probablemente una señal de que era el elegido, consideraba a veces Russell. Victor era una inversión literaria a largo plazo y de alto riesgo, un instrumento sofisticado, la posesión más exótica de Corbin, Dern. En 1961, Propp había publicado una delicada novela de aprendizaje titulada *Tardes de New Haven*. Era la historia de un americano de segunda generación, como el propio Propp, que va a Yale a hacerse poeta y se enamora de una chica de poco fiar que forma parte de una asociación de mujeres patriotas que se basa en la genealogía para elegir a sus miembros. La novela obtuvo críticas respetuosas y estimulantes además de proporcionarle un Prix de Rome a su joven autor. Desde entonces Propp se había mantenido en un ámbito casi completamente teórico en el que, como alguien dijo una vez de E. M. Forster, su reputación aumentaba con cada libro que dejaba de publicar. La palabra «genio»
aparecía unida a su nombre cada vez más a menudo.

La obra en la que trabajaba Propp cobraba más importancia y prestigio con cada año que pasaba sin aparecer, mientras que la fama de sus contemporáneos subía o bajaba según los principios del mercado convencional a medida que publicaban su quinta, sexta y séptima novelas. Fragmentos de la novela sin título se abrían paso de tanto en tanto hasta las revistas literarias, impregnados por el esfuerzo prometeico de su propia creación, que recordaba en cierto modo al *samizdat:* se habían grabado en las húmedas paredes de piedra de la celda del autor, copiado y recopiado, memorizado, engullido, y expelido después en un tortuoso viaje a través de ciudades bálticas y buques fantasma hasta los sótanos de la editorial. El argumento de esa obra largamente anunciada parecía ser el propio autor, en cada fase de su desarrollo desde el estado embrionario. Uno de los pasajes más famosos hasta la fecha era el monólogo heroico del protagonista embrión relatando las mareas, los ritmos y los esfuerzos por desarrollarse en el mundo amniótico mientras se liberaba del seno materno por pura fuerza de voluntad. Una crítica feminista, preguntándose por el papel de su madre en toda esa estridente creación, se quejaba de que, en Propp, «la ontogenia se resume en misoginia». Lo que asombraba básicamente a los admiradores de Propp era que el lenguaje recordaba, como propuso un comentarista, «a un Henry James con retortijones», pues una frase de Propp era un laberinto ortográfico de salvedades, digresiones y recapitulaciones tan retorcido como un intestino; otro entusiasta declaraba que Propp era el único escritor norteamericano de este siglo que comprendía a la perfección el punto y coma.

Un caso prácticamente único entre los escritores supuestamente más importantes de finales de siglo, Victor Propp era su propio agente, y aunque el hombre que se representa a sí mismo ante los tribunales se supone que tiene a un idiota por abogado, Propp había superado a todos los vendedores de literatura del negocio. En 1966, había recibido un modesto anticipo por su segunda novela. Al cabo de cinco años, los de Corbin, Dern empezaron a impacientarse,

momento en el que Propp publicó un fragmento de la novela en *Esquire*
y dio a entender a los demás editores que estaba disponible para comer y cenar; ante la amenaza de perder al novelista, cuyo culto iba en aumento, el entonces joven Harold Stone había invertido casi un cuarto de millón de dólares en la obra maestra inacabada.

Como para compensar la circunspección de su postura ante los editores, el semibloqueado autor participaba intensamente en las intrigas del mundo literario y disfrutaba preocupándose ante los logros, reputaciones y fracasos de los demás escritores, y en especial de sus enemigos, a los que imaginaba legión. Inevitablemente, Harold y Victor riñeron. Russell no estaba al corriente de la naturaleza exacta de aquella disputa, pero los dos hombres de letras ya no se hablaban. La crisis se resolvió mediante el nombramiento de Russell como editor oficial de Propp. Russell admiraba a Propp desde la universidad, cuando Jeff le prestó, como quien imparte un saber hierático, un ejemplar muy manoseado de la *Paris Review*
que contenía el monólogo del embrión.

Hablaban con frecuencia, pues Propp se pasaba la mitad del día al teléfono y necesitaba muchos oídos en los que verter el torrente de su verborrea, y quedaban para almorzar una vez al mes. Hablaban sobre Victor Propp y de los que a este le gustaba considerar sus iguales: Richardson, Flaubert, James, Musil y el último James Joyce (Russell habría jurado que en una ocasión había oído a Victor llamarlo «Jim Joyce»). Propp quería hablar con Russell de marketing y cultura popular, mientras que Russell quería que el gran hombre se embarcara en el tema de la literatura. A Russell le recordaba la queja de George Bernard Shaw con relación a su encuentro con Bennett Cerf: el editor americano quería hablar sobre arte, mientras que el gran dramaturgo solo quería hablar de dinero. Ahora, Russell se preguntaba hasta qué punto podía contar con la amistad y el interés mutuo. Su relación con Victor y varios autores

más le proporcionaba una especie de seguridad mínima en su empleo en Corbin, Dern. Si lo echaban, ¿se iría Victor con él?

—¿Hasta qué punto es famoso Jeff? —preguntó Victor al poco de haberse sentado, y sus ojos de ave de rapiña y frente despejada y blanca hicieron pensar a su compañero de mesa en una voraz águila de cabeza blanca (la *Falconiformes accipitridae*, Audubon, lámina 107).

—¿Comparado con quién?

—Me refiero a si la gente lo reconoce por la calle. Si las chicas le mandan bragas perfumadas por correo. Encuentro fascinante que un escritor se introduzca en el campo de la conciencia de los lectores de revistas del corazón y de los televidentes. ¿Cuál es la dinámica de eso?

Russell nunca conseguía acostumbrarse del todo a aquella especie de succión que ejercía la mirada de Victor. Cuando Victor volvía sus ojos inquisitivos y sus cejas circunflejas hacia uno, producía la sensación de que más te valía aferrarte al asiento y a lo que fuera, porque la fuerza de su curiosidad amenazaba con succionarte los órganos internos a través de la boca abierta. Puntos y coma aparte, Russell lo consideraba un maestro en los signos de interrogación. Uno deseaba de verdad encontrar la respuesta adecuada para Victor aunque, como pasaba ahora, la pregunta no pareciera especialmente interesante. A diferencia de la mayoría de los escritores que conocía Russell, cuyo ser corpóreo parecía una mera sombra pálida de su esencia platónica, Victor tenía una presencia física poderosa que ocupaba mucho espacio, lo que explicaba en parte las dimensiones de su mito.

—Jeff no es famoso —respondió Russell, casi con irritación, como si estuviera cansado de aquel asunto—. Ha aparecido en un par de programas matinales... pero el tipo que le lee el contador de la luz no lo distingue de cualquier otro hijo de vecino.

Victor pareció decepcionado, pero siguió en sus trece.

—He estado pensando en los usos de la fama, en la tensión entre los imperativos privados de la creación y los imperativos del artista y del objeto artístico terminado para imponerse al mundo, para asumir una dimensión pública. Durante dos tercios de mi vida he cultivado lo privado a expensas de lo público.

—Pero has construido una leyenda a partir de ello.

—¿Eso crees? —preguntó, ansioso—. Sin embargo, dudo de que la gente de tu edad sepa quién soy.

—Los interesados en la literatura te conocen.

—¿Crees que alguien que no sea de Nueva York o, para ser más precisos, alguien que no esté suscrito al *New York Review of Books*, sabe quién soy?

Russell tuvo la momentánea impresión de que estaba sentado frente a una belleza de edad madura que cuestionaba sus propios encantos para que los defendieran. Le molestó que el hombre al que admiraba por su compromiso desinteresado con la escritura últimamente manifestara tantísimo interés por la mecánica de la publicidad.

—Fíjate en el rocanrol —continuó Propp—, en la comunicación visceral y directa con el público. ¿Cuántos discos venden los más famosos? Y, ya puestos, ¿quiénes son los más famosos?

Era precisamente el tipo de cosas que Harold Stone nunca podría decirle.

Russell explicó que el rocanrol, en su opinión, se había visto corrompido por los imperativos comerciales, y que los éxitos ahora los fabricaban los productores de las emisoras usando las llamadas fórmulas enlatadas.

—Hay tanto dinero en juego que la industria se ha vuelto un oligopolio. Todo son productos comerciales, Victor. Eso es lo que resulta tan agradable de los libros. Que se invierte mucho menos dinero.

—John Irving gana dinero, Doctorow gana dinero.

—Si los comparas con Madonna, no.

Victor insistió, queriendo saber qué tipo de música escuchaba Russell. Cuando este mencionó a los Dire Straits, que interpretaban una canción, *Money for Nothing*, a Victor se le iluminó la mirada. Le pidió a Russell que le recitara la letra, y sacó su cuaderno de notas para escribirla debajo del encabezamiento «Nada sale gratis», olvidando anotar, sin embargo, que la banda era inglesa.

—¿Qué tal si hiciera una lectura en público? —preguntó entonces Victor, acariciándose la barbilla pronunciada y partida, pensativo—. ¿Crees que la podríamos presentar como un acontecimiento literario? Hace siete años que no doy ninguna en Nueva York.

—Creo que despertaría mucho interés —dijo Russell—. Hagámoslo en el East Side Y. Podría resultar un bombazo.

—¿Qué tal si me presentara Jeff?

—¿Jeff? No habría sido mi primera opción.

—Es precisamente lo inesperado lo que más me atrae, la conjunción disyuntiva. Pierce y Propp. ¿Y si damos una conferencia juntos? Combinando nuestros respectivos seguidores, por decirlo de algún modo.

—Veré qué puedo hacer.

—Pero ¿de verdad te parece buena idea? —preguntó Victor, como si la idea original fuera de Russell, y procedió a enumerar los inconvenientes y peligros potenciales del plan.

Al cabo de un cuarto de hora hablando solo, se mostró de acuerdo consigo mismo en que deberían andarse con cuidado. Entretanto, había dispuesto ante su plato una batería de píldoras y cápsulas, nueve en total, que debía tomar, en una secuencia establecida.

—Bellow me recomendó que tomara estas —explicó Victor, tragándose dos, y añadió—: Salvaron su vida amorosa. Me han bajado el colesterol veinte puntos. Podrías pedírselas a esa empresa de Connecticut.

—Deberías hablar con Jeff —murmuró Russell—. Le interesa mucho la farmacología.

—¿Qué opina tu mujer del mercado de valores? —preguntó Victor después, cuando llegó su *risotto* de sepia, un plato que, según él, asociaba a los poetas y escribas jónicos: arroz blanco caldoso y manchado con tinta negra. Victor tenía su propio corredor de Bolsa, pero lo cuestionaba, como cuestionaba también al hombre del tiempo y a la sabiduría popular, como cuestionaría al propio Russell Calloway. Nada era sencillo, nada era lo que parecía.

—Se muestra cautelosa.

—Las mujeres siempre se muestran cautelosas —declaró Victor en lo que era su sello más característico: a partir de una observación claramente específica, pasaba de golpe al dominio de lo universal—. Los hombres son los grandes románticos, los soñadores y los locos. Las mujeres son realistas. Como Jane Austen.

—¿Y qué pasa con *Jane Eyre*?

Victor hizo un ademán como quien espanta un bicho invisible.

—Un producto de la represión sexual —respondió con impaciencia—. Y no me vengas con las Brontë, que lo suyo son cuentos para críos. Pero me interesa el punto de vista de Corrine. Es bien posible que este sea el primer ciclo en la historia de los negocios en que contamos con un punto de vista femenino, una influencia de las mujeres en la comunidad financiera. ¿Significa eso que se introducirá la moderación, que se aplacarán los subidones de testosterona del mercado, al igual que la introducción de chicas en un instituto de Nueva Inglaterra reduce la incidencia de cristales rotos y peleas? ¿Que impondrán un nuevo ritmo lunar, de las mareas, menstrual? Deberían hacer un modelo informático de todo eso, o al menos una monografía.

—El mercado de valores no ha mostrado mucha moderación en los últimos dos años, pese a que hay muchas mujeres trabajando en él.

—Todo el mundo se está haciendo rico, Russell —le confió Victor inclinándose hacia él con aquella mirada suya de desatascador, que resultaba inquietante y halagadora en igual medida—. Toda la gente con sensibilidad, excepto tú y yo. Si te dedicaras a cualquier otra

cosa, ganarías el doble, o diez veces más de lo que ganas. Eres listo. Y sé cuánto te pagan...

A Russell le llegó el turno de ruborizarse. Probablemente lo supiera, el muy hijo de puta.

—Con una mente como la tuya, y en la cumbre de tu sector a tu edad... Fíjate en los libros que publicaste el año pasado. Prácticamente ya eres famoso. Y yo. Me causa más dolor que placer contemplar el hecho de que quizá sea el único escritor de mi época con capacidad para reinventar la novela. ¿Te das cuenta de la responsabilidad que entraña eso? Pero siempre pienso, y no creo que te lo tenga que explicar, que si me hubiera dedicado a los negocios ya sería millonario. ¿Por qué debo vivir en la pobreza? Entiendo mejor el mercado financiero que mi propio corredor. Pero no cuento con capital. Necesito más dinero. Me lo merezco. Y lo mismo te pasa a ti.

—¿Me estás diciendo que quieres renegociar el contrato?

—Creo que los dos deberíamos renegociar nuestros contratos —dijo fríamente Propp, tragando dos píldoras naranjas en rápida sucesión.

—No me parece que a Harold y compañía vaya a gustarles la idea —comentó Russell, no sin tristeza.

—Quiero más dinero. Sabes muy bien que podría conseguir más si me voy a otra parte. Tú quieres publicar este libro. Va a aumentar vuestra reputación, al tiempo que la mía. Me halaga que seas mi aliado natural, Russell. Harold es, y perdóname el tópico, el escollo. Quiero sortear a Harold. Harold está cansado, para él ya ha pasado todo. Cree que se encuentra al final de toda la cadena hegeliana de la historia. Parece creer que él mismo es el final. El viejo cabrón ya no es capaz de levantar nada.

—Yo no iría tan lejos —dijo Russell, recordando a Harold en el sofá con Carlton. Pero le agradaba oír a Victor expresando las mismas dudas que él no había sabido introducir en la conversación.

—Eres tú quien debería dirigir la empresa.

—Si los deseos fueran Porsches, los pobres los conducirían.

—Mira, jovencito, en este momento de la historia de Estados Unidos, me atrevería a decir que los deseos son Porsches. Tengo la sensación de que quienes estamos en esta ciudad de locos vivimos en una época en la que puede suceder de todo. ¿Recuerdas lo que dijo Nick Carraway cuando iba a Manhattan con el coche de Gatsby y distinguió la silueta de los rascacielos de la ciudad más allá del puente de Queensboro? Pues dijo: «Ahora que hemos cruzado este puente puede suceder cualquier cosa... cualquiera».

A Russell le tocó asentir, aunque no estaba seguro de que lo recordara exactamente, al menos palabra por palabra; pero «algo así» no era una frase que uno quisiera emplear con Propp. Se suponía que uno tenía a Gatsby y muchos otros textos perfectamente memorizados.

Victor se frotó la barbilla, meditabundo.

—Mis fuentes dicen que tu estrella está declinando en Corbin, Dern. Puede que sea el momento de dar un *coup d'état* —dijo, con las oscuras cejas elevándose en su frente como las sombras de dos halcones gemelos.

—Como alguien dijo una vez del papa... yo no tengo ejércitos.

—¿Y tienes banquero?

—Solo un cajero automático.

—¿Por qué no compras la editorial? —soltó de repente Propp, como si fuera la solución más obvia y hasta ese momento, inexplicablemente, no hubiera reparado en ella.

—Ni siquiera puedo comprarme un apartamento, Victor.

—Eso no importa. Mira a tu alrededor, Russell. Lo único que necesitas es ambición, imaginación e influencia.

—Según tengo entendido, todavía no se han revocado las leyes de la naturaleza.

—Será que últimamente no habrás leído los periódicos.

De hecho, la idea no era tan descabellada o remota como para que no se le hubiera ocurrido al propio Russell, pero lo sorprendía, y casi avergonzaba, oír a aquel hombre mayor describir su fantasía.

Victor se inclinó sobre la mesa y puso su enorme mano encima de la de Russell.

—Crédito, Russell, la piedra filosofal de nuestra era. Puedes convertir un sueldo de esclavo en un destino dorado... si tienes valor.

—¿Podría contar contigo, Victor?

—Mi querido amigo, ¿no te lo he dejado bien claro ya? —dijo Victor, con los finos labios apretados en una sonrisa de complicidad.

8

—Siempre sueño que me toca el gordo en la lotería, tío, pero nunca compro un billete.

—Ya lo dice el anuncio... para ganar hay que jugar.

—Sí, ya sé que para ganar tengo que jugar. Lo único que se necesita es un dólar y un sueño, como dice ese tío. Bueno, pues yo tengo el sueño, vale. Lo que pasa es que necesito ese puto dólar.

—Lo que yo digo. Tienes que soltar un dólar.

Esperando en la cola ante la puerta de la misión, los dos entendidos exhibían la camaradería pringosa de nuevos colegas de borrachera, sintiéndose temporalmente a sus anchas tras haber resuelto juntos aquel problema de lógica. Ambos llevaban poca ropa para el frío que hacía, y estaban encogidos como si se arrebujaran en torno a las ascuas de una moribunda combustión interna. Uno llevaba un gorro de punto con una borla y la inscripción «Ski Mad River Glen»; el otro, una visera de béisbol en la que se leía: «Drexel Burnham Lambert Bond Conference ‘86», que había aislado e impermeabilizado con un forro a base de una bolsa de basura de plástico verde.

Una voz cola abajo dijo:

—La lotería es un impuesto regresivo que el estado fascista les endilga a las clases que menos se lo pueden permitir.

Como atletas ahorrando energías, los dos vagabundos borrachos se volvieron lenta y económicamente para mirar a quien había hablado: una cara llena de espinillas y un cuello que asomaban de una chaqueta de ante con flecos y con una chapa de «Comámonos a los ricos» en la solapa; el pelo largo, recogido en una cola de caballo, daba la impresión de ser un gorro de piel de mapache.

—Es un truco de la clase dominante para ocultar a las masas desposeídas las realidades económicas del estado fascista. ¿Es que creéis que los ricos juegan a la lotería? ¿Creéis que Donald Trump compra participaciones?

—Él no necesita hacerlo —dijo el tipo de la gorra de Drexel—. Ya tiene barco.

—Es verdad —coincidió su colega—. Y digo yo: ¿dónde está mi barco? Yo solo digo eso, Daniel Boone. Quiero mi trozo del puto pastel.

—Y cuánta razón tienes, joder. Ya has oído a mi amigo, palurdo. Quiere saber dónde coño está su barco.

—Fijaos, allí viene. Ahí está.

—Eso no es tu barco. Es la señorita Corrine. Está casada.

—Pues yo me he tirado a montones de casadas. ¿Intentas decirme que no me lo puedo hacer con una que esté casada?

Avanzando deprisa Bowery abajo desde Cooper Union con sus mocasines belgas, Corrine se fijó en la cola ante la puerta de la misión. Como los restaurantes, las misiones y los comedores sociales tenían cada uno su clientela específica. Aquí los parroquianos eran fundamentalmente hombres, divididos a partes iguales entre blancos y negros, la mayoría de ellos tranquilos y poco ruidosos porque la comida era decente y el espacio, limitado. Unos pocos, a la mayor parte de los cuales Corrine conocía, hablaban en voz alta, quejándose, fanfarroneando, desafiando a los que tenían cerca en pequeños detalles de etiqueta o credulidad.

—¿No crees que podría conseguir trabajo en esta ciudad si me diera la gana? ¿Me estás llamando mentiroso? Hablo de un buen trabajo.

Pese a su condición de mendigos, tenían un aire parecido al de un boxeador antes de un combate, la apariencia de un timador que pretende conseguir comida gratis de una autoridad poco suspicaz, y con esa actitud respondían a las exigencias de su dignidad residual.

Otros esperaban en silencio a que les dieran lo que fuese. Unos cuantos estaban borrachos y trataban de que no se les notase. Varios de ellos, dominados por su propia química interna, apenas sabían dónde estaban: esquizofrénicos con los ojos cerrados al mundo exterior, un autista con un mono de mecánico blanco que avanzaba y retrocedía cuatro pasos de modo convulsivo, como si bailara un foxtrot. Las reinonas ocupaban los primeros puestos de la fila, soltando animados chillidos como aves tropicales, con complicados peinados y bufandas llamativas; eran los dandis de la vida callejera.

—¡Hola, amiga!

—¡Corrine!

—Nuestra señora del perpetuo placer.

Corrine saludó con la mano y cruzó el umbral, donde el olor a comida se mezclaba con el intenso tufo oficial a desinfectante. Los demás voluntarios ponían en las mesas cubiertos y vasos de plástico, cuencos de mermelada y cestas de crujiente pan blanco.

—¿Quieres repartir el maná? —preguntó Irene Goldblum, tendiéndole a Corrine un fajo de vales amarillos. Era una agobiada asistenta social con el pelo entrecano, que llevaba atendiendo a los pobres y desplazados del Lower East Side desde que se había graduado en Barnard en 1969; el agotamiento que le suponía aquel esfuerzo se le veía en la cara. A Corrine le parecía cínica, pero Corrine solo visitaba el Lower East Side un par de veces por semana, y únicamente desde el año anterior.

—Eres una novata —le dijo Irene el primer día, después de que Corrine les diera todo el dinero que llevaba encima a los clientes de la misión, iniciando un motín—. Les serás de más ayuda, y a nosotros también, si no sientes lástima por ellos. Dos terceras partes de estos hombres son toxicómanos y el noventa por ciento expresidiarios, de modo que procura que el corazón no se te ablande con tanta facilidad.

Puede que fuera novata, pero Corrine creía que su compasión tenía una base sólida. Al vivir en la ciudad, se sentía ligada a una

compleja y delicada red de interdependencias y estaba decidida a desempeñar su papel. La miseria, al igual que la vitalidad de la metrópoli, se había filtrado en su psique. Pese a todos los años que llevaba en la ciudad todavía no había sido capaz de fabricarse una coraza no porosa.

La cola se volvió más recta y avanzó cuando Corrine apareció en el umbral. Se tendieron manos mugrientas, agrietadas. Era el momento en que empezaban las peleas, aunque los de la cola tendían a comportarse mejor cuando el voluntario que repartía los vales era una mujer. Corrine era especialmente popular entre las habituales.

Las reinonas apartaron de malos modos las manos de los demás y examinaron el atuendo de Corrine con un desinterés profesional.

—¿Es de Chanel ese traje, tesoro?

—Ya me gustaría.

—¿Dónde te cortan el pelo, monada? Voy a tener que ir a la parte alta de la ciudad a que me hagan algo así.

—La chica va a esa peluquería tan elegante, al Gore Vidal Sassoon.

Cola abajo, un hombre guapo y curtido por la vida en la calle, dijo:

—Mi anfitriona se codea con gente importante. —Era Ace, el invitado a la última fiesta de Corrine. Llevaba semanas contándoles cosas de la fiesta a los demás en la cola, cada vez con mayor detalle, y últimamente daba a entender que mantenía una amistad íntima con Corrine y sus elegantes amigos. Nunca mencionaba el aparato de vídeo—. Hoy estoy muerto de hambre. He dejado el crack y la botella y estoy en manos de Dios, es la pura verdad.

La mención de la divinidad pareció provocar una reacción en cadena. Profundos conocedores del clima y de los desastres naturales, los hombres de las calles sentían una intensa inclinación hacia la religión, en especial hacia las tendencias más fundamentalistas del cristianismo.

—Vosotros no coméis cerdo, ¿verdad? —preguntó el hombre de al lado, bizco y enfadado—. Pues yo me comería una costilla encantado. —La misión la dirigía una escuela talmúdica, y muchos de los hombres se sentían obligados a morder la mano que les daba de comer, especialmente porque era judía.

—Los judíos no reconocieron a nuestro salvador —añadió el siguiente en la fila, que agarraba con fuerza su carrito de la compra como si temiera que Corrine se lo fuera a robar—. No reconocen que existe, ni la mujer que le ungía los pies, y además fueron los que lo mataron.

—Se llama Calloway —insistió Big George, un negro anciano y majestuoso al que también llamaban el Alcalde, debido a su larga permanencia en el Bowery—. Es católica.

—De hecho, es mi marido quien lleva ese apellido —puntualizó Corrine.

—O sea que es… es eso que llaman una persona aria de Darien —dijo George.

—¿Dónde vives ahora, George? —quiso saber Corrine.

—Bueno, tengo una casa móvil. Duermo en uno de los vagones del metro de la línea E.

—Los católicos son igual de malos —continuó el bizco—. ¿Sabéis por qué se retrasa tanto la Nueva Jerusalén? Por culpa del papa y su ejército. Robaron las calles de oro y saquearon la ciudad de cristal. Ahora todo está en el Vaticano... y hasta se construyó un trono de oro. Ahora esperan cobrar la póliza del seguro de la Nueva Jerusalén. Pero llegará el día en que se hará justicia y nos llevarán a la diestra de Dios y los malvados serán condenados a las tinieblas exteriores.

—Es el pueblo el que tiene que levantarse y derribar a los banqueros y a los abogados y a los promotores inmobiliarios —insistió el de la cola de caballo—. Está ciudad pertenece al pueblo, pero los que comen sushi se están quedando con todo.

—¿Los que comen qué?

—¿Te refieres a los japoneses?

—No, tío, a ellos no...

Corrine le puso un vale en la mano al hombre que bailaba el foxtrot, cuyos pies trazaban un invisible mapa de instrucciones en la acera. Al final de la cola se inició una discusión sobre si había o no un leopardo en las calles de Manhattan. Varios hombres aseguraban haber visto al animal, y uno dijo que había atacado y herido gravemente a un amigo suyo.

Al llegar al final de la cola, Corrine vio calle abajo una figura alta, que conocía bien, hablando con dos motoristas. Con la ropa andrajosa que llevaba parecía un espantapájaros plantado en mitad del Bowery para espantar a las palomas. Los motoristas estaban sentados en sus Harleys, aparcadas de cualquier manera y por el morro junto al bordillo; el cuartel general de Los Ángeles del Infierno de Manhattan estaba justo en la esquina y Jeff vivía unas manzanas más allá, en un loft de la calle Great Jones. Mientras Corrine miraba, uno de los ángeles levantó el brazo y hundió un dedo en el pecho de Jeff. El primer instinto de Corrine fue correr hacia allí, pero se contuvo. Jeff intercambió un apretón de manos con los motoristas y echó a andar calle arriba arrastrando los pies, y casi pasó de largo sin reconocerla.

—¡Corrine! ¡Madre mía! ¿Qué haces aquí? —Se apartó el flequillo rubio de la sorprendida cara—. ¿Cómo te va?

—Estupendamente. ¿Y tú, estás bien?

—Tan bien como de costumbre. ¿Hoy es el día que te toca expiar los pecados?

—Sí, he traído mi cucharilla de café para achicar el océano de las miserias humanas. —Señaló con la cabeza hacia los Ángeles—. ¿Qué haces? ¿Documentarte?

Los motoristas se acercaban por la acera hacia la misión. Corrine se miró los pies y reparó en una pintada que ya había visto antes: una copa de martini con una tachadura.

—Voy a abandonar la novela sobre la familia de Nueva Inglaterra para escribir sobre el descarnado realismo urbano. —La miró con una sonrisa casi tímida.

—¿Es tu novio, Corrine? —exclamó alguien de la cola.

—He visto su foto en alguna parte. Es un actor.

—Oye, hermano, ¿no te he visto en la zona donde viven los partidarios de Reagan? —preguntó Ace, tiritando bajo una sudadera de la Universidad de Columbia sobre la que llevaba una chaqueta de esmoquin con las solapas brillantes.

—Sería uno de mis dobles —dijo Jeff.

—Oye, si consigo decir de dónde exactamente has sacado esos guantes, ¿me los darás?

—¿Exactamente? —repitió Jeff mirándose las manos con los guantes de piel de cerdo y tratando de recordar de dónde los había sacado.

Ace se frotaba los brazos para calentarlos.

—El sitio exacto.

—Adelante —dijo Jeff.

—Pues te los sacas de las manos, mamón. ¿A que sí? Pues he ganado —concluyó Ace como si aquello tuviera toda la lógica del mundo.

—Hay que admitir que tiene razón —dijo el hombre que estaba junto a Ace.

Los demás se mostraron de acuerdo.

Jeff se quitó inmediatamente los guantes y se los dio. El receptor pareció casi tan sorprendido como Corrine.

—No tenías que hacer eso —dijo ella.

—Una apuesta es una apuesta.

—Menudo bicho raro estás hecho, Jeff. ¿Adónde vas?

—A ningún sitio especial. A ver a un tipo por algo sobre un perro.

—¿Quieres que después tomemos una copa?

Jeff pareció titubear.

—De acuerdo. Nos veremos en Great Jones.

En la puerta, él la besó. Cuando Jeff se alejaba, las locas lo jalearon.

—Oye, ven aquí, guapo. Vuelve y verás.

Jeff parecía más delgado de lo habitual, pensó Corrine mientras llevaba otra cesta con rebanadas de pan a una de las mesas.

—Más pan, por favor, señorita. —Especialmente en invierno, pedían pan hasta que se terminaba, cargándose de hidratos de carbono contra el frío. Y de mermelada, por el azúcar.

En la mesa tres se desató una pelea por tres sobrecitos de azúcar, y un hombre intentó estrangular a Ace con una bufanda. Ambos cayeron al suelo. Ahí, en el punto más bajo de la cadena alimenticia, el azúcar era la base de un primitivo sistema de intercambio. La señora Goldblum se abatió sobre ellos y consiguió una tregua. En el acuerdo que puso fin a la riña, Ace se las apañó para quedarse con dos de los sobrecitos de azúcar.

Ace estaba como una moto, y esa noche le sonreía la fortuna, seguro. Haciendo fintas contra las sombras con sus guantes nuevos, se detuvo en el Bowery a probar suerte. Como muchos de los hombres de la calle, era fatalista. Lo que tenía que pasar, pasaba. Solo tenías que procurar que no te pillara en medio. Se encontró con un tipo trajeado, y le pidió veinticinco centavos. El hombre pasó de largo como si él fuera el hombre invisible, pero Ace estaba acostumbrado a eso, a que la gente no lo viera ni lo oyera, pues los ciudadanos corrientes venían equipados con esa visión de túnel especial de Nueva York, con los ojos mirando al frente y a lo lejos, no fueran a ver algo desagradable, y con un radar, que en ese momento registró su presencia como un obstáculo que había que evitar, igual que una piedra o una cagada de perro. A veces la cosa era tan dura que uno casi anhelaba llevar una vida honrada, y, sin embargo, Ace encontraba cierto encanto en aquella lucha suya por la subsistencia, acechando y cazando como los primeros pioneros en un paisaje hostil; desde luego era más emocionante que preparar hamburguesas, cargar con muebles, arrastrar el culo por media ciudad en una bicicleta repartiendo mensajes.

Se dirigió al templete del parque de Tompkins Square y encontró a algunos de los chicos fumando crack, pero él no tenía pasta, así que se alejó y cruzó la avenida C hasta el gran descampado en el que un grupo de okupas había montado un campamento entre los escombros de un bloque de edificios demolido, un improvisado corrillo de tipis al estilo indio levantados después de que una furgoneta que transportaba piezas de tela hubiera volcado en Houston. Tras haber encontrado inconsciente al conductor, los miembros de un club de bebedores improvisado en torno a una botella de Night Train abrieron la puerta de atrás y curiosearon dentro y encontraron piezas de tapicería de seda y algodón en las que se representaban escenas de caballeros a caballo en persecución de unicornios, y que parecían demasiado valiosas para dejarlas en la cuneta, conque habían cargado con ellas hasta el descampado en el que dormían. Al día siguiente montaron el primer tipi. Ahora había una docena, y la tapicería en otro tiempo escarlata estaba manchada y descolorida por la lluvia, el sol y la nieve, y cubierta con bolsas de basura y papel de aluminio. Chabolas de contrachapado y chapa habían surgido entre los tipis, y otros okupas se habían apoderado del abandonado bloque contiguo. Un gran mural pintado en la fachada sin ventanas del edificio presentaba una versión edénica e idealizada de la comunidad bajo el nombre de LA NUEVA JERUSALÉN, pero la mayoría de la gente la llamaba «Barrio Reagan». Con el tiempo, varios cientos de personas habían encontrado refugio allí, entre ellas familias con niños y animales domésticos; además de muchos, como Ace, que se pasaban en busca de comida, fiesta y refugio. Un veterano de Vietnam gigantesco que se llamaba Rostenkowski dirigía de modo informal la comunidad, distribuyendo la comida que les daban, alquilando sitio para dormir por un pavo la noche y supervisando el tráfico de drogas.

El aire de la noche estaba cargado de humo y de un intenso olor a comida, sudor y orina. Los okupas se habían reunido en torno a cubos de basura ardiendo, y compartían botellas y pitillos. Cuando

miró hacia el tipi de Rostenkowski, Ace vio salir de él al amigo de Corrine, el tipo alto que le había dado los guantes, que alzó la vista al cielo como si buscara algo en las estrellas. Ace buscaba a una chica que se llamaba Sally *la Dulce*.

—¿Has mirado en el despacho oval? —preguntó un tipo que se llamaba Seis Dedos, y que de hecho tenía once en total en los pies.

—Igual que el presidente —dijo Ace.

Entonces le contaron que Rostenkowski la había echado, y le había dicho que no volviera por allí porque se le habían puesto los brazos muy rojos y según él era sida.

—¿Cómo se las arreglan los blancos para ser siempre los amos de todo?

—Será mejor que te hagas unos análisis, hermano.

—Cuando a uno le toca, le toca —observó Ace tautológicamente, pero sintió pena por Sally; solo tenía dieciséis años.

Después de la recogida y la limpieza en la misión, Corrine se reunió con Jeff en el café Great Jones, un pequeño tugurio abarrotado que era uno de los sitios que frecuentaba el escritor.

—Si te dijera exactamente dónde has comprado esa camisa, ¿te la quitarías? —le preguntó Jeff a la camarera, una rubia teñida con una especie de corsé negro muy ajustado.

—Una amiga mía la robó del sitio donde trabajaba.

—Eso exactamente iba a decir yo. ¡Quítatela ahora mismo!

La camarera se alejó. Jeff casi parecía relajado allí. Nunca había sido fácil dar con él, pero en esos últimos años se había vuelto más esquivo y angustiado que nunca. Corrine se dijo que tuvo que haber un momento, después de terminar el libro, en el que estuvo relajado, pero su satisfacción parecía disminuir en proporción inversa a su éxito. Russell decía que, como elitista y misántropo que era, Jeff no podía evitar odiarse después de que su libro le hubiera gustado a tanta gente. Tras haber compartido con él tres años de los

más difíciles, su novia, Caitlin, se largó en cuanto él tuvo éxito. No le gustaba toda aquella nueva competencia, según dijo.

—¿Sabes algo de Caitlin? —preguntó Corrine.

—He oído decir que vive con un banquero. Nunca piensas que pueda pasarle algo así a alguien que conoces, y de repente... ¡zas! Así, por las buenas. Una lección para todos nosotros. Supongo que ha sido una reacción a los tres años pasados conmigo.

—Bueno, yo soy corredora de Bolsa, como tú me recordaste amablemente el día de mi cumpleaños.

La camarera, que podría haber tenido un segundo empleo en la lucha libre, le dio un repaso a Corrine con clásica desconfianza femenina.

—Tú no eres una corredora de Bolsa de verdad. Hay personas que se convierten en lo que trabajan. Tú no.

—¿Y no me convierte en una hipócrita hacer algo en lo que no creo?

—Más bien eres algo así como... una misionera en el oscuro continente de Wall Street, que proporciona un poco de dulzura y luz al sector financiero. Qué quieres, ¿una cerveza?

—Solo algo *light*.

—Algo *light* —repitió la rubia con una sonrisita tonta y agarrando con fuerza el grifo de la soda. Se las arregló para dar la impresión de que para ella era una degradación profesional servir algo sin alcohol, y mucho más algo sin alcohol y *light*, y que solo lo estaba haciendo porque Corrine era, inexplicablemente, amiga de Jeff.

—¿Has dejado de beber? La vida social de Manhattan se te revelará en todo su sórdido espanto, y nos despreciarás a todos.

—Quizá debiéramos irnos todos de aquí.

—Es posible, pero ¿adónde?

—Nosotros tenemos que vivir aquí, pero tú podrías vivir donde quisieras. Me gusta imaginarte en un campus de Nueva Inglaterra, fumando en pipa y pescando.

—Yo me dedico a pescar mujeres.

—¿Te has acostado con ella? —susurró Corrine, una vez que la camarera se hubo alejado—. Me mira como si le apeteciera meterme de cabeza en la licuadora.

—De hecho, creo que preferiría meterte con los pies por delante e irte bajando poquito a poco para que sufrieras todo lo posible.

—No me has contestado.

—Tienes razón, no te he contestado. —La miró fijamente.

Ella dio un sorbo, notando el picor del agua carbonatada en los labios.

—¿Piensas alguna vez que deberías haberte casado con Caitlin?

—Estábamos tan casados como cualquiera... Me gustaba considerarlo un matrimonio de inconveniencia. Nos peleábamos tanto como cualquier pareja casada... nos volvimos expertos en las debilidades del otro... Creo que eso cuenta como matrimonio, ¿no?

—Sabes que sé que solo pretendes ser cínico.

—«Somos lo que pretendemos ser, así que elige bien lo que pretendes ser.»

—Vonnegut.

—Sí, muy bien. Aunque creo que Aristóteles lo dijo antes.

—Bueno, pues parecíais una pareja que se llevaba bien.

—Es fácil parecer una pareja que se lleva bien —dijo Jeff, compungido—. Siempre te he estado esperando.

—No me parece que últimamente hayamos hablado mucho. —Corrine no quería alentar aquel tipo de especulaciones—. ¿Nunca tienes ganas de sentar la cabeza?

—Eso te corresponde a ti. Pero alguien tiene que emborracharse y follarse a esas chicas tan siniestras para que tú puedas llevar una vida normal.

—Antes hablabas de tus sentimientos, Jeff. No te dedicabas únicamente a hacer chistes sobre ellos.

—Básicamente —dijo él—, creo que los hombres hablan con las mujeres para poder acostarse con ellas y las mujeres se acuestan con los hombres para poder hablar con ellos.

— ¿Adónde nos lleva eso? —preguntó ella alegremente.

—A un jardín zen. Con musgo verde y amarillo, grava rastrillada. Silencio.

Ella asintió, frustrada, y apartó la vista.

—Ven a cenar con nosotros —dijo, por fin.

—Lo siento. Tengo un compromiso.

—¿Pasear al perro?

—Algo parecido. —Encendió un pitillo.

—Trata de no olvidarte de los viejos amigos —dijo ella con timidez.

Jeff ladeó la cabeza como si le llegara una melodía del fondo de la cabeza.

—Ah, sí, los viejos amigos. Me suena. Entonces fuiste tú quien me mandó aquel poema de Yeats.

—¿Qué poema? —Corrine adoptó una expresión inocente.

Jeff recitó:

«Aunque estés en tus días más brillantes,
Entre una multitud de voces
Con nuevos amigos dedicados a alabarte,
No seas despiadado ni engreído,
Sino piensa en los viejos amigos: te alcanzará... bla, bla, bla…»

—Se me ha olvidado lo demás. Fuisteis tú o Patoso. Os preocupaba que unas cuantas buenas críticas se le subieran a la cabeza al pobre Jeff. Bien, pues me he convertido en un gilipollas a pesar de todos vuestros esfuerzos.

—Pero si tú siempre has sido un gilipollas —dijo ella, con ganas de fumarse un pitillo. Cuando estaba con hombres, Corrine empezaba a hablar como ellos: se volvía maliciosa y brusca.

—Creo que la he cagado con ese chiste. Debería haber dicho «de dónde has sacado esa camisa», no «dónde has comprado esa camisa». La maldición de la precisión gramatical...

Jeff no la dejó irse en metro, sino que la metió en un taxi y la despidió con beso ahumado.

—Hay algo que quiero preguntarte hace tiempo —dijo, acercando la boca a la oreja de Corrine.

Ella lo miró con cara de susto.

—¿Qué?

—¿Cómo era Salinger de verdad?

9

Fama

POR JUAN BAPTISTE

... Tu pene se vuelve más grande, claro. O tus pechos. Y por lo general cambias de nombre. Empiezas con uno como Norma Jean o Archie Leach o James Gatz. No es obligatorio, claro. Pero aquí, en América, es bueno recordar que nos gusta que la gente empiece desde abajo (¡con excepción de los **Kennedy**!). Nos gustan los inventores. Y la creatividad empieza en casa: inventarse a uno mismo es nuestro derecho inalienable. ¿Has nacido en una estúpida casa de las afueras? ¿Te has cansado de ver siempre el mismo pastel de carne en la mesa, la misma cara en el espejo día tras día? No hay problema, trasládate a Nueva York, la ciudad que encierra la idea de novedad en su propio nombre. ¿Nariz demasiado grande, tetas demasiado pequeñas? Que te hagan la cirugía estética. Hazte modelo, o ten pinta de modelo. Ponte a tono. Súbete al tren. La vida y la libertad ya las tienes, ahora sé feliz. Sé moderno. Acuéstate con la gente. Hazte rico. Piensa a lo grande.

Fíjate en **Johnny Moniker**: hace seis meses el tipo trabajaba en una pizzería, hace un año vivía en el Medio Oeste. ¿Y qué hay de **bernie melman**? ¿Crees que nació multimillonario? Y **madonna** empezó en Detroit con un nombre impronunciable. Incluso un servidor, **Juan Baptiste**, podría decirte un par de cosas sobre orígenes humildes. Y también sobre la cirugía

estética, el perjurio, la falsedad y las bacanales que hay detrás de los grandes nombres.

Como por ejemplo cuando me colé en una cena de etiqueta en el **Templo de Dendur**, en el museo Metropolitan, donde el dueño de la casa miserable en la que vivía yo recibía un premio por sus servicios a la humanidad y su contribución al desarrollo de la cultura. Fui en taxi hasta la parte alta de la ciudad para preguntarle por qué no había agua caliente en mi edificio. Su mujer, la estrella de cine, marcando trasero con el modelito de **Christian Lacroix**, se levanta para dirigir los aplausos; escúchalos, plas, plas, plas: es el sonido de la plegaria moderna, el gesto de la envidia invertida, unas manos que se juntan para adorar al héroe. Y >mientras ella está ahí de pie, fíjate en la famosa mujer de mi casero, échale una buena ojeada: una chica de pueblo con afán de superación que se convirtió en una gran estrella; no lo olvidéis, chicos y chicas, ya os lo dice Juan: nada tiene tanto éxito como una buena mamada. Y el mejor amigo de mi casero, el multimillonario Bernie Melman, está ante el micrófono ahora, diciendo que el miserable de mi casero es probablemente, sin exagerar, el ser humano más grande que ha existido jamás...

... Imagina que los muros del Templo de Dendur tuvieran oídos… Esos antiquísimos muros que pasaron unos cuantos miles de años en el desierto egipcio oyendo todo lo que emitía la radio macuto faraónica antes de que los trasladaran piedra a piedra, todas numeradas, y los volvieran a levantar en un ala propia del Metropolitan... ¿Dirían entonces, en aquel pasado remoto, las mismas mentiras? No lo sé. Prefiero pensar que las mentiras que decimos aquí en la nueva y favorecida capital del mundo entero a finales del siglo xx son las mayores, las peores, las mentiras más vergonzosas de todos los tiempos...

En la fiesta estaba todo el mundo, aunque por algún motivo no se habían molestado en invitar a un servidor... un descuido, sin duda...

Unas horas antes yo había asistido a la proyección de Atracción fatal, protagonizada por **Michael Douglas** y **Glenn Close**, una película sobre lo que le sucede a uno y a su familia si andas por ahí follándote a mujeres que no son la tuya... Juan la puntúa con dos estrellas por una buena escena de sexo en el ascensor y una de bañera un poco chunga. Esta ciudad es tremenda con la monogamia. A propósito, hablando del matrimonio, como me encontraba en el Upper East Side, cosa rara en mí, me dejé caer por la velada de los sábados en el salón de Russell y Corrine Calloway. Él es editor en Corbin, Dern y ella es una guapísima niña bien que recuerda un poco a **Katharine Herpburn** de joven, o a ese cuadro reciente de **Alex Katz**, *Alba en negro*, de la **Galería Marlborough**. Otros amigos que viven en el centro, como **Tony Dúplex**, **Leticia Corbin** (casualmente de los Corbin de Corbin, Dern) y Johnny Moniker se codeaban allí con esa gente que pregunta «¿A qué te dedicas?» cuando te la encuentras. Tened en cuenta, chicos y chicas, que en opinión de Juan Baptiste lo importante no es a qué te dedicas, sino a quiénes te dedicas...

¡Avance! Tendencias de Juan para la moda de esta semana: para los hombres, pronostico que harán furor las braguetas... Y para las chicas, sobre todo no olvidéis que las tetas para fiestas, alias implantes de silicona en los pechos, tienden a explotar en el Concorde... tiene algo que ver con la barrera del sonido...

Ese artículo formaba parte del correo de Russell de esa mañana y estaba sobre un montón de recortes de una revista muy moderna que se llamaba *Down Under*, junto con una carta de Juan Baptiste, su supuesto autor, en la que le recordaba su encuentro, le señalaba «el gancho» que tenía como comentarista, y sugería que con sus columnas se podría hacer un libro interesante, una crónica de la vida nocturna de la ciudad.

Donna, la secretaria de Russell, había pegado un Post-it amarillo al envío, donde había escrito: «No sabía que conocías a Juan, me parece una idea a tener en cuenta».

Russell llamó a Donna, que apareció con una camiseta de «Muerte a la escoria yuppie».

—¿Te parece interesante esto?

—Claro. Creo que sería estupendo que por una vez pudiéramos publicar algo interesante, para variar.

—Vaya, siento que nuestro catálogo haya supuesto una decepción para ti, Donna. Oye, ¿qué te parece si te lo miras bien y me haces un informe para cuando vuelva de vacaciones?

Ella asintió con la cabeza, enseñó las encías. Claramente abrumada por la gratitud, le pareció a él.

Cerca del final del montón de correo había una carta de una empresa de tarjetas de crédito. «Enhorabuena. Ha sido usted propuesto para una tarjeta oro.» Aquello era una sorpresa. Que él supiera tenía en números rojos todas las demás. Estaba a punto de tirar la carta cuando vio que, debido a su excelente posición profesional, también lo proponían «para una línea de crédito de cincuenta mil dólares». Lo único que tenía que hacer era firmar el formulario y devolverlo antes de treinta días. Debía de tratarse de un error, aunque en la tarjeta constaba su nombre. Firmó inmediatamente la aceptación, cerró el sobre y lo puso en la bandeja del correo de salida. Se moría de ganas de contárselo a Corrine.

Camino de la puerta, recibió una llamada de Tim Calhoun, que por la voz parecía borracho. Tim dijo que casi había terminado el nuevo libro y que invitaba a Russell a ir de pesca a Georgia para celebrarlo. Russell se escaqueó: «Me voy de vacaciones con mi mujer, amigo mío». Pero aquella llamada lo dejó más contento que la anterior, en la que Tim necesitaba un préstamo con urgencia.

Cuando salía a almorzar, Russell se encontró con Harold en los servicios.

—Hola, Harold —dijo mientras se dirigía al urinario.

En el urinario contiguo, Harold lo miró y profirió un sonido indescifrable.

—Atenderé esa llamada —dijo Russell.

Donna tenía al teléfono a Zac Solomon, que llamaba desde Los Ángeles. Russell no había hablado con él desde la fiesta de hacía más de un mes.

—¿Señor Calloway? Espere, por favor. Le paso con el señor Solomon.

—Muy bien. —Russell pensó: «Dios santo, cómo me repatea esa mierda de "le paso con Fulanito"». Supuso que también él podría hacer que Donna lo dijera: «Le paso con el señor Calloway». Muchos de los gilipollas de la oficina lo hacían.

—Russell. ¿Eres tú, muchacho? Me pitaban los oídos al pensar en ti, así que he supuesto que estarías hablando de mí. O por lo menos pensando en mí. —Luego, Solomon añadió con voz de falsete —: Madre mía, me pitan los oídos todo el rato porque aquí todos hablan de mí cuando forni... forni... Ay, Dios, no lo puedo ni decir.

Russell no acertó a verle la gracia a aquello. Pero a lo mejor es que estoy cansado, pensó. Cuando Solomon hubo acabado, dijo:

—¿En qué andas metido ahora, Zachary?

—Mira, la cuestión es que también tú andas metido en ello, muchacho. De hecho, quiero hablarte de un trabajo.

—¿A mí? No tengo ni idea del mundo del cine.

—Tampoco la tienen todos los demás. Es lo bonito de este negocio. Hace tres años me dedicaba a llevarle las cuentas a Manny Hanny. Luego ayudé a reunir capital para financiar la United Artists. Hace dos años tuve una idea estúpida para una película, me lancé y fundé mi propia productora. Ahora tengo tanto dinero que no sé qué coño hacer con él, y me tiro a una actriz diferente cada noche de la semana. Dios, cómo adoro este país.

—¿Y por qué compartir todo eso conmigo?

—Digamos que me siento generoso. Necesito a alguien que me eche una mano, muchacho. Necesito a alguien con cerebro. También necesito productos. Tú conoces el mundo del libro, podrías

ayudarme a pescar el mejor material impreso que se publica en Nueva York. Sabes deletrear tu propio nombre, lo que te da mucha ventaja sobre estos cabrones listillos de Los Ángeles. Podrías ayudarme a trabajar con Jeff, que es un genio, pero también un grano en el culo, ya sabes a qué me refiero. Quisiera preguntarte, ya que tú y yo estamos en el ajo, y no es necesario que te diga que esto es algo estrictamente confidencial, si no será que tiene… bueno, ya me entiendes, un pequeño problema con ciertas adicciones.

—No —contestó Russell—, no lo tiene.

Era probable que Jeff cogiera más colocones de los que le convenían, y a veces se encabronaba de verdad, pero una parte de él era así. Esos tíos de Los Ángeles, pensó Russell, eran todos unos maniáticos de la moderación desde aquella tempestad que los había azotado unos años antes. Pero aunque Jeff hubiera sido yonqui, Russell no habría estado dispuesto a contárselo a Zac Solomon ni a ningún otro conocido suyo. Su idea de la amistad implicaba esas cosas.

—Bueno, da igual —continuó Zac—. Pero quizá podrías investigar un poco. Los de aquí andan bastante nerviosos últimamente. Me refiero a que un simple rumor puede echar a perder una prometedora carrera. En fin, lo que en realidad quiero decir es que sabes lo que te haces... el año pasado descubriste el libro de Jeff y la novela del tipo ese que no recuerdo ahora cómo se llama. Necesitamos acción, colaboración, sinergia.

—Hablemos en serio, Zac.

—¿Por qué iba a hablar en serio? Solo tienes que ver dónde vivo. No me pagan para que hable en serio.

Dave Whitlock entró en el despacho, se sentó en el brazo del sillón de Russell y cogió una revista de la mesa. Russell le hizo un gesto de saludo.

—Coge un avión y vente para acá. Oye, podrías venir con Jeff el jueves. O si no, podríamos vernos en Nueva York el mes que viene.

—Zac, me gusta el cine lo suficiente para saber que no entiendo cómo se hace. De lo que sé es de libros.

—¿Cuánto ganas? ¿Setenta y cinco o cien mil?

Avergonzado, Russell permaneció en silencio. Ya le gustaría.

—Sea lo que sea, yo te pago el doble, chaval.

Whitlock se levantó para irse, pero Russell le hizo señas de que esperase. Quería que oyera eso.

—Estoy muy contento aquí, Zac. Además, ahora tengo una reunión. Déjame que lo piense un poco, ¿vale?

—De todos modos vendrás a trabajar conmigo antes o después —concluyó Zac—. Aquí el dinero llueve de las putas palmeras. *Sayonara*.

—¿Una oferta de trabajo? —preguntó Whitlock cuando Russell hubo colgado.

—Estoy muy solicitado —aseguró Russell—. Procura que los de arriba se enteren.

—Trataré de acordarme —contestó Whitlock con tono tristón y volviendo a dejar la revista en la mesa como si tampoco ahí pudiera encontrar respuesta al significado de la vida o a cómo aumentar los beneficios de la empresa—. Ese libro tuyo de Rappaport va a hacernos perder un montón de dinero.

—No va a hacernos perder un montón de dinero —terció Russell con irritación—. Puede que no llegue a los primeros puestos de las listas...

Whitlock soltó un bufido burlón.

—Nadie tiene interés en Nicaragua y nadie quiere saber cosas malas del simpático viejecito de la Casa Blanca.

—Si Harold lo apoyase, el libro iría bien.

—¿Qué has hecho para que ande tan cabreado contigo? —quiso saber Whit.

—Cumplir los treinta, o haberme cambiado de despacho… Yo qué sé.

Lo desconcertó oír hablar a Whitlock de sus problemas con Harold como si fueran un hecho consumado, sobre todo después de

la llamada de Solomon, que le había recordado lo poco que ganaba.

Cuando Whit se hubo despedido con un ademán taciturno, Russell recordó las reglas de conducta que su padre le había dado el día antes de irse a la universidad. Nunca pongas en peligro la reputación de una mujer, nunca acoses a los demás, nunca hables del dinero que ganas ni de lo que cuestan las cosas. Entre rastrillos, bolsas de herbicida y de semillas de césped en el garaje de Michigan, mientras cargaba en el coche el estéreo, los libros y la ropa, de pronto su padre se había puesto patriarcal; semejante fenómeno siempre los dejaba a los dos un poco avergonzados, como cuando el viejo le había hablado del sexo muchos años atrás. Russell lo había oído recitar aquellas reglas de oro con una caja de discos en las manos, sintiéndose incómodo. Más adelante repetiría aquellas máximas para la diversión de sus amigos, pero se había atenido a ellas. Ahora intentó ver la actitud de Zac con benevolencia, pero se sentía más avergonzado que nunca por el sueldo que cobraba, y deprimido ante el hecho de que los Zac del mundo se estuvieran haciendo ricos.

Si iba a ganar dinero, decidió, probablemente sería en la Bolsa. Necesitaba empuñar las armas que le ofrecía Duane: futuros y opciones. Si al menos tuviera algún capital... y entonces recordó la nueva línea de crédito que acababan de ofrecerle, cincuenta de los grandes. Podría invertirlos en jugadas a corto plazo. ¿Por qué no?

Donna irrumpió en el despacho con cara de pocos amigos.

—¿Voy a tener que aguantar a esa pija capulla de Carlton? A ver, yo creía que mi jefe eras tú. Si resulta que ella va a serlo también, entonces me largo.

—¿De qué coño estás hablando? —quiso saber él.

La rabia conseguía teñir de cierto rubor el maquillaje blanco de Donna. Se paseaba mientras hablaba, dos pasos para aquí, dos pasos para allá.

—Me ha dicho que me quitara esto... —y señaló su chapa de «Comámonos a los ricos»—. Dice que tú ya lo sabías. ¿Qué es esto?

¿Un puto colegio o qué? ¿Lo sabías tú? —Donna se plantó justo ante él y cruzó los brazos, desafiante.

Russell asintió con la cabeza.

—Me pidieron que te dijera que te quitases esa chapa.

—¿Quién? ¿Esa zorra rubia?

—Por favor. Fue Harold, en realidad.

—¿Y?

—Y yo hice caso omiso, claro.

—Vale, pero yo quiero saber quién es mi jefe.

—Por el momento, yo. Y en cuanto jefe tuyo te ordeno que sigas llevando la chapa.

10

—Voy a dejar de beber, en serio —anunció Corrine.

Russell movía el mando de la radio con una mano mientras sujetaba el volante del coche de alquiler con la otra, tratando de sintonizarla a la vez que intentaba ver algo en el cono blanco que proyectaban los faros.

—Creo que hay una buena emisora en Manchester —dijo—. Oye, como vamos a pasar cerca, a lo mejor podríamos hacerle una visita a tu viejo amigo Salinger.

—Russell, ¿no me has oído? He dicho que voy a dejar de beber.

—Ya te he oído. —Cuando dio por fin con unos acordes estridentes, añadió—: ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir lo que he dicho.

—¿Quieres decir que vas a dejar de beber? ¿Del todo?

—¿Por qué te niegas a entender lo que te digo?

—No creo que hables en serio. —La miró por primera vez desde que Corrine había declarado sus intenciones, parpadeando.

—¿Por qué no iba a hablar en serio?

—Siempre lo dices.

—Ya, pero esta vez va en serio.

—Muy bien.

Era domingo por la noche y volvían en coche a la ciudad desde Vermont. Tras un fin de semana esquiando, Corrine se sentía menos sana que nunca. La noche anterior habían compartido una gran cena con unos amigos que vivían cerca de Middlebury, una pareja de la época de la universidad. Los dos trabajaban para la Administración del Estado en Burlington, Jeannie como bióloga ambiental y Chip como defensor del consumidor. Trataban de adoptar un niño. Los fines de semana hacían alpinismo, piragüismo en aguas rápidas, esquí de fondo.

—¿Qué es esa música? —quiso saber Corrine—. Suena a algo que le gustaría a Jeff.

—The Cure —respondió Russell.

—¿La cura? ¿Para qué?

—Es el nombre del grupo, Corrine.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto.

—Bueno, pues yo no.

A Corrine le molestaba descubrir esas discrepancias en su mutuo conocimiento del mundo cotidiano, como si al hurgar en los bolsillos de Russell encontrara trozos de servilleta de papel con números escritos con lápiz de labios y notas crípticas. Llevaban cinco años casados, y habían salido de manera intermitente otros cinco... ¿cómo se las arreglaba para enterarse de esas novedades sin ella? ¿No llevaban la misma vida? ¿La llevaban de verdad? La noche anterior, sentados en la enorme casa llena de corrientes de aire, tomando vino y jugando al Trivial Pursuit, Corrine se había sentido llena de admiración y envidia por la vida que llevaban sus anfitriones, aunque al mismo tiempo no le parecía del todo real. Si ella no se sentía completamente feliz con su existencia en la ciudad, tampoco creía que esta otra, con estufas de leña y huertos, estuviera ya a su alcance. Dos caminos se bifurcaban en un bosque, y yo... yo ni siquiera me había fijado hasta ahora. Russell había recitado a Frost la velada anterior. «Ni muy lejos ni en profundidad.» Luego dos caminos más que se separaban, y dos más, y de repente ahí estás tú en... en ninguna parte, fingiendo que sabes adónde vas.

Esa mañana, cuando se habían despertado a las seis y media en la espantosa habitación para invitados de un blanco insoportable y sin cortinas, con resaca por culpa del chili vegetariano y el vino tinto barato, Russell insistió en que un Bloody Mary podría sentarles bien. Ay, no, nada rojo, por el amor de Dios. Antes muerta que algo rojo. De modo que ella se tomó un Destornillador.

—¿Por qué? —preguntó Russell volviendo a la vida tras kilómetros de silencio.

—¿Por qué qué? ¿Por qué voy a dejar de beber?

—Sí.

Había algo importante tras aquella decisión, pero la idea de explicarlo le resultaba agotadora.

—No lo sé. Solo por cuestiones de salud, básicamente.

Al cabo de otros quince kilómetros, por la carretera blanquecina de sal que se desenrollaba como una cinta gris entre paredes de nieve sucia y marronosa, Corrine se volvió hacia él.

—No te preocupes, no me daré aires de superioridad moral. ¿De acuerdo?

—Muy bien —contestó él—. Y trata de no resultar aburrida.

Las noches de los domingos eran las peores, se dijo Russell. Conduciendo con el mono de esquiar húmedo, con Corrine dormida ahora a su lado, notaba cómo lo acechaba el miedo familiar a medida que se acercaban a la ciudad, a la oficina y su agobiante sensación de reclusión, unida ahora a una nueva sensación de ansiedad con respecto a su relación con Harold. Sabía que era cuestión de tiempo. Había dejado pasar la ocasión propicia en Corbin, Dern. Tenía que actuar antes de convertirse en uno de esos editores sin futuro cuya carrera estaba moribunda a los cuarenta años.

Años atrás era el colegio lo que le daba miedo. Después de las torturas dominicales de los pantalones grises que picaban y las visitas a los parientes, siempre aparecía el fantasma de los deberes sin acabar y de algún chico que había prometido pegarle. Te pasas la infancia queriendo ser adulto y el resto de tu vida idealizando tu infancia. Los lunes. Se ponía en marcha el motor de toda la semana. Esa canción sobre el chico que llevó un rifle al colegio, abrió fuego sobre sus compañeros y luego, cuando le preguntaron por qué, dijo que no le gustaban los lunes. Te entiendo, tío. Una solución radical. Corrine también era un poco radical, como con esa nueva manía de volverse abstemia. ¡Si ya habían dejado de fumar, por el amor de

Dios! Fue dos veranos atrás, una pesadilla. Todo el mundo dejaba los vicios inadecuados. El nuevo puritanismo. Fuera con la pereza, la glotonería, las drogas divertidas. El narcisismo, la ciega ambición y la avaricia, en cambio, estaban libres de efectos colaterales o secundarios, por lo menos en esta vida, ¿y quién contaba ya con que hubiera otra?

Corrine levantó la cabeza, miró la monótona carretera.

—¿Dónde estamos? —quiso saber.

—En la autopista de Taconic.

—¿Todavía me quieres? —preguntó, soñolienta.

—Déjame que lo piense.

—Venga, Russ.

Él no entendía por qué exigía una confirmación verbal cada pocos días.

—Sí, creo que te quiero.

—¿Cuánto?

Era un juego entre ellos, pero no iba del todo en broma. Russell sujetó el volante entre las piernas y separó las manos todo lo que pudo dentro del coche.

—Así, más o menos.

—Muy bien.

Corrine se apoyó en su regazo y volvió a quedarse dormida, y al cabo de un rato se despertó con la linterna de un policía en los ojos y una luz azul encendiéndose y apagándose en el espejo retrovisor; la segunda multa por exceso de velocidad en tres días.

—Russell, ¿por qué vas siempre tan deprisa?

—Porque siempre oigo que me persigue a toda velocidad un coche fúnebre con motor turbo-inyección.

—No es verdad, tú ni siquiera crees en tu propia mortalidad. Te comportas como si fueras a vivir siempre. —Había estado esquiando en ese plan todo el fin de semana, a toda velocidad, y en una ocasión había sufrido una caída espectacular: quedó espatarrado sobre un montículo, con la nieve que había levantado depositándose

como una nube de humo sobre su colorido cadáver. La luz azul continuaba lanzando destellos amenazantes detrás de ellos.

—Hay que obligarse a creer que no vas a morir, porque si no te sentirías muy mal.

—Si uno no fuera consciente de que esto podría terminar en cualquier momento, no podría valorarlo adecuadamente. A mí me preocupa a veces que no sientas las cosas con suficiente profundidad.

—Es la división del trabajo. Ya las sientes tú por mí. —Russell le apretó la rodilla y oyeron al policía cerrar de un portazo el coche patrulla y volver hacia ellos por el arcén de la carretera—. Intenta no tomarte las cosas tan en serio todo el tiempo.

—¿Por qué no lo intentas tú? —respondió ella—. Solo por una vez.

A Corrine le pareció que solo habían transcurrido unos minutos desde entonces cuando ya estaba en la oficina, el lunes por la mañana, y tenía la mano en el auricular del teléfono.

Durante un instante se quedó completamente en blanco, sin conseguir recordar a quién iba a llamar ni qué acababa de hacer, y entonces oyó la voz de Duane Peters a unos palmos de distancia:

—Estoy seguro de que esas acciones valdrán el doble antes de que termine el año... No, olvídate de eso. De Biotech no te conviene saber nada. Da gracias a tu buena estrella de que consiguiera librarte de ella a tiempo. Aquello era Dunquerque. Cadáveres por toda la playa. Lo que pasa ahora son unas vacaciones, en comparación. Te estoy llamando a ti primero que a nadie...

Oír lo que decía Duane la puso todavía más triste. Con la cara verdosa por el resplandor de su Quotron, Corrine bajó la vista hacia la lista de nombres que tenía delante: notarios de la zona metropolitana. A los notarios costaba venderles valores: eran conservadores, estrictos, y creían saber de qué iba la cosa.

Empezó con Ablomsky, Leon. Contestó una mujer de voz áspera y quejumbrosa.

—Por favor, ¿podría hablar con el señor Ablomsky?

En el otro extremo de la línea se produjo un silencio.

—Oiga, ¿está el señor Ablomsky? —Como seguía sin haber respuesta, añadió—: Soy Corrine Calloway, de Wayne, Duehn. ¿Volverá más tarde?

—No. —Una sílaba ahogada.

—¿No va a volver hoy?

—Murió hace quince días.

Corrine notó que un escalofrío le recorría la columna vertebral y le llegaba hasta la punta de las orejas, como si desde Brooklyn soplara un viento frío a través del auricular.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento —dijo, pero después de eso se sintió incapaz de hablar o colgar.

El silencio del otro extremo de la línea dio paso a un suspiro que terminó en sollozo. Cuando la señora Ablomsky empezó a hablar, su voz sonó seca y quebradiza, como una vieja carta recuperada y conservada después de una estación de lluvia y nieve.

—Nos ha dejado. Le asesinaron. Íbamos a la ciudad una vez al mes..., una vez al mes nos vestíamos bien y subíamos al metro... él llevaba su chaqueta marrón... fuimos a Macy's... y entonces un chico apareció a nuestras espaldas y me arrancó el bolso... Aquello fue demasiado para Leon. Ya había tenido un ataque al corazón. Se desplomó en la acera...

—Oiga... yo… lo...

—Treinta y dos años juntos... Lo siento, quizá no debería, pero estaba pensando... en su voz, una voz de chica joven pero seria. Quiero decir que no parece estúpida. ¿Fuma usted? Suena como si fumase.

—Fumaba, pero lo dejé.

—Eso está muy bien. Me alegro. No vuelva a fumar.

Empezó a sollozar otra vez.

¿Qué podía decir Corrine?

—¿Qué dijo la policía?

—¡La policía! ¿Qué saben ellos?

—¿Está usted... bien? ¿Puedo hacer algo por usted?

—Era un buen marido y un buen sostén económico. Acababa de comprarme unos guantes nuevos en Macy's, me los puse en la tienda. Solíamos ir a Gimbels... bueno, antes de que lo cerraran... A Leon le molestó mucho que cerraran Gimbels, se lo tomó muy a pecho...

Con los faldones de la camisa por fuera y los cordones de los zapatos sin atar, Jeff apareció en el despacho de Russell con pinta de acabar de levantarse. Tenía la camisa más arrugada que de costumbre, el cuello abierto, las rodillas asomando de los tejanos rotos. Solo la americana azul cruzada proporcionaba una escasa nota de formalidad. Ajustándose la gorra que llevaba, en la que se leía «Sálvame de lo que quiero», se dejó caer en el sofá y cogió el *Post* de encima de la mesa de Russell.

—«Un felino salvaje aterroriza a la ciudad» —leyó.

—¿Quién es este tipo? —le preguntó Russell a Donna.

—La persona que has citado para almorzar.

—De hecho, soy tu vale para el almuerzo —corrigió Jeff.

Washington Lee salía de su despacho para ir a almorzar con un agente cuando su secretaria le comunicó que llamaba Donald Parker. La hora del almuerzo, o mejor las dos horas y media del almuerzo, ya habían empezado, en opinión de Washington, pero Donald Parker no llamaba todos los días. Afortunadamente.

—Hablaré con él —confirmó, regresando con paso cansino a su despacho—. Donald. ¿Cómo te va, amigo mío?

—Washington, el caso es que… creo que deberíamos hablar un poco de que no te ajustas a lo previsto, no te ocupas de los tuyos.

—¿De qué hablas?

—Hablo de que tu empresa no publica literatura afroamericana. Hablo de que un respetado escritor afroamericano fue insultado y amenazado con un arma en tu mismísimo despacho, hermano.

—No me vengas con gilipolleces, ese negro es un puto tarugo. Entró por las buenas en mi despacho y me amenazó.

—No es así como me han contado a mí la historia.

—Pues te habrán contado mentiras.

Por muy indignado que se sintiera Washington, también estaba nervioso. Parker era un activista con un sentido hiperactivo de la injusticia social; el negro vengador. Washington mantenía un distante contacto con él, y aunque procuraba no decirlo delante de sus amigos blancos, admiraba ocasionalmente el teatro guerrillero que montaba el abogado en los medios. Siempre que uno de los suyos cometía algún delito espectacular, la foto de Parker aparecía en los periódicos del día siguiente con arrugas de preocupación en la frente y la calva y una mueca de enfado emergiendo de la barba, rodeado por un grupo de partidarios suyos con pinta de cabreados. Si el acusado era negro, se convertía en su defensor a ultranza, en azote de la policía y la acusación, y se mostraba escéptico con respecto al sistema legal; siempre que un negro parecía víctima de la violencia de los blancos, exigía irrevocablemente justicia inmediata y dura. Parker era capaz de reunir a un millar de partidarios suyos en la calle por un simple epíteto racial. Incluso si no te caía bien, no ganabas nada con decirlo. Washington enviaba un talón a su organización juvenil todos los años.

—Tampoco ha sido tan grave —añadió Washington tranquilamente—, y no tiene nada que ver con el color de su piel.

—Todo tiene que ver con el color, Lee. Por ejemplo, si tú no fueras negro, Jamal te demandaría por asalto con un arma de fuego, pero lo convencí para que dejara pasar la cosa porque a fin de cuentas eres un hermano.

—Era una pistola de agua. De color gris, creo recordar.

—Eso dices tú.

—Ese hermano no sabe escribir, Donald, y es una incapacidad que comparte con la mayoría de la jodida población. Eso es todo. Fin de la historia. Triste pero cierto.

—Puede que tus opiniones estén un poco coloreadas, o quizá debería decir desteñidas, porque te pasas el día en compañía de esos blancos trajeados. Por lo que me han contado, nunca tienes tiempo para la gente de color. Da la sensación de que olvides tus obligaciones.

—No gané unas elecciones para desempeñar este puto trabajo. Me contrataron por mi capacidad. No creo haberte visto dándome ánimos durante la entrevista.

—Puede que no. Pero de no haber sido por Malcolm y Martin y muchos otros, no te habrían dejado ni cruzar la maldita puerta. La pura verdad es que te contrataron como el mayordomo negro de la casa. Y tienes que responder ante tu gente. Tenemos una lista de exigencias —concluyó Parker.

—Yo creía que los editores llevaban a los escritores de éxito al Four Seasons y sitios así —comentó Jeff paseando la vista por el restaurante de la calle Dieciocho.

—No te dejarían entrar. Pero estoy seguro de que tus amigos del cine te llevarán al Russian Tea Room si se lo pides amablemente.

Jeff consiguió finalmente echarle el anzuelo a la camarera con su mirada fija e intensa, y pidió un Bloody Mary. Russell declinó acompañarlo; pensando en lo que había dicho Solomon, se fijó en la cara macilenta de Jeff… ¿o serían solo imaginaciones suyas?

—Me han dicho que te vas a Los Ángeles esta semana —dijo Russell, percibiendo también una nota de irritación en su propia voz. ¿Le molestaba haberse enterado por otra persona o la idea en sí? Le gustaba pensar que era mejor que esos fundamentalistas literarios para los que trabajar para el cine equivalía a la condenación.

—Llámame Fausto —dijo Jeff.

—Oye, yo no digo que sea mala idea. Así saldrás de Nueva York. Podrás tomar un poco el sol.

—¿Comprarías tú un libro de un escritor bronceado?

—De Hemingway, sí —dijo Russell.

—Hemingway no cuenta.

—Bueno, ¿cómo va todo? —preguntó Russell, lanzando una gran red con las mallas lo suficientemente grandes como para dejar escapar cualquier idea desagradable. Russell se atenía al principio de no preguntar a Jeff sobre su obra; cuando la tuviera lista ya se la enseñaría. Ambos creían que hablar demasiado sobre un libro podía acabar con él. Russell tenía miedo de que Jeff no estuviera escribiendo, pero no podía preguntárselo así sin más.

—De maravilla.

Entre ellos había una delicada etiqueta de estoicismo masculino que solo suspendían en momentos de tensión emocional o ebriedad extremas, dos situaciones que a menudo coincidían. Russell hizo lo que estaba en su mano, que era atenerse a las formas del ritual que los aislaba de las emociones exageradas.

—Creo que tomaré esa copa —dijo Russell.

—Serás animal…

Treinta manzanas al sur de allí, Corrine estaba sentada a una mesa de un café griego con la señora Ablomsky. Corrine había llegado pronto; dejar que la señora Ablomsky llegara antes que ella habría equivalido a confirmar su creencia de que la cita era un capricho del que Corrine se arrepentiría, de que una chica con una voz tan refinada y que trabajaba para una importante agencia de corredores probablemente tendría un millón de citas más, de que surgiría algo en el intervalo entre la invitación a almorzar a una viuda entrada en años y el momento en que cogiera el metro desde Brooklyn, aunque lo entendería perfectamente y se limitaría a tomar un plato de sopa y un poco de queso y puede que subiera con el metro a ver a los

patinadores del Rockefeller Center, algo que a Leon tanto le gustaba hacer.

Y de hecho, a Corrine le entraron dudas en cuanto hubo colgado; no conseguía imaginarse diciéndole a nadie que iba a almorzar con una viuda afligida a la que había sorprendido sin querer en una llamada a puerta fría. Antes de las once y media empezó a marcar el número para cancelar la cita en tres ocasiones, pero no le pareció que pudiera soportar oír aquella voz diciendo: «No importa. Lo comprendo».

Cuando llegó, Corrine paseó atentamente la vista por el café, en el que al menos había cinco candidatas que encajaban en su idea de viudedad. Entonces se abrió la puerta de detrás de ella, y una mujer que no era ni por asomo lo bastante vieja o decrépita ladeó la cabeza y le susurró:

—¿Es usted Corrine?

Llevaba un visón, que pese a no ser de última moda y del color adecuado, pues las mujeres jóvenes, incluida Corrine, compraban abrigos en tonos oscuros y hasta debajo de la rodilla, sí era de evidente calidad y le sentaba muy bien. Tenía una cara angulosa, pero no desagradable, de ojos brillantes y solo un poco hundidos. Corrine estuvo a punto de decirle: «Debe de haber sido muy guapa».

Se dieron un torpe apretón de manos y se sentaron en un reservado, donde ambas se quitaron el abrigo con cierto esfuerzo y lo doblaron cuidadosamente, se alisaron la falda y dejaron el bolso a un lado. Cuando Corrine le dio unas palmaditas al suyo por segunda vez, exactamente lo mismo que hacía la señora Ablomsky, las dos reconocieron su incomodidad riéndose y encogiéndose de hombros.

—Puedes llamarme Muriel —dijo la señora Ablomsky—. Probablemente piensas que esta es la cosa más rara en la que te has metido nunca.

—No, no...

—Me hago cargo. Da lo mismo. Pero, para mí, quedarme todo el día en esa casa... Bueno, no tengo nada que perder.

—Debe de ser…

Muriel asintió con la cabeza.

—Pues sí, lo es. —Pareció perdida en sus pensamientos, y Corrine se sintió obligada a permanecer en silencio hasta que volvió a surgir de las profundidades de su ensueño—. ¿Pedimos ya? —dijo por fin, alzando la vista y sonriendo.

—Estupendo, sí, vamos a pedir —contestó Corrine, abriendo la enorme carta con funda de vinilo como si fuera algo que se moría por leer desde la época de la universidad.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Russell, masticando la carne mientras el kétchup le goteaba entre los dedos.

—Catálogos. Me he suscrito a todos. Resulta asombroso lo que uno puede comprar en este país. Un despertador que proyecta un rayo de luz en el techo para que puedas ver la hora sin necesidad de levantar la cabeza. Camas ortopédicas para perros, bolsas de golf de cocodrilo. —Las costillas de cordero de Jeff se le enfriaban en el plato mientras terminaba la copa—. De hecho, estoy leyendo a Cheever.

—La angustia en los barrios residenciales —dijo Russell con tono despectivo.

En otro tiempo le había gustado Cheever, pero desde que lo habían canonizado consideraba que su obligación era llevar la contraria a la opinión general. En cuanto miembro de la clase media blanca y culta, tendía a infravalorar a los de su propia especie siempre que se los encontraba en la literatura.

—¿Crees que la verdad y la belleza son exclusivas de los tugurios apestosos y de las estepas batidas por vientos gélidos, de los bazares y las trincheras? Las puertas del cielo y del infierno se abren ahí mismo en el patio trasero, tío.

A Russell, aquello le sonó como si Jeff expusiera argumentos en defensa de sus propios relatos.

—Aparte de eso… no sé. Últimamente tengo problemas para leer. Hay algo tan... Bueno, uno tiene que quedarse sentado en un sitio, ¿no? Me parece un acto falso, y no me refiero únicamente a las

cosas malas. Me refiero a sentarse, al modo en que el lenguaje te implica enseguida en la mentira. «Abril es el mes más cruel.» ¿Sí? Menuda gilipollez. ¿Y qué coño pasa con febrero? Pero una vez que empiezas, ya estás metido en el asunto; la retórica te domina, ¿entiendes a lo que me refiero? —Cogió una costilla de cordero por el hueso y la agitó tres veces en dirección a Russell como una batuta.

—La verdad es que no tengo ni puñetera idea.

—Una vez oí una anécdota sobre una conferencia de J. L. Austin —prosiguió Jeff después de volver a dejar la costilla en el plato y limpiarse las manos—. El filósofo del lenguaje. Austin estaba hablando en un sitio, soltando el rollo sobre algo, y entonces dice: «Es interesante observar que, mientras que en la mayoría de idiomas dos negaciones suponen una afirmación, nunca sucede que dos afirmaciones den como resultado una negación.» Y entonces, desde el fondo de la sala, un tipo suelta, con tono de burla: «Sí, sí.» Yo estoy de acuerdo con él... con ese tipo. Yo también digo: «Sí, sí.»

Tomando un Bloody Mary en el Grill Room del restaurante Four Seasons, Washington fingía escuchar al agente que intentaba colocarle un libro. Aunque aquel no era su ambiente, tampoco lo hacía muy feliz la posición de la mesa que ocupaban en el centro de la sala, justo donde en el mapa habría figurado Nebraska; las mesas de la gente importante eran las que se alineaban junto a las paredes, de cara adentro de modo que los jugadores pudieran verse las caras. Harold Stone y los demás peces gordos.

No hacía falta decir que no había muchos hermanos de color ahí en el Grill Room, una especie de estrado con paneles de palisandro y sin columnas ni decorados que dificultaran la visión de las entradas y salidas de los tipos blancos más importantes. Un local limpio y bien iluminado para hacer negocios, pero Washington no podía concentrarse en el que se traía entre manos, y tampoco en la carta de vinos, con Donald Parker rondándole la cabeza. Parker iba a

armarle un lío de cojones, y eso lo ponía furioso. A Russell nadie andaba dándole caña para que defendiera la causa de los blancos. Parker quería una proporción de libros escritos por y sobre estadounidenses negros, y quería más personal; había puesto la mira en Corbin, Dern debido a su prestigio, y debido a los supuestos malos tratos al lunático que había irrumpido en el despacho de Washington. Ahora, a Washington le tocaba tratar de convencer a la dirección de que las exigencias de Parker eran razonables, o si no tendría a aquel hijoputa encima hasta que terminara consiguiendo que pareciera un lacayo de los blancos. Ni siquiera en el mundo inmaculadamente blanco de la edición, o en especial en el mundo inmaculadamente blanco de la edición, podía permitirse Washington perder su prestigio y su posición. Sus colegas en el mundo editorial lo consideraban sensato y dueño de una sangre fría fabulosa. Lo último que necesitaba era que se pusiera en duda su programa. Si los hermanos empezaban a armar lío y a acusarlo de venderse a los blancos, quizá hasta tendría que llegar a la oficina a la hora que tocaba.

—Supongo que las chicas de hoy no habéis tenido que pasar por lo que pasamos nosotras. Antes odiaba hacer lo que tú ya sabes, y luego, cuando por fin le cogí el gustillo, él ya no tenía ningún interés. Me sentí estafada, te lo aseguro. Una nunca para de echar eso de menos. Pero, al cabo de un tiempo, el matrimonio se convierte en otra cosa.

La conversación había cambiado de tono en medio del pollo rebozado de Muriel, y los intentos de Corrine por consolarla llevaron a que la viuda la aconsejara sobre el matrimonio.

—Ojalá hubiéramos tenido hijos —dijo Muriel—. ¿Pensáis tenerlos vosotros?

—Confío en que sí.

—No esperes demasiado, querida.

—Yo estoy dispuesta, pero él no.

—Entonces dale una sorpresa.

No podía hablarle a Russell de aquel almuerzo, por supuesto. No haría sino confirmar ciertas ideas que tenía sobre ella, lo que él llamaba su síndrome de la madre Teresa.

Mientras seguía con la vista a la camarera que se dirigía a la cocina, Russell preguntó:

—¿Qué fue de aquella chica que trajiste a nuestra casa el día del cumpleaños de Corrine? La modelo, aquella con...

—Siguió la cuesta abajo que siguen todos los seres humanos.

—¿Murió?

—No, se pasó de moda. Tuve que cambiarla por una modelo nueva.

—Dios, cuánto te odio —soltó Russell con tono de admiración—. ¿Podrías prestarme tu vida durante un tiempo?

—¿Quieres un intercambio?

—¿Y tú?

Jeff dejó escapar un tembloroso anillo de humo entre los labios fruncidos.

—Naturalmente. —Esa era una de las cosas que Russell echaba de menos de fumar, el modo en que podía utilizarse para subrayar las palabras y puntuar las frases—. Siempre creí que el escritor serías tú —añadió Jeff—. Eras mejor que yo.

—No me gusta lo suficiente el riesgo. Además, nos casamos. —Russell pensó en ello y negó con la cabeza—. A veces desearía haber esperado un poco más, haberme arriesgado. —Tenía la sensación de que Jeff entendería que le estaba confiando sus anhelos: la idea de que la vocación de escritor iba unida a determinada actitud de jugarse el todo por el todo, al rechazo categórico a admitir o aceptar las convenciones.

Siempre que pensaba en el camino que no había seguido se imaginaba como Dylan Thomas o Scott Fitzgerald o Hunter Thompson, nunca como un profesor universitario con plazos del

coche por pagar, aunque esta última era la forma más probable que adoptaba la carrera de un literato estadounidense contemporáneo.

—Si esperas demasiado, te echas a perder —sentenció Jeff.

Sonaba a algo que podían haber dicho en la universidad, pero ambos tenían ya más de treinta años, y Russell al menos había desechado algunas de sus ideas juveniles más extravagantes. La visión trágica, la postura rebelde se habían vuelto menos defendibles. Últimamente pensaba que Jeff se tomaba demasiado en serio en cuanto personaje y no lo bastante en serio en cuanto escritor, pero no quería cabrearlo diciéndoselo. Y tenía la vaga sospecha de que Jeff desempeñaba un papel vital en su propio ecosistema, siguiendo el camino que no había seguido Russell y ahorrándole por tanto el viaje a su mejor amigo.

De vuelta a la oficina, Russell recibió una llamada de Corrine.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

—Solo quería saber cómo te iba. ¿Qué tal?

—Bien, creo.

—Russ, me moriría si te pasara algo.

—¿A qué viene eso?

—No lo sé... de repente me ha dado miedo pensarlo.

—No tienes por qué temer nada, Corrine.

—Eso no es verdad... mira a tu alrededor.

El divorcio de sus padres, pensó Russell, había vuelto a Corrine un poco apocalíptica. Una vez que la hubo tranquilizado, colgó. Entró Donna con el correo de la tarde y se lo dejó encima de la mesa.

—¿Has visto que Harold se ha cargado de un plumazo a tu poeta genial? —dijo la chica señalando el manuscrito de encima del montón, que llevaba una nota de Harold.

Aunque abandonar su propia poesía supuso devaluar su importancia en general, Russell aún sentía por ella una especie de afecto, una admiración culpable. El libro de poemas en cuestión le pareció el mejor que había visto en años, y tenía un acuerdo tácito

con Harold para poder publicar un volumen al año o así. O por lo menos creía tenerlo.

La nota de Harold decía: «Probablemente sea lo suficientemente bueno como para que se publique, pero no veo la necesidad de que lo hagamos nosotros».

Aquella noche, Russell le contó a Corrine lo que decía la nota.

—Voy a tener que buscarme un nuevo empleo.

—Conseguirás uno mejor.

—Y encima está Jeff —añadió Russell, negándose a que lo consolaran—. Está de un humor rarísimo. —Estaban sentados en el suelo delante del televisor, con los platos en la mesita baja.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —Corrine dejó el tenedor con el que acababa de enrollar un poco de pasta y lo miró—. ¿Te vas a comer con tu mejor amigo y no sabes lo que le pasa?

—Ya te he dicho que está de un humor muy raro. Uno no tiene que entrometerse necesariamente en el estado de ánimo de los demás, Corrine. —Se sirvió más vino en la copa y miró lo que quedaba en la botella—. Si de verdad sigues empeñada en no beber, acabaré liquidando yo solo la botella entera todas las noches.

—El corcho también sirve para taparlas. —Corrine lo cogió y lo levantó, enseñándoselo a Russell—. Puedes ponérselo y guardar lo que quede para otro día.

—No sabe igual.

—¿Qué le pasa a Jeff? ¿Qué te ha dicho?

—Se ha quejado de lo rastrero que soy. Muy sensible y poético por su parte.

—No puedo creer que tu mejor amigo tenga un ataque de nervios y ni siquiera hables de eso con él.

—No tiene ningún ataque de nervios. Solo está cansado. Su libro no va bien. A mí tampoco me va bien en el trabajo, y no gano

ni la mitad de dinero que él. ¿No te das cuenta de que ganó doscientos mil el año pasado? A mí no siempre me apetece ir a trabajar, pero voy. Jeff va a tener que decidirse a trabajar también.

—Madre mía, no me lo creo. —Corrine tenía el tenedor a medio camino entre el plato y la boca, y se apartó un poco de él como para mirarlo mejor—. ¿Sabes a quién suenas exactamente igual en este mismo momento? Me refiero a lo último que has dicho.

—¿A quién?

—A tu padre.

Russell comprendió que Corrine tenía razón, aunque no le gustó nada que fuera ella la que hiciese aquella observación tan justa.

Ella se dijo que aquello tenía su encanto; lo que de verdad la asustaba era cuando Russell le recordaba a su propio padre.

—También tienes un poco de tripa —le dijo Corrine, dándole una palmadita en la barriga.

Él le apartó la mano.

—Solo porque estoy sentado.

—Sí, y si yo estuviera colgada del techo boca abajo tendría las tetas más grandes. —Luego añadió—: Yo también trabajo, ¿sabes? Y he tenido un día jodido. Además he tomado esa gran decisión respecto a mi salud a la que estoy tratando de atenerme, y podrías apoyarme un poco en ella.

Russell la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Los dos necesitamos unas vacaciones. Una semana más y estaremos en la playa de Colombier. —Señaló el televisor con la cabeza—. ¿Qué es esta mierda que estamos viendo?

—Me he traído un vídeo. *Hannah y sus hermanas*.

Russell hizo una mueca.

—Angustia en los áticos de lujo.

Corrine puso en marcha el vídeo.

—Tuvo críticas muy buenas.

—Exactamente por eso. ¿Qué pasa con *Terciopelo azul*?

—Ya la has visto cinco veces.

A mitad de la película, ella dijo:

—Si te acostaras con mi hermana...

—Solo es una película, Corrine. —Siempre que veían una película sobre adulterio, Corrine se volvía taciturna y desconfiada, imaginando la posibilidad. En parte para distraerla del tema, Russell se quejó de los grandes apartamentos de la película—. Eso es lo que más me molesta de Woody Allen. Mira eso, todo el mundo vive en pisos de dos millones de dólares sin que se sepa cómo se ganan la vida. Aquí sale un artista que se muere de hambre, ¿o no?, y tiene un loft en el Soho del tamaño del Shea Stadium. —Miró la pantalla, como hacía muchas veces, a través de un telescopio improvisado que hasta poco antes vivía en el seno de un rollo de papel de cocina.

—Russell, no hagas eso, vas a estropearte la vista. Sabes que me molesta mucho y lo sigues haciendo.

—Hace que la cosa resulte más interesante —explicó él.

—Retraso en el desarrollo —dictaminó ella. Russell tenía, decidió, ciertas cosas de niño de diez años. Si había algo que recordara remotamente a un sombrero en una habitación, tarde o temprano Russell se lo ponía en la cabeza.

A Corrine unas veces eso le gustaba, y otras no, dependía. Al principio a uno le gustan todas las idiosincrasias de la persona amada; luego, una a una, se vuelven ligeramente molestas.

Una hora después, tras haberse acabado la botella de vino, Russell estaba dormido, con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, la boca abierta, como un pajarillo que tratara de conseguir alimento del cielo. Por desgracia, a Corrine le recordó a su propio padre, un hombre que también tenía tendencia a quedarse dormido delante del televisor. Se había largado por fin después de que Corrine empezara la universidad, pero ya llevaba años muerto.

Al igual que la ciudad que la rodeaba, Corrine estaba totalmente despierta. Apagó el vídeo y oyó una sirena en la Segunda Avenida, bocinas, voces y música. Fue hasta la ventana y observó las luces, como estrellas, cada una un mundo diferente. Si avenida abajo

alguien en aquella enorme torre nueva estuviera mirando hacia el norte y viera su luz, ¿qué pensaría? No pensaría nada.

Sintió cierto pánico, no muy segura de si habría un sitio para ella en esa galaxia gélida, ni siquiera si ella misma existía en aquel preciso momento.

—Russ, despierta —dijo, sacudiéndolo del brazo.

Él bostezó, negó con la cabeza y se levantó.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué pasa?

Corrine se sintió tonta, pero un instante antes había tenido la sensación de que estaba a punto de desaparecer.

—Nada —contestó, apretándole la mano y buscándose en los ojos de él.

11

—Bueno, qué tal tiempo hace ahí —quiso saber Zac Solomon con cierto placer morboso cuando telefoneó a Russell a Manhattan para insistir en su oferta de trabajo.

Cuando los productores, agentes, abogados, directivos, promotores y ejecutivos de California llaman a sus colegas, clientes, amantes y víctimas de Nueva York en invierno, mencionan inevitablemente esa cuestión del clima: imaginan una dura lucha contra elementos árticos hostiles, como si nunca hubieran oído hablar de calefacción central o de ropa de lana, y a sus pobres primos del nordeste tiritando en torno a hogueras en cavernas llenas de humo, royendo huesos helados en busca del tuétano. Todas las estadísticas confirmaban que las filas de quienes llevaban tan elemental nivel de supervivencia estaban aumentando de verdad, pero para Russell, Corrine y su clan las estaciones de Nueva York eran algo en cierto modo abstracto, que tenía más que ver con el ciclo de vacaciones, los años fiscales y la moda, que con la naturaleza.

Con todo, llegaba un momento de febrero en que el cielo gris parecía tan bajo que le cepillaba el pelo a uno, la nieve fangosa te cubría la puntera de los zapatos y daba la sensación de que te estiraran la piel seca de la cara para curarla y hacer con ella cuero para guantes. Hasta el amor parecía viejo y gastado, blanquecino y quebradizo por la sal como los zapatos. Era en un día así que los recién llegados a la ciudad llamaban a una agencia de viajes y los que llevaban tiempo allí blandían ya billetes a islas cálidas.

Russell y Corrine tenían su isla favorita, donde alquilaban una casa durante una semana. El abuelo de Corrine había tenido una finca allí, y aunque la había vendido años atrás, Russell y Corrine volvían todos los años desde su viaje de novios. Durante la mayor

parte de su historia, la isla había sido un secreto fortuito: habitada primero por los suecos y luego por los bretones, refugio de piratas, contrabandistas y navegantes que surcaban los mares, con un campo de fútbol que hacía las veces de pista de aterrizaje para los infrecuentes vuelos chárter. A ellos les gustaba el hecho de que hubiera pocos norteamericanos, que los colonos y visitantes franceses no fueran demasiado franceses, que no hubiera demasiadas estrellas de rock ni grandes hoteles ni casino. Durante su luna de miel habían alquilado una casita con un solo dormitorio. Posteriormente empezaron a llevar amigos y a alquilar sitios más grandes; el año anterior, a Corrine le había dado la sensación de que aquello se parecía mucho a Nueva York, con nueve amigos suyos y una buena bolsa de hongos alucinógenos en lo que de repente se había vuelto la temporada alta, por lo que hizo que Russell le prometiera que ese año irían solos.

Hacia mediados de marzo, cuando más falta les hacía a ambos, embarcaron en un 747 en el aeropuerto Kennedy, llevando ropa ligera debajo de los abrigos de invierno. Mientras pasaban junto a una terminal de carga vieron dos coches de la policía a toda pastilla tras una furgoneta roja, que esquivó una carretilla elevadora y derrapó al meterse tras un hangar, o más bien fue Corrine quien vio todo eso, pues Russell, como de costumbre, iba leyendo; la furgoneta desapareció antes de que él consiguiera verla. Unas horas más tarde se encontraban en St. Maarten, donde el calor y los rayos del sol, en cuanto bajaron a la pista, parecieron consumir la capa de ansiedad que arrastraban desde Nueva York. Se subieron a un pequeño bimotor, donde se cogieron de la mano mientras miraban a través de la ventanilla el agua verde azulada y moteada por las manchas de un verde más oscuro de los arrecifes, y Corrine vio cómo empezaba a distinguirse la islita, el lomo dentado de un dinosaurio verde que se elevaba sobre el agua azul. Debajo de la temblorosa ala del avión, en la parte exterior del puerto, había anclado un gran yate de color vainilla, con los veleros más pequeños que navegaban respetuosamente a su alrededor dando una idea de

su tamaño. Una antena parabólica miraba al cielo desde la cubierta superior, de la que también surgían más antenas.

—Mira eso —le dijo a Russell, pero de repente el avión descendió como un halcón lanzándose sobre una presa en dirección a la corta pista pintada en una franja de arena entre un rocoso acantilado y el mar.

Todo seguía igual, incluidos los pequeños y cómicos jeeps, que eran el principal medio de transporte; alquilaron uno en el aeropuerto y fueron hasta la casa en la que habían pasado su luna de miel, tres habitaciones y una terraza que daba a una ladera escarpada desde la que se veía una bahía poco profunda y el Caribe más allá.

—Me había olvidado de lo escarpadas que son las laderas —dijo Corrine.

—Es una isla volcánica—explicó Russell cuando doblaban la última curva muy cerrada hacia la entrada. A ella le gustaba que él supiera esas cosas.

—¿Por qué no vivimos aquí? —preguntó Corrine aquella noche en un restaurante de la ciudad que ya conocían. El camarero era un estadounidense de más o menos su misma edad que había llegado allí como parte de la tripulación de un velero y se había casado con una francesa que conoció en un bar del puerto. Aunque era de Nueva York, ahora lucía una bronceada serenidad tropical.

—Porque ninguno de los dos somos ricos de nacimiento —dijo Russell, muy contento con su segunda piña colada, sintiéndose un poco desnudo por estar en un restaurante en manga corta y sin chaqueta. No era un entusiasta del ocio, y había convertido en un oscuro principio la idea de que una cena fuera de casa exigía una chaqueta deportiva, aunque no necesariamente corbata, y era una victoria de Corrine que esa noche hubiera salido sin ella—. Que yo sepa no nací rico y tu puñetero abuelo donó todo su dinero. Sigo sin entender por qué tuvo que donarlo todo. —Antes habían pasado junto a la antigua finca de los Makepeace y Russell sentía su pérdida como si fuera reciente.

—Ya te lo conté. Estaba furioso con mi padre por haberse casado con mi madre. Y aborrecía a sus parientes políticos de la isla. Cuando George Wallace intentó evitar que aquel chico negro ingresara en la Universidad de Alabama, decidió donarlo todo a esa universidad para negros que estaba a menos de dos kilómetros de la casa familiar de mi abuela.

A pesar de la preferencia de Corrine por esa pintoresca versión, que hacía parecer a su abuelo simplemente excéntrico, Russell sabía que la familia de Corrine, por el lado paterno, tenía una tradición de filantropía patricia, y se enorgullecía indirectamente de ello. Con todo, no entendía por qué el abuelo no había conservado su casa de vacaciones de la montaña.

—Podríamos encontrar trabajo aquí —dijo Corrine—. Nueva York me parece un sitio espantoso ahora mismo.

—Estaríamos muertos de aburrimiento antes de un mes.

Aunque su idea resultara imposible, ella no entendía por qué Russell tenía que ser tan brutalmente realista. ¿Por qué no podía bastarle con su compañía? Pero Russell parecía echar de menos la agitación de Nueva York, los amigos y las conversaciones sobre el trabajo; había sido idea de Corrine que ese año vinieran solos, sin Jeff, Washington y los demás.

Corrine le preguntó al camarero por el gran yate anclado en la bocana del puerto.

—Es el Feadship de doscientos seis pies de J. P. Haddad. Lleva quince días ahí anclado. Nunca atraca aquí.

—¿J. P. qué? —preguntó Russell.

—Tienes que haber oído hablar de él —dijo Corrine—. Es el amo de medio mundo.

—Lleva tres años sin bajar a tierra firme —insistió el camarero —. Se limita a navegar entre las islas comprando y vendiendo empresas por radio. Uno de sus hombres estuvo aquí hace unas noches, y dice que tampoco sale nunca de su camarote. Tiene una tripulación de diecinueve hombres, y ninguno de ellos lo ha visto nunca. Pesa unos cuarenta kilos y está blanco como un cadáver.

Durante la semana siguiente oirían más cosas sobre el señor J. P. Haddad, pocas de ellas probables o verificables. Lo único seguro sobre Haddad era lo que poseía, partes enormes de importantes empresas estadounidenses. Corrine recordaba haber oído que su reclusión náutica se había reforzado después de la detención de Ivan Boesky, y que los agentes federales tenían una orden de arresto contra él si pisaba Estados Unidos. En la isla se decía que por las noches bajaba furtivamente a tierra disfrazado. Se contaba que una famosísima estrella de cine vivía a bordo con él. Una pareja de jóvenes gays que conocieron una tarde en la playa les aseguró que un amigo íntimo suyo era su amante y que lo habían visto en un bar gay del puerto. Corrine asintió crédulamente cuando uno de aquellos dos desconocidos desnudos, una especie de androide masculino perfecto al que reconoció como modelo, describió a Haddad como alto, musculoso y con aspecto de lobo de mar. En la isla había pocas cosas con que distraerse, y la presencia del yate de J. P. Haddad proporcionaba un tema con el que entablar conversación con desconocidos desnudos.

La primera mañana se despertaron temprano con la música disonante de los gallos enloquecidos por la testosterona, de los que la isla estaba infestada. Desayunaron en su terraza bajo la cálida luz turquesa, contemplando el mar debajo de ellos, con un aire salado que contenía esencias florales. Las lagartijas movían las hojas secas del jardín, recordándole a Corrine su luna de miel, cuando encontraron una en la cama. Ella había llorado a la mañana siguiente de su boda, sin saber realmente por qué, y el pobre Russell se sintió desconcertado y culpable, preguntándose qué pasaba.

Después del desayuno fueron en coche a la playa. Corrine insistió en que Russell no llevara manuscritos, al menos el primer día. No aprobó las dos novelas que había traído consigo, ambas

serias y con buenas críticas en la *New York Review of Books*, ni un denso estudio sobre las infracciones de la CIA, en galeradas.

—Estamos de vacaciones —dijo ella—. Deberías leer algo malo de verdad.

Rebuscaron entre los libros de bolsillo y las novelas resumidas del Reader's Digest que olían a humedad en las estanterías de la sala de estar, deshechos de un centenar de vacaciones, y eligieron una novela policiaca de James M. Cain para él, y para ella un grueso *best seller* que había estado en todas las playas varios veranos atrás, un relato sobre unas hermanas que follaban y hacían todo lo posible por alcanzar las grandes cimas del poder y el glamur mientras anhelaban secretamente encontrar al hombre perfecto.

—Serás guarra… —dijo Russell.

—Te leeré las partes verdes.

—Mi mujer leyendo novelas de «C» y «F» —comentó él con tono tristón.

Ella lo miró con expresión de desconcierto.

—De compras y folleteos —explicó él.

Estaban casi solos cuando llegaron a la playa en forma de media luna, se instalaron en sus toallas y dispusieron las lociones solares, en frascos con números según el grado de protección, y un tubo de protección más intensa para los labios y la nariz. Corrine, con una piel especialmente blanca y poco resistente empleó diez minutos en sus preparativos para tomar el sol, pidiendo ayuda a Russell para la espalda.

—¿Debería dejarme puesta la parte de arriba? —preguntó.

Russell se encogió de hombros; unas veces parecía posesivo con respecto a ella y otras casi parecía desear que se exhibiera, como cuando la animaba a llevar vestidos muy escotados en la ciudad. Ahora Corrine se preguntó si le daría igual. ¿Había dejado de verla como una criatura sexual? A lo mejor ella no se había mostrado sexy últimamente... Se quitó la parte de arriba.

—Convirtamos esto en unas vacaciones románticas de verdad.

Russell soltó un gruñido y pasó la página de su libro.

Ella le susurró al oído:

—Te voy a hacer la mamada de tu vida en cuanto volvamos a la casa.

Él levantó la vista, en apariencia confuso, y asintió tímidamente; luego volvió a su libro. Mientras se aplicaba más loción solar, Corrine se examinó el cuerpo. A veces pensaba que Russell leía para huir de ella y de sus atenciones.

—¿Crees que el hecho de que estemos lejos de Nueva York tiene un efecto tangible? —preguntó ella de repente, en un tono que Russell reconoció como el que adoptaba para la especulación metafísica—. Quiero decir que estaba pensando que la ciudad es un enorme sistema de relaciones infinitamente complejas, demasiado complejas para que las podamos imaginar. Que no estemos allí forma parte de la ecuación de lo que pasa allí. Por ejemplo, si estuviéramos en Nueva York en este preciso instante, y si yo estuviera de pie en la acera camino del almuerzo, esperando a que cambiase el semáforo, y si un coche se subiera a la acera, podría matarme. Como no estoy allí, he dejado libre ese espacio en la acera para que a otra persona que esté allí la atropellen. Y en ese caso, podría decirse que soy en parte responsable de esa muerte. En cierto sentido soy responsable del final de una larga cadena de acontecimientos. Todos estamos unidos a los que nos rodean por esas cadenas de acontecimientos. Pero especialmente en la ciudad. —Corrine trató de visualizar unos ovillos enredados de destinos y confabulaciones que se apretaban y se separaban como la red de tuberías, túneles y cables de debajo de la ciudad, invisibles y sin embargo uniéndolo todo.

—Dentro de poco —dijo Russell—, todos estaremos unidos por el sida.

—Nosotros no —se apresuró a decir Corrine, sintiéndose afortunada por estar aislada entre los muros del matrimonio al tiempo que abrigaba cierta culpa por sentirse a salvo mientras la plaga arreciaba en el exterior. Pero a lo mejor no estaba a salvo en

absoluto; de repente se preguntó que había detrás de la observación de Russell—. ¿Verdad?

—Puede que no. —Russell continuó leyendo, como si con aquello diera por terminada la conversación, y de repente todas las demás mujeres de la playa parecieron una amenaza potencial.

Corrine buscó en vano un defecto en el cuerpo bronceado y desnudo que les pasaba por delante en ese momento. De repente, el cuerpo se detuvo y la cabeza rubia se volvió hacia ellos.

—*Allô*.

—Ah, hola.

Corrine se volvió para mirar a su marido, preguntándose si su voz ronca había sido fruto de la culpa, y de ser así, por qué.

—Te presento a Corrine —murmuró Russell, atragantándose.

—Me llamo Simone —dijo amablemente el cuerpo—. ¿Acabáis de llegar? —añadió en lo que a Corrine le pareció una altiva referencia a su palidez.

Russell asintió con la cabeza.

—¿Dónde te quedas?

—Con unos amigos —explicó ella—. A lo mejor nos vemos por ahí.

La banalidad de aquel intercambio le pareció indicativa a Corrine de una tensión sexual aguda. Levantó las gafas de sol de su marido.

—Solo es alguien a quien conocí en algún sitio. Tenía una idea para un libro —explicó él.

—¿Un libro? ¿Esperas que me lo crea?

—Corrine, si apenas la conozco.

—Parecía muy cómoda desnuda ante ti.

—Corrine. —Tendió una mano para tocarla, como para liberar la carga negativa de su cuerpo.

Ella se apartó, se puso en pie de un salto y echó a correr playa abajo. No se podía confiar en los hombres, ni siquiera en Russell; se lo había demostrado su padre. Se mudaría a su propio apartamento, un pequeño estudio en alguna parte, con tristes plantas y muebles de mimbre. Renunciaría a su sueño de tener hijos, pero por lo

menos no tendría que preocuparse cuando él llegaba tarde, cuando se iba de viaje de negocios. Lo que había visto en los ojos de Russell era, en el fondo, que deseaba aquel cuerpo. Una noche, después de tres Margaritas, él la engañaría, y no creía que pudiera soportarlo.

Como si pudiera escapar de su ansiedad ignorándola, se puso a recoger conchas de las rocas del extremo más lejano de la media luna de arena. Encontró un caracol marino, todavía rosa y opalino por dentro, que permitió a regañadientes que Russell examinara cuando se acercó a reunirse con ella.

Acostumbrado a las súbitas explosiones emocionales de Corrine, Russell le concedió unos minutos para que se calmara. Aunque técnicamente inocente, era culpable en teoría. Le apetecía follarse a Simone de cien maneras diferentes, y enseguida. Y, sin embargo, se había sentido ligeramente avergonzado cuando Corrine le habló de chupársela. Su vida sexual en común suponía el apogeo de su experiencia, pero últimamente su deseo se dirigía hacia desconocidas. Cuando andaba por la playa para reunirse con su mujer, decidió que solo se trataba de una fase.

Después de darse un baño, a Russell le apeteció bucear con gafas y tubo. Se dirigieron a la parte de la orilla donde empezaba el arrecife, y se zambulleron. Corrine contuvo su miedo, no hacia algo en concreto, sino hacia lo desconocido que habitaba las profundidades. De repente se vieron rodeados por peces brillantes de formas raras y a ella se le olvidaron sus temores.

Al cabo de un rato, Corrine dijo que salía. Él dijo que se quedaría un poco más. Mientras estaba sentada leyendo en la playa, un chico francés trató de ligar con ella. Era guapo y moreno y esbelto, con músculos bien definidos, y una fina cara gala. Cuando el chico le preguntó dónde se alojaba y si se podían ver, ella se echó a reír y le dijo que estaba casada. Sus celos anteriores habían desaparecido.

—Como muchas personas —repuso el francés, dejando caer arena de una pequeña abertura del puño cuando se agachó junto a ella.

—Pero algunas personas lo están felizmente —terció Corrine.

Sin inmutarse, el chico sonrió y dijo que ya se verían por ahí.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó Russell dejando caer las gafas de tubo y las aletas mojadas junto a ella.

—Un buen franchute merece otro —respondió fríamente Corrine.

—Deberías verte la espalda —fue la respuesta de Russell.

Corrine notaba ya la quemadura en la piel, un ardor que se irradiaba desde dentro.

—He visto un tiburón —dijo él, encantado. Para Russell, de algún modo profundamente masculino, era importante imaginar que había peligro en los alrededores.

—Y yo que quería que la primera noche fuera romántica —se quejó ella palpándose la piel quemada.

—Nuestra primera noche fue la de ayer —dijo Russell.

—No exactamente. Este es nuestro primer día completo con su noche.

—En cualquier caso, tenemos siete más —terció él.

—Solo seis —le corrigió ella con aire tristón.

Al día siguiente, a Corrine todavía le molestaba un poco la piel quemada, de modo que se quedaron en la casa. Russell fue muy amable y la roció con Solarcaine, una loción calmante en aerosol, y le leyó parte del *best seller*, pero ella advirtió que él todavía seguía en Nueva York, al menos en parte.

—¿Llegaste a hablar con Harold del aumento? —le preguntó durante el almuerzo.

—Me dijo que habíamos tenido grandes pérdidas el año pasado con libros importantes que fracasaron, y me señaló que las acciones

de la empresa estaban a la baja, como si yo no lo supiera; tengo unas cuantas, joder.

—Los libros de los que te ocupaste tú fueron bien —le recordó Corrine—. ¿No se lo dijiste? —Una lagartija apareció en la pared detrás de la cabeza de Russell. Este leía nuevamente, con el libro al lado del plato. Como no contestaba, añadió—: Bueno, no sé cómo va la empresa en general, pero su ratio precio-beneficio parece bueno. La estuve examinando. Creo que está infravalorada. De hecho, eso me contó Whitlock.

Russell alzó la vista de su plato tras haber mutilado un trozo de mero.

—¿Cuándo? —preguntó.

—En mi fiesta de cumpleaños.

Él asintió con la cabeza, pensativo, y dijo:

—Vamos a Gustavia.

En la ciudad, compraron camisetas en las que se leía: «LO SIENTO, NO TENGO TELÉFONO». Los habituales de la isla estaban orgullosos de aquella laguna tecnológica, que mantenía alejados a los peores sujetos de Hollywood y Wall Street.

Al salir de la tienda de camisetas se tropezaron con Simone, que para variar llevaba el cuerpo parcialmente cubierto. Andaba por la calle como si esta llevara siendo propiedad de su familia durante generaciones. También hubo algo posesivo en el modo en que saludó a Russell. Les presentó lánguidamente a un amigo y les recomendó un bar de la ciudad. A Corrine no le gustó más vestida.

—Este sitio se está poniendo demasiado de moda para mi gusto —observó Corrine un rato después, tras haber estado sentados un rato junto a un pintor neoexpresionista y sus ruidosos amigos.

Pero Russell ignoró su queja. La proximidad de la gente sofisticada, le parecía a Corrine, confirmaba a Russell su derecho a serlo.

—¿Russ? ¿Por qué... no ahora mismo, pero en algún momento… no tenemos, ya sabes, un hijo? —Llevaba una hora esperando el momento adecuado para decir aquello, y ahora, cuando por fin lo

hubo soltado a los postres, y al no recibir una respuesta inmediata de Russell, se preguntó si no habría imaginado otra vez que lo había dicho. Él estudiaba la etiqueta del vino y Corrine no estaba segura de que la hubiera oído. Por fin alzó la vista y la miró.

—Solo porque Tom y Casey vayan a tener un hijo...

—Russell, esto no tiene nada que ver con Tom y Casey.

—Ellos pueden permitírselo.

—¿Crees que solo los ricos tienen hijos?

—¿Dónde lo pondríamos?

—Lo pondríamos en una caja de cartón al lado de nuestra cama. Yo qué sé. ¿Qué más da? ¿Por qué tienes que ser siempre tan borde con este tema? Siempre te centras en esas cuestiones irrelevantes. Es posible que en Nueva York haya otros apartamentos, aparte del nuestro... pisos más grandes, por ejemplo.

—Cuestan más dinero.

—Podríamos vivir en uno de dos dormitorios de un edificio menos lujoso. Siempre dices que quieres vivir más hacia el centro, podemos buscar por esa zona. Un loft, por ejemplo.

—Odio los lofts.

—Madre mía, eres tan...

—Sabes lo que gano, Corrine. Sin tu sueldo y con una boca más...

—Podemos prescindir de algunas cosas. Es cuestión de prioridades. Creía que querías tener hijos.

—Y quiero. Solo que… ahora mismo no.

—¿Cuándo entonces? ¿Con tu segunda mujer?

Corrine pareció más sorprendida que Russell ante lo que acababa de decir. Al mirarla, él fue capaz de ver qué ocurría en su cabeza; sus palabras ya adquirían cuerpo en su imaginación: la disolución efectiva de su matrimonio, las noches solitarias del divorcio.

Russell le cogió ambas manos con las suyas y se las meneó un poco para sacarla de sus fantasías.

—Oye, deja que lo piense un poco, ¿vale? Es posible que sí que vaya a hablar con Kleinfeld de mi aumento.

—Me estoy haciendo vieja, Russell —dijo ella con tono tristón.

—Todavía vivirás un par de años antes de que tengamos que sacrificarte.

Durante los días siguientes llevaron una vida rutinaria de playa y almuerzo, playa y cena, que al final de la semana parecía haberse convertido, incluso para Russell, en un derecho de nacimiento, junto a la casa alquilada, el tiempo radiante y los cantos de los gallos entremezclados con la música más delicada de otros pájaros y que en algunos momentos los hacía regresar, al igual que ciertas canciones, a los comienzos de su matrimonio, y los llenaba de un deseo urgente. Más adelante rememorarían esos días con una sensación de asombro y añoranza: tardes interminables de prolongados almuerzos y siestas, soñando y haciendo el amor en tumbonas. Entonces, justo cuando acababan de redescubrir los principios básicos del placer, llegó el momento de hacer las maletas y volver a casa.

12

Los habitantes de Manhattan tendían a acostumbrarse a las manifestaciones callejeras. Barricadas de policías de azul surgían de la noche a la mañana ante las embajadas y las sedes de las grandes empresas. Irlandeses o sindicalistas agraviados, árabes o judíos enfadados, desfilando, entonando eslóganes y agitando pancartas, formaban parte del paisaje, como los invisibles vagabundos sin hogar. Semejante ambiente obligaba a un cierto grado de deliberada ignorancia, y Russell Calloway podía mostrarse incluso más ajeno a tales hechos que la mayoría de gente en el curso de sus desplazamientos por la ciudad. Normalmente transitaba por las atestadas aceras leyendo un libro o una revista, y tropezando de vez en cuando con señales de tráfico u otros peatones. Cuando volvió de las islas, sin embargo, estaba algo más sensibilizado con respecto a las peculiaridades de la vida urbana, era brevemente consciente de la red de convenciones mundanas que componían ese organismo de compleja extravagancia: el sistema de signos mediante el cual, por ejemplo, levantaba el brazo hacia un taxi que se acercaba por la Segunda Avenida y que luego se detenía junto a él, o la interacción de señales que regulaban la dinámica malla del tráfico humano y de vehículos en las horas punta, cuando varios millones de personas fluían en dirección a o desde los lugares de trabajo. Incluso los mensajeros kamikaze en bicicleta, que trazaban anárquicas sendas entre los atascos, formaban parte del esquema. Esos millones que trazaban caminos inconscientes e individuales entre el laberinto le parecían agobiantes tras una semana de arena blanca y aguas turquesa. También despertó su intriga el ruidoso grupo que se manifestaba en la calle cuando se acercaba a la oficina, aunque no estuviera lo suficientemente alerta como para reparar en que esos esfuerzos se dirigían contra su propio jefe.

Varias docenas de manifestantes, en su mayoría negros, desfilaban entre las barricadas policiales en la acera de enfrente del edificio de su oficina, blandiendo pancartas; entre ellos, Russell reconoció a un famoso activista negro cuyo nombre nunca conseguía recordar y que parecía tener la cabeza al revés, pues la poblada barba terminaba justo donde normalmente empezarían las patillas, y la cocorota afeitada se veía de un negro liso y brillante. Iba vestido como un abogado, y lo era, con un impecable abrigo Chesterfield sobre los hombros en aquel preciso momento. Hablaba con tono dramático y feroz ante el micrófono que le tendía una reportera, en la que era la gran actitud sacramental de la época, una imagen inversa de la del rey armando a un caballero con la espada.

—Esperad —exclamó un técnico—. Necesito verificar el volumen.

—Y ya puestos, ¿qué tal si mientras tanto cambiamos la batería? —dijo la reportera, una rubia enérgica, atractiva y demográficamente correcta.

De repente los manifestantes se relajaron, como actores durante un descanso, y Russell entró en el edificio.

La recepcionista pareció sorprendida cuando Russell salió del ascensor, como si la mera idea de que un artefacto subiera decenas de metros en unos segundos y dejara plantado a un ser humano en la zona de recepción del octavo piso fuese enteramente nueva para ella.

—Maureen, si solo he estado fuera diez días —dijo Russell.

—Tus mensajes están sobre tu mesa —contestó ella, como si se disculpara porque no le estuvieran esperando en una bandeja de plata.

¿Dónde iban a estar si no?, pensó él.

—¿Qué es eso de ahí fuera? —quiso saber.

—Una manifestación —respondió ella, toda servicial.

En la mesa de Donna no había nadie y estaba inexplicablemente ordenada. Solía parecer una acera del Lower East Side, llena de papelotes, periódicos y vasos vacíos. Montañas de libros y de correo

invadían su propio escritorio. Llamó al piso de arriba y le preguntó a la secretaria de Kleinfeld si podía subir al cabo de diez minutos; después de hacerlo esperar, la chica le anunció que Kleinfeld lo recibiría a las cuatro y media. Incapaz de enfrentarse al correo, Russell se dirigió a la zona del café. Una editora adjunta que se llamaba Kate pareció recular al verlo acercarse.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Russell. Estaban junto a las cafeteras y Kate preparaba una nueva—. ¿Quién demonios se acuesta con quién?

—Supongo… bueno, que sabrás lo de Donna —dijo la chica.

—¿Con quién se está acostando? —preguntó él con tono de entusiasmo, observando el hilillo marrón que llenaba la cafetera.

—Me refiero a lo que le pasó. A lo mejor ni te has enterado.

—¿Lo que le pasó?

Harold no estaba en su despacho. Russell no se molestó en saludar a Carlton ni en fingir que necesitaba su permiso para entrar.

—Llegará a las once —dijo ella con tono inexpresivo, neutro.

—Hazme el puñetero favor de decirle que he pasado por aquí —dijo Russell.

Washington aún no había llegado, pues solo eran las diez, de modo que Russell se dirigió al despacho de Whitlock.

—¿Qué sabes tú de que Harold haya despedido a mi secretaria?

Tras lanzarles una última mirada a los números ámbar de la pantalla de su ordenador, Whitlock hizo girar la silla hasta quedar de cara a la puerta.

—Si no fuéramos dueños del maldito edificio creo que ni siquiera tendríamos valor neto. —Hizo rodar la silla, alejándose de la mesa; una clara indicación de que podía perder unos minutos lejos de la carga que suponía controlar los pródigos gastos de sus extravagantes editores—. ¿Qué te parecen esos manifestantes?

—¿Por qué protestan?

—Washington rechazó el libro de un tipo o algo así, yo qué sé. Todo el mundo parece haberse vuelto loco.

Russell se dejó caer en el sofá de cuero gris: el despacho de Whitlock era el segundo más grande de la planta (el editor en jefe y los ejecutivos importantes estaban un piso más arriba), y tenía más aspecto de centro del poder que el de Harold, con carteles del Museo de Arte Moderno enmarcados con buen gusto y un juego de sofá y butaca de cuero italiano.

—En cuanto a lo de Donna... La verdad es que no fue una escena agradable —dijo Whit, con cierto placer morboso asomando en su expresión preocupada como plata bajo un esmalte desconchado—. Harold mandó a Carlton a decirle a Donna que se quitara aquella chapa. Por lo visto, ella le escupió.

—¿Quién? ¿Donna escupió a Carlton?

—Sí. Y luego siguió una especie de pelea de gatos.

—Madre mía. —Russell apoyó la espalda en el cuero frío y miró el techo—. ¿Qué oportunidades hay de que...?

—Olvídalo, Russ. A Harold no le gustó nada la cosa. Según me han contado, él te había dicho que te ocuparas del asunto.

—Sí, me lo dijo.

—¿Y?

—No me ocupé.

—Esto es una empresa, Russell.

—Vaya, no me digas. Pues no, esto es una puta editorial. Si yo hubiera querido trabajar en una empresa de verdad, habría estudiado ciencias empresariales, por el amor de Dios. —Se interrumpió y soltó un suspiro—. Lo siento, pero ya sabes qué quiero decir.

—Sí, lo sé, lo sé. —Whitlock se puso de pie y se dirigió a la ventana—. Significó mucho para mí conseguir este puesto. Pero a veces no significa una mierda, porque le ves el plumero a todo. A veces, cuando Donna andaba por aquí vestida de cuero negro, me sentía ridículo enfundado en este traje. Puede que el problema fuera

ese. Quizá ella fuera una de esas personas que hacen que los adultos se sientan impostores.

—Pues es un bonito traje —dijo Russell, en un intento de alegrar el ambiente. Cuando Whit hacía confidencias, se parecía un poco a ver llorar a tu padre. Por rígido que Whit fuera normalmente, te daba la sensación de que iba a fundirse en un charco a tus pies si no tenías cuidado con la temperatura de la conversación...

—Es de Paul Stuart.

—Ganas más que yo, desde luego.

—No tanto —respondió Whit, y debía de saberlo puesto que era quien se ocupaba de las finanzas—. Todavía estoy pagando los préstamos de cuando iba a la universidad. —Volvió a adoptar un aire confidencial—. Adivina a quién acaban de negarle un aumento.

—¿A ti también?

Whit asintió con la cabeza.

—Mi edificio pasa a funcionar en régimen de cooperativa. Me gustaría comprar mi apartamento, pero en este momento no tengo ni para el cuarto de baño.

Russell se levantó.

—No entiendo qué pasa. El año pasado edité tres libros de bolsillo que vendieron más de cien mil, y sé de otros diez más. ¿Cómo puede ser que haya sido un año tan malo?

—Todavía no se han cobrado —explicó Whit—. No se reflejarán hasta dentro de un año o dos. El año malo que al parecer padecemos ahora fue de hecho hace dos, cuando éramos el escuadrón de bombarderos de la industria y dejábamos caer todos aquellos falsos éxitos de ventas en las librerías.

—¿Fue por eso que mi participación en beneficios se fue a la mierda?

—Básicamente. —Cuando Russell se dio la vuelta para irse, Whitlock añadió—: No lo consideres un enfrentamiento... ese asunto con Harold. No merece la pena.

De vuelta en su despacho, Russell recibió una llamada de Leticia Corbin, la extraña hermana del director general de la empresa. No

recordaba exactamente cómo había aparecido por su casa un par de meses antes; al parecer formaba parte del séquito de Jeff.

—Tengo que hacerte una proposición que quizá te interese —dijo Leticia—. ¿Podrías pasarte mañana por mi casa a hablarlo?

Russell no tenía por costumbre dejarse caer por las casas de posibles escritores según la conveniencia de estos, pero Leticia Corbin poseía el trece por ciento de la empresa y, en cualquier caso, vivía a la vuelta de la esquina. Era uno de los satélites del difunto Andy Warhol, así que era remotamente posible que anduviera pensando en unas memorias. Warhol había muerto unas semanas atrás, de modo que los buitres se disponían a tomar tierra. También era posible que su hermano tuviera algo que ver con aquella petición, aunque Russell creía saber que no se llevaban demasiado bien.

Washington entró arrastrando los pies, fumando meditativamente.

—Tío, esa chica que trabajaba contigo tenía una lengua que no veas. Algunas de las cosas que gritaba cuando la echaron casi me vuelven blanco. Tengo que imaginar un modo de quitarme a ese Parker de encima.

—¿De qué coño va todo eso? —preguntó Russell, aunque tenía la cabeza en otra parte, su interés se concentraba ya en torno a sus propias preocupaciones a la hora escasa de haber vuelto a la oficina.

Para cuando llegó Harold, Russell había conseguido dominar su enfado hasta el punto de calcular cuánto podría salvar de su pérdida. Había trasladado el grabado del gran búho cornudo de la pared este al blanco para dardos, pero sin la perspectiva de que entrara Donna, se daba cuenta de que la cosa ya no tenía demasiado sentido.

También había llamado a Corrine en pleno ataque de rabia y esta señaló que no ganaría mucho con un enfrentamiento. Cuanto Russell podía esperar era que, después de herirle, Harold le pusiera

un vendaje en forma de ayuda con el libro de Rappaport. Avanzada la tarde esa esperanza había disminuido, cuando Russell se enteró de que, incluso antes de que él se fuera de vacaciones, la tirada se había reducido en otros dos mil quinientos ejemplares.

A las cuatro y veinticinco, Russell subió por la escalera interior, que unía dominios muy dispares. Arriba estaba la empresa, el cerebro putativo que animaba los cuerpos de los pisos de abajo. Los cubículos de los departamentos de edición, producción y diseño combinaban, en proporciones distintas, aspectos de rastro y de tienda de muebles de oficina de diseño; en el piso noveno, por contraste, parecían mantenerse ciertas leyes estrictas de distribución de espacios desde los años veinte, cuando se había fundado la empresa. Sobrecubiertas enmarcadas de antiguos *best sellers* y ganadores del Pulitzer se disputaban el espacio con grabados de caza en las paredes con paneles de castaño de la zona de recepción; estos últimos reflejaban los gustos ecuestres de Whitney Corbin sénior, el genio fundador de Corbin, Dern y Compañía. Esos grabados estaban distribuidos por todos los pasillos de la planta, aunque los paneles de castaño solo llegaban hasta el generoso despacho de Whitney *el Viajes* Corbin III, nieto del fundador, un cincuentón al que rara vez se veía en las dependencias, pues prefería los clubs de golf y los cócteles a los dictáfonos y los ordenadores. Desde que la empresa había salido a Bolsa allá por los agitados años sesenta, el valor de las posesiones de la familia Corbin había aumentado sustancialmente, mientras que las responsabilidades del «presidente» habían disminuido en la misma medida. Resultó que ese día sí estaba, y mirando hacia la puerta abierta con los pies sobre su mesa de despacho era la postura perfecta para ver a Russell cuando pasó por el pasillo.

—Calloway —exclamó como quien llama desde el otro lado de la calle de un campo de golf—. Entra.

Russell se detuvo en el umbral, con la esperanza de que no necesitara ir más allá.

—Hola, Whitney. Pareces muy ocupado.

Corbin sujetaba una caña de pescar en la mano y lanzó el anzuelo como si quisiera atrapar un pez que estuviera en la alfombra. Al enrollar el carrete, el anzuelo se le enganchó en el borde de la mesa.

—Mierda, haz el favor de sujetar esto —dijo, dándole un lápiz a Russell, y luego le indicó cómo introducirlo en el carrete de hilo de pescar a modo de eje—. Y cuéntame cómo van las cosas por ahí abajo —añadió.

—Nos dedicamos a adquirir manuscritos y a intentar venderlos en forma de libros.

El carrete giraba deprisa sobre el lápiz a medida que Corbin lo enrollaba.

—«Intentar» es una buena palabra... la palabra precisa en este caso. Menuda temporada de mierda. ¿Pescas?

—Prefiero cazar cumplidos.

El hilo se volvió a enganchar; Russell lo soltó mientras Corbin esperaba pacientemente con la caña en la mano.

—¿Qué es de ese amigo tuyo que escribió ese maravilloso libro de relatos que publicamos? Pierce, así se llama. Su padre fue a St. Paul conmigo... ¿nunca te lo había dicho? ¿Cuándo tendremos una continuación?

—Pronto, espero.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó una vez que hubo conseguido enrollar todo el sedal en el carrete.

—Voy a ver a Jerry.

—Buen tipo. Juega bastante bien al golf. Tiene hándicap tres. Tú no juegas, ¿verdad?

Whitney Corbin, vástago de un mercero del Medio Oeste que hizo fortuna, y Frederick Dern, hijo de un profesor de historia de la Universidad de Columbia, habían fundado la empresa en la primavera de 1925 después de que, con veintitrés años, Corbin volviera de un *Wanderjahr* en Europa con una fea enfermedad

venérea y, no sin relación con ella, muchos nuevos contactos en la comunidad literaria de expatriados. Dern, su antiguo compañero de clase en Princeton, trabajaba de editor adjunto en Scribner's. Empezaron con un modesto capital del padre de Corbin. La editorial se hizo un hueco especializándose en textos modernistas europeos, sobreviviendo año tras año, y llegó a tener cierto éxito, según la modesta escala del éxito editorial, cuando alguno de sus autores y títulos se convirtieron en clásicos, y el nombre de Corbin, Dern se volvió una marca de prestigio, una especie de garantía de literatura seria. De haber sido un coche, Corbin, Dern habría sido un Bentley; de haber sido un pez, como a veces le gustaba imaginar a Whitney Corbin, una trucha marrón: hosco y distante, con costumbres europeas, ni el pez más grande ni el más fuerte del agua, pero quizás el que resultaba más difícil de pescar con caña.

Corbin compró la parte de su socio sin hijos en los años cuarenta y pasó la dirección de la empresa a Whitney júnior, que amplió las publicaciones, editando libros infantiles e iniciando una rentable colección de guías de viaje justo cuando los estadounidenses de clase media empezaban a viajar. Hizo que la empresa empezara a cotizar en Bolsa en los años sesenta, conservando el cuarenta y uno por ciento de las acciones en la familia. A Whitney júnior le interesaban más los aspectos financieros de la empresa que los literarios y contrató a otras personas, entre ellas a Harold Stone, para que se ocuparan de lo que él llamaba jácara y verborrea. Los herederos de Júnior habían mostrado poco interés en la editorial; a Leticia le interesaban sobre todo, o eso le parecía a su padre, los homosexuales masculinos, incluido «ese hijo de puta que pintaba latas de sopa», mientras que su hermana, Candace, se dedicaba a derrochar el dinero de un modo más convencional. En cuanto al hijo, Whitney III, su mayor preocupación era llevar una vida deportiva: el golf, la pesca y la caza eran sus ocupaciones principales. Después de la muerte de su padre, aparecía por el despacho de tanto en tanto y dejaba los aspectos financieros

en manos de Jerry Kleinfeld, y la jácara y la verborrea en las del legendario Harold Stone.

Kleinfeld se había abierto camino partiendo del departamento de ventas y se enorgullecía de ser una persona fácilmente accesible, y más o menos corriente. En contraste con el de Harold, su despacho contenía una historia fotográfica de la vida y de la carrera de su ocupante, incluyendo fotografías de Kleinfeld con famosos del mundo de la política, el espectáculo y los deportes, cualquiera de los cuales, le daba a uno la impresión, tenía cosas más importantes que hacer que las que los habían traído al despacho.

—¿Qué tal, amigo? —dijo a modo de saludo.

Cerca de los cincuenta años, casi completamente calvo, Jerry Kleinfeld tenía el aire impaciente, casi frenético, de un hombre más joven, o el de alguien que se había dado cuenta bastante tiempo atrás de que ya no era joven y, en consecuencia, no tenía ni un segundo que perder. En el mundo relativamente lento de la edición de libros se le consideraba un tábano.

Antes de que Russell pudiera contestar, dijo:

—¿No te parece increíble esa mierda de ahí fuera? Nos ocupamos del Tercer Mundo más que cualquiera de los que se dedican a este puto negocio, y no solo le pagamos a Washington un sueldo desorbitado, sino también unas dietas monumentales y encima ahora se supone que hemos de crear un sello de afroamericanos, contratar a más negros y pagar un chantaje al comité de Parker para que se llenen los bolsillos esos negratas tan listillos embaucando a los medios. ¡Por Dios!

—Escucha, Jerry, me preocupa lo del libro de Rappaport —intervino Russell—. No estamos dando buena impresión con lo de recortar la tirada. Sé que ese libro puede ser un éxito si nos ocupamos de él.

—Voy a largarte un par de cosas que me gustaría que no fueran verdad —dijo Kleinfeld, reclinándose en la silla y levantando una pierna para examinarse brevemente el mocasín, y dándole un toque étnico a su sintaxis como para justificar aquel gesto tan tosco—. Yo

creo que ese libro podría hacer temblar al Gobierno hasta los putos cimientos. Esa es la primera. La segunda es que, claramente, a nadie le importa un pijo, Russ. No vamos a salir en los titulares gracias a él; lo siento, pero así parece desde aquí. No voy a mentirte, colega. Y tengo que ponerme de parte de Harold en ese asunto. ¿No te parece increíble que estos putos zapatos de Artioli, hechos a medida en Italia, no me queden bien? —Bajó la pierna—. ¿Algo más?

—O sea, ¿caso cerrado lo del libro sobre Nicaragua?

—Consigue que la prensa le haga caso y entonces imprimiremos más libros. Cerrado hasta entonces. ¿Algo más?

Del modo más económico y pragmático que pudo, Russell expuso el asunto de la poesía, subrayando los beneficios intangibles que produciría la publicación de literatura seria, de escritores importantes como X, Y y Z, la clase de grandes autores que habían convertido a Corbin, Dern en lo que era.

Kleinfeld desestimó aquella palabrería con un gesto de su mano regordeta y con tres anillos.

—Me sé de memoria ese discurso, Russell. Os lo he oído contar a todos. Corta el rollo y ve al grano.

Russell llevó a cabo una apasionada y breve defensa del manuscrito de poemas, mientras Kleinfeld miraba al vacío y daba golpecitos en la superficie de su mesa con el cable del teléfono. Al cabo de medio minuto, le interrumpió.

—Te diré qué vamos a hacer: lo leeré yo, ¿de acuerdo? Personalmente. Entretanto, tú consígueme algunas frases favorables de personas que cuenten. No puedo hacer nada más.

—De acuerdo —dijo Russell, no satisfecho pero sabiendo que la entrevista había terminado. Para entonces estaba demasiado desmoralizado para sacar a relucir la cuestión de su aumento de sueldo.

—Estás haciendo un buen trabajo, amigo —concluyó Kleinfeld, levantándose y poniéndole la mano en el hombro para acompañarlo hasta el pasillo—. Todos perdemos de vez en cuando. Pero veré qué

puedo hacer con respecto a esos poemas. Me gusta tu interés. La mitad de esos tarugos de ahí abajo están tan ocupados tratando de encontrar el próximo *best seller* que no reconocerían al mismísimo Ernest Hemingway ni aunque se bajara la bragueta y pusiera la enorme polla encima de sus mesas.

Cuando llegó a casa, Russell parecía aturdido, aunque no tan cabreado como Corrine se había temido; era como si estuviera muy lejos, igual que un santo que ha tenido una visión. Vio las noticias de la televisión mientras ella se ocupaba del correo. En la evolución de la división marital del trabajo, la cuestión del correo le había correspondido a Corrine. Esa noche había dos facturas de tarjetas de crédito, que fue lo que abrió primero, luego dos ofertas de tarjetas de crédito; daba la sensación de que los invitaran a diario a abrir otra cuenta con Visa o Mastercard.

Invitaciones a un acto benéfico en favor del Museo de Historia Natural y a la inauguración de la exposición de un artista del que nunca había oído hablar, y una recargada invitación a una fiesta en casa de Rijstaefel *la Visones* en honor del conde de la «eurobasura».

—¿Conoces a una tal Visones no sé qué?

—La conocimos en alguna parte —contestó Russell—. Creo que Jeff se acostó con ella una vez. —De nuevo se había vuelto taciturno.

—¿Quieres que vayamos a una fiesta que da?

—Podría estar bien. Curioso, en cualquier caso. ¿Por qué no?

Ella cogió la agenda y tomó nota.

—¿Y qué tal esa cena en el Museo de Historia Natural? —No le dijo que la invitación venía con una nota de Casey Reynes, que era miembro del comité.

—¿Cuánto cuesta?

—Ciento cincuenta por cabeza.

—A no ser que perdamos la cabeza, esa noche mejor tenerla comprometida.

Corrine rompió la invitación. Como ninguno de los dos sabía quién era el artista, señaló la inauguración con un interrogante.

Acto seguido, se ocupó del correo de verdad, en comparación siempre mucho menor; esa noche solo había una postal de Jeff, donde aparecía un Spaceman con armadura ante un urinario con la inscripción: «Un alto en el trabajo. Producciones Cinematográficas Nuevo Mundo». Corrine se la leyó en voz alta a Russell, saltándose «Queridos Corruss», la fórmula que utilizaba Jeff para dirigirse a una pareja a la que consideraba demasiado casada.

Todo lo que os han contado sobre el negocio del cine y el buen tiempo es verdad, así que me lo salto. Lo que no me deja mucho más que contar excepto que todo el mundo se acuesta a las diez, pero no conmigo. Llevo escritas seis páginas del guion en quince días, y eso que la mayor parte son espacios en blanco. Le he dicho a Solomon que escribiré más deprisa si me alquila un Ferrari. Tic tac.

Jeff

Cuando terminó, Corrine volvió a leerla para sí.

—Voy a llamarlo —declaró—. ¿Qué te parece? No tiene pinta de andar muy fino… ¿Russell?

Este alzó un dedo, enfrascado en su cuaderno de notas. Corrine fue al dormitorio a llamar a Jeff, pero no hubo respuesta.

Cuando volvió, Russell alzó la vista.

—¿Sabes leer cuentas de pérdidas y ganancias? —preguntó.

—Sí, no paro de hacerlo. —Y procedió a demostrárselo, guiándolo a través de un montón de papeles y de una historia básica de las finanzas.

Horas después, cuando la agitación de Russell penetró en su propio sueño, Corrine se despertó y le masajeó los músculos tensos del cuello.

—¿Russell?

—¿Qué?

—¿Te acostaste con ella?

—¿Con quién?

—Con Donna. ¿Es por eso?

—Claro que no, coño. —Su voz transmitió un grado convincente de indignación.

—¿Así que no se trata de una competición a ver quién echa más polvos entre Harold y tú?

—No me puedo creer que hayas pensado eso.

—Solo intentaba imaginar por qué te comportas de un modo tan extraño. Cuéntame qué pasó, Russell.

—No quiero que te preocupes.

—¿Crees que no noto cuándo estás mosqueado? —Durante unos minutos, ella escuchó su respiración.

—A veces me creo el tipo más listo del mundo, el mejor del sector. Y algunas mañanas me despierto y comprendo que soy un inútil total, que todo lo que he conseguido ha sido por pura chiripa y que la buena suerte se me ha acabado. Estoy aquí sentado con malas cartas y ni siquiera puedo recordar las reglas del juego. Harold ha visto que lo mío era un farol. Durante un tiempo me he creído el rey del mambo, y ahora... ¿Sabes lo que dijo alguien, un crítico, me parece? El emperador no solo no lleva ropa, sino que tiene la piel fatal. Bueno, pues así me siento yo últimamente. Como un tipo desnudo y con eczema.

Ella le frotó la nuca.

—Oye, Harold solo se está portando como un gilipollas. Limítate a defender lo que…

—Lo sé, lo sé. Eso es lo que me preocupa. Voy a tener que largarme o luchar.

—¿Cómo vas a luchar?

—Puedo comprar la empresa.

—Duérmete, Russell.

13

Si su hermano tenía todo el aspecto de ser como mínimo un miembro de la tercera generación de su familia, el vástago de un capital burgués que se autoperpetuaba, Leticia Corbin parecía haber surgido de un árbol completamente distinto, como si se hubiera reinventado varias veces, procurando borrar los rastros de su origen. Mientras Corbin *el Viajes* era rubicundo debajo de su perpetuo bronceado, Tish cultivaba un aspecto fantasmal acentuado por un maquillaje blanco; había abandonado los ancestrales rosas y verdes de club de campo para sustituirlos por un negro bohemio, con toques de carmesí que añadían, digamos, extrañas heridas al maquillaje.

La otra hermana, Candace Corbin van Duyn, de Palm Beach y Southampton y Nueva York, respondía mucho más al molde Corbin, aunque era una figura mucho más pública que sus antepasados. Felizmente casada, gran amazona y anfitriona, sus movimientos entre casas y entre fiestas quedaban recogidos en *Town* & *Country* y en *Women's Wear Daily*. A Tish, en cambio, se la veía con frecuencia en lo que pasaba por ser la prensa del *demimonde*, habitualmente en fotografías nocturnas y de iluminación cruda en compañía de músicos de rock duro, artistas que hacían performances y diseñadores de moda del East Village, arreglándoselas para dar siempre la impresión de estar bostezando pese a mantener la boca estoicamente cerrada. Corría el rumor de que era yonqui.

A corta distancia andando de la oficina de Russell, su casa estaba en Gramercy Park, uno de los últimos reductos románticos de Manhattan. Rodeada de enredaderas leñosas, la casa, de tipo italiano, estaba perdiendo su viejo abrigo de pintura color mostaza. Russell apretó el timbre y esperó. Estaba a punto de volver a llamar

cuando un joven negro de piel bastante clara, con chaleco, abrió la puerta.

—Sígame, por favor —indicó con un acento vagamente británico. Lo guio por una larga escalera que olía a humedad desde la entrada hasta la primera planta, y Russell tuvo ocasión de fijarse en sus botas hasta la rodilla y en los pantalones de montar que salían de ellas. Lo condujo hasta un salón sombrío de la parte delantera de la casa, donde lo invitó a sentarse—. Le comunicaré a la señorita Corbin que está usted aquí.

La habitación resultaba lúgubre. Cortinas opacas de brocado tapaban las ventanas; la mayor parte de la escasa luz procedía de unas velas. Desde una fuente invisible el *Réquiem* de Mozart invadía la habitación con su pompa funeraria como si fuera incienso. La decoración era una mezcla de estilos oriental, art déco y SoHo contemporáneo, con un aspecto predominante de fumadero de opio. Un gran retrato de Leticia pintado por Warhol ocupaba un lugar de honor sobre la labrada chimenea de mármol. Unos instantes después hizo su entrada el original, que llevaba puesto un quimono negro y zapatillas rojas. La larga y pálida cara subrayaba en exceso la calavera de debajo, y las profundas ojeras parecían pintadas. Su pelo, de un negro nada natural, llevaba un corte muy drástico que recordaba a Louise Brooks y los guardias rojos chinos.

—Hola, Russell Calloway.

—Hola...

—Llámame Tish. En los años sesenta me llamaba Serenidad, pero me cansé de eso... como todo el mundo. No es un nombre muy de los ochenta, ¿no crees? Siéntate, Claude nos traerá algo. Supongo que tú no recordarás los años sesenta, ¿verdad, Russell Calloway?

—Sé que venían antes de los setenta. —Cuando buscaba con la vista dónde sentarse, Russell reparó en una butaca de hierro, un objeto pinchudo cuya inspiración bien podía haber sido la corona de espinas; no pudo sino confiar en que no cumpliera su función.

—¿A que es divertida? —comentó ella siguiendo la dirección de su mirada—. Es para mi hermano, por si viene a visitarme.

Russell se sentó en el borde de un sillón tapizado mientras Tish se dejaba caer en una butaca frente a él, y encendía un largo pitillo marrón oscuro.

—¿Fumas? —preguntó.

—Lo dejé.

—Uf, menudo aburrimiento. No quiero ni oír hablar del tema. Supongo que también harás ejercicio, que serás socio de un gimnasio y todo eso. Que usarás condón y te lavarás los dientes después de cada comida.

—En realidad, soy un yonqui bisexual con malos hábitos higiénicos y mucho interés en el sadomaso.

—Sonríe cuando digas esas cosas, querido, o tendré que insistir en que te cases conmigo.

Russell tuvo que preguntarse cuál de las cosas que había dicho le interesaba más a ella.

—Aunque debo decir, y por favor no te ofendas, que tienes un aspecto terriblemente predecible, muy a la moda.

—Como dijo Thomas Mann, viste como un burgués, piensa como un revolucionario. —¿Quién era esa Morticia Addams para criticarlo en cuestiones de moda?, se preguntó Russell, a la vez que se sentía un poco clasicón.

—¿De verdad dijo eso? ¿Llegó a decirlo, querido, o solo lo escribió? Siempre me asombran todas esas cosas maravillosas que supuestamente dijo la gente. Creo que uno merecería más mérito si las soltara durante una cena en lugar de después, sentado a un escritorio en un cuartucho mal ventilado con todo el tiempo del mundo para pensar. Truman soltaba cosas así de repente, y Andy… bueno, él también, aunque no era especialmente hablador. Pobre Andy. —Soltó un suspiro—. Total, que ya vemos cómo vas vestido. Ahora la cuestión obvia es si piensas como un revolucionario. Y si es así, ¿cómo es posible que trabajes para el mano muerta de mi hermano en esa espantosa editorial?

—Me encuentro en la molesta situación de tener que ganarme la vida.

—¿De verdad te gusta ese trabajo?

Russell no supo muy bien si era prudente hablar con franqueza, pero había algo muy intencionado en aquella pregunta.

—No puedo decir que me haga muy feliz el modo en que van las cosas.

Leticia lo observó entornando los ojos a través de una bocanada de humo.

—Sigue.

—Hay cosas con las que no...

—Deja que te cuente algo... —interrumpió Leticia. Se puso a describir a un amigo que era poeta, artista plástico y fotógrafo, un berlinés y una de las mentes creativas más fascinantes de Nueva York. Russell asintió con la cabeza cuando oyó un nombre que le sonaba vagamente—. Un poeta auténtico en el más amplio sentido de la palabra. Ese tío era un genio, o eso decía Andy; hasta la punta de los dedos, y mira que llevaba las uñas largas. Bueno, pues lo mandé a que viera a *Viajes*. ¿Y qué supones que pasó?

—¿Qué? —quiso saber Russell, fijándose en el pitillo de Leticia y luchando contra el repentino impulso de pedirle uno.

—Que *Viajes* rechazó su proposición. ¿Te imaginas hasta qué punto fue vergonzoso para mí? Soy dueña del trece y pico por ciento de la empresa. Y *Viajes* va y dice que no le ve potencial. Tampoco es que pueda decir que me sorprendiera. *Viajes* no se vería ni la punta de la nariz si no se la pintara de rojo todas las noches. Es una pena. Corbin, Dern significó algo en otro tiempo. Cuando mi abuelo la fundó, su modelo era la Black Sun Press de Crosby. Harry Crosby era amigo suyo, ¿sabías eso? Hasta que se mató, claro, en aquel delicioso suicidio doble por amor. En todo caso, el abuelo quería traerse la vanguardia a América. ¿Sabías que el primer autor al que publicó fue André Breton? Por no mencionar que ni siquiera consigue levantar el precio de las acciones. Entre tú y yo, querido, dudo mucho que a estas alturas se le levante nada.

A Russell le llevó unos instantes figurarse que las dos últimas frases se referían a Whitney Corbin III, y que se habían trasladado al presente. O al menos a esa región del presente donde vivía Tish Corbin.

—¿Cómo puede ser, señor Russell Calloway, que en medio de la mayor burbuja bursátil de la historia, según me cuentan, mis acciones de Corbin, Dern hayan perdido valor? Hasta a los porteros de los clubs los oigo hablar del dinero que están ganando en la Bolsa.

—Pregúntaselo a tu hermano.

Cuando Leticia se llevó el pitillo a los labios, la manga del quimono se le deslizó por el brazo; sin resultar demasiado descarado, Russell buscó marcas de pinchazos, sin llegar a ninguna conclusión.

—Siento un profundo desprecio por mi hermano. Llevamos tres años sin hablarnos.

Claude, el de las botas hasta las rodillas, volvió trayendo una bandeja con un recargado juego de té georgiano y pastas variadas.

—Mi hermano tenía once años cuando nací. Cuando yo tenía un año, trató de asfixiarme con una almohada, un recuerdo que por fin desenterré después de muchos y carísimos años de psicoanálisis. Cuando yo tenía cuatro, mi padre me compró una llama, que fue mi más querida compañera durante dos años, hasta que mi hermano la mató de un tiro.

—¿Desea algo más? —preguntó Claude tras haber dejado el té.

¿Una llama?

—Mis pies.

—Sí, señora.

Claude se arrodilló ante ella, le quitó una de las zapatillas y se puso a masajearle el pie. Russell trató de no parecer sorprendido. Empezó a oír interiormente la sintonía de *En los límites de la realidad*.

—Mi hermano es un asesino, Russell Calloway. Querría matarme, no lo dudes. Pero las leyes se lo ponen difícil. Candace, mi

hermana mayor, es exactamente igual que él, una imbécil, y no le da ningún problema, pero a ambos les gustaría librarse de mí. Tengo razones para creer que un accidente de coche casi mortal que tuve hace unos años no fue... —Su voz fue convirtiéndose en un susurro a medida que Leticia Corbin parecía sumirse en alguna clase de experiencia profunda y primaria. Por fin alzó la vista, con expresión tristona—. Los espíritus de los animales que extermina probablemente perseguirán a mi familia durante las próximas generaciones. Veo que llevas zapatos de cuero —añadió en lo que supuso una generalización del tema de los pies—. Hay muchas alternativas atractivas a los productos animales. Me gustaría darte algo de literatura al respecto antes de que te vayas.

—Has dicho que tenías una propuesta que hacerme. —Aquello se estaba volviendo demasiado estrafalario para el gusto de Russell.

—¿Una propuesta? Quizá podría llamarse así. —Claude ya había cambiado de pie—. Lo que tengo en mente es algo de mayor alcance que un libro. ¿Puedo confiar en ti?

Russell separó las piernas y se encogió de hombros para indicar que eso dependía de ella y que él perdía interés por momentos.

—Estoy pensando en montar mi propia editorial. Algo pequeño y con gusto. Pero también alocado y arriesgado. Filosofía, moda, estética, algunos de los proyectos que Andy no pudo llevar a cabo…

Russell podía imaginárselo.

—¿Está mejor? —quiso saber Claude.

—Un poco, gracias, Claude. Esto es algo con lo que tengo que convivir, a menos que esos idiotas de los médicos localicen el origen del dolor. Me paso media noche despierta con molestias y dicen que es imaginario. Por supuesto, yo no tengo la menor experiencia en los aspectos técnicos del negocio editorial. Mi hermano jamás me ha dejado acercarme a la empresa. De modo que voy a necesitar ayuda.

—¿Tienes suficiente capital?

—Tengo la intención de vender mis acciones de Corbin, Dern.

—A tu hermano no va a gustarle. La parte que controla la familia disminuirá de forma significativa. Hasta podría resultar que algún otro llegara a controlar la editorial.

—Esa es una de las cosas que más me gustan de la idea, Russell Calloway: darle por culo a mi hermano.

La excentricidad debía de ser contagiosa, porque aquello había despertado todo el interés de Russell.

—Tendrás que andarte con mucho cuidado con cómo vendes una participación tan importante como esa. En una empresa tan pequeña... no puedes limitarte a poner el trece y pico por ciento en el mercado. Probablemente sea preferible un único comprador.

—Pareces saber un montón sobre estas cosas —comentó ella, sonriendo.

—Estoy empezando a aprender. Pero me gusta pensar que soy un alumno aventajado.

—¿Lo eres? A mí me pareces bastante inocente.

—Supongo que eso habrá que verlo, ¿no te parece?

—¿Conoces a alguien que quiera comprarme las acciones?

Russell se quedó durante otra hora. Claude sirvió té de Lapsang de la recargada tetera de plata mientras averiguaban que, a pesar de sus diferencias, tenían bastante en común. Cuando se marchó, Russell estaba convencido de que Tish tenía un instinto excelente, y Leticia había llegado a la conclusión de que, pese al atuendo convencional, Russell era un joven muy brillante.

Habían quedado en cenar la semana siguiente.

14

Trina había cogido por los pelos el Concorde de las nueve y veinte en Heathrow, que la dejaría en Nueva York hacia las ocho y media de la misma mañana, y en su despacho solo una hora más tarde de lo habitual, virtualmente sin perder nada de su jornada de trabajo. Le tendió su bolsa de mano a la azafata, pasó junto a una mujer muy guapa de aspecto euroasiático que creyó reconocer de las revistas de moda y se dejó caer en su asiento al lado de un hombre de aproximadamente su misma edad con un traje azul. Corbata de Hermès a rayas, cara meticulosamente reproducida a partir de un anuario reciente de la Universidad de Dartmouth.

El tipo consultó su reloj, un Cartier enorme con esfera de oro y plata, y soltó un suspiro.

—Como este avión salga con un minuto de retraso me va a dejar bien jodido —dijo, dirigiéndose aparentemente a las páginas de su *Financial Times*.

Trina asintió con la cabeza sin comprometerse.

—Si tuviera todo el maldito tiempo del mundo volaría en Air India o algo así.

El hombre parecía tener ganas de hablar, si bien en estallidos bruscos y vanidosos, lo que contravenía totalmente las normas de los vuelos de negocios serios. Pero ella llevaba su vestido de Giorgio Sant'Angelo, adecuado para las noches en Tramps y Annabel's, con objeto de no arrugar por completo el traje de chaqueta que se pondría en la limusina que la recogería en el aeropuerto Kennedy. De modo que, naturalmente, no era probable que él creyera que Trina volaba por negocios. Pensaba que era una puta aerotransportada de un país a otro.

—Bradley Seaver —se presentó él, volviéndose de repente como si hasta aquel momento no hubiera reparado en ella.

—Trina Cox.

—Encantado —Sacudió la cabeza violentamente y volvió a mirar su reloj como si se tratara de un accesorio personal que se comportaba muy mal. Como ella continuaba ignorándolo, murmuró con tono de dramatismo—: Madre mía, más me vale llegar a esa reunión.

Trina empezó a hurgar en su bolso en busca de un informe anual.

—Trabajo en banca de inversión en Morgan —explicó él—. En M & A. Quiere decir fusiones y adquisiciones.

—Suena muy interesante —dijo Trina, dejando el informe anual en el bolso y añadiendo un ligero y dulce toque sureño a su voz.

—Te sorprenderías. Es muy interesante.

—De hecho... —empezó ella, pero el tipo estaba atrapado en su visión alterada del mundo.

—Compro y vendo empresas de miles de millones de dólares todos los días, y casi nadie en todo el maldito país entiende la magnitud de lo que está pasando. Ni siquiera lo entiende el Gobierno. No tienen ni idea, lo que de hecho nos viene bien. —Siguió explicando cómo él y sus colegas atacaban a las empresas hinchadas artificialmente, se deshacían de directivos corruptos y sibaritas, daban muerte a los dragones de la ineficacia y la complacencia, dividían las empresas sin empuje en trozos racionalizados y pujantes y los vendían en el mercado de valores.

Después de años de inflación, alguien había reparado en que las grandes empresas estadounidenses, según reflejaban los precios de sus acciones, estaban infravaloradas. Un presidente nuevo y defensor del mundo empresarial decía que en América tenía lugar un nuevo amanecer, la inflación disminuía, y los compradores listos empezaban a despertar y a llamar a sus agentes de Bolsa. La industria de los servicios financieros crecía como una ciudad petrolera en pleno boom. Y si comprar acciones con dinero prestado podría doblar tu beneficio, la adquisición de empresas con dinero a crédito y su reventa por partes parecía el modo más rápido jamás

inventado para hacerse fabulosamente rico. Los intereses eran deducibles de impuestos, de modo que era una idiotez no pedir la mayor cantidad de créditos posibles y comprar todo lo que se pusiera a tiro. La deuda era atractiva, los recursos propios eran aburridos. Según Bradley Seaver, él trabajaba en el terreno más lucrativo de su época.

—¿A qué te dedicas tú? —preguntó, haciendo una pausa, al cabo de unos veinte minutos.

—Trabajo en M & A en Silverman —contestó ella. Su empresa era mucho más importante en esa especialidad que la de él.

Ruborizándose intensamente, Bradley Seaver se ajustó los auriculares y la ignoró durante el resto del vuelo, enfurruñado.

Una hora antes de llegar a Nueva York, Trina se dirigió al lavabo. La modelo a la que había reconocido antes esperaba la indicación de
«Libre», mirándose con nerviosismo la pechera de la blusa.

—¿Sabes algo de implantes? —le preguntó a Trina—. Porque los noto muy raros, como si se estuvieran expandiendo o algo así. —La mujer se apretó uno de los pechos haciendo una mueca de dolor.

Alzó la vista con una expresión que parecía invitar a Trina a que lo comprobase por sí misma, un experimento que Trina prefirió no realizar.

—No sé, me los pusieron la semana pasada y acabo de recordar que un tipo me contó hace un par de meses que a una chica con implantes como los míos le explotaron en el Concorde. Así que estoy un poco preocupada.

—En el billete no he visto ninguna advertencia al respecto —dijo Trina.

—¿De verdad? —La chica pareció tranquilizarse un poco y, bajando la vista hacia el pecho de Trina, preguntó—: ¿Son auténticas?

Al cabo de unas horas, Trina estaba en su despacho de Manhattan, recibiendo radiación de la pantalla de su ordenador mientras examinaba atentamente una hoja de cálculo. Encorvada sobre el teclado, se acercó al monitor como si se dispusiera a zambullirse en el laberinto esmeralda de los números. Desde que estaba en Wall Street su visión había bajado de veinte-veinte a cifras parecidas a las de su presión arterial, y ahora los ojos le lloraban detrás de las lentillas, pero, dado lo que les había ocurrido a sus ingresos durante ese mismo periodo, no pretendía que la compadecieran. En ese preciso momento se dedicaba a imaginar qué flujo de caja tendría una rama de un imperio de ropa deportiva que la dirección pretendía privatizar. Desde el anuncio de la oferta, habían aparecido otros dos postores, haciendo que subiera el precio y privando a Trina de otra semana de sueño. Se echó hacia atrás y estiró el cuello y tomó un trago de su necesaria fuente de cafeína de su taza de la Escuela de Negocios de Harvard.

Su secretario, Christopher, llamó a la puerta y entró cargado con varias bolsas con ropa, que llevaba en los brazos estirados con delicadeza casi ceremonial. Christopher tenía un gusto excelente y un conocimiento semiprofesional de la ropa, cortesía del Instinto de Tecnología de la Moda, de manera que Trina le encargaba todas las temporadas que le comprara unos cuantos trajes nuevos.

—Creo que estos te van a gustar mucho —comentó, dejando las bolsas en el sofá del despacho de Trina—. Las nuevas colecciones son fabulosas. Especialmente la de Chanel.

—Estoy segura de que serán preciosos —dijo Trina mientras sonaba un teléfono—. ¿Puedes cogerlo?

Christopher se dirigió muy tieso a la mesa y descolgó el auricular. Todavía parecía enfurruñado cuando dijo, inesperadamente:

—¿Russell Calloway?

Hacía años que Trina no lo veía. Por acosada que se sintiera, le picó lo suficiente la curiosidad como para ponerse al teléfono.

—Hola, Russell. ¿Es esto un viaje por el túnel del tiempo, o qué?

—Sí, ha pasado mucho tiempo —contestó él—. Desde la boda de Gene Fisher hace un par de años, ¿no?

—Haces que me sienta viejísima, pero en cualquier caso tú eras mayor que yo. ¿Ya estás calvo y gordo? —«¿Y andas pescando dinero para la asociación de antiguos alumnos?», especuló. Pero Russell no era de los que andaban recaudando fondos para exalumnos.

—Según me dicen, me conservo bien. Me estaba preguntando si podría invitarte a comer.

Aquello sonaba a acercamiento. ¿Era posible que hubiera roto con la guapa y perfecta Corrine Makepeace?

—Me encantaría —respondió ella, y la dudosa sinceridad de semejante afirmación vino acompañada de cierta entonación reflexiva de su nativo Sur—. Pero voy a estar muy ocupada durante los próximos tres o cuatro años. He tenido que cancelar seis de mis últimas siete cenas que no eran de trabajo, lo cual supone que soy muy popular, como te puedes imaginar...

Pero sintió la suficiente curiosidad como para consultar su agenda y buscar un día libre a finales de abril. Era Christopher quien solía decirle si podía quedar para comer algún día, pero se había marchado un poco mosqueado.

—¿Qué tal el martes que viene? Tendrá que ser en un sitio cerca. ¿Conoces Smith and Wollensky? Si no te llamo para cancelarlo, nos vemos allí a las doce y media.

Debía de haber visto el artículo que la presentaba como una de las mujeres más importantes en fusiones y adquisiciones, decidió Trina, aunque Russell no le parecía de los que leían *Fortune*. Pero ahora no tenía tiempo para hacer especulaciones. Tampoco tenía tiempo para la vida amorosa, pero era importante reconocer la vibración de la tensión sexual de vez en cuando, mantener abierta la frecuencia por si se conocía a alguien maravilloso de verdad en un avión cuando tuviera cerrado el portátil y el cuarto de baño estuviera casualmente libre.

Russell estudiaba un curso por encima del suyo. No habían llegado a conocerse bien, y, si la memoria no le fallaba, Russell le desagradaba casi tanto como le gustaba. Trina salía con los deportistas y los chicos cuyos apellidos daban nombre a las residencias de estudiantes y los edificios del campus. Russell parecía despreciar todo aquello: había nacido en el Medio Oeste y estaba decidido a dedicarse a la política o el arte. Lo recordaba fumando aquellos pitillos franceses que olían a asfalto, sentado ante un café en el bar mientras conspiraba sobre literatura con Jeff Pierce, aquel chico malo de hombros caídos cuyo abuelo había construido el gimnasio y al que a Trina no le habría importado hacer sudar en algún momento.

Muy poco bohemia, una vez licenciada, Trina Cox se había dedicado a la banca de inversión, justo cuando daba comienzo el frenesí. Mientras hacía prácticas, había tenido la fortuna de encontrarse en fusiones y adquisiciones del First Boston, donde se estaba inventando aquel nuevo juego. Su departamento aconsejaba a los clientes de una serie de empresas sobre la adquisición de otras compañías y los ayudaban con la financiación a cambio de honorarios de millones de dólares; pronto quedó claro que el banco se estaba perdiendo una parte importante del pastel al ser únicamente la dama de honor de aquellas fusiones multimillonarias. El First Boston empezó a invertir su propio dinero en las operaciones. Era una bendición dedicarse a las finanzas en aquel momento, pero estar en M & A era el paraíso.

Después de dos años como analista, Trina realizó el obligado máster en administración de empresas. A partir de entonces, Cox utilizó sus crecientes conocimientos para trabajar en un banco importante que se moría de ganas de salir al ruedo de las fusiones y adquisiciones, pero que, para su irritación, se mostraba reacio a mancharse las manos en adquisiciones hostiles. Trina trataba de conseguir que fueran menos severos.

Ser una chica no le había puesto las cosas más fáciles; el artículo de *Fortune* había sido una especie de broma, pues Trina era

una de las tres únicas mujeres que se dedicaban a M & A. El espíritu de prepotencia viril y la escala de valores machista de Wall Street tenían tanto que ver con el hecho de que la mitad de los tíos eran cerebritos o *nerds* como con que la otra mitad hubiera llegado a practicar deportes de contacto y pertenecido a asociaciones estudiantiles. Saber eso le proporcionaba a una mujer cierta influencia. La propia Trina estaba lejos de ser una *nerd*, y tenía esa clase de confianza en sí misma femenina que es capaz de atravesar al instante la coraza de los hombres. Su voz, siempre ronca y áspera, tenía la autoridad del dinero y de la buena cuna; y a la manera de esos hombres de quienes se dice que desnudan a las mujeres con la vista, Trina tenía la habilidad de recordarles a los hombres todos los casos de disfunción sexual que habían experimentado. Su atractivo sexual era más resultado de la vitalidad que de la belleza en bruto: las mejillas demasiado llenas la hacían parecer más joven de lo que era, su pelo tenía un discreto tono castaño; rara vez era la mujer más atractiva de una habitación llena de gente, pero sí solía competir con las más guapas.

Nacida en Virginia en lo que todavía se considera, sin ironía, una buena familia, podría haberse casado bien y dedicado sus días a la caza del zorro, como habían hecho su madre y su hermana mayor. Reaccionando contra la acaudalada languidez de su padre, un caballero que se dedicaba a la ornitología y que hacía viajes al Amazonas en busca de nuevas especies de papagayos y somormujos, siguió el camino de anteriores generaciones de Cox que construyeron imperios financieros. Y no le hacía ningún daño el hecho de que montara, esquiara, cazara y jugara al tenis mejor que la mayoría de sus colegas masculinos, algo que les importaba más a ellos que a ella. A un hombre le resultaba más difícil tratarte como a una tía florero si lo habías machacado al squash la semana anterior. Podía odiarte, o quizá querría casarse contigo, pero sin duda dejaría de pedirte que le trajeras un café.

Tras una hora más analizando el flujo de caja, alzó la vista y vio las bolsas de ropa sobre el sofá.

—Christopher —llamó—. Vamos a ver esos vestidos nuevos. Enséñame lo que has traído.

—No hay prisa —exclamó él, todavía de mal café.

—Venga, de verdad que me muero por verlos.

El martes siguiente llegó con un cuarto de hora de retraso y encontró a Russell esperándola en la barra. Había engordado desde la última vez que lo había visto, pero todavía tenía pinta de universitario. Cara de chaval, una americana azul con tejanos y el toque coquetón de una pajarita. Le dio la sensación de que hacía años que no veía a un hombre sin algo que no fuera un traje de raya diplomática.

Su amistad era lo suficientemente superficial como para hacer que el beso en la mejilla resultara levemente incómodo; ambos habían puesto la misma mejilla y se corrigieron simultáneamente para poner la otra.

—¿Has estado en Providence últimamente? —preguntó él después de que se hubieran sentado.

—No he tenido tiempo.

Russell parecía nervioso, lo que hizo aumentar las sospechas de ella de que se trataba de una cita romántica. El camarero se acercó y los saludó con un fuerte acento centroeuropeo mientras disponía los pesados cubiertos.

—Una cubertería digna de hombres que se dedican a trinchar las grandes empresas estadounidenses —comentó Trina cogiendo un formidable cuchillo—. Este sitio es como un puesto avanzado de Wall Street —añadió, y explicó que su primer jefe siempre la llevaba allí con sus clientes—. Hay una especie de ley suntuaria que obliga a los banqueros de inversión a comer carne de primera rodeados de paneles de caoba y barandillas doradas.

Trina paseó la vista por el comedor. Dos mesas más allá, un hombre gordo la saludó con la mano. Sus acompañantes llamaban a gritos al camarero, señalando las copas vacías, mientras se

ensañaban con langostas gigantescas y costillas de primera calidad que rebosaban los bordes de los platos.

—¿Amigos tuyos?

Ella negó con la cabeza.

—Operadores de Bolsa —dijo—. Los hombres de Neanderthal del mundo financiero. Oralidad compulsiva. Se pasan el día entero chillando y soltando tacos por teléfono, nutriéndose de martinis, carne y puros.

—Pues los que os dedicáis a fusiones y adquisiciones no sois exactamente tímidos y retraídos.

—No, nos ocupamos de asuntos más serios —respondió ella con una voz profunda y masculina—. Pero dudo que tenga interés en estas cosas, señor Calloway.

—Pues, curiosamente, lo tengo.

—¿Russell Calloway, el poeta de la clase? Admítelo, te sientes muy superior a quienes nos andamos con dinero entre manos.

—Al contario, encuentro fascinante lo que hacéis. Especialmente ahora. Lo que es parte de lo que me ha llevado a pedirte que comieras conmigo.

No suena nada prometedor, pensó ella.

—Esperaba que recordaras que tenía un buen culo.

—En realidad, soy un hombre al que le va más el pecho —terció él con una mueca de chico malo y mirándola fijamente a los ojos.

—Conocí a una chica en el Concorde que te gustaría.

—Justo lo que necesito.

—¿Y qué necesitas?

—Hace poco me pasaron una novela para que la considerase. Creo que es buena. El protagonista trabaja en una empresa de tamaño medio. Cree que están a punto de echarlo y le atrae mucho la idea de comprar la empresa.

—No me parece ninguna locura.

—Bueno, es lo que quería saber. Quería que lo oyeras y me dijeras si es realista. Ese tipo no tiene dinero. Pide prestados unos setenta millones.

—Eso es una miseria —soltó Trina untando de mantequilla un trozo de pan—. ¿Por qué no haces que sean setecientos, solo para evitar que nos durmamos?

—De momento sigamos con lo que tenemos. El personaje no es rico.

—Todavía no lo es, pero ahí está la cuestión precisamente, en el endeudamiento. Las empresas importantes suelen adquirir las más pequeñas, pero ahora se ven pececillos que se tragan ballenas a diario. Los pececillos van al banco y piden dinero prestado para comprar a Moby Dick. Necesitan un aval para el préstamo, así los pececillos ofrecen la ballena, de la que todavía no son dueños, como aval. Luego, cuando se cierra el trato, pagan el préstamo con parte de la grasa de la ballena.

—Suena perfectamente razonable —dijo Russell con tono burlón.

—¿Quién dijo aquello de «Dame una palanca lo bastante grande y moveré el mundo»? Bueno, pues dame un buen apalancamiento financiero, una posibilidad de endeudamiento suficiente, y compraré la General Motors.

—Personalmente, no me gustaría —se quejó él—. Mi padre trabaja en la General Motors.

—Eres de Grosse Pointe, ¿no? Me gusta que los Pistons jueguen las series finales. —Trina se volvió hacia el camarero, que esperaba con torpeza junto a su mesa—. Cóctel de gambas, solomillo poco hecho, crema de espinacas y más de esta cafeína. ¿Ya sabes lo que vas a pedir?

Después de mirar la carta, Russell pidió lenguado y una ensalada.

—¿A qué se dedica la empresa de la que hablamos?

Russell titubeó. Ella alzó las palmas de las manos con gesto inquisitivo.

—¿Cría de cerdos, software?

—A la edición, básicamente.

—¿Básicamente?

Encogiéndose de hombros, Russell apretó los labios y la miró con unos ojos que parecían suplicarle que entendiera que tenía que ir inmediatamente al cuarto de baño; o eso, o estaba a punto de declararle su amor o algo así. Ella alargó la mano por encima de la mesa y la puso sobre una de las de Russell.

—¿Qué te pasa, encanto?

No recordaba que fuera un tipo tímido en absoluto. De hecho, acababa de acordarse de que una vez se habían dado un ebrio revolcón en un sofá, después de una fiesta universitaria. Pero había otra posibilidad.

—No sé leer la mente, pero así, a primera vista, diría que o quieres follar conmigo o quieres comprar una empresa.

Russell se ruborizó.

Ella negó con la cabeza y soltó una carcajada.

—De modo que quieres comprar la editorial donde trabajas, ¿no es eso?

Él se encogió de hombros, compungido.

—Y no tienes dinero. ¿Qué tienes entonces, muchachote? No sé si sabes que hay cientos de chicos y chicas como encorvados ante pantallas de ordenadores buscando posibles adquisiciones. Estamos en plena temporada, Russ, y el mundo editorial está últimamente en el candelero. ¿Cómo es que nadie le ha echado la caña hasta ahora a Corbin, Dern? ¿Por qué no ha habido ninguna oferta de adquisición? Y haz el favor de hablar en voz baja, porque si no lo haces, te vas a encontrar con ofertas esta misma tarde.

—Tengo cierta información que no se refleja en los balances.

—Espera un momento. ¿No controla la mayoría la familia?

—El cuarenta y uno por ciento.

—Eso lo vuelve casi imposible. —Trina lo miraba fijamente durante todo ese interrogatorio, lo suficientemente inclinada hacia él para captar el olor a café en su aliento. Sus ojos de un azul celeste resultaban incitadores; eran más fáciles de interpretar que unos ojos oscuros—. A menos que tengas a alguien de la familia que te apoye.

—Si te lo cuento todo ahora, ¿qué me queda?

—Puede que hagamos un trato. Pareces don Discreto.

—Llevas un vestido muy bonito —dijo Russell, mirándole de soslayo la pechera.

—Alguien lo compró para mí.

—Pues el que lo compró tiene buen gusto.

—Y además, sabe escribir a máquina.

—Pues no lo dejes escapar.

—Eso trato de hacer.— Hundió un trozo de langosta en la salsa rosa y mordió la mitad, perfectamente satisfecha de dar una falsa impresión sobre el hombre en cuestión.

—¿Qué más datos tienes, Russell?

—Inmuebles. El edificio de la empresa está completamente pagado y desapareció de los libros hace años. Valdrá diez millones, por lo menos.

—Podrías comprarlo y alquilar unos cuantos pisos. No está mal, pero no habrás sido el primero en enterarte de eso, ¿no? ¿Alguna cuenta oculta por cobrar?

—Media docena de libros de bolsillo que se han vendido mucho y que no aparecerán en los balances hasta el año que viene, o el siguiente.

El camarero llegó con los segundos.

—Tendrás que vender algunas de las divisiones para pagar las deudas.

—Aquí tengo las cifras —dijo él, y al levantar una cartera de cuero derramó el vaso de agua encima de la mesa.

—No importa —dijo Trina—. Casi no me he mojado.

—Ahora sabrás por qué en mi familia me llamaban el Patoso.

—En mi trabajo más vale no serlo. Por cierto, ¿qué pasa con los negros? ¿Por qué protestan?

—Creo que podemos sacarle cierto provecho al asunto —aclaró Russell, secando el mantel con la servilleta—. Hace bajar el precio de las acciones.

—Es posible que podamos poner la cosa en solfa —declaró Trina media hora después, dejando el cuchillo en el plato—. Empieza a parecer factible.

—Comes como una lima —observó Russell en broma, después de dejarse más de la mitad de su lenguado.

—Lo consumo.

—¿En el gimnasio?

—En el despacho. Mi trabajo habitualmente implica falta de sueño y gran producción de adrenalina.

—Pues no parece que eso te siente nada mal.

—¿Qué es de Corrine? ¿Seguís juntos?

—Ahí seguimos, sí. Está bien. Trabaja de corredora de Bolsa en Wayne, Duehn.

—¿De verdad? Eso está muy bien —dijo Trina, marcando mucho su acento sureño. Nunca le había gustado Corrine Makepeace, y el hecho de que fuera corredora de Bolsa de segunda categoría no mejoraba su opinión. Ser agente era una mierda. Había que hablar continuamente con paletos para que invirtieran. Casi equivalía a andar vendiendo de puerta en puerta—. ¿Has hablado de esto con ella?

—Claro que sí. Me ayudó con los números.

—No les pasará nada de esta información a sus clientes, ¿verdad?

—Trina, es mi mujer.

—Mi jefe, Nicholas Aldridge, lleva cinco años casado. No me preguntes cómo encontró tiempo para la ceremonia. Se pasa fuera de casa doscientos días al año, y cuando llama a su mujer nunca le dice dónde está ni con quién o cuándo volverá. Así funcionan los negocios.

—Corrine ya lo sabe.

—Tienes que ser reservado, incluso con Corrine. Si seguimos adelante con esto no debes volver a hablarle del asunto. Me gusta utilizar canales de comunicación seguros y a prueba de filtraciones. —Se estaba pasando un pelo, pero no quería tener a Corrine

Makepeace encima. Sonrió a Russell—. Lo único que digo es que no tienes que contárselo todo, ¿de acuerdo?

—Supongo que no.

Se acercó el camarero para decirle a Trina que la llamaban por teléfono. Ella pidió disculpas y contestó la llamada desde la barra, tendiéndole una tarjeta de crédito al camarero. Aldridge necesitaba verla de inmediato. Firmó la cuenta y se apresuró de vuelta a la mesa.

—Lo siento, tengo que irme volando. Déjame echarle un vistazo a esto y nos veremos la semana que viene, ¿vale? —lo besó en ambas mejillas y salió disparada hacia la puerta.

Trina se reunió con Russell y Leticia Corbin el sábado siguiente. Prepararon una propuesta para su jefe, pero pasó casi una semana antes de que ella tuviera oportunidad de hablar del tema con Aldridge. Habiendo dormido una media de tres horas por noche entre el lunes y el jueves, cuando por fin se sentó en el despacho de Aldridge la tarde del sábado, Trina sentía el adecuado agotamiento energizante del deber cumplido. La falta de sueño se había convertido para ella en el chute, como el récord del corredor de fondo, como los bonos basura que suben de valor en la cartera de un inversor. Estaba lista para cerrar otro trato.

Aunque las oficinas ocupaban la planta superior de una torre de cristal recién construida del centro, la guarida de Aldridge parecía el despacho del director de un antiguo colegio de Nueva Inglaterra, como al que el propio Aldridge había asistido. Lo más llamativo de la decoración era su colección de maquetas de barcos. Una reproducción con increíble detalle del *USS Constitution* de hacia 1812 se hallaba en dique seco sobre su escritorio Hepplewhite; clípers en miniatura, corbetas y galeones estaban fondeados en el mar de los Sargazos de caoba de un aparador de estilo colonial americano. Algunas maquetas eran regalos de los clientes, y

llevaban la fecha y el nombre del negocio que recordaban, además del nombre del barco.

Por medio de su relación con la vieja madera, las velas, el cuero marroquí y el tabaco cubano, Aldridge dejaba a las claras que descendía de banqueros de la vieja escuela. La admiración de Trina por su estilo se veía velada de cierta impaciencia. La cautela de su jefe le impediría para siempre convertirse en el mejor jugador de todos.

Trina había llevado consigo a la reunión a Chip Rockaby, un asociado reciente, que la había ayudado con los números. Era un tipo seguro de sí, con aspecto de perro cobrador; hasta se parecía a un golden retriever con su gran cabeza rubia y unos ojos azules alegres e ingenuos. Una vez que olisqueaba un negocio, no lo soltaba hasta que se lo arrancabas de la boca y le dabas unas palmaditas.

—Ya veo por qué te gusta tanto este asunto —dijo Aldridge, con la cabeza echada hacia atrás y dando chupadas a su Montecristo para encenderlo, con los carrillos hinchados como los de Dizzy Gillespie.

Trina se preparó para la antistrofa.

—Los números están bastante bien... —Aldridge hizo una pausa y se quitó el puro de la boca, y lo contempló como quien está encantado de saber que aún hay cosas en la vida con las que se puede contar—. Aunque no sean muy altos.

—Creemos que va a estar chupado —intervino Chip—. Será como lanzar un penalti.

A por él, chico. Busca, busca. Ahí lo tienes.

Sonó el teléfono.

—Perdonad un segundo.

Gruñendo monosílabos por el auricular que sujetaba encajado en el hombro, Aldridge empezó a darles vueltas a sus gemelos, unos rombos de oro con monogramas. Los de la oficina consideraban a Aldridge el modelo de la elegancia. Sus camisas y trajes, hechos a medida en Inglaterra, tenían cierto aspecto fluido y desmadejado

que a Trina la hacían pensar en billetes de dólar manoseados. Llevaba puños con gemelos, camisas con el cuello sujeto con un alfiler. Los dibujos de las corbatas, cuando lo tenían, resultaban casi invisibles. Rockaby llevaba la versión juvenil del traje de la empresa: camisa blanca o azul de Brooks Brothers, traje de lana recto azul o gris, y corbata de rayas a juego. Ese día tocaban camisa azul y traje gris. Nadie lo decía, que Trina supiera, pero estaría mal visto que Chip, que solo tenía veinticinco años, apareciera por la oficina con un traje hecho a medida y unos gemelos. Para eso tendría que esperar a ser socio. Con la internacionalización de los negocios uno veía a empleados de otras empresas con tirantes y con esas camisas de payaso a rayas y con gran cuello blanco de Turnbull & Asser, pero en esa casa uno jamás llegaría a socio con ese tipo de atuendo. La propia Trina se atenía a trajes sastre de los modistos más conservadores y con el dobladillo de la falda a la altura de la rodilla, enseñando solo lo suficiente para recordarles qué cuarto de baño utilizaba.

Poniéndose el puro de nuevo entre los dientes después de colgar, Aldridge se insufló energía con una intensa chupada y luego soltó un suspiro.

—¿Crees que es factible? —le preguntó a Trina.

—Estoy segurísima.

—Sobre el papel no pinta mal, te lo concedo. Pero no es solo cuestión de recursos financieros. Ese chico, Calloway, todavía no ha demostrado que tenga madera de director. Nos quedaríamos sin directivos con experiencia.

—Incompetentes —puntualizó Chip.

—Es bueno —insistió Trina—. Han estado preparándolo para ser director editorial.

—Es posible. Pero es un negocio de esos que se basan en las relaciones. Podemos tomar la ciudad y encontrarnos con que el oro, el trigo y las chicas han desaparecido.

Ya está otra vez, pensó Trina. Llegó la hora de las parábolas.

—En este caso, pongamos que los escritores son las chicas. Que las relaciones comerciales con otros editores y con los agentes... son el trigo, y el buen nombre de la firma, el oro. Todas esas cosas pueden desaparecer de la noche a la mañana si iniciamos una adquisición hostil.

Aldridge dio chupadas aún más fuertes a su puro, como un submarinista reacio que se dispusiera a sumergirse.

—He hablado con el comité ejecutivo. Y vamos a tener que dejarlo pasar, Trina. Sé cuánto te gusta. Podrías tener razón, y te agradecemos que lo hayas planteado. Pero ya sabes qué pensamos de las absorciones hostiles. No queremos comprometer nuestras relaciones con los clientes... en especial por un asunto de tan poca relevancia.

Dejó el puro en el cenicero y miró el reloj.

—¡Caramba! Tengo que irme. He quedado para tomar una copa en el Racquet Club.

—¿Cuándo vas a proponerme como socia? —preguntó Trina.

Aldridge sonrió con poca convicción. Era una vieja broma entre ambos, pero todavía lo desconcertaba un poco; a las mujeres no les estaba permitido formar parte del Racquet Club. Sonrió tímidamente y murmuró:

—Lo siento.

—Lo lamentarás —sentenció Trina unos minutos más tarde, en el reducto seguro del servicio de señoras—. Viejo plasta.

15

—¿Qué quiere exactamente ese Parker? —preguntó Corbin *el Viajes* con la bronceada frente fruncida de perplejidad y tan lejos de su elemento como el salmón enmarcado en la pared encima de su cabeza.

Robaros el coche y violar a vuestras mujeres, tuvo ganas de contestar Washington, pero se daba cuenta de que sus oyentes blancos estaban extremadamente tensos. Y él también lo estaba, por cierto. Ahí, en el despacho de Corbin, bajo los acusadores ojos de cristal de los peces y animales disecados, Washington compartía el mullido sofá de cuero con Harold y Kleinfeld, tratando de contener un pedo incipiente y esperando sonar más seguro de lo que se sentía.

—Sobre todo quiere publicidad. Ese tío es heliotrópico como una planta y aumenta de tamaño cada vez que disparan un flash cerca de él. Esto es puro teatro político, ¿entendéis? Necesita zurrarnos un poco. Necesita que los suyos lo vean zurrarnos. También adora hacerse el importante, conseguirles unos cuantos empleos a los hermanos, algo de dinero para su organización. Pero la publicidad es lo fundamental.

Aunque la atención de la prensa a la protesta contra Corbin, Dern había disminuido por el momento, y el propio Parker aparecía muy de uvas a peras, un pequeño contingente de seguidores suyos continuaban montando guardia con pancartas ante el edificio tras el cordón policial. Rasheed Jamal, que llevaba un collarín ortopédico, había presentado una denuncia contra los dos guardias de seguridad que lo habían echado y contra la editorial. En parte como resultado de eso, las acciones de Corbin, Dern habían bajado de quince a doce y medio.

—¿Cómo podemos librarnos de ese gilipollas? —quiso saber Kleinfeld.

En cuanto único negro de la habitación, se suponía que Washington tenía que saber de esas cosas; debía interpretar los tambores de la selva para los sahibs blancos. Pero justo ahora estaba preocupado con la idea de que ninguno de ellos diría nada si él le hacía daño a alguno; pensarían: «Sí, esos negros comemierda».

—Podemos sentarnos a esperar —propuso Washington—, o hablar con él con una chequera preparada.

—¿Por qué no le decimos que se vaya a tomar por culo? —sugirió Kleinfeld.

—Porque tenemos una reputación que mantener —contestó Harold de mal humor. Aunque no era un completo idiota, Kleinfeld sí podía ser, en opinión de Harold, un completo filisteo.

—Y Parker lo sabe —añadió Washington en voz muy alta, apretando los abdominales—. Y esa es una de las razones por las que nos ha elegido. Se figura que no nos gustará nada perder nuestra fama de intelectuales progresistas.

—¿Qué se sabe de la vida privada de Parker? —se preguntó Kleinfeld en voz alta—. Quiero decir que si es vulnerable. ¿No podemos sacarle algún trapo sucio?

—Por Dios, Jerry —soltó Harold—. Limitémonos a fijar una reunión con ellos para escuchar sus peticiones.

—Tendremos que agitarles unos cuantos billetes en las narices —dijo Washington.

—Bueno, he ahí el precio de jugar limpio —explicó Kleinfeld, mirando furibundo a Harold—. Washington, ¿podrías arreglarlo tú?

—Tiene que dar la cara uno de vosotros. Mandarme de intermediario es el modo equivocado de hacer las cosas.

—Muy bien, muy bien —concedió Kleinfeld.

—Por el amor de Dios —intervino Corbin con el tono de un hombre con la paciencia y la atención a punto de agotarse—. Cuando yo era niño, el abuelo solía invitar a Ralph Ellison en su casa de Connecticut.

Washington ya no pudo contenerse más.

Como era casi mediodía, Washington decidió encaminarse a su cita para almorzar en Lola, con tiempo suficiente para detenerse en un cajero automático, pues llevaba varios meses sin hacer su cuenta de gastos, por lo que no se los habían reembolsado y en consecuencia era posible que su tarjeta de crédito no funcionara.

En el cajero automático tuvo que hacer una larga cola. Cuando por fin le llegó el turno, Washington metió la tarjeta por la ranura y marcó su número secreto. Mientras esperaba la respuesta, tuvo la sensación de que los que aguardaban detrás de él, todos blancos, se ponían tensos. Podía leerles los pensamientos: «Esperemos que este tipo de color no tarde demasiado. No es que yo tenga prejuicios, pero siempre andan muy despacio por la acera cuando uno tiene prisa. Algo les ha quedado de la época en que eran esclavos y no les pagaban por trabajar, o de África, donde hace tanto calor, pero ahora mismo me da igual, tengo mucha prisa… maldita sea, nosotros los blancos tenemos muchas cosas que hacer».

OPERACIÓN NO DISPONIBLE EN ESTE MOMENTO.

—Mierda —soltó Washington en voz alta.

No pasaba nada con su cuenta, ahora mismo tendría que haber ahí dos de los grandes, fácilmente. Apretó el botón de EXTRACTO, oyendo cómo arrastraban los pies y murmuraban los de la cola, y notando que sus ojos le taladraban la espalda. Siempre que le había pasado algo así, contaba con que la máquina podía fallar, pero ahora estaba seguro de que se había cometido algún error y no por culpa suya, cojones, y además, él no era ningún puto negro de un gueto con la cuenta en números rojos, aunque los números del cajero dijeran que sí. Si hubiera sido su banco habría irrumpido en él exigiendo justicia. Hizo un nuevo intento mientras procuraba ignorar los ruidos de los blancos cabreados. Finalmente, recuperó su tarjeta y se internó a grandes zancadas en la multitud que abarrotaba la acera.

Cuando apareció por el despacho de Russell unas horas después, había convertido su humillación en anécdotas divertidas. Le contó a Russell que había ido al servicio cuando estaban a punto de traer la cuenta y se quedó allí un rato, dejando que el editor holandés de tres al cuarto se ocupara de ella, y luego hizo gala de gran sorpresa e indignación cuando al volver se encontró con que la cuenta ya estaba pagada. Y en cuanto a su ataque de flatulencia de la mañana… bueno, vaya número, un *épatement* deliberado de la burguesía. Al cabo de unos minutos, se dio cuenta, para su asombro, de que se sentía mejor.

Si alguien le preguntaba, podía decir con justicia que Russell era de los suyos, uno de sus mejores amigos, pero se tiraría por la ventana antes que parecer demasiado vulnerable ante él. Creía que Russell contaba con él para ser simpático y mantener las apariencias. No era especialmente consciente de que disimulase; le resultaba natural ser de un modo con Russell y de otro con Harold, y una persona completamente distinta cuando estaba con otros negros.

Aunque Washington hubiera querido confiarse a Russell, este no habría comprendido del todo el elemento racial, cómo Washington siempre se sentía como la única mujer de la habitación cuando anunciaban Tampax en la tele. Cuando la cagaba, en cierto modo siempre le parecía llevar la N escarlata escrita en el pecho. Russell estaba como una regadera en lo que respectaba al «problema» racial. Unas veces, incluso olvidaba que Washington era negro, y otras, solo pensaba que eso era estupendo, aunque la verdad era que le importaba un pimiento; todo eso ya lo había resuelto el movimiento de los derechos civiles, hermano, y a nosotros, los blancos inteligentes, educados y decentes nos gusta mucho tener amigos negros. ¡Choca esos cinco! Ocasionalmente, Russell se imaginaba que tenía algo más de estilo que los demás por andar por ahí con negros. Pero el Patoso se comportaba como era debido, no era como esos blancos que tanto lo intentan, joder, y que van y te

sueltan, como por casualidad: «¿Sabes? La verdad es que me gusta el nuevo álbum de Michael Jackson», y «Vi a Jessie Jackson dar un discurso muy interesante el otro día en Chicago». ¿No me digas? Bien, pues cojonudo, chico blanco, gracias. Y a mí me gusta el viejo Jackson Browne.

En aquel preciso momento, Russell parecía muy lejos de allí; lucía una expresión preocupada que, para la mirada desconfiada de Washington, estaba cargada de culpabilidad.

—Estoy bien —insistió con poca convicción cuando se lo preguntó.

—¿Tienes problemas en casa? —Washington nunca había creído en la perfección de la unión de los Calloway, aunque solo fuera porque todos los demás creían en ella. Y no consideraba que la monogamia fuera una situación viable.

En respuesta, Russell negó pensativamente con la cabeza.

—¿Sabías que esa puta cara de Casey Reynes está embarazada? —dijo, como saliendo de un trance.

—Hostia, no me digas.

—Y ahora Corrine está anhelando reproducirse.

—Espero que el niño sea blanco.

—¿Qué? Espera un momento... —Russell estudió atentamente la cara de su amigo—. No me digas que tú… No puede ser.

—Vale, como tú digas, yo no…

—No te creo —interrumpió Russell, claramente a la espera de que lo convencieran—. Casey Reynes. ¿Su majestad la reina de Wilmington, Southampton, Park Avenue y Belgravia? ¿Te la follaste?

—Un caballero no habla de esas cosas.

—Tú no eres un caballero.

—Muy bien, pues me la follé.

—¿Cuándo?

—No tengo la agenda a mano.

—Eres tremendo —soltó Russell alegremente.

—Hablando de joder, ¿qué piensas del nuevo relato de Jeff?

—¿Qué nuevo relato?

—En el último número de *Granta* —contestó como quien no quiere la cosa.

A Washington le gustaba contar las noticias en persona, y pudo ver que esta había causado efecto cuando la expresión de Russell pasó de la perplejidad al cabreo. Aunque el relato de Jeff hubiera sido inofensivo, a Russell le molestaba enterarse de su existencia por otra persona.

—Es sobre una pareja joven de Nueva York, sofisticada y muy en la onda. No está mal, un poco más subido de tono que sus relatos anteriores. Iba a preguntarte si forma parte de la novela, pero supongo... —Dejó que Russell completara la idea, sabiendo como sabía que era demasiado orgulloso o estaba muy enfadado para pedirle su ejemplar de la revista, y al tiempo siendo consciente de que había sido un tanto cruel al mencionárselo. Pero sentía curiosidad: el relato se basaba claramente en Russell y Corrine. Washington se puso de pie—. Puede que a ti te sobre el tiempo para tocarte la pera, pero yo tengo muchas cosas que hacer. —Añadió *sotto voce*—: No te importará si invito a una copa a esa nueva secretaria tuya tan guapa, ¿verdad?

Los manifestantes ya se habían ido cuando Washington salió de la oficina; menudos cabrones. Trataban de joderle la vida. Pero ahí estaba, pisando fuerte en el fresco anochecer, inhalando el olor del cemento y captando las hormonas femeninas en el aire, tras haber sobrevivido a una jornada más. Había pensado en seguir trabajando en el libro sobre Fanon, pero incluso al interior de su despacho herméticamente cerrado le había llegado la llamada de la noche de primavera. Y en la puerta de su corazón oía los arañazos de un perro que necesitaba que lo sacasen a dar un paseo.

16

A las seis y cuarto de una mañana de mayo tan fresca como fruta recién cogida, una larga limusina gris se detuvo junto al bordillo ante una mansión de piedra de una de las calles setenta del Este, llevando a la zaga, como si fuera una cría de su especie, un sedán gris. Cuatro tipos que abusaban de los esteroides, armados y decorosos con sus trajes oscuros con chaleco incluido, se apearon de esa flota, dos de ellos para montar guardia en la acera junto a la puerta mientras los otros dos ocupaban posiciones en sendas esquinas.

A las seis y media, el residente más importante de la casa apareció en la parte superior de la escalera, empequeñecido por otro guardaespaldas. Casi regordete, sin sombrero en la cabeza rosácea y prácticamente calva, enfundaba la atildada figura en un traje cruzado gris marengo, de corte demasiado moderno para un banquero y no lo suficientemente dramático para un gánster; medía uno sesenta sin zapatos, uno sesenta y cinco con sus mocasines con alzas. Los hombres lo esperaron abajo, tensos en sus gabardinas, mientras su jefe miraba a uno y otro lado de la calle, se metía un dedo en la boca y lo alzaba para saber de dónde soplaba el viento.

—Como dice Bobby Dylan, no hace falta un hombre del tiempo para saber de dónde sopla el viento, ¿verdad? —Un alegre coro de asentimiento se elevó de sus tropas—. Y no hace falta un detective para saber quién le sopla a quién. O quién es el soplón. Ese es mi consejo gratis de hoy, chicos. Y ahora, en marcha.

Cada mañana, de lunes a viernes, Bernard Melman salía hacia el trabajo de ese modo. Su casa, construida por un vástago del vampiro financiero Jay Gould, era una de las mayores residencias privadas de la ciudad, y en la actualidad compartía una manzana entre la Quinta y Madison con un club, una guarida secreta de la CIA,

varias mansiones subdivididas en apartamentos y los consulados de dos potencias extranjeras con problemas.

Si el tiempo era inclemente, Melman se subía a la limusina que le esperaba, donde se le unían dos hombres mientras los otros entraban a toda prisa en el sedán, y de ese modo la caravana se ponía en marcha Quinta Avenida abajo. Pero ese día se encaminó a pie hacia Madison, y los guardaespaldas se desplegaron rápidamente alrededor en formación en cuña mientras los vehículos arrancaban en la otra dirección y doblaban hacia el sur en la Quinta, y los taxis hacían sonar la bocina y viraban bruscamente hasta el carril central para adelantar a la lúgubre caravana, que seguía su avance a paso de peatón avenida abajo, paralela al grupo de la acera de Madison, conectada con él por medio de walkie-talkies. Hasta hacía poco, esos coches habían sido negros, pero alguien escribió en una revista que parecía un cortejo fúnebre, y Melman había cambiado de inmediato a coches de tono más claro, comentando que no se trataba tanto de que fuera supersticioso como de que aborrecía la idea de que la gente pudiera creer que la cuenta de los coches que utilizaba él la pagaba un cadáver.

Entretanto, en Madison, corredores madrugadores y personas que paseaban perros cedían el paso a esa fuerza irresistible de gabardina negra. A Melman le encantaba inquietar a sus tropas, deteniéndose bruscamente o haciendo un giro caprichoso, para ponerlos a prueba como haría un entrenador.

El guardia que cubría la izquierda aquella mañana de mayo, ignorando por completo el interés de su jefe por los spaniels king charles, recibió un cachete por no abrir filas para permitir que Melman admirara un par de perros de esa raza que llevaba calle abajo una matrona elegante y delgada de pelo azulado.

—Hacedme un poco de sitio, chicos. —Cuando se agachó para acariciar a los spaniels marrones y blancos, Melman prácticamente ladró—. Qué buenos perritos sois. En casa tenemos cinco —informó a la dueña.

—Los adoro —contestó la mujer, un poco nerviosa—. No sé qué haría yo sin *Paolo* y *Reggie*.

Dudando entre si aquel hombre era alguien muy importante a quien debería conocer o simplemente un gánster, decidió que lo más inteligente era seguirle el juego, y el hecho de que tuviera cinco king charles sin duda hablaba en su favor, pues eran los perros que tenía la gente bien, Pat Buckley y todo ese grupo. Entre los jóvenes profesionales con ambiciones estaba ahora de moda tener un sharpei o dos: esos bichos con pinta de máscaras chinas, sin pelo, arrugados, que parecían cerdos envueltos en hojaldre a medio hacer, y que en opinión de la señora solo podían gustarles a quienes se sometían a la tiranía de la moda. Los king charles, por otra parte, eran bonitos y del tamaño justo, como la mayoría de perros que prefería aquella mujer madura y cultivada, y relativamente tranquilos y poco bravucones comparados con los yorkshire terriers y los caniches; así pues, no pudo evitar pensar bien de un hombre que tenía cinco.

—Sed buenos, pequeños. Y que pase muy buen día, señora —dijo Melman a modo de despedida, haciendo una pequeña mueca al incorporarse porque sufría de un dolor crónico de espalda; los matones volvieron a cerrar filas en torno a él.

El complicado sistema de seguridad de Melman era, como dirían sus detractores, del todo innecesario, pues desempeñaba la misma función que su Tintoretto o los rubíes de su mujer. Aunque sí había quienes se llevarían una alegría ante la noticia de la muerte de Bernard Melman. En el curso de una docena de adquisiciones de empresas, cuatro de ellas hostiles, se había creado enemigos, pero probablemente ninguno de ellos iba a pegarle un tiro en plena calle. Y aunque su nombre y su foto aparecían con frecuencia en la prensa, era igualmente improbable que lo asaltara un grupo de admiradoras enloquecidas. Sus rivales ridiculizaban aquel séquito, al igual que su regio nivel de vida y consumo; periódicamente, ciertas voces de la prensa y de la comunidad financiera cuestionaban sus métodos.

En cuanto hombre que no mendigaba aprobación, Melman atribuía la animosidad que inspiraba en algunos ambientes a la envidia y el antisemitismo, y al miedo y la avaricia de los antiguos miembros del mundo empresarial estadounidense. Era el desconocido que se atrevía a pedirles la mano de sus hijas, corporativamente hablando, dándoles a entender que, si se la negaban, podía fugarse con ellas. Había empezado con una birriosa empresa que fabricaba muebles de la que era dueño un tío de su primera mujer y que utilizó como vehículo para adquirir otras empresas mayores. Era un pececito que se zampaba atunes. Los peces gordos siempre se reían de él, hasta que de repente se apagaban las luces. Entonces lo llamaban tiburón. Solía vender partes de las nuevas empresas quedándose con las pérdidas fiscalmente transferibles o con otros bienes útiles que fusionaba con el resto de su imperio. Sabía ver el valor donde nadie más lo veía: en el procesado de alimentos, la fabricación de juguetes y cemento, las cadenas de tiendas de restos de serie y de repuestos de automóviles. Una y otra vez conseguía adelantarse a los analistas de valores, no solo al comprar, sino al vender en el último momento.

Melman había dejado la universidad durante un año después de padecer una depresión nerviosa. Le diagnosticaron un trastorno maniacodepresivo, y su estado había mejorado en parte gracias a la medicación. Sus arrebatos de comprar se alternaban con periodos de reducción de gastos que, como solo sabían sus más próximos asociados, a menudo coincidían con sus periodos de depresión. A ese ritmo había amasado una fortuna que estaba a punto de rebasar los mil millones de dólares, y de repente se había aficionado a la historia. Se puso a leer biografías de constructores de imperios como Alejandro Magno y Julio César, y de los maestros de las finanzas de la primera edad de oro norteamericana de un siglo antes, consciente del hecho de que, desde entonces hasta ahora, ningún particular había hecho en lugar alguno tanto dinero ni tan deprisa como él y un puñado de hombres que vivían en un radio de cinco manzanas con respecto a su casa. Unos pocos de los nuevos plutócratas tenían

su base en Los Ángeles o Londres, pero los mercados financieros a partir de los que habían surgido esas fortunas, en la medida en que contaran con una localización física, tenían su base en Nueva York, y todos los nuevos titanes mantenían una residencia dentro del kilómetro aproximado entre Park Avenue y la calle Setenta y dos, decoradas por los mismos dos o tres decoradores.

Bernard Melman no carecía de amigos y admiradores. Ningún periodista tenía problemas para encontrar testimonios citables de su amabilidad y generosidad. Su segunda mujer, una rubia amazónica despampanante que había sido la ayudante del decorador cuando Melman había hecho que le reformaran uno de sus pisos cinco años atrás, se dedicaba en exclusiva a él. Huérfana de una oscura familia de los Apalaches, muchos la consideraban la más guapa de las mujeres florero de la nueva sociedad de Nueva York, y se rumoreaba que era absolutamente fiel a su marido.

Los banqueros y abogados de Melman lo adoraban; los administradores del museo Metropolitan, en cuyas narices hacía oscilar una zanahoria con la forma de donación de diez millones de dólares, no escatimaban alabanzas. Muchos de los especialistas en arbitraje que especulaban en las transacciones de adquisiciones le estaban profundamente agradecidos. Y eran muy pocos los antiguos anglosajones protestantes blancos de buena cuna y los judíos más poderosos que no estuvieran encantados de asistir a sus fiestas; lo que quedaba de la antigua buena sociedad de Nueva York ya no era ni mucho menos lo bastante vital, después de la democratización de los ataques relámpago de los años setenta, para resistirse a la transfusión de ese dinero nuevo de los ochenta. Y por qué deberían hacerlo, sugerían algunos de sus miembros. Si a los Rockefeller les había costado una generación conseguir que los admitieran en los salones de los Astor, a los actuales magos de las finanzas les bastaban unos cien millones de 1987 para conseguir una lista de invitados entre los que se encontraban los nombres de mayor alcurnia y los famosos de alto voltaje.

Algunos judíos de la comunidad financiera abrigaban el temor, que rara vez expresaban y solo en susurros, de que Melman y otros bucaneros financieros les estuvieran dando mala fama. Melman molestaba un poco a los de la vieja escuela, la gente cuyas familias llevaban un siglo viviendo en la Quinta Avenida y habían fundado las grandes casas inversoras judías que Melman había sorteado en su impaciencia por realizar adquisiciones, y que se sentían orgullosas de decir que no sabían situar Cleveland, lugar de nacimiento de Melman, en el mapa.

Melman y su grupo se unieron a la caravana de automóviles en el cruce de la calle Cincuenta y nueve con la Quinta Avenida, y llegaron a la oficina un poco antes de las siete. Melman se inclinó para besarle la mano a su secretaria personal, Denise, que soltó una risita nerviosa, halagada y ruborizada como todas las mañanas.

Una vez en su despacho, uno de los dos guardaespaldas que le acompañaban lo ayudó a quitarse el abrigo y a colgarlo en el armario. Después los dos se retiraron discretamente. Cuando Melman cogía el *Wall Street Journal*, que reposaba sobre su mesa, un hombre de aspecto frágil entró cojeando en el despacho, arrastrando la pierna derecha a cada paso, y con el brazo derecho a un costado en un ángulo extraño.

—Estaba hablando con Londres —dijo el hombre, tomando asiento al otro lado del escritorio de Melman.

—Deberían hacerte ciudadano honorario de ese sitio —dijo Melman alegremente—. Prácticamente tienes su acento. Siempre estás hablando con Londres cuando te necesito. Malditos bebedores de té. Resulta difícil de creer que gente como ellos haya controlado el mundo alguna vez. La única explicación posible es que asustaran a todos los demás con su forma de hablar. «Le ruego que me disculpe, pero la verdad es que debemos insistir en apoderarnos de su país. Sean buenos chicos y carguen con nuestras cosas, ¿de acuerdo?»

—Tenemos una empresa allí que no va nada bien. No nos haría ningún daño que te concentraras un poco en ella, Bernie.

—En cuanto lo hiciera, tú te pondrías a hablar de ese modo —dijo Melman, aunque nadie más que escuchara a Linder lo consideraría probable. El propio Melman parecía muy divertido ante la idea—. Entrarías aquí renqueando con una puta falda escocesa.

—Hace falta que hables con ellos hoy mismo.

—¿Es que he de pasarme el día entero supervisando cosas? Lo que yo hago es cerrar tratos.

—Lo sé.

—Llevo semanas sin un buen negocio, Carl. Es como no haber follado.

—Eso también lo sé. —La analogía entre negocios y sexo era uno de los temas favoritos de Melman, aunque Carl Linder se preguntaba muchas veces cuándo habría sido la última vez que su jefe se había acostado con alguien, y si lo habría encontrado tan interesante como cerrar un buen trato.

—Creo que voy a comprar esa editorial.

—No veo por qué.

—Me gustan los libros.

—Eso sí que no lo sabía.

Melman señaló la estantería de palisandro llena de hileras de volúmenes encuadernados en piel. Se levantó, cogió uno y lo alzó, sopesándolo para demostrar su solidez.

—Muchos compran libros falsos para decorar sus despachos, largas hileras de supuestos libros que en realidad son tiras de cuero pegadas a un tarugo de madera.

—No olvides que estás hablando conmigo, Bernie. Tu decorador compró esos libros por lotes.

Melman abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza con tristeza.

—Eso no significa que no me gusten. En casa tengo mis propios libros. ¿Has leído a Plutarco? —preguntó Melman—. ¿A Plutarco hablando de César? Bueno, pues deberías. Tendrías que saber de algo más que de números. —Aunque se había graduado en Denison

y la Facultad de Empresariales de Wharton, Melman tenía el toque de inocente entusiasmo del autodidacta en lo que se refería a las humanidades, a las que había llegado en los últimos tiempos. La gente no entendía lo mucho que uno debía esforzarse, reflexionaba con frecuencia, después de haber tenido éxito dedicándose exclusivamente a los negocios, para adquirir los hábitos, aficiones e intereses de los ricos.

Al brazo derecho y especialista en números de Bernie Melman le preocupaban esos últimos intereses. Nunca predecible, Melman se liberaba cada vez más de las restricciones cotidianas y de las convenciones del sentido común a medida que se incrementaba exponencialmente su riqueza y poder. Y su enfermedad, por controlada que la tuviera con sulfato de litio, siempre amenazaba con manifestarse. Carl Linder temía que Bernie hubiera experimentado una escalada hacia una fase maniaca muy intensa durante los últimos dieciocho meses. Cada vez resultaba más imperial.

A Linder y a otros les parecía que la reciente adquisición del gigantesco imperio de la moda cuyas oficinas ocupaban ahora respondía a consideraciones extrafinancieras. Los del consejo de administración de la vieja empresa se resistieron a los avances de Melman y cortejaron a otros licitadores, y el precio final que pagó Melman superaba incluso la estimación más optimista y parecía reflejar su deseo de poseer una gran empresa con una imagen atractiva después de muchos años de cemento y tiendas de rebajas. El día después de haber tirado de la cuerda para abrir su dorado paracaídas de siete millones de dólares, uno de los antiguos directivos de la empresa comentó desdeñosamente al *New York Times* que era el precio más elevado que se había pagado jamás por una buena mesa en el Club 21. El propio Linder consideraba que estaba bien comprar obras de Picasso y Léger con objeto de mejorar la imagen. Además, se convertían en excelentes inversiones. En realidad, a él no le gustaban especialmente el desnudo de Modigliani, el saltimbanqui del periodo azul de Picasso o el collage

de Braque que colgaban en los despachos. Él se imaginaba compitiendo con todos esos otros tipos y sus mujeres. Incluso en el caso de los diez millones que Melman pensaba donar al Metropolitan, los términos estaban claros: uno compra prestigio, buena prensa, y consigue deducciones en los impuestos. Pero comprar una empresa era algo muy distinto. Linder creía en los detalles y en los números, que junto a las leyes fiscales que favorecían la deuda frente a los recursos propios, constituían la base del imperio de Melman.

Melman orbitaba ahora en torno a su escritorio, paseándose como un loco, haciendo lo que Linder, normalmente poco dado a las metáforas, llamaba sus movimientos de hámster. Su hija pequeña había tenido una vez una pareja de esos bichos, que corrían obsesivamente haciendo girar su rueda, y Bernie, cuando se encontraba en plenas negociaciones, casi no podía ni permanecer sentado, ni siquiera mientras hablaba por teléfono. Siempre se movía en el sentido de las agujas del reloj. Al final de cada jornada, una de sus secretarias tenía que desenrollar los cordones de los teléfonos de su despacho, dándoles vueltas en sentido contrario.

Bernie Melman tenía sus razones para querer comprar Corbin, Dern, pero aquello exasperaba a Linder. Desconcertar a los empleados y seguidores era uno de los secretos del liderazgo. Corbin, Dern era calderilla y no prometía una liquidez inmediata ni aunque Melman se deshiciera luego de la empresa, pero la edición de libros proporcionaba cierto prestigio y la adquisición se adecuaba estratégicamente a su programa a largo plazo, abriéndole la puerta a una industria en la que quería entrar. Los medios de comunicación estaban en el candelero, sin duda. Además, le intrigaba la chica que le había propuesto aquel asunto. Tenía a un montón de pimpollos banqueros llamando a su puerta, pero aquella joven era distinta.

Melman estaba encendiendo el primer puro cuando su secretaria anunció a Trina Cox.

—Quédate —le dijo a Linder mientras se sentaba a su escritorio.

Hicieron pasar a Trina y le indicaron una butaca de cuero. Llevaba un traje chaqueta de un rojo intenso y muy entallado.

—Bonito modelo. De Donna Karan, ¿verdad?

Trina bajó la vista hacia la falda y se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a Christopher. —La butaca tenía un asiento de cuero muy tirante que se inclinaba hacia abajo en el trasero y hacía que las rodillas quedaran en alto, lo que volvía difícil echarse hacia delante o mantener la falda pegada a las piernas.

—¿No os conocíais? Trina, Carl, etcétera... Carl no puede quedarse mucho rato… tiene una cita para cazar zorros con Lady Di. —Viendo que Trina se arreglaba la falda al sentarse, añadió—: Vi a tu jefe, Aldridge, en Mortimer's la otra noche. ¿Qué le pasa a ese tío? ¿No es un poco estirado? —Melman sentía curiosidad por poner a prueba la lealtad de Trina y su capacidad de observación.

—Es de la vieja escuela. Un poco conservador, sí.

—Puede que demasiado blando para tu gusto, ¿no?

—Creo que estamos perdiendo unas oportunidades excelentes.

—¿Como Corbin, Dern?

—Por ejemplo.

—Vamos a ocuparnos de eso. Háblame de ese Calloway. ¿De verdad puede hacer que participe un miembro de la familia? ¿Quién? ¿Esa hermana yonqui? Tiene que ser ella. A la otra la he conocido en Palm Beach, una auténtica Eva Braun... una reina de la vida social, tiesa como si le hubieran metido una fusta por el culo. De manera que se trata de la yonqui, ¿no?

—Digamos que hay datos que todavía no deben salir a la luz.

—Vamos, guapa, ¿estamos haciendo negocios o dándonos caña mutuamente?

—Estamos decidiendo si podemos hacer negocios juntos, Bernard.

Melman enarcó las cejas ante ese uso inesperado y posiblemente poco respetuoso de su nombre de pila. Como a muchos tipos poderosos, le gustaba que le llamaran por su apodo. Se echó hacia atrás en el asiento, alzó la vista al techo y soltó una

nube de humo, que pendió sobre él como un pensamiento inquietante. Haciendo caso omiso del gran cenicero de mármol en el centro de la mesa, dejó caer la ceniza en una taza de café medio llena.

—Eres una niña bien americana descendiente de británicos, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Los Cox nos perdimos el *Mayflower*, pero vinimos en el siguiente.

—¿Se folla Calloway a esa yonqui?

—Me sorprendería muchísimo.

—Te sorprendería, ¿eh? Pero no estás segura, ¿verdad? Mira, guapa, lo primero de todo... Porque estás haciendo negocios conmigo, ¿o no...? Pues lo primero de todo es estar enterado de la mierda que te rodea, convertirte en la autoridad mundial con respecto a tu objetivo, ¿entiendes? Te enteras de qué nombre murmura en sueños la mujer de tu oponente, con quién come en Le Cirque y cuál es su posición favorita. Averiguas todo lo que se puede averiguar. Saber es poder, ¿o no?

—Calloway no se folla a la hermana.

—¿Te folla a ti?

—Solo en sueños.

Melman sonrió.

—Solo en sueños, bien. Me gusta eso.

—Russell está felizmente casado. Su mujer es corredora de Bolsa. Y según mis servicios de inteligencia ninguno de los dos anda follando por ahí con otras personas.

—O bien deberían estar en un museo o la información de tus fuentes es errónea. —Echándose hacia delante, Melman dio unos golpecitos con el puro en el borde de la taza y dejó caer la ceniza—. Fidelidad... en esta época. Fidelidad no es más que el nombre de una agencia de Bolsa.

Trina era consciente de que la falda se le subía muslo arriba cada vez que se movía; estaba casi convencida de que habían

diseñado la butaca con ese objetivo.

—¿No crees en la existencia de un matrimonio feliz? —preguntó.

—Claro que creo en los matrimonios felices. El mío lo es, ¿o no? El de Carl también... —Carl soltó un gruñido que podría haber sido una protesta ante esa descripción de su propio matrimonio—. Lo que no creo que exista es la fidelidad. ¿Tú qué opinas?

—Nada. No estoy casada.

Asintiendo enérgicamente, Melman trató de que Trina bajara la vista, pero ella le aguantó la mirada entre divertida y concentrada.

—¿Cuánto mides?

—¿Perdón?

—Que cuánto mides. Ya sabes, tu estatura.

—Uno setenta.

—Tú no mides un metro setenta.

—La última vez que me midieron, sí.

—Ponte de pie.

Trina titubeó.

—Vamos, quiero ver cómo eres de alta.

Aprovechando la oportunidad para arreglarse la falda antes de que le desapareciera por encima de la cintura, Trina se puso de pie, no sin dificultad. La butaca era como arenas movedizas.

Melman salió de detrás de su mesa.

—Carl, mídenos tú.

Ambos se quitaron los zapatos y se colocaron espalda contra espalda. Trina notó que Melman se ponía de puntillas. Aun así, era cinco o seis centímetros más bajo.

—Carl, ¿qué dirías tú?

El cojo se acercó con paso cansino.

—Yo lo llamaría un empate —dijo—. Y ahora, Bernie, tengo que llamar a Londres. Buenos días, señorita.

Melman le guiñó un ojo a Trina cuando Linder cerró la puerta detrás de sí.

—Trato de aprovechar todas las ventajas que tengo. Como la de ser el dueño del juez. —Se puso los mocasines y se sentó en su

mesa de despacho.

—Puedo ser baja si es preciso —dijo Trina.

—Le tomo el pelo a Carl, pero sin él no podría… —De repente hizo una mueca de dolor y se llevó la mano al costado. Quejándose sin disimulo, movió la cabeza lentamente a un lado y a otro, y su expresión fue dejando de estar tensa poco a poco—. ¿Sabes algo de los dolores de espalda?

—Solo dónde se tienen.

—Tengo las lumbares hechas polvo. —Se deslizó despacio en la silla ortopédica al otro lado del escritorio. De mala gana, Trina volvió a sentarse en la butaca—. La espalda es una cosa misteriosa, ¿no? Me atienden los mejores quiroprácticos y no pueden hacer nada. Pero es problema mío. Bueno, ¿qué hay de esa protesta sobre la que he leído? De ese tal Parker.

—Uno, ha hecho bajar el precio de las acciones. Dos, tendrán que resolverlo los antiguos ejecutivos, no nosotros. Si cerramos el trato, le pagamos al señor Parker cierta cantidad como prueba de buena voluntad. —Hizo una pausa—. Ya me he enterado de que ayudas con cantidades sustanciales a la comunidad negra.

Melman esbozó una sonrisa apreciativa, se encogió de hombros y extendió las manos. Hundiendo un bolígrafo en la comisura de los labios, dijo:

—¿Y Calloway? Debería conocerle. ¿Es listo?

—Es bueno. Puede que uno de los mejores editores de Nueva York, y creo que tiene talento de directivo. Con la guía adecuada podría ocuparse de las colecciones más importantes. Las demás las venderemos de inmediato.

—¿Ambicioso?

Trina asintió con la cabeza.

—Pero no demasiado listo ni ambicioso, espero. ¿Me equivoco? ¿Sabes a qué me refiero?

—Creo que capto lo que me estás transmitiendo. Es manejable.

—¿Y si no se deja?

—Eso pasa siempre que se arriesga dinero.

—¿Y qué pasa contigo? Eres lista, ambiciosa, guapa. ¿Qué le pides a la vida?

—Tener mi propia empresa, hacer negocios.

—¿Te gustan los negocios?

—Adoro los negocios.

—Me refiero a si de verdad te gusta hacer negocios. Si te gusta eso más que cualquier otra cosa. Algunos de vosotros, los yuppies, queréis ser ricos. Queréis comprar cosas, ¿no? Tener un BMW y una puta casa en los Hamptons. Claro que sí, todo el mundo quiere ser rico, pero a uno tiene que gustarle la lucha, tiene que volverle loco ganar. El dinero no es más que un medio para saber que se gana.

Trina notaba cómo se le subía de nuevo la falda. Eso, junto con el sermón, la estaba cabreando de verdad. Se esforzó por ponerse en pie.

—Este jueguecito de la butaca es una mierda, Bernie. ¿Quieres vérmelo todo? Pues sé lo bastante hombre. ¿Lo quieres ver? —Trina se levantó la falda hasta la cintura. Manteniéndola ahí con una mano, con la otra se bajó los pantis hasta medio muslo, y dio una vuelta en redondo como una modelo para hacer una demostración.

Bernie fue incapaz de apartar la vista o de hablar.

Al cabo de un intervalo adecuadamente indecente, Trina volvió a subirse los pantis y dejó caer la falda.

—Y ahora, ¿querrías hacerme el favor de darme una silla normal, si no es mucho pedir?

Bernie se recuperó de su trance y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Tienes cojones —declaró, como si Trina hubiera superado una prueba que él le había puesto—. Puede que te ayude a hacer algunos negocios.

Salió de detrás de su mesa haciendo rodar su propia silla, que le ofreció.

—Prueba esta, es la silla más cómoda del mundo, me la hicieron a medida en Milán.

17

—¿Bernard Melman? —dijo Corrine—. ¿Estás de broma? Ese tipo es un pirata. —Trataba de encontrar su otro pendiente con una perla en el caos del joyero. Se les hacía tarde para una cena, y el único par de pendientes que había encontrado eran unas viejas cosas hippies de la época del instituto. Aros muy serios y discos de cobre. Si alguna vez se encontraban muy necesitados de dinero siempre podrían empeñar sus joyas por veinte o treinta pavos.

—Para mis objetivos es un ángel de la guarda. ¿Queda bien esta corbata?

—Ponte la burdeos con florecitas de lis.

—¿Por qué le interesa una editorial de setenta millones de dólares? Para él es calderilla.

—Probablemente quiera prestigio. Igual lo considera una forma de blanquear dinero negro.

Esa expresión, que se asociaba con los gánsteres y los traficantes de drogas, a Corrine le pareció que daba en el clavo. Era poco leal por su parte, desde luego, pero esperaba que aquel plan de Russell muriera por sí mismo. Había estado tan ocupada últimamente que no había tenido energía para cuestionar el asunto, la verdad.

—Por favor, ¿mañana por la noche podemos quedarnos en casa?

—Sí, claro que sí. Bueno, no lo sé. Mira la agenda.

—Odio este vestido —exclamó Corrine—. Me veo enorme. Parezco la reina del festival del colesterol. No me gusta tener esta pinta. —Se dirigió a su armario, abrió las puertas de par en par y recorrió las hileras de ropa colgada, pasando por los trajes de chaqueta y los vestidos estampados de Laura Ashley, hasta llegar a los de noche y de cóctel en negro, rojo y verde y de nuevo en negro.

—Corrine, si estuvieras más delgada el vestido se te caería al suelo. Además, vamos con retraso.

—No suspires de ese modo.

—¿De qué modo?

—Con ese aire exasperado, como si trataras con un niño o un perrito.

—Lo siento —dijo Russell conteniendo la respiración. Con Corrine, vestirse para una fiesta podía resultar un acontecimiento traumático. Se volvía terminantemente crítica con respecto a su aspecto y a su guardarropa. El proceso podía terminar en lágrimas y en estallidos de violencia.

—Sigues igual.

—¿Igual?

—Mirándome de ese modo. —Corrine respiró hondo—. Muy bien, iré así. Si quieres puedes decirles que soy tu prima gorda y fea del pueblo.

—Llevo años diciéndolo.

Cuando iban en el taxi, ella preguntó:

—¿Vas a ver a Melman?

—Sí, mañana.

—Querías editar más poesía y libros políticos. Ahora celebras reuniones con Bernie Melman, el hombre que inventó la avaricia. ¿No lo encuentras irónico?

Pero Russell era perfectamente capaz, en coyunturas como esa, de eliminar su sentido de la ironía.

A primera hora de la tarde siguiente, Bernard Melman señaló con un tenedor el esternón de Russell mientras exponía algunas de sus ideas sobre el dinero. Con su cabeza calva y rosácea y un traje negro de buen corte, a Russell lo hizo pensar en un buitre (el *Falconiformes cathartidae*, Audubon, lámina 87).

—J. P. Morgan solía decir que lo único que le importaba cuando prestaba dinero era la personalidad de quien se lo pedía.

Russell Calloway consideró semejante idea.

—¿Habría ayudado a san Francisco de Asís a fundar una cadena de hospitales para los animales?

O bien a Melman se le escapó la referencia o no le interesó lo suficiente.

—El veterinario de la avenida Lexington al que lleva los spaniels mi mujer gana tres o cuatro millones brutos al año. Yo le prestaría dinero a ese tipo se llamara como se llamase. De modo que eres católico, ¿no?

—Lo fui.

—¿Cuánto mides?

—Uno ochenta y cinco.

—No me jodas. ¿Sabes cuál es la estatura media de los hombres de este país? La estatura media es uno sesenta y ocho. ¿A que creías que era más? Pues no. La media es esa. Uno sesenta y ocho. Y en el resto del mundo la cifra es mucho más baja. En algunos países yo mismo podría jugar al baloncesto como profesional. Así que insistes en lo del metro ochenta y cinco, ¿eh? Muy bien, estupendo. Sin embargo, debo decirte que, según mi experiencia, los tipos altos por lo general tienen la polla pequeña. Cuanto más alto el tipo, más pequeño el instrumento; es una especie de proporción inversa, ¿qué te parece?

—La verdad es que no he estudiado la cosa personalmente.

—Vaya, creo que me acaban de soltar una pulla —dijo Melman —. Carl, ¿ha sido eso una pulla o qué? Creo que este exmonaguillo me está llamando maricón.

Carl Linder gruñó algo incoherente.

—Perdona a Carl, está un poco atribulado. Espera una llamada de la reina de Inglaterra para anunciarle que le ha hecho caballero. Sir Carl. Suena bien, ¿no crees?

Melman llamó al maître y le explicó que si llamaba la reina de Inglaterra le dijera que Carl estaba ocupado tomando pastel de carne y no podía ponerse al teléfono.

—Bueno, no te preocupes —le dijo a Russell después de que Carl hubiera renunciado a decir nada—. No pienso mal de un hombre por su altura. Pero sí me revela mucho sobre él su forma de andar. Con solo verte entrar a ti en el despacho, me dije: «Aquí tenemos a un tipo terriblemente seguro de sí mismo». Tú das grandes zancadas al caminar, lo que demuestra gran confianza, y no pareces a la defensiva, como alguien que espera que le disparen desde la esquina más inesperada o que el suelo se abra bajo sus pies y se lo trague. Es evidente que nunca te han dado una buena patada en los cojones, ¿a que no? Se nota incluso por el modo en que te sientas.

La postura del propio Melman, le parecía a Russell, reflejaba un escaso dominio de la inmovilidad: parecía dispuesto a saltar en cualquier momento.

—He examinado atentamente el catálogo —continuó Melman—. Has publicado algunos buenos libros.

—Publico lo que me gusta —respondió fríamente Russell, decidido a no besarle el culo a Melman.

—Tienes gusto. Y yo admiro el gusto —dijo Melman con entusiasmo, como si él tuviera demasiado éxito en la única escala que importaba de verdad para negarle a otro hombre sus propias virtudes.

Estaban comiendo en el Club 21, el antiguo bar clandestino y el sitio más caro del mundo. El hombre cuyo trabajo consistía en dar la bienvenida a los clientes en la puerta había saludado a Melman de modo entusiasta y lo acompañó hasta otro hombre, que también lo saludó efusivamente y guio al grupo hasta el comedor, donde quedaron en manos del maître, que lubricó los últimos pasos en su avance hacia la mesa, que quedaba inmediatamente delante de la puerta de la sala. A los dos guardaespaldas los instalaron en la barra.

El restaurante disponía de una silla modificada ortopédicamente para Melman, adaptada a su región coxígea para que pudiera apoyar bien la parte baja de la espalda. Otro importante empresario cuyo

peso fluctuaba entre los doscientos y los doscientos cincuenta kilos tenía un modelo el doble de ancho esperándolo; Bernie llevaba un adaptador especial para su asiento siempre que volaba a Los Ángeles. Colgando de las vigas del salón principal había una colección de juguetes, maquetas y banderines que sugerían el dormitorio de un chico muy rico de trece años, y cada uno de ellos hacía referencia al ascenso de un cliente habitual a una posición encumbrada en el mundo empresarial: un balón de fútbol por el cliente que compró un equipo de la liga profesional, un avión por el cliente al que nombraron presidente de una compañía aérea. Melman señaló sus propios trofeos, que incluían un banderín que tenía escrito el nombre de su imperio de la moda y un cuchillo de carnicero de plástico que representaba su compra de una empresa dedicada al envasado de carne.

—Si seguimos adelante con este asunto, colgarán un libro de la viga, con tu nombre en la tapa —sugirió Melman. Luego le señaló a Russell a un par de jefes de otros clanes financieros con mesas en sitios menos destacados del local—. Toda esta pared de la entrada es la costa dorada. Eso de ahí... —señaló las otras dos salas— es Siberia.

La visibilidad era la única cualidad deseable de una mesa. En ese momento de la historia de la gastronomía, era así en general, aunque en los tiempos de la ley seca, cuando los jugadores y los contrabandistas de alcohol se contaban entre los principales clientes y el local tenía un aura de comercio ilegal y placeres clandestinos, las mesas más deseadas del 21 eran las que se encontraban en los rincones más escondidos de la sala del fondo. Estrellas de cine que tenían aventuras extramaritales, bajo la influencia de códigos de conducta abandonados tiempo atrás y de ideas sobre la publicidad maniqueas y primitivas, también elegían por entonces las mesas según esos mismos principios. Pero en la época actual primaba el exhibicionismo.

—Si vienes aquí sin mí, asegúrate de que te recuerden. Utiliza mi nombre. No dejes que te manden a las minas de sal.

Si esa preocupación por la ley del más fuerte podría haber parecido obsesiva y advenediza desde una perspectiva más fría, el entusiasmo juvenil de Bernie resultaba desarmante, y las facultades críticas de Russell se hallaban un tanto embotadas en aquel santuario del romanticismo masculino del viejo Nueva York, donde los cócteles sacramentales con nombres como Manhattan y Sidecar todavía los servían ancianos uniformados que nunca habían asistido a una clase de arte dramático y el humo de los puros se elevaba como incienso en el altar del poder y el dinero.

Para Russell, el restaurante tenía ingenuas connotaciones románticas cortesía de su padre, que viajaba a Nueva York por negocios y traía de vuelta a Michigan historias sobre la metrópoli del Este, y en una de ellas aparecía la elegante taberna con un número por nombre donde una hamburguesa costaba nueve dólares. En la mente de Russell, aquello ocupaba un lugar, junto a los caimanes gigantes del alcantarillado y los huevos fritos en la acera, entre las principales leyendas urbanas de la ciudad que había llegado a identificar gradualmente con el escenario de sus sueños.

Russell pidió una hamburguesa, que ahora costaba veintiuno con cincuenta y venía sin pan encima. Linder tomó pollo deshuesado y habló poco.

—Siempre toma el pollo deshuesado —observó Melman.

—¿Tienes algún problema con mi pollo deshuesado?

—Deberías diversificar tu consumo de proteínas, por el amor de Dios. Toma pescado.

—No me gusta el pescado.

—Te sentaría bien.

—Si no tiene por lo menos dos patas, no me lo como.

—Menudo principio —declaró Bernard Melman—. Si cualquiera te dice que Carl Linder no es un hombre honorable, vas y le dices que tiene escrúpulos y no quiere comer nada con menos de dos patas. Nada de pobres criaturas indefensas de una pata, ni de pollos amputados. ¿Qué opinas tú? —le preguntó a Russell—. ¿Crees que no tengo principios?

Con la boca llena de carne picada, Russell se dio cuenta de repente de que las bromas habían dado paso a cuestiones serias.

—¿Por qué iba a creer eso?

—Eres un buen intelectual progresista, probablemente pienses que soy la encarnación del demonio. —Se agachó, levantó un pie sin zapato a la altura de la mesa—. Mira, no tengo pezuñas.

—Algunos tratamos de comer —se quejó Linder.

—Hay mucha gente que no entiende lo que soy. Y es fácil despreciar lo que no se entiende, en especial cuando la recompensa es tan alta. Se supone que el capital fluye donde más se necesita, como el agua. Pero nuestra economía está llena de cuellos de botella y presas y aguas estancadas que nadie visita últimamente. Soy como el cuerpo de ingenieros. Me dedico a dragar el barro de los canales.

Dado el historial medioambiental del cuerpo en cuestión, a Russell le pareció una metáfora desafortunada, pero prefirió no interrumpir el discurso para decirlo.

—La mayoría de las empresas las dirigen tipos a sueldo que no tienen participación en los beneficios, ¿no? ¿Cuidan de los intereses de los accionistas? No. ¿Se renuevan, fabrican productos nuevos que sirvan a la gente? Unos sí, los buenos. Pero muchos se estancan. La dirección te vuelve perezoso, te hace caer en hábitos rutinarios, fijarte en las ganancias a corto plazo para cubrirte las espaldas, en lugar de a largo plazo. ¿Qué les importa a ellos lo que pase a largo plazo? No tienen acciones, solo tienen sus planes de jubilación. Protegen sus propios intereses y sueldos, y a los accionistas que les den por culo. Entonces entro yo. Voy y les ofrezco a los accionistas un premio inmediato. Les digo: «Cinco te proporcionarán diez», y les prometo que al final ganarán más incluso. Yo soy el tipo que viene de otro pueblo y dice: «Oye, ¿cuánto sacas por tus cocos, diez centavos? En mi pueblo valen veinte. De modo que yo te daré quince».

—Tú les das diez y medio —terció Linder.

—Yo les doy diez y tres cuartos, y están encantados de aceptarlos. Luego voy a otro puto pueblo donde tienen montones de esas tiras de conchas que usan los indios para hacer trueques, y que no les sirven de nada. De modo que pido prestadas unas cuantas de esas cintas para comprar la plantación de cocos. Digo: «¿Cuánto conseguís, el ocho por ciento de intereses de los plantadores de siempre y sus bancos? Yo os daré el doce por ciento». Bueno, vale, puede que el diez. Pero todos salen ganando, ¿o no? El capital fluye donde hace falta. Yo racionalizo el proceso y todo funciona mejor. Me dedico a derrocar los viejos y opresivos regímenes. Lo que en realidad soy es un revolucionario de la industria. Soy el Che Guevara del consejo de administración.

Melman le había pedido antes, cuando salían del despacho, que no hablara en público de su negocio potencial. Mientras esperaban el café, se inclinó sobre la mesa y dijo en voz baja:

—Si alguien te pregunta, tú y yo nos conocimos en una fiesta, y yo quería tu consejo sobre un libro que pienso escribir. Porque, créeme, cuando voy a almorzar con alguien, unas acciones pueden subir hasta el techo y atravesarlo antes de que suene el aviso de cierre.

Se inclinó todavía más; su expresión cordial anterior se había esfumado.

—Creo que te has metido en el bolsillo a esa hermana yonqui. Solo es una suposición... nadie me ha dicho nada. ¿A que tengo razón, Carl?

—No hemos recibido información de ningún tipo con respecto a la disponibilidad de acciones de ninguna empresa.

—Por lo tanto, puede que la invite a cenar, que le compre algo de heroína o cocaína o lo que sea. Y a lo mejor, por una u otra razón, le caigo bien y decide venderme su parte. Entretanto, habré comprado el cuatro coma nueve por ciento en el mercado libre. Así pues, ¿para qué te necesito?

—Con el debido respeto —dijo Russell—, los libros no son aparatos de aire acondicionado ni carburadores.

—No desde tu punto de vista.

La mirada de buitre de Melman quedó oculta por una gran nube de humo del puro, y cuando el humo se dispersó, sonreía encantado.

De vuelta en su despacho, Russell metió una hoja de papel de la empresa en su vieja IBM y procedió a redactar una carta.

> Querido Jeff:
>
> Acabo de terminar el relato de *Granta* y me gustaría poderte decir que me ha gustado. Siempre te he dicho que tus mejores relatos son los completamente ficticios, en los que te alejas de las circunstancias concretas de tu experiencia inmediata. Por tanto, no creo que sea un hipócrita si te digo que no me gusta que te hayas apropiado como quien no quiere la cosa de mi experiencia. Y mentiría si te dijera que no me siento traicionado.
>
> Tus adornos me parecen en todos los casos poco halagadores y dolorosos, en especial esa atribución de un acto de traición a «Connie». Que es, o así lo entiendo, lo que el final elíptico del relato pretende revelar.
>
> ¿Tratas de darme a entender que sabes algo que yo no sé —o sea, que Corrine se acuesta con Duane Peters—, o simplemente estás resentido por lo que tú tan claramente consideras nuestro estúpido paraíso? No creo que nunca hayamos llevado colgado un cartel en el que pusiera que nos consideramos la pareja más perfecta del mundo. Sabe Dios que tenemos nuestros problemas, pero son nuestros problemas. No recuerdo haberte pedido que los comentaras por escrito...

Por algún motivo no le había hablado a Corrine del relato, quizá porque lo inquietaban sus implicaciones. En realidad no creía que Jeff supiera algo que él no sabía, y sacar a relucir el asunto en casa podía ser desagradable.

—Es para ti —anunció Corrine unas noches más tarde, tendiéndole el auricular del teléfono como si fuera una de sus apestosas zapatillas de tenis.

Russell estaba tumbado en el sofá leyendo un manuscrito.

—Melman nos va a apoyar —anunció Trina.

Cuando Russell expresó su alegría, Corrine alzó la vista del libro que estaba leyendo con una irritación calculadamente contenida.

—No quiero decir nada más por teléfono —añadió Trina.

—¿Es que somos espías?

—Vamos a vernos para tomar una copa.

Russell miró a Corrine, que lo miraba, con el libro en el regazo, desde la butaca.

—Son prácticamente las once —dijo él.

—Si vamos a seguir adelante con esto, será mejor que olvides cualquier idea preconcebida que tengas sobre los horarios normales para hacer negocios. Y lo mismo digo con respecto a tu mujer.

En efecto, Corrine no entendía por qué no podía ir ella también.

—¿No te he estado ayudando todo el tiempo? —le preguntó.

—Trina tiene mucho interés en la seguridad.

—Yo creo que en lo que tiene mucho interés es en ti.

—Solo son negocios, Corrine. —Sentía irritación hacia ella por su propia culpa al pensar que no se trataba únicamente de negocios—. Mira, volveré enseguida y te lo contaré todo.

—No te molestes —dijo ella, alejándose—. Probablemente estaré dormida. A no ser que salga con uno de mis atractivos compañeros de trabajo.

Eso hizo que Russell volviera a pensar, mientras bajaba en el ascensor, en el relato de Jeff.

Embutida en un vestido rosa muy ajustado, Trina tomaba un popurrí de frutos secos en la barra del Oak Bar.

—Me han preguntado con mucha altanería si estaba esperando a alguien —explicó—. Al parecer habían decidido que era una puta. Antes tenían normas que prohibían la presencia de mujeres solas en el bar. ¿Qué vas a tomar?

Russell trató de pedir un vaso de vino blanco, pero Trina insistió en que tomara una copa de verdad.

—Vamos a entrar en otra dimensión. Pronto viviremos en un tiempo paralelo. Y solo sobreviven los más fuertes.

—Tienes una piel de cacahuete en el labio —dijo él.

—¿Dónde, aquí? —Ella se frotó la parte del labio que no era—. Dime dónde.

Russell se inclinó y le quitó la piel marrón del labio. Ella hizo un mohín y luego lanzó un beso al aire que había entre ellos.

—Gracias, querido. ¿No estás muy emocionado?

—Creo que sí.

—Vamos, ánimo. —Trina se echó hacia adelante y apretó con la mano el muslo de Russell—. Melman va a destinar a nuestra causa cien millones. Y quiere que monte mi propia empresa.

El camarero llegó para informar a Trina de que la llamaban por teléfono. Cuando se quedó solo, Russell trató de aclarar la densa tundra de sus sentimientos. No estaba seguro de si prefería dejarlo todo tal como estaba antes, si decirle a Trina que solo había estado bromeando. ¿Quién era él para hacerse dueño de una editorial? Un extraño le iba a prestar cien millones de dólares. Toda aquella idea era un cóctel letal de desmesura, orgullo y locura pasajera. Ahora veía que era así, y eso lo asustaba, le hacía sentir una nostalgia prematura de la escala y la textura de su vida cotidiana, de esa vida que estaba a punto de terminar, con sus seguridades y decencias mundanas. Pensar en Corrine sola en casa lo entristecía, como si él estuviera coqueteando con un destino que en cierto modo podría excluirla a ella. Podía levantarse en ese preciso instante y largarse antes de que volviera Trina, dejar un billete de veinte dólares en la mesa y olvidarse de su copa sin terminar. Si se quedaba y acababa

esa copa, temía que supusiera comprometerse a una progresión inexorable de acontecimientos.

Una pelirroja de infarto, de esas que hacen volverse las cabezas, apareció en la puerta, con un diminuto vestido negro sin tirantes. Paseó la vista por la sala, muy interesada, y en aquel momento Russell habría considerado la posibilidad de cambiar su reino por ser el hombre al que estaba buscando. La mujer se fijó en que la estaba mirando y de repente le sonrió y lo saludó con la mano, como si en efecto él fuera ese hombre. Con alegría y miedo crecientes, Russell la vio dirigirse hacia él.

—Hola.

—Hola.

—¿Y si tomamos una copa de champán?

—¿Te conozco? —Aunque se imaginaba pasablemente guapo, no estaba acostumbrado a las atenciones de desconocidas tan atractivas.

Ella se inclinó hacia delante, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Te apetece conocerme?

Russell se encontró incapaz de articular una respuesta.

La chica se acercó todavía más, pegó los labios a su oreja, y susurró:

—Haré absolutamente cualquier cosa que tú quieras por trescientos dólares.

Comprendiendo finalmente qué pasaba allí, Russell se ruborizó ante su propia ingenuidad, al tiempo que su imaginación se perdía en un espacio vertiginoso abierto por las palabras «cualquier cosa».

La chica se pasó la lengua por los labios.

Los labios de Russell estaban muy secos y tenía un nudo en la garganta.

—La verdad es que tengo compañía —contestó con esfuerzo—. Está hablando por teléfono.

—Qué pena —dijo ella, sentándose con mucha gracia en el taburete de al lado y volviendo su atención hacia un hombre calvo que agitaba con gesto pensativo los cubitos de hielo en su whisky.

Asintió con la cabeza y sonrió educadamente cuando ella le dijo hola.

—¿Cualquier cosa? —preguntó el hombre unos instantes después, lo suficientemente alto para que Russell lo oyera.

La melena pelirroja de la chica subió y bajó por su espalda desnuda mientras asentía, lamiendo el escote trasero del vestido como una llama invertida.

El calvo buscó la cartera en el interior de su chaqueta. Volvió a susurrar la misma pregunta y ella asintió de nuevo, esta vez con el pecho además de con la cabeza. El hombre deslizó unos billetes por la barra hasta dejarlos debajo de la mano de ella. Y entonces, con toda claridad, haciendo una pausa entre palabra y palabra, le ordenó:

—¡Píntame... la... casa!

—Quiero ir a bailar para celebrarlo —declaró Trina cuando volvió —. Acábate esa copa.

—No vas a creer lo que me acaba de pasar —le susurró Russell.

—Ya lo sé, una puta ha querido ligar contigo. Enhorabuena. Ahora lleva a bailar a una mujer de verdad.

—No puedo ir a bailar —dijo él, aunque la idea, de repente, le atraía; después del breve encuentro con la pelirroja estaba excitado, con las hormonas en plena ebullición.

Trina se inclinó y le dio una palmadita en la mejilla.

—Russell, a partir de ahora vamos a pasar mucho tiempo juntos. No debes tenerme miedo.

—No te tengo miedo. Podría tumbarte con una mano atada a la espalda.

—Demuéstramelo.

En cierto modo, aquello le sonó muy parecido a lo de «cualquier cosa» que había pronunciado la pelirroja un momento antes.

—Llévame al Au Bar. Solo será una copa.

Russell echó un vistazo a su reloj: las doce. Su sentido de la galantería se impuso a su lealtad doméstica. Tomaron una copa y luego se sentaron un rato con unos amigos de Trina. Cuando volvió

a casa eran casi las dos. Por la forma en que Corrine respiraba en el otro lado de la cama podía asegurar que estaba despierta, pero como fingía estar dormida, Russel decidió participar en su ficción, aunque era posible que ella supiera que él sabía que solo se hacía la dormida, y en consecuencia tal vez se enfadara aún más. Russell se sentía culpable por volver tan tarde, e indignado por sentirse culpable. Corrine, se dijo justo antes de quedarse dormido, iba a tener que dejarlo un poco más a su aire.

18

Rijstaefel *la Visones* adquirió su apodo poco después de que, a la edad de diecisiete años, *Town* & *Country* anunciara que poseía veintitrés abrigos de piel. La Visones formaba parte de la camarilla de jóvenes transatlánticos que, en sus momentos de mayor expansión, tenía roces con algunos de los grupos de población indígena, como con uno de los besos con los que sus miembros se saludaban unos a otros. Los besos de hecho eran dos, uno en cada mejilla, o más bien dos besos simulados, pues el contacto real se evitaba con objeto de preservar el maquillaje y de facilitar el esfuerzo que suponía la interpretación en el caso de que en realidad los implicados no soportaran verse. El beso se había introducido vía el continente, lo mismo que una tercera parte de los invitados a la fiesta de la Visones. Alrededor de un diez por ciento eran ingleses, mientras que el contingente de estadounidenses se dividía entre jóvenes que vivían en el Upper East Side y personajes curiosos del centro para darle un poco de gracia a la cosa.

Corrine llevaba un vestido negro de Calvin Klein que ella temía que requiriera más *pour le décolleté* de lo que ella tenía, quizá justo antes de que tuviera el periodo daría el pego, pero Russell había insistido en que le quedaba muy bien, en un tono que de hecho indicaba: «Vamos, date prisa y acaba de vestirte de una vez». Russell llevaba su esmoquin. A ella le gustaba verlo con el esmoquin, que ella misma le había ayudado a elegir cuatro años antes; un regalo de Navidad financiado por el padre de él. Russell había estado encantado y fingió no estarlo mientras debatían en qué tienda comprarlo, si en Brooks Brothers, Paul Stuart o Barneys, y luego discutió sobre la conveniencia de que tuviera las solapas brillantes o no con el empleado de Barneys mientras trataba de dar la impresión de que ya había tenido otros tres o cuatro esmóquines en su vida.

—Ay, Russell, no seas tonto —dijo ella dejando de contemplarse en el espejo del tocador para mirarlo a él, sentado en la cama luchando con los tirantes. Estaba muy guapo, pensó.

Acostumbrado a esas exclamaciones inexplicables, Russell se puso de pie y le preguntó si podía ayudarlo a ponerse los gemelos, una petición que seguía al inevitable forcejeo por hacerlo solo. Antes solía abrochárselos solo, antes que la camisa, pero sus manos se habían vuelto demasiado grandes. Corrine siempre disfrutaba de ese momento en el cuarto de baño que compartían, y le divertía la falta de habilidad de Russell.

Veinte minutos después se apeaban de un taxi delante de una mansión de la calle Setenta y dos Este. En la acera tenía lugar una reunión informal en la que unas mujeres rubias vestidas de negro se abrazaban y besaban el aire mientras sus acompañantes se estrechaban la mano. Dentro, un criado muy viejo recogió sus abrigos y luego les señaló la escalera y un ascensor.

—Oh, sí, subiremos en el ascensor —dijo Corrine, y echó a andar con una repentina cojera y soltando una risita.

Otro criado de uniforme los hizo pasar al ascensor, de tamaño modesto pero profusamente adornado con ricas maderas y dorados brillantes, donde se les unió un grupo que hablaba en italiano cuyas fragancias competían entre sí y volvían el espacio más pequeño de lo que era. El ascensorista cerró la puerta. Con un zumbido apenas perceptible, ascendieron un piso y emergieron a una gran sala de baile con rubias despampanantes de pómulos altos y narices respingonas, y hombres de oscuro, muy estilizados con sus fajines. Los italianos empezaron a saludar con la mano en cuanto se abrió la puerta del ascensor.

—Madre mía, esto pinta espantoso —susurró Corrine.

Se dirigieron a una barra en el otro extremo de la sala, donde oyeron que el camarero le decía a uno de los invitados:

—Creo que el Dow ha subido por lo menos otros quinientos puntos.

Por Dios —pensó Corrine—, cuando los camareros se convierten en expertos, te das cuenta de que es hora de dejarlo.

De pronto se materializó su anfitriona, una rubia de estatura media que podría haber parecido una adolescente con sus redondeadas y bonitas mejillas y su boca tumescente de no ser por los ojos verdes de mirada furibunda, que parecían haber pertenecido antes a algún antiguo sicario de los Borgia. Tenía un cuerpo rotundo que a los hombres parecía gustarles, aunque Corrine se inclinaba a aplicarle la palabra «regordete». Y en su opinión alguien debería decirle a la Visones que no le sentaba nada bien aquella vaporosa falda que llevaba y que tan de moda estaba últimamente, hasta el punto de que la mitad de las mujeres de aquella fiesta la llevaban. Hazte un tratamiento de belleza, guapa. Que te apliquen un chorro de burbujas en el culo.

La Visones saludó a Russell, a Corrine y a varios otros en rápida sucesión, y Corrine estuvo segura de que no tenía ni idea de quiénes eran. Luego la Visones se alejó y Russell dijo:

—Maldita sea. Ahí está Harold.

Al acercarse con su joven acompañante, Harold había dudado al verlos, pero por lo visto decidió que era más embarazoso cambiar de dirección.

—Corrine, ya conoces a Harold —dijo Russell—. Te presento a Carlton... —De pronto no podía recordar su apellido.

Los dos hombres se comportaron con nerviosismo, aunque Harold siempre parecía incómodo en los actos sociales.

—Íbamos a conseguir una copa —concluyó Harold, señalando la barra y dirigiéndose a ella.

Corrine vio a Casey Reynes en el otro extremo de la sala y dejó a Russell hablando con unos ingleses a los que parecía conocer.

Los ingleses hacían especulaciones sobre la autenticidad de los pechos de una actriz que acababa de pasar.

—Una colega mía iba en el Concorde la semana pasada y dice que a una chica le explotaron las tetas debido a la presión.

—Extraordinario.

—¿Has visto a Jeff Pierce? —preguntó Russell, recordando que uno de los ingleses era un periodista que había escrito recientemente sobre Jeff. Russell no había visto a su amigo desde que le envió la carta, que había servido para eliminar la mayor parte de su bilis: ahora le preocupaba haber estado demasiado duro.

—Anda por aquí con esa modelo, Nikki no sé qué, el muy cabrón.

—Me han contado que la chica participa en unos rituales en los que matan bebés —dijo el otro inglés.

—No me digas.

—Sí, algo parecido a la fuente de la juventud de Ponce de León. Su agencia tiene que pagarles a los padres para que no intervengan.

—Claro, tú dirás.

La anfitriona localizó de pronto a un recién llegado.

—Johnny, qué detalle que hayas venido —exclamó, aunque de hecho no conocía al hombre cuya mejilla besaba, tropezándose con sus gafas de sol. El destinatario de semejante saludo pareció confuso. Presentó a su acompañante, un espectro rubio muy menudo con un jersey de cuello alto negro.

—Te presento a Juan Baptiste, el... bueno, el columnista de... bueno, de cotilleos.

—Me encanta tu manera de llevar la pajarita, Johnny —chilló la Visones tirando del lazo que rodeaba el cuello blanco del tipo directamente sobre su piel y bajo una camisa formal abierta y un traje gris que le sentaba fatal. La Visones se llevó a rastras a Johnny Moniker para presentarle a unas personas. Unos minutos después, cuando Juan pidió una copa, el camarero preguntó:

—¿No era ese Johnny de Mónaco?

—Es un impostor —respondió Juan, reparando en la presencia de Russell en la barra. A modo de saludo, le dijo—: Me imagino que es un indicio prometedor que no me hayas devuelto el manuscrito ni hayas respondido a mi proposición.

Russell no tenía ni idea de quién era aquella persona, de modo que soltó para escabullirse:

—Se lo he pasado a algunos de mis colegas.

Afortunadamente, Juan sacó a relucir una tarjeta de visita con el anagrama de uno de los periódicos más importantes.

—Me he trasladado a la parte alta de la ciudad, pero creo que lo que he escrito sobre el centro tiene valor histórico.

—Desde luego que sí, Juan —contestó Russell alegremente, situándolo—. ¿Sabes? De hecho mi secretaria es una gran admiradora tuya. —De repente, se preguntó qué habría hecho Donna, que al fin y al cabo ya no era su secretaria, con el maldito manuscrito, y se recordó que tenía que ayudarla a conseguir otro empleo. Y
decidir sobre otros treinta y nueve manuscritos, escribir una carta de recomendación a la junta del Guggenheim, comprarles un regalo de boda a Colin y Anne, pagar la factura de la Visa... y conseguir otra copa de inmediato...

Cuando Corrine volvió a mirar a Russell, este hablaba con una mujer que, casi seguro, era aquella puta que habían visto en St. Barts, y se acercaba a ella para oírla mejor, o con más probabilidad para mirar dentro de su escote. De pronto Russell alzó la mirada y vio a Corrine y… ¿eran imaginaciones suyas o la expresión de su cara al verla se había vuelto de culpa? Mientras hablaba con su amiga Casey, que estaba embarazada y no bebía, Corrine reparó en que todos los que la rodeaban eran víctimas de algún grado de intoxicación etílica, y la verdad, no resultaba nada agradable verlo desde fuera. Tuvo una breve revelación al darse cuenta de que el clima cada día era más cálido: la vida social de Manhattan era un motor que se lubricaba

con alcohol. Y uno se sentía rechinar y como raro sin él. Hasta Casey, que no bebía en los últimos meses de embarazo, parecía una idiota mientras parloteaba sobre cierta intriga social de poca monta. Russell querría quedarse hasta el final de la fiesta, cómo no.

Un recién llegado parecía haber provocado el interés general: un hombre corpulento con cola de caballo y vestido con ropa militar que se había plantado en la entrada de la sala de baile, flanqueado por dos musculosos negros en camiseta.

—Eh, ese es Paul Rostenkowski, el tipo sin techo —exclamó una voz femenina detrás de Corrine—. Vive en un tipi en el sur de la isla. Lo vi el otro día en la tele.

La Visones se acercó rápidamente a recibir al nuevo invitado.

Se trataba de una celebración curiosamente autorreferencial. Los invitados no paraban de preguntarse unos a otros su opinión sobre la fiesta, comparándola con otras anteriores, interrogando a los demás sobre invitaciones futuras. Cuando buscaba a Corrine, Russell localizó a Jeff en el otro extremo de la sala, pero se encontró el camino bloqueado por dos famosos jóvenes mundanos.

—¿Estuviste en la cena de Pablo del martes? —preguntó uno.

—Estuve en Constantine's y luego fuimos al Club A.

—¿Por qué celebra la Visones una fiesta para Uri?

—Porque él celebró una para ella el año pasado cuando le salió una muela del juicio.

—¿Una muela del juicio? ¿A la Visones?

—¿No es un actor... ese de la corbata tan rara? ¿Cómo se llama? Johnny no sé qué.

—En realidad es un doble al que la Visones ha pagado para que viniese a la fiesta. Me lo ha dicho el camarero.

—¿Tan desesperada está?

—Johnny Maniquí.

—Eso mismo.

Un tanto aburrido, Russell vio que Jeff entraba en el cuarto de baño del recibidor y se dispuso a seguirle. Tropezó con una modelo.

—Te conozco de algo —dijo ella.

Russell sabía que era modelo porque llevaba escrita la palabra en letras altas y delgadas desde los dedos de sus arqueadísimos pies hasta las prominentes clavículas. Debajo de una cazadora de cuero abierta, el encaje de su sostén negro le guiñaba el ojo. El pelo, largo y liso, le caía hasta los hombros; tenía una cara angulosa y sin una arruga. Solo las modelos llevaban tejanos en las fiestas de gala. La chica era el prototipo perfecto de una modelo, y de pronto el corazón se le encogió ante la idea de que estaba casado; de que aquella chica y todas las demás chicas del mundo en su increíble variedad e identidad siempre le resultarían ajenas.

—Quiero decir… —añadió ella— ¿eres alguien o qué?

—Soy un yo, en el sentido de Hume —propuso Russell.

Resultó que Marina, aunque era realmente modelo, asistía a los cursos de poesía de la Universidad de Nueva York, lo que sirvió de justificación suficiente para que se intercambiaran los números de teléfono.

—Cualquier día de estos te llevo a comer —exclamó Russell al alejarse, preguntándose al instante por qué le había hecho esa proposición. De pronto tenía ganas de ver a Jeff, con quien por lo menos podría compartir el dilema de ser un macho de la especie *Homo sapiens*.

La puerta del cuarto de baño estaba cerrada. Russell llamó una vez y luego empujó la puerta, que se abrió inesperadamente. Jeff estaba sentado en el lavabo. Volviendo lentamente la cabeza, le dirigió a Russell una mirada distante que indicaba que no lo había reconocido. La corbata de lazo le rodeaba el brazo izquierdo desnudo, y una gota de sangre se había deslizado desde un punto bajo el bíceps hasta el hueco del interior del codo. En la otra mano tenía una jeringuilla, que mecía levemente entre dos dedos como si fuera un pitillo.

—Madre mía, Jeff.

Una sonrisa aturdida fue asomando gradualmente en la cara de Jeff.

—Russell —dijo.

Russell cerró la puerta y observó, paralizado, cómo Jeff se soltaba la pajarita del brazo y se bajaba la manga.

—Antes compartías drogas conmigo en los cuartos de baño —añadió Jeff, con una nota de reproche en la voz.

—Pero no de esta clase.

—No, entonces eran de las buenas, de las limpias. —Jeff echó la cabeza atrás y cerró los ojos, exhalando un suspiro de satisfacción animal. Murmuró—: Aquellos sí eran viajes. —Por fin, bajó la cabeza y abrió los ojos, como si estuviera realizando un experimento de percepción a cámara lenta. Parecía un tanto sorprendido de ver a Russell—. ¿Me creerías si te dijera que… bueno, soy diabético? En mi vida no hay suficiente dulzura, tengo escasez, insuficiencia de dulzura. ¿O tengo demasiada? ¿Y tú? ¿Qué excusa tienes? ¿Qué eres tú? Vamos a ver... ¿eres un diletante?

—¿Te encuentras bien? —Russell se sintió estúpido en cuanto hubo hecho la pregunta. Tampoco estaba seguro de lo que quería decir.

—De maravilla. En este preciso instante me siento absolutamente en paz con el mundo.

—Vámonos de aquí —dijo Russell, apareciendo detrás de Corrine.

Y de pronto, recordando que estaba enfadada con él, ella preguntó:

—¿Quién era esa morena a la que encontrabas tan fascinante?

—Una poetisa que conocí en algún sitio —contestó él de un modo demasiado estudiado, le pareció a Corrine, mientras la guiaba hacia la escalera.

—¿Poetisa? —Corrine no quería dejar pasar la cosa, pero Russell parecía trastornado, molesto, de manera que preguntó—: ¿Te

encuentras bien?

Él asintió con la cabeza con poca convicción.

—Dios santo, cuánta basura europea —comentó ella cuando salían a la calle.

—Bastante, desde luego —murmuró Russell.

—¿Estás bien?

—Solo necesito un poco de aire.

Corrine estaba contenta, y sorprendida de que él quisiera irse ya. Normalmente necesitaba un escoplo y un martillo para arrancarlo de una buena fiesta, pero ahora parecía agotado.

A sus espaldas, la fiesta seguía a todo trapo. Una hora después, el periodista inglés encontró en el cuarto de baño a una mujer que había intentado cortarse las venas. Llegó una ambulancia. Finalmente, todos se enteraron de que se trataba de Delia, sin apellido, que había sido la chica del momento unos cuantos años atrás. El periodista inglés escribiría sobre ella. Su artículo aparecería varios meses más tarde en *Vanity Fair*. Y Rijstaefel *la Visones* organizaría una fiesta para celebrar la publicación del número.

19

En el aeropuerto de Detroit, Russell alquiló un coche, uno de esos productos locales que actualmente parecían tan genéricos y sosos como la cinta transportadora que lo había llevado desde la puerta a la zona de recogida de equipajes. Los fabricantes de coches más importantes exhibían sus modelos más sexis en la terminal, sobre rechonchos pedestales como si fueran ejemplares disecados de especies en peligro, pues aquella era la ciudad natal del transporte estadounidense. En el mostrador de la compañía de coches de alquiler no se le ocurrió pedir uno de la General Motors, aunque eso hacía siempre su familia desde antes de que él naciera, precisamente en un hospital subvencionado por la empresa. Lo llevaron a casa en un Chevy descapotable, con alerones; una casa de Birmingham cuya hipoteca se pagaba con el sueldo de su padre en la General Motors. Hasta que se encontró en la autopista 94 no se dio cuenta de que conducía un coche de la competencia.

Era la primera vez que volvía a casa de sus padres desde el Día del Trabajo, ocho meses antes. El monótono paisaje a ambos lados de la autopista le recordó el comentario de un chico en Nueva York/Exeter en la residencia de estudiantes en su primer año de facultad: «Una vez estuve en el Medio Oeste. No había nada que ver ni nada por lo que mereciera la pena quedarse». En aquel momento odió a todos los neoyorquinos y a todos los esnobs. De modo que trataba de imitarlos, y le contó a Corrine, cuando la conoció, que era de Grosse Pointe, la zona de las afueras de Detroit más cara y de mayor pedigrí, de la que hasta los exestudiantes de internado del Este habían oído hablar. Gracias a Dios, ella no parecía recordarlo, aunque tampoco le habría importado. En el coche soltó un gruñido y negó con la cabeza al pensar en su identidad pasada; luego puso la radio, tratando de recordar la frecuencia de la emisora de la

universidad, mientras contemplaba el paisaje con los ojos urbanos de un habitante del Este que llevaba casi quince años sin vivir allí, y lo encontraba carente de interés y belleza.

Al doblar hacia el norte por la 24, trató de imaginar las ruinas de la ciudad a su derecha. Cuando era muy joven iban de vez en cuando a ver partidos a Hudson, antes de los disturbios del 68, que vieron en los noticiarios locales y nacionales. No recordaba haber estado en el centro de la ciudad después de eso, hasta que fue con sus amigos del instituto a comprar hierba y emborracharse en Greektown. Pensó en el comentario de Stein al respecto… ¿cómo era? ¿O era sobre Oakland? No estaba seguro. O en el de Chrissie Hynde sobre Akron. Mi ciudad ha desaparecido. Solo que nunca había sido su ciudad. Se había hecho mayor tan cerca de la Motown como cualquier otro chico blanco que hubiera escuchado a Marvin Gaye y las Supremes.

Cogió la salida de Birmingham y se detuvo en una tienda de bebidas a comprar una botella de Glenfiddich. Su padre bebía whisky escocés, pero lo compraba del barato, una costumbre que a su hijo le parecía absurda, lo mismo que sus viajes en coche a la ciudad vecina para ahorrar tres centavos en el litro de gasolina sin plomo. Aquellos pequeños tics de falsa economía le producían mucha satisfacción al viejo y les crispaban los nervios a Russell y a su hermano. Mirando los estantes de vinos encontró una sorprendente botella de Lynch-Bages del 79 y la cogió para tomarla con la cena, que seguramente consistiría en carne roja que su padre habría comprado de oferta en Price Chopper unos meses atrás y conservado en el congelador.

Tras haberse desviado del sector de las tiendas, atravesó una zona residencial con matorrales muy verdes y casas de cuatro y cinco dormitorios en las parcelas en las que se habían dividido las granjas después de la guerra. Tomó una calle sin salida. La blanca casa colonial en la que había pasado gran parte de su vida apareció entre las puntiagudas hojas rojas de los arces japoneses que él y su padre habían plantado formando una hilera a lo largo de la calle.

Russell fue quien se ocupó de la manguera, llenando los profundos agujeros de agua, mientras su padre forcejeaba con los envoltorios de las raíces para plantarlos.

En ese momento, su padre miraba hacia la calle y salió a la puerta cuando Russell se apeó del coche alquilado. Se dieron un abrazo en el sendero, un torpe abrazo masculino, pronunciando palabras de saludo. Cuando se separaron, su padre miró el coche, mientras Russell miraba a su padre: tenía más canas y la cara más delgada. Pero Russell sintió alivio al no ver a un viejo. Todavía conservaba los rasgos básicos de un hombre maduro guapo.

—¿Cómo es que llevas un Plymouth, jovencito?

—¿Es eso? —le preguntó Russell—. No sé qué decirte. Creía que era un Chevy.

—Igual de despistado que siempre. —Trató de darle una colleja, pero no fue lo bastante rápido.

—¿Todavía tienes aquel Buick? —preguntó Russell.

—Sí, y que quede entre tú y yo, tengo unas ganas tremendas de andar por ahí en un Mercedes.

—Pues adelante —dijo Russell.

—Ya me gustaría —contestó el padre con tono serio mientras Russell recogía su bolsa de viaje del asiento trasero—. Vienes ligero de equipaje —observó, y Russell captó un dejo de decepción en su voz.

De hecho, planeaba pasar allí una sola noche, aunque por teléfono se había mostrado poco preciso con su padre. A lo mejor se quedaba más de una noche, pensó.

—¿Corrine está bien? —preguntó su padre mientras se dirigían de manera automática a la cocina, en la parte trasera de la casa.

—Estupendamente. Tenía que ver a una amiga que venía de Denver, si no me habría acompañado —explicó Russell.

—Entonces no tenéis problemas, ¿verdad? —dijo su padre, aludiendo al objetivo de la inesperada visita de Russell.

—No, ya te lo he dicho, no pasa nada malo. Más bien al contrario.

—Es un consuelo. Es una chica fantástica. —Russell le tendió a su padre la botella de Glenfiddich—. Mi hijo el ricachón.

—Un simple gracias es la típica respuesta educada —observó Russell, pensando que quizás el whisky había sido un error táctico.

—Únete a mí y tomemos una copa —le dijo su padre, dirigiéndose al congelador por hielo.

Era una de las cosas que a Russell le gustaban de su padre, el modo levemente formal en que utilizaba esas expresiones rituales: «Únete a mí y tomemos una copa», o «Como te plazca, jovencito». Aceptando el ofrecimiento con un movimiento de cabeza, Russell examinó el lugar con cierto aire de desconfianza.

—¿Por qué parece mucho más pequeña la cocina?

—¿No notas ningún cambio? —le preguntó su padre tímidamente.

—¿Has cambiado algo?

—Suelo y armarios nuevos —dijo su padre con tono de orgullo —. La madera es más oscura que antes. Es lo que has notado. ¿Whisky escocés?

—Claro. ¿Por qué has hecho eso?

—Teníamos la cocina igual desde que nos mudamos aquí.

—Me suena a derroche innecesario —dijo Russell.

—Pero resulta que quien vive aquí soy yo, jovencito.

—Perdona, lo había olvidado.

—Ya me he dado cuenta.

—He estado muy ocupado, papá. Y tú no has venido a vernos.

Los dos probaron sus copas, y luego el padre alzó la suya con gesto conciliador. Brindaron.

—Como me ha parecido que nos quedaríamos a cenar aquí, he descongelado un par de filetes.

—Bien hecho.

—Deberíamos comer pescado —dijo su padre, y Russell pensó que aludía a las calorías y el colesterol—. ¿Te acuerdas de cuando tomábamos pescado los viernes? —preguntó, refiriéndose a la

antigua práctica católica de abstenerse de comer carne los viernes, hasta que las inmutables leyes de la iglesia católica cambiaron.

—Me parece un poco loco —declaró su padre, después de que hubieran terminado de cenar y de que Russell le revelara su plan. No deseaba tanto el capital de su padre como su bendición.

—Lo sé. Me refiero a que tiene que parecerlo. En los negocios, las ideas nuevas siempre parecen raras.

Russell no esperaba convencerlo con facilidad. Su padre se había hecho mayor durante la Depresión, llevaba toda una vida trabajando a sueldo para la misma empresa, había ido ascendiendo de rango en sus filas y había invertido en acciones seguras, y visto recompensada su paciencia con los años. La idea de que un empleado comprara la empresa para la que trabajaba tenía que parecerle demasiado radical.

Su padre sonrió.

—Nunca creí que oiría a mi hijo, tan de izquierdas, dándome sermones sobre nuevas ideas para los negocios. Me acuerdo de cuando discutimos en esta misma habitación sobre el Watergate, jovencito. Tú opinabas que a Nixon deberían haberlo llevado directamente a la guillotina.

—Todavía lo pienso —aseguró Russell, pero ahora ambos sonreían de oreja a oreja. En el pasado, y en varias ocasiones, casi habían llegado a las manos por culpa de la política. La madre de Russell siempre intervenía para que prevaleciera algo parecido a la paz.

Retomando la conversación anterior, Russell dijo:

—Dime, cuánto has llegado a tener… Doscientos mil en acciones de la General Motors que no van a darte nada en lo que te queda de vida. Yo los doblaré en solo tres meses.

—No hay una garantía de que puedas llevar este asunto adelante.

—Incluso si fracasamos, los valores se dispararán en cuanto hagamos públicas nuestras intenciones. En el peor de los casos nos levantaremos de la mesa con un buen montón de fichas.

—Por lo menos la General Motors produce algo. Puede que no sea la empresa mejor dirigida del mundo. Puede que seamos unos dinosaurios. Pero algo va mal en la economía cuando se premia a los especuladores, los abogados y los banqueros por no producir nada. No es de extrañar que los japoneses nos estén barriendo.

Frunció el entrecejo y encendió un pitillo. Russell recordó que aquella cara enfurruñada aterrorizaba a sus amigos. Y al propio Russell a veces. Ahora no sentía miedo, sino preocupación por él; casi, se le ocurrió entonces, como si el padre fuera él. Y en el ambiente familiar de la sala de estar, sentado en el viejo sofá, cada vez más blando con el paso de los años, las dudas de su padre conseguían contagiarlo en cierto modo. Se había criado allí, y aunque luchara contra ello, había absorbido una parte de la visión del mundo de su padre tan inconscientemente como había inhalado el humo de sus pitillos.

—¿Qué crees que diría tu madre? —le preguntó de pronto el padre.

—Ella vería que tengo que seguir adelante con esto —contestó Russell—. Tendría plena confianza en que los dos haríamos lo que tuviéramos que hacer.

Su padre asintió con la cabeza y alzó la vista al techo exhalando el humo por la nariz.

—Debes saber —dijo con voz levemente temblorosa— que no era mezquindad por mi parte haceros ganar el dinero que gastabais. Tu madre pensaba a veces que era muy duro contigo. En especial aquel verano, cuando estabas en la universidad y querías irte a Europa con Jeff.

—No sabes cuánto me enfadé contigo.

—Solo quería que supieras... Quería que fueras capaz de cuidar de ti mismo.

—Lo entiendo —contestó Russell con cierta aspereza, pues ya había oído aquello antes.

—¿Entiendes lo que quiero decir? —insistió su padre, como si no le hubiera oído.

—Sí, lo sé. No te preocupes. No voy a enfadarme contigo si no quieres invertir tu dinero. Tenemos un compromiso de ese tipo, Melman. Solo quería que supieras lo que me disponía a hacer, y pensaba que querrías aprovechar la oportunidad de participar en el asunto.

—Además hay que tener en cuenta a tu hermano. No estaría bien que te diera toda la herencia a ti.

—También lo metería a él. —En cuanto hubo dicho eso, Russell sintió vergüenza de su propia grandilocuencia—. Menudo tipo estoy hecho, ¿eh?

Su padre contemplaba el humo que subía desde la punta del pitillo. Esa era una de las cosas que más le costaban a Russell de no fumar, la agradable sensación de tener un juguete a tu disposición, algo que hacer con las manos.

—No te estoy diciendo que seas como tu viejo y te pases la vida a sueldo de una empresa importante. Pero ¿sabes una cosa? —De pronto bajó la vista y miró a Russell con dureza—. Son unos cabrones. En realidad los seres humanos no les importan un pimiento. Eso me decía mi padre, un sindicalista de toda la vida, que consiguió ascender desde lo más bajo, y yo me creía mucho más listo que él. Pero él tenía la razón.

Russell temió que su padre fuera a echarse a llorar. Así que preguntó lo más suavemente que pudo:

—¿Tienes problemas en la oficina, papá?

Por mucho que deseara entender a su padre, temía que una intimidad real tras todos aquellos años de cautelosa proximidad le revelara algún aterrador secreto genético transmisible.

—Voy a jubilarme, anticipadamente. Es decisión de ellos, no mía.

—¿No tienes elección?

El padre negó con la cabeza.

—Mierda.

—Por decirlo educadamente —añadió su padre al cabo de un momento, con su tristeza ya disipándose. Empujó la mesita plegable y se llevó la bandeja con los platos a la cocina.

—Ahora entiendo que prefieras ser conservador con tus ahorros —dijo Russell, siguiéndolo.

—Supongo. O eso o me juego el todo por el todo. Tomemos la última copa.

20

Dormir sola era como la muerte. Incluso desde el interior de sus sueños notaba a veces el cuerpo de Russell o su ausencia. Como si en alguna ocasión hubiera sucedido una cosa terrible de la que se había olvidado, tenía sueños en los que la perseguían, sueños en los que la cortaban con hojas afiladas, y cuando se despertaba de esos sueños, estar sola era como una segunda herida. Todos aquellos años con Russell no habían eliminado por completo su sensación de que podían abandonarla en cualquier momento. Su madre solía desaparecer; la primera vez cuando Corrine tenía seis años: ella y su hermana, Hilary, jugaban en su habitación, y de pronto se abrió la puerta de par en par y su madre, con los ojos rojos y una mirada furibunda, empezó a gritarles que eran unas niñas horribles, que habían echado a perder su vida, mientras hacía pedazos las fotos de las paredes y revolvía a patadas los juguetes y la ropa. Corrine y Hilary se acurrucaron en un rincón hasta que se esfumó, tan inesperadamente como había entrado. Esa vez no la vieron durante tres días. Su padre, a quien no le gustaban las niñas que hacían demasiadas preguntas, no dijo nada. Cuando reapareció, volvía a ser la madre amable y buena que jugaba a las cartas y veía la televisión con ellas. Y todas las mañanas Corrine se levantaba de un salto de la cama y corría escaleras abajo para ver si su madre seguía con ellas.

Al despertar esa mañana de sábado sin Russell, se preguntó si él la echaría de menos cuando estaban separados. En cierto modo imaginaba que para él era un alivio, un descanso de su presencia constante, de sus atenciones.

Se quedó tumbada en el cálido capullo bajo el edredón mirando el fino y polvoriento rayo de sol que entraba en la habitación por donde se unían las cortinas, que eran de una tela muy pesada y que

ella misma había comprado cuando la decoración rústica inglesa se había impuesto en Manhattan unos años atrás. Russell pensaba que eran un poco de niña, pero consideró que el dormitorio era cosa de Corrine, y ella lo había convertido en un nido adornado con mimbre blanco y telas de flores, mientras el cuarto de estar y el comedor tenían un toque más masculino y sobrio, con sofás de cuero y sillas sólidas. Tumbada en la cama, reparó en los desconchados de la pintura del techo. Todo el piso necesitaba una mano de pintura.

Una vez en el cuarto de estar, encendió el televisor para tener compañía, preparó café y se puso a leer el *Times*. Era el periódico del sábado; nada de grandes horrores en primera plana. El escándalo de Jim y Tammy Bakker. El gran momento de Gary Hart. Bush tomando cortezas de cerdo a modo de desagravio por Andover y Yale. Eran gente sencilla… que pasaba el verano en Kennebunkport. Un optimismo cauto en la sección de negocios. Se preveía que continuaría el alza y que los tipos de interés se mantendrían estables en el bla bla... El crucigrama… Madre mía, pensó, ¿por qué la cuatro vertical tenía que ser «adúltero»? Por lo menos aquella mañana nadie la obligaría a desayunar. Odiaba hacerlo, pero Russell siempre andaba detrás de ella para que comiera algo, como si quisiera que acabara como una foca, solo porque había tenido un problemilla cuando era adolescente, hacía varios siglos. Prácticamente todas las chicas que conocía habían pasado por la misma etapa. Era un clásico del instituto, como los jerséis noruegos de lana y los apodos ridículos. Miss Anorexia Nerviosa 1972, Corrine Makepeace. Una lucha contra el súbito desarrollo del cuerpo. Cuando solo el año anterior al instituto cantaba con las otras chicas en el vestuario, juntando las palmas y presionando rítmicamente para desarrollar los músculos del pecho, como hacían los chicos para imitar ruidos de pedos:

Es un hecho, es un hecho,
tenemos que aumentar de pecho.
Cuanto más grande y redondo,

el jersey te pondrá más cachondo...*

Katie Petrowski ya los tenía grandes, y Corrine con su sostén de deporte. Al quitar la mesa, se encontró su galleta china de la fortuna de la noche anterior: «Si los deseos son modestos, se harán realidad». Guárdala para enseñársela a Russell. Un baño de realidad. Para que el ambicioso Calloway tuviera los pies en la tierra.

Devolvió *Jules y Jim* en el videoclub y se dirigió a Madison para reunirse con Casey Reynes en Marigold, donde almorzaron con Coca-Cola light. Casey estaba enorme con su heredero. Corrine pensó que tenía un aspecto magnífico y se lo dijo.

—Por favor. Si sobrevivo me sentiré feliz. En Armani tienen unos vestidos preciosos, y yo enorme como un tonel. ¿No te parece que sería un detalle por parte de Tom *el Cuarto* que saliera del horno con unas semanas de adelanto para que su madre pudiera volver a arreglarse?

Corrine se habría cambiado por ella encantada. Chupando la rodaja de limón, dijo:

—Creo que sería un alivio no tener que estar impecable. Ahora tú tienes dispensa. Estoy harta de pensar en qué ponerme todas las mañanas. Estoy cansada de vestirme. Creo que lo único que me apetece es ir descalza y estar embarazada.

—Te enseñaré un vestido de Valentino que cambiará tus ideas al respecto.

A pesar de su estado, Casey había ido de compras, y le mostró unas sábanas de lino que había comprado en Pratesi para el cuarto de invitados.

—Son mucho mejores que las de algodón —aseguró Casey—. Y que las de mezcla no digamos.

El marido de Casey se dedicaba a los negocios y al parecer ganaba más dinero del que podían gastar, aunque ella se esforzaba mucho. Comercio aparte, él ya valía millones el día de su nacimiento. La principal ocupación de Casey era ir de compras. Después de almorzar fueron a Valentino y Versace, donde Casey se compró un

vestido y un cinturón y Corrine se resistió. Aquello era comprar por delegación. Casey compraba y Corrine miraba. Una blusa que le gustó costaba casi el alquiler de un mes. Si no hubieran sido compañeras de habitación en la universidad, Corrine habría considerado a Casey superficial y decadente, pero conservaba una impresión histórica de una chica gorda que cantaba con una bonita voz y cuyo ídolo era Sylvia Plath, que hacía que la Casey de Madison Avenue pareciera más profunda de lo que posiblemente le parecería a una amiga más reciente.

Entraron en el museo Whitney, y la visita podría haber indicado que había remitido la fiebre compradora de Casey, pero al cabo de solo unos minutos se volvió hacia Corrine y dijo:

—Tom y yo estamos pensando en comprar un Fischl —como si la sucesión de lienzos de las paredes le recordara sobre todo los escaparates de las tiendas; de repente, alejándose de un cuadro de Hopper, propuso—: Vamos a tomar el té al Plaza.

Tomaron un taxi allí y bordearon el parque hasta pasar la hilera de coches de caballos que esperaban, mientras los animales con anteojeras comían sin ver de los sacos de pienso. Como muchos otros habitantes de la ciudad, los caballos parecían más atractivos desde lejos; a Corrine le gustaba la idea de un paseo romántico en carruaje por el parque, con la luna y las torres de los apartamentos que lo rodeaban apareciendo y desapareciendo sobre las plumosas copas de los árboles.

Con sus bolsas de la compra socialmente correctas, Casey avanzó a buen paso entre los aturdidos turistas del vestíbulo del Plaza, y condujo a Corrine por un pasillo de plantas de interior y lirios de pascua en macetas hasta un claro donde los tenues sonidos de un cuarteto de cuerda competían con el estrépito de la cubertería de plata y las voces, en su mayor parte femeninas, de quienes se sentaban a las mesas, mujeres de una cierta edad, con el pelo aclarado químicamente y la piel bronceada por el sol; versiones aventajadas de Casey.

Tomar el té en el Plaza era una de las cosas que Corrine siempre había querido hacer pero nunca conseguía. Siempre estaba demasiado ocupada. Aquella sería una ciudad maravillosa en la que vivir si una tuviera tres cuerpos distintos. Uno para trabajar como una posesa, para ganarse la vida; el segundo para almorzar en el Café des Artistes y asistir a las subastas de Sotheby's y las exposiciones del Met y los recitales de poesía en el Y. El tercer cuerpo sería para despertarse tarde y mantenerse despierta hasta el amanecer. Trabajo, diversión y vida: con un solo cuerpo imposible, a no ser que seas muy joven y acabes de llegar a la ciudad, y entonces resulta un sitio mágico durante un breve periodo cuando consigues el primer trabajo y la vas descubriendo como un explorador y nunca necesitas dormir, pero de repente caes en la cuenta de que has envejecido y de que no tienes bastante dinero comparado con el que tienen los demás, o a lo mejor cuando tienes unos cuantos dólares te has hecho demasiado mayor y para entonces has perdido la capacidad de ser tres personas a la vez. O bien eres rica, como Casey, y todas las reglas quedan en suspenso.

Liberando su servilleta del servilletero, Casey dijo:

—No te vas a creer lo que hizo el otro día el futuro padre. Conoces a los Goodhart, ¿no? Él es inglés, prácticamente se crio en Blenheim. Pues bien, se iban a pasar un mes en Kenia y tenían miedo de perderse el nacimiento del bebé, supongo, porque vinieron a cenar a casa y aparecieron con dos cajitas de Tiffany. Total, que yo puse una en el plato de Tom. Y él va y abre la caja y dice: «Oye, siempre había querido tener una de estas cosas». Y todos lo miramos, y por fin yo digo: «Tom, cariño, no es para ti. Es un sonajero para el bebé». «¿Un sonajero?», repite él, sonrojándose. Bueno, pues resulta que mi querido marido pensaba que el sonajero del bebé era un anillo para la polla.

La camarera llegó y depositó un servicio de té y una especie de estantería de plata con pastas y sándwiches sin corteza que parecían demasiado bonitos para comerlos.

—Es terrible, tengo ganas de comer todo el rato —dijo Casey—. Y mi médico no para de decirme que necesito aumentar de peso. Y luego está el sexo. Una se siente muy poco atractiva.

—¿Tom ha perdido interés? —le preguntó Corrine, abriendo un diminuto sándwich como si se tratara de un libro para ver su contenido, dispuesta a mostrarse indignada ante las perfidias del otro sexo.

—En realidad, no estaba pensando en Tom.

Corrine levantó la vista de los trocitos de pepino con mantequilla, un tanto sorprendida, una reacción que Casey, a pesar de su tono estudiadamente cansino, parecía haber previsto.

—Oye, no me digas que en todos estos años tú nunca has... Quiero decir que Tom está fuera la mitad del tiempo y yo tengo mi libido… El matrimonio no es solo cuestión de sexo, en cualquier caso. Los europeos lo saben.

Fascinada, Corrine se inclinó hacia ella.

—¿Y no te preocupa que...?

—Ese tema del sida se está exagerando mucho —interrumpió Casey, y tomó un sorbo de té—. Sinceramente, ¿a cuántos heterosexuales conoces con el sarcoma de Kaposi?

—Me refería al niño.

—Bueno, hasta el último mes de embarazo no supone ningún riesgo y, lo creas o no, algunos hombres lo encuentran excitante.

—Pero y... ¿y si no es de Tom?

—Es suyo. Si hubiera tenido dudas al respecto, se lo habría dicho. Ya me hice dos raspados cuando no estaba segura.

Corrine se sintió mal al oír eso.

—No me lo puedo creer... Quiero decir, ¿cómo te las arreglas?

—Es muy sencillo. Pagas la habitación en metálico, y tienes todo el cuidado del mundo de no llevarte a casa esos botecitos de champú tan reveladores.

21

Después del trabajo, Trina recorrió andando unas cuantas manzanas Park Avenue abajo hasta el Racquet Club, una fortaleza de piedra rosa que parecía encogerse entre el bosque de edificios de cristal de la Bauhaus en la parte baja de la avenida, cual banquero eduardiano con chaleco que esperara pacientemente entre la chusma en una terminal de autobús.

Al llegar a la oficina aquella mañana, Trina se había enterado de que Aldridge pasaría el día en Cincinnati; pero le había dicho a uno de los empleados que estaría en el comedor del Racquet Club a las siete, y pese a las normas que impedían la entrada de mujeres al club, o quizá debido a ellas, Trina decidió aparecer por allí. Tenía la intención de preguntar por él, pero el irlandés de rostro inexpresivo del mostrador de recepción desapareció en el guardarropa con un enorme paquete justo cuando entraba ella. Trina pasó de largo el mostrador y se metió en el ascensor antes de que el tipo volviera. Mientras trataba de decidir a qué piso ir, el ascensor empezó a subir, lenta y ruidosamente. Como por voluntad propia, las puertas se abrieron en la tercera planta; justo al otro lado del umbral, había hombres desnudos sentados en bancos, o moviéndose entre el vapor, saludándose unos a otros con voces campechanas poco naturales. Ninguno reparó en ella mientras pulsaba el botón de cierre de las puertas, pero una voz dijo, cuando ya se cerraban:

—Atención a ese ascensor.

Y al mismo tiempo, en el otro extremo de la húmeda sala, un joven atleta-banquero de proporciones clásicas al que Trina le había echado el ojo se dio la vuelta de pronto y llegó a vislumbrarla un instante, algo que al principio descartó como fruto de su imaginación y que más tarde, cuando se confirmara que la habían visto en el

edificio, él relataría para beneficio de sus amigos en el salón comedor:

—He notado que alguien me estaba mirando, ¿conocéis esa sensación? Y cuando miro hacia el ascensor, las puertas se estaban cerrando, y os juro que he visto a una chica, y me refiero a una chica que estaba muy buena, ahí, en el ascensor, pero me he dicho: no, no puede ser.

Al bajarse en el segundo piso, Trina se encontró en un mundo cavernoso de madera oscura, viejos barnices y cuero resquebrajado, que parecía perfumado con la esencia de un tónico capilar masculino ya extinguido. En las paredes había colgados grabados de temas deportivos, antiguas raquetas de madera y placas de plata enmarcadas con los nombres de los ganadores y las fechas de los torneos celebrados durante el último siglo, entre ellos los de varios antepasados de Nicky Aldridge. Algunas placas estaban dedicadas a competiciones de una extraña forma de tenis que se jugaba a cubierto y que sobrevivía allí y en un puñado de sitios del Viejo Mundo. Reinaba un silencio sepulcral, pues las salas estaban desiertas. A Trina, que vivía en un apartamento de un dormitorio en un rascacielos construido cinco años atrás en la Segunda Avenida, se le ocurrió que si al bisabuelo de Aldridge lo traían de vuelta al Manhattan de 1987, aquel sería uno de los pocos sitios de la ciudad que reconocería y en el que se sentiría como en casa.

Siguió hasta el comedor guiándose por el sonido de las voces. Aldridge estaba solo en una mesa y untaba una gran cantidad de queso cheddar blando en una galleta salada. Siete u ocho hombres más se desperdigaban por una sala donde podría haberse celebrado un gran banquete de boda.

Al alzar la vista, Aldridge pareció agradablemente sorprendido durante un instante, y luego, al darse cuenta de dónde estaba, dijo:

—Trina, qué demonios...

—Solo quería ver tu guarida secreta. Muy bonita.

El silencio reinó en el comedor cuando los hombres de las otras mesas repararon en la intrusa.

—¿Cómo te ha ido por Cincinnati? —Trina alargó el brazo y cogió la petaca de puros del bolsillo de arriba de la chaqueta de Aldridge, sacó de ella un torpedo y arrancó la punta con los dientes.

—Insisten en medio punto menos. —Aldridge miró con nerviosismo a su alrededor—. Oye, creo que lo mejor es que te vayas.

—Sí, me voy —contestó Trina—. De hecho, dejo la empresa.

Nicky asintió lentamente con la cabeza y se metió en la boca una galleta salada de un naranja pálido untada de queso de un naranja muy vivo. De repente, su interés por lo que le había dicho Trina se imponía a su preocupación por las normas del club.

—¿Te vas con el asunto de Corbin, Dern a otra parte?

—Sí.

—¿Adónde?

—Me voy a establecer por mi cuenta. ¿Conoces a Peter Risch, ese amigo mío del First Boston? Pues se viene conmigo. Y también me llevo a Rockaby. Cox, Rockaby y Risch.

—Suena bien.

—Gracias. —Tras rebuscar en su bolso y sacar unas cerillas, Trina encendió el puro con muestras de gran placer.

—La verdad, no puedo decir que la cosa me haga muy feliz. Preferiría seguir contando contigo. Y también con Rockaby.

Trina se encogió de hombros. Así era el mundo, y Aldridge lo sabía. Podía elegir entre comportarse como un cabrón o no.

El camarero, un hombre bajo de uniforme malva, se acercó a la mesa.

—Permítame que le recuerde, señor, que las normas del club prohíben la presencia de mujeres en todas las zonas del club excepto en el vestíbulo de la planta baja.

Aldridge asintió con la cabeza.

—Trina, ya lo has oído. Tendremos que continuar la discusión en otra parte.

—¡Sáquela de aquí! —tronó una voz desde el otro extremo del comedor.

—No —repuso Trina—. Prefiero quedarme. —Sonrió y enarcó las cejas en dirección a Aldridge, para demostrarle que no quería causarle problemas pero que estaba dispuesta a llevar su aventura hasta el final.

—Evan tendrá que llamar... Madre mía, ni siquiera sé si aquí tenemos seguridad —dijo Aldridge, dando muestras de una feliz ignorancia con respecto a los servicios con los que contaban.

Evan asintió con la cabeza.

Trina volvió a encogerse de hombros.

—Bien, pues haga lo que tenga que hacer —le dijo Aldridge al camarero, extendiendo las palmas en un gesto de desamparo—. ¿Quién se ocupará del asunto? —le preguntó a Trina.

Trina dio una chupada al puro.

—Bernie Melman.

Aldridge arqueó las cejas y soltó un silbido.

—Cuando has dicho que te marchabas, no se me ha ocurrido que fueras tan lejos.

Ella se esperaba eso. Cosas de caballeros.

—Hay miles de millones de dólares en juego esperándonos. Los tiempos están cambiando, Nicky.

Aldridge masticó pensativamente la galletita. La última frase de Cox le parecía divertida. Estudiaba en Columbia cuando apareció la canción de Dylan con ese título, había participado en las protestas de 1968 y recibido algunos porrazos. Puede que Cox pensara en la canción de Dylan, pero la frase y las perspectivas que abría lo hacían sentir curiosidad hacia aquella joven, tan lista y tan ignorante.

—Puede que tengas razón —dijo—. No voy a tratar de perjudicarte. Me caes bien y quiero que te andes con mucho cuidado. Es posible que vayamos un poco rezagados con respecto a estos tiempos. O puede que otras personas hayan ido más allá de lo permitido. Hay cosas que nunca cambian. La muerte, los impuestos... y que las comidas siempre tiene que pagarlas alguien. —Aldridge cogió su petaca de encima de la mesa y eligió un puro. Lo examinó con orgullo y lo encendió—. ¿Sabes quién era Jimmy Ling?

—No. —Trina supo que iba a contarle una historia. Dios, qué alegría no tener que oír nunca más aquellas historias suyas.

—Jimmy Ling era el Mike Milken y el Bernie Melman de su época, que fue básicamente a principios de los años setenta. Parece un nombre chino, pero en realidad era tejano...

Mientras hacia una pausa para encender su puro, Trina cogió una galleta naranja y la untó de queso cheddar naranja; parecía apropiado que en aquel sitio sirvieran un tipo de queso y un tipo de galleta que en la ciudad no se veían hacía años.

Un guardia de seguridad uniformado irrumpió en el comedor.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó, mirando a Trina.

—¿Le parece que corro peligro? —El desprecio de Aldridge se transmitió al guardia—. Por favor, acompañe a mi amiga al vestíbulo, si le parece que puede hacerlo.

—¿Me concedes un último deseo? —preguntó Trina.

—Naturalmente.

—Termina la historia.

—Bueno, pues en resumen, Jimmy Ling empezó con un garaje de tres mil dólares, y al cabo de un par de años Ling-TemcoVought se había convertido, creo, en la decimocuarta empresa del país. Adquirió muchas empresas, y lo hacía todo endeudado. Inventó ese proceso especial según el cual, en lugar de pedir prestado el dinero y luego ir detrás de la empresa, se ofrece papel a los accionistas. Dinero blando. Les daba bonos, obligaciones subordinadas, a cambio de sus valores. La gente empezó a llamar a los bonos papel mojado. Algunos creemos que fueron los bonos basura originales. Los valores parecían sólidos. Pero luego los tipos de interés se dispararon y de pronto no había nada detrás del papel. Ling-Temco-Vought se hundió como una tonelada de lingotes de oro falso. Básicamente, había sido un castillo de naipes desde el principio.

Dio una profunda chupada al puro y soltó una gran bocanada de humo. Melman, se fijó Trina, seguía hablando mientras fumaba. No supo muy bien qué podía significar una cosa así. El guardia de

seguridad, tras el rapapolvo de Aldridge, se mantuvo en posición de firmes durante aquel discurso.

—Papel mojado, ¿eh?

Aldridge se encogió de hombros.

—Solo es una historia. Pasó hace quince años, pero nadie la recuerda.

—La tendré presente. —Trina se levantó y alargó las manos como si esperara que fueran a esposarla, un gesto que contribuyó a aumentar la turbación de los hombres.

—Quizá te convenga —concluyó Aldridge.

Trina le tendió el puro al guardia de seguridad, que lo cogió instintivamente sin saber qué hacer con él, y luego salió a grandes zancadas del comedor sin esperarlo.

Aldridge cogió otra galleta untada de naranja y pidió otra copa al camarero. Básicamente, los jóvenes como Cox le daban muchísimo miedo. Él y muchos de sus iguales habían acabado en la banca de inversión y las finanzas casi por casualidad; procedían de universidades y familias donde eso constituía una opción respetable, como la de ser ministro para un miembro de la nobleza en la Inglaterra del siglo XIX o la de ser militar para determinado tipo de familias sureñas. Y, como los oficiales de carrera que van a la guerra cumpliendo con su obligación, él y sus colegas de los bancos se habían abierto paso en el barro y los bayonetazos de los años setenta cuando el mercado de valores sufrió graves pérdidas y los tipos de interés subieron como la cifra de bajas en una batalla perdida. Fueron tiempos duros. Conservaron suficiente terreno para contraatacar cuando la guerra cambió de signo en los ochenta y de pronto tuvieron que correr a defender el frente. Pero esos chicos de ahora, la promoción de 1980 o la que fuera, eran unos oportunistas sin escrúpulos. No sentían respeto por la historia ni lealtad hacia las instituciones. Era aterrador, cuando uno se ponía a pensarlo: chavales con tirantes que se creían con derecho a ganar millones, con métodos tan sanguinarios como los asesinos de niños de los

guetos del norte, capaces de apretar el gatillo contra cualquiera que se interpusiera entre ellos y sus momentáneos deseos.

—Joder con los putos pipiolos —se oyó murmurar Aldridge cuando el camarero le trajo la copa. No tardaría en llegar el momento de dejarlo, de retirarse con las ganancias obtenidas legalmente. Cumpliría cuarenta y cuatro años al cabo de unos días.

Bull Soames, un viejo amigo suyo de Salomon Brothers, se acercó con andares de pato y con un Chivas en la mano.

—¿De qué demonios iba eso, Nick?

—Una fugaz visión del futuro, Bull.

22

—¿Qué pasa aquí? ¿No dejan que los miembros de las minorías se sienten en las mesas de la entrada o qué?

Aquella observación penetró visiblemente en la frágil coraza de la maître, aunque ella misma fuera asiática. Lanzó una mirada nerviosa a las mesas de la entrada y otra a su libro de reservas.

—Julian siempre me guarda una mesa en la entrada —añadió Washington, apelando casi a la vez a las nociones mutuamente exclusivas de una jerarquía social elitista y a un modelo de imparcialidad democrática. Semejante contradicción pareció escapársele a la maître, que tras unos instantes de angustiosa vacilación los condujo a la mesa que exigía Washington.

En opinión de este, la vida era demasiado corta para comer en un restaurante que no estuviera de moda, y aquel era el local del centro de la ciudad del que más se hablaba últimamente. Destacaba no tanto por su decoración fija como por la móvil, pues a los clientes parecía haberlos elegido un decorador de interiores. Predominaba una especie de brillante belleza felina. Los actores de cine y las modelos habituales de las revistas de moda llevaban tejanos desgarrados y camiseta, y todos los demás iban vestidos de negro. La iluminación era radiante, como para facilitar que se hicieran fotografías. Russell normalmente se habría encontrado cómodo allí, aunque ahora tenía cosas más importantes en la cabeza.

Con su traje azul, Whitlock quedaba llamativamente fuera de lugar.

—¿Qué tal se come aquí? —preguntó, después de que se hubieran sentado.

—No hemos venido por la comida —contestó Washington—. De hecho, lo moderno es decir que la comida es un asco.

—Entonces, ¿por qué hemos venido?

—Hemos venido para que nos despreciara esa asiática calientapollas, y luego a suplicar que nos atiendan esos arrogantes maniquíes que se las dan de camareros y camareras. También porque la movida está aquí. Y porque en un momento determinado solo hay un sitio que sea el foco de la conciencia de los modernos, y a las nueve y media de la noche de un miércoles de mayo de 1987, el sitio es este. De modo que a ver si te enteras, Whit. Y trata de que no parezca que acabas de bajarte de un puto autobús.

Whitlock no pareció convencido.

—Es un poco pronto para celebrarlo —comentó, después de que Washington hiciera señas con la mano al camarero y pidiera una botella de champán.

—Todavía no estamos celebrando nada —explicó Washington—. Solo tomamos unas copas. Cuando empecemos a celebrarlo, ya te enterarás.

Russell les había confiado su plan a principios de semana. Washington había obtenido una serie de concesiones y promesas y luego se había traído a un abogado a almorzar para una negociación final, que hasta tal punto fue un tira y afloja que Russell casi lamentó haberle propuesto nada. Pero era un buen editor y tenía un instinto político increíble. Era a David Whitlock, sin embargo, a quien de verdad necesitaba Russell. Estaba al día como nadie de la situación económica y de los detalles financieros de la empresa. Y si había algo chungo en la campaña de Melman, Whit lo descubriría.

—Me siento bastante incómodo con todo esto —empezó Whitlock—. Anoche estaba sentado delante del ordenador verificando números, proyecciones y modelos, y de repente me di cuenta de que estaba utilizando información confidencial. Tengo acceso a un material al que nadie de fuera podría acceder.

—Eso ocurre en cualquier compra de una empresa por parte de sus empleados.

—Sí, puede que no sea ilegal, pero ¿es ético? Vamos a comprar acciones a unas personas que no saben lo que nosotros sabemos. ¿Está eso bien?

—Los mercados son así —terció Russell—. Nadie está obligado a vender.

—Está perfectamente bien, joder —añadió Washington—. Quiero saber si la cosa va a funcionar. ¿Qué dice tu ordenador de eso, Whit?

—Que es factible. Russell tiene razón sobre que la empresa está infravalorada. Mierda, pero lo mismo le pasa a Exxon. Me gustaría saber de dónde vas a sacar el resto de la pasta.

—La pasta está ahí —aseguró Russell. No quería que ninguno de los otros dos supiera que Melman iba a darle casi el diez por ciento de las acciones, dependiendo del desempeño de la compañía. A modo de apuesta secundaria, Russell había adquirido acciones por valor de cien mil dólares, utilizando los cincuenta mil de su nueva línea de crédito y doblándolos con un margen de su corredor de Bolsa; esas participaciones subirían mucho de valor cuando se anunciase una oferta formal. Trina Cox iba a hacerse con una pequeña parte; Melman, que estaba consiguiendo el grueso del capital de los bancos y reservaba para sí la mayor parte de las acciones, había autorizado a Russell a ofrecerle una pequeña tajada a Whitlock, si era necesario.

—¿Ahí? ¿Dónde es ahí?

—De momento lo vemos todo a través de un cristal tintado; pero luego...

—El otro bando también puede reunir dinero. Harold y Kleinfeld y los demás. Si organizan una defensa adecuada, acabaremos en la calle. ¿Y qué pasa con la lealtad?

—¿Y eso qué es? —soltó Washington.

—Harold ha hecho mucho por vosotros dos. Y ha hecho mucho por el mundo de la edición.

Washington puso los ojos en blanco, y luego reinó un profundo silencio, como si todos ellos contemplaran el papel que se resistían a interpretar: el de antagonistas en aquella obra dramática.

—¿Qué ha hecho por mí últimamente? —preguntó finalmente Washington, rompiendo el hechizo—. Aparte de echar abajo mis dos

últimos libros. La mayor parte del tiempo, Harold me ha dado por culo.

—Lo mismo digo.

Como si fuera testigo de algo indecoroso, Whitlock se volvió para no ver cómo Washington y Russell chocaban los cinco y brindaban.

—¿Es esa quien creo que es? —preguntó de repente Whitlock, señalando con la cabeza la mesa de al lado, donde se sentaba una actriz de la tele con trencitas rubias y unos labios tan gruesos que parecían neumáticos.

Inclinándose sobre la mesa, Washington dijo:

—Si te unes a nosotros, convertiremos este local en la cafetería oficial de la empresa, y dejaremos que esa chica se te siente en el regazo, Whit, porque seremos tan hijos de puta que todas las chicas de la ciudad querrán conocernos. Y el precio por conocernos será hacernos una buena mamada, ¿oyes lo que te digo? Una vez que nos hayamos hecho con la pasta de verdad, te garantizo personalmente que tendrás que mandar a que te hagan más grande la bragueta de todos tus pantalones. Te nombraremos negro honorario. Mierda, si podrás comprarte trajes nuevos. Haremos que el mismísimo Paul Stuart vaya a tu despacho a tomarte las medidas personalmente. Estaremos demasiado ocupados para...

—¿Lo hacéis por eso?

—Es por eso por lo que todo el mundo lo hace todo.

—Creía haber oído ayer mismo a Russell hablando de literatura y de publicar cosas socialmente comprometidas.

—Eso es porque es un blanco reprimido y tiene que soltar esas gilipolleces para engañarse a sí mismo. Tú eres demasiado listo para eso, Whit. Eres un hombre de negocios, ¿o no? Fuiste a una escuela de negocios, no como este pavo de aquí, este buitre de la cultura. Tú vives en el mundo real, sabes hacer que las cosas funcionen. Esto es América, la tierra de las oportunidades.

A Russell le agradó ver que Washington ya estaba metido en faena. Siendo explícitamente falso, pues hablar, para él, era siempre

en cierta medida una interpretación, Washington tenía sin embargo la capacidad de convencer, aunque solo fuera hasta el punto en que tenías la impresión de que sería muy incómodo creer por completo en tu propia posición, y por tanto en cualquier otra. Porque sería poco guay. Muchas veces se las arreglaba de esa manera para convencer a los demás. Como Hamlet, Whitlock siempre encontraría buenas razones en los dos bandos de la polémica; al final haría falta recurrir a sus emociones para ganar su apoyo. Ahora, con Washington de parte de Russell, la cosa se reducía a esto: ¿quería ser uno de ellos?

Después de que Whitlock se dirigiera al servicio, Washington le preguntó a Russell si le había contado a Jeff lo que se traían entre manos.

—Todavía no.

—No me gustaría que se enterara por otros —dijo cuando reapareció Whitlock.

Una esbelta figura élfica pasó por delante de su mesa. Era un joven rubio vestido por completo de negro, y con la cara larga y pálida dividida en dos por unas gruesas gafas oscuras. Saludó a Washington con la mano.

—Vaya, qué importantes somos todos esta noche —comentó.

—Todas las noches —respondió Washington.

El tipo le preguntó a Russell:

—¿Todavía estás considerando a fondo mi proposición de un libro?

—Seguimos en ello —contestó Russell. ¿Quién era aquel tipo?

—Me tienes en ascuas.

—¿Quién era ese? —quiso saber Whitlock—. Creía que Truman Capote ya había muerto.

—Se ha reencarnado en un columnista de cotilleos —dijo Washington.

—¿Cómo? —preguntó Whit.

—Es Johnny *el Bautista*. Cronista de los sucesos de la noche.

—Mierda... conque es ese tipo —murmuró Russell—. Creo que se me ha traspapelado su propuesta.

—¿Va a escribir sobre nosotros? —preguntó Whit—. ¿Qué pasará si Harold se entera de esto?

Washington puso los ojos en blanco.

—¿Si se entera de qué? ¿De que hay tres tipos de los que nadie ha oído hablar que trabajaban en la misma empresa y que cenan juntos? Para el carro. De todos modos, no te preocupes, nunca escribirá sobre nadie que vaya vestido como tú.

Temiendo que Whit se estuviera sintiendo aislado, Russell cogió la manga de lino negro de la chaqueta de Versace de Washington entre los dedos y dijo:

—Hablando de ropa, ¿llevabas chaquetas como esta cuando estabas en Harvard? ¿No te enseñaron que había que usar tweed?

—Lo intentaron. Y yo intenté enseñarles a bailar.

—Un claro empate.

—Sí, pero siempre teníamos chicas de Brown para consolarnos —contraatacó Washington—. Solían andar desesperadas por Providence buscando compañía masculina de la de verdad.

—No dejarías que se fueran decepcionadas —dijo Russell.

—Eres todo un caballero.

Cuando Washington se ausentó un momento, Russell se acercó más a Whitlock.

—Oye, además de todo lo que hemos hablado, puedo prometerte un uno por ciento en acciones si el asunto funciona y cien mil dólares netos si no lo hace. Te lo estoy poniendo fácil, Whit. Es un chollo para ti.

—No me parece tan fácil.

Pero, a medida que progresaba la cena, Whitlock se fue relajando. Cada vez se sentía más a gusto en el papel de inocentón, rehusando dar por supuesto que formaba parte de aquel ambiente y quejándose de la intensa iluminación y el tamaño de las raciones. Le pidió unas gafas de sol y un microscopio electrónico a la camarera; bromeando, le preguntó si de postre podía ponerle tres gramos y

medio de sorbete. Pero se recobró y se puso firmes para estrechar con energía la mano de Julian Heath cuando el elegante y angustiado dueño del restaurante se acercó a saludarlos. Whitlock comprendía, pese a su relativa inocencia en cuanto a la vida social, que el dueño de un restaurante de moda era un personaje de importancia equivalente *grosso modo* a la del director de una revista ilustrada, el director de una orquesta sinfónica o un pintor con exposición individual en el Whitney, aunque, en su caso, Julian deseaba ser conocido por sus esculturas y lamentaba amargamente tener que mostrarse educado con escultores y pintores que no eran dueños de restaurantes, lo mismo que con cineastas, estrellas de rock, novelistas y los roedores de la moda que pululaban en torno a ellos. Tener un restaurante era algo a lo que Heath había llegado casi a regañadientes, un modo de pagar el alquiler hasta que su escultura funcionase, pero ahora el local que había abierto unos años atrás para el mundillo artístico del SoHo tenía tantísimo éxito que estaba estancado, atado por un contrato de alquiler a cinco años y la etiqueta de restaurador. Ese era su segundo restaurante e iba todavía mejor que el primero. No le parecía justo; si hubiera fracasado, ahora mismo estaría en su estudio martillando el hierro en lugar de ahí plantado chismorreando con Washington Lee, aunque Washington era un tío guay, que se había gastado mucho dinero en los restaurantes de Julian, era guapo y divertido y negro, lo que siempre daba un toque, y normalmente traía consigo a gente como él, por lo menos hasta esta noche. La política del restaurante era poner a los que llevaban traje en el rincón del fondo. ¿Qué coño hacían aquellos tipos en una mesa de la entrada?

—Vale, vale —dijo Whitlock cuando Heath se hubo escabullido tras haber encendido pequeñas hogueras de autosatisfacción en los pechos de los tres colegas del mundo de la edición—. Me rindo. Pidamos más champán. Sabíais que iba a decir que sí, así que vamos allá.

23

El zumbido le atraviesa los pulmones y se extiende como una corriente eléctrica por el torrente sanguíneo, se encuentra con una casilla verde y recoge dos millones de dólares, sube disparado por la espina dorsal, se deposita en el cráneo, donde explota en un estallido de fosforescencias blancas, y ese intenso hormigueo en el cuero cabelludo es la excitación que se siente al salir al escenario ante un público que grita entusiasmado, conectado a la fuente principal, camino del poder absoluto y ardiendo de pura y blanca luz...

Pero la luz se atenúa. La luz siempre se atenúa, el zumbido se modula hasta volverse una estática crispante; el hormigueo iniciado en el cráneo se había trasladado ahora a los pliegues más profundos del cerebro. Ace se echó hacia atrás y frotó la cabeza contra la pared como si aquello pudiera calmar el súbito picor, una erupción subcutánea que le exigía rascarse a toda costa.

Sujetando una pipa de cristal ennegrecido, estaba sentado en el destrozado linóleo de una habitación con otras cinco personas, tres hombres y dos mujeres. Había una vieja bañera en el centro de la habitación, pintada de verde tiempo atrás y ahora descascarillándose, llena de latas de cerveza y de refresco, colillas de pitillo, envoltorios de plástico, frascos de cristal y desechos orgánicos. Desde su interior llegaba el sonido de papel que se desgarraba, ruidos de rascar y de masticación. Garras.

Oye, tío —pensó—. Qué feo.

En un extremo de la oscura y estrecha habitación, un hombre gordo con una camiseta de Billy Idol, encaramado a un alto taburete cromado que parecía proceder de una vieja cafetería, llenaba el umbral con su mole. En el extremo opuesto de la habitación había una segunda puerta cerrada. El acero había sido agujereado

burdamente con un soplete a la altura del pecho para encastrar un panel que se corría. Al otro lado de la puerta, un chico sudoroso se acurrucaba como un astronauta en una cápsula espacial en un antiguo dormitorio también con paneles de acero; una trampilla con triple cerrojo daba a un agujero hecho en la pared de ladrillo del apartamento contiguo, proporcionando una ruta de escape muy conveniente.

Dos negros con camiseta de malla se repantigaban en el rincón, con pinta de psicóticos; Ace se apresuró a apartar la vista, pues no quería que creyeran que les faltaba el respeto. Un chico blanco miraba con anhelo, como si fuera un oráculo, la pipa de cristal que él tenía en la mano; con su camiseta de rugby parecía recién llegado de las afueras, como un chico que iba a llegar tarde a la clase de geografía del día siguiente. Después de mirar durante varios minutos el tubo ennegrecido y vacío, se puso de pie, avanzó hacia la puerta trasera y, con toda la dignidad que pudo reunir, llamó al pequeño panel de acero. El panel se deslizó y una voz ladró:

—¿Qué pasa?

—¿Aceptas talones?

—Piérdete, tío.

El panel se cerró de un golpetazo. El chico volvió a dejarse caer contra la pared con las manos en la cara.

Ace podía entender lo que el otro sentía, pues se había acabado lo que le quedaba, tras haberse gastado cuarenta pavos. Bueno, le quedaban otros seis, que era como no tener nada, a no ser que compartiera una dosis con uno de aquellos desagradables drogadictos. Mirándose los pies, se preguntó cuánto podrían darle por un par de zapatos Pony razonablemente nuevos.

Los ruidos que llegaban de la bañera lo estaban poniendo pero que muy nervioso. ¿Eran imaginaciones suyas o allí había una rata o algún bicho parecido? En cualquier caso, era asqueroso. Miró la pata de la bañera, una garra que sujetaba una bola, que apretaba la bola, que succionaba la vida de la pobre y jodida bola indefensa.

Una chica blanca esquelética de ojos de mapache reptó en dirección a Ace.

—Te lo hago por veinte —dijo.

Ace negó cuidadosa y económicamente con la cabeza, como si no quisiera que se le separara del cuello.

—Por diez.

—Que te den por culo —respondió él, dolorido por haber movido la cabeza y tratando de pensar en cómo conseguir pasta.

La chica reptó hasta el gordo de la puerta.

—¿Y tú qué dices?

—Tengo trabajo —contestó el tipo.

Alzando la vista hasta su camiseta a punto de reventar, la chica dijo:

—Yo pasé tres días en Nassau con Billy Idol.

Ace ya se lo había oído contar varias veces. Sin duda era el momento cumbre de su vida, habérselo hecho con Billy Idol, aunque seguro que era mentira.

—¿Ah, sí? —dijo el gordo—. Pues fue a ese bar donde trabajaba mi primo. Tomó vodka con tónica.

—Es lo que siempre toma —aseguró la chica con solemne convicción.

—Entró y ya está, ¿sabes?, como lo haría cualquiera, y se sentó, ¿sabes?

—Él es así —dijo la chica.

Meditaron en silencio durante unos instantes sobre sus propias aunque coincidentes versiones de Billy Idol; ella despatarrada en el suelo y él encaramado al taburete que tenía todo el derecho del mundo a hundirse bajo su peso, mientras Ace trataba de imaginar cómo hacerse con el dinero para quitarse aquel puto picor.

—¿Qué es tu primo, un camarero?

—Lavaplatos. Pero lo echaron.

—Vaya, qué pena.

Ace tenía ganas de gritar. O se estaba volviendo loco o ya había oído aquella conversación veinte minutos antes, o puede que el día

anterior.

—Oye, te lo haré de puta madre por veinte pavos.

—Ya me lo has hecho por diez, puta estúpida.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

Señalando la bañera con la cabeza, el gordo dijo:

—Atrapa esa rata y te daré esos diez pavos. Pero tiene que ser con la mano. Y tienes que matarla —añadió, mientras sus ojos desaparecían, convertidos en dos rayas horizontales al sonreír.

La chica se arrastró hacia la bañera.

Viendo en la desesperación de ella una versión agudizada de la suya, Ace sintió una súbita oleada de asco. El zumbido había desaparecido para verse reemplazado por un vacío insaciable. Se puso de pie y avanzó dando tumbos, pasó de largo al gordo y bajó por las escaleras. En su camino hacia la salida, dejó atrás a un vaquero hecho polvo que se tambaleaba en los peldaños; llevaba en los brazos un aparato de vídeo enroscado en sus cables y miraba su carga con cautela, como si se tratara de un ternero sujeto con un lazo que de repente pudiera empezar a moverse.

Una vez al aire libre, el zumbido desapareció y se convirtió en una rabia que siseaba y chisporroteaba entre las nubes de su cerebro, como un rayo incipiente dispuesto a caer sobre el objeto de mayor altura del paisaje. Pero en la avenida D no se movía nada, excepto Ace y los bichos que correteaban bajo su piel. Se dijo que no estaban allí de verdad; pero trató de librarse del picor rascándose.

Estaba oscuro, probablemente amanecería pronto; había intercambiado su Swatch por una dosis horas antes. No iba a poder conseguir nada a esas horas de la noche.

Distinguió a un blanco hecho mierda y con esmoquin que avanzaba dando bandazos hacia él, y consideró la posibilidad de desplumarlo, aunque a medida que se aproximaba su estatura le pareció formidable. Ace todavía consideraba robarle cuando reconoció al amigo de Corrine, el escritor. Ace decidió recurrir a la vía formal.

—Oye, tío, nos conocimos en casa de Corrine. No deberías andar por aquí a estas horas de la noche.

Jeff bajó la vista para mirarlo.

—¿Es eso una amenaza?

—No, tío, para nada. —Aunque el tipo alto apenas podía mantenerse en pie, Ace se sintió intimidado por su mirada sombría y vidriosa. El tipo se alejó antes de que hubiera conseguido encontrar las palabras para sacarle dinero.

Ace no quería tropezarse con los chulos de los barrios bajos, de modo que se dirigió a un solar vacío de la calle Tres, y una vez allí se metió por un agujero en la valla de tela metálica y se dirigió a un montón de basura que había al fondo del solar. Algo se movía en la maleza junto a la parte de atrás del edificio, como en una escena repetida de la puta bañera con la rata, o quizá algún otro trataba de quitarle el sitio. Dio una patada a un trozo de contrachapado a modo de comprobación, y lo que fuera que había allí pareció explotar. Un rugiente abrigo de pieles se materializó entre los hierbajos, un gran felino a manchas, que salió disparado de los desperdicios y desapareció a través del agujero en la valla.

El asombro y el miedo de Ace no tardaron en convertirse en especulación económica. Si hubiera sido más rápido, podría haber cogido algo para golpearlo en la cabeza. Eh, seguro que le habrían pagado treinta o cuarenta dólares por la piel, fácil.

24

Harold Stone recibió la noticia en Washington, D. C. Estaba en el aeropuerto Nacional, desde donde volvía a Nueva York tras haber almorzado con un senador que quería escribir un libro. Las chuletas de cordero del comedor del Senado fueron mejores que la propuesta: las confesiones de un progresista reformado, un género que por lo menos se remontaba hasta san Agustín, y que había disfrutado de un renacimiento en los últimos siete u ocho años, un tiempo durante el cual los progresistas no tenían mucho que hacer excepto reformarse y escribir libros sobre ese proceso. Con todo, quizá lo publicara, había decidido Harold, aunque solo fuera como una Gestalt editorial que mantuviera abiertos los canales de información entre Washington y Nueva York y Cambridge. Con el libro del senador perderían dinero, pero podrían recuperarlo por otros caminos, aunque a Harold le habría gustado más la propuesta si este autodenominado estadista no hubiera parecido desconcertado ante una referencia a Metternich durante la conversación.

Con quince minutos de espera hasta el siguiente puente aéreo, llamó a la oficina, preguntándose mientras marcaba el número qué iba a hacer con Carlton, que había perdido su encanto como amante pero seguía siendo su secretaria. La relación continuaría durante un tiempo, como un paciente con respiración asistida, pero esencialmente estaba acabada. Probablemente tendría que ascenderla para librarse de ella, trasladarla a otra planta o por lo menos a otra zona de la octava. Por supuesto, algunas eran lo suficientemente elegantes como para buscar trabajo en otra parte, y él siempre podría proporcionar buenas referencias. Pero la última, Judy Setsenbaum, había hablado de demandas y tuvieron que mandarla al piso de arriba de una patada con un sustancial incremento de sueldo, lo que impulsó a Kleinfeld, el muy cabrón, a

soltarle un sermón sobre aquello de que donde tengas la olla no metas la polla.

Estaba recordando cómo era físicamente Judy Setsenbaum, cuando por fin comunicó con Carlton.

—Harold —dijo esta—. Hemos estado tratando...

Kleinfeld se puso inmediatamente al aparato.

—Harold, tus putos *protégés* han puesto a la jodida empresa en un brete. Se han hecho con el seis por ciento de las acciones. Hoy nos han dado un plazo de trece días. Los muy mamones intentan deshacerse de nosotros.

—¿De quiénes estamos hablando? —Por asombroso que sonara aquello, Harold no pudo evitar preguntarse cómo un hombre que se dedicaba a poco más que limpiar el salpicadero de su Mercedes podía soltar aquellos tacos.

—Calloway, Washington y Whitlock.

—¿Whitlock? ¡Dios santo!

—Así es, tienen a nuestro director financiero. Pero Calloway es el cabecilla.

—Si son unos chavales, por el amor de Dios.

—Diles eso a los de su banco, Harold. Tienen a Bernie Melman detrás, y probablemente a Drexel. ¿Te lo puedes creer?

—Salgo en el próximo vuelo del puente aéreo. ¿Dónde está Corbin?

—Pescando en Belice o en algún puto sitio por el estilo. Estamos tratando de dar con él.

Cuando Harold llegó a la oficina, los jóvenes conspiradores se habían ido a casa.

—Lo primero que haremos será vaciar y cerrar con llave sus despachos —declaró Kleinfeld—. Si tienen huevos para aparecer por aquí mañana por la mañana se encontrarán en la puta calle. He llamado a seguridad y me he asegurado de que no se llevaran nada

aparte de lo puesto. Si de mí dependiera, se habrían ido en pelota picada.

—Estoy seguro de que ya tienen lo que necesitan, Jerry. No lo decidieron ayer a la hora del almuerzo.

Estaban en el despacho de Kleinfeld, rodeados de fotos de sus amigos famosos. De los rostros menos conocidos, Harold siempre había sospechado que un par de ellos probablemente eran mafiosos.

—Te lo advierto. No voy a permitir que se salgan con la suya —aseguró Kleinfeld, como si dudara de la determinación de Harold. Horas después de haberse enterado de la noticia, seguía perturbado y lleno de amargura, como un hombre que acaba de averiguar que su mujer le es infiel—. No te vas a creer lo que me ha dicho Calloway esta misma mañana. «No es nada personal», suelta. Y yo le he contestado: «Más te vale que lo consideres algo personal, mamón de mierda. Antes de que todo esto termine voy a hacerte pedazos personalmente».

—¿Cómo habrán entrado en contacto con Bernie Melman? —En los últimos años Harold había dedicado mucho esfuerzo a estudiar las distintas manifestaciones de un sistema que había hecho temblar su reputación, y era perfectamente consciente de la posición y el poder de Melman.

—¿Cómo coño voy a saberlo? A lo mejor lo conocieron en Le Cirque.

—¿Les pagamos tanto como para comer en Le Cirque?

—Ya nadie paga por nada, he ahí el puto problema. Están endeudados hasta las cejas. Créditos puente, bonos basura, lo que sea. El dinero está ahí fuera. El dinero es barato. Los bancos eran antes como niñas de colegio de monjas, uno no conseguía nada sin una licencia de matrimonio, y ahora tienen luces rojas encima de la puerta.

Harold estaba cansado del punto de vista limitado y ahistórico de Kleinfeld sobre el capitalismo, por no mencionar su tendencia a los símiles carnales. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que si las metáforas basadas en el deporte y la fornicación se

prohibieran, las relaciones en la América empresarial se reducirían a puras matemáticas.

En parte debido a una costumbre estratégica y en parte para meditar, Harold miró por la ventana y dejó que reinara el silencio, calculando distraídamente el alcance de la paciencia de Kleinfeld. A través de una ventana del otro lado de la calle vio los gordos cuartos traseros de una mujer con un pañuelo en la cabeza que pasaba el aspirador; era de Europa del Este, probablemente polaca. Pensó en Isaac Babel, el antepasado putativo de Victor Propp, fusilado por los bolcheviques; después se preguntó cómo un joven estalinista como él había sido capaz de ignorar toda aquella brutalidad, aunque a pesar de sus locuras juveniles se sentía superior a todos los Kleinfeld del mundo, que nunca habían tenido imaginación para ser tan inmaduros. Mientras Harold estaba sentado en los cafés de Greenwich Village haciendo la revolución, Kleinfeld andaba despistado por el Medio Oeste con un baúl lleno de libros como un viajante. La suya había sido una alianza algo precaria, pues Kleinfeld entró en el mundo de la edición para restañar la hemorragia crónica de liquidez de la empresa. Pero el antiguo director de marketing y el antiguo niño prodigio intelectualmente radical se las habían apañado para adaptarse el uno al otro. Ahora iban a tener que fortalecer su alianza.

—No creo que haga falta dejarse llevar por el pánico —dijo finalmente Harold—. Si ellos pueden conseguir cincuenta, nosotros podemos conseguir cien. Estos intrigantes de nuevo cuño tipo Russell tratan los problemas según van surgiendo. No ven que esta ciudad tiene sus trampas... si no conoces bien la cuerda floja es muy probable que te caigas.

—Claro, claro. Pero lo único que sabemos es que ya están a medio camino, Harold. No han tomado la Bastilla, pero han recurrido a Bernie Melman.

—Entonces nosotros contrataremos a Wasserstein y Perella del First Boston.

—¿Y qué tal la familia Gambino?

—Hay que tener cuidado —respondió Harold, llevándose distraídamente un dedo a los labios, con parte de su atención centrada en la situación de Carlton. Conocedor de la historia, de Gibbon y Carlyle y, ya puestos, del Eclesiastés, ya era capaz de ver que todo eso pasaría. De algún modo, sabía que no iban a perder la empresa.

Kleinfeld, con su tensa actitud empresarial, movió la cabeza en ambas direcciones en un gesto de reconocimiento.

—¿Crees que habrán puesto micrófonos aquí?

—No seas ridículo, Jerry. —Harold detestaba utilizar el nombre de pila de Kleinfeld, pero a veces era inevitable—. Me refiero a que hay que andarse con cuidado en general. Pero no, no creo que utilizar vigilancia electrónica sea exactamente el estilo de Calloway. El mayor problema es Whitlock. ¿Tiene contrato de trabajo? Podemos freírlo a demandas por violar los términos del contrato. Los enterraremos en demandas. Me sorprende lo de Washington. Creía que era lo suficientemente listo para recurrir primero a nosotros en busca de una oferta mejor.

—Bueno, a lo mejor deberíamos recurrir nosotros a él.

Harold asintió con gesto pensativo, apreciando por primera vez hasta qué punto su colega, básicamente un tipo acostumbrado a luchar en la calle, podía resultarle útil en esa clase de batallas.

Hablaron de abogados y especialistas en banca de inversión durante otra media hora. Entre los dos conocían a muchos de los mejores de la ciudad, y darse cuenta de eso los tranquilizó un poco. El abogado que había inventado el antídoto contra las compras hostiles era un antiguo socio de Jerry. Elaboraron una lista de llamadas para Carlton, que esperaba con inquietud al otro lado de la puerta del despacho de Harold cuando los dos hombres salieron de él.

—¿Vas a ir esta noche al Whitney? —preguntó Kleinfeld.

—No lo sé —contestó Harold, para que lo oyese Carlton, porque la pura verdad era que no quería llevarla. Esa noche le apetecía estar con los mayores.

—No me puedo creer lo de esos chicos —se quejó Carlton, poniendo la mano en el hombro de Harold, una vez que se hubo ido Kleinfeld—. Quiero decir… ¿quiénes se han creído que son?

—Oh, cierra el pico —soltó Harold.

—La Bienal del Whitney es un intento periódico de fastidiar a todos los que forman parte del mundo del arte y confundir a los de fuera de él —anunció Victor Propp a Juan Baptiste, esperando que lo citase, mientras los dos oscilaban como boyas entre la multitud que los rodeaba en el vestíbulo del museo.

La exposición llevaba inaugurada un mes, pero el mundo de la edición solo la asimilaba ahora, en una fiesta organizada por la *New York Review of Books*. Todos hablaban de las instalaciones de vídeo, los balones que flotaban en el acuario y los collages fotográficos hechos por unos gemelos, es decir, de las obras rabiosamente nuevas que aparecían entre nombres conocidos, y especulaban sobre si los De Koonings eran «apropiaciones» o descaradas falsificaciones, lo que por lo menos les proporcionaría un toque de novedad.

En la segunda planta, Russell estaba como hipnotizado ante un cuadro que consistía por completo en palabras obscenas esparcidas en diferentes ángulos por todo el lienzo. Estaba fascinado porque el «artista» le había enviado una novela un par de años antes, una novela de espionaje que se desarrollaba en el Berlín de la década de los treinta.

—Y ahora está aquí, en el Whitney —se quejó a Corrine—. Coge unas cuantas palabras de tu manuscrito, píntalas en un lienzo y, bingo, ya eres un pintor famoso.

—La cosa tiene su gracia —comentó Corrine.

—Da miedo, más bien. Y eres una esnob si dices eso... Fíjate en esta gente.

—Chisss.

—A partir de los años veinte nadie quiere ser uno de los patanes que se burlaron de Stravinski y Duchamp. En eso consiste el gran legado del movimiento moderno: en el miedo a ser un paleto.

—Cálmate —dijo ella, aunque advertía que Russell lo estaba pasando bien a su manera, liberándose de la ansiedad de la jornada.

Se inclinó hacia él y le arregló la pajarita negra, metiéndosela debajo del cuello de la camisa.

—Si vas a ser uno de los colosos de la industria editorial, tienes que parecerlo. —Corrine lamentó de inmediato haber dicho nada; Russell volvió a ponerse rígido tras unos instantes de amnesia de todo lo que lo había tenido en un intolerable estado de preocupación durante las últimas semanas. Notaba que estaba esperando que se acercase alguien y le hablara del anuncio que había hecho unas horas antes de su intención de adquirir la empresa, y de que las acciones habían subido tres puntos y medio. La noche anterior no había podido dormir. Ella había tratado de convencerlo de que renunciara al asunto, pero ahora que ya era demasiado tarde para dar marcha atrás, solo quería que dejara de estar tenso.

La perpetuamente sola Nancy Tanner se les acercó, besó a Russell y sacudió la melena con tanta fuerza que le dio un latigazo con el abundante pelo rubio al hombre que tenía detrás.

—¿No es ese Johnny Moniker? —preguntó Nancy—. El que está junto al Julian Schnabel. Me muero por conocerlo. Llevo semanas sin salir con nadie. Desde que dejé de beber, la verdad es que no puedo ni ver a esos idiotas que me encuentro por la noche y...

—Yo también he dejado de beber —dijo Corrine.

—¿No me digas? ¿A qué reuniones vas?

—Bueno, no voy a ninguna reunión. Simplemente lo he dejado.

—¿No sigues ningún programa? —Miró a Corrine como si no estuviese segura de que uno pudiera dejarlo por sí mismo—. Yo voy a unas que se celebran en el sótano de esa iglesia que hay entre Park y Madison, están realmente bien. Tendrías que venir.

Russell se había alejado; cuando Corrine volvió a reunirse con él, se encontraba delante de una enorme fotografía en color de un

grupo que parecía el consejo de administración de IBM.

—¿Sabes? —dijo él—. La verdad es que creo que debería considerar la posibilidad de comprar algunas fotografías.

—Creo que eres un tontaina. —Desde que contemplaba la posibilidad de adquirir una empresa de setenta millones de dólares, Russell se comportaba como un hombre al que no le intimidaba comprar cosas de menor valía. Cuando pensaba en esos millones en negativo, los números de cuatro y cinco cifras no le parecían nada del otro mundo. La semana anterior, había propuesto que alquilaran una casa de veraneo en Southampton por diez mil dólares al mes, cuando, como ella sabía perfectamente, no tenían ni calderilla—. En cualquier caso, te aviso de que acabo de ver a Harold por aquí cerca.

—¿Dónde?

—Junto a aquella escultura de cables.

—Quizá debería acabar con esto de una vez por todas.

—Quizá deberíamos largarnos de aquí. Llegaremos tarde a la cena.

Moviéndose a favor de la marea, casi habían llegado al ascensor cuando una contracorriente dejó a Harold y Carlton a unos centímetros de ellos. De repente tenían a Harold tan cerca que Russell podía olerle el aliento, y cuando sus ojos se clavaron en los de Russell fueron como garras en la carne y lo llenaron de miedo y vergüenza. Si el enfrentamiento entre ambos hubiera sido una antigua disputa sobre el liderazgo del clan, Russell habría perdido en aquel mismo instante, al enfrentarse al cacique más viejo. Habría tenido que dar la vuelta e internarse en el bosque más allá del círculo iluminado por la hoguera.

—Me sorprende que te atrevas a aparecer en público —dijo Carlton, rompiendo el hechizo.

—No creo que Russell tenga que avergonzarse de nada —dijo Corrine.

—Después de todo lo que Harold ha hecho por ti.

—No es nada personal, Carlton —dijo Russell evitando la mirada de Harold—. La verdad es que algunos no mezclamos nuestra vida privada con los negocios.

Carlton le tiró el vaso de vino a la cara, salpicando a varios mirones en el proceso. Temporalmente cegado, Russell notó que Corrine tiraba de él hacia el ascensor.

El *New York Times* de la mañana siguiente hacía constar la oferta de adquisición en un breve artículo de la sección de negocios: «El Grupo Melman lanza una OPA hostil a una editorial».

Esa misma mañana, a bordo de un Bertram para la pesca deportiva de cincuenta y cuatro pies que se encontraba varias millas mar adentro en Costa Rica, Whitney Corbin III contemplaba la danza de los cebos en los portacañas sobre el agua turquesa y soñaba con un pez vela azul dando brincos al final del sedal cuando recibió una llamada por el radioteléfono.

Al principio lo llenó de indignación la idea de que una pandilla de chavales se apoderaran de la empresa que su abuelo había levantado de la nada. Sin embargo, le dijo al muchacho que se ocupaba de las cañas que las lanzara y le preparara una copa. Para cuando tuvo el vaso vacío había calculado el valor inmediato en metálico de su participación sobre la base de la oferta de adquisición y considerado las ventajas de la jubilación. Al fin y al cabo, quizá fuera eso lo que necesitaba la vieja casa, sangre nueva. Y
aquel asunto con los negros era muy desalentador. Corbin se dijo que su abuelo, en otro tiempo un joven y fogoso empresario, estaría de acuerdo con él. Harold Stone y Jerry Kleinfeld, que poseían muy pocas acciones, no eran capaces de ver esas ventajas, pero los demás miembros de mayor edad del consejo sí las verían. Si acaso, consideraba la oferta un poco baja. Mientras se preparaba otra copa, su indignación volvió a manifestarse ante la idea de que quisieran hacerse con la empresa a precio de saldo únicamente porque en los últimos tiempos las acciones tenían un rendimiento pobre. Quien

quisiera comprar el nombre de Corbin, Dern tendría que darse perfectamente cuenta de que no estaba adquiriendo únicamente unos inmuebles y un fondo editorial, maldita sea. Solo el nombre ya valía veinte millones. Entretanto, le parecía que aquel iba a ser un día de pesca muy prometedor.

Dos días después de la recepción en el museo Whitney, Juan Baptiste publicó un artículo que hacía referencia a dicho acontecimiento en la columna de sociedad de un importante periódico sensacionalista:

> Las discusiones acerca de los méritos de las obras de arte en el peñazo de gala de la *New York Review* —en efecto, ¡en el Whitney!— quedaron ensombrecidas por una pelea de verdad. El follón empezó cuando el brillante editor **Russell Calloway** se tropezó con el zar de la editorial Corbin, Dern **Harold Stone** horas después del anuncio de una OPA hostil por parte del primero de la prestigiosa casa editora. Por si no lo saben, a Calloway le apoya **Bernie Melman**, el diminuto multimillonario corsario de empresas. Mientras el joven Calloway y su encantadora esposa **Corrine** admiraban el collage fotográfico de **Bruce Weber**, Stone le arrojó un vaso de vino a su antiguo *protégé* mientras *tout le monde* miraba horrorizado. ¿Quién dice que la literatura es aburrida? Desde luego, *moi* no. Los sofisticados y jóvenes Calloway se retiraron tras un intercambio de comentarios demasiado subidos de tono para un periódico como este. El esmoquin de Russell y el modelo palabra de honor de **Calvin Klein** de su esposa Corrine acabaron un pelín mojados. ¿Y se preguntan por qué la gente guapa viste de negro? Sigan atentos, esta historia está claramente destinada a ir más allá de las aburridas columnas de las páginas de negocios.

25

Después de que Jeff no apareciera en una cena que organizaron un viernes, Russell fue en su busca a la mañana siguiente. Esperó hasta las once, cogió el metro hacia el centro, se bajó en Astor Place y se detuvo a contemplar las cosas que se ofrecían en las aceras: un amplio despliegue de libros, discos, revistas, ropa, electrodomésticos y otros objetos sin identificar que incluían una colección casi completa de *Teleguías* del año 1984.

—¿Quién compra esas cosas? —preguntó Russell.

—Los coleccionistas —dijo el propietario de aquel surtido, que se fumaba un porro de cuclillas en la acera.

—¿La gente colecciona este tipo de cosas?

El vendedor dio una calada final a la colilla y la apagó entre los dedos.

—Mierda, eso espero.

En el Bowery, cerca de la misión de Corrine, un ejército con uniforme de cuero negro ocupaba la acera frente al club CBGB armado con latas de cerveza y crestas en el pelo, desplazando temporalmente a los vagabundos borrachos habituales.

Eran casi las doce cuando llegó al loft de Jeff en la calle Great Jones y, entre el enjambre de timbres junto a la puerta, apretó el que decía «Sweetnes & Lite, Inc.». Llamó varias veces. Por fin, Jeff se asomó casi horizontalmente por una ventana del segundo piso: una gárgola muy despeinada. Al poco de desaparecer, se abrió la puerta.

El ascensor era una reliquia de la revolución industrial. Según Jeff, le hacía preguntarse a uno cómo habrían conseguido imponerse las máquinas; también hacía que uno sintiera nostalgia de las escaleras. Russell se bajó en el segundo piso y llamó a la puerta. Sujeta con cinta adhesiva a la altura de la vista había una tira de

papel de una vieja galleta de la fortuna: «Atraerás a tu casa a personas cultivadas y de temperamento artístico».

Con pelos de loco y los miembros blancos asomando cómicamente por las aberturas de un kimono negro, Jeff abrió finalmente la puerta.

—Vamos a los baños —dijo Russell, y su voz resonó en el espacio sepulcral.

Jeff se frotó los ojos con una manga colgante.

—En este momento no me apetece ir a los baños.

—¿Por qué no?

—Digamos que soy hidrofóbico.

—Hace meses que no vamos. Venga, que te he despertado. ¿Qué piensas hacer, volverte a la cama?

—¿Y por qué voy a tener que ir a los baños si no me apetece?

—Porque yo te lo pido.

Jeff examinó lo que le rodeaba como un hombre que hubiera despertado en un lugar desconocido. Soltó un suspiro y dijo:

—De acuerdo.

La planta abierta del loft sugería un campamento recientemente destrozado por los osos. Justo pasada la cocina había una mesa plegable alargada con bancos. Latas, botellas, colillas y alguna que otra prenda de ropa eran visibles en la amplia extensión de suelo; al fondo había una cama desvencijada. Apoyado en la pared había un cuadro a tamaño natural de un hombre con traje, congelado en una postura poco natural de dolor que sugería un ataque al corazón o una víctima de un disparo; un cuadro cuyo valor equivalía al sueldo anual de Russell. Se movió por el espacio donde trabajaba Jeff con vagas intenciones de espiar. Una estantería con libros se alzaba cinco metros hasta el techo. Sobre la puerta de incendios de acero que servía a Jeff de mesa de trabajo había una pantalla de ordenador apagada, y a Russell le pareció una señal esperanzadora que hubiera libros y papeles apilados por todas partes, como si los usara.

—Muy bien, vámonos —dijo Jeff emergiendo alegremente del cuarto de baño.

—Podrías vender el cuadro y contratar a una asistenta —sugirió Russell.

—Lo acabo de vender —dijo Jeff—, así me financio un fin de semana perdido.

Cuando echaron a andar por Great Jones, Jeff señaló un cartel en la ventana del edificio contiguo: «ATENCIÓN, HUNDIMIENTO EN LA ACERA».

—Ese sí que es un buen título —dijo—. Parece confirmar la sospecha que uno tiene cuando recorre las calles, la de que son superficies traicioneras.

—Lo que acabas de decir habría sido un buen título para tu reciente relato de *Granta* —aseguró Russell—. Superficies traicioneras, desde luego.

Jeff ni se inmutó, aunque, por una vez, tampoco ofreció ninguna réplica de listillo.

Se dirigieron a la calle Diez, donde todavía colgaba el viejo cartel de «Baños rusos», con la pintura desconchada y descolorida; una reliquia que sobrevivía entre las incipientes galerías de arte.

—El problema con el arte —comentó Jeff— es la clase de gente que atrae. El arte tiende a ser como una mujerzuela que inevitablemente invita a los pudientes a ver sus esbozos.

Llevaban meses sin ir a los baños; Jeff se había preguntado si seguirían allí. En la ciudad, los edificios desaparecían de un día para otro como los rinocerontes negros en la sabana africana. Una mañana, de pronto solo quedaba un montón humeante de ladrillos y argamasa, la piel y los huesos; y al día siguiente había aparecido un Pasta Fasta, o una Younique Boutique.

Pagaron en la puerta, dejaron sus llaves y carteras en la caja de seguridad y cogieron las llaves de sus taquillas. Viejos tripudos y con músculos atrofiados colgándoles de los miembros se pavoneaban entre la zona de las taquillas y la barra en la que se servían tentempiés, dándose palmaditas en los muslos y el pecho,

moviéndose con exagerado desinterés, hablando en distintos idiomas y con diferentes acentos pero con la misma aspereza teatral, de acuerdo con las reglas internacionales de la desnudez masculina. Jeff y Russell se desnudaron y fueron al piso de abajo, ataviados con unas batas verdes sin cinturón y chancletas demasiado grandes. Ante la entrada de la sala de los baños de vapor, el masajista trabajaba un cuerpo postrado en un catafalco de madera y medio oculto bajo un montón de espuma de jabón Ivory.

—Eh, chicos —bramó Sidney, el masajista, y su voz sonó trémula en el aire húmedo—. ¿Qué tal un lavado y un masaje después?

—Eres demasiado caro, Sid —contestó Jeff.

—Os saldrá mucho más caro visitar al médico por la hipertensión o al psiquiatra por los nervios. —Sidney consideraba que se dedicaba a una rama de la medicina preventiva; de hecho, muchos de sus clientes parecían haber vivido muchos años más de los bíblicos setenta, o de la que fuera la esperanza de vida en la actualidad.

Cuando se quitaron la bata para ducharse, Russell echó una ojeada a los brazos de Jeff, pero solo consiguió ver que el izquierdo tenía unos puntitos cerca del pliegue del codo. Se internaron en el vapor entre seis o siete clientes más, que guardaron silencio al entrar ellos y parecieron fundirse con los bancos de madera. Tras el exhaustivo reconocimiento de ambos jóvenes, la conversación se reanudó de inmediato.

—O sea que el conductor de ese vehículo es parapléjico. Ni siquiera tiene permiso de conducir; no debería conducir ese coche. —Se trataba de Abe, un anciano con la piel moteada de rosa y blanco que era el patriarca oficioso de aquel sitio.

—¿Qué le pasó al otro tipo? —preguntó alguien.

—¿A cuál, al conductor del autobús?

—No, al tipo al que atropellaron.

Hubo varios gruñidos de asentimiento, como si muchos estuvieran confusos al respecto.

—Como decía —continuó Abe—, el parapléjico, que no tiene por qué conducir ese coche, atropella al peatón, le da un buen trompazo, y el tipo sale por los aires hasta el otro lado de la calle. Entonces se le echa encima el autobús.

Abe se puso de pie y se mojó con un cubo de agua fría.

—¿A quién se le echó encima el autobús, al paramédico?

—Parapléjico. Quiere decir que está paralítico.

Tras una larga pausa, alguien preguntó:

—¿Cómo pudo echársele encima el coche si es paralítico?

Abe soltó un gemido.

—No, ese era el tipo al que atropellaron. El parapléjico conducía el coche.

Los presentes guardaron silencio, mirando a Abe entre la bruma para ver si había una moraleja, algún colofón edificante del relato. Al cabo de unos minutos, el anciano se puso a hablar del director de un colegio de Brooklyn al que encontraron en un armario con una niña de ocho años.

—Dijo que jugaban al escondite.

—¿Y qué me decís de esa pantera que anda atacando a la gente? —intervino otro, tratando de tomar la iniciativa en lo que a noticias se refería.

—No es una pantera —soltó Abe—. Tiene manchas.

—Bueno, pues lo que sea. Tigre, leopardo… lo que sea.

Los cuerpos sudorosos y apoltronados pasaron a estar notablemente tensos y encogidos cuando tres figuras fornidas entraron con paso arrogante en la sauna. Un instante antes no había sitio en los bancos, pero de repente quedó libre una gran porción de madera. Los recién llegados ocuparon su territorio, el más menudo espatarrándose en el banco mientras los otros dos se sentaban muy formales a ambos lados de él. El más bajo parecía una jarra de cerveza con pelo. Emitió un prolongado suspiro de satisfacción y empezó a cantar en ruso. La melodía, si la había, era poco clara, pero el público quedó embelesado, y si alguno había considerado

salir de la sauna, pospuso la partida hasta que terminara la interpretación.

Russell se apoyó contra la pared entre el sofocante vapor y se encontró pensando en el sexo con mujeres que no fueran la suya. De la francesa del museo pasó a centrar sus concupiscentes pensamientos en Trina Cox. Cuando la canción llegó a su fin y tuvo el cuerpo lo bastante caliente, salió de la sala y se zambulló en la piscina de agua helada al otro lado de la puerta, mortificando la carne. El órgano ofensor, o que lo sería si pudiera, se batió en retirada y se encogió.

—Ese era Ivan Matlovich —dijo Jeff, una vez que estuvieron vestidos y sentados a una mesa del bar—. Emigró de Odesa hace siete años e hizo su primer millón en año y medio. En Little Russia, allá por Brighton Beach, el tipo es una leyenda. Empezó con asuntos de extorsión y protección, luego cambió a esos talleres donde desguazan coches robados y los convierten en piezas en cuestión de horas, y finalmente se dedicó a la compraventa de vehículos robados y a traficar con gasolina libre de impuestos.

Jeff sorprendía con frecuencia a Russell con esos detallados relatos de los barrios marginales de Nueva York, que se basaban en lo que parecía un inagotable almacén de anécdotas de los bajos fondos. Russell lo atribuía a *nostalgie de la boue*.

—En esos garajes de Brooklyn desguazan los coches con sopletes y venden las tripas a un mayorista de Carolina del Norte, que a su vez las ofrece a un vendedor de Chevys de Queens. El que empieza el negocio saca ciento cincuenta dólares, pero mediante una especie de milagro económico las partes valen tres veces más que el propio vehículo. Con esa progresión matemática parece asombroso que queden coches intactos en las calles. Los coches son evidentemente ineficaces, inviables económicamente. Se parece un poco a lo que está pasando en Wall Street. Ivan Matlovich es una

versión sin refinar de ese nuevo socio tuyo, Bernard Melman, el conocido rey del desguace de empresas.

De modo que el cuento tenía moraleja, descubrió Russell.

—Quería contártelo —dijo.

—Pero no me lo contaste —le recordó Jeff, dando un golpecito con el extremo del pitillo en el borde de un cenicero.

—No pude.

—¿Te tenían atado y amordazado?

—Más o menos. Hay mucho en juego. No podía hacer lo que me diera la gana. Todo el asunto se hubiera sabido.

—Qué creías, ¿que habría llamado a los periódicos? En otra época me lo habrías contado enseguida. Me habrías preguntado qué pensaba yo antes de decidir qué hacer.

—A medida que nos hacemos mayores, la vida se vuelve más complicada, Jeff.

—Habría preferido que hicieras lo que te diera la gana. Dentro de muy poco, Patoso, vas a ser únicamente un empresario con un puto traje.

No queriendo sacar a relucir su propia relación de agravios, Russell tomó un poco de café.

—¿No se te ocurrió que también yo tenía mucho en juego en el asunto?

—Oye... lo siento.

—Tuve que enterarme por el periódico, como todos los demás.

—Traté de llamarte antes de que se hiciera público. Últimamente no puede decirse que hayas estado muy localizable.

—Washington se las arregló para dar conmigo.

—¿Te lo contó él?

—Digamos que trató de prepararme.

Russell tomó nota mental de ese dato mientras Jeff apuraba su cerveza.

—No entiendo por qué has hecho eso. Dime en qué es diferente Bernie Melman de nuestro gánster cantor Ivan Matlovich.

—No seas crío, Jeff.

—Creo que tú has dejado de serlo suficientemente por los dos.

—¿Cuáles son tus planes: chutarte caballo, morir joven y conservarte guapo?

Russell sabía que debía seguir insistiendo en el tema —todavía recordaba con detalle aquella espeluznante escena del cuarto de baño—, pero tenía miedo de alejar con eso a Jeff, y no sabía muy bien si tenía derecho a presionarlo. No sabía hasta qué punto la transgresión de Jeff de las reglas de la salud y la vida sana era superior a su propia traición de las verdades adolescentes de la poesía romántica y el rocanrol. Y por muy buenas que fueran las razones que podría esgrimir para no haberle confiado sus planes, reconocía la validez de la queja de Jeff. Debería haberle hablado de ello a su mejor amigo. Pero había tenido que enfrentarse a dos imperativos en conflicto, y decidirse por uno parecía suponer violar el otro. ¿Qué diría Kant de una situación como aquella?

Russell pidió una cerveza e hizo ademán de gorrear un pitillo; eran gestos indirectos de camaradería. Russell llevaba dos años sin fumar un cigarrillo. Jeff le tendió un Marlboro, que encendió con su Bic. Fumar había sido antaño una de las ocupaciones que compartían. Cuando se conocieron, Jeff estaba colgado de Joyce, enamorado locamente de Irlanda y el catolicismo. Russell, un católico irlandés del Medio Oeste que iba a una universidad de ricos, deseaba en secreto ser el joven vástago de una vieja familia para permitirse el lujo de ser tan despreocupado y cínico como Jeff. Compartían la insatisfacción con respecto a su origen familiar y la creencia en el poder metamórfico de la literatura.

Russell se sintió mareado al cabo de tres caladas, e inseguro acerca de los términos de la tregua.

—¿Ya has decidido lo que vas a leer la semana que viene en el Y?

—Creo que podría leer tu última carta.

—No es uno de mis mejores logros. La escribí demasiado deprisa.

—Entendido.

Fumaron pacíficamente sus pitillos.

—Victor me está volviendo loco —dijo Russell—. Me llama para que le dé mi opinión sobre ciertos pasajes. Me lee cosas sin parar por teléfono.

—¿Y cuándo piensa terminar esa tremenda obra maestra?

Russell se encogió de hombros, pensando que bien podría hacerle a Jeff esa misma pregunta. Como los alcohólicos, los escritores bloqueados siempre sentían una morbosa curiosidad hacia quienes compartían su suerte. Hacía ya más de tres años que Jeff había terminado su primer libro y Russell no tenía ni idea de cuánto había avanzado en el segundo.

Pasaron a hablar de conocidos y de escándalos de famosos, mientras pedían dos cervezas más, abandonando su enfrentamiento sin más comentarios, dando por hecho que las viejas amistades exigen mutuos actos tácitos de amnistía y cierta dosis de buena voluntad estoica para soportar las heridas. Salieron a la calle, y el aire viscoso y cálido de aquella primera hora de la tarde de un día de principios de verano vino a acabar con cualquier ambición. Era un buen día para tomar cerveza. Decidieron comprar un paquete de seis latas y jugar al billar en Julian's, un rito que se remitía a los días en que Russell todavía no se había casado y los dos compartían el viejo apartamento del Bowery de Jeff después de que Russell hubiese vuelto de Oxford. Posteriormente, después del éxito del libro de Jeff, solían ir a los billares con un gramo de coca y jugar horas y horas entre viajes al cuarto de baño. El billar era una afición que Russell había heredado de Jeff, que se había criado con una mesa en casa, aunque había seguido jugando, creía Russell, por el ambiente y las asociaciones del billar con los barrios bajos.

—¿Te acuerdas de cuando estábamos en la ruina? —preguntó Russell cuando el hedor a basura y meados fermentados de la Primera Avenida desencadenó aquel recuerdo—. Los sábados nos colábamos en Corbin, Dern y nos llevábamos cajas de libros, y los vendíamos en la librería Strand. Veinticinco centavos cada dólar, había días que aquello parecía una fortuna.

—Hablando de llevarse cosas... ahora sí que se te ha ocurrido un modo de esquilmarlos. —Jeff hizo una pausa—. Aunque no es que yo me lo haya montado mal.

La sensación de que la vida estaba cambiando a toda velocidad y su disgusto por haberle fallado a Jeff se combinaron para poner nostálgico a Russell; aunque Jeff no se lo hubiera creído del todo, Russell agradecía su aparente reconocimiento de que su agente hubiera sacado diez veces más de lo que cualquiera de ellos habría esperado por el segundo libro todavía sin escribir. Al pasar por delante del Palladium, en la calle Catorce, Russell pensó que a ambos les había ido mejor de lo que esperaban, aunque no mejor de lo que siempre habían creído merecer. Con todo, siempre supuso que se sentiría mejor que ahora.

26

Sasha Melman y su secretaria particular estaban preparando las tarjetas de los sitios en la mesa cuando Bernie llegó a casa. Se acercó por detrás y se puso de puntillas como una bailarina de ballet para besar el largo y frío cuello de su mujer.

—¿Quién es ese Washington Lee? —preguntó ella, agachándose para ofrecerle la mejilla.

Durante un instante, Bernie Melman quedó desconcertado.

—¿Quién?

—Eso quiero saber yo. Está en la lista de invitados, y desde luego yo no lo he incluido en ella.

—Es nuestro reserva —dijo la secretaria particular, una rubia corpulenta con un caftán—. El señor Melman sugirió ponerlo después de que Cappie Raymond se excusara.

—Ah, ese. Es un editor.

—¿Por qué tenemos que invitarlo?

—Negocios.

—Bien, entonces ¿a quién pongo a su lado? ¿Es viejo, joven?

—De hecho, es negro.

—¿De verdad? Qué interesante —exclamó ella, en un tono de perplejidad que parecía sugerir que tenía más experiencia social con los tibetanos.

—Sí, me pareció que lo sería —dijo Melman, ahora más satisfecho consigo mismo. De todos modos, se trataba de una pequeña cena íntima, no de un acontecimiento importante.

—¿Qué tal si lo pongo al lado de la Visones? —sugirió ella a la secretaria—. Es la chica sin acompañante más joven que tenemos, y no estoy segura de que debamos ponerla junto al embajador después de aquel numerito que montó en Southampton...

Recibido en la puerta principal por un empleado de esmoquin, Washington fue invitado a pasar a un espacioso vestíbulo, con mármol en el suelo y similor en el techo, donde hizo entrega de su paraguas ante la mirada desconfiada de dos gorilas del servicio de seguridad. No hacía falta interrogarlos para comprender que los invitados jóvenes y negros, por razones de seguridad, no merecían su aprobación. Un empleado más complaciente lo acompañó hasta la escalera y pareció dispuesto a subirlo por ella en brazos si así se requería. Washington se las apañó para ascender por sí mismo y llegar por fin a terreno llano en lo que se parecía mucho a un museo: momias antiquísimas en posición de firmes y con largas copas de champán en la mano; paredes muy altas llenas de cuadros en intrincados marcos dorados, cada uno con una placa donde constaba el nombre del artista, el título y la fecha. Mientras que los cuadros del despacho de Melman eran llamativamente modernos, la colección de su casa, como los muebles, era de siglos pasados; un retrato de cuerpo entero de Sargent que representaba a una severa bostoniana era el cuadro que más se acercaba al presente.

Su anfitriona apareció entre un grupo de mujeres elegantes y con plumas de vivos colores, todas ellas, al parecer, provistas de cúpulas de pelo rubio de longitud media. Sasha saludó a Washington como si fueran viejos amigos. Él la reconoció por las fotos en *W*; ella lo reconoció por el color de su piel.

—Encantada de verlo. Déjeme que le presente.

Lo asió del codo con una mano sorprendentemente grande. Una belleza legendaria, a Washington, vista de cerca, Sasha Melman le pareció más bien algo hecho con una nueva versión sintética y duradera de la epidermis humana. Como si no estuviera hecha para verla en persona, sino solo en fotografías.

Washington había oído hablar de muchos de los invitados, personas ricas y triunfadoras que estarían perfectamente dispuestas a reconocerle cierto mérito por el simple hecho de que se hallaba entre ellos. Los Melman no recibían a cualquiera. Básicamente, le

parecía a Washington, consistían en mujeres altas y delgadas con grandes escotes y hombres bajitos y rechonchos con mucha influencia. Se dedicó a moverse cautelosamente por la sala, que parecía abarrotada de antigüedades y tapices dorados, tratando de no tropezar con nada, y tomó la decisión de beber bastante menos de lo que le apetecía, no fuera a encontrarse dando un *faux pas*. Se habría sentido mucho mejor de haber conocido a alguien. Por fin apareció Rijstaefel *la Visones*, besando sin aliento a todos los de la sala, y en el caso de Washington estableciendo contacto físico de verdad, y nada menos que con los labios. Washington le había echado el ojo desde hacía algún tiempo. Si conseguía sobrevivir a aquella puta cena, la invitaría a salir para que se divirtieran un rato en directo.

Escuchó educadamente mientras un grupo de plutócratas de Nueva York se burlaba de los texanos ricos:

—Entonces va Joe Bob y dice: «¿Qué quieres por Navidades, Sally Sue?», y Sally Sue contesta: «La verdad es que estas Navidades lo que me apetecería es un divorcio». Y al cabo de largo rato Joe Bob dice: «La verdad, querida, no pensaba gastar tanto».

Washington consideró la posibilidad de contarles el chiste de Mother Hubbard, una negra cuyos hijos tenían todos el mismo nombre, pero entonces Melman se lo llevó para conducirlo a un estudio lleno de estanterías de libros. Una inspección de los libros demostró que eran ediciones de obras completas de escritores del siglo XIX encuadernadas en piel; a Washington no le habría sorprendido que Bernie, que durante unos instantes pareció examinar con cariño su colección de títulos, hubiera sacado uno de un estante y declarado: «Ya ves, son libros de verdad», para distinguirse de esos decoradores de interiores que compraban lomos falsos por encargo.

—Solo quería decirte que me alegra tenerte a bordo —dijo, pero, de hecho, también quería pedirle a Washington que actuara de correveidile, de un negro a otro, y averiguara qué haría falta para hacer feliz a Donald Parker—. Todos vamos a participar en este

asunto, y nos gustaría emprenderlo con buena voluntad. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Washington tuvo unas ganas tremendas de mandar a Melman a tomar por culo, pero se encontró sintiéndose insospechadamente dócil, allí en su casa, en presencia de las obras de arte, los criados y la mujer de Frankenstein. El propio Melman parecía enteramente a sus anchas en aquel ambiente, aunque en absoluto pareciera ser el suyo natural. Durante un momento lo imaginó como un contable de New Rochelle y así pudo ser directo:

—Puedo decírtelo desde ya: si me mandas a mí con el recado, vas a cabrearlo muchísimo.

—¿Es que no os lleváis bien?

—El problema no es ese. Solo pienso que mandar a tu único empleado… bueno, negro, olería a chamusquina, o como se diga...

—¿Qué pasa, que tiene prejuicios? Ese cabrón habla de racismo cada vez que alguien se constipa en Harlem, ¿y me estás diciendo que no quiere hablar contigo porque eres negro? Menuda gilipollez. —Bernie apoyó la mano en el hombro de Washington, le guiñó el ojo y pasó a hablar en susurros, como si las frases precedentes las hubiera pronunciado para unos micrófonos ocultos de dudosa calidad—: Mira, entiendo lo que dices. Lo único que digo yo es: organiza un encuentro con él. Dile a Parker que soy un cabronazo. Dile lo que se te ocurra. Luego, si él baja la guardia, trata de averiguar algo para mí.

—Veré qué puedo hacer —dijo Washington, indeciso, plenamente consciente de su propia capacidad para evitar obligaciones desagradables, pero dispuesto a demostrar buena voluntad. Entretanto, el brazo de Bernie, apoyado en su hombro, lo obligaba a agacharse mientras paseaban por la sala.

En la cena, Washington se sentó a una de las cuatro mesas, entre la Visones y una mujer gorda cuyo marido pertenecía al patronato del Metropolitan. Normalmente, susurró la Visones, las personas muy gordas nunca eran invitadas a las cenas en casa de

los Melman, pero Bernie se moría por formar parte del patronanto del museo.

—Ofrece diez millones, que fue básicamente lo que le costó un puesto ya sabes a quién, pero con el mercado tal como está es bien posible que tenga que soltar dos más...

Habiendo bebido libremente del Taittinger y el Petrus, Washington necesitaba orinar; se había contenido cuando anunciaron la cena, y ahora aún tenía más ganas, pero no podía levantarse de la mesa entre plato y plato. No tocó las copas de vino y agua y fingió interés en las opiniones de la mujer gorda sobre Jean Michel Basquiat y otros artistas afroamericanos. Por fin, después de haberse comido los dos delgados filetes de ternera que constituían el segundo plato, ya no pudo aguantar más.

—¿Llevas algo? —le susurró Visones al oído cuando pidió que lo disculparan un momento. Aunque no era así, de repente le preocupó que fuera eso precisamente lo que sus anfitriones pensarían al verlo dirigirse a toda prisa al cuarto de baño antes del postre. El drogadicto negro de ojos de loco. Pero no suponía que mearse en la alfombra persa fuera a volverlo muy popular.

Negó con la cabeza, pero la Visones le lanzó una mirada que, si él sabía interpretar el semblante de una mujer, era una mezcla de escepticismo y deseo.

Cuando salía muy tieso del comedor, se encontró con un criado alto y calvo en posición de firmes justo al otro lado de la puerta.

—¿El retrete? —preguntó sucintamente.

—Hay unos lavabos para damas y caballeros al doblar esa esquina, a su izquierda, señor. —El tono de su voz, con cierto acento, indicaba una firme autoridad, como si fuera el mayordomo en lugar de solo un lacayo más.

—Solo quería robar los grifos, tío.

Al doblar la esquina chocó con un cuerpo, lo que tuvo como resultado una dolorosa punzada en la vejiga y que derribara el cuerpo, perteneciente a una adolescente, al suelo.

—Lo siento —dijo Washington, agachándose para coger la mano de la chica. Parecía un peso muerto, y soltó risitas y se retorció mientras él intentaba ponerla en pie antes de que nadie los viera. Se dio cuenta de que la chica estaba muy borracha.

—¿Y tú quién eres? —preguntó ella, mientras él la sujetaba por los hombros contra la pared.

—Un invitado.

—¿Invitado es apellido o nombre? —La chica encontró maravilloso el chiste; Washington tuvo que sujetarla para que no cayera al suelo de risa.

—¿Y tú quién eres?

—Me llamo Caroline Melman. Caroline es el nombre y Mel... —Lo encontró tan divertido que fue incapaz de terminar. Se le cayó algo de la muñeca; la chica se agachó y recogió su reloj, balanceándose sobre los tacones, y casi cayó hacia atrás cuando volvió a incorporarse. Levantó el reloj, un Cartier Panther con el cierre roto por el golpe—. A las diez y media es el toque de queda. Aún faltan tres minutos.

—Estupendo. Y ahora, si me lo permites —se disculpó él—, tengo que ir… bueno, al lavabo.

—Yo también.

—Pero no conmigo.

—Te dejaré ir solo si prometes volver.

Estaban solos en el pasillo, pero parecía probable que en cualquier momento apareciera uno de los esclavos y fuera testigo de aquella sórdida escena en la que se había visto implicado.

En el cuarto de baño se tomó su tiempo, esperando a que la chica hubiera desaparecido dando tumbos por uno de los interminables pasillos. Había muchas cosas con las que ocupar su atención: una colección de grabados de Jasper Johns, grifería chapada en oro, papel higiénico con el extremo plegado con sumo cuidado, como en los hoteles. Tiró del rollo por el simple placer de hacerlo, prometiéndose volver después a comprobar la eficacia del servicio doméstico.

La chica todavía estaba apoyada en la pared donde él la había dejado.

—Estoy un poco… bueno, un poco mareada —admitió—. Creo que lo mejor será que me tumbe un rato... ¿Podrías llevarme a mi habitación?

—Será mejor que vuelva con los adultos. —Observándola, él también empezó a sentirse mareado.

—Quiero enseñarte algo —dijo la chica maliciosamente.

Washington se despidió con un ademán y empezó a alejarse, pero la chica lo alcanzó de un salto y le asió el brazo.

—Vale, pues voy contigo —propuso—. Les daré las buenas noches a papá y a mi querida y vieja madrastra.

Washington no estaba dispuesto a volver al comedor con la hija borracha de su anfitrión colgada de él. No podría explicar su inocencia.

Riéndose, la chica enarcó las cejas exageradamente, un gesto que pareció desorientarla. Se derrumbó en sus brazos, dejando caer el reloj al suelo.

—Vamos a ver a papá y a la tortillera —sugirió con tono soñoliento.

Washington se agachó para recoger el brillante reloj, conocido en ciertos ambientes como «el reloj de las amantes», inclinándose poco a poco mientras soportaba el peso de la chica con el hombro.

—¿Tienes algún bolsillo?

Ella negó con la cabeza muchas más veces de las necesarias.

—Cógelo tú, y a mí también.

—¿Por qué no te vas arriba, a tu habitación? —sugirió él desesperadamente, guardándose de momento el reloj en el bolsillo de la chaqueta.

—Llévame tú.

De repente apareció otro lacayo doblando la esquina.

—¿Va todo bien?

—Creo que la señorita Melman necesita ir a su habitación —dijo inocentemente Washington.

—Habías prometido contarme un cuento —gimió Caroline mientras Washington trataba de pasársela al criado.

—Muchísimas gracias —le dijo al lacayo, que lo midió fríamente con la mirada una vez que hubieron conseguido soltar los brazos de Caroline Melman del cuello de Washington para trasladarlos al suyo.

Los instintos de Washington, oponiéndose a su razón, le aconsejaban huir. Aunque no había hecho nada malo, la vieja sabiduría de su raza le decía que iban a culparlo de algo, y quizá previéndolo, se sintió culpable. No creía que pudiera soportar las miradas, las explicaciones, la tensión, una vez que hubiera vuelto al comedor.

Bajando rápidamente por una escalinata más destinada a entradas y partidas principescas y cinematográficas que a huidas escabrosas, llegó al vestíbulo de mármol, donde se creyó libre hasta que vio a los dos guardaespaldas que conferenciaban con el mayordomo que había tenido el desastroso gesto de indicarle dónde estaba el cuarto de baño. Los tres se habían vuelto para mirarlo mientras bajaba. Washington trató de contener la oleada de terror culpable que se extendía desde su cerebro a su cara, de convencerse de que solo era culpable de haber transgredido las reglas de educación que dictaban despedirse antes de marcharse; la etiqueta no era un aspecto en el que el servicio doméstico tuviera autoridad. Trató de hacer acopio de un poco de *hauteur* ante aquellos subordinados («Mi paraguas, lacayo, el de ciento cincuenta dólares de Sulka con el mango de malaca con aguas, muchísimas gracias»). Ante la mirada malévola de los guardaespaldas, Washington sintió la justa indignación del santo inocente: ¿Cómo os atrevéis a considerar siquiera molestar a uno de los invitados del señor Melman, violando los preceptos más elementales de la hospitalidad? Cuando se palpó los bolsillos para demostrar que por fin no había desmontado y birlado los grifos de oro de dieciocho quilates del cuarto de baño, notó un bulto sospechoso y cayó en la cuenta con el más absoluto espanto de que llevaba encima el reloj de oro de diez mil dólares de la hija del anfitrión. Las manos y las

rodillas le empezaron a temblar cuando se acercaba al triunvirato de vigilantes estacionado entre él y la puerta principal.

Dando tumbos como un borracho por culpa del terror, casi se desplomó en la alfombra melocotón claro que cubría el suelo entre la puerta y la escalera. Para minimizar la posibilidad de pasar por más humillaciones, sacó el reloj del bolsillo y se lo entregó al calvo, murmurando que lo había encontrado en la alfombra, y huyó para internarse en la acogedora noche.

27

A la hora del espectáculo, el local estaba lleno, aunque fuera de gente heterogénea: estudiantes con tejanos y camisetas de algodón dirigían miradas furtivas a los estetas del centro vestidos de cuero negro, a los cuales no les gustaba encontrarse entre tantos trajes, los de los abogados de inmobiliarias y ejecutivos de los medios de comunicación que no habían tenido tiempo para cambiarse después del trabajo, y entre quienes se incluía un joven comentarista de sociedad con traje azul de raya diplomática que, plantado en la cola para sacar entrada, se quejaba:

—Esto está lleno de yuppies.

Había también viudas que vivían en Sutton Place y en Bar Harbor que acudían a todos los recitales y contribuían generosamente a financiar las revistas de poesía y los teatros experimentales; demacrados jóvenes de veintidós años que trabajaban en librerías, editoriales y agencias de publicidad cuando no estaban trabajando en sus primeras novelas. Harold Stone también estaba —con uno de los jóvenes estudiantes de literatura—, al igual que los directores de media docena de editoriales y revistas. La prensa estaba presente para dejar constancia de la realidad de la ocasión. Y Juan Baptiste, felizmente instalado con su columna de ecos de sociedad en uno de los tabloides; un corresponsal del *Plain Dealer* de Cleveland; y un colaborador habitual del *Times*.

Desafiando el calor del verano, un hombre con una gigantesca parka verde con capucha había acampado en medio de un montón de libros, papeles y bolsas en la primera fila. Mantenía correspondencia con Victor Propp y poseía una colección completa de las colaboraciones en prensa del escritor, así como gran cantidad de material relacionado con él, metido en cajas de cartón en su diminuto apartamento sin ascensor de Jamaica, Queens. Otras

personas con apetitos similares, aunque dándose menos aires, vagaban por los pasillos: esos hombres y mujeres de ojos de loco que acechan en los acontecimientos literarios con la esperanza de recibir un imposible mensaje salvífico del laureado, el hombre sabio en cuyas palabras han descubierto un significado dirigido solo a ellos, o cuyas palabras quizá todavía no han leído, pero piensan hacerlo, y entretanto buscan una señal, una palabra, una bendición, el teléfono de un buen agente. Bernie Melman llegó tarde, con la imponente y muy rubia Sasha a su lado, junto con dos de sus guardaespaldas, y ocupó el asiento reservado para él en la primera fila, al lado del hombre de la parka verde, que, un poco a la defensiva, reorganizó su propio imperio de papel.

Russell había encendido la mecha induciendo a un periodista amigo a que escribiera un breve artículo titulado: «¿Quién demonios es Victor Propp?» para las primeras páginas de la revista *New York*. La mujer de Bernie Melman había organizado una «pequeña cena» en su casa para después del acto, que la columna de sociedad del *Post* de aquella mañana había considerado el «acontecimiento más importante de la ciudad».

Russell y Corrine esperaban entre bastidores con Victor y su compañera, Camille Donner, una conocida amante de los *literateurs*. Una belleza de treinta y pico con una famosa melena rojiza, Camille había vivido con otros dos novelistas antes de hacerlo con Propp. Aparte de su función de amuleto, se ocupaba de los detalles de la vida cotidiana, algo que a Victor le resultaba imposible, cumpliendo los papeles de ama de casa, secretaria y tesorera, aunque a la mayoría de observadores les costaba mucho imaginar a Camille con una fregona en las manos. Se decía que también ella estaba escribiendo una novela. Harold Stone se la había presentado a Russell años atrás en la presentación de un libro; cuando ella lo miró casi como si no lo viera (en aquel tiempo su cuerpo tenía esa baja densidad, cercana a la transparencia, tan común en ayudantes editoriales y otros puestos igual de cutres), se tomó sin embargo el tiempo necesario para preguntarle quién era según él el mejor

novelista estadounidense. Cuando, en parte por el deseo de un joven de expresar opiniones poco convencionales, Russell había propuesto a Victor Propp, ella se sorprendió lo suficiente como para posar sus ojos verdes en su interlocutor durante unos recelosos instantes.

—¿Quién? —preguntó, tomando nota de aquella opinión aparentemente excéntrica.

Encantado de haber atraído su atención, Russell había descrito ardientemente la obra de aquel oscuro héroe de culto mientras trataba de apañárselas con las oleadas de deseo que lo recorrían; era una conversación que dudaba que ella quisiera recordar, y que él nunca le mencionó a Victor. Ahora ella estaba ahí plantada junto al gran hombre, su amante, con la serenidad de la guapa que no necesita llamar la atención para que la miren.

Victor se paseaba de aquí para allá por la sala, cada vez más nervioso. Solo un poco menos agitada que él, Mathilde Fortenbrau, la representante del Y con pinta de maestra benevolente, empezó a tirarse de las dos coletas de pelo gris acero a las siete cuarenta y cinco.

—Quizá deberíamos volver a llamarlo —murmuraba una y otra vez.

Russell había planeado quedar con Jeff para tomar una copa antes, pero cuando llamó para confirmarlo, respondió una mujer con acento español que le anunció que estaba ocupado y que iría directamente al acto.

Corrine trataba de tranquilizar a Victor con respecto a la formalidad de Jeff. Russell no era tan optimista. Tenía la intención de hacer o decir algo, mientras evitaba sistemáticamente pensar en el consumo de drogas incluso en la intimidad de sus pensamientos.

—Francamente, yo creía que lo de ir de malo no era más que un personaje literario que se había creado —protestó Victor—. Me refiero a que procede de una respetable familia de Nueva Inglaterra, ¿o no?

Russell marcó el número de Jeff y le habló a gritos al contestador automático. Mathilde se tiraba de las coletas alternando entre una y otra.

—Nunca había pasado una cosa así —dijo—. Ni siquiera con Dylan Thomas.

Sus ayudantes iban y volvían de las bambalinas al auditorio dando saltitos como gorriones. A las ocho y veinte todos estuvieron de acuerdo en que no quedaba otra opción que empezar sin Jeff. Russell se ofreció a hacer la presentación en su lugar.

—No voy a salir —insistía Victor—. No estoy dispuesto a hacer el ridículo. —Su despejada frente estaba fruncida por la preocupación, se tironeaba de los pelos de la barba.

—John Berryman llamó desde un bar de la Tercera Avenida unos minutos antes de la hora de empezar —recordó Mathilde—. Mandamos a una delegación en su busca.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Propp a Camille, que estaba sentada hojeando un ejemplar del *TriQuarterly* como quien busca un nuevo compañero en un catálogo, le pareció a Russell.

—Tienes que salir o cancelar el acto —contestó con toda sensatez.

Su respuesta desesperó aún más a Victor.

Russell le masajeó los hombros.

—Cálmate, Victor. Son tus admiradores —dijo—. No son los lectores de Jeff.

—Yo no tengo admiradores, solo hay diez personas en este país que comprenden de verdad lo que estoy haciendo. —Victor estaba al borde de las lágrimas—. Han venido para ver a una especie de fenómeno, a ver al Boo Radley de las letras norteamericanas... Ni siquiera puedo plantearme la idea de pasar por este... este desastre.

Propp se soltó de la mano de Russell y echó a correr, escapándose por la puerta de detrás del escenario y siguiendo un túnel que evitaba el auditorio. Russell salió en su persecución y llegó a la acera a tiempo de verlo desaparecer en un taxi.

Unos instantes después del anuncio de la cancelación, Bernie Melman se dirigió a la parte de atrás del escenario en compañía de sus guardaespaldas.

—¿Qué es toda esta mierda? —le ladró a Russell—. ¿Cuánto vamos a pagarle a ese gilipollas? Y ni siquiera es capaz de plantarse ahí y leernos unas páginas de su puto libro. Ahora tengo a cincuenta personas a cenar en casa para celebrar esta condenada calamidad. ¿Qué coño se supone que voy a decirles?

—Los artistas son temperamentales —propuso Russell.

—Bueno, pues yo también soy temperamental. Y en este momento estoy de muy mal humor. Qué, a ver, ¿qué coño hago? —preguntó, volviéndose hacia sus dos guardaespaldas—. ¿Creéis que esto me convierte en un artista? Por Dios, ¿qué clase de puñetero negocio es este?

—¿Conoces a mi mujer? —preguntó Russell empujando a Corrine como quien arroja aceite en aguas embravecidas.

—¿Cómo estás? —saludó Bernie, súbitamente tranquilo y mirándola de arriba abajo—. Encantado de conocerte.

—Russell —dijo Corrine, negándose a interpretar aquel papel—, tenemos que encontrar a Jeff.

—Y esta es Camille Donner —dijo Russell.

Camille se mostró más atenta que Corrine, y pospuso su búsqueda del amante huido. Cuando Russell y Corrine salían, estaba en plena conversación con el magnate.

—Vayamos hasta allí —dijo Corrine cuando estaban de vuelta en el apartamento. Ya había llamado tres veces.

Russell no lo tenía tan claro, pues temía lo que pudieran encontrar.

—Todavía tenemos una llave —le recordó ella.

—Iré yo.

—Voy contigo —dijo Corrine, cogiendo el inalámbrico y marcando el número de nuevo.

—Corrine hay algo que...

Un chillido de Corrine interrumpió aquella reflexión.

—No te lo vas a creer, pero se ha dormido —dijo Corrine cuando hubo colgado con una exasperación llena de alivio. Al mirarla, Russell pudo imaginar la justa acusación que haría cuando le contara lo que había visto en la fiesta de Rijstaefel *la Visones*. La próxima vez que Jeff no apareciera, quizá ni podría contestar al teléfono. Quería contárselo, pero se aferraba a la insostenible idea de que con su silencio protegía a las dos personas que más quería.

Curiosamente, la reacción a la no celebración del acto en el Y no fue del todo negativa y acabó por satisfacer a quienes de entrada tenían más motivos para sentirse molestos. La polvorienta y enigmática leyenda de Victor Propp aumentó de modo inconmensurable con el brillo del escándalo, mientras que la actuación de Jeff fue digna de su personaje. A falta de una explicación oficial, los rumores que circulaban eran mucho más interesantes que cualquier posible reacción ante el acto en sí, de haberse llevado a cabo. Se aseguraba que los dos habían llegado a las manos entre bastidores. Se suponía que el abstemio Propp había quedado fuera de combate a la manera del novelista clásico. Muchos simpatizaban con las supuestas noticias sobre el sensible y recluso artista, paralizado entre bastidores por un terror agorafóbico o dominado por el miedo escénico. Otros consideraban que la cancelación era un movimiento estratégico deliberado por parte de Propp, famoso por sus dotes de estratega, y que el hecho de no leer unas páginas formaba parte de su política de no publicarlas. En su nueva columna, Juan Baptiste suscribiría dicha teoría, y concluiría: «Tampoco apareció el novelista superventas **Jeff Pierce**, que aquella misma noche se encontraba lo bastante sano, si bien no necesariamente *compos mentis*, como para asistir a la fiesta que hubo después de la inauguración de **Tony Duplex** en Nell's.»

Una semana más tarde, en un artículo publicado en un semanario del centro de la ciudad, un crítico de moda fue extrañamente obsequioso al afirmar que Propp «es el quark y el agujero negro de la literatura estadounidense contemporánea, una entidad casi teorética de la que la forma, el tamaño y la importancia solo pueden deducirse parcialmente a partir de sus manifestaciones visibles», y concluía que «si Derrida ha vuelto obsoleto al autor en beneficio de una cadena interminable de *écriture* e intertextualidad, Propp pretende al parecer eliminar incluso el texto en sí con sus largos silencios puntuados por atisbos de prosa deslumbrante; el silencio en sí adquiere proporciones legendarias, con la promesa nunca cumplida de una novela, que recibimos en fragmentos, como atisbos de carne bajo el dobladillo de una falda; esa gratificación diferida acaso sea el auténtico objetivo de la empresa».

Al propio Victor Propp le gustó especialmente ese artículo, y lo recortó con sumo cuidado para añadirlo al grueso cuaderno de recortes encuadernado en piel que había adquirido en Florencia varios años atrás, en previsión de las críticas que recibiría su novela, y que ahora estaba casi lleno de artículos que preveían ese bendito acontecimiento.

28

Jessie Makepeace siempre se había llevado bien con su yerno; mejor, le parecía a veces a Corrine, que con su hija mayor. Cuando ella y Russell se habían conocido, pasaron juntos la mitad de la noche en la cocina de Stockbridge, liquidando mano a mano una botella de vodka mientras Corrine dormía en su antigua habitación. Russell dijo que era de armas tomar, tratando de que sonara a cumplido. «Como una casa en llamas», fue la frase que utilizó Jessie para describir su encantadora complicidad... aunque como expresión de concordia, a Corrine, a quien siempre preocupaban un poco los extraños matices contenidos en el lenguaje, le pareció bastante inexplicable, como si, al igual que unos nódulos en el pecho, pudiera indicar una enfermedad u ocultar alguna verdad peligrosa.

—Era de esas niñas que siempre preguntan por qué. Me enfadaba mucho con ella —comentó Jessie haciendo tamborilear los cubitos de hielo en su vaso—. «Por qué, por qué, por qué...» Eras la niña más curiosa que se haya visto jamás.

Jessie estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo de la sala de estar, con la espalda apoyada en el sofá que se convertía en la cama plegable que utilizaba cuando visitaba a Russell y Corrine en Nueva York.

—Volvía locos a los profesores, que no sabían qué hacer con ella. Y cuando midieron su coeficiente de inteligencia, salió muy por encima de la media.

¿Por qué le parecía a Corrine que su madre lo decía como si fuera un defecto, una mutación genética que, por suerte, había resultado relativamente inocua, pues, según la opinión general, se había vuelto una chica muy guapa tras una infancia solitaria y se las había apañado para casarse? Su madre solo llevaba allí diez minutos, pero Corrine ya se sentía crispada y de mal humor.

—¿Qué hay de malo en ser curiosa? ¿O lista?

—Solo te estábamos tomando el pelo, cariño —dijo Jessie encendiendo un Pall Mall.

¿Estábamos?, pensó Corrine, mientras Russell iba a la cocina en busca de un cenicero.

—Me muero por enterarme, Russell —dijo Jessie—. ¿Cuándo se va a hacer dueño mi yerno de esa editorial? ¿No te he contado que incluso escribieron sobre ello en el *Berkshire Eagle*? Tengo el recorte en la maleta, recuérdamelo.

Con su habitual entusiasmo, Russell estuvo encantado de resumir y hasta embellecer los recientes acontecimientos del drama, haciendo que pareciera una mezcla de *Solo ante el peligro* y *El paraíso perdido:* las asombrosas cantidades de dinero, la noche en que le tiraron el vino encima, biografías brevísimas de los diversos contendientes.

—No me parece que te estés portando bien con Harold —interrumpió Corrine—. Ha hecho mucho por ti.

—Y yo he hecho mucho por él y por la empresa —terció Russell —. Eso no significa que tenga que quedarme mirando cómo Harold y los demás la echan por tierra e ignoran las nuevas ideas y a los nuevos talentos. La cuestión es: ¿qué está haciendo Harold por los accionistas y el público lector?

La manera de hablar de Russell había cambiado durante el último mes. El recurso a expresiones como «el público lector» se había vuelto dogmático, y lo mismo las referencias a los derechos de los accionistas y al estancamiento de la economía estadounidense. Naturalmente, había aprendido muchas cosas de Bernie Melman y de la imbécil de Trina Cox. Corrine ya había advertido ese cambio en algunos de sus amigos de la universidad, el modo en que empezaban a hablar de su trabajo. Se notaba más en hombres que en mujeres. La forma de hablar era el primer aviso, el canario en la mina. Después de cenar uno estaba en medio de una conversación perfectamente razonable sobre arte o la vida sexual de los famosos cuando de repente la palabra «priorizar» salía de la boca de alguno

de los presentes como un trozo de cartílago escupido en la mesa. Personas supuestamente cultas empezaban a abusar de palabras como «acceso» e «impactar». Y no tardaban en estar hablando de ideas y de política. «Ya podéis decir lo que queráis sobre Reagan, pero lo cierto es...» Puede que algo funcionara mal en ella, pues no había sido capaz de convertirse en una corredora de Bolsa de verdad, con un corte de pelo y un guardarropa de corredora de Bolsa y una forma determinada de ver el mundo. Sería por alguna clase de obstinación infantil. Había días en que casi creía estar haciendo algo útil: ayudaba a que la gente consiguiera unos réditos decentes por su dinero. Luego asistía a reuniones comerciales donde se hablaba de los clientes como si fueran corderos de camino al matadero, de las que salía cargada de ofertas basura con unas comisiones altísimas, y se daba cuenta de que en realidad era una persona depravada.

Russell le explicaba a Jessie el evangelio de la adquisición de empresas mediante emisión de deuda como quien recita la Declaración de Independencia.

—¿Y haces todo eso con dinero prestado? —preguntó Jessie con cándida admiración y yendo directa al grano.

Russell le guiñó un ojo.

—Eso es lo bueno del asunto. Compra ahora y paga más tarde.

—¿Sabes? Ya puesta, quería preguntarte... ahora que la casa es mía, he estado pensando en contratar una segunda hipoteca.

—Hacerlo tiene ventajas evidentes.

Un momento —tuvo ganas de gritar Corrine—, ¿cuál de los habitantes de esta casa es el que trabaja en realidad en el sector financiero? También tuvo ganas de fumarse un pitillo, por primera vez en dos años. Pero lo que hizo fue preguntar:

—¿Has hablado con papá... recientemente?

—Hablamos a través de abogados —contestó Jessie—. Es más higiénico. ¿Por qué? ¿Se ha puesto el señor Segunda Juventud en contacto contigo o qué? Ni se me pasó por la cabeza que lo hiciera. El tipo tiene los instintos paternales de un reptil. ¿Sabes que dos

horas después de que tú nacieras ya estaba jugando al golf? ¿Nunca te había contado eso, Russell?

—Tienes pinta de que te sentaría bien una copa más antes de que nos vayamos —fue la respuesta de Russell, consciente para entonces del precario estado de ánimo de Corrine.

—Y cuando le pregunté... claro, si tenemos tiempo, me encantaría tomar otra... cuando le pregunté qué nombre le poníamos a Corrine, contestó: «Eso es cosa tuya». ¿Te lo puedes creer? El orgulloso padre. Conque cosa mía. Pues muchísimas gracias.

Corrine se levantó y se dirigió a grandes zancadas al dormitorio. Justo antes de cerrar de un portazo oyó que su madre preguntaba:

—¿Qué he dicho ahora?

Sabía que su padre era un cabrón despreciable que parecía incapaz de amar, pero no le apetecía necesariamente oírlo decir en voz alta. Tampoco era que a Jessie le hubieran dado el premio de Madre del Año. A Corrine le parecía a veces que su infancia era una larga herida, y el reciente divorcio, un cuchillo que había vuelto a abrir la cicatriz.

Se tumbó boca abajo en la cama, demasiado enfadada para darse cuenta de que estaba llorando. Unos minutos después oyó que se abría la puerta y notó que Russell se sentaba en la cama.

—Ella no pretendía...

—He ahí el problema, joder, lo insensible que es.

Él le acarició el pelo.

—Tenemos que irnos, Corrine —dijo.

—Ve tú.

—No quiero ir sin ti.

—Id vosotros dos, lo pasaréis en grande. Y en cualquier caso, ella prefiere estar solo contigo.

—Corrine... —Le habló con el tono adulto de quien procura transmitir que ya es hora de recobrar la sensatez y aceptar las responsabilidades—. No quiero volver a ver *Cats*. —Le pasó el dedo por detrás de la oreja—. Yo soy más de perros que de gatos. —

Russell trataba ahora de hacerla reír—. Tengo que bajar mi pretencioso listón estético porque tu madre quiere ir a ver ese espectáculo con música ambiental y felinos, y tú ni siquiera quieres venir a hacérmelo más llevadero. ¿Qué pasará si algún conocido me ve entrar al teatro?

—Dile que estás pensando en comprarlo. No le sorprenderá a nadie que te conozca.

—Vamos, o llegaremos tarde. —Su tono era ahora impaciente.

—No pienso ir.

Russell exhaló violentamente, exasperado. Un instante después se levantó de la cama. La puerta del dormitorio se abrió y se cerró, y al cabo de unos minutos hizo lo mismo la puerta principal. Corrine oyó risas en el descansillo, el sonido de los cables y las poleas del ascensor, y luego se quedó sola.

—Siempre ha tenido ese carácter —comentó Jessie en el ascensor—. Cuando estaba de buenas, era el ser más encantador del mundo, pero cuando estaba de malas, era horrible. Podía pasarse días enteros de un humor de perros, y de repente estaba tan contenta que te apetecía estrangularla. ¿A qué viene eso de que haya dejado de beber?

—No lo sé, te aseguro que no se lo he contagiado yo. —Sintiéndose desleal, Russell añadió—: Creo que el divorcio ha sido duro para ella.

—Jo, dímelo a mí —soltó Jessie, cogiéndose de su brazo cuando pasaban por delante del conserje camino de la calle—. Me gusta este edificio, pero ¿no crees que necesitáis un sitio mayor? Ahora eres prácticamente dueño de una empresa.

—De hecho, ya hemos empezado a mirar sitios —contestó Russell.

—Tenéis tanta suerte. Tenéis el mundo en la palma de la mano, ¿o no?

—Solo una parte muy pequeña —dijo Russell, aunque no pensó que estuviera equivocada del todo. Ojalá Corrine se animara y siguiera adelante con los planes. Había entrado en una de sus fases de depresión, con el barómetro interior bajando más y más, como su peso, justo cuando él tenía la sensación de haber llegado al punto culminante del calendario de su propia vida. Pero a veces hacía esas cosas; su madre tenía razón al respecto. Un año después de que se trasladaran a Nueva York pasó por una mala racha, y dejó bruscamente la Facultad de Derecho. Una crisis de conciencia o de confianza que nunca había sido capaz de explicar con palabras. Se quedaba en casa viendo películas antiguas, se pasaba la mitad del día durmiendo, leyendo a Kierkegaard, tomando helado de chocolate y patatas fritas, y sin embargo perdía peso. El cambio a mejor fue gradual, su desencadenante tan inexplicable para Russell como el motivo de la depresión. Una tarde, cuando él volvió a casa, Corrine le anunció:

—¿Sabes? He tratado de decidir por qué necesitamos ser entidades físicas. Me refiero a por qué tenemos que habitar estos cuerpos que la mitad del tiempo ni siquiera parecen pertenecernos del todo, y por fin he decidido que... bueno, ¿cómo íbamos a poder llevar la ropa puesta sin ellos?

No volvió a la Facultad de Derecho; aunque sacaba muy buenas notas, no le apetecía, y Russell la animó a emprender algo menos estresante, y su trabajo en Sotheby's fue una especie de convalecencia educativa.

Corrine siguió escuchando a la espera del regreso de Russell. Seguro que no sería capaz de aguantar la obra entera, sabiendo lo insensible y cruel que había sido, sabiendo que ella estaba ahí sola, como había temido estar siempre desde la primera vez que su madre, en un incomprensible ataque de rabia, se había internado en la noche. Durante semanas seguidas, Jessie les preparaba el almuerzo y les leía cuentos a la hora de dormir; y de repente una

noche aparecía en el dormitorio para arrancar las fotos de las paredes y decirle a Corrine que era una niña horrible, espantosa, antes de volver a desaparecer. A la mañana siguiente, su padre permanecía en silencio tras el periódico mientras ella y su hermana se tomaban los cereales.

Russell no solo aguantó toda la obra; después llevó a Jessie a tomar una copa. Cuando volvieron a casa, Corrine se había dormido, presa del abatimiento.

A la mañana siguiente, Russell anunció que iban a ir de compras con el aire de un déspota declarando una fiesta nacional. Corrine necesitaba un traje de baño sexy para los Hamptons, sugirió, y quizás un nuevo vestido de verano.

—Y yo creo que necesito un traje blanco de lino, porque hace mucho calor y soy una persona importante, y puede que unos mocasines de cocodrilo, y Jessie seguramente encontrará algo sin lo que simplemente no puede seguir viviendo.

Un invitado, durante el desayuno, habría encontrado a una madre y una hija casi excesivamente compinches y cariñosas. Russell, que tenía cierta experiencia al respecto, todavía estaba un tanto asombrado por el modo en que había empezado el día Corrine, dándole a su madre un improvisado masaje en el cuello mientras chismorreaban sobre los amigos y los vecinos de los tiempos de Stockbridge, claramente más experimentadas que Russell en ese tipo de amnesia voluntaria. Un crítico perspicaz habría detectado que sobreactuaban un poco, como tres personas que trataran de impostar la voz para llegar a la última fila del local.

Por su parte, Corrine se despertó arrepentida, decidida a llevarse bien con su madre y su marido, y gracias a ese estado anímico fue capaz de suprimir casi de inmediato su escepticismo con respecto al plan de compras terapéuticas de Russell, y al programa más amplio del que formaba parte. Quería estar animada, lo deseaba de verdad. Había decidido tratar de mostrarse entusiasta

con respecto a la adquisición de Corbin, Dern, y con respecto a la casa de verano y todo lo demás, aunque solo fuera basándose en el principio de que si su marido marchaba sobre un acantilado, no le apetecía especialmente quedarse sola en lo alto de un precipicio de petulancia.

Así pues, salieron de compras; fueron andando hasta Madison y empezaron por la nueva tienda de Ralph Lauren, que parecía, en opinión de Russell, el mundo según Whitney Corbin III: un país de fantasía para los aspirantes a anglosajones de todas las edades, razas y credos. Pero Russell resultó no ser más inmune a semejante fantasía que montones de otros compradores sabatinos que competían por artículos rebajados y la atención de los dependientes, pese a que comentó dándose aires que todo lo que vendían lo habían copiado de Brooks Brothers y Savile Row. Con menor vacilación de la habitual cuando adquiría algo, como si se preparara para las cosas más importantes por venir, Russell compró los mocasines deseados animado por las dos mujeres, unos de cocodrilo carísimamente informales.

Luego surcaron el peligroso mar plagado de sirenas de los escaparates de ropa italiana —Pratesi, Valentino, Armani y Versace— y Russell volvió a ceder al impulso de comprar algo en Sherry-Lehmann, una costumbre que había heredado de Harold Stone, y se llevó una botella de Les Amoreuses y una botella de champán, un acto que pareció provocarle un colocón y avivar sus instintos consumistas.

La última parada fue en Bergdorf Goodman, donde se encontraron de inmediato, y en opinión de Russell, como era de esperar, con Casey Reynes, a quien le hizo «mucha ilusión» volver a ver a la señora Makepeace, y que les contó cuanto había que saber sobre su nuevo bebé, extendiendo fotos sobre el mostrador de la perfumería. Ante la detallada descripción de sus asombrosas costumbres y manías, cualquiera diría que se trataba del primer retoño de
Homo sapiens, pensó Russell.

—Se le ve muy paliducho —comentó, sonriendo a Casey—. Esperaba que fuera un poco más morenito.

Durante un instante, Casey pareció desconcertada, luego ella misma se puso ligeramente pálida mientras observaba atentamente la cara de Russell; pero se recuperó enseguida.

—Estoy rehaciendo mi guardarropa después de todos estos meses con vestidos de premamá —les dijo a las mujeres—. Tom me ha dicho que me comprara todo lo que me apeteciera, después de todo por lo que he tenido que pasar… es un cielo. Está en Minneapolis por negocios.

Russell detectó una comparación implícita de maridos y límites de crédito.

—Casey sigue sin poder creerse que no puedes pagarle a alguien para que tenga a tu hijo por ti —se burló Russell después de que ella entrara en tromba en la boutique de Chanel en busca de un par de esos pantalones de terciopelo elástico tan divinos.

—La chica no está tan mal —opinó Jessie.

—¿De qué iba eso sobre la piel del bebé? —preguntó Corrine.

Corrine compró un par de velas Dyptique; Russell les compró perfume a las dos; Shalimar para Jessie y Joy para Corrine. Mientras estaban en la planta baja, a Corrine se le ocurrió que necesitaba medias, y las nuevas negras de Donna Karan tenían esas costuras de los años cuarenta por detrás; pero también las necesitaba de color carne, y Russell dijo que se las comprara de los dos modelos. Luego insistió en que Corrine se comprara un vestido negro de Azzedine Alaïa, aunque a ella le parecía demasiado ajustado y demasiado caro para tener tan poca tela. Russell dijo:

—Toda buena chica necesita varios VNE —y le explicó a Jessie, que pareció confusa, que significaba vestidos negros entallados, y Jessie dijo que había creído que tenía algo que ver con valores y negocios, y Russell contestó que nada que ver, aunque pudiera ser que sí en ese caso. Corrine tuvo el detalle de recordarle que

últimamente no había sido muy buena chica que digamos, pero cuando se lo probó le gustó, y cuando dio unos pasos con él puesto empezó a encantarle, aunque era más atrevido y más a la última que los que solía preferir, y probablemente era eso lo que lo volvía excitante, como la peluca de Tina Turner, como un disfraz que la convertía en otra persona, en alguien más sexy que Corrine Calloway.

En el probador, estaba bajándose la cremallera de la espalda cuando se abrió la puerta y Russell se coló dentro. Le acarició con un dedo el hombro desnudo y bajó por el brazo hasta la muñeca; luego le levantó la mano y le besó la muñeca y se la mordisqueó. Cuando se metió dos dedos en la boca y empezó a chupárselos, Corrine notó un hormigueo entre los muslos y un temblor en las rodillas. Le preguntó dónde estaba Jessie y Russell contestó que había ido al servicio de señoras.

—¿Y qué pasa con el dependiente? —susurró ella.

Pero entonces no le importó dónde estuviera, porque Russell le quitó el vestido y la miró con los ojos azules vidriosos y dilatados antes de pasarle la lengua por la cara interior del brazo, con las piernas temblorosas mientras se buscaba la bragueta; Corrine no entendió cómo era capaz de tenerse en pie. En el probador de al lado, dos mujeres hablaban con voces nasales sobre una falda, una decía que le parecía demasiado grande. Esto sí que es grande, pensó Corrine ahogando una carcajada cuando él la obligó a pegarse contra la pared... y la folló hasta que ella tuvo que morderle el hombro para no gritar, aunque para entonces el dependiente ya había preguntado un par de veces si había alguien ahí dentro, en un tono que dejaba perfectamente claro que conocía la respuesta, y las voces del probador contiguo se habían convertido en susurros escandalizados.

29

El verano había llegado a la ciudad como una pandilla juvenil que aparece de repente al doblar la esquina: hosco, duro, maloliente y excitante, cargado de electricidad estática. Podía suceder cualquier cosa. Había espejismos, rumores como ondas de calor, una creciente propensión a los entretenimientos ligeros y los asesinatos.

La huida estaba en los pensamientos de la mayoría de residentes, pero producía cierto placer cáustico estar en las calles que se fundían. El aire viscoso parecía propagar corrientes sexuales entre un millón de peatones sudorosos, cuyas miradas de franco interés en sus semejantes, si bien algo lánguidas, se alargaban más, como los días, que en las demás estaciones. Pese a los indicios de pestilencia, el denso hedor de la lujuria no satisfecha flotaba en el aire; por las noches, las parejas casadas y las de hecho yacían en sábanas empapadas como en precario equilibrio, tratando de no dejar de quererse.

De día, los negocios seguían su curso en rascacielos con aire acondicionado. Después de que se les negara el acceso a sus despachos en Corbin, Dern, el triunvirato Calloway-Whitlock-Lee ocupaba unas oficinas en el edificio Brill, en el West Side. Lo llamaban el cuartel general. Ahora utilizaban un lenguaje claramente marcial, pese a que la vida se volvía cada vez más expansiva y lujosa. La nueva firma de Trina Cox ocupaba una suite del Rockefeller Center. El sitio en el que solían comer era el 21. Allí, bajo la supervisión de Trina, Russell y Whitlock hacían la corte a banqueros, agentes de Bolsa y accionistas enfundados en sus nuevos trajes tropicales. El tipo cuyo trabajo consistía en plantarse en la puerta y dar la bienvenida a los clientes a su llegada los recibía ahora llamándolos por su propio nombre. Las facturas se cargaban a la empresa que Bernie había creado para devorar a Corbin, Dern.

Russell, que siempre había tenido cuidado con su cuenta de gastos, disfrutaba de todo aquel derroche.

A los escritores los cortejaba Washington en el centro, en The White Room, y su actividad tenía casi la misma importancia, pues los agentes estaban explotando la situación y ni Russell ni Harold querían ver a los escritores cambiándose de bando. A nadie se le pasaba por la cabeza que los ejecutivos quizá estaban encantados con aquella novedad en el que ellos creían el restaurante más de moda del centro, ni que los escritores, que en cuanto clase son envidiosos y dependen de la cuenta de gastos de otros, quizá prefirieran comer en un local más venerable y caro. Harold Stone, Jerry Kleinfeld y los viejos directivos llevaban a cabo su propia campaña en The Four Seasons, a unas cuantas manzanas al este del 21, en la calle Cincuenta y dos. Muchas veces, los miembros del consejo que comían con Russell y Whit el lunes cenaban con Harold y Jerry el martes. Harold aborrecía este politiqueo, pero disfrutaba de la campaña consumiendo botellas de los vinos más añejos y mejores de la bodega de The Four Seasons. Los escritores que en aquel momento no asistían a las reuniones de alcohólicos anónimos tendían a sentirse emocionados cada vez que una botella de Petrus o Romanée-Conti de veinte años llegaba a la mesa, y luego se mostraban agradecidos. Y Harold razonaba que, si a pesar de esa hospitalidad perdía la lucha por el control de la empresa, los nuevos dueños tendrían que pagar las facturas.

Victor Propp, que seguía trabajando en su segundo libro, se contaba entre los trofeos que se disputaban. Una tarde, olfateaba críticamente una copa color miel de Montrachet en The Four Seasons cuando Harold Stone dijo:

—Supongo que podemos contar contigo, Victor. Tenemos nuestras diferencias, pero no puedo creer que tú... Seamos realistas, Russell todavía no ha demostrado gran cosa, y Bernie Melman es un despiadado y un pretencioso, por muchos postimpresionistas que tenga.

—Tiene un Cézanne que me encantaría ver.

—¿Cómo va el libro? —preguntó Harold con aspereza.

—Desarrolla nuevas capas casi cada estación —confesó Victor, inspirando entre dientes para airear el vino—. He llegado a pensar que se trata de un palimpsesto, aunque no le falte línea narrativa. Incluso me atrevo a creer que será una gran contribución a nuestra literatura. Y claro, me gustaría pensar que mi editor, sea quien acabe siendo, comparte mi comedido entusiasmo.

—Lo compartimos. Siempre lo hemos hecho. Por eso tenemos un contrato contigo, Victor.

Propp citó el caso de un rival literario que recientemente había conseguido un adelanto millonario de otro editor, una cantidad que a él le había parecido un auténtico voto de confianza.

—Sé realista, Victor.

—Los tiempos le han tomado la delantera al realismo, Harold. Trata de cultivar un toque surrealista; podría ayudarte a ponerte al día. ¿No te parece que este Montrachet está un poco ácido?

Dos días después, Victor almorzaba con Russell, Trina y Washington en The White Room.

—¿Es un rocanrolero? —preguntó de un cliente de pelo engominado sentado en la mesa de al lado.

—Modelo de peluquería —contestó Washington.

—¿Hasta dónde llegó Harold? —quiso saber Russell.

—Me invitó a un buen almuerzo.

—¿Qué te ofreció? —preguntó Trina.

—Creí entender que me daría un millón si me quedaba con él. —Victor puso la mano en el muslo de Trina como quien prueba algo. Por mucho que lo atrajera el otro bando, era evidente que le gustaba la banquera de Russell.

—Nosotros te daremos un millón y cuarto —propuso Trina—. La mitad en metálico, la otra mitad en papel.

—Papel de alto rendimiento y bajo en calorías —añadió Washington.

—¿Bonos basura? No creo en ellos, señoras y caballeros. Al fin y al cabo soy escritor, y me atrevo a decir que sé todo lo que hay que

saber sobre papeles sin valor.

—A eso se le llama riesgo —terció Trina—. Como el que corremos nosotros contigo y tu novela invisible.

—Quiero una participación en el capital.

—Este tipo está como una regadera —sentenció Trina volviéndose hacia Russell—. ¿De dónde lo habéis sacado?

Entre semana, las jornadas se alargaban hasta la caída de la cálida noche para Trina, Chip Rockabay y Dave Whitlock, que se reunían hasta tarde en la nueva oficina de la suite del Rockefeller Center y consultaban cifras verdes bajo la ansiosa mirada de Russell, tratando de justificar una oferta ligeramente más alta, en caso de que el consejo de administración rechazara la primera. Melman los llamaba de tanto en tanto por teléfono, al igual que Victor Propp, que no tenía ningún papel concreto en la absorción pero no podía soportar que lo dejaran al margen o, al parecer, enfrentarse a la pantalla en blanco de su procesador de textos. Fascinado por los arcanos financieros, Russell quería observarlo todo, aunque cuando Corrine se quejaba de sus largas jornadas, adoptaba, sin la intención de engañarla, el aire sobrio de un hombre cansado y agobiado por nuevas responsabilidades.

Entre quienes se ocupaban de los números, reinaba cierto espíritu de necesario optimismo al calcular las futuras ganancias, y el valor de sus partes correspondientes en ellas. Cuanto más alcistas fueran los pronósticos, mayor sería el precio que podían ofrecer. Era esencial verles el lado bueno a las cosas, lo que se adaptaba bien tanto al temperamento de Russell como a la época que vivían. Los precios llevaban años subiendo; lo que hoy parecía caro sería barato la semana siguiente. Whitlock era una especie de lastre en ese aspecto. No dejaba de poner objeciones a los pronósticos optimistas, haciendo hincapié en la naturaleza cíclica del mundo de los negocios, pero Russell estaba impresionado por el modo en que Trina conseguía engatusarlo.

Eran las diez de una noche de verano cuando por fin decidieron dejarlo. Mantener alto el nivel de energía se había convertido hasta tal punto en un hábito que Russell sabía que no se calmaría hasta pasadas unas horas. Propuso que fueran a cenar algo. Los abogados ya se habían ido. Fuera, en la acera, Chip decidió que estaba demasiado cansado para ir a ninguna parte. Se dejó caer dentro de un taxi. Así pues, eso dejaba a la troika algo desgarbada de Whitlock, Trina y él mismo, se dijo Russell.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Trina.

—¿Qué tal The White Room?

—Uf, puro teatro —se quejó Trina.

Whitlock seguía el intercambio con interés, sudando copiosamente por el calor que despedía la acera, mientras Russell trataba de encontrar un canal de comunicación con el que él no sintonizara.

—De todos modos, estoy demasiado molida —dijo Trina mirando con tristeza a Russell, que asintió con la cabeza.

—Venga, chicos —los animó Whitlock—. Vamos a tomar un bocado.

—Debería irme a casa —dijo Russell.

A pesar de las protestas de Whitlock, le consiguió un taxi a Trina y la besó en la mejilla, creyendo ver un amistoso desafío en sus cejas enarcadas.

Subiendo a otro taxi, Russell dio su propia dirección. Un empañado cristal a prueba de balas lo separaba del conductor, y también del vivificante aire acondicionado que solo pasaba a través de los agujeritos que en teoría le permitían comunicarse con el taxista, si es que hablaba inglés. La presencia de la mampara quedaba justificada por una lógica perfecta: sudando en el apestoso asiento trasero, a Russell le entraron ganas de estrangular al refrigerado y aislado taxista.

Se encontraba en uno de esos estados de ánimo extremos de los que adolecen los habitantes de la ciudad: su espíritu, emparedado, presa de la agitación por la carga estática de la

desesperada actividad social y mercenaria que lo rodeaba. Necesitaba eliminar aquella energía nerviosa de su cuerpo, soltarla hablando o liberarla en, digamos, una pista de baile ruidosa y abarrotada.

Corrine estaría agotada tras su jornada de trabajo, puede que ya dormida. Lleno de proyectos, él quería hablar del asunto que llevaba absorbiendo toda su atención desde hacía semanas. Pero ella estaba harta de oírle hablar de eso. Russell suponía que no la culpaba, pero ella tampoco debería culparlo a él. Se calmaría pronto, pero en ese momento quería atraer la atención de un círculo mucho más amplio, más allá del dominio privado de su familia y amigos. Si muriera en ese instante, en aquel miserable ataúd sudoroso de taxi, no dejaría ningún legado: había editado algunos libros con el consentimiento de Harold Stone, la mayoría de los cuales se habrían editado de todos modos, tras haberlos mejorado un poquito con su lápiz azul. La idea de que solo sus amigos, su padre y Corrine lo echarían de menos lo ponía furioso. Tenía mucha fe en su capacidad, pero no tenía poder para ejercerla.

A veces se preguntaba si no habría echado por tierra su ambición casándose tan pronto. Corrine lo aceptaba y amaba tal como era. Al no exigirle más, quizá lo había frenado. Nunca había desarrollado su faceta predatoria, competitiva. De repente, el apetito sexual le parecía el corolario de la voluntad de poder y creación; se imaginaba como una criatura domada, entregada a una resbaladiza complacencia. ¿Por qué tenía que irse a casa, maldita sea, cuando no le apetecía en absoluto?

Dos manzanas antes de su casa, se echó hacia delante y ladró una nueva dirección a través del ventilado plexiglás; unos minutos después lo depositaban frente al edificio donde vivía Trina, un rascacielos nuevo y lujoso de la Segunda Avenida. La había dejado allí unas semanas antes. Ahora recorría una alfombra roja entre un bosquecillo de plantas en macetas y le dio su nombre al conserje, que preguntó:

—¿Le está esperando?

Esa pregunta rutinaria lo desconcertó, pues implicaba cierto grado de conspiración en su decisión claramente caprichosa de pasarse por allí: la dimensión ética amenazaba con imponerse.

—Es muy posible —contestó.

—Me encanta que hayas venido —dijo Trina con acento sureño —. Esta noche no podía soportar a Whitlock, pero todavía me queda marcha. Dios santo, perdona este lío...

Aunque el apartamento no se veía ordenado en absoluto, estaba esencialmente vacío. La sala de estar estaba desprovista de muebles con excepción de una única silla de director, una bicicleta estática y un viejo baúl Vuitton abarrotado de revistas, periódicos, informes anuales y envases de cartón de comida. Una colección de botellas de Perrier y de Diet Coke ocupaba un rincón junto a la entrada de la cocina. Russell se dirigió a la ventana, que daba a la parte este del río y al despliegue semiurbano de Queens.

—¿Cuánto llevas viviendo aquí?

—No lo sé. ¿Un año? Puede que dos, de hecho. Lo sé, lo sé... tengo que conseguirme algunos muebles. ¿Quieres que vayamos a algún sitio?

—Claro.

—¿O tomamos una copa aquí?

—Vale.

—Creo que tengo una botella de Dom que me dio un cliente.

Trajo la botella y luego miró alrededor buscando un sitio adecuado para beberla.

—El único mueble propiamente dicho es la cama. No te importará, ¿verdad? Podemos sentarnos ahí, estaremos cómodos.

Russell pensó que poner objeciones sería mojigato, solo eran dos colegas tomando una copa. Por lo tanto, ¿qué más daba que fuera en la cama? La limitada decoración no hacía distinciones de género: unos esquís apoyados contra la pared, un póster enmarcado de una exposición de Van Gogh en el Metropolitan. Se sentaron en la

cama y Russell le preguntó sobre la financiación, las posibles contribuciones indirectas si subían la oferta.

—Pues el coeficiente beta —explicó Trina—, el factor de riesgo de una determinada inversión. Es el múltiplo, más allá de la tasa de los bonos del Tesoro, que se utiliza para calcular la necesaria rentabilidad financiera de unas acciones. ¿Te aburro mucho?

—En absoluto.

—Ya lo sé... soy la pelmaza de la banquera de inversiones. Cierra la boca, Trina, por el amor de Dios.

—No, sigue, de verdad.

—Bueno, en cualquier caso, el coeficiente beta por defecto del mercado es de uno. ¡Ay! Se ha caído un poco. —Se lamió la muñeca mojada y continuó—: Un beta alto, como de dos, indica un riesgo mucho mayor y también una probabilidad de obtener ganancias mucho más alta. ¿Entiendes?

Russell asentía con expresión seria, comprendiendo una pequeña parte de la idea. Una botella de Möet apareció de repente en la mesilla de noche. Era fácil hablar con Trina, y le pareció que hablaba como un hombre, relatando batallitas de su época en Silverman, trazando grotescos retratos de sus colegas. Russell se sentía cada vez menos tenso. Que Corrine pudiera poner objeciones a eso, a que estuvieran allí de palique, como dos amigos, era absurdo, aunque debería llamarla. Dios santo, eran casi las once y media. Pero solo estaban ahí sentados, codo con codo en el único mueble de la casa, que resultaba ser una cama.

Incluso cuando ella se retorció hasta acabar encima de Russell para servirle otra copa, y lo besó como si meramente lo hiciera porque casualmente lo tenía cerca, la cosa fue de lo más inofensiva. ¿Por qué debería poner objeciones a que juntaran sus labios, algo tan agradable, al fin y al cabo? ¿Por qué debería ser el placer una materia prima de suma cero, cuando las reservas del mismo podían aumentarse tan fácilmente, al igual que los beneficios de compartirlo?

Todo pareció perfectamente natural hasta determinado punto, pero finalmente, en el momento en que su mano trababa contacto casi por casualidad con un pecho, la conciencia de Russell empezó a despertar de los efectos del champán.

—Tengo que irme —declaró, apartándose, y rodó hasta el otro extremo de la amplia cama de matrimonio. Aquel intento suyo de mostrarse firme carecía de convicción; si ella lo hubiera atacado en aquel preciso instante, él se habría rendido.

Pero lo que Trina hizo fue preguntar simplemente:

—¿Estás seguro?

Durante otro medio minuto lo estuvo, o al menos lo suficiente para ponerse en pie y desearle buenas noches.

—No me digas que le has sido fiel a Corrine todos estos años —dijo Trina cuando él ya se iba.

De hecho, lo había sido, pero esa confesión habría sonado increíble, aparte de ligeramente humillante, de modo que se limitó a guiñarle el ojo y a despedirse con un ademán. Puede que fuera un tipo de hombre con un beta bajo, al fin y al cabo. En el ascensor, que descendía en picado, se sintió un poco culpable. Pero una vez que salió del edificio al aire cálido de la noche, decidió que la cuestión fundamental y definitiva era que no había hecho nada, y echó a andar a buen paso por la avenida en dirección a casa.

30

El clima era un elemento nivelador: todos parecían iguales bajo su influjo, aunque los sin techo proliferaban aquel verano como la vegetación tropical que asoma entre las grietas de la acera, mientras que los inmigrantes acampaban hasta después de la caída de la noche en porches improvisados ante sus alojamientos infernales, jugando al dominó y escuchando música bailonga de sus países en los nuevos estéreos portátiles. El único sonido que salía del interior de las aisladas torres del dinero era el constante y omnipresente zumbido del aire acondicionado. Los ricos se quedaban emparedados en el interior de sus fortalezas termales, o se iban a la playa.

Por primera vez, los Calloway habían alquilado una casa ellos solos para pasar el verano: una granja del siglo XIX con tejado de tablillas de madera junto a un campo de patatas muy cerca del mar. Desde su dormitorio, por la noche oían las olas y, cuando en los días cubiertos el mar no era visible, tenían como compensación la puesta de sol, que se expandía sobre el plano horizonte como un lingote de oro fundido enfriándose con un resplandor rosáceo entre los cúmulos. Setos espesos y varios arces bien situados los aislaban de la mayoría de las casas de veraneo de un millón de dólares que surgían audaces entre las patatas, fruto de las nuevas fortunas hechas en Wall Street y Madison Avenue. Temerarios experimentos en geometría sólida rivalizaban con gigantescas imitaciones de las casas indígenas de estilo Shingle. Situados entre las poblaciones de Southampton y East Hampton, tradicionalmente de moda, los campos de patatas se habían vuelto elegantes en aquellos últimos años. Cuando Russell bromeaba diciendo que aquel lugar lo hacía sentirse más cerca de sus raíces irlandesas, Corrine señalaba que, de hecho, podrían comprar una casa en Irlanda por veinte mil dólares, que era la tarifa para la temporada de dos meses y medio en los

Hamptons. A pesar de sus reservas, a ella también le gustaba la granja, que en contraste con las de sus nuevos vecinos poseía cierto encanto desvencijado.

David Whitlock y Washington Lee eran invitados asiduos, y compartían cuarto de baño con el ocasional novelista del Medio Oeste que se recuperaba de un semestre dedicado a la enseñanza, o un poeta del East Village que desconfiaba profundamente de la luz del sol y el ejercicio físico. Tim Calhoun, que en una ocasión había dicho que el único poeta bueno era un poeta muerto, había acudido desde Georgia a entregar su nueva novela, jurar lealtad a Russell en su nueva empresa y tomar unos vasos de bourbon; una noche de sábado se puso a disparar contra los conejos con un Magnum del 44 sin licencia. Victor Propp aguantó un día antes de ponerse de pie de un salto en plena cena, atormentado por una inspiración súbita, y ordenar a la ardiente y sumisa Camille Donner que lo llevara en coche de vuelta a su mesa de trabajo en la ciudad. A pesar de las repetidas invitaciones, Jeff seguía en Nueva York, y cuando Corrine insistía mucho, decía:

—En los Hamptons está el demonio.

Para ir y volver a su casa de veraneo compraron un jeep, que aquel año era el medio de transporte preferido por los jóvenes guerreros urbanos, y que vino a ocupar su plaza junto a los ya habituales BMW y Saab en los aparcamientos del East Side, y también en las calles más peligrosas del Bronx y Queens, donde era el vehículo favorito de los traficantes de crack mejor situados, y donde su pedigrí marcial y sus capacidades de todoterreno tenían más sentido. Los Calloway nunca habían podido permitirse hasta entonces el lujo de tener coche, y mucho menos el de pagar los trescientos dólares mensuales por el alquiler de una plaza de aparcamiento en el barrio. Pero dados los setenta u ochenta millones de dólares de los que Russell iba a ser partícipe, y el considerable anticipo sobre su salario que le dio Melman, los plazos del coche, como el alquiler de la casa, parecían minúsculos.

Después de que les robaran la radio del coche una noche en que dejaron el Jeep a la puerta de su edificio durante cinco minutos, instalaron un modelo de quita y pon, y Russell escribió a mano en un cartón de la lavandería china las palabras «NO HAY RADIO». Eso sirvió para recordarle a Corrine las desigualdades que la rodeaban. Le parecía el pretencioso anuncio de un club al que ella no quería pertenecer, un mantra de privilegiados muertos de miedo. Cuando cogía el coche sola, nunca ponía aquel cartel en la ventanilla.

En una ocasión hicieron el trayecto hasta la isla en el helicóptero de Bernard Melman, tras haber despegado de la orilla del East River y contemplado el perfil de los rascacielos, puntiagudo como el colchón de un faquir, que se desvanecía detrás de ellos en la bruma. Todo parecía tan pesado que Corrine no entendía cómo el helicóptero podía mantenerse en el aire con ellos dentro. Su cuerpo era como una vejiga llena de una sustancia densa de olor asqueroso. Últimamente no le apetecía comer nada. Pero en cuanto perdían de vista la ciudad, solía sentirse mejor.

Celebraban frecuentes fiestas en el campo; «el campo» era el término con que describían quienes vivían en Manhattan la región densamente poblada de la punta este de Long Island. Sus fiestas adquirieron cierta reputación porque eran una pareja atractiva y nueva en los Hamptons; porque eran más jóvenes que la mayoría de las personas que ocupaban las casas del este de Westhampton; porque Russell estaba a punto de volverse importante en la esfera de quienes utilizaban aquella lengua de arena como lugar de veraneo; porque, en su inocencia, mezclaban a la gente en configuraciones inesperadas.

En cuestión de días, o eso parecía, el círculo de amistades de Russell había aumentado de modo exponencial. Habiendo aparecido un instante fugaz en la prensa, se encontraba de pronto siendo vecino de la gente que habitaba allí, en las páginas de las revistas. Estrellas del pop, grandes figuras de la literatura y magnates del

mundo de los negocios se encontraban ocasionalmente entre los comensales en sus cenas. Russell no cuestionaba su nueva posición social, y se enfadaba con Corrine si ella mencionaba aquel súbito cambio de circunstancias, que según sospechaba ella era consecuencia en parte de la mayor holgura en las relaciones sociales propia del verano y del lugar, o del patronazgo de Bernard Melman, que veraneaba muy cerca, en una enorme casa al borde del mar en Southampton, y que todo el mundo tenía ganas de ver por dentro, aunque solo fuera para compartir la oleada de indignación que recorría los Hamptons desde que el magnate despanzurrara la mansión Stanford White de más de noventa años con objeto de aislarla para instalar aire acondicionado.

Cuando Corrine se preocupaba por las extravagancias de sus relaciones sociales, Russell insistía en que estaba llevando a cabo negocios encubiertos; muchos escritores, de hecho, habían firmado en el libro de invitados de la villa Pommes de Terre. Una velada en casa de los Calloway, después de siete martinis de vodka y una botella de Chardonnay, un novelista de más de metro noventa de estatura y ganador del premio Pulitzer, y que parecía una gran garza real azul con el pelo de Albert Einstein, ofreció dejar a su mujer por Corrine, con unos modales tan lúgubremente corteses que ella tuvo que hacer grandes esfuerzos para no echarse a reír. Russell le mencionó a un tótem literario que los visitaba por segunda vez, un atleta compacto de cincuenta años que escribía novelas épicas cómicas de gran éxito, que había jugado un poco al béisbol en la universidad, y fue invitado inmediatamente a participar en el partido anual de softball entre escritores y artistas, pese a la intensa competencia de muchos miembros de la élite local, que ni escribían ni pintaban; los dueños de imperios de los medios de comunicación, galerías de arte y estudios de cine gemían, suplicaban y amenazaban a los respectivos entrenadores para que los dejasen jugar.

Con Corrine y varios cientos de veraneantes más como espectadores, Russell consiguió dos dobles y un triple, interceptó

tres bolas y se apuntó dos carreras. De hecho era un atleta, recordó Corrine con orgullo al verlo, y casi resultaba grácil cuando se concentraba en el reino de lo físico. Del dueño de una galería al que la viuda de un expresionista abstracto había puesto una demanda de quince millones de dólares se decía que andaba refunfuñando por la presencia de aquel nuevo impostor en el equipo de los escritores.

Circulaba una leyenda sobre un novelista de moda, la estrella de la temporada literaria del otoño anterior, que había hecho un papelón en su única aparición en el tradicional partido. Desde entonces, su carrera se había venido abajo, arrastrada por una serie de malos lanzamientos y malas críticas en una espiral de oscuridad creciente, y la mayoría de los integrantes del mundo literario atribuían ese fracaso a su mala actuación en el campo. Supersticiosamente, Russell consideró sus grandes jugadas un buen presagio.

Bronceado y triunfador, sentado en el porche trasero de su casa con un gin-tonic sobre la rodilla, Russell dijo:

—El béisbol me ha dado muchas cosas buenas en la vida. —Costaba no compartir su buen humor, pero cuando añadió—: La vida es estupenda —Corrine temió que eso les trajera mala suerte y tocó con los nudillos el marco de la puerta, que resultó ser metálico y no de madera.

Russell veía las sesiones judiciales del Irán-Contra en la televisión, protestando indignado ante lo que consideraba la perfidia de la administración Reagan. Washington las vio con él durante horas un viernes por la tarde. Lejos de estar indignado, parecía encantado de que se confirmara su teoría del trapicheo oficial endémico.

—Esta mierda pasa todo el tiempo —le explicó a Russell—. Solo que esta vez los han pillado.

Washington disfrutó de modo especial cuando al candidato de Russell, Gary Hart, lo cogieron con el culo al aire y tuvo que dejar la

carrera electoral. Joseph Biden también tendría que dejarla más tarde, cuando lo pillaran con las palabras de otra persona en la boca.

En la ciudad y en el campo, Bernard Melman recibía a una escala imperial, y los Calloway asistieron a varias de sus fiestas en la mansión de la playa, que como muchos de los invitados encontraron un poco pomposa, aunque no lo dijeron y disfrutaron del descubrimiento en secreto.

En la ciudad, mientras iba andando al trabajo una mañana de julio, rodeado de una *mêlée* de sudorosos guardaespaldas en traje negro, Bernie Melman pensaba en la próxima fiesta, el punto culminante de la temporada. Entre quienes habían aceptado su invitación entregada en mano había tres senadores, tres miembros del gobierno, cinco estrellas de cine, dos presentadores de televisión, un antiguo jugador de rugby, dos princesas, un barón, dos duques y una marquesa, tres columnistas de sociedad, innumerables modelos, un cantante pop y diecisiete de los cuatrocientos de la lista de Forbes. Los sospechosos habituales. Entre los que habían presentado sus excusas, una vez más, estaban sus padres.

Melman *père* era dueño de un servicio de limpieza de alfombras; el hermano mayor de Bernie era cirujano; su hermano menor, abogado. Los tres juntos no ganaban ni medio millón al año, pero los hermanos se dedicaban a profesiones respetables, mientras que Bernie, no importaba cuánto dinero ganase, no conseguía despejar las sospechas de sus padres de que era alguna clase de delincuente. De hecho, casi desaprobaban que fuera tan rico. Justo la semana anterior, su padre le había enviado un recorte de *The Plain Dealer* con una crítica feroz a quienes se dedicaban a la adquisición de empresas. Además, los padres de Bernie todavía tenían que perdonarle que se hubiera divorciado de su primera mujer, a la que querían mucho y que pasaba las vacaciones con ellos, y apenas se mostraban educados con la nueva, a la cual

llamaban «la reina». «Divorcio» no era una palabra incluida en su vocabulario, excepto si se refería a una espantosa práctica de los gentiles.

Solo recientemente habían mostrado cierto interés por sus adquisiciones. Cuando les contó que iba a comprar una editorial, su padre le preguntó si iba a publicar a Saul Bellow.

—Todavía no —respondió Bernie.

—Ajá —dijo su padre, lo que a su hijo siempre le indicaba que su mente había emprendido un largo y solitario paseo.

—No hay ninguna razón por la que no pueda publicarlo en el futuro —dijo Bernie, y añadió—: ¿Sabes quién es Victor Propp?

—¿Qué ha publicado?

Ahí el viejo lo había pillado.

—Conseguiré a Saul Bellow, ¿de acuerdo?

Y de hecho Bernie lo había intentado, poniéndose en contacto con el ganador del premio Nobel a través de canales oficiales y privados, hasta el momento sin éxito. Entretanto, había ofrecido mandar su reactor privado a Cleveland, así sus padres podrían asistir a la fiesta y estar de vuelta en su casa de Chagrin Falls aquella misma noche. La élite social, política y financiera del país acudía a la casa de verano de Bernie Melman, algunos de ellos volando incluso desde Los Ángeles, pero su madre no estaba dispuesta a perderse su partida de bridge.

Un húmedo atardecer de sábado, unas semanas después de que el grupo de Russell hubiera hecho su primera oferta, Corrine se encontraba en el porche trasero de la casa de veraneo de Melman, buscando con la vista a Russell en el jardín tras haberse librado de un trío de jóvenes Kennedy llegados desde Cape Cod especialmente para la fiesta. Cincuenta metros más allá, las olas rompían contra la playa; en el jardín, camareros con esmoquin pasaban disparados como peces piloto entre directores generales en pantalones tejanos y polos. Distinguió a Sasha Melman, una cabeza más alta que la

mayoría. Corrine había hablado con ella unas horas antes. Parecía fabricada para un tipo rico siguiendo precisas instrucciones, cubierta de joyas, dermatológicamente perfecta. Mientras Corrine pensaba en los misterios de las mujeres altas y ricas, distinguió algo —¿era el surtidor de una ballena?— más allá de la rompiente.

Entró en la casa en busca de un cuarto de baño y subió por una escalera trasera para evitar la aglomeración de la planta baja. Tras la luz y el ruido del exterior, el fresco pasillo del piso de arriba resultaba sepulcral y extraño. Oyó música y voces detrás de una puerta; se acercó a escuchar y reconoció la voz de Jeff sobre un rock lúgubre. Cuando llamó con los nudillos, la conversación se interrumpió bruscamente.

—Mierda —dijo la otra voz.

Era demasiado tarde para batirse en retirada con dignidad, de modo que Corrine se identificó, y finalmente Jeff abrió la puerta.

Corrine entró con cautela en la habitación. A primera vista el ambiente era el de un bar a la hora del cierre, lleno de humo, sudor y cerveza, aunque la habitación daba al mar y era clara, con telas tropicales y madera blanca. Pero las persianas estaban bajadas y el aire llevaba horas sin renovarse. Tony Duplex, el pintor neoexpresionista, estaba espatarrado en la cama sin hacer.

—Sí, ya me acuerdo —dijo en respuesta al nervioso saludo de Corrine, con el solipsismo reflexivo de los famosos.

—No nos has dicho que ibas a venir —le dijo ella a Jeff.

—Tony me ha hecho acompañarlo. —Jeff tenía el mismo aspecto de siempre, el de un chaval avejentado, con el cuerpo desgarbado enfundado en unos tejanos y una camisa Oxford y, en honor a la estación, una chaqueta de lino de un blanco grisáceo y muy arrugada.

—Mi puto marchante me obligó a venir, y no estaba dispuesto a enfrentarme a esto yo solo —explicó Duplex. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, gafas de sol y una camiseta negra.

—¿Tu marchante?

—Sí. El cabrón de Melman posee la mitad de mi obra, de modo que tengo que venir a sus fiestas. Mi marchante teme que venda menos si no mejoro de actitud. Conque aquí estoy, en los Hamptons de los cojones para pasar el fin de semana de los cojones. Me he traido a Jeff.

—En los Hamptons está el demonio —observó Jeff.

Tony alargó una mano y subió el volumen del radiocasete colocado sobre la mesilla de noche, desde el que se lamentaba una voz adenoidal: «Si me preguntas por qué te odio, intentaré explicarte...».

—¿Te gustan los Cure? —le gritó Tony a Corrine, súbitamente hospitalario ahora que estaba convencido de que ella se iría.

—¿Los Cure? ¿Y qué curan?

—Nos curan del puto Phil Collins —contestó Jeff.

—¿Vas a bajar? —le preguntó ella.

—Bajaré.

—¿Por qué no te quedas esta noche en nuestra casa?

—Probablemente volveré a la ciudad. Pero te llamaré.

En el umbral, Corrine se volvió hacia Jeff.

—Ven, por favor. —Se puso de puntillas y le echó los brazos al cuello—. No nos apartes de ti.

—Lo intentaré —dijo él.

De vuelta al porche, Corrine iba a bajar por las escaleras para mezclarse con la multitud cuando se percató de que tenía a Bernie Melman al lado. Le pareció un poco ridículo con su atuendo informal, con esos brazos peludos y la tripa asomando sobre la cinturilla de unos pantalones verdes. Algunas personas sencillamente no estaban hechas para que las vieran sin su uniforme. Consciente de que no estaba siendo amable con él, dijo:

—Es una fiesta muy agradable. Gracias por invitarnos.

—¿Lo estás pasando bien?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

Corrine se encogió de hombros, desamparada.

—Deberías salir ahí fuera y mezclarte con la gente, conocer a tu segundo marido —dijo él con una sonrisa pícara—. Algunos de los hombres más ricos de Estados Unidos están en ese jardín con sus bermudas, y por lo menos tres de ellos ya me han preguntado por ti. Les he dicho que estabas casada, pero esos tipos creen que cuando ven algo que les gusta lo pueden conseguir. Quieren abrirte cuentas en Bulgari y Bendel's. Personalmente, yo no respondo de ninguno de esos idiotas —añadió, reparando en que aquello la divertía solo un pelín—. De hecho, si quieres hago que los echen de aquí ahora mismo. Solo hace falta una palabra tuya, una sola… y zas, se van de cabeza al puto océano, ¿de acuerdo? Ya conoces a Ralph, ¿verdad? Es uno de mis hombres —dijo señalando una sombra oscura en el rincón del porche—. Ralph es más que cinturón negro… joder, si tiene un cinturón platino en un arte marcial coreano del que nunca habrás oído hablar, porque es muy secreto. Oye, Ralphie... ¿cómo se llamaba ese kung fu que haces tú?

—Taekwondo, señor Melman —respondió el experto.

—Eso, como se llame. Oye, podrían matarlo solo por decirlo en voz alta. Es alto secreto. Una vez un tarado intentó atacarme y Ralph lo lanzó al otro lado de la Quinta Avenida, cruzando los cuatro carriles, contra un puesto de comida. Los *pretzels* salieron volando por todas partes. Pues eso, que con solo una palabra tuya puede poner a esos tipos en órbita. O a quien tú quieras. Como a esa tipa que no deja en paz a tu marido. ¡Pum! Fuera de aquí.

Abajo, en el jardín, Russell estaba efectivamente hablando con una morena inquietantemente delgada, con pinta de potrillo y los gestos teatrales propios de las modelos.

—O a él, quizá —añadió Melman, guiñando el ojo.

—Habría pensado que mostrarías un poco más de lealtad hacia tu nuevo socio.

—Eh, Russell me cae bien, adoro a Russell. Es un gran tipo. Listo, guapo. Pero yo no le llamaría exactamente socio. Para él esto

es un negocio, pero para mí es algo así como un acto de caridad.

Hubo una especie de barullo en el jardín y más allá, una especie de marea de agitación que pareció arrastrar los cuerpos hacia el mar. Olfateando peligro, Ralph se acercó a Melman, que miraba hacia las agudas y excitadas voces que procedían de las olas.

Bajaron juntos hasta la playa, siguiendo a lo que quedaba de la multitud del jardín. Les llegaban gritos y chillidos desde la orilla por encima del ruido de la rompiente, y algunos de los que estaban delante se echaban ahora hacia atrás, creando una contracorriente en el grueso de la gente que avanzaba en dirección a la playa. Corrine continuó presionando hacia delante y de pronto se encontró chocando contra Russell, que le cogió la mano.

—¿Puedes ver qué es? —preguntó ella justo cuando un gran arco azul plateado se elevaba sobre las cabezas, y casi los hizo caer hacia atrás cuando todos retrocedieron.

—Vamos —dijo Russell con una expresión infantil producto de la emoción. Tiró de ella hasta que atravesaron la multitud en la franja de arena de la bajamar.

El animal estaba varado en los bajíos, medio fuera del agua, con una aleta del tamaño de un hombre alzándose de su costado al aire, volviendo enanos a los humanos que estaban metidos hasta la cintura en la rompiente. Agitando la espuma y la arena, trataba de nadar hacia la orilla, como si hubiera renunciado a su vida acuática y esperara emular al remoto ancestro que compartía con aquellos seres terrestres agitados y enclenques. Un potente hedor llenaba el aire, un olor antiguo, salido del fondo del océano.

—Volvamos —susurró Corrine. Al mirar el enorme ojo negro sobre las estrías grises de la carne del vientre, se sintió arrastrada a un abismo de tristeza.

Russell se quitó la camisa y se metió en el agua, uniéndose a los hombres que trataban de empujar a la ballena para alejarla de la orilla.

—¡Cuidado con la cola! —gritó alguien.

Consiguieron en varias ocasiones empujar al animal unos cuantos metros, pero las olas y la propia voluntad del cetáceo de acercarse a la playa resultaban insuperables. Russell estaba metido en el agua hasta la cintura dando órdenes y empujando con el cuerpo contra la masa resbaladiza. Cuando caía la noche, un barco de los guardacostas apareció a unos cientos de metros de la orilla. Nueve o diez policías se movían inútilmente por la arena cuando Russell salió por fin del agua.

La fiesta había llegado a un punto culminante; todos los invitados eran veteranos del circuito de donaciones benéficas, y de pronto les ponían una crisis justo delante de las narices. Nadie sabía qué hacer. Un tipo del First Boston ya había iniciado una colecta para salvar a la ballena, y andaba por la playa con un cubo plateado para enfriar botellas de champán.

—Es espantoso —dijo Corrine.

—Lo sé. —Russell parecía ahora menos animado. Estaba sin aliento y temblaba—. ¿Quieres llevarte el coche? —dijo—. Yo me voy a quedar.

—Jeff está aquí.

—¿De verdad? Pensaba que se fundía con el sol.

—Intenta conseguir que venga a casa esta noche, ¿vale? Está en una habitación del piso de arriba con ese bicho repulsivo de Tony Duplex.

—Lo intentaré. Pero yo que tú esperaría sentada. Tiene mucho en común con este puto pez.

Ella había supuesto que Russell se quedaría hasta el final, que haría cuanto pudiera. Era incapaz de soportar que pasara algo emocionante sin su participación, y su talante alegre y pragmático le permitía creer que podría tener un efecto positivo en el resultado. Pero ella había visto aquella mirada de perdición en el ojo de la ballena, y no quería ver más.

El tipo que hacía la colecta, con la cara roja y los ojos vidriosos bajo la gorra de los Mets, le puso el cubo para el champán delante de las narices.

—Salvemos a la ballena, salvemos a la ballena.

—¿Cómo?

—¿Cómo?

—¿Qué piensas hacer con el dinero?

La mandíbula del hombre pareció independizarse del resto de su cara y cayó inerte. La cuestión, claramente, todavía no se le había ocurrido.

31

Los domingos por la noche una hilera de ciento cincuenta kilómetros de pilotos traseros rojos y luces de freno se extendía entre Montauk y Manhattan, como un collar de cuentas melancólicas que indicaba el final del fin de semana, con los de Russell y Corrine entre ellos.

La noche después de la fiesta de Bernie Melman estaban escuchando las noticias de radio WINS para enterarse de qué había sido de la ballena varada mientras el coche avanzaba lentamente hacia la ciudad. A las once dijeron que había muerto. Todas las emisoras musicales, entre tanto, ponían las mismas siniestras canciones de U2 una y otra vez, *With or Without You* y *I Still Haven't Found What I'm Looking for*, música auténtica para salvar a las ballenas. Phil Collins se pondría a gimotear en cualquier momento. A Corrine le parecía que el rocanrol era más divertido cuando ellos acababan de llegar a Nueva York y se pasaban la mitad de la noche bailando. ¿Qué había sido de Blondie, de los Cars, de los Clash?

—Me pregunto —dijo— a quién le tocará declarar que una ballena ha muerto.

Russell se tomaba aquel fracaso como algo personal. Había bien poco fatalismo en su temperamento, escasas sospechas de que la carne del animal fuera simplemente el desvalido recipiente de unos aminoácidos tiránicos, de que el destino humano lo decidiera una deidad caprichosa. Corrine pensaba que Russell carecía de sentido del mal y por ese motivo estaba pobremente capacitado para dedicarse a los negocios.

Como para demostrar su incapacidad para leerle los pensamientos, Russell dijo de repente:

—Bernie me cae bien. Está resultando un tipo de lo más decente.

—A ti todo el mundo te parece de lo más decente. —Pese a toda su inteligencia, Russell siempre era un poco torpe a la hora de juzgar a la gente, y siempre tendía a confiar en los demás.

Ella le contó su conversación en el porche con Bernie.

—No sé hasta qué punto debes confiar en él. Es divertido y todo eso, pero casi me estaba haciendo proposiciones.

—Bueno —intervino Russell, después de un silencio de aire acondicionado—. No puedo decir que le culpe por ello.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—¿Y qué quieres que diga?

Hasta ese preciso momento Corrine no admitió que lo que de verdad quería era que Russell dijera que dejaba todo aquello, que renunciaría a sus tratos con Melman y se olvidaría de la adquisición de la empresa. Eso era lo que había sentido en la fiesta. Y por eso, aunque no se había sentido especialmente ofendida por Melman, insistía en exagerar la ofensa.

—¿Harías negocios con un hombre que quiere acostarse con tu mujer?

—Madre mía, Corrine, no te obceques. Algunos de mis mejores amigos quieren acostarse contigo. —Creyó que era un cumplido ingenioso, pero cuando la miró, Corrine tenía la vista clavada en el resplandor de los faros más allá del parabrisas y parecía impresionada, como si se preguntara a cuáles de sus mejores amigos tendría Russell en la cabeza.

Suspendidos entre las luces rojas de delante y las luces blancas de atrás, rodaron en silencio el resto del camino hasta Manhattan. Por su parte, Russell pensaba en la naturaleza maniquea de Corrine; se mostraba tan extremista que cualquier cosa que no conseguía gustarle le daba miedo. Los extremos se estaban volviendo más pronunciados últimamente. Y se estaba quedando demasiado delgada, sus hábitos alimenticios estaban a punto de ser los de una anoréxica, un problema que había tenido intermitentemente desde el instituto. Cuando le parecía que no podía controlar de modo

satisfactorio otros aspectos de su existencia, decidía castigar su cuerpo.

Russell trató de reanudar la conversación varias veces como si no hubiera pasado nada, pero ella respondía con cortantes monosílabos.

El titular del *Daily News* decía: «Una ballena interrumpe una fiesta de tiburones». Y el del *Post:* «Una ballena invitada a una fiesta en Hampton Beach». La opinión general sería que aquella ballena jorobada era el mayor leviatán que había aparecido en Long Island durante aquel siglo. Un día después, el *Times* incluía dos columnas bajo el titular: «Una ballena varada en Long Island». Un columnista del *Village Voice* aseguraba que Melman había vertido varios litros de feromona de ballena en su playa el día antes de la fiesta, algo que un portavoz de Melman consideraba «absurdo», citando como prueba a varios biólogos marinos que se burlaban de semejante idea. Mucho después, en un artículo de despedida de los años ochenta publicado en *Harper*, la fiesta en la que Bernie Melman había exhibido una ballena capturada se citaría como ejemplo de los enormes excesos de la década.

Aquel verano, Corrine todavía cogía el metro para ir y volver de su oficina de la parte baja de la ciudad de lunes a viernes, pero todo lo demás había cambiado. Russell, en su opinión, siempre había tenido muchos deseos de agradar y su campaña para apoderarse de Corbin, Dern casi lo había convertido en un político. Necesitaba tener una relación de colega con Dave Whitlock, Washington Lee y Leticia Corbin; necesitaba sonreír a los accionistas y a los miembros del consejo, invitar a comer a los escritores y cuidar de ellos. Y por lo visto, ningún otro que el marido de Corrine podía hacer todo eso. También necesitaba pasar una enorme cantidad de tiempo con Trina Cox. Y al parecer tenía que consumir mucho alcohol con objeto de

ocuparse de todo, porque normalmente llegaba a casa todo arrebolado y trabucándose, después de haberla llamado desde una cabina telefónica para decirle que el grupo había cambiado de un local a otro y si quería unirse a ellos. Como ya no bebía, a Corrine ya no le gustaban tanto aquellas cenas de toda la noche; era como ser una forastera en la mesa, y además solían hablar solo de negocios, de modo que la mayor parte de las veces se quedaba en casa esperando a que volviera Russell.

A comienzos del verano, casi siempre volvía a casa con la libido por las nubes, como si le hubieran hecho una transfusión de testosterona, y a veces Corrine se preguntaba con quién creería estar follando... Parecía estar conquistando el mundo por medio del cuerpo de ella. Para cuando llegó julio rara vez tenía fuerzas para darle siquiera un beso de buenas noches. La esposa, por lo visto, era la única persona que no necesitaba mucha atención, quizá debido a que siempre estaba allí.

La primera oferta había sido rechazada por el consejo de administración después de semanas de ásperos debates. Para defenderse del grupo de Melman, el consejo pasó a utilizar la estrategia anti-opa conocida como la «píldora venenosa»; los abogados de Melman presentaron una demanda en Delaware, solicitando al tribunal que declararan las medidas de la píldora venenosa «inválidas e ilegales». Corbin, Dern presentó una contrademanda. Jerry Kleinfeld encontró un mirlo blanco, un editor alemán que estuvo de acuerdo en respaldarlos y que subió la oferta en dos dólares la acción para hacerla más atractiva. Entonces J. P. Haddad, el inversor cuyo barco Russell y Corrine habían visto en el Caribe el mes de marzo anterior, hizo una oferta casi idéntica a la del grupo respaldado por el editor alemán. Debido a las dificultades a la hora de comparar las ofertas, que combinaban patrón oro y contribuciones indirectas en distintas proporciones, el consejo recurrió a una ronda más de ofertas. Russell fue presa del desánimo,

pero Trina era optimista. Tras haber recibido una llamada de Whitney Corbin en las oficinas de los abogados de Melman, Trina llamó a Melman a Southampton y conectó el manos libres. Melman sabía lo del alemán, pero no lo de Haddad.

—Ese mamón. Me derrotó en el último trato que intenté cerrar, y no estoy dispuesto a dejar que ese lunático se quede con este. ¿Hasta dónde podemos llegar, Trina?

—No veo cómo vamos a poder justificar más de otro pavo por acción.

—Consideremos subir hasta dos cincuenta y hagamos una oferta de dos y un tercio.

Un día después, Trina y los contables habían preparado una oferta que añadiría cuatro millones al precio de la empresa, basándose en el cálculo algo optimista de lo que podrían sacar si desgajaban el departamento de libros de texto. Melman volvió a la ciudad en helicóptero. Cuando tomaban unas copas con Russell, Washington llegó con una valiosa información: los alemanes estaban dispuestos a llegar hasta veintiuno.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Russell.

—Tengo mis fuentes.

—Con eso no me basta. Tengo que estar seguro.

—Conversaciones de cama, amigo mío.

Haciendo gala de uno de sus ocasionales arranques de obstinación, Russell levantó las manos desconcertado.

—¿El nombre de Carlton no te dice nada?

—¿Te estás beneficiando a Carlton, la amante de Harold?

—Oye, jefe, todos tenemos que poner nuestro grano de arena.

—Madre mía. ¿Podemos confiar en ella?

—Es la clásica escena de venganza, ¿entiendes? Harold sale con otra monada y Carlton sigue allí, al otro lado de la puerta, cuando Harold se reúne con los demás para hablar de negocios.

—No puedo creer de lo que eres capaz, Washington.

—A veces hasta yo mismo me asombro.

La fecha límite para las ofertas definitivas se había cumplido seis horas antes, y el grupo de Melman esperaba noticias del gabinete jurídico que representaba al consejo de Corbin, Dern. A su regreso a la ciudad, Bernie había tenido la deferencia de insistir en que el equipo de negociación acampara en sus oficinas. Llevaban allí reunidos trece horas, hablando, pidiendo comida al 21, recibiendo llamadas periódicas de abogados y esposas, golpeando pelotas de golf color rosa por las exuberantes alfombras Aubusson en tonos dorados y melocotón de la sala de juntas principal para meterlas en copas de vino tumbadas.

El negocio estaba a punto de cerrarse, las horas ya no contaban, y reinaba una camaradería fruto de la adrenalina. Cada uno de ellos les parecía a los demás más listo y divertido que de costumbre. Predominaban dos temas: la adquisición y el sexo. Circulaban chistes clásicos, como el del león y la cabra; el del francés, el inglés y el judío. Los judíos contaban chistes de judíos; Russell, chistes de irlandeses, y los abogados, chistes de abogados.

Trina contó uno sobre Dennis Levine, el banquero de inversión condenado por usar información privilegiada: «El tipo debía de ser retrasado mental, tuvo que hacer once transacciones para conseguir ocho miserables millones». El repertorio de Melman era enciclopédico, y siempre provocaba las mayores risas. Russell casi deliraba de agotamiento y por la inhalación pasiva de humo.

—Antes me pasaba media noche levantado solo para pasármelo bien —le dijo a Rockaby.

—Es más divertido hacerlo por dinero —respondió Rockaby.

A los banqueros de Melman parecía sentarles de maravilla aquella forma ritualizada y aguda de vigilia, pero Russell estaba impresionado de que Trina pudiera seguirle el ritmo más que dignamente a aquel equipo tan caro.

Aunque su presencia no era necesaria ni totalmente apropiada, Washington se había pasado por allí después de cenar para enterarse de cómo iban las cosas. Llegó a la quinta planta un poco traspuesto bajo el traje de Comme des Garçons; los guardias de

seguridad del vestíbulo —uno de los cuales, estaba convencido, lo había reconocido de la noche de su ignominiosa huida de casa de Melman— le habían hecho pasar un mal rato, negándose al principio a llamar arriba, amenazándolo con avisar a la policía.

—Estoy pensando en demandar a esos gorilas tuyos —le dijo a Melman— por no respetar mis derechos.

Washington nunca había explicado su desaparición de la cena de Melman, temiendo que el asunto, una vez sacado a relucir, resultara demasiado embarazoso. Envió una convencional nota de agradecimiento a Sasha Melman y concertó un encuentro con Donald Parker, como le habían pedido, algo que en caso contrario no habría hecho.

—Tómate un brandy —dijo Melman—. ¿Quieres un brandy? ¿Quieres un puro? Carl, tráele un brandy a este chico, por el amor de Dios. ¿Te gusta el arte? —le preguntó a Washington, que examinaba los cuadros de la pared.

—El Dubuffet es aburrido, pero me gusta el Duplex.

—Tengo una colección enorme de ese cabronazo en mi casa en el campo. O al menos la tendré un par de días más; el tío casi me quemó la casa entera hace un par de semanas. Ponte cómodo, yo tengo que hacer unas llamadas.

Russell estaba chismorreando con unos ejecutivos en la parte exterior del despacho. A Washington le resultó imposible diferenciar sus nombres y sus caras. Según Russell, se trataba del equipo jurídico. Tres tipos de cara sonrosada y traje azul, uno de ellos con un palo de golf en la mano. Su sangre no era puramente blanca, la piel parecía tener una leve pátina; y se les veía un pelín más calvos y más bajos que el socio medio del Harvard Club. Eran exactamente iguales. ¿Notarían sus mujeres que no eran ellos si se confundían de coche en la estación de Chappaqua y no acababan en su propia casa? Cariño, esta noche te veo un poco más bajo... ¿Un día duro en la oficina?

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Washington.

—Digamos que es un mate —contestó Russell.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Washington con cierta ingenuidad.

—Sí. Verás, quiere decir que...

—¿Cuándo sabremos si vamos a recuperar nuestros putos puestos?

—Deberíamos saberlo en algún momento de esta noche.

—Volveré a pasarme por aquí —dijo Washington—. Entretanto, quiero que vosotros, blanquitos, sigáis ensayando vuestros golpes de golf.

Cuando salió del ascensor en la planta baja, le dijo al tipo de la papada que antes le había hecho la puñeta:

—Hasta luego, Espagueti.

Siete limusinas de varios tamaños estaban aparcadas junto al bordillo. Washington se subió a una Lincoln negra.

Vio el rostro sorprendido del conductor en el espejo retrovisor.

—Está contratado por Fried, Flotte y Cadwallader, ¿no?

El conductor asintió con la cabeza.

—Entonces, en marcha. A la Cincuenta y ocho, entre Park y Madison.

El coche arrancó y enfiló la Quinta Avenida.

—Volveré en el helicóptero —dijo Washington cuando se detuvieron delante del Au Bar, donde el portero lo saludó y levantó la cortina de terciopelo para dejarlo pasar. No había nada especial, solo unos cuantos retoños de armadores griegos y las debutantes del año anterior. Le sirvieron una copa y ligó con una chica que aseguraba haberlo conocido en primavera. Washington se preguntó qué significaría «conocer» en ese caso. No la recordaba, pero debería haberlo hecho, porque tenía un buen polvo: una inglesita con una buena delantera que se le desbordaba de un bustier de lentejuelas doradas. Se llamaba Samantha.

—Vámonos a otra parte, Sam —propuso—. Este sitio está muerto.

Ella dijo que estaba esperando a unos amigos, una respuesta que Washington detestaba.

—Podemos reunirnos con ellos en el centro —sugirió, sintiendo la necesidad de purgarse de algo que se le había pegado en la oficina de Melman: el olor de la educada codicia blanca, que se aferraba a su piel como una loción barata para después del afeitado. Uno no puede librarse de una peste así en el Upper East Side.

—Hay una fiesta en la esquina de la Setenta y siete y Park.

Aquellas negociaciones no parecían prometedoras. Los participantes pecaban de falta de entusiasmo: él no se quería quedar y ella no se quería ir. A fin de cuentas, Washington se dijo que tampoco tenía que ligar a toda costa. Así que se subió a un taxi solo y fue hasta el Nell's, donde se encontró con varios conocidos, pero no con la persona que le habría parecido motivo suficiente, aunque solo fuera durante unas horas, para lanzarse a la calle cuando podría haberse quedado en casa trabajando en el libro sobre Frantz Fanon.

Esperando en casa noticias sobre la oferta, Corrine estaba molesta por tener que quedarse al margen. Antes de que Russell tuviera su propio equipo de consejeros, era ella quien le echaba una mano con los números. Se habían quedado levantados hasta tarde todas las noches de una semana. Ella fue la primera que le dijo que teóricamente era posible comprar la empresa, averiguar cuál podía ser su valor real, esbozar un posible plan de acción. Lo que no significaba que ella creyera que debería hacerlo. Lo consideraba una locura.

Que algo pudiera hacerse no significaba que fuera preciso hacerlo. Russell no tenía sentido alguno de la fragilidad de la vida, de las fronteras que debían cruzarse si uno iba demasiado lejos. Para Russell, hacerse mayor había constituido una serie de ascensos sin demasiado esfuerzo, y la muerte de su madre diez años atrás le había parecido una cruel excepción a la generosidad general de la vida.

Durante varios días, Corrine trató de infundirle cierta sensatez.

—Todo esto no es más que una estúpida competición masculina entre tú y Harold. ¿Por qué no vais mañana al baño y os la medís, y declaráis quién ha ganado?

—Puede que la historia entera sea una estúpida competición masculina.

—Russell, escucha. Déjalo mientras todavía tengas sentido del humor.

—¿Desde cuándo es un delito la ambición?

—Cuando es excesiva.

—Tú eres la que quiere tener hijos —soltó él.

—¡Vaya, hombre! Ahora toca sacar conclusiones erróneas.

—Vale, pero no querrás que el niño se críe en un apartamento de una sola habitación, ¿no? —Contraatacaba al menosprecio hacia su propio género con un toque a lo que él consideraba susceptibilidad femenina.

—¿Quieres decir que si te sigo la corriente en este descerebrado proyecto tuyo te dignarás a dejarme embarazada?

Cuando quedó claro que era imposible convencerlo de que lo dejara, Corrine se rindió y trató de apoyarle. Hay personas que no saben que no pueden llevar a cabo ciertas tareas pero que tienen éxito gracias a su ingenuidad, como los abejorros, que nunca se han enterado de que son aerodinámicamente incapaces de volar. Además, estaba tan excitado que era como verlo florecer nuevamente después de un largo invierno sin amor. Consciente de las reservas de su mujer, Russell a menudo trataba de ablandarla con flores y regalos imprevistos. Corrine deseaba animarlo en ese sentido, aunque a veces le parecía triste que lo que él quería de la vida fuera tan diferente de lo que quería ella. Ella quería la clase de relación familiar que nunca había conocido de niña, una frágil fantasía que se había desvanecido del todo con el divorcio de sus padres. No conseguía entender por qué Russell necesitaba controlar el mundo, o por qué le parecía importante que su foto apareciera en una revista.

Después de una de esas negociaciones largas, codificadas y en su mayor parte silenciosas que constituyen el matrimonio, llegaron a un acuerdo implícito que parecía inclinarse a favor de él. Ella se estaría calladita y sería amable. Lo acompañaría adonde él quisiera y esperaría recibir alguna retribución en el futuro. La cosa se parecía un poco a una de esas reestructuraciones de deuda en las empresas, donde uno acepta unos pagarés no ejecutables con la esperanza de que algún día valdrán algo porque no tiene elección.

Corrine le había aconsejado que no siguiera adelante con el asunto, pero eso no significaba que fuera inmune a la emoción que suponía intentarlo, ni que estuviera contenta porque la hubieran dejado al margen. Sola en casa una vez más, se puso a hojear revistas, demasiado inquieta para leer un libro. Al cabo de una hora había acabado con un montón formado por *Architectural Digest*, *Self, Vanity Fair, Vogue, Elle, Details* y *Manhattan, inc*. Se sentía agotada. Leer revistas era como asistir a una fiesta: una serie de conversaciones de tres minutos.

Se había saltado la cena, pero se había zampado una bolsa entera de patatas fritas, lo cual era realmente repugnante. Pesaba cuarenta y dos kilos.

Las once. Corrine encendió el televisor, conectó el aire acondicionado. En la cocina encontró una barra de Snickers. Se comió un trozo para quitarse el desagradable sabor a aceite y sal de las patatas... Se sentía como si un superpetrolero hubiera atracado en su duodeno.

Se preguntó si debería volver a llamar. ¿Por qué no llamaba él?

En la tele daban *La extraña pareja*. Felix le preparaba la cena a Oscar. Corrine se dio cuenta de que no tendría tanta hambre si hubiera cenado de verdad. Volvió a la cocina y encontró una lasaña congelada. Menos de trescientas calorías; parecía sensato. Pero mañana, decidió, seguiría una dieta de verdad. Ayunaría, se dejaría morir de hambre. Estar gorda en verano era horrible. Cuando calentaba la lasaña en el microondas, mientras observaba a través de la puertecilla cómo iba, el tema de *The Honeymooners* le llegó

desde el cuarto de estar. *Chef of the Future*. El programa favorito de Russell. A Corrine no le gustaba tanto; tanta pobreza y todas aquellas peleas la ponían muy triste. Pero a veces lo veía cuando Russell no estaba en casa, imaginándolo a él dando palmadas en la mesa baja y soltando silbidos mientras ella trataba de dilucidar qué encontraba tan divertido.

Una persona que conocía, Corrine había olvidado quién, le había dicho una vez que echar de menos a otra persona era un modo de pasar el tiempo con ella.

Después de *The Honyemooners* miró en el congelador en busca de algo dulce y se encontró con una DoveBar, y se sintió más gorda con cada mordisco que le daba. Eran las doce y media. Vio *Star Trek*, tratando de recordar su teoría platónica de la universidad. ¿Cómo era? Spock era el intelecto, McCoy era la emoción, y Kirk, el factor integrador, lo que Platón llamaba el Elemento Animado. La importancia de una educación progresista quedaba demostrada.

Cuando terminó el programa, sacó la otra DoveBar porque simplemente estaba ahí, metida en su envoltorio perfecto dentro del congelador, llamándola por su nombre. A la una y media fue al cuarto de baño, se metió un dedo hasta la garganta y vomitó.

A las tres y media Washington se encontró en el Lower East Side, en una calle de casas medio en ruinas y con las ventanas tapiadas. En ninguna parte de la ciudad estaba pasando nada, por lo que él podía ver. Un Toyota blanco con matrícula de Jersey dobló la esquina y se detuvo delante de él. Una cara llena de acné le gritó:

—¿Tú vendes?

—Ni siquiera tengo, maldita sea.

Unas puertas más allá, una par de niños que habían estado acurrucados en un umbral corrieron a la calle e hicieron gestos al coche con la mano. Washington se agachó y llamó a una pesada trampilla oxidada que había en el suelo. Un instante después la trampilla se abrió y asomó una cabeza que asintió al ver a

Washington, que descendió entonces por los traicioneros peldaños de hierro. Recorrió con paso inseguro un húmedo pasadizo abovedado y llamó a una puerta de acero.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del sótano, distinguió a Juan Baptiste y a Leticia Corbin entre los cuerpos maltrechos y los rostros crispados de la barra. Saludó con la mano a cámara lenta. Uno sabía que estaba hecho polvo de verdad cuando se alegraba al ver a aquellas sombras de los bajos fondos.

—Encantado de verte, amigo —le dijo a Juan mientras besaba la mejilla glacial de Leticia, quien dijo estar celebrando el inmediato hundimiento de su hermano.

Washington enarcó una ceja dando a entender que aquel asunto tenía bemoles y que no podía darse por concluido hasta que concluyera, y que él de hecho formaba parte de las negociaciones secretas que estaban teniendo lugar en aquel preciso instante, en tanto que miraba con interés a la pareja que follaba silenciosamente en el rincón.

Casi al amanecer, iba en un taxi camino de la parte alta de la ciudad. Se resistía a examinar con demasiada atención su traje, tras haber hecho en la parte trasera de un camión de basura el trayecto desde Delancey a la calle Catorce, pues había sido el único vehículo que se movía de madrugada en la tierra baldía del Lower East Side. Luego, dos taxis habían pasado raudos junto a él, un joven negro en una calle desierta, sin detenerse, y uno de los taxistas le había gritado:

—¡Ve andando, cabrón!

Una vez en el vestíbulo del edificio de oficinas de Melman, un par de gorilas uniformados bloquearon su inexorable avance hacia los ascensores. ¿Eran los mismos cabrones de antes? Costaba decidirlo cuando se trata de blancos. Desde luego ellos no parecían haberlo reconocido.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Un tipo enorme con un traje mal cortado, sin corbata y virtualmente sin labios, imitaba a un defensa de fútbol americano, situándose entre Washington y el ascensor.

—No, a no ser que tengas un pitillo.

—Lo siento. Solo puede pasar personal autorizado.

Todo aquel jaleo estaba cansando y dando sed a Washington. Esperando que le quedaran un par de traguitos, hurgó en el bolsillo de la chaqueta...

—¡Cuidado! ¡Tiene un arma!

De repente había pistolas de verdad por todas partes. Tenía un enorme 45 en las narices, y otro apuntándole a la cabeza...

Casi al alba, sonó el teléfono.

—Saluda al nuevo director editorial —dijo Russell.

—¿Cómo? —Había pillado a Corrine dormida y soñando que estaba dormida y esperando a que él volviera a casa de una cita con la vampiro Leticia Corbin.

—Lo hemos conseguido. Hemos ganado.

32

—No puedo creer que esté levantado y andando por ahí a las siete y media un sábado por la mañana. ¿Tengo calcetines limpios?

—Russell, no te huelas los calcetines. Es asqueroso.

—Tengo que hacer la prueba olfativa cuando el cajón está vacío. A lo mejor puedo pasar sin calcetines. Como miembro de una banda de linchadores, ¿te parece de mala educación no llevar calcetines?

—No se trata de una banda de linchadores, Russell. Tratamos de salvarle la vida. ¿Por qué no te atienes a esa idea en lugar de identificarte con su problema?

—¿Es una indirecta por el hecho de que tengo resaca?

—Yo no he dicho…

—No le desearía esto... Bueno, esto no se lo deseo ni a Harold.

Cuando Zac Solomon llamó desde California para decir que Jeff se había quedado grogui en plena reunión con los ejecutivos del estudio, Russell decidió por fin compartir con Corrine sus sospechas con respecto a Jeff y el consumo de drogas. Furiosa con él por no habérselo dicho antes, se convirtió de repente en una persona práctica: investigó para saber qué programas y hospitales de desintoxicación había y llamó a los padres de Jeff. Jeff había vuelto a Nueva York, y Zac había volado la noche anterior para supervisar la intervención. Era un veterano de esas misiones, pues él mismo había abusado de diversos estupefacientes y recientemente había tenido que llamarle la atención a una estrella de cine que fumaba crack y se abría camino hacia el museo John Belushi. También él tenía un interés personal en la rehabilitación de Jeff, pues había comprado los derechos para la pantalla de dos relatos de su libro.

A las ocho de la mañana, el grupo se reunió en un café de Lafayette. La brusquedad del camarero griego, el hosco resentimiento de quienes se han levantado pronto para trabajar, la resignación y el agotamiento de una pareja con idéntico atuendo de cuero negro y el pelo teñido de negro y de punta y que buscaba refugiarse de la súbita luz del día; todo contribuía al aire pesimista de Russell. Trataba de ponerse en el lugar de Jeff, imaginando cómo se sentiría. Podía ver con claridad las señales y las bifurcaciones del camino que habían llevado a Jeff al cuarto de baño de la Visones. Russell había leído los mismos libros, escuchado la misma música. Si no se hubiera casado con Corrine, podría haber sido él quien se hubiera convertido en un laboratorio andante, quien hubiera mezclado todos los productos químicos y abierto puertas con el cartel de NO ENTRAR.

Pero, por Dios, no se suponía que uno debiera tomárselo tan al pie de la letra. Crecieron entre drogas, pues se encontraban lo bastante cerca de los años sesenta para casi creer en la hierba y el ácido como los sacramentos de una vaga teología de la liberación, pero no tan cerca como para que no tardaran en darlos por sentados. No hacía mucho, como supuestos adultos, consumían coca juntos en las fiestas e imaginaban haber descubierto el principio del placer. No mucho antes, editaban la revista literaria de la facultad, iban a fiestas donde corría la cerveza, leían a Baudelaire.

Llegaron los padres de Jeff, desacostumbradamente juntos, aunque tenían el aire relajado de quienes han llegado a desagradarse uno al otro con los años y de quienes disfrutan mucho con las discusiones; después de todos aquellos años, su ritmo era perfecto. La madre, Bev, era una morena alta, bronceada, elegante, con el aspecto de rica aficionada a los deportes, una habitual de las pistas de tenis y los puertos deportivos. Había llegado en avión desde Santa Fe, donde recientemente había abierto una tienda de productos de artesanía.

Con lágrimas en los ojos, abrazó a Russell, luego besó a Corrine en una mejilla; una vez le había explicado a Russell, con el aire

solemne de alguien a quien le importan esas cosas, que solo los arribistas pretenciosos y los europeos se besaban en las dos. Secándose los ojos, dijo:

—Os he comprado un regalito —y le tendió a Russell un paquete envuelto de aproximadamente la forma y el tamaño de un matamoscas. Emitía un tintineo sibilante y parecía contener alguna clase de líquido.

—Es un bastón de lluvia —le explicó a Russell mientras este desenvolvía cuidadosamente un bastón grueso y barnizado—. Está lleno de conchitas, judías secas y piedrecitas, y cuando le das la vuelta, suena como si lloviera.

—Es un regalo muy útil y de mucho gusto —se burló Wick Pierce.

—Wick está molesto porque todavía no hemos sido capaces de imitar el sonido del whisky escocés cayendo sobre el hielo —dijo ella sin perder comba.

—He cambiado, Bev. Hace años que no me molesto en ponerme hielo.

—Me los hacen en México —explicó ella a Corrine, que probaba el bastón—. Lo probé en el vestíbulo del hotel cuando me iba, y un niño que estaba allí con su padre, dijo: «Papá, tengo que ir al cuarto de baño». ¿No te parece encantador?

—Ninguna casa está completa sin uno de esos —dijo Wick, cuyos rasgos, perfectos en otro tiempo, habían quedado marcados por la hinchazón y el intenso rubor de la bebida.

Después de graduarse en Amherst, Wick se había trasladado al Greenwich Village para formarse como actor según el método Stanislavski hasta que Bev, que estudiaba segundo en Smith, se había quedado embarazada y le había exigido que volviese a Massachusetts y aceptara un empleo para enseñar inglés en Deerfield. Se suponía que iba a ser una cosa temporal mientras Wick escribía una obra de teatro, pero nunca llegó a escribir la obra; además, había podido acceder a su herencia a los veinticinco años. Procedía de una vieja familia de Nueva Inglaterra que se dedicaba a

la industria textil, y aunque la fortuna se había dividido muchas veces antes de llegar a él, la parte que le correspondía era suficiente para echar por tierra cualquier ambición. Emprendió la vida, curiosa pero no sin precedentes, de un despreocupado profesor de Nueva Inglaterra cuyo sueldo llega apenas para pagar las copas. Bev, que procedía de una familia de clase media moderadamente próspera, se dedicó a llevar una vida donde desempeñaban un papel fundamental el club de la facultad y el club de campo, criando caballos y mostrándose mandona con los profesores menos afortunados y sus esposas. Jeff se había criado entre clases de arte y de tenis y con cocinera fija, con un estilo de vida que Russell había admirado mucho cuando acudió de visita por primera vez, en primero, el año en que los padres de Jeff se divorciaron. Wick todavía vivía en Deerfield con su segunda mujer, una tal Jennifer; Jeff había comentado una vez que las segundas esposas se llamaban siempre Jennifer. Hasta un punto que a Russell le parecía excesivo, Jeff parecía despreciar su pasado y su familia, pese a que le había servido como base para el excéntrico clan que aparecía en sus relatos; si bien en las entrevistas le gustaba dar a entender que había nacido en la calle y había sido criado por unos locos.

Russell había tenido miedo, antes de que se publicaran los relatos, de que los padres de Jeff no le volvieran a hablar nunca más, aunque por entonces tampoco es que hubiera mucha comunicación entre ellos. En la medida en que se reconocieron, cada uno pensó que el otro salía peor parado, y cualquier resto de molestia desapareció cuando la gente empezó a preguntarles si eran parientes de Jeff Pierce, el escritor.

—¿Te lo puedes creer? —dijo Bev agitando la melena para quitarse la bufanda—. Me he encontrado a este tomándose un Bloody Mary en el bar del hotel esta mañana. Hoy, nada menos.

—Ya te lo he dicho, maldita sea, era un cóctel sin alcohol, un Virgen.

—Claro que sí, Wick. Y también lo era Jennifer.

Zac Solomon llegó un momento después, bronceado y robusto.

—Solo quiero que sepan —dijo, después de las presentaciones— que pienso que su hijo es un genio. Tiene un gran futuro por delante... una vez que consiga desintoxicarse.

—Agradecemos su ayuda, de verdad —contestó Bev—. Russell nos ha contado que ha hecho esto otras veces. Leí en *People* lo de ese joven actor que fumaba crack antes de disparar contra...

—Cielo santo, Bev.

—Para que lo sepas, Jeff conoció a ese actor mientras estaba en Hollywood; de hecho, creo que pasaron cierto tiempo juntos, y me ha parecido que era una buena comparación.

—Mi exmujer se las daba antaño de actriz —explicó Wick a modo de disculpa.

—Y mi exmarido es un escritor fracasado, a diferencia de su talentoso hijo.

Corrine rodeó con el brazo los hombros de Bev.

—Todos estamos un poco tensos, Bev.

—Solo quiero que el señor Solomon sepa que el padre de Jeff es un alcohólico. Creo que es… ¿cómo se dice?, como llevar leña al monte. Quiero decir que Jeff probablemente ni siquiera tendría este problema si su padre le hubiera inculcado un poco de moderación. Parece un poco hipócrita que...

—Lo principal en este caso —zanjó Zac— es que Jeff vea que la gente que le quiere es consciente de su problema y desea ayudarlo. De modo que empecemos por ahí. Quiero que sepan que esto no va a ser un camino de rosas. Estará furioso y ofendido y tendrá síndrome de abstinencia. Va a emprenderla con todos nosotros. Pero no debemos dejar que nada que diga o haga en las próximas horas nos afecte. ¿Están preparados?

Nadie dijo nada.

—¿Es aquí donde vive? —dijo Bev cuando llegaron a Great Jones, y su tono de voz implicaba que el barrio podría ser la causa de su problema, o que al menos era el escenario apropiado para

volverse un drogadicto. A Russell solo le parecía un poco más miserable que una calle corriente de Manhattan, y sin duda mejor que muchas. Un vagabundo durmiendo en un umbral, basura en la calle, las fachadas de los edificios descascarilladas y viniéndose abajo. Pero había lofts de millones de dólares detrás de esas sucias ventanas. Se sintió obligado a explicárselo a Bev, y estuvo a punto de añadir que un famoso artista vivía en el edificio contiguo al de Jeff, pero se acordó a tiempo de que era también un conocido yonqui.

—Que alguien elija esta ciudad para vivir es algo que se me escapa.

Nadie, esa mañana, estaba de humor para iluminarla con respecto a ese punto.

—Ya hemos llegado. —A Russell no lo hizo del todo feliz descubrir que su llave todavía entraba en la cerradura. Le parecía brutal acorralar a un hombre en su guarida de aquel modo, a aquella hora de la mañana. El grupo se metió en el antiguo ascensor de acero.

—¿No se supone que tiene que haber una pegatina de la última inspección? —preguntó Corrine con nerviosismo.

Todos escucharon atentamente el sonido de la lluvia del bastón que llevaba Russell. Se bajaron en el descansillo apenas iluminado del segundo piso. Junto a la puerta de Jeff se encontraron la horquilla delantera y el manillar de una Harley-Davidson, como un centinela ciclópeo que los miraba fijamente con su faro. El sombrero de fieltro que había sobre el manillar, encajado sobre el faro, acentuaba el efecto antropomórfico. Russell hizo una reverencia a ese talismán y probó la llave en la cerradura Medeco.

—¿Estáis listos? —preguntó.

El loft se encontraba a oscuras con excepción del resplandor ámbar de la pantalla de un ordenador en el otro extremo. El aire era acre y apestoso, con el olor residual a tabaco mezclándose con el de ropa sucia y un tufillo a dispensario. Russell encontró el interruptor de la luz.

El paisaje los confirmó en su misión. Tenía un aspecto mucho peor que en la última visita de Russell, incluso peor de lo que cualquiera de ellos esperaba: el suelo estaba sembrado de ropa, tazas de plástico, envases de cartón de comida, colillas de pitillos; al mismo tiempo, respondía exactamente a la idea que tendría cualquiera del apartamento de un yonqui. Y eso era, se dio cuenta Russell, aceptando por fin lo que había sido incapaz de creer sobre su amigo.

—Dios mío —soltó Bev.

—Vamos allá —dijo Zac, indicando con la cabeza la cama del otro extremo—. Señoras, ¿están seguras de poder con esto?

Bev negó con la cabeza, pero se unió al grupo que avanzaba furtivamente entre los desperdicios en dirección a la cama, donde Jeff estaba en un lío de sábanas, tumbado sobre el costado derecho, respirando trabajosamente por la nariz. Sobre el cajón de leche que hacía las veces de mesilla de noche había una jeringuilla usada y una toalla manchada de sangre.

Russell pronunció su nombre con una voz que a él mismo le sonó falsa, aguda y afectada.

Jeff abrió los ojos. Tras haber inspeccionado la escena, los cerró y volvió la cara contra la almohada. Se arrebujó más en el colchón.

—Jeff, no vamos a irnos de aquí. —Zac le dio unas palmaditas en el hombro.

—Esto es una puta pesadilla —dijo Jeff—. Decidme que es una pesadilla.

—Ya sabes por qué estamos aquí, hijo —le soltó Wick, que había estado ensayando.

—Tienes problemas, chico —intervino Zac.

Russell se había quedado sin habla.

—No puedo creer lo que está pasando —dijo Jeff.

—Estamos aquí para ayudarte —dijo Wick.

—Estamos aquí porque te queremos —añadió Bev.

—Dejad de soltar chorradas —exclamó Jeff—. Creo que voy a vomitar.

Corrine dijo:

—Vamos a llevarte a un sitio donde puedas superar esto.

—¡Fuera de aquí! —chilló Jeff.

—No nos iremos sin ti —repuso Zac.

Alzando la vista de nuevo, Jeff dijo:

—De haber sabido que veníais, habría pasado el polvo.

Zac insistió.

—Ya sabes de qué estamos hablando, muchachote.

Sin pensar, Russell hizo girar el bastón de lluvia que tenía en la mano. En ese momento sonó como una auténtica cascada.

—¿Qué cojones es eso? —quiso saber Jeff.

—Un bastón de lluvia —explicó Bev.

Jeff se incorporó hasta quedar sentado en la cama y miró fijamente el objeto que Russell tenía en la mano como si lo creyera responsable de aquel horrible despertar.

—No puedo enfrentarme a esto sin un chute. —En un momentáneo gesto de recato se rodeó la cintura con la sábana. Luego la apartó diciendo—: Qué demonios, ya me habéis visto así antes —y fue desnudo hasta el cuarto de baño.

Russell alzó la vista hacia Corrine, que evitó su mirada enjugándose los ojos.

Los cinco se quedaron ahí plantados en torno a la cama, sin poder hacer nada, como congelados.

—¿No va a impedírselo nadie? —preguntó Bev.

—El médico ha dicho que lo dejáramos en paz hasta que consigamos llevarlo al hospital —le recordó Wick.

—Bueno, pues yo no me voy a quedar aquí quieta como una idiota. —Bev se arrodilló y se puso a recoger la ropa de alrededor de la cama.

Corrine se le unió.

—Creo que va a venir con nosotros —dijo Zac. Se dirigió a las ventanas y subió las persianas.

Jeff emergió del cuarto de baño con una toalla en la cintura.

—¿Estás bien?

—Genial. Adoro despertarme de esta manera.

Parecía normal, su aspecto no era peor que el de Russell dos horas antes.

Abrazando la ropa sucia de su hijo, Bev gimoteó:

—Ay, Jeff.

—Lo digo en serio, es maravilloso veros a todos.

—¿Vas a venir al hospital, chico?

—¿Tengo elección?

Media hora después, Jeff y Russell se dirigían al este por la calle Cuatro, en plena Alphabet City. En la esquina con la avenida C, Jeff le dijo a Russell que esperara y se agachó para entrar en una *bodega*.*

El médico les había aconsejado que le dejaran meterse lo que quisiera para el viaje al hospital de Connecticut. El hecho de que necesitara consumir algo casi inmediatamente después de ponerse un pico fue indicativo para Russell de la gravedad de su hábito.

Dos hispanos parecían perder enigmáticamente el tiempo bajo el toldo de plástico rojo. Un tercero estaba sentado en la acera, con la cabeza colgando hacia un lado y un hilillo de saliva uniendo la boca abierta con el hombro. Los edificios a ambos lados de la *bodega* parecían bombardeados. Una sábana en la que se leía EDIFICIO OKUPADO colgaba de una de las ventanas que no estaban tapiadas. STOP A LA GENTRIFICACIÓN estaba escrito con espray al lado de la puerta cerrada con una cadena. Una comunidad de tipis al estilo indio y chabolas había surgido en un descampado cercano.

Jeff emergió de la *bodega* negando con la cabeza.

—Tendremos que ir a la reserva —dijo, indicando el descampado y con un dejo de pánico en la voz—. La calidad no es buena. Es puro corte, lo más que se puede conseguir es un cuatro por ciento de pureza, o un diez.

—¿Disfrutas con todo... esto?

—Es agradable tener amigos en los barrios bajos —contestó Jeff con un suspiro—. Espera aquí —añadió, y dejó a Russell en el bordillo contemplando el cadáver espachurrado de una rata en los radios de una rueda de bicicleta sin neumático. Un intenso olor a cloaca flotaba en el aire.

Jeff conferenciaba con un hombre con pantalones de camuflaje al que Russell reconoció como Paul Rostenkowski, el activista de los sin techo cuya foto aparecía a menudo en los periódicos. Desaparecieron en el interior de una tienda de campaña. Un grupo reunido alrededor de una hoguera miró a Russell con desconfianza. Uno de los que miraban, un tipo blanco envuelto en una colcha de cama, levantó un bate de béisbol del suelo y se golpeó experimentalmente la palma de la mano.

Un joven negro se apartó del grupo y se abrió paso por el descampado en dirección a Russell, que se puso tenso ante un posible enfrentamiento y examinó la zona en busca de alguna posible arma.

—Hola, Russell, ¿qué pasa, tío? Estuve en tu casa una vez, en una fiesta. ¿Cómo está tu mujer?

—Está bien. —Russell no recordaba haber visto anteriormente a aquel hombre, pero estuvo encantado de fingir que sí—. ¿Cómo te van las cosas?

—Tirando, como siempre. Tengo un par de asuntos en marcha, posibilidades de trabajo…

—¿Sí? Estupendo.

—Un par de pollos en el asador, por así decirlo.

—Claro.

—Dile a Corrine que Ace le manda recuerdos —concluyó el tipo estrechando la mano de Russell cuando Jeff emergió del tipi.

Wick esperaba en su coche ante el edificio donde vivía Jeff. Russell y Jeff subieron. Bev había puesto orden en el piso y preparado una maleta con algo de ropa y artículos de aseo. Zac se había ido.

—Uno para el camino —dijo Jeff, y desapareció en el cuarto de baño durante cinco minutos.

Permitió que Corrine lo abrazara y se limitó a estrechar la mano de Russell. A este le pareció que para Jeff era casi un alivio poder confiar por fin su destino a otras personas. Arrebujado en el asiento trasero del Jaguar, miraba al frente mientras el coche se alejaba, llevándose su crisis consigo, y en consecuencia privando a Russell y a Corrine de un elemento crucial de distracción respecto a sí mismos.

33

Fuera todavía estaba oscuro cuando Russell se despertó, alerta como un centinela. Se levantó a las seis y se duchó, abriendo y cerrando los grifos del agua fría y caliente en un inútil intento de regular la temperatura del agua. Se quemó una mano, luego se le congeló el cuero cabelludo lleno de espuma cuando se aclaraba el pelo bajo un torrente helado. Ese aparente divorcio entre causa y efecto en las cañerías no consiguió eliminar su sensación de bienestar.

Corrine dormía profundamente entre espaciados timbrazos del despertador cuando él salió del apartamento a las seis y media. Últimamente su mujer ponía menos entusiasmo del habitual a la hora de levantarse y arreglarse. A medida que Russell se interesaba más y más por su trabajo, ella iba perdiendo interés en el suyo. Cuando la besó al despedirse, Corrine murmuró algo sobre un regalo para el bebé de Casey.

Fuera, el otoño había llegado a las calles de la ciudad. Los vapores nocivos del verano se habían disipado y el frío aire de la mañana traía consigo un leve aroma a cuero nuevo. Era la estación favorita de Russell, la estación de las inauguraciones en Nueva York, la primavera social del calendario metropolitano. Teniendo de todo, menos tiempo, atravesó andando el parque hasta la parte oeste. Una ardilla trataba de subir un trozo de pizza a un arce. Unos colegiales, que habían tomado una loma junto al carril bici, arrojaban piedras a los corredores que pasaban.

Un vigilante adormilado lo saludó con la cabeza en el vestíbulo del edificio Brill, donde seguían teniendo la oficina hasta que se firmaran los documentos. Y no era mala cosa, según Trina:

—Te será más fácil imaginar a quién despedir si no los tienes ahí de pie a tu lado.

Los antiguos directores editorial y comercial no habían resultado buenos perdedores, pero a Russell lo alegró descubrir que la mayoría de sus colegas aceptaba la idea de una nueva dirección; solo se habían producido un par de dimisiones. Durante su exilio, a Russell se le había prohibido cualquier contacto con los libros que tenía en producción; al fin y al cabo, lo habían despedido. Ahora reemprendía sus antiguas obligaciones siendo amable y cariñoso con los empleados en sintonía con Washington y Whitlock. Recuperó algunos de sus proyectos que Harold, al que ahora llamaba «el búho cojo», había pretendido enterrar. Al mismo tiempo, Russell y Trina ponían en venta la sección de libros de texto. Otro plan que se discutía era vender el viejo edificio por doce o quince millones y alquilar unos cuantos pisos para oficinas. Entretanto, Harold y los demás podrían seguir soñando en la sede ancestral de Corbin, Dern.

Al entrar en la suite casi vacía de la quinta planta del edificio Brill, Russell se encontró con dos conserjes que salían de su oficina. Uno parecía avergonzado y culpable, como si lo hubieran pillado robando algo; el otro sonreía desafiante.

—Ya hemos terminado aquí arriba —dijo el primero.

—¿Es esa su oficina? —preguntó el segundo, señalando con el pulgar la puerta del despacho de Russell—. Creo que ha dejado algo dentro por error —añadió, apenas capaz de contener la risa.

Pasaron por delante de él con sus fregonas mientras Russell iba a investigar. En su despacho había un cuerpo tumbado en el sofá, tan desnudo como las paredes beige.

La mujer estaba boca abajo con la cara cubierta por el pelo rubio. No se veían heridas importantes, aunque tenía la espalda estriada con recientes arañazos rosáceos. Una de las piernas había caído del sofá y reposaba sobre un montón de ropa en el suelo. La otra terminaba en una fina tobillera de oro. Desde la puerta, Russell veía más que suficiente para dudar de que fuera rubia natural.

Fue hacia ella y se detuvo cuando estuvo lo suficientemente cerca para tocarla, y entonces dio un salto hacia atrás cuando una mano surgió como si tal cosa del sofá y empezó a rascar un punto

cercano a la oreja. El primer impulso de Russell fue echar a correr y esconderse antes de que advirtiera su presencia. El segundo fue recordar que aquel era su despacho y que lo anómalo era aquella chica. Pero se sentía culpable en presencia de aquella mujer viva y desnuda que resultó estar muy bien formada, pues Russell reconoció entre otras emociones una punzada incorregible de deseo prohibido.

El pelo rubio se agitó y soltó un murmullo. De repente la mujer levantó la cabeza que había estado enterrada en una esquina del sofá.

—¿Warren?

—¿Warren? —repitió Russell, ahora todavía más confuso.

Ella se volvió bruscamente, se quitó el pelo de la cara, vio a Russell y luego se miró a sí misma. Se agachó para recoger el montón de prendas del suelo y se las puso lo mejor que pudo. Su rostro parecía más joven que el resto de su cuerpo, y tenía una nariz pequeña, respingona y con pecas y unos labios gruesos con el carmín corrido.

—¿Y tú quién coño eres?

—Soy… bueno, la persona a la que pertenece este despacho.

—¿Dónde está Warren? —La chica parecía ahora enfadada y asustada.

—Ni siquiera sé quién es. —A pesar de su ventaja moral y táctica, Russell se sentía mucho más incómodo de lo que procuraba parecer. Eso lo cabreaba—. Buen bronceado —añadió maliciosamente.

Ella le soltó una patada que apenas rozó la pantorrilla de Russell cuando este se apartaba.

—Dime quién es Warren.

—Este es su despacho —siseó ella—, y será mejor que te largues de aquí pitando. —Y luego añadió—: Me trajo aquí anoche... quería enseñármelo... supongo que me quedé dormida. —Al oírse contar lo que contaba pareció calmarse y abandonar su enfado. De hecho, costaba imaginar una explicación decorosa de aquellas

circunstancias. La chica enterró la cara en algo blanco y hecho de ganchillo.

Russell tuvo una inspiración.

—¿Warren es negro?

Ella asintió con la cabeza, sin alzar la mirada.

—¿Lleva un vendaje en la frente?

La chica miró a Russell con gratitud y esperanza, como si ahora que había resuelto el misterio, pudiera decirle también quién era ella misma. Luego miró por encima del hombro de Russell y una nueva oleada de pánico le recorrió la cara. Él se volvió y vio a Whitlock de pie en el umbral. El director financiero puso los ojos en blanco y se batió en retirada pasillo abajo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Russell a su invitada.

A las ocho, Bernie Melman llamó por teléfono. Antes, Russell solía levantarse a esa hora, pero ese día, como director editorial y dueño de una parte de la empresa, ya había escrito tres cartas y se había deshecho de una mujer desnuda.

—Le paso al señor Melman... —Russell contestó él mismo al teléfono, pues Donna, contratada de nuevo, todavía no había llegado.

—¿Cómo está el nuevo jefe? Ya me he ocupado de cuatro millones en acciones de una empresa de Londres esta mañana. ¿Cuántos libros llevas contratados hoy?

—Lamento informarte que soy la única persona del mundo editorial que ya está despierta.

—Ese es el problema con el mundo de la edición. Voy a tener que ir ahí y daros una patada en el culo.

—Estoy avergonzado de mis colegas. Pero nos esforzaremos.

—¿Qué pasa con el como se llame?

—Se llama Washington Lee, *n'est-ce pas*?

—Siento lo que pasó, ¿vale? Pero no voy a dejar que nadie... bueno, que él me chantajee.

—Creo que ayudaría bastante que despidieras al tipo que le pegó una paliza. De hecho, creo que es lo único que Washington quiere.

—Fue un error comprensible, por el amor de Dios. El tipo sacó una puta pistola.

—No llegó a sacarla, Bernie.

—Tranquilízalo, ¿quieres? No tengo tiempo para esas tonterías.

La llamada diaria de Victor Propp se produjo a las diez y media. Ahora que la emoción de la operación había pasado, tenía dudas con respecto al resultado.

—Vuestras acciones bajaron un cuarto de punto ayer. ¿Qué pasa ahí? Aceptaron una oferta por veintiuno y medio y las acciones se venden a veinte.

—Todo va bien, Victor.

—No me fío de Melman. Tengo motivos para creer que pretende utilizar Corbin, Dern como vehículo para otra cosa. Todos esos empresarios piratas se pasan a la comunicación y la prensa porque es ahí donde residen en último término el poder y la gloria...

Apartando ligeramente el auricular de la oreja, Russell buscó su casco de infantería entre las cajas.

—Eres del Medio Oeste. Y gentil, Russell. No entiendes a los judíos.

—Hablando de gentiles —dijo Russell—. ¿Cómo anda Camille?

—Soy demasiado viejo para ella —explicó Victor con tono tristón —. Solo es cuestión de tiempo que me deje. Envidio tu matrimonio. Tienes un alma gemela y una colaboradora. Lo sé, lo sé... ¿qué esperaba? Pero hubo un tiempo en que creía que... —Se le quebró la voz—. Creo que se escribe... en secreto, claro, con Kundera...

Mientras buscaba en una caja sobre su escritorio, Russell volvió súbitamente al presente cuando Victor le anunció que estaba pensando publicar en Simon & Schuster.

—Me han hecho una oferta, y perdona el tópico, que difícilmente puedo rechazar. Ya sabes que quiero publicar contigo,

Russell, pero la nueva Corbin, Dern todavía no ha demostrado lo que vale.

Russell pensó que aquello tenía su gracia, viniendo del escritor de una obra maestra mayormente hipotética, pero recurrió a la amistad y la lealtad y le pidió a Propp que esperara hasta que tuviera oportunidad de igualar la oferta.

Sintiéndose abatido y nervioso, súbitamente inseguro ante aquel nuevo orden y de su puesto en él, Russell llamó a Melman, que estaba reunido. Russell estaba dispuesto a discutir la cuestión para conservar a Propp a virtualmente cualquier precio. Pese a pecar de crédulo, creía desde hacía tiempo en el genio de Propp, cautivado tanto por la fuerza de la personalidad del escritor como por los fragmentos esporádicos de su obra. En una época en la que la grandeza literaria era un bien escaso, le parecía que la novela de Propp, como la fe en la deidad le habría parecido a Pascal, era una creencia digna. Pero allí sentado, solo en la oficina desierta, empezó a cuestionarse sus propias opiniones, a preguntarse si no estaría equivocado con respecto a Victor y a un centenar de cosas más. Vino a agravar esa sensación una llamada telefónica del autor del libro sobre Nicaragua, que se había publicado en plena compra de la empresa y desapareció sin dejar rastro. El dolido escritor echaba la culpa a Russell. Por primera vez en su vida, Russell era víctima de profundas dudas sobre sus propios gustos y su capacidad. Llamó a Corrine a su despacho; la voz de ella detuvo su caída libre en el pánico, situándolo en un ambiente de coordenadas familiares. Le preguntó cuándo saldría del trabajo, cómo iba el mercado; cuando ella le preguntó qué tal, contestó que estaba bien, que la brecha no era tan grande como para hacerlo resquebrajarse.

Sentado en el recientemente desocupado sofá de enfrente de Russell, Washington se pasaba los dedos por el vendaje en la frente golpeada por una pistola mientras escuchaba lo que contaba Russell con una atención que distaba de ser perfecta.

—Llego aquí por la mañana, en mi primera jornada oficial... ya sabes que podríamos haber acabado en la calle, Washington, y lo que me encuentro...

—Oye, ya te he dicho que lo sentía. ¿Lo quieres por escrito?

Dos pintores estaban desplegando una ruidosa lona al pie de una pared.

Washington se tumbó en el sofá.

—¿Quieres su número de teléfono? —Dio la última calada a su pitillo, examinó el filtro con aire crítico, sacó la pistola de plástico del bolsillo y disparó contra la punta de la colilla hasta que esta se apagó y se puso negra.

—Quisiera saber cuándo vas a seguir con el programa previsto y actuar como un puto adulto responsable.

—¿Cómo que un puto adulto responsable? ¿Qué eres tú, célibe? Oye, que es conmigo con quien estás hablando. A mí no me vengas con esa mierda de la «madurez». Yo te he recogido del suelo y he llevado lo que quedaba de ti a tu casa, a tu querida mujercita, Patoso. Y siempre he tenido la decencia de no darle un beso con lengua al desearle buenas noches. ¿Entiendes lo que estoy diciendo? No te olvides de cómo eres. —Lanzó la colilla a la papelera que estaba a los pies de Russell y se humedeció los labios con la punta de la pistola de agua.

Russell miraba a través de la ventana los gigantescos ojos amarillos de un gato al otro lado de la calle; aparecían en un enorme cartel sobre el teatro Winter Garden, y se preguntó si T. S. Eliot estaría revolviéndose en la tumba.

—Este es un juego totalmente nuevo, Wash, lo que pasa es que ya no es un juego.

—¿Y qué es toda esa jerga de escuela de negocios? Que lleves un título no te convierte en un libro.

Los pintores armaban ruido y jaleo como si les pagaran específicamente para ello.

Quedarse sentado recibiendo una reprimenda ante unos operarios no era en absoluto lo que Washington consideraba pasar

un buen rato.

—Esta empresa es nuestra ahora, y aunque no nos sintamos adultos del todo, no podemos desentendernos de las cosas. Ya no podemos pasarnos toda la noche de juerga y traernos ligues a los despachos de los socios.

—Entonces devuélveles la empresa a esos mamones. Me parece que no he leído la puta letra pequeña, jefe.

—Perdone, pero tenemos que mover esta mesa —le dijo uno de los pintores a Russell, que se levantó, se dirigió a la ventana y miró hacia una tienda porno de Broadway.

Washington soltó un suspiro.

—¿Sabes de qué va todo esto, tío? Pues va sobre ti y sobre Jeff. Este negrata ni siquiera tiene un sitio al fondo de esa foto. Va de que andas jodido desde que te casaste y ya no puedes probar el material que anda por la calle y se apoya en las barras de los bares y te guiña el ojo en el metro. Y va de que quieres echarle un polvo a tu banquera.

Los pintores de repente se habían quedado muy callados y llevaban a cabo su tarea con gran dedicación.

Washington encendió otro pitillo.

—Mira, tío, lo siento, pero el que te casaste fuiste tú, no yo. Y yo no tengo la culpa de que Jeff sea yonqui. Lo de ir a la iglesia a pedir perdón por los pecados de los demás a mí no me interesa. Relájate de una vez. Relájate con lo de Jeff, por el amor de Dios. Si él ha decidido seguir el camino equivocado, ¿qué culpa tienes tú? Déjalo joderse él solito y no te metas en sus cosas. Y a mí déjame que folle con quien me dé la gana. No es cosa tuya, gilipollas. No tiene nada que ver contigo.

Russell estaba mirando por la ventana.

—De acuerdo, Warren.

Washington se encogió de hombros.

—Mira, lo siento. Es mi *nom d'amour*. La chica se quedó dormida y yo tuve que irme a casa a descansar y recuperarme.

—¿Por qué la trajiste aquí? Es pura curiosidad. ¿No tienes sitio en la cama?

—Estaba más cerca, tío. No podía echar a perder la ocasión. Necesitaba ver ese despacho oval.

—Los tiempos han cambiado, Wash. Tenemos que ser más justos que los justos. Ya no necesito esa mierda. No me apetece.

Washington se puso de pie y se desperezó.

—Solo tienes que decirme qué quieres de mí, y te lo daré.

—Dime qué quieres de Melman.

—¿Ahora eres su correveidile?

—Solo quiero que esto acabe de una vez.

—Le pedí que despidiera a los gorilas que me pegaron con la pistola, con eso me sentiré satisfecho. De ahora en adelante puede hablar con mi abogado.

—Eso podría ponernos en una situación violenta, Wash. Quiero decir que Bernie es nuestra fuente de financiación.

—Bernie es nuestro gilipollas. Dile a Bernie que puede pintarme la casa, joder.

Russell pasó el resto de la mañana al teléfono cortejando a los caprichosos agentes.

—Claro que la financiación está en marcha —era su estribillo—. No te preocupes por el dinero.

Entre llamada y llamada, miraba por su ventana hacia Broadway, donde la marquesina del cine porno Circus anunciaba *El favorito de las chicas* y *La pechugona*.

En el despacho de al lado, Washington recibió una llamada de Bernie Melman.

—Espere, por favor, ahora mismo se pone el señor Melman —dijo la secretaria.

Y eso, se dijo Washington, era su segundo error.

—Washington, Bernie Melman al habla. Solo quiero decirte que lamento mucho el malentendido del otro día.

—De hace una semana, más bien.

—Russell me ha dicho que estabas bien.

—Ya me han quitado los puntos, si te refieres a eso.

—Me sabría muy mal que esto influyera en nuestra relación. De modo que si hay algo que pueda hacer...

—Podrías tener el pequeño detalle de despedir a ese racista que me pegó.

—Escucha, no sabes lo difícil que es despedir a alguien hoy en día. Prácticamente se necesita un permiso de Libertades Civiles. Por una parte estás tú y por la otra ese tipo que lleva cuatro años conmigo. Pero creo que podríamos llegar a un acuerdo amistoso, ¿te parece?

—Es posible. Ya me dirás.

—Podríamos reunirnos la semana que viene para hablar del tema.

—Detestaría ver a un tipo como Parker enterándose de una cosa así. Quién sabe… podría tomarla contigo.

—Sé que no dejarás que lo haga —contestó Melman, con un tono mucho menos amable.

—A veces pasan cosas así, Bernie.

—A mí no, a mí no me pasan.

Al concluir la jornada, tras una tensa reunión con Jerry Kleinfeld en las oficinas de Corbin, Dern para debatir los detalles de la transición, Russell se encontró con Trina Cox para tomar una copa en un restaurante japonés. Al saludarlo, ella le metió varios centímetros de lengua en la boca, lo que lo hizo pensar de repente en los trocitos rojos, blancos y rosas del pescado tras el cristal de la barra con el sushi. La propia Trina parecía especialmente corpórea, con las mejillas rojas y carnosas como si acabara de montar a caballo, a la inglesa, claro, y el pelo sujeto con una de esas cintas de terciopelo negro que solo las chicas que hicieron el curso de acceso a la

universidad saben cómo ponerse. La resistencia de Russell a su sondeo dental fue un tanto floja.

—Me apetece algo crudo —dijo ella, paseando la vista por la vitrina de cristal antes de volver a mirar a Russell.

—El *toro* suele estar bien —sugirió Russell, sin la menor ingenuidad.

—En una ocasión en que cerré un trato en Tokio, tomé un plato increíble que se llama *odori ebi*, el langostino bailarín. Tienen a todos esos bichos nadando en una pecera detrás de la barra del sushi y los cogen y les quitan la cascara ahí mismo, delante de ti, y el langostino se retuerce como un loco, y luego le ponen un poco de *wasabi* en la cola para que se siga retorciendo. Y te los comes mientras todavía están vivos.

—¿Qué te ha pasado que estás tan lanzada? —preguntó Russell, sintiéndose él también lleno de vigor, y se inclinó inconscientemente hacia adelante cuando ella lo hizo, y clavó su mirada en las sombras bajo el borde de encaje de su top de seda.

—Tengo un nuevo asunto en marcha, hostil. Hace que me sienta carnívora.

Russell describió su propia jornada. Ser capaz de admitir el placer casi físico que obtenía con su trabajo, de su nueva situación en el mundo, era un gran alivio. En casa, con Corrine, tenía la sensación de que debía ocultar su entusiasmo, fingir que no se había convertido en una de esas personas cuyos actos tienen consecuencias en el mundo más allá de las paredes de su apartamento, fingir que le interesaban las nuevas cortinas.

—Vamos a celebrarlo, Russell. Nos merecemos un premio.

—Esta noche no puedo —contestó él, admirando distraídamente la curva del busto de Trina.

Ella hizo señas al camarero y pidió sake.

—¿Cuándo te vas a Fráncfort?

—No lo sé. ¿A principios de octubre?

—Yo seguramente estaré en Bruselas. A lo mejor me acerco hasta allí a decirte hola.

—Estaría bien —respondió él apartando la mirada, como negándose a aceptar que tenía un excesivo interés personal en los planes de viaje de esa socia concreta.

34

Corrine sueña que está volando, sujeta a una poderosa espalda con alas, pero no puede ver el rostro humano. Es una niña pequeña. Debajo de ella, el East River lanza destellos caleidoscópicos; microorganismos venenosos esperan como pirañas para devorar todo lo que caiga en las aguas. De pronto, violentas corrientes térmicas golpean a Corrine, pierde altura, cae...

—Tu despertador ha sonado hace media hora. —Russell la sacude para despertarla—. Estos días necesito una grúa para que te levantes.

Era cierto. No tenía ganas de volverse a despertar. Dejadme dormir el día entero.

En el baño, Russell emprende su melodía del afeitado: el prolongado borboteo del chorro de agua caliente, seguido del ruido del grifo al cerrarse y del chirrido de las cañerías, y vuelta a empezar, con la cabeza llena de negocios y poder. Esos días se despertaba temprano.

—¿Ya te has levantado? —canturreó él por encima del sonido del grifo del agua caliente.

Cuando por fin salió con la bata escocesa que Corrine le había regalado por su cumpleaños el año anterior, ella dijo:

—Soñaba que estaba volando.

—Sexo —dijo él, inclinándose lo suficientemente cerca para que ella oliera el aroma a almendra de su espuma de afeitar.

—No, no era eso.

—Pues tendría que ver con las acciones de una compañía aérea. Habrá rumores de que van a comprar Pan Am.

—Estaba volando sobre el East River.

—Compra Eastern Airlines.

—Pero estaba a punto de caer.

Russell se detuvo ante el armario estudiando las camisas.

—Compra seguros.

—¿Desde cuándo tienes esa corbata? —Era amarilla con un estampado diminuto.

—No lo sé. Hace tiempo.

—Te pareces a todos los de mi oficina.

—Sabes cómo hacer daño, ¿verdad? —Sonreía.

—Era un hombre con alas pero no podía verle la cara —continuó ella, demostrando una vez más, le pareció a Russell, hasta qué punto era aleatoria su memoria.

—Ahora hemos vuelto al sexo. —Se dirigió hacia la cama con una camisa azul de amplios puños franceses y la corbata amarilla en la mano—. ¿Quién era ese tipo de las alas? ¿Te has enterado de cómo se llamaba?

—Ícaro, quizá.

Russell le tendió los gemelos en la palma de la mano; ella los cogió y sujetó un puño, y luego el otro, decidiendo no preguntar desde cuándo llevaba camisas que necesitasen gemelos.

—¿Estás segura de que no era Duane Peters? —dijo él.

—¿Duane? ¿Duane, el de la oficina? ¿Por qué piensas eso?

—Por ese cuento que escribió Jeff. El personaje que se basaba en ti parecía tener una aventura con un personaje que no era muy distinto a Duane.

—Es tu agente de Bolsa —le recordó Corrine—. Y era un cuento, como te gusta decir.

—Una gran parte era bastante real.

—Eso no —contestó ella, nerviosa.

Pero Russell parecía haber mencionado aquella sospecha solo como de pasada, y ahora se contemplaba en el espejo.

—Mua, mua. Me tengo que ir.

El sueño en el que caía todavía le daba vueltas en la cabeza cuando Corrine estaba en la oficina: la Bolsa había tenido altibajos, subiendo

y bajando como si llevara alas de cera. Fuera, las hojas empezaban a amarillear y caer mientras los tipos de interés subían de forma amenazadora. Sin embargo, en el último *Business Week* venían las mismas chorradas de siempre. «La economía se fortalece, la inflación es baja, los beneficios de las empresas aumentan, la locura de las compras de los tres últimos años continúa a plena máquina, y el mercado de valores de Estados Unidos sigue siendo el más barato del mundo.» Total que, en apariencia, no había problemas. Después de dos días de pérdidas, el índice Dow volvía a subir. Corrine estaba ganando dinero para sus clientes, pero tenía una sensación de vértigo. De mareo, de hecho. Entre las llamadas telefónicas trató de recordar cuándo debería tener el periodo. Duane Peters pasó a toda velocidad, con su corbata amarilla colgando despreocupadamente por encima del hombro. Le dio unas palmaditas al de Corrine y murmuró:

—Estamos haciendo dinero.

Cuando Corrine había llegado la semana anterior la había felicitado por la victoria de Russell.

—¿Cómo vas a celebrarlo?

—Comprándome el mejor hábito de penitencia que pueda encontrar.

—¿Qué?

—Como prueba de mi reciente viudedad.

—Yo voy a comprarme un barco —dijo Duane.

—¿Tú?

Duane le guiñó el ojo y se llevó el dedo a los labios.

—¿Te lo contó Russell? —Él negó con la cabeza. Corrine vocalizó las palabras: «Podrías ir a la cárcel».

—Todo fue muy discreto —dijo Duane mientras ella se daba la vuelta en redondo y se alejaba.

A partir de entonces, él la evitó, pero en el ascensor, al terminar la jornada, la invitó a tomar una copa en Harry's. El índice Dow había cerrado con un incremento de setenta y cinco sobre

doscientos diez millones de acciones. Una vez en la calle, Corrine se detuvo.

—¿Te contó Russell que iba a tratar de hacerse con la empresa?

—No te preocupes, no me contó nada.

—Creo que debería saber si mi marido es un delincuente.

—Dejemos de hablar de eso, ¿quieres? —Se vieron aprisionados por una oleada de cuerpos andantes: el drenaje de humanidad de los grandes zigurats del distrito financiero.

Tras recorrer varias manzanas, se apartaron del flujo de gente y Duane le sujetó el hombro con la mano.

—Hace dos meses, Russell compró acciones por valor de cien mil dólares. No me dijo nada. Lo único que pensé fue que debía de saber lo que se hacía, en especial porque trabajaba para la maldita empresa y yo sabía que no tenía ahorros. Yo imité su maniobra, pero no a través de mi propia cuenta. Un amigo mío compró algunas acciones por mí. —Se habían detenido en un tranquilo callejón flanqueado por edificios de ladrillo de tres plantas que antaño habían constituido el minúsculo gueto judío de Nueva Amsterdam.

—Eso no está bien. Debería denunciar lo que has hecho.

—Corrine, no seas tan radical.

—Pero Russell no compró las acciones él solo, ¿no? Las compró Melman. Nosotros no tenemos dinero. Desde luego no tenemos cien de los grandes.

—Que quede entre tú y yo: Russell sacó cincuenta mil de una tarjeta de crédito y yo me ocupé de doblar el margen.

—Estáis locos los dos.

—Nos gusta jugar, pequeña. Olvídate del tema. Nunca hemos tenido esta conversación. Hablemos de otra cosa. Por ejemplo, ¿no me dijiste que una vez habías comido con J. D. Salinger? ¿Qué te contó?

—Eso fue hace muchos años. Ya ni me acuerdo.

—Tuvo que hablar de algo, por el amor de Dios.

—Habló sobre vitaminas.

Una hora más tarde, Corrine estaba sirviéndoles chili con carne a los hombres del comedor social, y aquel contraste solo vino a aumentar su odio hacia el mundo de las maniobras financieras y de las alcistas corbatas amarillas. Aunque el otoño parecía acelerarles el pulso a la mayoría de habitantes de la ciudad, los sin techo se iban volviendo más taciturnos y aprensivos a medida que las noches se volvían más frías.

Dos horas después, en un bistrot del SoHo, miraba a Russell por encima de una botella de Veuve Clicquot.

—¿A cuenta de nuestra tarjeta de crédito, Russell?

—Los valores han subido un cuarenta por ciento. Eso supone cuarenta mil. No te preocupes por eso.

—¿Y si llegas a perder?

—No he perdido. —Le guiñó un ojo—. He ahí el motivo de que esto sea una celebración. Me gustaría que comieras algo, puede que hasta te apetezca tomar una copa por una vez...

—El trato aún no está cerrado. Todavía está supeditado a la financiación, Russell. ¿Y si fracasa?

—No fracasará.

—Prométeme que venderás todas las acciones y cerrarás la línea de crédito.

—Lo haré.

—Lo que hiciste fue una locura, pero lo que hizo Duane fue ilegal.

—Es amigo tuyo, no mío —respondió Russell, mordaz. No era que se sintiera amenazado; solo estaba encantado de distraer la atención de sus propias faltas.

—No seas ridículo —dijo Corrine.

Habían salido solos por primera vez en lo que a ella le parecían meses. Russell estaba incontrolable, y por lo visto tenía montones de planes para él y para la empresa. Corrine deseaba haberse encontrado un poco mejor, para haber podido apreciar el estado de ánimo de su marido.

Cuando llegaron a casa se mostró muy amable y cariñoso: apareció tras ella en el cuarto de baño y le acarició la espalda mientras se lavaba los dientes; Corrine observó la cara de él en el espejo al tiempo que trataba de suprimir la sensación de tener el estómago revuelto, porque quería hacer el amor con su marido, quería bailar la misteriosa danza. ¿Solo les pasaba a ellos, o todos los hombres y las mujeres tenían calendarios diferentes? ¿Se había aplacado el ardor de Russell mientras el suyo se volvía inexorablemente más y más agudo? Imaginó un futuro en el que, por las noches, ella estaría desvelada, apoyada en mullidas almohadas, con un libro aburrido en la mano, mientras la espalda de Russell se alzaba como una escarpada ladera en el centro de la cama.

El orgasmo eliminó las náuseas, pero solo durante un rato. Mañana echa la cuenta para ver cuándo te debía venir, pensó Corrine, que ahora recordaba una escena de... ¿cuánto hacía?, ¿tres semanas, un mes?

Russell había vuelto a casa de una cena de negocios con uno de esos ataques de pasión que ella había aprendido a aprovechar, y la había conducido por el pasillo hasta el dormitorio bajándole la cremallera de atrás del vestido, y ella había pensado en su diafragma guardado en su conchita de plástico en la estantería del armarito de las medicinas, y entonces decidió que su necesidad de él era mayor que sus precauciones y que no podía esperar, que el deseo de Russell podría no sobrevivir a la interrupción, y que, al fin y al cabo, tampoco sería tan mala cosa, ¿no?

Hasta el mediodía del día siguiente no se acordó de mirar su agenda, donde llevaba un detallado registro de sus ciclos, señalando los días de su periodo en el calendario de la última página. Estaban tachados del 31 de julio al 5 de agosto. No hacían falta muchos cálculos matemáticos. Con una especie de sensación vertiginosa

brotando en su interior, comprobó que la pauta de hileras tachadas en las sucesivas semanas indicaba un retraso de dos hileras.

La pauta apenas había variado a lo largo de 1986 y la mayor parte de 1987.

En el servicio de señoras, Corrine se examinó cuidadosamente la cara en el espejo. Se levantó los doloridos pechos con las palmas. Más grandes, indudablemente estaban más grandes. A Russell eso le gustaría, ¿o no? Mientras se miraba en el espejo, los ojos se le llenaron de lágrimas. No estaba segura de por qué. Durante los últimos días, se daba cuenta, no había sentido en absoluto que controlara sus propias emociones; parecía como si una nueva y poderosa fuerza estuviera luchando por afirmarse, exigiéndole su atención, haciéndole saber que durante el resto de su vida sus lágrimas y sus sonrisas estarían sujetas a una nueva autoridad.

Después de una larga reunión en la que él y Whitlock habían estudiado exhaustivamente los valores de todos los contratos sin pagar, Donna informó a Russell de que Corrine había vuelto a llamar.

—¿Una chapa nueva? —preguntó Russell, señalando su pecho izquierdo, que invariablemente llevaba un sugerente mensaje; era la firma de Donna, igual que la de Russell era el pañuelo de seda del bolsillo de la chaqueta. En la nueva se leía: «Mato cuando me corro. Robert E. Chambers», una referencia a un caso reciente de un adolescente que aseguraba haber estrangulado sin querer a la chica con la que había salido durante un supuesto encuentro sexual en Central Park—. Es de un gusto exquisito, Donna —comentó Russell.

—No todos podemos ser yuppies —terció ella.

Tras haberse refugiado en su despacho, llamó a Corrine a su oficina.

—¿Pasa algo?

—Nada. Solo quería saludarte. ¿Va todo bien?

—Sí, aunque ando un poco desquiciado. Estos libros no ganan mucho… bueno, la mayoría de ellos. ¿Estás segura de que no te

pasa nada?

—Estoy bien. Supongo que me apetecía oír tu voz.

Corrine salió de la oficina en cuanto la Bolsa hubo cerrado, y se detuvo en una farmacia. Media hora más tarde, después de mear en un vasito de plástico y verter la orina en el tubo del análisis, esperó los resultados de su prueba de embarazo casera. ¿Y si daba positivo? ¿Se lo diría? Puede que no inmediatamente. Él se dedicaría a soltarle un sermón sobre que no podían permitirse el lujo de que ella dejara de trabajar.

Demasiado nerviosa para leer o pensar, puso las noticias de las cinco y se paseó arriba y abajo por la habitación, mirando hacia el cuarto de baño cada pocos minutos. ¿Cómo era aquella vieja historia, se preguntó, de la prueba de embarazo que provocaba la muerte de un conejo? Miró con atención el tubo del análisis. Si la solución se precipitaba formando una especie de coágulo habría muchas posibilidades de que necesitaran un segundo dormitorio al cabo de ocho meses.

Al volver a casa después de tomar unas copas con un agente neurótico pero importante, Russell encontró a Corrine de muy buen humor.

Le preguntó, muy risueña, qué tal le había ido el día, y él contestó que había empezado con la noticia de que la antigua dirección de Corbin, Dern le había puesto diecisiete demandas.

—Y Washington amenaza con demandar a Bernie Melman. Luego Bernie me ha dicho que ni de coña pensaba pagar un puto centavo más por el libro de Propp, como ha tenido la delicadeza de expresarlo, hasta que entregase la mercancía. Uno de esos días maravillosos, un día de tirar cohetes, vamos. Recuérdamelo... ¿cómo y por qué me metí en este lío?

—Salgamos a cenar —sugirió Corrine, moviéndose por el apartamento como una mosca atrapada, posándose un instante a enderezar un cuadro o mover un cenicero antes de dirigirse a otra parte de la habitación.

—Estoy agotado. Pidamos comida.

—Podemos cenar en casa a la luz de las velas. Hace mil años que no hacemos eso, Russ. Y luego, quizá, darnos un baño.

—Lo que sea —murmuró Russell, pero cuando se fijó en la expresión de la cara de Corrine se levantó de la butaca en la que se había desplomado y la estrechó en sus brazos, encajando la mejilla de su mujer contra la clavícula, donde había estado tantas veces en el pasado.

—Solo son cosas de trabajo.

—Ay, Russell —susurró ella—. Estoy embarazada.

—Me daba mucho miedo que te enfadaras —dijo Corrine más tarde.

—¿Por qué iba a enfadarme?

—Bueno, que la cosa no te hiciera muy feliz, al menos. —Estaban tumbados en la cama con la colcha y la ropa desparramadas por el suelo.

—Madre mía, he estado un poco gilipollas últimamente, ¿verdad?

—Quizá un pelín gilipollas sí.

—He sido un cerdo.

—Pero te has curado —dijo ella con una risita—. Eres un cerdo curado. Supongo que eso te convierte en un jamón.

—Vas a ser una madre muy tonta.

Durante varios minutos permanecieron allí tendidos en silencio. Russell esperaba el primer destello de duda que vendría a amortiguar su felicidad; imaginaba que se produciría y, de ser así, debería extinguirse de inmediato para que él pudiera seguir sintiéndose así, como si fuera el primer hombre de la historia en

concebir un niño con su mujer. Un musculoso patriarca sujetando una estaca a la luz de una gran hoguera, protegiendo a la mujer y al niño en el interior de la caverna.

Al principio se había llevado una enorme sorpresa. Pero lo siguiente que sintió fue una gran oleada de emoción, que había traído consigo el deseo irresistible de hacer el amor con Corrine, de entrar en contacto con aquel misterio.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella apoyándose en un codo y mirando a Russell a los ojos—. ¿Te sientes bien? Cuéntame.

—Hay algo que me preocupa, una cuestión muy importante —contestó Russell con expresión hosca, y se odió un poco cuando vio el pánico en los ojos de Corrine—. ¿Andover o Exeter?

Russell se despertó a las cuatro de la madrugada empapado en un sudor frío. Se levantó y se dirigió a la sala de estar, con las manos temblorosas y ganas de tener un pitillo a mano, aunque había dejado de fumar hacía más de dos años. Nunca en su vida había estado tan asustado como ahora.

¿Quién coño era él para ser padre? Era prácticamente un crío; tenía treinta y un años, pero unos diecinueve emocionalmente hablando. Hasta la noche anterior le parecía que remontar el Amazonas o ascender el Himalaya, vivir en París o en Kioto, colaborar con el Cuerpo de Paz o ser monitor de esquí eran cosas todavía hipotéticamente posibles; Corrine y él habían hablado recientemente de pasar un año en Florencia. Y estaba aquel episodio con Trina... en realidad no había hecho nada... bueno, solo un beso con lengua, un poco de teta... pero, con todo, maldita sea, ¿qué clase de padre iba a ser si tenía tantas tentaciones de andar follando por ahí? Con un hijo tenía que dejar de decir «joder» todo el tiempo, además, y eso era bien poco probable, joder. Y el dinero. ¿Y si el trato se iba a la mierda? Se preguntó si su padre habría tenido esos miedos, imaginaba que su propia generación era menos previsora. Al hacerse adulta en la estela de una supuesta revolución sexual, en el

breve apogeo de la píldora y el aborto legal, la suya era quizá la primera generación que consideraba la reproducción una función corporal estrictamente voluntaria. ¿Estaba dispuesto a ofrecerse voluntario? La Tía Cigüeña quiere que te alistes.

Al otro lado de la ventana, hacia el este, el cielo pasaba de un color estaño a tonos rosa y azul pálido. «*Baby blue*», se dijo a modo de experimento.

Mientras el índice Dow caía ante las noticias de la devaluación del dólar, Corrine se preguntó si la vida que crecía en su seno sería inmune al torbellino de aquellas últimas semanas. Entre el trabajo y el matrimonio, su nivel de ansiedad era todo el tiempo muy alto: trabajaba catorce horas diarias, discutía con Russell. ¿Y no había fumado caladas de un canuto en aquella fiesta de Steve Kopek? Los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar en todos los porros que había fumado en la universidad; imaginaba que tendría los cromosomas quemados y retorcidos. Y luego, en verano… sintió pánico al recordar el verano, y telefoneó a Russell, le insistió a Donna en que interrumpiera la otra llamada de su marido y, con una voz tan aguda y temblorosa que al principio Russell casi no conseguía entenderla, dijo:

—¿Te acuerdas de que tomamos todo aquel éxtasis en Fishers Island?

—Solo lo tomamos tres veces, Corrine.

—Ay, Russ, ¿por qué tuvimos que hacerlo?

—Porque era divertido. Me extraña que no te hayas quedado embarazada entonces —añadió él, recordando aquellas noches tan sensuales en las que el colocón los hacía fundirse el uno en el otro.

—¿Entonces no te preocupa?

—Yo no he dicho eso.

—Estás preocupado, te lo noto en la voz. Puedo asegurar que estás preocupado y decepcionado.

—Reconozcámoslo, nena, estar casado con una yonqui es un infierno.

—¡Russell!

—No lo decía en serio. —Era evidente que necesitaba sintonizar, pensó él, con ese nuevo y superliteral estado anímico de su mujer. Cuando la oyó sorberse la nariz al otro lado de la línea, preguntó—: ¿Estás llorando?

—Es solo que he pensado en Jeff cuando has dicho esa palabra.

—Sobrevivirá.

—Quizá no deberíamos tener este bebé.

—Creía que querías quedarte embarazada. —Se dio cuenta de inmediato de que su voz revelaba su exasperación, y se preguntó si las cosas iban a ser así durante los próximos ocho meses—. ¿Corrine? —Como ella no respondía, dijo—: Mira, hablaremos con un médico de eso, ¿de acuerdo? ¿Todavía no has llamado para pedir hora?

—Iré el lunes.

—Muy bien, hasta entonces, tómate un valium y tranquilízate.

—¡Russell!

—Vale, vale... no ha tenido gracia. Trata de tranquilizarte. Iré pronto a casa.

Russell recibió después una llamada de un agente literario que antaño había sido su camello de coca y que después de casarse había cambiado su actividad comercial al sector que pagaba impuestos. Todavía trataba de mantener cierta sensación de actividad clandestina en su nueva profesión, para conferir a sus productos literarios un aura de contrabando.

—Tengo algo que te gustará —dijo, después de los preliminares —. Un material estupendo. Prosa. Hay quienes lo considerarían un *roman à clef*, pero en mi opinión eso es quedarse corto. Claro que no sé si podrás contratarlo, dada tu asociación con cierto novelista que algunas personas podrían... fíjate, solo estoy diciendo que podrían... identificar con cierto personaje poco simpático de este libro. Pero he oído decir que te ha dejado por Simon & Schuster.

—¿Qué narices tratas de decirme, Irwin?

—¿Puedo fiarme de que lo mantendrás en secreto?

—Claro que sí —contestó Russell.

—Camille Donner.

A Russell le llevó un momento contextualizar el nombre.

—¿La novia de Propp?

—La novia de todos. Por fin ha escrito el libro.

—¿Y sale Victor?

—Hablamos de la dignidad por los suelos. Hablamos de marcharse de la ciudad en plena noche con una bolsa encima de la cabeza. Puede que dos bolsas. La subasta es la semana que viene. Estoy pensando en un precio de partida de seis cifras.

—No participaré. —Aunque podía haberse quedado sin el libro de Victor por culpa de la cautela de Bernie y la manipulación del propio Propp, no quería participar en aquello.

—Me hago cargo. Pero que quede entre tú y yo: si sigues esperando la gran novela de Victor, según he oído decir... es una entidad ficticia. Un mero producto de nuestra imaginación. Lo dice esa dama. El tipo no ha escrito nada.

Russell no tardó mucho en olvidar su promesa a Irwin, para quien los secretos eran activos disponibles. Pero cuando llamó a Victor no respondió nadie, y luego tenía una reunión con los banqueros.

Inquieta pese a los intentos de Russell de tranquilizarla, Corrine miraba la pantalla de su Quotron sin verla. Los pecados y los descuidos de los padres, lo sabía muy bien, influían en el feto. Había visto películas y leído libros, había visto a madres en estado caer por escaleras, había oído decir al médico: «Lo siento, pero no podemos salvar al niño».

Corrine era supersticiosa. Aunque tenía una mente disciplinada e inclinada a lo científico, creía en la correspondencia entre cosas visibles y cosas invisibles que la ciencia todavía no había desvelado;

creía en el poder de las palabras para cambiar y dar forma a los acontecimientos del mundo, de modo que durante la mayor parte de la tarde trató de evitar pensar en la palabra que describía su peor miedo, modificándola cuando acudía a su mente, pronunciando otras palabras y frases parecidas en su lugar.

Aquella noche soñó que esquiaba. La ladera por la que esquía en su sueño es extraña porque sube y baja como una montaña rusa. Corrine, abultada por el niño, esquía hacia arriba y hacia abajo por una cadena de montañas. Russell pasa por encima en el telesilla, le grita algo desde lo alto, pero el viento le impide oír lo que le dice. Llega a la cima de dos pistas de eslalon paralelas. Jeff está en la parte superior de una de las dos. «Vamos a echar una carrera», le dice. «¿Y qué pasa con el niño?», pregunta Corrine. «No te preocupes», contesta Jeff. Se lanzan uno junto al otro por las pistas de eslalon paralelas, y después de eso llegan al albergue, donde el camarero les da éxtasis y Corrine se percata de que ya no está embarazada. «¿Dónde está el niño?», grita, y Jeff dice: «Creo que te lo has dejado arriba».

En el otro lado de la cama Russell daba brazadas erráticas como si nadara, sin conseguir dormir. La biología para él no funcionaba como para Corrine; él quería ponerse a su altura, transformarse físicamente en padre. Mientras hacía el amor con ella la noche anterior, sintió los antiguos imperativos de la sangre y la raza, pero ahora había quedado fuera de nuevo y solo experimentaba ansiedad. Debatiendo si tendría valor para preguntarle a Corrine si estaba segura de que fuera el momento adecuado, se sintió culpable por pensar siquiera una cosa así. Sabía que, una vez hecha la pregunta, nunca podría retirarla, y contestara lo que contestase, Corrine la recordaría siempre...

Pero la larga noche acabó con sus dudas y temores, y por la mañana se sentía con fuerzas y dispuesto a desempeñar su nuevo papel, además de lleno de amor hacia la mujer que dormía a su lado. Se levantó poco después del amanecer y se imaginó realizando

futuras tareas paternas mientras preparaba la bandeja del desayuno y la despertaba unos minutos antes de que sonase el despertador.

Para Russell tenía sentido —y venía a confirmar su sensación de la extrema excentricidad de Corrine—, que ella tuviera por las noches los mareos que solían tenerse por las mañanas. La noche del sábado anterior al reconocimiento médico estaba especialmente mal. Vomitó durante *60 minutos* y de nuevo durante *Se ha escrito un crimen*, y entre uno y otro se quejó de que Diane Sawyer se cambiase de ropa tres veces durante una intervención, y luego le preguntó a Russell si creía que Diane era más guapa que ella. Por la mañana, sintiéndose todavía mal, llamó al trabajo para decir que estaba enferma, decidida a descansar antes de su cita de la tarde.

Poco después del almuerzo, Corrine llamó a Russell a la oficina. Su voz sonó débil y rasposa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—Lo he perdido, Russell.

—¿Qué quieres decir con que lo has perdido? —dijo él, aunque por el tono de su voz y el vuelco que le dio el corazón supo exactamente lo que quería decir. Y aunque Corrine parecía demasiado cansada y triste para molestarse en contarle los detalles, él tuvo que oírlo todo para intentar entender que justo en el momento en que había empezado a creer en un milagro, este se esfumaba de un plumazo.

Los días siguientes, Russell la trató con una solicitud extrema. Corrine no fue a trabajar en toda la semana, y él se quedó en casa con ella durante los dos primeros días, preparándole la comida, mimándola como a una inválida privilegiada. Corrine había perdido mucha sangre y sus hormonas estaban en un estado de caos; el médico les dijo que su cuerpo tardaría un par de meses en recuperar la normalidad. Aunque también les dijo que era una cosa bastante

corriente, que muchos embarazos se interrumpían en el primer trimestre, Corrine no podía evitar sentirse culpable. En cierto modo, Russell intuía que era así, y trató de convencerla de que ella no tenía la menor culpa y que aquella era la forma que tenía la naturaleza de decírselo. Al principio estaba enfadada con él y le recordaba las muchísimas veces que había dicho que no estaban preparados para tener un hijo, pero finalmente se dio cuenta de cuánto sentía él también la pérdida. Y cuando Russell le dijo que se sentía culpable porque durante unos instantes se había preguntado si podrían permitirse tener un hijo y había considerado una alternativa, Corrine fue capaz de tranquilizarlo y ver en perspectiva su propio sentimiento de culpa.

Aquel sábado, Russell la llevó a dar un paseo; le puso una bufanda, aunque hacía relativo calor incluso para septiembre. Cuando caminaban hacia el parque, Corrine notaba las piernas un poco flojas; se cogió del brazo de Russell, y de repente tuvo una visión de los dos arrastrando los pies con dificultad como una pareja de ancianos, arrugados y encorvados por los años, sosteniéndose el uno al otro, y durante un momento se sintió mejor.

Pero el parque estaba lleno de bebés, bebés en cochecitos, bebés en esas mochilas duras, bebés a hombros de sus padres. Por lo visto, ella era la única sin un bebé.

Aquella noche Russell la llevó a Raoul's, donde Corrine tomó una copa de vino y se rio cuando él le describió el último atuendo de su secretaria, su última chapa y sus últimas conversaciones con sus novios recientes.

Caía una fina llovizna cuando salieron del restaurante, Corrine con un paquetito con lo que se había dejado del filete; el médico le había recomendado que tomara carne roja por la falta de hierro. La figura jorobada y con capucha que rebuscaba en el cubo de basura ante el bordillo casi dio un salto cuando ella le tocó el brazo, pero Corrine le entregó el paquete y dijo:

—Por favor, cójalo, es un filete prácticamente entero.

El tipo aceptó cautelosamente la bolsa y se escabulló rápidamente por la calle Prince, como un perro que no quisiera tentar a la suerte quedándose en el sitio en que le ha llovido algo del cielo, o eso le pareció a Russell.

Una vez en la parte alta de la ciudad, se dispusieron a irse a la cama. Corrine se puso camisón, un acontecimiento poco frecuente, pero él lo entendió y lo aceptó. Parecía muy preocupada.

—Voy a dejar el trabajo —declaró con voz estridente una vez que apagaron la luz—. Llevo toda la semana pensando en ello. Sé que va a ser duro, pero lo siento, quiero hacer algo útil con mi vida.

—Como quieras. —Russell le pasó el brazo por debajo de los hombros y la estrechó contra él.

Unos minutos después, con voz soñolienta, ella dijo:

—Podemos intentarlo otra vez, ¿verdad?

—Claro que sí —respondió él, sintiéndose caritativo con esa promesa en abstracto, e inquieto al mismo tiempo por la punzada de culpa que le produjo el hecho de que, en realidad, no le importaba esperar.

35

La limusina recorrió el camino flanqueado por setos y se detuvo ante el edificio de la administración. Antes de que el conductor tuviera oportunidad de rodear el vehículo, la lejana puerta trasera se abrió. Cual crisálida grogui que hiciera esfuerzos por transformarse, cayendo hacia atrás y fracasando en su primer intento de liberarse del capullo, se apeó un hombre con esmoquin que llevaba una botella grande de champán sujeta por el cuello.

Fumando el primer pitillo del día, Jeff contemplaba desde la ventana de su habitación a aquel hombre que hacía esfuerzos por poner un pie delante del otro, cegado por la dorada luz de la mañana. Desde lejos, su aspecto desmelenado casi lo volvía familiar. Cuando se le acercó el conductor, se apartó de él y empezó a dar vueltas y a tambalearse como quien quiere terminar una danza que el inesperado viaje en coche ha interrumpido bruscamente. Abriendo los brazos con gesto anhelante, se deslizó bailando un vals hasta dar contra las ramas de un abeto azul en el margen del camino y caer al suelo boca arriba. Una figura de blanco salió del edificio de administración y, con la ayuda del conductor, se las apañó para volver a poner en pie al bailarín.

La enfermera gorda dio unos golpecitos en la puerta de Jeff y anunció:

—Hora del desayuno, querido.

Siempre la misma mierda, pensó él. El desayuno, cada mañana. Luego, la hora del almuerzo. Y después, la cena. Todo sabía como a cartón y tabaco, y no te dejaba satisfecho, porque no era lo que uno quería de verdad. Uno quería otra cosa y pensaba en ella todo el tiempo, y estos otros canales permitidos para satisfacer los deseos parecían desesperantemente de segunda clase. Por la noche, y todas las noches, soñaba con el polvo blanco deshaciéndose en una

cuchara, adquiriendo un tono lechoso sobre la llama azulada. Se drogaba en sueños.

Así, en apariencia, era como iba a ser el resto de su vida; un jodido arrastrarse a la luz del día. Ella, la enfermera, sin embargo... esa chica sí que disfrutaba de sus tortitas y huevos. Ciento treinta kilos de mujer, kilo arriba kilo abajo, y un uniforme blanco que la hacía parecer todavía más gorda. La cosa mejoraría si vistieran al personal de negro, tal vez. Uniformes cortitos y negros. Las harían parecer un poco más delgadas.

—¿No podríamos variar el orden? ¿Empezar por la cena, por ejemplo?

—No seas tonto.

—¿Tonto? ¿Es ese el nombre técnico? —exclamó Jeff a espaldas de la mole de Ella que ya se iba—. ¿Tratas de confundirme con esa jerga psicológica?

El impoluto césped se había vuelto de un gris plateado de la noche a la mañana, espolvoreado con la primera escarcha de la temporada. Salir al exterior todavía provocaba un sobresalto, pues el mundo parecía nuevo, en absoluto real, como algo envuelto en una invisible capa de plástico, o posiblemente como un planeta nuevo pero inexplicablemente rancio al que acabaran de quitarle el plástico. Había pasado un año enganchado, y ahora, con las pupilas de tamaño normal y el cerebro sin toxinas, todo le parecía diferente.

Los que podían salir de su habitación acudían al comedor de la casa grande, que parecía una alegre posada campestre, un edificio blanco colonial sobre una colina entre hectáreas de praderas y edificios auxiliares. Jeff recorrió el sendero desde Glover House, su residencia durante las dos últimas semanas. Era como estar de vuelta en el instituto, solo que no era lo mismo. El currículum era distinto: terapia de grupo, alcohólicos anónimos, biorretroalimentación, artesanía, terapia individual y más alcohólicos anónimos.

Pasó con cautela ante Carlyle House, de la que se había graduado recientemente; fue el escenario de su infernal periodo con síndrome de abstinencia, donde el recién llegado del esmoquin se despertaría al día siguiente sudando. «¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda narcotizada esperanza!» Jeff lo llamaba «el Refugio de la Fauna». Muchas veces llegaban nuevos internos al final de largas juergas, todavía borrachos y pasados de la fiesta, y se serenaban de un plumazo cuando empezaban con los análisis: les sacaban sangre, les tomaban la tensión, y separaban a los enganchados a las anfetas y el caballo de los de la coca y el bebercio. Los bajones de los pastilleros eran supuestamente los peores, pero bajarse del puto caballo no resultaba nada fácil. Cuando Jeff empezaba a sentirse mal de verdad, lo despertaban para tomarle el pulso, con el cubo de plástico verde siempre a mano junto a la cama a la espera de la violenta revolución de sus células furibundas. Aquella enfermedad sí que era para morirse, no como la de Lázaro, mientras dos enfermeras lo llevaban arriba y abajo por el pasillo para que el corazón siguiera latiendo; su pobre y maltrecho corazón. Era *delirium tremens*, claro, y te dejaba un sabor como a metal vivo en el fondo de la boca. Fenobarbital para los ataques y clonidina para evitar los calambres. En un determinado momento tuvo la visión de Russell y Corrine persiguiéndolo con cuchillos de cocina, haciéndole pedazos las tripas y convirtiéndolas en cintas rosas y azules, la causa de aquel horrible dolor.

Durante cuarenta años, Carlyle House había sido un famoso y discreto reducto para curas de desintoxicación de los alcohólicos de Park Avenue, una pequeña y lucrativa colonia del edificio psiquiátrico principal. Pero los ingresos para dejar el alcohol se habían doblado y triplicado en los últimos años; las depresiones mostraban un constante crecimiento, pero el consumo de estupefacientes se había disparado. Algunos internos tenían dos problemas: eran depresivos y adictos. Jeff admiraba a los maniaco-depresivos, pues los creía mejor sintonizados con el espíritu de montaña rusa de la época/ estado de la nación.

Los depresivos y los adictos se mezclaban libremente en las comidas. Jeff tenía su pequeño grupo de compañeros de juego inadaptados. Esa mañana colocó su bandeja con huevos de goma y tostadas de celulosa entre Delia y Mickey. La guapa y esbelta Delia —con aquel demente maquillaje de ojos que llevaba parecía un mapache—, estaba sentada inmóvil ante su bandeja; la chica de moda de las portadas de las revistas del año anterior miraba la bahía a través de la ventana mientras su enfermera la animaba a comer. Delia encajaba en todas las categorías de patología que pudieran aplicarse a la clase dirigente.

—¿Quieres saber qué he soñado? —dijo Mickey, encendiendo un pitillo y dejando caer la cerilla en su zumo de naranja.

Mickey era un adicto al crack de diecisiete años. Aunque llevaba internado tres meses y estaba presumiblemente limpio, siempre llegaba a desayunar vestido para una noche intensa, con el largo y greñudo pelo sin lavar, la chaqueta negra de lino arrugada y sucia, recordándole a Jeff las malas mañanas de su reciente pasado.

—Estoy en mi coche... ni siquiera tengo todavía permiso de conducir, ¿sabes? Voy en el coche circulando por la autopista del West Side camino del Village. Cerca del antiguo barrio de los mataderos, ¿sabes dónde es? Sé dónde estoy porque hay esos pedazos de buey colgando de ganchos por todas partes. Y voy en mi coche. De pronto veo a un travesti, ya sabes, una de esas horribles fulanas que trabajan en los agujeros entre Manhattan y sus colonias… ya sabes qué quiero decir, no es un túnel... es como un agujero… piensa en lo que eso te hace, cuando conduces por un agujero todos los días para ir a tu cubículo de mierda en la ciudad donde trabajas, y luego vuelves por el agujero de esa caja de paredes de aluminio donde te espera tu mujer. Lo realmente divertido de la cosa es que muchos de esos travestis ahorran para operarse y así ser mujeres de verdad y casarse y vivir en una casa de mierda en Jersey. ¿Sabes que la mayor parte de los transexuales se casan y más de la mitad no se lo dicen a sus maridos?

De repente, Jeff recordó que corría el rumor de que la mujer de Bernie Melman era una transexual. No conseguía acordarse de dónde lo había oído.

—Total, que paso por delante de una de esas tías de mentira y entonces reduzco la velocidad del coche, y de pronto me encuentro viendo mi propio sueño desde fuera, y me digo: Oye, espera un momento, es un tío. Entonces le hago señas con la mano al tío para que venga... sigue vestido de tía, ¿entiendes? Y se sube al coche y empieza a bajarme la cremallera de la bragueta. Noto que el maquillaje se le empieza a fundir. Se le separa de la cara como piel, y estoy esperando a ver cómo es el tío, y de repente resulta que es mi madre. Mi madre disfrazada de tío disfrazado de puta. Joder, ¿puede uno llegar a ser más retorcido? A Taylor le va a encantar.

Mickey dio cuidadosos golpecitos al pitillo y dejó caer la ceniza en los huevos, formando dos pezones grises en las brillantes areolas amarillas de las yemas, y se volvió hacia Jeff.

—¿Qué opinas? ¿Te has quedado sin habla? Personalmente, creo que lo tiene todo, que es un verdadero chollo para el psicoanálisis: ambigüedad sexual, homoerotismo, escenas edípicas explícitas. Lo tiene todo menos el puro. En realidad ella no llega a hacerme nada, me he despertado antes de eso. Pero el asunto de los travestidos me plantea cuestiones interesantes. Y es que cuando tenía doce o trece años empecé a vestirme como una chica para poder entrar en las discotecas. Siendo chico no colaba ni en broma que fuera lo bastante mayor, pero siempre me dejaban pasar vestido de chica mona. Entraba en todas partes, en el Milk Bar, el Area... incluso en los clubs que abren de madrugada como el A. M. P. M., el Save the Robots. Luego me metía en los lavabos de caballeros y volvía a transformarme en chico. El doctor T. cree que es algo más que una simple cuestión práctica, claro… En este puto sitio, un puro nunca es un simple puro, ¿o no? Cree que mis aventuras disfrazado de chica tienen un significado más profundo. Hombre, pues claro, admito que a veces me gustaba ser chica. De vez en cuando me olvidaba de cambiarme de ropa. Mi madre encontró mis cosas de

maquillaje una vez, cuando tenía catorce años. ¿Queréis saber qué dijo?

Paseó la vista por la mesa, solicitando curiosidad.

—Pues os lo diré. No dijo nada.

—¿Quieres un pitillo, Delia? —tras haber destrozado una tostada untándola con mermelada, Jeff sintió que se merecía uno.

La chica seguía mirando por la ventana. Jeff estaba a punto de repetir la pregunta cuando se volvió hacia él y lo miró a los ojos. Jeff dio unos golpecitos para sacar otro Marlboro y se lo puso entre los labios gruesos y agrietados y pintados de rojo con poca traza. Le encendió el pitillo con su encendedor. Delia llevaba dos semanas sin hablar. Sin conocerla en realidad personalmente, Jeff la había visto por ahí en los últimos años. Hija de unos campesinos de Arkansas, fue la modelo de moda en los primeros años ochenta. La veía en todas partes, y uno de sus cantantes de rock favoritos había sido novio suyo durante un par de años. Solo tenía veintisiete, y la vida que había llevado en el hotel Manhattan la había estropeado mucho; hacía dos años que no trabajaba de modelo, y llevaba allí unos cuatro meses, tras haberse cortado las venas en una fiesta de Rijstaefel *la Visones*. Jeff creía recordar que él también había estado en aquella fiesta. Podría ser. Le vino a la cabeza aquella frase de *Cuerpos viles:* «Oh, Nina, qué cantidad de fiestas». Por lo visto no recordaba gran cosa de aquel último año, y menos mal. Según se decía, las facturas médicas de Delia las pagaba su último patrón, un europeo rico y con título. Incluso en ese santuario para los maltrechos y rotos, a Delia se la consideraba un bicho raro.

El pitillo de Mickey siseó y se apagó en su taza de café.

—Ha sido de lo más irreal —declaró poniéndose en pie, y se llevó una mano a la nuca para tocarse la coleta. Era una manía que tenía, como si pensara que aquel apéndice tan a la moda fuera a desaparecer. O puede que lo hiciera para darse suerte. Ahí todos eran supersticiosos, interpretaban señales y presagios, y eran susceptibles a visiones periféricas y a corrientes invisibles de malevolencia aerotransportada. De pie junto a la mesa, Mickey

parecía un mástil encorvado con un pequeño penacho de pelo. Había pasado cinco años a dieta de cocaína.

—Nos vemos en la sesión de cestería.

Todos fumaban. Eran personalidades adictivas y esa era la única compulsión permitida. En la terapia de grupo o en las reuniones de alcohólicos anónimos, paseabas la vista por la sala y veías salir humo de los labios de todos como si fueran víctimas de una combustión interna. En una sesión de grupo, la semana anterior, habían hecho que se disparara la alarma de incendios. La sirena atronadora los hacía parecer incluso más aturdidos y confusos, encogidos en sus sillas con las manos en las orejas.

Era como en la cárcel o en el ejército, donde uno tiene tan poco control sobre su propio destino que aprovecha cualquier oportunidad para señalar el tiempo a su manera, para gratificarse sin depender de quienes controlan las llaves, los pases y el armarito de las medicinas. De modo que fumaban.

Pálido debido a la desintoxicación, el bailarín loco cuya llegada había contemplado Jeff unas mañanas antes fumaba Gauloises, de un paquete azul como el que Robert Motherwell había pegado en aquel famoso collage. Bueno, si uno iba a morir, por qué no seguir con aquello, y a la mierda los pitillos bajos en alquitrán. Al fin y al cabo, la mitad de la gente en aquella sala ya había intentado hacerlo. Señales de cortes hechos con cuchillas de afeitar asomaban bajo los puños de las camisas. Los drogadictos lo intentaban a plazos, aunque ellos lo negaran.

Mientras todos encendían sus pitillos, Beverly, la asistenta social con grado de especialista, pedía al nuevo tipo que se presentara. Se llamaba, según dijo, Brad Balfour.

—¿Por qué estás aquí, Brad?

—Siempre había tenido ganas de conocer Connecticut.

—Háblanos un poco de ti.

—Soy un gestor de inversiones de capital riesgo de Nueva York, la capital de las capitales del mundo.

—¿Algo más?

—Metro ochenta, setenta kilos, ojos azules, y sí... estoy soltero.

—¿Qué más?

El tipo exhaló una nube de humo que habría enorgullecido a un alto horno, miró por la ventana y resopló con arrogancia. Jeff se preguntó cómo podía estar tan enfadado después del periodo de desintoxicación, y decidió, con cierto desdén, que el tipo solo tenía un pequeño cuelgue de coca. Pese a toda su aparente indiferencia, sin embargo, las manos le temblaban y sus ojos lucían el cerco poco favorecedor de la falta de sueño.

—Soy un drogadicto.

—Bien. —Tras aquella admisión, la mujer asintió y lo dejó en paz.

—Jeff, ¿quieres hablar hoy?

—La verdad es que no.

—Pues a mí eso me supone un problema —intervino Fran, la directora alcohólica de una revista, *Woman Today*, que había publicado, como amenazó con hacer, un perfil nada halagador de Jeff después de que él se hubiera negado a concederles una entrevista. No sabía si la mujer tenía algo que ver con aquella sórdida transacción, pero le provocaba un desagrado instintivo y sospechaba que estaba allí con intención de investigar para un artículo.

—¿Por qué no nos hablas de ello? —sugirió Beverly.

—Es esa actitud de superioridad de Jeff. No quiere compartir las cosas con los demás. Cree que es demasiado famoso o algo así.

Beverly volvió la cabeza hacia Jeff.

—¿Qué opinas de eso?

—Cuando se me ocurra algo inteligente lo compartiré contigo.

—¿Veis? Es como si dijera que los demás no somos inteligentes.

—Yo no creo que Jeff tratara de decir eso. ¿Jeff?

Jeff se metió una buena cantidad de humo en los pulmones y luego la soltó.

—No dejo de ver esa brillante página de la revista con un artículo de Fran que se titula: «Cómo sacarle el máximo partido a la desintoxicación».

—Eso no es muy amable, Jeff.

—O quizá: «Terapia de grupo: cómo parecer listo (y tener buen aspecto) en las sesiones».

Beverly frunció el entrecejo.

—Creo que Fran tiene razón en ese punto, Jeff. Quizá deberías reconsiderar tu actitud hacia el grupo.

En el taller de artesanía, Delia pintaba campanillas rosa con ayuda de una plantilla en el asa de una cesta, con una enfermera especial, encargada de mantenerse a su lado constantemente, de pie a su lado, observando. Era su cuarta cesta. Las hacían en otra parte y el hospital las compraba al por mayor. Trabajar la madera requería herramientas afiladas, por lo quedaba claramente fuera de la cuestión. La vieja Evelyn Salmon pasó de largo titubeante, apoyada en su bastón y en una enfermera, seguida de cerca por Babs Osterlick, que tenía el pelo azul.

—Qué cesta tan preciosa, querida.

Delia continuó pintando.

—Qué guapa es esta chica —comentó Babs entre resoplidos cuando llegó junto a su amiga con el pelo tan azul y brillante como un zafiro pulido.

—Una monada, pero demasiado flaca —matizó Evelyn—. Sería perfecta si tuviera un poco más en la parte de arriba.

La propia Evelyn tenía unos pechos enormes, a los que aludía frecuentemente en presencia de los hombres más jóvenes de la institución. Evelyn y Babs se acercaban a los setenta años. No les pasaba nada malo, aparte de ciertos problemas geriátricos, pero ambas se habían quedado solas al morir sus maridos. Los dos

maridos en cuestión les dejaron montones de dinero, y decidieron pasar sus últimos días allí en lugar de en una residencia de ancianos; hacían generosas donaciones a la institución y pagaban las tarifas más altas del hospital por su alojamiento. La compañía las divertía. Se referían a los pacientes en desintoxicación como «los borrachos» y al resto como «los chalados».

—¿Y por qué campanillas, Evie?

—Probablemente sean campanas de boda. La pobre chica está aquí encerrada mientras todas las demás chicas se dedican a buscar novio.

—Si subiera de peso y se pusiera un sostén con relleno quedaría bien.

—Ding dong —dijo Babs, con el torso moviéndose metronómicamente mientras se alejaba, cambiando del pie bueno al que tenía tieso. Sin dar indicios de haber advertido su presencia, Delia continuó pintando.

—¿Cómo se encuentra hoy, señor Pierce?

El psiquiatra hacía gala de una actitud cordial y paternal con cierto matiz de autoridad. Tenía una cara de bulldog que a Jeff le recordaba al Dylan Thomas de los últimos tiempos; una yuxtaposición casi cómica de apariencia y realidad. El doctor Taylor llevaba chaquetas de punto y zapatos marrones que parecían hechos a base de algún producto sintético obtenido del petróleo, y en cierto modo daba la impresión de fumar en pipa, aunque no lo hacía. Su despacho estaba inmaculado, como el piso piloto de un edificio de apartamentos. Ejemplares del *Journal of Psychopharmacology* formaban un abanico perfecto sobre la mesita baja.

—Como una mierda. —Jeff levantó el pie izquierdo y sembró el desorden en las revistas de la mesita con la puntera del zapato—. No es una metáfora original para un estado emocional negativo, pero creo que es la apropiada para el caso.

El doctor Taylor asintió con la cabeza, y se le estremecieron los carrillos.

—Es comprensible. Su cuerpo todavía se está recuperando de la adicción. Pero vamos a intentar identificar sus problemas...

—Me preocupa la selva tropical.

—Háble me más de Caitlin, Jeff. Le dejó hace dos años. ¿Por qué cree que se fue?

—¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Lo único que nos interesa aquí es por qué cree usted que se fue.

—Porque no me quería comprometer. —Su respuesta acababa con una experimental entonación interrogativa.

—Suena a algo que diría ella.

—Es verdad. Yo quería que me quisiera el mundo entero, y sus ambiciones con respecto a mí eran más limitadas. Solo quería que la quisiera a ella.

—¿Y la quería?

—Sí. Pero por lo visto no lo suficiente. Idealmente debería haber sido rubia, morena, pelirroja, delgada y a la vez voluptuosa, alta y baja, dócil e independiente, apasionada y complaciente, algo puta y maternal.

—Esperaba mucho de ella.

—Siempre tengo grandes expectativas, es mi mayor defecto. Puede que sea el único sentido en que soy un personaje representativo de algo.

—¿Escribir un libro no le proporcionó una sensación de plenitud?

—El día que lo terminé supongo que sí.

—¿Y luego?

—Luego tenía la absoluta convicción de que el libro no era muy bueno... que vino acompañada de más ansiedad, inquietud, inestabilidad, y de deseos imposibles de diagnosticar.

—Intentaremos que eso desaparezca, ¿de acuerdo?

—¿Usted y cuántos más?

El correo. Más libros del bueno de Russell, el muy tarugo; Jeff había sido incapaz de leer desde que había ingresado, no podía concentrarse. Y un paquete aparte de Corrine, que incluía un nuevo ejemplar de *La telaraña de Carlota*, un libro favorito de los dos, que Jeff le había leído una vez en voz alta en una gélida granja cerca de Middlebury, Vermont, mientras ella se curaba un tobillo torcido en las laderas de Killington. Russell estaba en Oxford, puesto que era un erudito y todo eso. La enfermera pasó las páginas del libro hasta el final y leyó en voz alta las últimas líneas subrayadas por la perspicaz Corrine:

—No es frecuente que en alguien vaya unido ser buen amigo y buen escritor; Carlota era ambas cosas.

Miró a Jeff para ver si esa frase tenía algún significado especial en clave.

—A mí me suena a jerga de drogadicto —dijo Jeff.

Tuvo que abrir los otros libros delante de la enfermera, que buscaba drogas u objetos punzantes. Examinó los libros de arriba abajo y pasó las páginas, y metió un abrecartas en el lomo de *Los relatos de John Cheever*. El difunto san John, el marido de las afueras medio ahogado en alcohol, tratando de ser alguien para quien el jardín y la familia y el santo olor a madera nueva del taller del sótano fueran suficiente, incapaz de resistirse a la canguro de los niños o al repartidor de periódicos o a la copa a media mañana. Y aquí estoy yo —pensó Jeff—, un yonqui de sangre azul en las afueras de Connecticut.

A Jeff le asignaron un compañero cuando, después de terminar la desintoxicación, empezó la terapia de grupo. Tony se había perdido la sesión de esa mañana porque tenía un pase para ir a la ciudad a una entrevista de trabajo. Tony del Vecchio había dirigido una cadena de bares/restaurantes de New Haven. Un tipo duro, se puso a vender coca; era algo natural, sinergia pura, explicaba: alcohol y

drogas. Acabó por ser incapaz de mantener la nariz lejos del polvo blanco. Entonces empezó a tontear con la heroína, primero fumándola o inhalándola solo por desengancharse de la coca. Antes de darse cuenta, estaba picándosela, y eso lo condujo sin esfuerzo a la *speedball*, es decir, a chutarse coca mezclada con caballo. Después de quedarse sin trabajo, casa, mujer e hijos, eligió internarse allí en lugar de ir a la cárcel. Contó esa historia en la primera reunión de alcohólicos anónimos a la que asistió Jeff, y su confesión estaba teñida, como la de todos, del perverso orgullo del superviviente.

—Oye, amigo, ¿qué es eso que he oído sobre ti en el grupo? —preguntó Tony del Vecchio mientras cogía la silla de al lado de la cama de Jeff, le daba la vuelta y se sentaba con los brazos cruzados sobre el respaldo.

—Qué quieres que te diga, nunca se me han dado bien los grupos.

—Solo trato de ayudarte. —Tony era un samaritano de aspecto curioso, con tatuajes en el antebrazo—. ¿Qué tienes contra Fran?

—En este preciso momento, odio al mundo entero.

—Háblame de ti, amigo. —Puso una mano peluda en la rodilla de Jeff—. Ya he pasado por eso. Es como si tuvieras dentro un puto agujero que grita para que lo llenes, y todo lo demás es aburrido y estúpido, ¿me equivoco?

Jeff leyó el tatuaje del dorso de la mano de Tony: «Nacido para la juerga».

—En especial odio a Fran.

—¿Y eso por qué? —Tony le ofreció un Camel con filtro, que Jeff aceptó.

—Es una farsante de los cojones. Las personas como Fran son el motivo por el que uno empieza con las drogas. Para no volverte como ellos. No me importa que asegure que es una alcohólica, es una estrecha, una de esas tías estancadas en la fase anal. Es una persona de grupo, la típica excursionista feliz.

—Chorradas. Uno toma drogas por el subidón.

—Me hizo algo asqueroso —continuó Jeff, comprendiendo que sonaría muy tonto si trataba de explicarlo.

—¿Estás seguro? —Tony quitó la mano de la rodilla de Jeff y se la pasó repetidamente por el pelo como si se masajeara el aparato de pensar—. Es probable que hayas hecho muchas cosas estúpidas cuando ibas colocado. ¿Tengo razón? —Dio una palmadita en el hombro de Jeff—. ¿Por qué no piensas en eso? ¿Por qué no tratas de perdonarla? Luego pasa al octavo paso del programa, que es en el que piensas sobre la gente a la que le has fallado. Haz una lista de todas las personas a las que hiciste daño por culpa de tu hábito. Luego, en el noveno paso trata de repararlo.

—Todavía sigo en el segundo —dijo Jeff—. Ese en el que creemos que un poder más grande que nosotros puede devolvernos la cordura.

—Ese es el más bestia —contestó Tony—. Lleva tiempo salir de ahí.

—Toda la historia de la civilización ha tenido por objetivo librarnos de Dios y de otras falsas figuras autoritarias. Y ahora, solo porque has chocado con la furgoneta contra un poste de teléfonos se supone que debes decir: «Lo siento, papá, me tomaré las espinacas y este domingo iré a la iglesia».

Después de cenar llamó Corrine. Jeff estaba en la sala de la televisión viendo el programa concurso *Jeopardy* con los demás internos cuando lo avisaron para que fuera al teléfono.

—Solo quería decirte que he estado pensando en ti.

—Yo también he pensado en ti.

Ninguno de los dos parecía capaz de añadir nada más. Jeff podía imaginar la incomodidad de Corrine, su miedo a decir algo inconveniente.

—¿Cómo está Patoso?

—Hecho un plasta. Lo único que hace es trabajar y cuando viene a casa es solo un segundo para cambiarse de ropa, y no habla

de otra cosa.

—Divórciate de él y cásate conmigo.

—Ya, tú eres un buen cinturón de seguridad.

—He ahí la cuestión. —Jeff trató de sonar animado—. ¿Prefieres sentirte segura o ser feliz?

—Pensamos ir a verte este fin de semana.

—Estupendo.

—Trata de fingir un poco de entusiasmo.

Jeff no conseguía imaginarse mostrando entusiasmo por nada, y mucho menos por un brunch dominical en compañía de los novios de América. En algún recóndito compartimento sellado de su corazón abrigaba la certeza de que quería a esas personas, pero no conseguía que fuera un sentimiento en sí. Lo que sentía ahora, sobre todo, era cabreo. Ellos estaban en el mundo exterior, y él estaba ahí, en el puto manicomio.

—No me parece que esté preparado para eso —dijo.

—Seguro que te hace falta algo. Te lo podríamos llevar.

—¿Qué tal si me traéis veinte papelas de caballo?

—No tiene gracia.

—Coño, supongo que he perdido mi sentido del humor al desintoxicarme.

—Te queremos, Jeff.

—¿Queremos? ¿A qué viene ese plural? El amor no es una actividad de grupo, maldita sea. Aunque las higienistas mentales de aquí hagan como si lo fuera. Me cago en la terapia de grupo. ¿Sabes?, nos animan a compartir un montón de cosas. La palabra «compartir» aquí es un puto verbo intransitivo. Se supone que debemos llevar un diario donde digamos: «Hoy compartí con Tony... Fran ha compartido con nosotros que no era capaz de compartir con su familia». Ya sé que a ti y a Russell os gusta hacerlo todo juntos, pero en este caso, ¿por qué no te limitas a hablar por ti misma? — Hizo una pausa, imaginando el rostro apenado y bello de Corrine al otro lado de la línea—. Yo también te quiero —añadió, enfadado—. Dame algún tiempo para que deje de odiarte.

36

—¿No quieres hablar de por qué ya no tenemos vida sexual en común?

—No.

—Bueno, pues yo sí. —Corrine sabía por qué, claro está, pero quería oírselo decir.

Tumbado junto a ella, a oscuras, Russell soltó un categórico suspiro.

—Corrine, tengo que levantarme para ir a trabajar dentro de cinco horas.

—¿Es que me encuentras repulsiva después... después de lo que pasó?

—Claro que no. Eso es absurdo.

—¿Qué se supone que he de pensar, entonces? Hace semanas que no me tocas. Piensas que soy repugnante.

—Creo que deberías entender que tengo una tonelada de mierda en la cabeza en este preciso momento, que estoy sometido a muchísima presión en el trabajo.

—¿Y qué me dices de lo que he pasado yo?

Russell captaba en su voz que se estaba aguantando las lágrimas.

Corrine se volvió hacia él y se acurrucó contra su costado.

—Hablamos como dos personas mayores. ¿Imaginaste alguna vez cuando nos conocimos que tendríamos una conversación así?

—Somos mayores, Corrine.

—Pues yo no quiero que seamos un matrimonio de personas mayores. Soy demasiado joven para eso.

Russell se sentó en la cama con los hombros tensos.

—Mira —gritó—. Ahora no tengo tiempo para eso. Todo se está jodiendo.

—Entonces cuéntamelo —respondió ella, también a gritos—. Soy tu mujer, Russell.

—Vale, vale... Estoy percibiendo cosas raras en Bernie, y nos estamos quedando sin equipo y sin escritores. La gente comenta que ha oído decir por ahí que el trato es poco firme. Bueno, pues parece que su predicción va a cumplirse. Y ni siquiera sé todavía si tengo trabajo, no hasta que se firmen los documentos.

—Pero tú eres dueño de parte de la empresa —dijo Corrine para calmarlo—. Ya es algo.

—Melman tiene la participación mayoritaria. Y tiene sus propios planes, que no me incluyen necesariamente.

—¿No es posible —preguntó ella en voz baja— que te estés preocupando sin motivo?

—No lo creo.

Después de un largo silencio, Corrine dijo:

—Lo siento. No lo sabía.

Russell volvió a tumbarse.

—Tenías razón. Con respecto a todo el asunto. Ojalá no se me hubiera ocurrido nunca.

—Se solucionará.

Corrine alargó una mano y le acarició las arrugas de la frente, lo que de pronto la hizo recordar las estrías grasientas de la ballena varada junto a la casa de veraneo de Bernie Melman. Fue el día en que ella supo que todo iba a salir mal.

—Espera un momento... ¿no somos ya ricos?

—Puede que tengamos un par de millones en acciones si todo sigue adelante —dijo él con tono tristón.

—Madre mía. Entonces podrías retirarte y escribir poemas.

—Ya es un poco tarde para eso, Corrine.

—Solo tienes treinta y un años, Russ.

—Casi treinta y dos.

—Te compraré un bastón. ¡Venga! Todavía no es tarde para nada. Has hecho lo que todo el mundo desea hacer... has ganado un montón de dinero y puedes hacer lo que te apetezca.

—No soy lo bastante ignorante como para empezar desde el principio. Cuando tienes veinte años no sabes lo duro que es ser poeta o lo que sea, y si te engañas durante el tiempo suficiente y trabajas duro puedes tener la oportunidad de convertirte en lo que querías ser. No es solo cuestión de tiempo y dinero. Es cuestión de engañarte a ti mismo.

—Hace solo un par de meses te engañaste al creer que podías comprar una empresa.

—Puede que haya agotado mi capacidad para engañarme. En cualquier caso, es más fácil comprar una empresa que escribir un poema importante.

Aunque creía en mucho de lo que él decía, Corrine se habría entristecido si pensara que él lo creía de verdad. Si bien carecía del optimismo de Russell, reconocía que él tenía una tendencia a lo dramático.

—¿Por qué no me has contado todo esto antes?

—No me gusta quejarme.

—Hablar no es quejarse, por el amor de Dios.

—Entonces, ¿puedo decirte algo? ¿Puedo ser sincero?

—Claro que sí.

Corrine se apoyó en un codo y lo miró. En la oscuridad solo distinguía el contorno de su cabeza sobre la almohada y el brillo de sus ojos. Russell le cogió la mano.

—Estoy preocupado por ti. Estás demasiado delgada. Te veo desaparecer poco a poco ante mis ojos. Ya sabes que es un problema que has tenido antes. Creo que deberías buscar ayuda.

Corrine le dio la espalda y se subió las sábanas y la manta hasta los hombros. ¿Es que no se daba cuenta de lo enorme que estaba? Lo único que tenía que hacer era mirarla. Notó que la mano de Russell le tocaba la cadera.

—¿Es porque estoy demasiado gorda por lo que no quieres acostarte conmigo? —preguntó—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Corrine, no hagas esto.

—No te culpo por pensar que estoy gorda —dijo ella.

—Joder, ¿hablamos el mismo idioma?

—No grites.

Lo que lo ponía más furioso incluso era que, en el plano más elemental, Corrine tenía razón en una cosa. Ya no hacían mucho el amor, y estaba enfadado consigo mismo por haber perdido parte del deseo de hacerlo, algo que diez años antes nunca habría imaginado que pudiera pasar. Estaba enfadado porque ella se había acercado a la verdad en algo que él no podía soportar admitir: que la pasión no dura para siempre, aunque puedan reemplazarla otras cosas. La tragedia de la monogamia. Reconocerlo parecía desleal. También le parecía un fracaso de la virilidad; haber deseado a su mujer durante mucho tiempo y no desearla ya tanto le hacía temer que su propia vitalidad se desvanecía.

Russell encendió la lámpara de la mesilla, se levantó, apartó las sábanas y cogió a Corrine en brazos.

—Te vas a hacer daño en la espalda —protestó ella cuando la llevaba como a una niña por la habitación y luego la depositaba en el suelo.

—¡Mírate! —exclamó él ante el espejo de tamaño natural, y le abrió el camisón con ambas manos y empezó a quitárselo mientras ella forcejeaba.

Corrine hundió los dedos en la mejilla de Russell mientras él le quitaba de un tirón una de las mangas. Cuando le retorció tanto el brazo que ella pensó que se lo iba a romper, Corrine clavó los dientes en el hombro de Russell, haciéndole sangre. A pesar de toda su furia, no podía competir con él.

—Mira. —El camisón rosa estaba en la alfombra, a los pies de Corrine, que tenía los brazos sujetos detrás de la espalda. Con una mano Russell le sujetaba las muñecas, y con la otra le agarraba la nuca y la obligaba a mirarse en el espejo. Ella trató de liberar la cabeza.

—¿Qué ves?

Corrine cerró los ojos con fuerza y destellos opalescentes de color surgieron en la oscuridad detrás de sus párpados como

glóbulos de grasa que flotaran en el agua de una cacerola.

—¿Qué ves? Vamos, mírate.

A Corrine todo le daba vueltas. Mantuvo los ojos cerrados hasta que se sintió desaparecer en un agujero de náusea y negrura.

—¿Qué ves, maldita sea?

—A un monstruo —contestó ella enfrentándose por fin a su propio reflejo, viendo en manos de Russell una forma anónima que parecía un pavo del supermercado, gordo y blanco y desplumado.

—Prácticamente no hay nada que ver —dijo él.

—Un monstruo repulsivo.

Russell la soltó. Volvió a cogerla en brazos y la llevó con suavidad a la cama. De repente, Corrine se sintió ingrávida e insustancial en sus brazos, como si Russell no tuviera que hacer el menor esfuerzo para levantarla.

—Uno de nosotros tiene que volverse más pequeño —susurró Corrine—. Cada vez ocupas más sitio en la casa, demasiado espacio. Tengo la sensación de que ya no queda nada para mí.

Cuando Russell la dejó en su lado de la cama, el derecho, que siempre había sido el suyo desde que empezaron a dormir juntos años atrás, volvió a recuperar la sensación de peso y se hundió entre los muelles como torbellinos del colchón en una inconsciencia sin sueños.

Russell se despertó a las siete veintisiete, casi una hora más tarde de lo acostumbrado. Después de preparar el café en la cocina, se duchó y afeitó a toda prisa. A las ocho trató de despertar a Corrine. La besó en la mejilla y zarandeó con suavidad su hombro caliente y huesudo por temor a que se le rompiera en las manos. Un mechón de pelo rubio le rodeaba el cuello como una gargantilla de oro.

—¿Corrine? —Continuó sacudiéndola. Ella pronunció una débil sílaba de protesta y trató de apartarse de él.

Por fin Russell consiguió que abriera los ojos. Corrine le examinó la cara con expresión de temor.

—Levántate y arréglate.

Corrine cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Por favor.

—No tengo ganas de arreglarme.

Russell le apartó el pelo de la frente.

—Vale, pero tienes que ir a trabajar.

—No quiero volver a trabajar.

—Eso es un poco radical, ¿no?

Corrine abrió los ojos para mirarlo. Russell había visto aquella mirada antes, y lo asustó.

—Yo nunca quise ser una estúpida corredora de Bolsa. Tú me obligaste a serlo.

—¿Que yo te obligué?

—Me hiciste saber, de un modo no demasiado sutil, que necesitábamos más dinero. Yo quería sacarme el título y dar clases. Odio mi trabajo. Odio a la gente con la que trabajo. Lo odio todo…

—No sabía que te sentías así.

—No querías saberlo. Lo que querías era que trajese a casa el estúpido cheque de mi sueldo.

—No sabía que le tuviera tanto apego al dinero… ¿tanto me gusta?

—No, tú te dedicas a una profesión noble. No querías mancharte las manos con el dinero. Eres un alma sensible. Un puto Maxwell Perkins, eso eres. Russell Calloway, amigo y mecenas de la literatura. Pero no te importó convertir a tu mujer en una capitalista y mandarla a trabajar en la Bolsa. A prostituirse entre los yuppies.

—Por si no te has dado cuenta, últimamente he tenido mis escarceos con el dinero.

—¿Crees que no lo he notado? Y no resulta muy atractivo que digamos, cariño.

—Tampoco lo es tu humor. Haz lo que quieras. Yo me voy a trabajar.

—La semana pasada presenté mi dimisión —dijo Corrine cuando la espalda a rayas de la chaqueta de Russell desaparecía por la

puerta. Pensó que no la había oído, esperaba que no la hubiera oído, hasta que Russell volvió a aparecer en el umbral.

—¿De verdad?

—Ya te dije que iba a hacerlo —dijo ella, contrita—. Tú dijiste que lo entendías.

Russell se sentó en la cama, a su lado, se pasó las manos varias veces por el pelo, quitándoselo de la frente. Asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo—, si es lo que quieres.

—¿Lo dices en serio?

—No quiero que hagas algo que detestas hacer.

Corrine se apoyó en un codo y le dio un beso.

—No podía soportarlo más. La vida es demasiado corta.

Russell asintió con la cabeza.

—No le des más vueltas. Tienes toda la razón.

—Ya no sabía ni quién era. Y tenía la sensación de que nuestro matrimonio se venía abajo, además, como si se estuviera muriendo por falta de atención.

Russell sacudió la cabeza.

—No te preocupes por eso. Entonces… ¿cuándo lo dejas?

—El nueve. ¿Seguro que no estás enfadado?

—Seguro. Te llevaré a cenar para celebrarlo cuando vuelva de Fráncfort.

—Me había olvidado de lo de Fráncfort.

—Estaré fuera menos de una semana —dijo él.

—¿Quién va contigo?

—Solo vamos Washington, yo y el que se ocupa de los derechos.

—¿No va Trina? —Corrine lo miró a los ojos. Russell siempre evitaba mirarla cuando decía una mentira.

—¿Por qué iba a ir Trina? —Hasta que hubo terminado la frase no apartó los ojos.

¿Significaba eso que estaba diciendo la verdad o que ahora mentía mejor? Pero pareció lo suficientemente inocente mientras verificaba si tenía las llaves en el bolsillo y luego buscaba en el cajón

de arriba de la cómoda y tiraba al suelo la caja de los gemelos. Mientras Corrine especulaba sobre la falta de deseo sexual de su marido, la tranquilizó en cierto modo ver un poco de espuma de afeitar en su oreja.

37

Russell y Corrine llegaron en coche el sábado del último partido de softball. Jeff se había trasladado al edificio principal de la cima de la colina, una especie de progreso. La administración, cabía suponer, quería que los internos se dieran cuenta de que aquello iba cuesta arriba. Desde su modesta cumbre, con Delia sentada a su lado y la enfermera de esta a cierta distancia, Jeff los vio acercarse en el jeep. Russell había bajado la capota y Corrine llevaba una mano en la coronilla como para evitar despeinarse. Después de aparcar, Russell rodeó el jeep y le ofreció el brazo a Corrine, que saltó de su asiento y agitó la melena revuelta por el viento como un perro al salir del agua. Jeff no sabía si estaba preparado para afrontar su alegre saludo. La pareja más risueña de Norteamérica visita la casa de los locos. Todavía tenía que perdonarlos por haberlo metido en aquel sitio, y no le sentaba muy bien que tuvieran tan buena pinta, la verdad.

—Ahí están el príncipe y la princesa en su carroza de seis caballos —dijo Delia.

Como hacían siempre que estaban tensos después de una discusión, Russell y Corrine tendían a mostrarse abiertos y cómicos en sus intentos por montar un buen espectáculo y evitar que los otros se enteraran de sus problemas. Después de arreglarse el pelo, Corrine hizo una reverencia y se cogió del brazo de Russell. No la había dejado especialmente contenta hacer todo el trayecto hasta Connecticut con la capota del coche bajada, y menos en una fría mañana de primeros de octubre.

—No debemos someternos a la tiranía del calendario —zanjó Russell.

Bueno, pues bravo por nosotros, pensó ella, y se preguntó durante todo el camino por qué no se atrevía nunca a decirle a

Russell todo lo que pensaba, a pedirle lo que quería, en este caso que subiera la capota. Pero lo que de verdad se preguntaba era por qué, después de todos esos años, Russell no era más consciente de sus estados de ánimo y sus deseos. ¿Por qué tenía que mostrarle un maldito cartel cada vez que necesitaba algo? Russell siempre hacía patentes sus caprichos y deseos en cuanto se le ocurrían. No se le pasaba por la cabeza que ella pudiera comunicarse de un modo menos directo.

Cuando se perdieron en las afueras de Darien, Corrine echaba chispas. Y Russell se negaba en redondo a detenerse para pedir indicaciones, lo que a ella le recordó a su propio padre, que hacía exactamente lo mismo y prefería dar vueltas y más vueltas durante horas antes que demostrar su ignorancia delante de un extraño. Luego, cuando ella había sugerido que Jeff quizá estaría todavía un poco molesto con ellos, Russell respondió:

—Ni de coña.

A ella no le gustó que Russell diera a entender que no habían hecho lo adecuado, de modo que le había preguntado directamente si habría preferido que Jeff acabara matándose, y la respuesta de Russell fue:

—Es su vida.

De hecho, había añadido que había cosas peores en la vida que ser yonqui, y que a lo mejor Jeff no podía ser como los demás. Corrine se apeó bruscamente en un semáforo en rojo y cruzó tres carriles para pedir indicaciones en una estación de servicio, una información que le transmitió a Russell de modo cortante, y a partir de entonces no volvieron a hablarse hasta que se detuvieron en el aparcamiento del hospital.

Jeff echó a andar colina abajo para reunirse con ellos. Corrine corrió los últimos veinte metros y se abrazó a él. En aquel sitio, era raro el visitante que no se sintiera tenso; la rubicunda vitalidad de Russell lo hacía parecer especialmente fuera de lugar, y ser consciente de ese hecho lo hacía sentirse incluso más incómodo.

En cuanto vio a Jeff sonrió como un niño al que se le manda que lo haga delante de una cámara o de un pariente aterrador. Lo que quedaba en él de católico del Medio Oeste se avergonzaba ante la idea misma de un hospital mental, y todavía se sentía culpable del duro encierro de Jeff. Recientemente lo habían perturbado ciertos recuerdos de traiciones y abdicaciones. Veía que, mientras el mundo llamaba a la puerta de Jeff, él había ido retrocediendo hasta quedar en un segundo plano, llevado por una suerte de perverso sentido de la sobriedad sentimental, si no era pura envidia.

Al principio el éxito de Jeff había sido suyo también: las buenas críticas, las listas de libros más vendidos. Su estrella había ascendido junto con la de su mejor amigo. Pero en un determinado punto se cansó de que se refirieran a él como «el editor de Jeff Pierce»; le irritaba lo que, en su imaginación, era la percepción general de que su propio éxito se debía a la buena fortuna de ser amigo de un escritor con talento. Había contenido y domesticado sus propios apetitos hasta tal punto que le molestaba la súbita inclinación de Jeff a satisfacer sus deseos casi indiscriminadamente. Él no solo había sacado a pasear al perro: lo dejaba en libertad para comer lo que quisiera y para pelearse y follarse a las perras.

No era culpa suya que Jeff se hubiera vuelto un adicto, pero sabía que no le había ayudado.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Bienvenidos a Bedlam —saludó Jeff.

—Te hemos traído unas cuantas cosas —dijo Corrine balanceando una bolsa de Bergdorf.

Jeff alzó las manos para impedir que se la diera.

—Me temo que esos objetos tendrán que ser aprobados por los buenos celadores de este manicomio —dijo mientras los conducía al interior, donde los presentó ceremoniosamente al personal de guardia en el puesto de enfermería.

—¿Le permiten tomar chocolate? —preguntó la enfermera sosteniendo en alto una tableta de Toblerone de más de treinta centímetros de largo.

—Solo soy un yonqui —explicó alegremente Jeff.

Algunos pacientes con depresión seguían una medicación que virtualmente hacía explosión si se combinaba con ciertas enzimas del chocolate.

Los libros y pitillos pasaron la inspección, pero confiscaron el frasco de loción para después del afeitado Geo. F. Trumper al extracto de lima.

—Cristal —explicó la enfermera negando con la cabeza. Y tras haber leído la etiqueta, añadió—: Y alcohol…

—Aquí se esfuma mi oportunidad —dijo Jeff— de oler a gin-tonic.

Sobreponiéndose a su desaliento, Corrine le pidió que les enseñara su habitación. No había mucho que ver, pero hizo comentarios elogiosos de las vistas y de la luz que entraba por las dos ventanas. Con su cuarto de baño privado y sus muebles de pino que trataban de pasar por antiguos, la habitación podría haber pertenecido perfectamente a un hotelito de Nueva Inglaterra.

—Es preciosa —aseguró Corrine.

—Ni barrotes en las ventanas ni correas en la cama —dijo Jeff, advirtiendo el alivio de Corrine por no haber encontrado rastros de la naturaleza clínica y semipenal de la institución en la decoración interior—. La Carlyle House, donde me desintoxicaron, tiene ambas cosas.

Entre Russell y Jeff, Corrine se cogió del brazo de ambos cuando recorrían el jardín entre un intenso olor a hierba recién cortada y el aroma leñoso del otoño flotando en el aire.

—Me encanta el otoño —dijo—. Hay que quitarles la naftalina a los jerséis, rastrillar las hojas, y empieza la temporada de fútbol... todo eso. El verano está sobrevalorado. Yo era de esos bichos raros que no veían el momento de que empezaran las clases. Tenía todos los lápices afilados dentro del plumier y los cuadernos a punto.

—Odiábamos a las chicas como tú —comentó Russell.

Jeff vio a Delia acechando a la sombra de un enorme olmo. Cuando la saludó con la mano, la chica desapareció detrás del árbol.

—De hecho, a Corrine le gustaban las matemáticas —añadió Russell.

—Lo sé —dijo Jeff.

—¿Te imaginas?

—Eso es Carlyle House —dijo Jeff, señalando lo que parecía una elegante mansión georgiana blanca—. Escenario de espantosas torturas infligidas por inquisidores médicos y clérigos puritanos disfrazados de enfermeras.

—Bueno —intervino ella—, gracias a Dios, eso ya lo has superado. —Pasearon en silencio por un sendero en sombra. Corrine olisqueó el aire con gesto teatral y apretó los brazos de sus acompañantes—. ¿Sabéis a qué me recuerda esto? A aquel día maravilloso a comienzos de segundo cuando los tres nos saltamos el seminario de Trascendentalismo y nos fumamos un canuto en lo alto del observatorio.

—Muy trascendente —comentó Russell.

Jeff estaba a punto de decir que no lo recordaba cuando miró a Corrine y vio que estaba llorando. A ninguno de los hombres se le ocurrió una reacción apropiada, de modo que continuaron andando.

Enjugándose los ojos con el dorso de la mano, ella preguntó:

—¿Por qué da la sensación de que eso fuera ayer, cuando en realidad ha pasado tantísimo tiempo?

Se dirigieron hacia el campo de softball, donde el encargado de educación física, un joven interno con barba del hospital del estado, corría haciendo sonar un silbato. Los propios jugadores parecían anormalmente abatidos, dejando que el entrenador levantara la moral a ambos equipos.

—Oye, oye… ese lanzador tiene el brazo de goma o qué... Golpea sin miedo... Atentos, los demás...

—¿Por qué no juegas? —preguntó Corrine.

—Los peores momentos de mi juventud —dijo Jeff— iban asociados al béisbol. El olor a cuero y a chicle todavía me produce náuseas. Mi padre llevó a su feliz familia a Inglaterra en un programa de intercambio, y cuando volvimos, todos los chicos

jugaban al béisbol. Solo conseguí darle a la pelota al decimoséptimo intento, y después de eso lo único que hice fue empeorar. Una vez, en primero, llegué a la primera base, de modo que decidí destacarme alcanzando la segunda. Y eso hice. El problema fue que uno de mi equipo ya estaba en la segunda. Tuvo que intentar llegar a la tercera y nos expulsaron a los dos.

—Russell se muere por jugar. Fue el gran héroe en el partido de artistas y escritores de East Hampton.

Russell sacudió la cabeza en un gesto que se aproximaba a la modestia.

Se encontraban detrás de la tela metálica protectora, contemplando a un joven al que su enfermera y varios compañeros de equipo trataban de convencer para que jugase. A los treinta y cinco años, aunque pareciera un chaval de dieciséis, Rick llevaba unas greñas que hacían pensar que le había cortado el pelo un peluquero paralítico, y tenía unos ojos como líquido turbio tras los cristales de culo de botella de sus gafas. Rick era un caso grave, les contó Jeff en voz baja y, de hecho, iban a trasladarlo a un lugar más adecuado. Cuando Jeff lo conoció, se presentó como el presidente de Estados Unidos. Su identidad cambiaba con frecuencia, especialmente cuando veía la televisión. «Ese soy yo —decía cuando se fijaba en un actor—. Yo soy ese tipo.»

El médico de la barba lo enseñó a sujetar el bate delante del cuerpo para golpear la pelota. Sin hacer concesiones a las modas deportivas, Mickey, el amigo de Jeff, estaba en el montículo del lanzador del equipo de los adictos, muy elegante, si bien algo fúnebre, con su traje negro y sus puntiagudos zapatos de King's Road. Lanzó una pelota baja, que dio en el bate de Rick y rebotó hasta detenerse a solo unos palmos del bateador. Los depresivos que se apiñaban en las líneas de banda se pusieron a lanzar vítores y a gritar, animándolo a llegar a la primera base.

Rick echó a correr. Cuando se acercaba a la base, cambió de dirección y siguió corriendo. Su cuidadora, una matrona más hecha para sujetar a alguien que para darle caza, se lanzó en su

persecución con andares de pato. Rick viró a la derecha y salió disparado hacia la carretera, una ruta rural bastante transitada que describía una curva y se perdía de vista en el bosque de más allá. Los depresivos seguían soltando vítores, mientras el barbudo entrenadormédico correteaba de aquí para allá, como un roedor, entre el *home* y el extremo de la zona de lanzamiento, sin saber qué hacer. Rick corría sin gracia, como un niño que echa a andar; tropezó dos veces, perdiendo una de sus deportivas, pero su entusiasmo era ilimitado y dejó fácilmente atrás a la enfermera.

Russell echó a correr y atravesó a toda velocidad la hierba en dirección a la carretera.

Aunque iba deprisa, Rick no corría en línea recta y su errática trayectoria tendía a formar un arco hacia el punto donde la carretera describía una curva en dirección a los árboles, y Russell le cortó el paso justo después de que una furgoneta Volvo roja tuviera que virar bruscamente para evitarlo tocando el claxon. Russell trajo a Rick de vuelta al campo, sujetándolo por la cintura mientras el interno hacía aspavientos y se partía de risa, y finalmente se lo entregó a la enfermera, que estaba sin aliento.

Ambos equipos se habían quedado en silencio cuando los dos corredores se encontraron en la carretera.

—Calloway lleva a cabo otro rescate —dijo Jeff—. Uno más y te propondremos para que te canonicen.

Cuando volvían, Rick y Russell fueron vitoreados con el mismo entusiasmo que si formaran parte de un equipo ganador. Jeff había desaparecido. En el edificio principal, la enfermera les dijo que se había retirado a su habitación con dolor de cabeza y que les llamaría más tarde.

38

A Corrine siempre le había gustado el otoño, y en ninguna parte más que en Nueva York. Los exiliados regresaban de sus refugios de fin de semana o de verano, y los rascacielos medio fundidos parecían ponerse firmes cuando la brisa regeneraba la fétida ciudad.

Cuando Corrine iba al instituto, era la estación de las fiestas y los bailes y los chicos con petacas en los bolsillos de su primer esmoquin. Y unos años después, de triunfales reuniones urbanas con viejos amigos recién salidos del cascarón de los campus de Nueva Inglaterra, y de la formación de nuevas alianzas, todo lo cual parecía, según el viejo orden académico, dar comienzo con el fresco y fragante aire de septiembre. Lejos de conjurar ideas sobre la mortalidad, la caída de las hojas las hacía parecer el confeti de las fiestas. El otoño era una larga estación que llevaba al árbol de Navidad del Rockefeller Center y a las fiestas y a las cajas azul turquesa con lazos rojos de Tiffany.

Ese año, sin embargo, el equinoccio no vino a levantarle el ánimo. La ciudad parecía haber perdido su poesía. Los titulares eran horribles, las invitaciones a fiestas parecían billetes al limbo o a algo peor, y las hojas simplemente se secaban. Los hombres del comedor social vestían nuevas capas de ropa vieja, previendo con desaliento el frío; cada semana acudían más. La depresión de Corrine parecía sintomática de un malestar general, y le molestaba que Russell lo atribuyera todo a su aborto; y al mismo tiempo la molestaba lo poco que parecía haberle afectado a él.

La semana después de que visitaran a Jeff, Russell se fue a Fráncfort, donde la tribu internacional de editores se reunía una vez al año; llevaba semanas inquieto por el viaje. Corrine esperaba, sin fundamento, que se calmara a su regreso. Entre sus amigos y la gente de su clase, la dedicación exclusiva a una carrera se

consideraba una virtud cardinal, pero en opinión de Corrine el fanatismo planeaba sobre la Tierra. Comer, beber y hablar por teléfono con escritores, agentes y editores le exigía a Russell todas sus energías, y lo convertía en un tipo aburrido con su mujer, aunque sin duda Trina Cox pensaba que era maravilloso. Quizá se debía a su nueva sobriedad o a que iba a dejar su empleo al cabo de poco, pero Corrine tenía la creciente sensación de que, chismes aparte, la mayor parte de lo que pasaba por conversación en aquella ruidosa ciudad trataba solo de asuntos profesionales.

Durante su última semana de trabajo, Corrine veía bajar el mercado de valores. Llamó a todos sus clientes y les explicó que dejaba su empleo, y les aconsejó que convirtieran parte de su cartera en efectivo. A muchos los dejó al cuidado de Duane, pero a la señora de Leon Ablomsky, la viuda, le dio el consejo de que convirtiera todo su capital en dinero en metálico.

—La Bolsa está rara —explicó—. Me preocupa que siga jugando a la Bolsa.

A la señora Ablomsky le preocupaba más la nueva amistad entre ambas que su dinero.

—Supongo que no volveré a saber de ti.

—Prometo seguir en contacto.

—Los jóvenes lleváis una vida muy ocupada. Pronto tendrás familia, si Dios quiere, y ya no tendrás tiempo para mí.

Si Dios quiere, pensó Corrine con una punzada de angustia.

La mañana del martes 6 de octubre se desató el pánico como un fuego subterráneo y de repente todo el mundo vendía. Al terminar la jornada, la Bolsa había sufrido una caída histórica de noventa y dos puntos y de ciento setenta y seis millones en el volumen de transacciones, y los colegas de Corrine quedaron aturdidos por aquel desplome. Todos se batieron en retirada hacia Harry's para una copa *post mortem*, maldiciendo los elevados índices alemanes, el programa de comercio, la amenaza de los presupuestos y los déficits

del comercio. Aunque Corrine había estado frenética como todos los demás durante el día, ahora se sentía al margen de todo aquello.

Al día siguiente, el índice Dow bajó treinta puntos y luego experimentó un leve ascenso y cerró habiendo recuperado dos puntos. Nadie tenía la clave de lo que pasaba.

El jueves, la Bolsa cayó treinta y cuatro puntos. Un humor hosco predominó en la fiesta de despedida de Corrine del día siguiente, en la que la felicitaron por haber elegido el momento oportuno. Entre los regalos de despedida había dos osos de peluche. Su jefe, que le regaló unas cartas del tarot como prueba de sus famosas supersticiones, sugirió que el mercado bajaba anticipando su marcha y que les debía a todos quedarse. El regalo de Duane, *La interpretación de los sueños*, llevaba escrito: «A una chica de ensueño, con cariño, Duane». Cuando se terminaba la fiesta le pidió que fuera a cenar con él, pues sabía que Russell estaba en Fráncfort. Ella mintió y dijo que tenía una cita, y lo invitó a cenar en su apartamento la semana siguiente.

Estaba planeando celebrar una fiesta sorpresa con motivo del cumpleaños de Russell. Se resistía a la idea de invitar a Trina Cox, pero comprendió que parecería premeditado y poco amable. Llamó desde su despacho al de Trina. Contestó un secretario que le dijo que Trina estaría fuera del país unos cuantos días.

—¿Fuera del país? —repitió ella, casi incapaz de hablar.

—En Bruselas —contestó el secretario—. Para ser precisos.

Corrine se sintió aliviada. Bruselas estaba bien.

—Espere un momento... Lo siento, ayer estaba en Bruselas, pero hoy está en Fráncfort.

—Oh, Dios.

—¿Tiene su número?

—¿Está en el Frankfurter Hof?

—Le ruego que me perdone. No la he oído bien.

—Si se hospeda en el Frankfurter Hof.

—Déjeme ver... sí, eso es. ¿Quiere dejarle algún recado entretanto?

Una rugiente tormenta de viento y ruido pareció arreciar sobre ella, y cuando amainó, tenía el auricular pegado a la oreja y una voz decía:

—¿Quiere dejarle algún recado?

—No, gracias.

Marcó dos veces mal antes de completar adecuadamente la segunda secuencia de números. No contestó nadie en la habitación de Russell, lo que no la sorprendió; casi se sintió aliviada. Al fin y al cabo, quizá tuviera una explicación satisfactoria de los motivos por los que Trina Cox estaba en Fráncfort, en su hotel, aunque había negado de forma específica que fuera a ir. Irracionalmente, imaginó que aquel período de gracia le daría una oportunidad a Russell de recobrar la sensatez y reparar cualquier daño que pudiera haber hecho. El recepcionista le preguntó si quería dejar recado.

—Sí, lo dejaré.

—¿Es un recado para el señor o para la señora Calloway?

—¿La señora Calloway? ¿Está ahí la señora Calloway?

—¿Quiere dejarle un recado a ella?

—No. El recado es para el señor. De Corrine, señora Calloway... la auténtica señora Calloway... Dígale... El recado es... Oh, Dios mío...

No creía que consiguiera llegar al servicio, pasando ante todos los puestos de trabajo, pasando junto a los enormes cuerpos de los desconocidos y las caras blancas que giraban como torretas de cañón siguiendo su marcha.

En el cuarto de baño, se sentó en el retrete de un cubículo con la cara apoyada en la fría pared de metal, sujetándose al dispensador del papel higiénico, tratando de contener las oleadas de angustia y náusea.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado cuando se abrió la puerta y entró por ella una ráfaga de conversación estridente

acompañada del repiqueteo de unos tacones altos en las losas del suelo.

—¿Y ella llamó a tu casa?

—Llama a mi casa y dice: «Soy la señora Townsend. La mujer de Harlan». Subrayó la palabra «mujer», como para impresionarme. ¿Sabes? ¿Qué quería, una medalla? Solo porque se las apañó para que la dejaran preñada hace diez años. De modo que yo digo: «¿Quién?».

—No. ¿Dijiste eso?

—Digo: «¿Quién?». Así mismo. Justo como te lo estoy diciendo a ti. Completamente tranquila, ya sabes, como para no darle a ella una satisfacción. Conservando mi dignidad, ya sabes, para dejarla a ella en ridículo. Así que digo: «¿Quién?». Y ella va y suelta: «Ya sé quién eres». Como si me hubiera pillado con las manos en la masa o algo así.

—No puede demostrar nada.

—Eso digo yo. No es que tuviera fotos o algo así. Conque voy y le digo: «No sé de qué me está hablando, pero no hay nada por lo que me deba sentir avergonzada, y en cualquier caso, si no es usted feliz en su casa, no me eche la culpa a mí, y además...».

—Yo sí te echo la culpa —dijo Corrine, saliendo con gesto violento del retrete.

—¿Y tú quién eres? —preguntó la atemorizada mujer que tan hábilmente había manejado a la señora Townsend, mientras Corrine se le acercaba como el ángel vengador del matrimonio.

39

Trina llegó a Fráncfort a mediodía, tras haber terminado pronto sus asuntos en Bruselas. No habían planeado exactamente que se verían en Fráncfort, pues un plan suponía un compromiso, pero cuando ella sugirió que podría pasar un día, Russell dijo que a lo mejor resultaba divertido, lleno de admiración por el hecho de que ella tomara aviones entre dos ciudades europeas como si tal cosa, por el generoso esfuerzo que eso implicaba. Últimamente, le costaba convencer a Corrine de ir en taxi al centro.

Trina no había tenido intención de quedarse en la habitación de Russell, desde luego, pero cuando llegó, se enteró de que no había ni una sola habitación libre en toda la ciudad, ni mucho menos en el gran hotel en el que se alojaba él, uno de los pocos edificios de preguerra que quedaban y, en aquel momento, el ajetreado centro del mundo del libro europeo. El señor Calloway no estaba en su habitación, y el recepcionista de chaqueta roja y porte marcial no sabía cuándo volvería. Trina estaba sudorosa y cansada y tenía atascado entre dos molares un trozo muy molesto de la salchicha que había tomado para desayunar. Quedarse en el vestíbulo, por muchos mullidos sofás y butacas que hubiera, no era la idea que ella tenía de pasárselo bien, y no era el tipo de chica que deja su existencia en manos del destino.

—Soy la señora Calloway —dijo—. Por favor, ¿podría indicarme cuál es nuestra habitación?

Si el recepcionista tuvo alguna duda al respecto, la altiva actitud de Trina se impuso. El tipo llamó a un botones con un grito gutural. Cuando Trina se volvía, dijo:

—¿Podría tomar nota del número de su pasaporte, señora Calloway?

—Por supuesto. —Trina hurgó en el bolso que llevaba colgado del hombro y sacó el documento. Al abrirlo, añadió—: Es mi nombre de soltera, claro.

Cuando Russell volvió a su hotel a vestirse para la cena, encontró a Trina haciendo abdominales en el suelo, con los tobillos anclados bajo el pie de la cama.

—Te compré unos bombones en Bruselas —dijo—, pero luego decidí traértelos yo misma.

Tras varias citas consecutivas con la copa correspondiente, Russell quedó desorientado por la visión de su banquera de inversión con unos finos pantalones cortos de deporte y una camiseta muy ajustada y una pátina reciente de sudor en los brazos, las piernas y la cara. El beso de Trina fue relativamente contenido, meramente de saludo, quizá para compensar la ocupación del cuarto. Pero el olor animal de su cuerpo impregnaba el aire de tal modo que el resultado de la noche, para Russell, pareciera ineludible, incluso antes de que ella se quejara de que anteriormente nunca había tenido problemas para conseguir una habitación de hotel. Durante meses, Russell había imaginado y planeado ese encuentro; ahora se echaba atrás y buscaba un aplazamiento de su deseo en el mismo momento en que su consumación se volvía inevitable. Incapaz de enfrentarse a este dilema inminente, Russell descorchó una botella de champán del minibar y le contó a Trina chismes de la feria: Harold Stone andaba por allí como un ministro sin cartera y un fantasma de los Fráncforts anteriores.

—Envenenando mi pozo, seguro.

Washington hacía juegos malabares con tres mujeres diferentes. Camille Donner, la antigua amante de Victor Propp, se había lanzado, y vendía los derechos extranjeros de su *roman à clef*, al tiempo que buscaba un nuevo compañero. Por la feria circulaba un capítulo del libro que presentaba un retrato de cierto pretendiente de mediana

edad al título de Gran Novelista Norteamericano, y que era impotente en la cama y en su mesa de trabajo.

—Pobre diablo —concluyó Russell en un arranque de lealtad, lamentando haberse divertido al contar el cotilleo.

—Todos somos lo bastante fuertes para soportar las desgracias de nuestros amigos.

—Es terrible tener que decir eso —dijo Russell, que admiraba la dureza de Trina, aunque no podía evitar pensar en Jeff.

—Creo que se lo he robado a Montaigne. —Trina no tenía conocimiento de lo que Washington llamaba los peligros de Pierce.

—¿Qué planes tienes? —De pronto, Russell se sentía inquieto, calculando que tenía diez minutos para ducharse y cambiarse si debía esperar, como temía, veinte minutos en la cola de los taxis, y emplear media hora en el trayecto hasta el castillo del oeste de la ciudad donde tendría lugar la cena.

—Tengo un billete para volar mañana a Nueva York —respondió ella, y añadió con timidez—: Se me ocurrió que podría utilizar tu sofá esta noche. —Russell no había preguntado a Trina cómo se las había arreglado para entrar en su habitación; era una mujer llena de recursos—. Si es un problema para ti, puedo coger un vuelo esta misma noche.

—No, no. Quédate aquí. No hay problema. Quiero decir… me alegro de que hayas venido. —Claro que había problema, pero por algún motivo, Russell no era capaz de decirlo. Se supone que los hombres no deben admitir, le parecía a él, que puede haber circunstancias en las cuales no necesariamente desean acostarse con una mujer.

Trina lo acompañó a la cena, un acontecimiento importante que organizaba ese año, y todos los viernes de la feria de cada año, un editor alemán que la llamaba su «cena de los veintiuno», en clara referencia al restaurante; una cena con veinte de sus colegas favoritos, aunque la cifra aumentaba a veces según el entusiasmo de los invitados. Russell no vio otra alternativa que pedir a Trina que le acompañase. Pero se sintió contento cuando la tuvo a su lado en el

taxi y mientras cruzaban la verja de entrada y enfilaban la empinada cuesta, con las ventanas góticas del *Schloss* despidiendo un brillo amarillo sobre ellos.

—Todo esto siempre me hace pensar en Wagner —comentó Russell.

—Madre mía —exclamó Trina, bajando la vista—. No sé si mis tetas son lo bastante grandes para Wagner.

—Yo diría que darán el pego perfectamente —dijo Russell.

Para cuando terminaron las copas en la barra, Trina había cautivado de tal modo a su anfitrión, el editor de setenta y cinco años, que este, con destreza, cambió la disposición de los comensales con objeto de sentar a Trina a su derecha, donde, cuando ella se inclinaba para coger el cuchillo, disfrutaba de una visión bastante clara de su pecho derecho. También estaba impresionado, como todos los presentes, por sus partes de guerra de las altas finanzas, y por el hecho de que Trina en una ocasión había cazado patos en la misma zona de Escocia que él visitaba en noviembre. Cuando habían apurado una botella de Château Palmer del 61, a la que le pisó los talones una de Krug, Russell se permitió sentirse orgulloso de su acompañante. Bajo los techos abovedados y las arañas barrocas, con un fondo de tapices medievales, sentado junto a la esposa joven y con mechas rubias de un famoso novelista italiano, tuvo que admitir que incluso la ilusión de la buena vida ocasionalmente podía ser suficiente.

Russell estaba encantado de estar allí con el viejo Hoffman, que era la clase de editor que él deseaba ser: un hombre de principios al tiempo que un hombre de mundo, que durante la guerra se había exiliado voluntariamente en Nueva York. Al igual que Whitney Corbin, Hoffman había nacido para los negocios, pero a diferencia de Corbin, se ocupaba de ellos con pasión, y amplió el imperio intelectual y literario de su padre. Brecht, Mann y Hemingway se contaban entre sus amigos, y cuando había fijado su atención en Russell durante la feria del libro de dos años antes, el joven editor americano sintió una oleada de emoción al verse incluido en aquel

extenso círculo. El año anterior, Hoffman había editado una traducción del libro de Jeff, y para celebrarlo habían pasado la última noche de la feria del libro bebiendo juntos hasta las cuatro de la madrugada. Lo que había impresionado a Hemingway cuando se conocieron, le contó Hoffman a Russell, era que el joven Hoffman aguantaba muy bien la bebida. El año en que su padre publicó *Muerte en la tarde*, Hoffman había tomado copa tras copa con el famoso escritor sin efectos visibles; y a Hoffman le alegraba ver que el joven Calloway también aguantaba la bebida.

La atención del viejo significaba mucho para él, y sin pararse a pensar demasiado en las implicaciones, Russell decidió que la admiración que Trina despertaba en Hoffman era otra bendición, un entusiasmo masculino compartido. Entretanto hablaba con la mujer del novelista italiano sobre las Brigadas Rojas y especulaban sobre por qué se habían publicado tan pocas novelas en los años sesenta. La mujer se acercaba a los cuarenta y había sido amante de un famoso terrorista. Su historia como amante de hombres famosos empequeñecía la de Camille Donner y le daba un aura tan palpable como el intelecto de su anciano marido.

—Equilibrar la necesidad de organización social con las exigencias anárquicas del corazón es una cuestión extremadamente compleja —dijo Russell, en voz alta.

—En aquella época creíamos que era muy simple, blanco o negro —intervino ella, pensando que Russell todavía hablaba de política.

Sirviendo otra copa de clarete, él dijo:

—Me refiero a que quiero a mi mujer, pero a veces me pregunto si… bueno, si no será una falta de generosidad por mi parte no amar a otras mujeres. —Tenía la sensación de que ella, como amante avezada y europea, entendería qué quería decir exactamente.

—Los americanos sois como niños —declaró la mujer—. Creéis que el matrimonio se basa solo en el amor, lo que significa que solo debéis acostaros con una persona para siempre. No me extraña que os divorciéis tanto.

Mirando al marido de setenta años, Russell pudo imaginar que ella tuviera una visión más amplia de los motivos por los que uno se casa. ¿Fue una coincidencia que ella aprovechara ese momento para sonreír con dulzura y decirle que iría a Nueva York el mes siguiente?

Sentada a su otro lado, Trina le pellizcó el muslo.

—Gracias por traerme —le susurró al oído, aprovechando la ocasión para besarlo en el cuello.

A Russell se le ocurrió que debería llamar por teléfono a Corrine; podría resultar un poco delicado llamarla más tarde desde su habitación, sobre todo si quien llamaba era ella. Hoffman y Trina intercambiaron sus asientos. El editor rodeó con un brazo paternal los hombros de Russell y le ofreció un puro. Se interesó sobre los planes para la nueva empresa. Russell se puso a explicarle la situación del mundo editorial estadounidense, gesticulando con la mano. Con uno de esos gestos derribó una copa de vino, que se derramó en la mesa.

—Sí, sí, tienes toda la razón —exclamó Hoffman—. Ya no es hora de vino. ¡Traigan el Armagnac!

La fiesta continuó en la ciudad, en el Lipizzaner, el piano-bar del hotel. Compartían mesa con unos bulliciosos escandinavos. Una botella de aguardiente desapareció rápidamente. Uno de los suecos comentó:

—Los fineses beben como cosacos.

«¿Como cosacos? ¿Los fineses?», se preguntó Russell. Quizá eran fineses pero andaban cortos de *finesse*, pensó.

Unos instantes después iba camino del servicio de caballeros, del que Trina acababa de salir porque ella no era de las que hacían cola. Lo arrastró al interior y lo empujó hasta arrinconarlo contra el lavabo, donde fundió la cara con la de Russell y hurgó con la lengua en las profundidades de su garganta, mientras sus manos realizaban operaciones cartográficas en la superficie. En semejante situación los encontró Harold Stone, que apareció de repente en el umbral. Un instante después se había ido, y Russell casi llegó a creer que había imaginado su presencia, de no ser por la expresión de profundo

desprecio de Harold, que pareció desagradablemente real. Trina, sin embargo, ni reconoció ni vio siquiera al intruso; su pasión siguió desatada. Pero Russell se sintió pescado in fraganti y degradado por aquella mirada, por breve que hubiera sido. Se vio como un idiota y un débil, alguien que se dejaba llevar por los demás, demasiado convencido de su propia decencia. Tuvo miedo, de repente, de no ser un tío serio, de que, pese a compartir su debilidad, carecía de la *gravitas* de hombres como Harold Stone y Hoffman. Él no formaba parte del altar de los importantes; nunca lo haría.

De vuelta en el bar, le hizo falta una copa más para emborronar su percepción. Cuando mandó una botella de champán a la mesa donde Stone recibía en audencia a un grupo de Gallimard, se la enviaron de vuelta. Desafiante, concentró toda su atención en el vestido tan escotado de Trina, su camarada de insurrección juvenil. Y cuando ella se inclinó para susurrarle algo al oído, mandó a freír puñetas todas las reglas y convenciones.

Arriba, tumbado en la cama, separando la seda de la carne, vio una luz roja que parpadeaba en la habitación y recordó aquellos versos de *Love in Vain*, que decían «la luz roja era mi chica». Pero le parecía que estaba muy lejos, con agua de por medio, y entonces Trina cayó sobre él como una ola que arrasó con sus escrúpulos.

Horas más tarde, las sensaciones acuáticas habían dejado paso a un desierto, y una aguda sequía tenía lugar en la boca de Russell. Una desolada luz grisácea se filtraba entre los visillos de gasa blanca. Despertando bruscamente, advirtió al instante que algo iba mal, aunque le llevó varios segundos reunir y valorar las pruebas. Notaba un cuerpo a su lado, y esperó contra toda esperanza encontrarse en casa, pero el ambiente no le resultaba conocido y el cuerpo, por primera vez en muchos años, no era el de Corrine.

La luz parpadeante que indicaba que tenía un mensaje sirvió para despertar sus sentidos y liberar la jauría de la culpa. El mensaje que llevaba esperando durante toda la noche era sin duda de

Corrine. La luz roja continuó parpadeando mientras los números rojos del despertador junto a la cama indicaban que eran las 6.55. Cerca de las dos de la madrugada en Nueva York.

Aparentemente tallada en una piedra fría y rosácea, Trina no se movió cuando él se levantó con sigilo de la cama, recogió el sobre con mensajes de debajo de la puerta y se atrincheró en el cuarto de baño equipado con teléfono, donde lo primero que hizo fue beber varios litros de agua directamente del grifo.

Aunque no estaba seguro de cómo lo habían pillado, la verdad es que no le sorprendía. «La bigamia todavía es ilegal aquí. Nos veremos en los tribunales.» Sentado desnudo en el suelo con la cara apoyada contra la pared alicatada, consideró sus opciones. Tenía que llamar, sin duda. De todas las cosas que podría haber tenido que hacer en aquel preciso instante, sintiéndose como se sentía, llamar a Corrine era la que menos le apetecía. Se le ocurrió que tal vez ni siquiera estaría. Que a lo mejor ya le había dejado.

Saltó el contestador automático; oyó su propia voz a través del océano diciéndole que no había nadie en casa. Después de la señal, le habló a la máquina, pidiéndole a Corrine que descolgara, temeroso de que lo hiciera. La cinta se detuvo y la comunicación se cortó. Una segunda llamada tuvo los mismos resultados.

Tenía previsto coger el avión al día siguiente y tenía cinco o seis citas concertadas hasta entonces, citas a las que, decidió, no podía permitirse asistir. Llamó al conserje y pidió que le reservara un billete en el próximo vuelo a Nueva York. Quería salir de aquella habitación inmediatamente.

Tumbada boca abajo, con los brazos extendidos y el culo ligeramente respingón, Trina se movió por fin: levantó la cabeza y miró brevemente a su alrededor antes de dejarse caer de nuevo.

—¿Qué haces? Vuelve a la cama.

—Hago las maletas.

—Vuelve a la cama y fóllame.

—Es una oferta estupenda, pero...

—Oye, espera un momento. —Trina se volvió boca arriba—. Creía que te quedabas hasta mañana.

—Ha llamado Corrine.

—Ah. La oveja casada que tira de su pareja.

Russell fue al cuarto de baño a recoger las cosas de afeitar. Cuando volvió, la expresión de Trina era desafiante.

—¿A qué viene tanta historia? Ella no sabe nada.

—Lo sabe.

—Bueno, pues si ya estás condenado, qué más da que cometas dos veces el mismo pecado.

Russell decidió no pedir más detalles, pero la pura verdad era que ni siquiera recordaba el primer pecado en sí.

¿Era pura formalidad alemana, se preguntó, o captaba cierta frialdad en recepción? Con discreción, Russell hizo entrega de un sobre que contenía doscientos dólares al subdirector, un soborno con el que pretendía asegurarse una habitación para el año siguiente. El subdirector inclinó la cabeza varios milímetros en señal de agradecimiento por el regalo.

Russell nunca había perdido del todo la conciencia. Los fragmentos que no recordaba de la noche anterior lo asustaban todavía más porque parecían señalar una traición por parte de su cuerpo. Habiendo disfrutado desde la universidad de una extraordinaria tolerancia al alcohol, no podía entender esa traición, ni creía haber bebido mucho más que en otras ocasiones, cuando solo padecía una mera resaca.

En el taxi al aeropuerto consideró el desastre que había dejado a sus espaldas mientras se palpaba compulsivamente los bolsillos, el clásico gesto instintivo y aterrorizado del viajero aturdido, y fue incapaz de encontrar las llaves en ninguno de ellos. Temía que Corrine no lo dejara entrar en casa. En el aeropuerto registró todo el equipaje y tampoco consiguió encontrarlas. Sentado entre sus

maletas despanzurradas, tuvo ganas de llorar, pero sus conductos lacrimales parecían haberse secado, al igual que sus ojos.

Con cierta dificultad, convenció a la operadora del hotel para que llamara a su habitación, explicando que, aunque el señor Calloway ya la había dejado, quedaba allí un cuerpo dormido que pertenecía a la supuesta señora Calloway. Después de diez timbrazos, la operadora le dijo que no respondía nadie; Russell pidió que lo volviera a intentar. Por fin Trina descolgó. Su tono de voz no fue muy risueño que digamos.

Le explicó lo de las llaves.

Al cabo de varios minutos, ella volvió a ponerse al teléfono para decirle que no aparecían.

—Vaya, parece que andas perdiéndolo todo, ¿no es eso? —comentó—. Las llaves, los nervios…

—¿Por qué me ha tratado el personal como si fuera el Anticristo al pagar la cuenta? ¿Qué hice?

—No lo sé. Bueno, sí que amenazaste con comprar el hotel cuando nos pidieron que nos fuéramos del Lipizzaner a la hora de cerrar.

Pareció de justicia divina que la clase preferente estuviera a tope, que el avión tuviera que esperar tres horas en la pista de despegue con los pasajeros ya a bordo, y que Russell fuera sentado junto a un bebé aquejado de cólicos.

40

—¿Crees que la literatura puede salvarte?

Eran las primeras palabras que Jeff oía pronunciar a Delia en varias semanas.

Estaban sentados a la mesa en Glover House, a la hora de la cena, hablando sobre el suicidio. Mac, un depresivo gordo que enseñaba historia en la universidad de Connecticut, había explicado que la cuerda se rompió cuando trató de ahorcarse. Delia, sin embargo, parecía dirigirse a Jeff.

—¿A mí en concreto? —preguntó Jeff, hablando suavemente, temiendo que su voz pudiera asustarla y volviera a encerrarse en sí misma—. ¿Preguntas si puede salvarme a mí?

—A ti o a quien sea. ¿Puede ayudar a la gente?

—No puede salvarte, pero sí te puede matar. —Jeff advirtió que su vaga coquetería la había decepcionado, y lamentó que hubiera vuelto a refugiarse en el silencio.

Habiendo decidido que Delia ya no era un peligro para sí misma, las autoridades le habían permitido por fin dejar el nivel tres, en el que la atendían enfermeras especiales las veinticuatro horas del día.

Y en esa fría noche de octubre tomaba, o más bien no tomaba, su primera comida sin vigilancia.

—¿Qué es esta porquería? —preguntó Mickey, con un trozo de carne pinchado en el tenedor.

—Se llama ternera —soltó Jeff—. Cría de vaca alimentada con leche.

—No puedo comerme esto. ¿Sabes qué les hacen a estos animales? Los cuelgan en salas a oscuras y...

—Comida cruel —declaró Delia.

Jeff tendió una mano y le sujetó la suya a Delia mientras encendía el pitillo. A todos los internos les temblaban las manos

debido a la medicación que tomaban, o a la que estaban dejando de tomar.

Mickey explicó entonces que iba a patentar un palo con forma de tirachinas para uso en instituciones como aquella. Diseñado para sujetar las muñecas temblorosas, la horquilla de la Y estaría forrada de tela de un color psicológicamente neutral.

—Ganaré millones. Y volaré en mi helicóptero privado sobre la terraza de mi padre y le mearé encima mientras toma el sol.

El doctor Taylor apareció en la cola de la comida, una rara aparición pública que a Jeff le recordó la absurda sesión de aquella tarde.

—¿Cree que Caitlin le dejó porque no le gustaba su perro? —le había preguntado—. Parece un poco simplista.

—«Cualquier hombre que me quiera debe querer a mi perro también.» Sir Francis Bacon. Pero no el pintor.

—¿Está hablando metafóricamente?

—Guau, guau.

En la sala de estar, entre las demás antigüedades, Babs Osterlick, la del pelo azul, y Evelyn Salmon, la pechugona, estaban sentadas en sus lugares habituales observando el éxodo de después de la cena.

—Ahí viene ese chico alto tan simpático.

—Jeffrey.

—Hola, Jeffrey.

Jeff saludó con la mano.

—Es de muy buena familia —comentó Babs—. Sus padres tienen una casa cerca de la nuestra en Mount Desert Island.

—Muchos borrachos son de buena familia. ¿Es borracho o chiflado?

—Drogadicto, creo.

—Me gustan los hombres altos.

—Una chica muy guapa —dijo Babs cuando Delia pasó ante ellas un momento después—. Bonito pelo.

—Pero está muy flaca —observó Evelyn—. A los chicos les gustan más llenitas en la parte de arriba.

—¿Adónde van todos? —quiso saber Babs—. ¿Ya es la hora de la película?

—Los borrachos tienen que celebrar antes su reunión.

—¿Qué película ponen?

—La de ese actor joven... ¿cómo se llama?

—Warren Beatty.

—No, el otro. El travieso.

—Jack algo.

—Eso es.

Delia se reunió con Jeff en el porche, donde él fumaba un solitario pitillo antes de la sesión de alcohólicos anónimos.

—¿Oyes voces? —preguntó ella.

—¿Ahora?

—He oído decir que los escritores oyen voces.

—Lo intento —afirmó él—. Últimamente no oigo mucho de nada.

—Yo sí.

—¿Qué dicen las voces?

—Me dicen que soy mala persona. Me dicen que haga cosas.

—¿Qué cosas?

—A veces me dicen que me haga daño a mí misma.

—Yo oigo una voz así. La del monstruo de la droga. «Dame de comer, dame de comer.»

—¿Es una voz de chico o de chica?

—Ahora es una especie de gruñido, pero empezó como una voz femenina que susurraba al otro lado de mi ventana, atrayéndome hacia la noche. La llamada del deseo.

—Me gustas —declaró ella con la franqueza sin tapujos de la locura.

—Tú también me gustas.

—Y me gustan tus amigos Russell y Corrine. Antes no, pero ahora sí. Tienen una brillante aura verde.

Jeff dio una larga calada a su pitillo, luego miró a Delia a los ojos.

—Son estupendos —dijo al cabo de un rato—. Claro que sí.

—Tengo algo dentro del cuerpo —reveló Delia.

Jeff asintió con la cabeza, como dando a entender que eso solía pasar.

Entonces llegó la hora de la reunión de alcohólicos anónimos.

Después de la cena los depresivos recibían su segunda dosis de medicación: píldoras multicolores en un vasito. Delia tomaba litio, Nardil y Largactil, más un complejo vitamínico. La suya era una de las medicaciones más potentes. Los que tenían problemas con las drogas, que no recibían medicación, la envidiaban. Los médicos todavía trataban de acertar con las dosis adecuadas para ella. La semana anterior, Delia casi había atravesado el techo de la Glover House cuando por fin el Nardil le había hecho efecto al cabo de ocho días. Cuando no respondió al medicamento durante la primera semana aumentaron la dosis, hasta que finalmente se despertó a la una de la madrugada declarando que era la criada del Señor, y tuvieron que mantenerla bajo vigilancia constante durante dos días.

Las reuniones de alcohólicos anónimos se celebraban en Carlyle House. Jeff, Delia y Mickey ocupaban tradicionalmente los mismos asientos en el rincón del fondo a la derecha. Parecía importante seguir una rutina.

Al cabo de una media hora, Mickey le dio un codazo a Jeff en las costillas.

—¿De verdad ha dicho que se llama Brit Hardy?

El recién llegado tenía aspecto británico, con sus pantalones de algodón con pinzas, su camisa Oxford rosa de cuello abierto, y un

pelo rubio y espeso por el que parecían haberse deslizado los dedos sin anillos de chicas llamadas Sloan y Kelsey.

—Hubo una noche en que casi le doy gatillazo a todo —estaba diciendo.

—¿Gatillazo? —repitió Jeff.

—Acababa de hacer un gran negocio comprando acciones de una mina de bauxita y me di cuenta de que había ganado doscientos de los grandes en un día, y claro, compré ocho gramos de coca para celebrarlo. Total, que estaba sentado en mi loft con mi novia, que por cierto era miss Brasil 1985...

La confesión como otra forma de presunción —se dijo Jeff—, que no se distingue de la fanfarronería. Cada vez que los alcohólicos contaban sus batallitas, multiplicaban las botellas y hacían crecer los montones de cocaína hasta que todo el procedimiento parecía una extensión de la embriaguez y el exceso que los habían hecho acabar allí. Solo era una gilipollez, como la terapia, como todo lo demás. Nos estamos ahogando en esta mierda —pensó Jeff—, y asfixiándonos con ella.

Aquella noche, la víspera de su marcha hacia Fráncfort, Washington cogió el tren para visitarlo, dominando, insistió, su profundo temor a la autosuperación y a la filosofía de la abstinencia.

—¿Tienen que someterse a una prueba de drogas los visitantes? —preguntó por teléfono.

Él y Jeff jugaron al billar en la sala de juegos, hablaron de lo gilipollas que se había vuelto Russell. Jeff se sintió a sus anchas por primera vez en meses. La sensación que ambos tenían era que lo habían trincado bien trincado al llevarlo allí.

Delia dio un paseo, el primero sin supervisión en semanas. Temiendo que sus privilegios pudieran verse revocados en cualquier momento, quería poner a prueba su libertad, más que disfrutar de ella. No estaba acostumbrada a estar sola, y no tenía muy claro que fuera a gustarle la idea.

Media hora antes del toque de queda, salió de Glover House en dirección al edificio principal, dio un largo rodeo y pasó junto a la pista de tenis y la capilla. El aire era gélido y cortante, y la luna estaba casi llena. El frío parecía darle pequeños pinchazos en las ventanillas de la nariz y en los pulmones; los postes metálicos negros de las farolas que señalaban el camino estaban glaseados de blanco. Las farolas estaban colocadas a intervalos de tres metros, y cuando Delia entrecerraba los ojos, parecían despedir rayos de luz, como estrellas de un libro ilustrado en una alargada constelación que indicaba el puente a otra galaxia. Abrió los ojos y continuó su camino, pasando de largo una farola cuyo cristal estaba roto. Anduvo junto a la pista de tenis y casi había llegado a la capilla cuando volvió sobre sus pasos, sin entender exactamente por qué, impulsada casi en contra de su voluntad, diciéndose que solo quería echar otra ojeada y tratando de imaginar un aspecto puramente teórico en su interés —le extrañaba que en una institución donde se tomaban tantas molestias para suprimir los bordes cortantes, tuviera ante sus narices un arma potencialmente mortal—, pensando que se limitaría a mirar y confirmar lo que había visto; porque claro, si te dicen que no puedes tener determinado objeto, llegas a sentir verdadera fascinación por el objeto prohibido, hasta te obsesionas con él. Podía sentir un cosquilleo de ilícita expectativa mientras se acercaba a la farola rota, mirando por encima del hombro para asegurarse de que nadie la viera, notando que el ritmo de sus pasos era ahora inexorable, como si ya no tuviera nada que ver con sus movimientos y la dirección que seguía. Algo la impulsaba. Podía oír una voz que la llamaba. Una voz dulce, seductora. La voz que era buena con ella.

Seguían ahí: enmarcadas por el metal negro, dos láminas astilladas de cristal flanqueando un fragmento alargado como una llama. Su respiración se volvió entrecortada mientras miraba fijamente... notó un intenso rubor en la cara. Durante un momento se quedó paralizada, mientras la atracción hacia este objeto se imponía a todo lo demás que podía sentir. Cógelo. Dio un paso y

arrancó el fragmento de cristal del marco metálico. Lo sostuvo en alto bajo la luz de la luna. Un objeto hermoso, con una forma orgánica, como una lágrima o una llama. Vamos. Probó la punta de la llama con la yema del dedo, haciendo brotar un puntito rojo. Oyó un coro de voces que le susurraban al oído, y que se volvían cada vez más audibles, en un extraño crescendo de afirmación morbosa. Ya las había oído antes, la última vez. Se suponía que debía contárselo al doctor Taylor cuando le volviera a pasar.

Se guardó el cristal en el bolsillo de la parka y observó las susurrantes sombras que la rodeaban.

De vuelta en su habitación, Delia enterró el trozo de cristal en la tierra blanda de la planta de jade de la repisa de la ventana. Mientras dormía aquella noche, el cristal que había plantado en la tierra creció hasta convertirse en una perfecta rosa roja. La rosa derramó una lágrima que se volvió de cristal y tintineó al caer al suelo. La rosa se puso a hablarle con una voz gutural. La rosa quería que la arrancasen. Delia sabía que iba contra las reglas, y temblaba de excitación cuando recorrió el espacio hacia los temblorosos pétalos, pero la enfermera gorda la despertó y de nuevo era por la mañana.

—Solíamos usar esa expresión.

—¿Quiénes?

—Yo, Patoso, Wash.

—¿Patoso es su amigo Russell?

—Exacto, decíamos que teníamos que dar de comer al perro, lo que significaba que nos queríamos colocar, emborracharnos, follar… todos los apetitos más bajos. Cuando llegamos a la ciudad por primera vez, pensábamos que podíamos hacerlo todo, y muchas veces nos quedábamos levantados toda la noche dando de comer al perro.

—¿Consumían cocaína?

—Claro. La diversión no se iba a terminar nunca. Hasta Corrine tenía su cachorrillo, una especie de schnauzer. Creo que se murió. Russell tenía uno grande, nosotros teníamos unos viejos sabuesos enormes que corrían y cazaban juntos. El de Russell se puso gordo, creo, de tanto estar tumbado en la alfombra delante de la chimenea, moviendo el rabo en el suelo de tanto en tanto, cuando Corrine decía su nombre o le acariciaba la cabeza.

—Y la cocaína dio paso a la heroína.

—No lo sé, ¿qué coño importa? Uno trata de llenar un gran vacío. Siempre se encuentra un nombre para lo que se desea… llámese Dios o dinero o Corrine. También se lo puede llamar literatura. O heroína, caballo, jaco. Por lo general heroína, porque se traga a todos los demás. No hace daño, ni siquiera se nota. Simplifica y encarna tu necesidad, y se convierte en todo. Uno cae en los brazos de la Venus de Milo.

—¿Compara a Dios con las drogas?

—No creo que pueda explicárselo a un hombre que ordena las revistas médicas en forma de flor sobre una mesita de café.

El doctor contempló con expresión benévola la cara de Jeff.

—¿Por qué ha dicho Corrine?

Jeff se encogió de hombros.

—¿Cómo te va con el octavo paso? —preguntó Tony una noche a la hora de cenar, ejerciendo de padrino de alcohólicos anónimos—. Tienes que hacer una lista de las personas a las que has hecho daño.

—¿Quién necesita una lista? Tengo una memoria perfecta.

—Ningún adicto tiene una memoria perfecta.

—Le he hecho daño a todo el mundo.

—Haz una lista. Te vas a sentir mucho mejor cuando les pidas perdón.

—Lo dudo. —Señor, aparta de mí este cáliz, pensó Jeff.

—Te garantizo que llegará un momento en que te sentirás abrumado por la vergüenza y la culpa por lo que te has hecho a ti mismo y a los que te rodean. Y cuando ocurra, estarás a punto de sentirte mejor. Dalo por hecho. Pero antes tienes que pedir comprensión y perdón. Eso sí, habla siempre conmigo antes de hacer algo drástico. Tendrás la cabeza hecha un lío durante una temporada.

—¿Me leerás un cuento esta noche? —preguntó Delia después de cenar.

—Me gustaría —contestó Jeff—, pero me temo que no puedo.

La simplicidad infantil de aquella petición le llegó dentro, pero no había sido capaz de concentrarse en una página impresa desde la desintoxicación.

—Sigo oyendo las voces.

—De acuerdo, lo intentaré. Pero no te prometo nada.

Aquella noche, después de la medicación y de la sesión de alcohólicos anónimos, Jeff llevó varios libros a la habitación de Delia. La mayoría de los internos trataban de que sus celdas tuvieran un toque personal, pero la de Delia estaba vacía si se exceptuaban varias plantas, evidentemente regalos, y un ramo de rosas rojas que se marchitaban en un jarrón de plástico en el suelo cerca del cuarto de baño. Delia se sentó en la cama, muy tiesa, en una postura que solo una modelo que ha practicado el ballet podría adoptar, y con las piernas cruzadas y los pies bajo los muslos. Jeff acercó una silla a la cama, sintiéndose cohibido por todo aquello. Habría preferido cerrar la puerta, pero iba contra las reglas.

—«Para empezar por el principio» —leyó, obligándose a concentrarse en las densas líneas impresas, sin saber muy bien si sería capaz de ordenar las letras, formar las palabras, seguir el sentido. Era la historia de un hombre que se llamaba Francis Weed, que perdía la fe en las verdades diurnas de la vida. De vez en cuando, Jeff alzaba la vista lo suficiente para posarla en Delia, que

miraba muy tiesa en dirección a la ventana. ¿Se identificaría con Julia, la esposa «cuyo amor a las fiestas surgía de un miedo al caos y la soledad»?, se preguntó Jeff. Siguió leyendo la parte en la que, en un cóctel en Westchester, Francis reconocía a la criada como una prisionera, una supuesta colaboracionista a la que había visto después de la guerra; más tarde abrazaba a la canguro y se enamoraba de ella. Jeff alzó la vista hacia Delia, pero esta parecía impasible, cautivada por algo al otro lado de la ventana. Luego Francis Weed golpeaba a Julia, y a Jeff le preocupó que eso le recordara a Delia su padecimiento a manos de los hombres. Pero ella estaba completamente absorta o ajena a lo que la rodeaba. Siguió leyendo la parte en que Francis insultaba a sus vecinos, deseando a la chica y, a través de ella, una nueva vida: «La sensación de desolación era intolerable, y comprendió que había llegado a un punto en el que tendría que elegir». Enfermo de amor, Francis Weed iba al psiquiatra, se dedicaba a tallar madera y trataba de estar en paz consigo mismo y con el pequeño terreno verde cercado que le habían concedido para que viviese en él.

—¿Crees que nos podremos casar alguna vez? —preguntó Delia varios minutos después de que Jeff hubiera cerrado el libro—. No quiero decir el uno con el otro, necesariamente. Solo me pregunto si las personas como nosotros estamos excluidas de todo eso. Es como si quisieras creer en ello y no pudieras. Te gustaría llevar una vida agradable, pero ves más allá aunque no lo pretendas.

—Me gustaría volver e intentarlo.

—Tus amigos Russell y Corrine están hechos para eso.

—No creo que les resulte siempre fácil.

—Una vez interpreté a Ofelia —dijo ella. Las personas como Delia suprimían el tejido que relacionaba entre sí sus pensamientos, igual que otras personas se comen consonantes, aunque Jeff empezaba a entenderla cada vez mejor—. ¿Crees que las otras personas sienten las cosas como las sentimos nosotros?

—No lo sé.

—Creía que eras listo.

—Yo también lo creía.

—Mi madre me regaló su vestido de boda, fue lo único que me dio nunca. Algún día te lo enseñaré.

Descruzó las piernas, bajó de un salto de la cama y se dirigió a la ventana casi con sigilo, como si hubiera visto un pájaro en el alféizar. Hundió los dedos en la tierra de la maceta de la planta de jade.

—¿Me guardarías esto? —preguntó, dándole con no poco sentido de la ceremonia un alargado trozo de cristal.

Jeff lo sostuvo en la mano, mirándolo, sin comprender al principio de qué se trataba. Pasó el dedo índice por el filo, y luego levantó la diminuta pestaña de piel sobre la limpia incisión, que no tardó en llenarse de sangre. Miró a Delia con los ojos llenos de lágrimas. No consiguió identificar el origen de la tristeza que brotaba en su interior y lo inundaba. Imaginando el dolor de Delia, había despertado sin querer el suyo.

Rompió en sollozos. Parecía imposible que hubiera podido contener toda esa tristeza durante tanto tiempo sin que reventara, sin reconocer siquiera la presión que ejercía en su interior. Todas las células firmemente selladas de dolor y remordimiento de repente quedaban en libertad; experimentaba el dolor acumulado de todas sus heridas, de todos los desprecios, indignidades, insultos y rechazos que había sufrido y que creía haber olvidado, ninguno de los cuales era sin embargo el auténtico origen de la tristeza que ahora sentía, tan grande que no podía ser solamente suya, sino que lo conectaba con el pozo sin fondo del sufrimiento humano, y sobre todo con las personas a quienes él había hecho daño en su breve y temeraria vida. Todo el daño que había infligido a los demás volvía ahora a él; sentía la vergüenza de un centenar de cosas crueles, arrogantes, descuidadas que había pensado o dicho o escrito alguna vez. Cada palabra que había escrito era falsa, estaba cargada de vanidad y de elegante malicia. Y casi no podía soportar pensar en Caitlin, en la prolongada y fallida lucha de ella por amarlo mientras padecía sus silencios, mentiras y engaños y su feroz resistencia al

amor, y en el dolor que ella sintió al separarse. Pensó en el pobre Russell, y alzó la vista para mirar con ojos llenos de lágrimas a Delia, tan destrozada que consideraba suicidarse. Entre violentos sollozos, se preguntó cómo había podido sobrevivir la raza humana con tanto dolor.

Imperturbable, sentada en la cama a su lado, Delia le cogió el dedo herido, se lo metió en la boca y chupó tranquilamente la sangre mientras Jeff lloraba.

41

El apartamento estaba desierto. A primera vista no parecía que faltara nada, pero para Russell las habitaciones tenían la inquietante resonancia de la escena de un crimen una vez que el charlatán inspector de policía había desaparecido con el ruidoso llavero tintineando en la cadera. Un cuidadoso registro no dio con nota alguna; los cajones y el armario de Corrine estaban parcialmente vacíos. El conserje comentó que era asombroso que las parejas jóvenes de hoy en día llegaran a verse siquiera, aludiendo al hecho de que Corrine se había ido con sus maletas la noche anterior y ahí estaba Russell, recién llegado de un viaje.

Mientras tomaba comida china y veía la televisión, rodeado por fotografías de la vida que habían llevado juntos y de los cachivaches que habían acumulado, trató de imaginar adónde habría ido Corrine, posponiendo la búsqueda con la esperanza de superar la resaca y el desfase horario. Durante el vuelo había redactado distintas versiones de lo que iba a decir, pues la verdad le parecía, como es normal en estos casos, demasiado dura. Frente a la abrumadora evidencia contraria, todavía mantenía una mínima convicción en la pureza de sus intenciones, aunque no esperaba que su mujer compartiera su fe.

El corazón le dio un vuelco cuando sonó el teléfono. Esperó a que sonara tres veces antes de descolgar. Era Washington, que llamaba desde Alemania, aparentemente solo para informarlo de los asuntos del día, pero de hecho ávido de detalles sobre el desastre de la vida privada de Russell; los recientes acontecimientos confirmaban todos los principios básicos de Washington sobre la naturaleza humana. Su entusiástica simpatía implicaba un vínculo que Russell no estaba necesariamente dispuesto a reconocer; por

otro lado, su énfasis en la táctica frente a la ética, en ese momento le era de bastante ayuda.

—Es muy fácil, Patoso: dices que Trina apareció inesperadamente en la ciudad y tuviste que ser caballeroso y dejarla quedarse en tu habitación, y tú te viniste a la mía.

—No se lo va a creer.

—¿Tiene elección? No puede permitirse no perdonarte.

Cuando Russell llamó a Jeff al hospital, este se mostró comprensivo, pero no le dio ningún consejo. La historia que le contó Russell estaba un poco retocada, aunque él no fuera completamente consciente del proceso; el toque automático del lápiz del editor tachando un adjetivo aquí, una coma allá, aunque los nombres y los verbos esenciales permanecían intactos.

—¿Lo hiciste o no lo hiciste? Por la forma en que lo cuentas, parece que nos encontramos entre la idea y el acto.

—Lo hice, pero la verdad es que no recuerdo gran cosa.

—¿Y quieres que te diga que eso no importa?

—¿Qué debo hacer, Jeff?

—El campo de la monogamia no es precisamente mi especialidad. Me salté esa asignatura. —Después de un largo silencio, Jeff soltó—: ¿Sabes lo de Propp? Lo he visto hoy en el *Times*. La señora de la limpieza se lo encontró desplomado sobre su Macintosh. El ordenador todavía estaba encendido.

—¡Dios santo! ¿Qué pasó?

—No creo que lo sepan todavía.

Russell se quedó sin habla. Esa tragedia parecía sumarse a la suya.

—Espera un segundo —dijo Jeff—, ¿no eras tú su albacea?

¿Adónde podía haber ido? Más proclive a entablar amistades masculinas, Corrine no tenía muchas amigas. Russell llamó a su hermana a Filadelfia, luego a sus amigas de Nueva York. Por fin localizó a Casey y a Tom Reynes, los únicos amigos que se le

ocurrían con un piso lo bastante grande para alojar invitados. Un miembro del servicio avisó a Casey, cuyo comportamiento fue sospechosamente más frío que de costumbre, aunque aseguró desconocer el paradero de Corrine.

Quería conseguir el *Times*, para leer la necrológica de Victor, pero le daba miedo separarse del teléfono. Se sumió en un sueño profundo pero inquieto en el sofá, delante del televisor, y lo despertaron en plena noche los timbrazos del teléfono.

—Me gustaría oír lo que tienes que contar.

—Corrine, yo no sabía que ella iba a venir a Fráncfort.

—No te creo.

Russell probó con algo a medio camino entre la verdad y su propia versión. Su historia incluía unos asuntos inesperados de última hora de los que Trina había tenido que ocuparse en Fráncfort, y concluía con una falsa imagen de Russell durmiendo en la cama de al lado.

—¿Cómo te atreves? —dijo Corrine.

—¿Cómo me atrevo a qué? —quiso saber él.

—De momento me quedaré en casa de Casey y Tom. Voy a buscar un apartamento. Recurriré a nuestra cuenta bancaria hasta que encuentre otro trabajo. No habría dejado mi puto empleo de haber sabido que tú...

—Corrine...

—No digas nada, hijo de puta. No creo que pueda soportar oírte decir ni una mentira más. Esto es la culminación de todo lo que has estado deseando hacer. Has estado jugando al poder y el dinero durante un tiempo, y Trina encaja en tus planes. Había pensado que cuando el asunto de la compra terminara volverías a mí, que empezarías a ser otra vez un marido de verdad, que hasta te acordarías de mi existencia. Pero después... después de... —No completó la frase, pero Russell supo a qué se refería. Si Corrine atribuía los problemas que tenían a que le absorbían los negocios, a él le parecía que el aborto había echado a perder su felicidad—. Es

evidente que quieres tu libertad, de modo que voy a dártela. Adiós. Y que tengas suerte.

Unos instantes más tarde volvió a sonar el teléfono.

—¿Corrine?

Al principio solo oyó la estática transatlántica, y luego:

—Hermano, ¿eres tú? —La voz sonaba rara y gangosa.

—¿Wash? —Russell miró el reloj de la cocina. En Fráncfort eran las cinco de la madrugada—. ¿Estás bien? —No es que estuviera preocupado, una llamada a las cinco de la madrugada de Washington Lee no era algo extraño en el círculo de Russell.

—Solo quería saludarte. ¿Te has enterado de lo de Propp?

Aquel fin de semana el apartamento fue un monumento a todo lo que había olvidado que quería, una caja de resonancia recriminatoria. No podía dormir en su cama, impregnada de Corrine y de carnalidad doméstica. Dejando el televisor encendido para tener compañía y distracción, durmió unas horas en el sofá. El domingo entero se desplegaba ante él como un futuro desolado y sin acompañante. Llevado de un extremo a otro del apartamento por la picazón del eczema de la culpabilidad, descubrió que ni siquiera podía estar sentado o leer, ni siquiera una revista. Como le era imposible pensar con claridad, se sentó y le escribió una larga carta a Corrine en la que le suplicaba que le diera otra oportunidad. Después de tres versiones, no supo si echarla al correo inmediatamente o quemarla en la chimenea.

Salió y vio que la ociosa ciudad se componía ahora de parejas, cuando solo unos días antes estaba llena de mujeres atractivas y dispuestas a ligar. Como un hombre con resaca, Russel se había quedado sin las capas de piel que lo protegían de su entorno; ahora el aire frío y la intensa luz de octubre, las voces y el tráfico, además de las miradas ocasionales de los desconocidos: todo afectaba a los ganglios de su sistema nervioso. Ajeno al resbaladizo orden social

que se desplegaba a su alrededor, se sentía repudiado por la gran ciudad que creía que lo había adoptado.

Por fin consiguió un ejemplar del periódico del día anterior y ocupó el taburete de un café. Al contemplar los bollos cautivos bajo el plexiglás, imaginó un futuro de comidas solitarias y de interminables tazas de café entre mujeres que no envejecían y que preguntaban: «¿De qué es la sopa hoy?», mientras picoteaban con suspicacia en su ensalada de pollo, cuyos restos pedirían envueltos para llevárselos a casa para el yorkshire.

El camarero, un joven griego con problemas con las chicas, se metió un palillo en la boca y se negó a morder el anzuelo de una conversación geriátrica, ignorando, por el momento, a la viejales de la boina roja que le hacía señas desde la mesa del fondo y que todos los días dejaba veinticinco centavos de propina.

A Propp lo elogiaban en varias columnas de las que cabía destacar el escrupuloso equilibrio de su redacción: testimonios de su grandeza se comparaban con las reservas de quienes sugerían que era el astuto organizador del equivalente cultural de una estafa piramidal. Harold Stone, identificado como su amigo y editor, dividía la cosa a partes iguales, tildando a Propp de «uno de nuestros grandes excéntricos literarios». De la prueba crucial, el manuscrito de la novela, no se tenían noticias. Decían que la causa de la muerte era desconocida.

Russell se detuvo en una floristería de Madison y compró dos docenas de rosas rojas, luego se dirigió al piso de Casey y Tom en la calle Setenta y dos y dejó las flores y su carta para Corrine al conserje, que lo informó de que en *chez* Reynes no había nadie.

En su aflicción, confería a cuanto veía un simbolismo gratuito y una importancia trágica. Los artículos de los escaparates de las tiendas parecían absurdos y grotescos: pieles y plumas del ritual del cortejo, los petulantes accesorios de la vida doméstica. En la esquina de la Cincuenta y siete con Madison adelantó a tres jóvenes bailarinas con leotardos, en la cúspide de la adolescencia, con el pelo recogido en implacables moños que parecían estirar todavía

más la tersa piel de sus caras, como si ensayaran por adelantado los estiramientos de piel por venir.

Paseando por Central Park, pasó por delante de una anciana muy peripuesta con traje de chaqueta, que estaba sentada en un banco, con la falda levantada y un torrente de orina fluyendo audiblemente por la tierra entre sus delicados mocasines. Miraba al frente. Más allá, unos niños muy pequeños tiraban piedrecitas a una ardilla aterrorizada que había quedado atrapada en las ramas más altas de un arbolillo.

—¿Te gustaría que te tiraran piedras a ti? —preguntó Russell al niñito que dirigía el ataque.

—Que te den por culo —le contestó el crío, un enano de uno veinte con chaqueta de los Cazafantasmas.

—Eso —dijo su amiguita.

—Desde luego, muy bien hablados —murmuró Russell, reemprendiendo la marcha.

Instantes después un padre se materializó al lado de Russell, un espécimen atlético y próspero con un chándal rosa y gris.

—¿Has amenazado a mi hijo?

—He sugerido —contestó Russell con toda sensatez— que dejara de tirarle piedras a un animal indefenso.

—Métete con alguien de tu edad.

—Eso, mamón —intervino el crío que se mantenía a una distancia prudencial, sediento de espectáculo y venganza.

—Y no con un niño de seis años.

Con la audacia que le proporcionaba el desprecio que sentía por sí mismo, Russell dijo:

—¿Y si me meto contigo?

—Inténtalo —respondió el hombre cerrando el puño de la mano derecha para golpear con él rítmicamente, como si fuera una pelota, la palma abierta de la izquierda.

Sin pararse a pensar, Russell estrelló su propio puño en la cara del tipo. El niño soltó un grito cuando su padre cayó de rodillas, tenazmente aferrado al muslo de Russell, mientras un grupo de

refuerzos que soltaban amenazas se reunía en el camino asfaltado. Desesperado por librarse, Russell golpeó con la rodilla la barbilla del hombre, notando en la rótula la violenta colisión de los dientes superiores e inferiores, y lo hizo caer hacia atrás.

—¡Cogedlo! —gritó una rubia con pinta de esposa, con cola de caballo, pantalones caqui y un jersey rosa—. Machacadlo.

—¡Matadlo! —soltó el niño.

Otros tres, dos hombres y una mujer, se acercaron corriendo y se plantaron indignados alrededor del campeón de la familia.

—Vamos, a por él —dijo uno de los hombres, pero algo en la cara de Russell los hizo detenerse.

Inclinada sobre el tipo caído, la mujer soltó un chillido de dolor que pareció el grito de un animalillo moribundo.

Russell se dio la vuelta, chocando casi con un gordo con auriculares, y echó a correr; adelantó a una madre con dos niños en un cochecito para gemelos, subió por una ladera y llegó a un afloramiento rocoso. Atravesó una arboleda, siguiendo un carril para bicicletas por un paso subterráneo, rodeó los bosques del borde del gran estanque una vez pasados los Strawberry Fields y salió a la calle Setenta y dos oeste.

Después de doblar hacia el sur en Columbus, se abrió paso entre los lánguidos peatones ebrios de brunch y compras, se metió en un bar y pidió un Jack Daniel’s, con las manos temblorosas por la adrenalina y la rabia. De pie en la barra, se tomó dos copas, masticó los cubitos de hielo y saboreó su desolado aislamiento. No se le ocurría ningún sitio al que ir, ni nada que le apeteciera hacer sin Corrine. Quería hablarle de la indignidad que acababa de padecer. ¿A quién iba a contarle los acontecimientos de su vida si Corrine había desaparecido de ella? ¿Quién iba a escuchar sus historias? Mientras tomaba el whisky se le ocurrió que una esposa era la persona que escuchaba la historia de tu vida y que, haciendo ciertas concesiones, decidía creerte.

El domingo por la noche, Corrine volvió a llamar. Russell había metido una pizza congelada en el microondas y veía los deportes en la televisión, temeroso de perderse su llamada si salía.

—Recibí tu carta —dijo ella.

—Por favor, vuelve.

—No sé. —Hizo una pausa—. Echaste a perder algo. Me llevará un tiempo imaginar qué nos queda.

—Nos queremos —insistió él.

—Si no nos quisiéramos —repuso Corrine—, no estaríamos hablando. Voy a casa de mi madre a pasar unos días. Tengo que pensar. Tú también tienes que hacerlo. Ni siquiera sé si quieres seguir casado conmigo.

—Claro que quiero...

—Russell, no serías capaz de admitirlo aunque fuera verdad. Eres leal a tu modo y prefieres no pensar en ello, pero creo que quieres emociones, libertad, glamur y acción más de lo que me quieres a mí. Piensa en ello mientras estoy fuera.

—¿Y qué pasa con la cena con los Sherman de mañana por la noche? —preguntó él con tono lastimero, esperando que le pareciera tan importante mantener las apariencias sociales como ahora se lo parecía a él. Una semana antes, Russell podría haberse librado de los Sherman con cualquier excusa, pero ahora le parecía una grave irresponsabilidad cancelar la invitación con solo veinticuatro horas de antelación—. Y luego está la cena para recaudar fondos para el museo, ¿no es el miércoles por la noche? No podemos... —Y de pronto sintió que entendía el propósito del decoro, la educación y la hipocresía. Desde fuera, el matrimonio solo era un conjunto de costumbres; cumplir con ciertas formalidades era a veces el único modo de seguir adelante.

—Las otras cuatrocientas personas del museo tendrán que aceptar nuestra ausencia, Russell. —Su tono de voz era duro y tajante.

—Hoy me he peleado en el parque —dijo él—. Casi me mata un grupo de personas.

—Tengo que irme. No sé qué voy a hacer, Russell. Pero recuerda, si me llega algún rumor sobre ti, si alguien te ve en la misma habitación que Trina, llamaré a un abogado. Entretanto, intenta no beber demasiado.

Tras haber dormido fatal, se arrastró hasta la oficina el lunes por la mañana, sin recordar, hasta que estuvo en el ascensor, que las llaves de su despacho se habían quedado en Fráncfort. Hojeó los periódicos en el café griego de abajo, sin encontrar nada más sobre Propp; luego se sentó en el vestíbulo con un manuscrito y esperó a Donna, que llegó al cabo de una hora.

Carl Linder llamó unos minutos más tarde.

—Tratamos de ponernos en contacto contigo en Fráncfort el viernes.

—Tuve problemas familiares.

—¿Así que subiste de un salto a un avión y dejaste las cosas colgadas en la feria?

—Washington se ocupó de ellas.

—El señor Lee no dirige la empresa, y no disfruta de la confianza de Bernie. Ha amenazado con demandarle, ya sabes, lo que, por la cuenta que le trae, espero que no haga. Lo que Bernie quiere saber es si sigues en el equipo o no.

—¿Qué equipo es ese?

—Piensa en ello. Entretanto, pregunta por ese manuscrito de Propp. Según lo que sabemos, murió antes de firmar con Simon & Schuster, lo que nos convierte en sus editores. Si hay algo allí, es nuestro, así de simple. Pero antes de que montemos un follón, Bernie cree que estaría bien saber si la cosa, en sus propias palabras, vale una puta mierda. Cuando sepas algo, ponte en contacto con nosotros.

Russell ya se había citado con el abogado de Propp para visitar el apartamento del West Village y ocuparse de los efectos del

escritor, pero decidió que el interés buitresco de Carl lo molestaba lo suficiente como para no mencionarle nada de eso.

Juan Baptiste llamó unos minutos después.

—Tengo una idea un poco estrambótica para un artículo: Jeff Pierce se está desintoxicando. Llámame idiota, pero pienso que tiene gancho. ¿Qué opinas tú?

—Suena demasiado fácil —consiguió decir Russell, víctima, ahora sí, de un tremendo dolor de cabeza.

—¿Lo niegas?

—Ni lo confirmo ni lo desmiento.

—Si no lo confirmas, lo desmientes.

—Muy bien —contestó Russell con inquietud—. Claro que lo desmiento.

—¿No se está desintoxicando Jeff?

—¿De dónde sacas toda esa mierda? —preguntó Russell, incapaz de continuar mintiendo.

—Ya sabes que no revelo mis fuentes.

—En vez de ética... ética profesional.

—Dejémoslo en el plano mercantil —dijo Juan—. Hagamos un intercambio. Oye, ni siquiera te pregunto por tu amigo Propp. Pero un pajarito me ha dicho que había un gran frasco vacío de Tuinal en el cuarto de baño.

—No tengo nada que intercambiar. —Russell no sabía qué otra cosa decir.

—¿Dónde está Jeff?

—Se ha encerrado para escribir. En Nueva York se dispersa, ya sabes. No quiere que la gente sepa dónde está. —Si Juan tuviera alguna información sólida, pensó Russell, ya la habría sacado a relucir—. La temporada de pesca ha terminado.

—Volvamos a la idea de un intercambio —propuso Juan—. He oído que tienes problemas. Los escritores abandonan el barco a manadas, horrorizados de que una gran editorial haya sido saqueada por unos suplentes salidos del reparto de una telenovela.

—Nos hemos quedado sin un par de escritores. La prensa lo ha cubierto sobradamente.

—Pero no hablo de heridas poco importantes, hablo de una hemorragia cerebral. Del mismo modo que me he enterado de que Jeff se está desintoxicando, un pajarito me ha dicho que Bernie Melman está considerando retirarse, etcétera. Las leyes habituales de los rumores, que al fin y al cabo normalmente se conocen como verdades a medias, determinan que el cincuenta por ciento de los chismes y las insinuaciones que llegan a mis oídos son verdad. De modo que en este caso calculo que la mitad de mis informaciones son ciertas. Una: Jeff se está desintoxicando. Dos: Corbin, Dern y los chicos andan de capa caída. Si no me confirmas una, tendré que suponer, matemáticamente, que la otra es completamente veraz. —Hizo una pausa. Russell no mordía el anzuelo—. Te daré un dato gratis. Bernie Melman ha cancelado todos sus compromisos sociales de los próximos quince días porque está bajo cuidados médicos en su casa de Long Island, víctima de una depresión aguda.

Russell cayó en la cuenta de que no había hablado con Melman desde antes de la feria, pero no tenía por qué decírselo a Baptiste.

—¿Y qué hay de ese persistente rumor de que la señora Melman es un transexual?

—Suena muy plausible, pero ya te lo he dicho, no tengo nada que canjear.

—El corolario de la idea de que todo rumor es como mínimo una verdad a medias es que una verdad a medias repetida con bastante frecuencia se convierte en una verdad. Si yo escribo que un club va muy mal, a veces se pone en venta a la semana siguiente. ¿Causa y efecto? Tú mismo. Detestaría ser quien dijera que estás tumbado en una mesa de la morgue con una sábana por encima. Conque háblame de Jeff.

—Jeff está trabajando en serio en su libro.

—Solo queda esperar que tenga editor cuando lo haya acabado.

Russell veía ahora que rechazar el libro de Juan Baptiste podía haber supuesto un grave error.

La noche siguiente estaba sentado delante del televisor cuando llamó el conserje para anunciar a Colin y Anne Becker.

—Dígales que suban —contestó Russell sin entusiasmo. No le apetecía tener compañía.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamaron cuando abrió la puerta.

—Mi cumpleaños es mañana.

—La fiesta es hoy —dijo Anne con vacilación, paseando la vista por el apartamento—. ¿Somos los primeros?

—Corrine organizó la fiesta para esta noche porque lo del museo es mañana —insistió Colin—. Acabamos de llegar del aeropuerto. Venimos directamente de Santa Fe.

—Es probable que tengáis un mensaje en vuestro contestador —dijo Russell.

Colin puso la mano de Russell alrededor del cuello de una botella envuelta en papel de plata, mientras Anne le entregaba un libro ilustrado que se titulaba *Las setas del mundo*.

—Espero que no lo tengas —dijo—. Es difícil comprarte libros.

Russell lo abrió y se encontró con un brillante primer plano de una morilla gigante. De repente recordó que él y Corrine todavía les debían a los Becker un regalo de boda; en aquel momento, semejante olvido le pareció terriblemente conmovedor.

—La madre de Corrine está enferma —dijo—. Nada serio, pero tuvimos que posponer la fiesta.

Les aseguró que no era nada importante y les agradeció los regalos.

—No vamos a dejar que te quedes en casa el día de tu cumpleaños —aseguró Colin—. Te llevaremos a cenar.

Russell suplicó, asegurándoles que no se encontraba bien. Una hora más tarde, después de que hubieran terminado el champán y Russell consiguiera echar por la puerta a los tenaces Becker, apareció Washington directamente desde Fráncfort.

—Como nadie te espera, podrías venir conmigo a tomar unas copas. —Parecía que llevaba días sin dormir, y le temblaban las

manos.

—No me apetece salir. Y no parece que tú debas hacerlo.

—Concédete un descanso. Tienes unas ganas locas de salir.

—¿Te encuentras bien?

Meciéndose de lado a lado, Washington asintió enérgicamente con la cabeza.

—Podríamos ir al Heaven —dijo Russell.

—Ya nadie va al Heaven, tío.

—¿Qué quieres decir? Creía que era el sitio de moda. —Russell no estaba tan al día como en otros tiempos, pero quince días antes ese club concreto había sido el centro de la conciencia moderna, al menos según la columna de Juan Baptiste—. Creía que todo el mundo iba allí.

—Solo los pobres, los inválidos y los cojos, chaval. El Heaven perdió comba muy deprisa, más deprisa de lo que yo haya visto nunca. Antes duraban unos meses, a veces hasta seis. Pero la cosa fue así: el lunes, las hordas se agolpaban a la puerta rogando que los dejasen entrar. El martes empezó a correr la voz de que el sitio era una mierda, y el jueves tuvieron que contratar a tipos de Times Square para que llevaran a rastras a la gente de las calles: entrada libre, copas gratis, drogas gratis, amor gratis. El viernes, ya nadie habría querido aquel local ni que fuera con el traspaso gratis, y eso que los dueños habían rechazado una oferta de tres millones justo después de que abriera. Me pregunto adónde irían a parar esos tres millones.

Fueron a un nuevo club que no tenía nombre, y que para consternación de Russell ocupaba las dependencias de la antigua casa de baños de la que eran clientes él y Jeff. Había cambiado poco: la mayoría de las instalaciones permanecían intactas. En la puerta no había nadie para dejarte pasar, y los que estaban dentro tenían el aire de turistas enfadados por encontrarse entre iguales.

Los antiguos vestuarios eran ahora la pista de baile. Washington puso empeño en armar follón, pero la gente interesante y en la onda estaba en otra parte (probablemente, en casa, pensó Russell, que

recordaba muchas veladas más felices que esa pasadas allí en compañía de Jeff), y las dos jóvenes que les preguntaron si querían bailar parecían de alto riesgo con sus bustiers de encaje y sus minifaldas de cuero.

—¿Qué haces... vas al colegio? —preguntó Russell a la morena tras haber declinado la invitación de bailar, mientras observaba a Washington en la pista con la rubia.

—Ahora soy actriz, creo. ¿Por qué no? Trabajaba de analista de inversiones en Salomon Brothers hasta la semana pasada, cuando me echaron.

Washington alcanzó a Russell en la puerta cuando este se marchaba.

—¿Qué problema tienes, tío?

—No puedo soportarlo. Me largo.

—No hay problema. Llevaremos nuestro espectáculo a la calle.

Volvieron al apartamento de Russell poco después de las cuatro, y por entonces la conversación se había vuelto sentimental, pero los dos amigos siguieron levantados otra hora jurándose amistad eterna y resolviendo el problema de Corrine y haciendo especulaciones sobre Propp, aunque a la mañana siguiente Russell no conseguiría recordar la letra pequeña.

En un momento de lucidez, Russell preguntó:

—¿Qué pasó con la reunión que ibas a tener con Parker y Melman?

Tratando de mantener quieta la punta del pitillo mientras lo encendía con la llama del encendedor, Washington contestó:

—Prepárate para ver un nuevo empleado en plantilla, un puesto con salario muy alto y muy poco estrés, algo así como consejero de asuntos relacionados con las minorías.

El padre de Russell llamó a las siete y media para desearle un feliz cumpleaños. Russell nunca estaba seguro de si era una costumbre inocente o el deseo perverso de imponer su propio horario a su hijo

mayor, pero llamaba inevitablemente a esa hora. Despertarse con el sol le parecía una actitud necesaria, si no adecuada, en la vida de un adulto responsable. Mientras esquivaba las preguntas curiosas de su padre, Russell se movía por el apartamento con el teléfono inalámbrico contra la cabeza como una bolsa de hielo, y encontró a Washington completamente vestido e inerte en la cama.

—Ya son treinta y dos —dijo su padre.

—Ya son treinta y dos —repitió Russell.

—Estoy muy contento de que todo te vaya tan bien.

—De que todo me vaya tan bien.

—¿Cuándo vas a firmar los documentos?

—¿Los documentos? —En aquel momento de la historia de sus asociaciones mentales, documentos significaban divorcio. Luego se dio cuenta de que su padre hablaba de la compra de la editorial.

—Bueno, probablemente dentro de un par de semanas.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo.

—Gracias, papá.

—Bueno, y ¿qué se siente?

—¿Qué se siente?

—Lo habrás celebrado, ¿no?

—Ah, claro, sí. Tengo un poco de resaca.

Su padre soltó una risita.

—Cuídate, hijo. Y que todo siga bien en el trabajo.

Durmió una hora más en el sofá, con el teléfono en la mano, hasta que este volvió a sonar.

—Quería hacer esto antes de quedarme sin valor —dijo Jeff.

—¿Hacer qué?

—Disculparme.

—¿Por qué? ¿Por despertarme? ¿Dónde estás?

—Todavía en el hospital.

Siguió una larga pausa, que Russell no se sintió capaz de llenar. Por fin Jeff dijo:

—Parte del programa de aquí es, ya sabes... admitir tus errores. He hecho muchas cosas de las que no estoy orgulloso.

—Bienvenido al club. Olvídalo.

—Tienes que reconocer tus errores y pedir perdón a las personas a las que has hecho daño —continuó Jeff con un lenguaje que no era en absoluto propio de él; uno casi podía oír la voz del apuntador. Russell estaba contento de que Jeff hubiera dejado de chutarse heroína, pero lo ponía nervioso oírlo hablar de aquel modo.

—Considérate perdonado. ¿Para qué están los amigos?

—Necesito decirlo. Es una cosa que me pasó con Corrine.

Russell se puso alerta de repente, como si hubiera dormido toda la noche y no hubiera tomado una copa en su vida.

—¿Corrine?

—Hace mucho tiempo.

—¿De qué estás hablando, Jeff?

—Fue cuando tú estuviste en Inglaterra con aquella beca, antes de que os casarais.

42

Finalmente, Russell se encaminó al trabajo, tambaleándose, mientras Washington iba a su casa a cambiarse. Russell no tenía el más mínimo interés en ir a la oficina, pero el apartamento, que antes le había parecido meramente habitado por fantasmas, ahora parecía completamente contaminado. Como un habitante de las afueras que ha comprendido, después de años de opulenta vida doméstica, que su casa está situada sobre un vertedero tóxico, se sentía envenenado con efecto retroactivo, con los recuerdos desmoronándose junto con el futuro.

Recorriendo la ciudad, se encontraba mal, dispuesto a vomitar en cualquier momento. En el quiosco de periódicos compró un paquete de cigarrillos por primera vez en más de dos años. El vendedor, que era ciego, le preguntó de cuánto era el billete. De hecho, era de diez dólares, pero ¿y si hubiera sido de uno?, pensó Russell. El ciego nunca lo habría sabido, aunque lo cierto era que su curtida cara lucía una expresión de escepticismo. La mera idea de poder birlar una revista y largarse con ella lo hizo sentirse furioso ante la vulnerabilidad de aquel hombre. ¿No sabía acaso que en esa ciudad todo el mundo robaba?

Diminutas esquirlas de cristal incrustadas en la acera parecían inflamarse a su paso mientras se dirigía al oeste. Russell creía ser tan consciente de sus propias debilidades como era posible sin atacarlas sistemáticamente o sin sentir un profundo desagrado por uno mismo; nunca le había costado tanto imaginarse como el potencial villano, el adúltero, el que destrozaba su matrimonio. Poner a Corrine en ese papel lo dejaba estupefacto. Plantado junto a un letrero en el que se leía «NO DETENERSE EN NINGÚN CASO», se puso un pitillo entre los resecos labios y miró la caja de cerillas que le había

dado el vendedor. Llevaba el dibujo de unos muslos muy abiertos y unos genitales femeninos, y la inscripción «Marque el FOLLAR».

Al salir del ascensor, Russell casi tropezó con dos gruesos cables naranjas que iban desde su despacho al cuartito de la limpieza del pasillo. Salía música de baile por la puerta abierta. Durante la noche, al parecer, su despacho se había transformado en discoteca; ahora estaba lleno de jóvenes de ambos sexos muy modernos y vestidos de negro, y de luces de alta tecnología.

—Estaba intentando localizarte —dijo Donna al advertir su desconcierto—. No te habrás olvidado de la sesión de fotos, ¿no?

Glenda Banes salió de un bosque de arbolillos de aluminio y cámaras.

—Detesto las sesiones de fotos fuera de mi estudio —declaró—. Confío en que tengas un despacho más grande una vez que se haya formalizado la compra.

Russell besó la mejilla que le ofrecía.

—Madre mía, parece que hemos tenido una noche durilla. —Glenda lo asió de los hombros y le examinó la cara, y luego añadió alegremente—: Tienes un aspecto espantoso. Carlotta, maquíllalo bien.

Russell salió corriendo hacia el cuarto de baño con violentas náuseas, pasando junto a Whitlock, de pie en la puerta de su propio despacho negando con la cabeza ante aquel espectáculo.

Russell se apoyó contra la pared alicatada con los ojos cerrados. Llamaron a la puerta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Donna con nerviosismo.

—La verdad es que no.

—¿Quieres café?

Como Russell no respondía, añadió:

—Si tienes una resaca de las de verdad, puedo conseguirte un batido de chocolate.

—¿No tienes nada para el dolor?

—Tengo Percodan en mi mesa. Y puede que Darvocet.

Volvió con una píldora amarilla, que él se tragó con agua del grifo.

Russell se sentó para que lo empolvaran, peinaran, cepillaran y le pusieran espuma. Al cabo de media hora se lo entregaron al estilista, un joven con el pelo al cepillo que pretendía vestirlo.

—¿No puedo llevar mi propia ropa? —preguntó Russell.

El estilista miró con cara de lástima su chaqueta cruzada azul.

—Queremos que la gente piense que estás a la última —dijo Glenda.

Del perchero de ropa llamativa que habían traído, Russell se decidió por fin por un traje y una camisa que no eran tan audaces como para agravar más el malestar de su estómago.

—Qué pasa, ¿no te gusta esta música? Son los Replacements, pero podemos poner otra cosa. ¿Prefieres hip-hop?

Por fin lo colocaron detrás de su escritorio y encendieron las luces. Con grandes dificultades, Russell se las apañó para mantener abiertos los ojos ante aquel resplandor. Solo fingir que no se sentía físicamente enfermo y emocionalmente destrozado le exigía un esfuerzo heroico; sonreír quedaba más allá de su agotada capacidad.

Glenda gritaba órdenes a su equipo y cortejaba a Russell con encantadoras sugerencias.

—Piensa en algo que te haga feliz. Piensa en el sexo.

Russell contuvo una amarga carcajada ante semejante sugerencia.

Al cabo de una hora, Glenda era presa de la exasperación.

—Madre mía, Russell, parece que acabes de perder a tu mejor amigo.

Los ayudantes revoloteaban en torno a él, estirándole y arreglándole la ropa, dándole toquecitos de borla en la cara para que no brillase y retocándole el pelo.

Había empapado de sudor tres camisas para cuando Glenda dio la sesión por concluida.

Al cabo de dos horas, que parecieron ocho, el equipo empezó a levantar el campamento y Russell salió del despacho para almorzar. En el vestíbulo se encontró con Washington, que entraba.

—¿Vienes a comer? —preguntó Russell, contento de ver a alguien que seguramente se sentía, al menos físicamente, tan mal como él.

—El jefe eres tú.

Una vez sentados en el restaurante japonés del otro lado de la calle, Washington dijo:

—¿Te apetece hablar de ello?

—No lo sé. —No tenía por costumbre hablar de las cosas que más le importaban.

—Te sentaría bien.

Russell encendió un pitillo mientras Washington pedía dos cervezas.

—Jeff se acostó con Corrine.

Asintiendo gravemente con la cabeza, Washington exhaló el humo por la nariz.

—¿Ya lo sabías?

—No, pero tiene sentido, en perspectiva. Siempre hay esa cosa entre amigos y amantes. Tabúes y celos mezclados con el deseo de compartirlo todo. Un ciego sería capaz de ver la química que hay entre ellos.

—Me alegro de que lo encuentres tan poco digno de mención.

—¿Cuándo pasó?

—Hace cinco o seis años. No lo sé.

—¿Antes del sagrado vínculo del matrimonio?

—Eso creo.

—Entonces, olvídalo.

—Es la mayor desgracia de mi vida y quieres que lo pase por alto.

—Solo te estoy diciendo que pasó hace mucho tiempo. Hay cosas peores. ¿Crees que los buenos matrimonios son los que son fieles hasta el final? Creo que los mejores, si es que los hay, sobreviven a grandes problemas. Como dice Shakespeare: «Cuando el mar está en calma, todos los barcos navegan bien».

—¿Me estás hablando a mí de matrimonio?

—Te estoy hablando de la vida.

—Una prueba de lo bajo que he caído es que te esté escuchando. —Como todo lo demás, el pitillo empezó a saberle mal de verdad.

—No creo que tenga estómago para tomar pescado crudo ahora —dijo Washington, examinando la carta—. No olvides —añadió, con una sonrisita— que tú también le has hecho una cosa bastante fea.

—Estoy asustado, Wash.

—Eso es como estar soltero, jefe.

—Me pregunto si Jeff le habrá dicho a Corrine que me lo contó.

—Probablemente.

—Entonces, ¿por qué no me llama?

—¿Por qué crees tú? Está avergonzada. Los dos necesitáis un poco de tiempo.

—No sé si hay bastante tiempo en el mundo —sentenció Russell, mezclando los sobrecitos de azúcar y sacarina en el cestito. Preguntándose si las cosas podían ir peor, recordó un aforismo de Lichtenberg, sobre que uno no puede decir que las cosas vayan a mejorar de verdad, pero sin duda tendrán que hacerlo si van a servir de algo.

De vuelta en la oficina, Donna estaba leyendo *Blitz* con sus botas negras de trabajo encima de la mesa. Informó a Russell de que Carl Linder y el *Wall Street Journal* querían ponerse en contacto con él. Russell apartó de un manotazo los montones de libros y manuscritos

del sofá, dejándolos caer al suelo, y se tumbó. Con su matrimonio en ruinas, lo único que le ataba al planeta era su trabajo; y el destino de la empresa estaba más o menos en sus manos. Pero en aquel preciso momento no podía enfrentarse ni siquiera a su correo.

Donna irrumpió en su despacho. Traía un regalo.

—Cumpleaños feliz —dijo, y canturreó unas cuantas notas más de la canción—. Etcétera, etcétera. —De repente se había ruborizado; la sensiblería y la ceremonia la ponían nerviosa—. Nunca sé qué regalarte —añadió a la defensiva, mientras Russell desgarraba el papel plateado y se preparaba para fingir entusiasmo.

Se encontró con un trozo de cordón rojo y negro en la mano.

—¿Es una corbata? —Había otros tres trozos de cordón en el paquete.

Entonces se fijó en el cartelito que los acompañaba, «Los lazos del amor», que incluía una fotografía de una mujer desnuda atada a los cuatro postes de la cama.

—Para ti y Corrine —gorjeó Donna—. Imagino que la vida de casados a veces puede resultar un poco monótona, de modo que pensé…

Quizá aquellos fueran, pensó Russell, los famosos lazos del matrimonio.

—A mi novio, Gus, le gustan.

—Me lo imagino. —Russell se inclinó y la besó tímidamente—. Muchas gracias.

—Me figuraba que a nadie más se le ocurriría una cosa así.

—Solo a ti, Donna.

Después, Russell le preguntó si había oído algún rumor sobre la empresa.

—Nada concreto —contestó ella—, pero según las pintadas que se ven en el centro, todo el sistema capitalista se hundirá muy pronto y será reemplazado por la utopía anarquista.

—Eso sí que es una buena noticia —dijo Russell.

A las cinco, Russell llamó a casa de Casey y Tom, y saltó el contestador automático.

—Residencia de los Reynes. —Una voz malhumorada le informó de que no había nadie en casa.

Russell imaginaba que Jeff habría hablado con Corrine y que ella le evitaba. Todavía confiaba en que su mujer lo negara todo de un modo convincente, en que Jeff alegara que su confesión había sido fruto de una demencia pasajera, o que solo se hacía ilusiones. Unas semanas antes, se le había quejado a Russell por teléfono de la tendencia de los otros internos a inventar y exagerar sus antiguas faltas.

El teléfono sonaba intermitentemente, pero Donna se ocupaba de contestar, y lo informó, entre otras cosas, de que el *Times* quería hablar con él sobre Propp.

—Diles que hablen con su amigo y editor Harold Stone —exclamó él. Cuando por fin levantó el brazo del sofá para mirar el reloj, eran las seis y veinte. Se puso de pie y se dirigió a la ventana; fuera, los grandes ojos amarillos del gato miraban fríamente la calle.

Esa noche cenó con Tim Calhoun en The White Room. Por mucho que deseara distraer al tipo, que pasaba su semestral noche en la ciudad, Russell apenas consiguió reunir la energía suficiente para conversar. Cuando el novelista fue al baño, pidió la cuenta. Nancy Tanner le saludó con la mano desde una mesa en el otro extremo del comedor en el preciso momento en que unos brazos delgados y muy perfumados con Shalimar y tabaco se le echaban al cuello y una lengua perteneciente, como los brazos, a Trina Cox le hurgaba en la oreja izquierda, despertando en él intensos recuerdos que fueron especialmente molestos por lo excitantes que resultaban. De repente, fragmentos de su noche juntos acudieron a su cabeza. Rebosante de champán, Trina declaró que lo perdonaba por lo cruelmente que la había tratado e insistió en que fuera a bailar con su grupo. Se le encaramó al regazo y trató de reanudar la exploración de la oreja. Cuando Calhoun regresó, Russell se las apañó para endilgarle a Trina, que se mostró más que dispuesta a enseñarle la ciudad.

—Un paquete para usted, señor Calloway —dijo el conserje cogiendo una gruesa bolsa del cuarto de los paquetes: el visón de Corrine. Al parecer, el almacén para abrigos de pieles donde lo dejaban a pasar el verano lo devolvía en la fecha prevista, ajeno a cualquier interrupción en el calendario doméstico de los Calloway.

Russell y Corrine habían comprado el abrigo dos o tres años antes, cuando su presupuesto no daba para tanto; habían ido a la tienda solo a mirar, atraídos por un anuncio de periódico. Fuera era agosto, pero en la peletería hacía un frío sepulcral; pequeños espectros sin piel parecían rondar por ella y se captaba un leve aroma a almizcle y a coníferas de los bosques septentrionales. Deslizándose fuera de la espesura como si llevara patines, un vendedor les había dado un curso de introducción a las pieles, empezando por ponerle a Corrine unas martas cibelinas. Ella soltó una risita nerviosa al notar el forro de raso deslizándose en los brazos. Cuando por fin encontraron un abrigo que parecía hecho para Corrine, costaba el doble de lo que pensaban gastar. Corrine acababa de empezar a trabajar como corredora de Bolsa, y Russell ganaba menos que casi todas las personas a las que conocían. No podían permitírselo. Pero, qué demonios, había decidido Russell, que era por quien estaban allí. Notó la boca seca y la lengua pegada al paladar cuando dijo:

—Nos lo llevamos.

Corrine protestó, quitándose el abrigo y negando con la cabeza, pero Russell insistió a pesar del latir sincopado de su corazón, la vertiginosa sensación de vacío en el estómago, el sudor en las palmas de las manos, o quizá precisamente por todo eso.

Dejó la bolsa con el abrigo sobre la mesa del comedor y se preparó un gran vodka para celebrar su cumpleaños. En otro tiempo habría considerado romántico beber para olvidar las penas. Ahora solo le parecía analgésico.

Bernie Melman no contestaba a las llamadas de Russell. El viernes la cotización de Corbin, Dern cayó de diecinueve a dieciocho pese a la inminente oferta de adquisición de veintiuno y medio. Casi todos los valores volvieron a bajar el viernes, el índice Dow perdió un récord de ciento ocho puntos, y el artículo de Juan Baptiste de ese mismo viernes por la mañana sin duda no contribuyó a que subiera el precio de Corbin, Dern.

> Ahí estaba la otra noche ese joven y brillante editor **Russell Calloway** bailando en la pista del Jonestown para olvidarse de sus problemas. Sí, tiene *beaucoup* de problemas estos días, debido a los rumores de que quien le financia para la adquisición de Corbin, Dern, la prestigiosa editorial, anda ahora con titubeos, por no mencionar el sospechoso fallecimiento del escritor de CD Victor Propp. Pero ¿quién era la rubia que hablaba con Russell sentada en su regazo? Desde luego no era su mujer, **Corrine**. Sin duda, una aspirante a adjunta editorial.
>
> P. D. ¿Ha visto alguien en Nueva Inglaterra al escritor **Jeff Pierce**? Fuentes bien informadas aseguran que se dedica a la artesanía en un exclusivo hospital de Connecticut.

Pasó casi una semana despierto por la noche ensayando interrogatorios airados mezclados con autorreproches, pero cuando Corrine llamó por fin el domingo por la noche desde casa de su madre, Russell estaba completamente exhausto, como si ensayar tantas conversaciones hubiera agotado las posibilidades de una respuesta.

—¿Cómo crees tú que estoy? —soltó en respuesta a la pregunta nerviosa de ella.

—Lo siento.

—La excusa de Jeff es que estaba borracho, lo que en alcohólicos anónimos cuela como explicación, por lo visto. ¿Cuál es

la tuya?

—Fue hace años, Russ, antes de que nos casáramos. Tú estabas en Inglaterra y reñíamos todo el tiempo por teléfono. Era como si me hubieras pedido que me casara contigo solo para que te esperase, y entonces no creía de verdad que quisieras hacerlo y estaba muy asustada. Creía que estabas con una chica y Jeff trató de consolarme.

—El consuelo no es una emoción que se administre vaginalmente.

—Fue un error que he lamentado desde entonces, y siempre he rogado que nunca te enteraras, Russ, y he tratado siempre de compensarlo de todas las formas posibles, aunque tú no lo supieras.

—¿Cuántas veces tuvo lugar esa ceremonia del consuelo?

—Russell...

Hablaron durante una hora. Frío y desdeñoso al principio, Russell pasó luego a enfadarse; y después lloró. Corrine también lloró, y durante unos momentos pareció que trataran de consolarse uno al otro, como si fueran amigos que habían padecido tragedias por separado.

—Tengo tu abrigo de visón —dijo él en determinado momento, cuando ya no pudo pensar en otra cosa.

—Quédatelo. Podrías venderlo.

—Es tuyo.

—No lo quiero. De repente me parece absurdo tener un visón.

—Gracias —ironizó él.

—Lo siento. Solo quería decir que toda mi vida ha sido tan frívola y estúpida... Un abrigo de visón. Madre mía... ¿en qué estaríamos pensando?

Al cabo de una larga pausa, Russell dijo:

—Todavía no me lo puedo creer.

Pero lo que lo volvía peor, en definitiva, era que sí podía. Por entonces, años atrás, no lo habría creído, pero era indudable que sus ideas se habían ido complicando. Habría querido decirle que no podía vivir sin ella, pero tuvo miedo de que en algún punto del

camino hubiera perdido el romántico fanatismo de la inocencia que le permitía creer tales absolutos. De pronto esa pérdida significaba casi tanto como la otra. Cuando Corrine colgó, él se sentía torpe y pesado, inseguro de todo, excepto, quizá, de que su corazón nunca volvería a ser inocente.

43

El extenso y ondulado jardín se veía reseco con los brotes descuidados del veranillo de San Martín y alfombrado por las formas curvas y marrones de las hojas de roble y arce. La estación casi parecía cambiar bajo la mirada de Corrine; la naturaleza imponía su implacable calendario. El último olmo junto a la puerta delantera parecía enfermo, habiendo sucumbido finalmente a la plaga que había terminado con todos los de su especie. Corrine anduvo hasta el estanque por el césped húmedo de la mañana y espantó a una bandada de patos silvestres. Aunque solo estaban a mediados de octubre, notaba el intenso frescor del aire matutino. En Nueva Inglaterra, el invierno era una estación de confinamiento, oscuridad e incesto.

Casi desde el momento en que llegó, Corrine lamentó haber ido a casa de su madre. Si parecía natural regresar al nido después de su fracaso, ese nido concreto estaba roto y nada en él era como debería. Su madre quería ayudarla y consolarla, pero también exigía compañía en su crónica desgracia.

Corrine había crecido en aquella casa, una casa blanca de estilo neogriego con persianas negras, la pintura desconchada y el techo medio hundido, impregnada de olores y recuerdos familiares. Y sin embargo, ahora parecía como si alguien hubiera movido todos los muebles de modo casi imperceptible y jugado con las dimensiones de las habitaciones. En lugar de volverse más pequeñas, como Corrine había oído decir que les sucede a los lugares donde uno pasó la infancia, habían crecido de tamaño debido a la ausencia de familiares. La ausencia de su padre, en especial, abría un espacio en el centro de las habitaciones azotadas por corrientes de aire. Aunque Corrine había vuelto varias veces durante los cinco años

transcurridos desde la marcha de su padre, volvía a advertirlo ahora de nuevo.

El instinto hogareño que la había arrastrado hasta allí venía acompañado de una reacción equivalente y opuesta que hacía que la esperada fuente de consuelo le produjera irritación. Casi desde el principio, su madre la puso de mal humor. Habiendo acudido en busca de alguien que la escuchara y la comprendiera, se encontró reacia a contárselo todo. Cuando miraba a su madre veía demasiadas cosas de sí misma, y esto la asustaba y la hacía enfadar. No quería compartir su desprecio hacia los hombres, ni participar en la hermandad del fracaso. Imaginaba que esa era la perspectiva de su madre, y a eso respondía, incapaz de ver que la postura de Jessie estaba teñida de motivos más nobles. Rehusando identificarse con cualquier otra mujer, Corrine insistía en lo especial de sus propios problemas conyugales. Por mal que parecieran estar las cosas ahora, se aferraba a la creencia de que su matrimonio con Russell era un caso especial.

Fumando un pitillo tras otro en la mesa de la cocina con *Jeopardy* en el televisor colocado encima de una repisa, Jessie Makepeace trataba de explicarle el argumento quizá por quinta vez, como si disfrutara con las desgracias de los demás, le parecía a Corrine. Por teléfono, la semana anterior, Corrine le había contado que había llamado a Fráncfort y se había enterado de que otra señora Calloway estaba registrada en la habitación de Russell. Desde que llegó a la casa familiar no había contado mucho más, y todavía no le había hablado a su madre de su historia recientemente descubierta con Jeff. Llena de remordimientos y vergüenza, lo único que quería era comprensión.

Jessie dijo:

—Russell nunca me había parecido de esa clase de hombres.

—Yo diría que no es de esa clase —saltó Corrine, y se le notó en la voz que se ponía a la defensiva mientras conjugaba distintas lealtades—. Simplemente pasó.

Todavía estaba enfadada con Russell, pero comprendía que, en su ausencia, ella tenía que sacar a relucir el punto de vista de él. Había llegado la hora de contarle el resto a su madre.

Cuando Corrine hubo terminado de confesar sus propias transgresiones, Jessie soltó un silbido teatral, como un personaje de una vieja película en blanco y negro, con el humo escapándosele entre los labios fruncidos y agrietados.

—De todas las personas con las que podrías haber ligado, cariño, mira que elegirlo a él...

A Jessie, Jeff le gustaba tanto como Russell. Había estado allí, en su casa, había sido el padrino de boda de Russell. Jessie recortaba las críticas y los artículos sobre él, y renovó una suscripción que había interrumpido hacía tiempo al *New Yorker*, después de que la revista publicara uno de sus relatos. Nunca había considerado que Caitlin le conviniera a Jeff y había sugerido en varias ocasiones que Corrine había ligado con el hombre equivocado.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Corrine mirando con anhelo los pitillos de su madre.

—Corrine, no hay ninguna ley que prohíba acostarse con el mejor amigo de un hombre. Los hombres son un cuarenta por ciento de testosterona y el resto es todo orgullo, y la verdad es que le diste una patada en pleno orgullo cuando te acostaste con Jeff.

—Lo sé.

—Joder, vaya si lo hiciste.

—Gracias por confirmármelo, mamá.

Por lo menos ahora Corrine tenía la satisfacción de saber que su madre no podía decir qué era exactamente lo que le había pasado, o que todos los hombres eran iguales.

—¿Qué tal está Jeff? —quiso saber Jessie.

—Desearía que no me lo preguntaras así.

—¿Así, cómo?

—Como si estuvieras divirtiéndote con un serial.

—Corrine, solo te he preguntado cómo estaba. Sabes que Jeff me encanta.

—Aún está en el hospital. Lo dejarán salir dentro de una semana. No creo que estos sean los mejores momentos de su vida.

—No lo entiendo —prosiguió Jessie—. Jeff lo tenía todo. ¿Cómo puede engancharse alguien como él?

Si Corrine no había resuelto ese misterio, no era porque no lo hubiese intentado. En diferentes momentos creyó que la infelicidad de Jeff provenía de los remordimientos por el éxito que había tenido, de los remordimientos por lo que sentía hacia ella, de la tristeza por su ruptura con Caitlin. Y sin embargo, ya al conocerlo había advertido que Jeff estaba de algún modo predestinado a la desgracia. Como la suya, la historia familiar de Jeff no era reconfortante; en la moderada decadencia de su clase, reconocieron mutuamente aquella sensación de pérdida. Pero la infelicidad adolescente de Jeff, más aguda que la de ella, le parecía tener un componente más grandioso, más universal. La vida era insoportablemente triste, y mirando el vaso de whisky de Jessie, Corrine casi pudo entender la búsqueda de la inconsciencia por parte de Jeff, si es que se trataba de eso.

—Recuerdo que Jeff dijo una vez —rememoró Corrine— que lo que de verdad nos separa de los animales es el instinto de autodestrucción.

—¿Sabes? Siempre estás citando a Jeff. —Jessie dio la última calada a lo que le quedaba del pitillo y lo apagó en la esquina de un cenicero rebosante—. ¿Estás enamorada de él?

—Siempre lo he estado un poco —dijo Corrine—. Puede que mucho.

—¿Por qué a todas nos gustan los chicos malos?

—No tanto malos como heridos. Russell es tan abierto y fuerte... Jeff es como sombrío y torturado. —Russell estaba en Inglaterra y Jeff parecía necesitarla; hubo un momento en el que estuvo casi convencida de que estar enamorada de Jeff era un modo de estar enamorada de Russell. Pasó más de una vez, aunque no duró mucho—. Pero ahora se ha terminado.

—Entonces, ¿volverás con Russell?

—No sé si él querrá. Tampoco sé lo que quiero yo.

—¿Por qué no te quedas aquí durante un tiempo?

—No lo sé.

—Pensaba que podríamos empezar un negocio juntas. Quizá dedicarnos a las antigüedades.

—He pedido trabajo en la Oficina del Fiscal del Distrito. Hay un puesto en el grupo que investiga información privilegiada.

—Solo has pasado un año en la Facultad de Derecho, querida —dijo su madre, dejando su copa—. ¿No será un problema?

—Tienen muchos abogados, pero necesitan a gente que sepa de finanzas.

—Destapar escándalos, ¿eh? El padre de tu padre, aquel viejo idealista, habría estado encantado. —Aunque le habría venido de perlas una tajada de la fortuna familiar que había donado el viejo caballero, Jessie sentía debilidad por aquel hombre al que su hijo, su propio exmarido, le desagradaba tanto como para desheredarlo.

Durante el fin de semana, Corrine había rastrillado hojas y leído *Franny y Zooey* por decimoséptima vez. Pensó en el día en que había comido por casualidad con un hombre mayor que conoció en la biblioteca de Dartmouth. Ella estudiaba primero en Brown, y había ido a visitar a un chico cuyo nombre ya no recordaba, un chico que había estado completamente borracho y odioso desde el momento en que ella llegó el viernes por la noche. El sábado por la mañana, después de dormir en un sofá, se fue a la biblioteca, y aquel agradable tipo mayor que se llamaba Jerome se había puesto a hablarle del libro que ella estaba leyendo —uno de D. T. Suzuki sobre el zen— y luego la invitó a comer, y por algún motivo ella había confiado en él. Fueron en coche hasta su casa, que estaba en pleno campo y rodeada por una alta valla metálica. Comieron legumbres y verduras, y de lo único que hablaron fue de vitaminas, hierbas y macrobiótica. Él le dijo que llevaba años trabajando en un libro sobre la dieta y la salud espiritual. Después del almuerzo, le

enseñó el búnker donde escribía, y solo entonces ella cayó en la cuenta de que era Salinger. La llevó de vuelta a la biblioteca y ni una vez habló de literatura. Jeff y Russell a menudo trataban de sonsacarle algo más, pero eso era todo. Salinger era un hombre obsesionado con las vitaminas.

Corrine estaba rastrillando hojas otra vez el lunes cuando su madre salió al porche trasero con una taza de café y un pitillo.

—Elegiste un buen momento para dejar tu trabajo. Estaba oyendo las noticias... la Bolsa se ha ido a la mierda.

Corrine corrió adentro y encendió el televisor. Buscó en los distintos canales antes de dar con uno en el que consiguió enterarse de que la Bolsa había caído de trescientos a cuatrocientos puntos, nadie lo sabía con certeza; los teletipos llevaban al menos una hora de retraso con respecto al mercado de valores debido al gran número de transacciones.

Llamó a Russell a su despacho.

—Lo sé, lo sé —dijo él—. He tratado de localizar a Duane por teléfono para ver qué puedo vender, pero las líneas están saturadas. No sé qué está pasando. Es un caos total.

—¿Cuánto tenías invertido? —preguntó ella.

—Mejor que no lo sepas.

—¿Vendiste esas acciones que compraste con el crédito de la tarjeta?

—Iba a venderlas. Esta semana, de hecho.

—Madre mía, Russell. Podrías acabar debiendo más dinero del que tenemos.

—Soy perfectamente consciente de eso, Corrine. Pero Corbin, Dern debería mantener su valor. La oferta de licitación ya está hecha.

—Si se hunde la Bolsa, la adquisición se hundirá con ella. Tu financiación se evaporará. No acabas de entender de qué va la cosa, ¿verdad?

Luego, Corrine trató de ponerse en contacto con Duane, pero sin éxito. No quedaba otra cosa que ver las noticias y contar las

bajas. Parecía absurdo, tras haberse pasado más de dos años en Wall Street, que tuviera que seguir ese apocalipsis desde la televisión de la casa de su madre en Stockbridge. Al cabo de un par de horas del cierre de la Bolsa, pudieron evaluarse los daños. Aquello parecía 1929, pusieras el canal que pusieras. Una de las emisiones se hacía en directo desde un abarrotado Harry's Bar, con agentes sacudiendo la cabeza y mostrándose afligidos delante de las cámaras. Corrine buscó ansiosamente caras conocidas. La satisfacción que podría haber sentido por haberse adelantado a aquel desastre quedaba diluida por la sensación de que le habían birlado un asiento en primera fila en un acontecimiento histórico, y por el sentimiento de haber dejado colgados a sus antiguos colegas.

—Espero que tu padre haya perdido hasta la camisa —dijo Jessie, revolviendo el hielo de su vaso de whisky con el dedo meñique—. Mis abogados no consiguieron dar con ella, pero sé que tiene una cartera de inversiones en alguna parte.

Corrine pensó en su conversación con Russell y de pronto se preguntó si no estaría él asegurándose el futuro. Ella no tenía ni idea de qué cantidades de dinero había manejado durante los últimos meses. Puede que ya hubiera vendido las acciones. Por lo que sabía, podía tener una cuenta bancaria en otra parte. No le parecía propio de Russell, pues el secretismo era ajeno a su forma de ser, pero tampoco parecía propio de Russell que se registrara en un hotel con otra mujer. Y Trina Cox podía ser más que capaz de ocultar el dinero, podía haber previsto el hundimiento de la Bolsa, y los dos podrían haber planeado un posible divorcio. Corrine siempre había confiado en Russell en todo; ahora esa confianza se había quebrado y no sabía si podría creerse nada. De repente le pareció que hasta el hundimiento de la Bolsa formaba parte de la intrincada conspiración contra su felicidad, y la sensación se vio confirmada cuando Nancy Tanner la llamó aquella misma noche desde Nueva York. No quería meterse donde no la llamaban, dijo Nancy, y la verdad es que no era asunto suyo en absoluto, pero creía que Corrine debía saber que había visto a Russell y Trina Cox cenando juntos unas noches antes.

—Fue incómodo de verdad, ella estaba… bueno, se le había tirado encima. Quiero decir que no supe qué hacer, me parecéis una pareja estupenda y todo eso, y me siento muy mal, pero creía que debías saberlo.

—Es muy amable por tu parte, Nancy. Siempre he admirado tu deseo de compartir información...

—Solo me ha parecido que...

—Gracias otra vez, Nancy. La próxima vez que tengas la tentación de descolgar el teléfono, no lo hagas. ¿De acuerdo?

Aunque no le dio a Nancy la satisfacción de verlo, sus peores temores se vieron confirmados. Ahí terminaba todo, finalmente. Le había prohibido expresamente que viera a Trina. El hecho de que hubiera vuelto a ella enseguida, y que lo hubiera hecho de modo tan flagrante, demostraba que Trina era más que una aventura, que lo habían planeado todo, que Corrine era una completa idiota.

Esa misma noche, más tarde, llamó a Casey, que acababa de volver a la ciudad de su casa de Millbrook.

—Tom está frenético por lo de la Bolsa, dice que probablemente perderemos medio millón. —El tono de Casey indicaba que por una suma como esa no merecía la pena armar demasiado lío. Luego añadió—: ¿Has visto el *Post?* Russell es un cerdo.

A Casey nunca le había gustado Russell: consideraba que Corrine merecía a alguien mejor y sospechaba que a ella la despreciaba, y no se equivocaba. No hizo falta mucha insistencia para que le leyera a Corrine la columna de sociedad donde se decía que habían visto a Russell en compañía de una rubia sin identificar en un club nocturno de poca categoría.

44

El martes 20 de octubre de 1987, una limusina Mercedes gris circulaba lentamente Quinta Avenida abajo, pasando junto al follaje envuelto en niebla del parque, seguida por una versión más pequeña de sí misma. Los coches doblaron a la izquierda, alejándose del parque, y se detuvieron ante una casa de piedra. Se apearon unos hombres de traje oscuro para reconocer la calle. Dos de ellos se plantaron a ambos lados de los peldaños de entrada, vigilando solo un poco más tensos de lo habitual, pues los dos se preguntaban si su empleo era seguro. Aunque ninguno de aquellos hombres conocía a fondo el mercado financiero, era virtualmente imposible que no fueran conscientes de la catástrofe del día anterior. Al parecer medio billón de dólares se había evaporado en un día, sin dejar rastro de humo ni escombros. Por lo que se veía, los edificios de la metrópoli seguían en pie, y mientras el sol se desplazaba hacia el oeste, uno imaginaba que los carteros encontrarían las fábricas y granjas de las afueras de la ciudad en sus localizaciones habituales, a punto de reanudar su funcionamiento. Y sin embargo los titulares de esa mañana eran fúnebres. Al misterioso acontecimiento lo llamaban «debacle», término que a muchas personas les evocaba una inquietante catástrofe nuclear.

Como si previera todo aquello, Bernard Melman se había vuelto cada vez más taciturno y malhumorado según avanzaba el otoño, un fenómeno que los más antiguos miembros de su equipo ya conocían de antes; llevaba retirado en Southampton varias semanas, rodeado de médicos, y había permanecido en su habitación mientras los de su servicio de seguridad holgazaneaban por los porches. Solo hacía unos días que Melman había vuelto a Manhattan, más tranquilo de lo habitual.

A las seis y media en punto, la pesada puerta de la casa se abrió y apareció Melman. Anduvo hasta el comienzo de los escalones con el ceño fruncido sobre su habitual traje cruzado.

—Bueno, chicos... —Hizo una pausa para comprobar el efecto que causaba, sonriendo con dramatismo, con el aire de un mago aficionado que saca una paloma del sombrero—. Vayamos a la oficina.

Los hombres rieron con alivio, y no solo porque les pagaran para hacerlo.

—¿Iremos andando o en coche? —preguntó, sin dirigirse a nadie en concreto, ladeando la cabeza y adoptando una clara pose socarrona—. Creo que iremos andando.

Los guardaespaldas asintieron rápidamente, contagiados por el buen humor del jefe. Era evidente que el mundo no había llegado a su fin.

A medio camino de la calle, se detuvo en seco.

—Chicos —dijo—. Quiero que hoy extreméis la vigilancia. —Señaló el cielo—. Prestad atención a los agentes de Bolsa que caen.

Mientras avanzaban Madison abajo, Bernie Melman andaba lleno de brío, con un paso aeróbico. Como al aficionado cuya mayor alegría es ver a los jugadores tratando de matarse entre ellos con palos de hockey o los coches rozando la valla y estallando en llamas, la catástrofe parecía estimularlo. Creía que conectaba bien con la gente más humilde, algo que sucedía al menos aparentemente con la gente que trabajaba para él, y cuando estaba de un humor especialmente bueno le gustaba compartir su punto de vista sobre la vida.

—Hoy es un día estupendo para ir de compras —anunció, deteniéndose para mirar el escaparate de Sherry-Lehmann, la tienda de vinos—. Los compradores listos esperan a que caigan los precios. Estados Unidos está hoy de saldo. Eh, eh, dejemos paso —añadió, haciendo un gesto a sus hombres para que permitieran pasar a una pareja de ancianos que avanzaba tambaleante por la avenida—. Algunas personas no se dan cuenta —continuó, reiniciando la

marcha— de que siempre que alguien pierde otro gana. —Aminoró el paso radicalmente, casi haciendo que la procesión se detuviera—. El truco —concluyó— es estar entre los que ganan.

Como era de esperar, Carl Linder no compartía del todo el optimismo de su jefe. Melman a veces pensaba que mantenía a Linder a su lado solo porque su semblante tristón de basset hound siempre lo hacía sentirse contento por puro contraste.

—¿A qué viene esa cara larga, Carl? —preguntó cuando Linder entró cojeando en su despacho para la reunión de la hora del desayuno, aunque su expresión no era más triste de lo habitual.

—Estoy bien —murmuró Linder.

—No estarás preocupado, ¿verdad?

—No especialmente, pero creo que deberíamos tener cuidado. La economía se tambalea. La gente está preocupada. Aunque hoy haya salido bien, no operas fuera de contexto. Deberíamos ocuparnos de todos esos bonos a largo plazo que tienes.

Dicho eso, Linder se alegraba de ver que Melman había superado por fin su acojone psicoquímico. También le gustó que Melman, en su depresión, hubiera previsto cualquier forma de hundimiento y desastre propio y del planeta, y hubiese ordenado llevar a cabo una venta masiva de sus inversiones.

—No estamos en el veintinueve —dijo Bernie—. Las cuentas bancarias de todos están respaldadas federalmente, y los indicadores básicos son buenos. Esto debería asustar lo suficiente a los idiotas de Washington para que usen la cabeza y tengan cuidado con el déficit. Y nosotros vendimos hace quince días. De modo que sonríe.

—¿Y qué pasa con Corbin, Dern?

—Me ocuparé de eso. —Pidió a su secretaria que localizara por teléfono al banquero responsable del crédito puente.

El banquero en cuestión parecía estar extremadamente nervioso y agobiado.

—Dios santo, Bernie, menudo lío todo esto. ¿Cómo te va a ti?

—No estoy nada preocupado. Suenas un poco frenético.

—Estoy a punto de entrar en una reunión —dijo el banquero, y añadió de modo significativo—: Vamos a tener que reevaluar algunos de nuestros compromisos crediticios, a la luz de lo que ha pasado.

—De eso exactamente quería hablarte.

—Me temo que deberíamos reconsiderar lo de Corbin, Dern.

—Estoy de acuerdo al cien por cien.

—¿Estás de acuerdo?

—Quiero que les retires la financiación.

—¿En serio?

—No, estoy de broma, ¿a ti qué te parece? Claro que quiero, y también quiero una carta tuya en ese sentido esta misma tarde.

—Claro. La tendrás —repuso el banquero, encantado—. ¿Puedo preguntarte por qué?

—Limítate a mandarme esa carta. Y estoy seguro de que podrás entender por qué no hemos tenido nunca esta conversación.

—Limitémonos a decir que quiero renegociarlo —le explicó Bernie a Linder después de colgar—. La oferta depende de la financiación. Si no hay financiación, no hay trato. —Había decidido presentar una nueva oferta de licitación a la baja una vez que el banco se retirara del antiguo trato, luego vender las secciones de libros de texto y libros infantiles, recortar el personal a la mitad y probablemente tantear a Harold Stone para que dirigiera la nueva y más pequeña operación.

—Muy descarado —observó Linder.

—Simplemente reacciono ante la nueva situación de los negocios, Carl.

Paseando arriba y abajo por su despacho del Rockefeller Center, Trina Cox no se sentía tan optimista. La caída no la había afectado directamente —como trabajaba en M & A, había evitado

escrupulosamente el mercado con objeto de no tener conflictos de intereses—, pero los efectos la preocupaban. Tanto si la Bolsa se recuperaba como si continuaba cayendo, era un momento espantoso para hacer negocios. Y también le preocupaba su nuevo rabino, Bernie Melman, que de repente no respondía a sus llamadas. Hasta el momento, su coordinación había sido impecable. Si se hubiera quedado en Silverman, por lo menos se habría encontrado un poco menos expuesta. Por otra parte, si Bernie la apoyaba estaba tan segura como cualquiera.

El secretario de Trina llegó a las siete con café y donuts, y con pinta de resacoso y asustado.

—¿Todavía me pagan para que sea tu esclavo?

Ella se encogió de hombros.

El secretario descolgó el teléfono cuando sonó.

—Bernie Melman quiere hablar con Trina Cox —soltó, imitando a la perfección el acento de la secretaria de Melman.

—Lo sabrás dentro de unos minutos —dijo ella, cogiendo el teléfono.

—Trina, la cuestión es que siempre que hay perdedores hay también ganadores. Yo te respaldé porque tú me pareciste de las que ganan.

Tras esa cháchara introductoria, Trina tuvo la sensación de que iría al grano.

—Me gusta pensar que soy una ganadora, Bernie.

—Quiero que nuestra relación comercial continúe. Déjame plantearte una situación hipotética. Dada la situación de la Bolsa, creo que es posible que quienes nos avalan no quieran apoyar la oferta actual sobre Corbin, Dern. Puede que piensen que la empresa no vale lo que ofrecemos, y a lo mejor tienen razón. Lo cual nos deja con una *tabula rasa* para pasar a hacer una oferta más baja.

—Suena bien.

Bernie se aclaró la garganta.

—Cuando digo *tabula rasa*, quiero decir *tabula rasa*, ¿entiendes? Me temo que he perdido confianza en nuestro equipo directivo. Calloway es un chico brillante, pero no necesitamos un puto campeón de los *boy scouts* para dirigir la empresa. Necesitamos a alguien mayor. ¿Tienes algún problema al respecto?

Tras un breve remordimiento rápidamente sofocado, Trina contestó:

—Ninguno.

El miércoles, Russell recibió tres llamadas antes de asistir al funeral de Victor Propp, cuya causa de muerte oficial, como había sabido el día anterior, fue «infarto fulminante». La primera fue de Trina Cox, que lo informó de que la financiación de Corbin, Dern se había caído a la luz de los acontecimientos del lunes, y de que, en consecuencia, la compra no iba a llevarse a cabo, aunque era posible que ciertas partes pudieran hacer otra oferta, sujeta a la nueva situación financiera y posiblemente con nuevos ajustes de personal.

—¿Hay alguna posibilidad de que forme parte del nuevo trato? —preguntó él.

—Entre tú y yo, Russell, no, ni la más mínima.

—Ha sido divertido —dijo él a modo de conclusión.

—Habría sido más divertido si tú hubieras seguido adelante.

—Probablemente.

—Déjame que te diga un secreto, Russell. Están contra nosotros.

—¿Quiénes?

—Los hombres bajos y sin atractivo que dirigen el mundo.

—¿Es ese el secreto?

—Totalmente. Ganar nunca va a importarte tanto como a ellos. De modo que... tú pierdes.

—Gracias por tu sagacidad.

—¿Te importa que te haga una pregunta? Cuando estuvimos en Fráncfort aquella noche... es pura curiosidad... te hice una

proposición agradable, una propuesta desinteresada, por así decirlo. ¿Te acuerdas de tu respuesta? Dijiste: «Píntame la casa». Y te reíste como si fuera la cosa más divertida que hubieras dicho en tu vida. ¿Qué coño quisiste decir?

La segunda llamada fue de Duane Peters, su elusivo corredor de Bolsa; pidió a Russell fondos adicionales para cubrir las pérdidas en su cartera de valores, en concreto el tremendo impacto que había sufrido su participación a crédito en Corbin, Dern.

—¿Dónde has estado los dos últimos días, cabrón?

—Hablando por teléfono.

—No conmigo.

—¿No tienes nada en metálico?

—Claro que no.

—Tendremos que vender acciones. Estoy tratando de averiguar la cotización de Corbin, Dern. Te volveré a llamar.

Cuando Duane volvió a llamar, Russell se enteró de que Corbin, Dern había perdido el cuarenta por ciento, lo que lo dejaba a él, tras el requerimiento de cobertura, con unas pérdidas del ochenta por ciento sobre el dinero prestado.

La tercera llamada fue de un abogado, un tal Weston Strickley, para informarlo de que representaba a la señora Calloway, que deseaba disponer de copias de todas sus transacciones comerciales durante el año 1987, con especial referencia a las del último mes, y también de la titularidad y los números de todas y cada una de las cuentas que pudiera tener en el extranjero. Si el señor Calloway no les proporcionaba todo eso, recibiría un requerimiento judicial.

Una hora más tarde, un tipo con bocio y la cara muy roja le hizo entrega a Russell de una emborronada citación que le prohibía liquidar, transferir o disponer de la forma que fuera de activos y bienes conyugales, incluida la cartera de valores.

45

Nacido en el Medio Oeste, pero adoptado por el Este, Russell abrigaba la desconfianza tradicional con respecto al sur de California. Imaginaba que allí estaban los cuarteles generales de las falsas religiones, las modas pasajeras en cuestiones de salud y la decadencia babilónica; esta última era la atracción fundamental. No veía cómo podía uno tomarse algo en serio con aquel sol absurdo que nunca paraba de brillar. Con todo, esperaba que la costa oeste pudiera representar un paso evolutivo con respecto a la mala fe, la mala conciencia y la engreída sofisticación de Nueva York: el confín de toda la migración llegada de la historia, la cultura, Europa.

Al salir del aeropuerto de Los Ángeles, dos días después de Acción de Gracias, captó una descarga de potencial erótico en el aire caliente y húmedo. Era un cambio radical con respecto a Michigan, donde había pasado un lúgubre día de Acción de Gracias de soltero en compañía de su padre y de su hermano. Desde la limusina, cortesía de su nuevo socio, Zac Solomon, vio un cartel en el que se leía «CÓCTELES DESNUDOS» sobre un edificio bajo y cuadrado al borde de un terreno con torres de petróleo; una bandada de pájaros prehistóricos picoteaba ciegamente la tierra.

La Cienega discurría en línea recta hasta las colinas de Hollywood, aunque el paisaje se desvanecía y se volvía pelado al cabo de un par de kilómetros, y transcurrió un cuarto de hora más hasta que Russell llegó a ver el oscuro perfil de las colinas emergiendo entre la contaminación directamente al frente. Abrasada y picuda sobre las casas dispersas, como la espina dorsal de un perro muerto de hambre, la larga cadena de colinas no parecía especialmente hospitalaria, pero cuando se ascendía por sus carreteras de montaña rusa, el mundo de abajo desaparecía; jardines espléndidos y piscinas azul verdoso florecían en las grietas

rocosas. El hotel de Russell se hallaba en la cima de las colinas, justo al lado de Sunset; reproducción exacta de un castillo del valle del Loira, se alzaba imponente sobre las palmeras; una fantasía que se había hecho realidad, según le contaron a Russell, en 1929.

En medio de tanto sol y tanta novedad, le produjo satisfacción comprobar que su hotel estaba cómodamente venido a menos y lleno de sombras frescas y trasnochadas. La suite residencial, con sus muebles con tonos distintos de barniz, los antiquísimos electrodomésticos y la moqueta de un atroz color naranja y perpetuamente húmeda en la que crecían musgos y líquenes inclasificables, llegaría a parecerle cada vez más un refugio contra el deslumbrante brillo del exterior. Años atrás, se había trasladado a Nueva York creyendo adentrarse en el centro del mundo, y durante todo el tiempo que vivió allí había conservado la ilusión de que en efecto era el centro: la sensación de que siempre había una puerta tras la que existían nuevos misterios, una sala de baile en lo alto del cielo desde la que surgía una música irresistible, una fuente secreta de poder desde la que emanaba la loca energía de la metrópoli. Pero Los Ángeles no tenía un centro perceptible y también carecía de límites y esquinas. Russell no acababa de verle la gracia a aquella especie de enorme y desenfrenado barrio residencial de su nunca llorado Medio Oeste, arrancado de allí para dejarlo caer en Cap d'Antibes. Agradecía alojarse junto a una colina, aunque solo fuera porque su espalda descansaba en algo sólido.

Aunque perdido, Russell no dejaba de aprender, de admitir que los viejos principios le habían fallado, y trataba de no emitir juicios antes de que pudiera recobrar la sensatez; el sol y la aparente informidad de la vida allí, en los confines sin fin del continente, le recordaban los versos de Stevens: «Debes volver a convertirte en un hombre ignorante / Y ver de nuevo el sol con ojos de ignorante / Y verlo claramente como idea». Russell tenía ojos de ignorante y era indudable que el sol brillaba, pero incluso al cabo de varios meses seguía siendo simplemente deslumbrante.

El trabajo tenía al menos la virtud de suponer una brillante novedad, y Russell siempre había empezado las cosas con entusiasmo. Adquirió los derechos de dos libros la primera semana, y empezó a hablar con directores y actores. Costaba bien poco diferenciar a los directores de los actores: todos llevaban barba y se consideraban los intelectuales de la comunidad. Russell llegó a la ciudad arrastrando una vaga leyenda de éxito en el Este, y Zac la aumentó considerablemente; todo el mundo quería almorzar con él. Al final, el hecho de que su intento de apropiarse de una editorial hubiera fracasado no contaba tanto como el hecho de que había conseguido algo. Sus jornadas estaban muy llenas y descartó muy pronto la idea de que el negocio del cine fuera un asunto tranquilo que solía ejercerse al borde de una piscina. El día empezaba a las siete y media con un desayuno de trabajo en uno de los grandes hoteles y seguía en el mismo plan hasta una cena de trabajo a las siete y media de la tarde. A veces a Russell se le ocurría que aquel horario reflejaba más una ilusión de actividad que logros concretos, pero agradecía que no le quedara demasiado tiempo para pensar.

Durante todas las horas de trabajo, la comunidad parecía poseída por el aura de su propio glamur. El producto final de todos esos esfuerzos proyectaba un reflejo sobre los trabajos menos importantes de la industria. A una mecanógrafa la animaba la convicción de que con su ardua tarea escribía frases que quizá pronunciarían las estrellas de la pantalla, mientras que agentes y productores, que iban en sus carísimos coches a importantes reuniones, se sentían comprensiblemente tentados de creer que eran las estrellas del auténtico drama, del que el público solo veía las marionetas.

Habiendo imaginado en otro tiempo aquel sector como una gran pecera de tiburones que se revolvían en sangre, a Russell lo sorprendieron las grandes dosis de buena voluntad y buen rollo que había en el ramo. Prevalecía una alegría infantil por haber descubierto no una tienda de caramelos con la puerta abierta, sino la verdadera fábrica donde se producían todos los caramelos. Como

niños, quienes jugaban allí dentro eran capaces de crueldad y violencia súbitas, pero había tanta riqueza en el entorno que el espíritu que predominaba parecía generoso, las relaciones más amables que en un departamento universitario de inglés, donde había mucho menos que repartir. Se practicaba un socialismo lucrativo no oficial; si uno se quedaba sin trabajo, otro le ofrecería uno en cualquier sitio con un sueldo más alto.

Había reglas, claro. En el despertar de la hedonista borrachera de comienzos de la década, un curioso puritanismo ejercía su dominio en la Babilonia del Oeste. Zac había puesto al día a Russell durante uno de sus primeros almuerzos en un informal y caro restaurante de Melrose. El comedor bajo una carpa era como un santuario de la simplicidad saludable, con colores pastel y pescados a la plancha y verduras crudas como propuestas del chef.

Zac había hecho una relación reverencial de las malas prácticas sexuales de los de las mesas vecinas. De repente preguntó:

—¿Cómo fue tu cena con Packard de la otra noche?

—Nos llevamos bien, diría yo. Se apresuró a hacerme saber que había leído varios libros en su vida, y yo traté de dejarle claro que me gustaba el cine.

Zac asintió con la cabeza, pensativo.

—Me dijo que le pegaste mucho a las copas.

—Madre mía, si solo tomé un martini y dos copas de vino.

—La mayoría se metió de todo a principios de los ochenta, y ahora hay una especie de resaca colectiva. En los cincuenta estaba la amenaza roja, ahora tienen la amenaza blanca. Eso fue lo que les mosqueaba de Jeff por aquí. Y a ti te asocian con Jeff, ya sabes...

—¿Soy culpable por asociación?

—Solo trato de explicártelo. Ahora está esa cuestión tan competitiva de la salud. O sea, que tu acompañante en la mesa espera a que pidas el atún y luego él pedirá tres ramitas de rúcula y lo considerará una comida, haciéndote creer que eres un monstruo glotón y en consecuencia una persona que no merece la pena espiritualmente. Cuando pidas una copa de vino blanco, te hablará

de su entrenador personal, que va a su casa todas las mañanas a las cinco en una furgoneta llena de aparatos de gimnasia para hacer unos ejercicios antes de su desayuno consistente en tres fresas y una tostadita integral. En cualquier caso, sí he de decirte una cosa sobre alcohólicos anónimos: es el mejor sitio para ligar de la ciudad.

Solomon lo animó a que buscara una casa, ofreciéndose como aval en la financiación, pero Russell se quedó en el hotel, aferrándose a lo transitorio para tener seguridad. Después de casi dos meses solo en el apartamento de Nueva York, se había acostumbrado a una vida sin acogedores toques domésticos y al murmullo tranquilizador de un aparato de televisión que no miraba.

Zac vivía unos centenares de metros por encima de él, en la parte de arriba del cañón, en una casa de estilo indeterminado que se aferraba a un terreno de mil metros cuadrados; detrás de la casa, engarzado en la ladera cual joya plana, un suelo de secoya enmarcaba un brillante óvalo turquesa que parecía desafiar la antigua idea de que el agua busca siempre nivelarse. Zac celebró una fiesta en su casa una semana después de la llegada de Russell para presentarle a la fauna local. Esta incluía a productores, ejecutivos de los estudios, agentes y abogados, así como unos cuantos actores y actrices. Las mujeres eran de dos tipos: profesionales de la industria y estrictamente ornamentales. En términos del canon contemporáneo de belleza femenina, el proceso de selección natural de las especies, reforzado por la cirugía plástica, había alcanzado en Los Ángeles un elevado nivel de refinamiento. Había un evidente exceso de mujeres jóvenes rubias en pantalones tejanos y camisetitas ajustadas que quitaban la respiración que se identificaban a sí mismas como actrices, todas las cuales fingieron estar muy contentas de tener a Russell en la ciudad. Una de esas mujeres se convirtió en su pareja.

Katrina Ostrom era una aspirante a actriz de Denver, con un carácter dulce bajo la pátina todavía fresca de aprendiz de

profesional del glamur, y a la que todavía no habían retorcido y deformado las duras lecciones de la profesión. Hasta el momento había interpretado a una muerta en una película para la televisión y tenía un par de frases en un rodaje próximo. Solo unos meses más aclimatada que Russell, lo llevaba a fiestas e iba en coche a Santa Mónica con él los fines de semana, pero Russell no quería que pasara las noches en su habitación del hotel. Sabía que era un escrúpulo sin fundamento, pero no podía soportar la idea de que Corrine llamase en mitad de la noche mientras había otra persona durmiendo a su lado. Por curioso que fuera, Katrina no encontraba ese hecho especialmente molesto o sorprendente. Aunque no le había hecho demasiadas preguntas al respecto, Russell comprendía que los hombres más recientes en su vida la habían tratado como un accesorio sin importancia.

Sin ser tan cínico como Zac, que se refería con aprobación a su aventura como una relación de bajo mantenimiento, era indudable que Russell no buscaba un alma gemela. Al principio se había sentido perplejo y agradecido de ser capaz de realizar el acto con otra persona, no digamos ya con una preciosidad de veinte años.

Después de más de una década con Corrine, le parecía poco menos que milagroso; y ahora, por primera vez en su vida, era consciente de ser mayor que los veinteañeros. Pero por agradable que fuera, no podía evitar hacer comparaciones, y a veces la idea de hacer el amor era insoportablemente triste y se sentía incapaz de seguir adelante. Cuando le pasaba eso, se ponía irascible e impaciente.

Una noche, en el pequeño y desordenado estudio de Katrina en un motel reformado del este de Hollywood, Russell había empezado a besarla hasta que de pronto lo invadió una oleada de repulsión, provocada quizá por el leve tufillo a cebolla en el aliento de la chica.

—Este sitio es una pocilga —declaró.

Ella se levantó de la cama y se puso a recoger la ropa dispersa por el dormitorio. De pronto, la visión de un osito de peluche que la

chica alzó hacia la luz entre sus largos dedos lo llenó de remordimientos.

—Lo siento —dijo Russell—. Soy absolutamente insoportable. No sé cómo me aguantas. —Y saltó de la cama y la aferró contra sí.

—No eres tan malo. De hecho, eres el chico más amable que he conocido aquí.

Pero Russell solo podía volverse peor, como los demás, al enfrentarse con tan escasas expectativas. En lo que él tomó por un gesto de noble renuncia, le dijo que no deberían volver a verse; posteriormente desistió de su propósito dos veces en el curso de tres semanas, llamándola por la noche y preguntándole si podía ir a verla. La tercera vez que llamó, ella dijo:

—Lo siento, Russell.

—¿Estás con alguien? —quiso saber él.

Con un susurro de exasperación, Katrina dijo:

—No puedo pasarme el tiempo sentada esperando a que me llames.

Russell casi sintió alivio de que la oportunidad de causar daños mayores se hubiera esfumado, sabiendo que se había comportado de mala manera. Arrastrado como una hoja por la corriente, Russell se sentía incapaz de tomar decisiones importantes.

46

El propósito de Año Nuevo de Corrine fue conseguir pareja. Sabía que debería olvidarse de Russell, o al menos sus amigos insistían en que lo hiciera, pero cada vez que un desconocido trataba de meterle la lengua en la boca, le parecía cómico o trágico. Duane Peters llegó tan lejos como para meterle la mano bajo el sostén antes de que ella se echara a reír. Casey Reynes le organizó una cita a ciegas. Su amiga, después de todo, era una Makepeace, y su candidato para el lecho y la mano de Corrine era Christian Howorth, de los Howorth de Memphis, graduado en Yale en el 77, cuyos valores y logros a Casey le llevó un cuarto de hora relatar, siendo el más pertinente que había heredado dinero, había ganado mucho más y había saltado en paracaídas antes de que la Bolsa se desplomara. Cuando llegó a la puerta de Corrine en una calle ruinosa de Chelsea a bordo de un elegante y discreto coche con chófer, era tan guapo como le habían anunciado. En el teatro y después en Lutèce demostró ser un tipo hablador y entretenido. Había sido tres veces miembro del equipo hípico de Estados Unidos, esquiaba y era un caballero, y se levantó para apartarle la silla cuando ella volvió del lavabo, y la dejó a la puerta de su casa aquella noche con solo un delicado beso. Su gusto era impecable en lo que se refería a las mujeres: le mandó rosas con una agradable nota a la mañana siguiente y la llamó para que salieran de nuevo aquella misma tarde. Corrine salió con él dos veces más; la última fueron a la casa de campo de los Reynes en Vermont. Era estupendo en todo excepto en que no era Russell. Cuando por fin ella le dijo que todavía no estaba preparada para tener una relación con él, Casey se puso furiosa.

—Dios sabe que he tratado de ayudarla —les dijo a unos amigos, con un tono que sugería que Corrine ahora fornicaba con pastores alemanes y se pinchaba heroína como su amigo Jeff Pierce.

Jeff la llevó a cenar el día de su cumpleaños. Aunque habían hablado por teléfono con frecuencia, Corrine no lo había visto desde que Jeff había salido del hospital unos meses antes. Se le veía muy delgado y cansado, y ahora había cierta incomodidad entre ambos. La conversación fue tensa hasta que ella le recordó su último cumpleaños, cuando Jeff había traído consigo a aquella adolescente de tetas grandes a su apartamento, y Corrine le había tirado agua, y él y Patoso habían volcado aquel jarrón.

—Dios santo, ¿eso fue solo hace un año? —exclamó Jeff—. Todo lo de antes del hospital me parece como de televisión en blanco y negro. Aquella noche estaba destrozado. De hecho, me metí un pico en el cuarto de baño.

—Dios mío, Jeff —fue lo único que pudo decir Corrine.

Jeff le contó que después, cuando volvió a su loft con la modelo, ella de pronto levantó la cabeza de la almohada y le dijo, compruebe la mercancía, que se había «realzado» los pechos, y que no se llevara una sorpresa o algo así, y él se había quedado tan asombrado ante aquella sincera y urgente revelación, que fue incapaz de parar de reír, y mucho menos de hacer el amor. Al oírselo contar, Corrine se rio también, aunque últimamente no estaba acostumbrada a ejercitar los músculos faciales.

—Es la historia de mi vida. Nada resulta real —dijo él sonriendo tímidamente hasta que vio que Corrine estaba llorando.

—Por favor, no digas esas cosas, Jeff.

Al ofrecerle su servilleta, Jeff se fijó en que estaba manchada de salsa marinara. Después de haber hurgado en los bolsillos, tratando de encontrar un pañuelo, se arrancó el bolsillo de la pechera de la camisa y le tendió el trozo de tela azul.

—No has comido nada —lo regañó Corrine, cuando recuperó la compostura—. Pareces un esqueleto.

—Mira quién habla.

—He engordado un poco —matizó ella.

—¿Qué tal anda? —preguntó Jeff mientras Corrine hundía ostentosamente el tenedor en sus capellini.

—Creo que sale con alguien. No me lo ha dicho, pero lo noto.

—¿Y tú?

—No consigo imaginarme con otra persona. Lo intento, maldita sea, pero no lo consigo.

Jeff encendió un pitillo y se rascó la muñeca, donde, se fijó Corrine, tenía una especie de sarpullido de color ciruela. Se preguntó si habría vuelto a darle a la aguja.

—Todavía te quiero —dijo él.

—¿Qué es eso que tienes en el brazo? —preguntó ella bruscamente; luego se rio, nerviosa. Quitándose un mechón de pelo del hombro, añadió—: Yo también te quiero, pero a ninguno de los dos nos sirve de nada.

—Que le den por el culo a la utilidad. Nunca he sido un tipo práctico.

—No. Pero supongo que, al final, yo sí lo soy. —Se inclinó hacia él y le tocó la mano con manchas—. ¿O no?

Una noche, buscando su certificado de nacimiento para demostrar su existencia a su nuevo empleador, Corrine se encontró con una hoja de papel pautado con un poema escrito en la letra torcida hacia la izquierda de Russell.

Que las musas canten y las gracias bailen
Y no solo en su boda sino todos los días
Que unan sus corazones y ningún mal les suceda.
¡Que él nunca la llame otra cosa que mi gozo! ¡Mi luz!
Y ella nunca lo llame otra cosa que amor mío.
Y cuando deban partir de esta Tierra
Porque han vivido dulcemente juntos
Que uno no muera antes que el otro
Sino que él la entierre a ella, y ella a él
Un corazón aparte pero unido
¡Oh pareja feliz![*]

Russell había elegido el poema, uno de sus tesoros isabelinos del instituto, para que el padrino, Jeff, lo leyera en su boda en Stockbridge más de seis años atrás. Tan perfecto entonces, ahora le resultaba casi insoportable, pues planteaba por primera vez la posibilidad de que no terminaran juntos.

Entre ataques de llanto, Corrine iba a trabajar a la oficina del fiscal del distrito en el centro, donde examinaba cuidadosamente soporíferas montañas de documentos en busca de pruebas de fraude, y dos veces a la semana tomaba la línea 6 del metro hasta Bleecker para trabajar en la misión.

Una noche estaba fregando los platos cuando empezaron a circular noticias entre los hombres de que la policía se había concentrado en un descampado de la avenida D para asaltar los chamizos donde dormían muchos de ellos. Llevaban semanas amenazando con echarlos a la fuerza, pues el frío del invierno no había conseguido despoblar el futuro solar donde se iban a construir unos bloques de pisos de clase media.

Muchos de los hombres engulleron rápidamente lo que les quedaba de comida.

—Tienen excavadoras y tanques y toda esa mierda —le dijo Ace a Corrine, hiperbólicamente; luego se limpió la boca con el dorso de la mano y se guardó una manzana en el bolsillo de la vieja parka de Russell.

Corrine se quitó el delantal.

—Yo también voy —dijo.

—Va a ser peligroso —le advirtió Ace, pero Corrine pensaba que sería menos peligroso si había personas como ella presentes, esperando que su traje de chaqueta y su apariencia general ofrecieran cierto grado de protección. Siguió a Ace y a una docena de vagabundos a la calle, donde un viento helado que traía el olor de humo la hizo temblar; el emborronado cielo nocturno resplandecía hacia el este.

Los chamizos y los tipis estaban brillantemente iluminados: dentro y alrededor de ellos ardían docenas de hogueras; intensos focos apuntaban al descampado desde el otro lado de la calle. Estaban descargando excavadoras, cuatro en total, de dos camiones; el ruido de los motores apagaba los gritos de los okupas, que lanzaban maderas y ladrillos a la falange azul de policías antidisturbios con casco. Ace y Corrine se abrieron paso entre la multitud de espectadores. Las excavadoras amarillas avanzaban volviendo sus implacables rostros inexpresivos hacia la multitud. Un ladrillo trazó un arco en el cielo nocturno y golpeó el casco de uno de los policías, haciéndolo caer hacia atrás.

Cuando el grupo de Corrine se acercó, un destacamento de policías se movió hacia la derecha para separarlos del campamento; el resto de las fuerzas avanzó detrás de los escudos, con las largas porras en alto. Las excavadoras hacían ruido y soltaban humo. La mitad de los okupas se dispersaron cuando la policía avanzó en medio de una lluvia de proyectiles. Corrine vio que tres policías avanzaban hacia ella. Uno en particular parecía tenerla en su punto de mira; tenía los labios tensos bajo un bigote negro, y la miraba con odio. Corrine quedó paralizada por aquella mirada, incapaz de creer que se la dirigiera a ella. Ace la agarró de la mano y tiró de ella cuando la porra cayó, alcanzándola en la cadera y originando una corriente eléctrica de dolor que le llegó hasta el hueso. Es posible que soltara un grito, pero el aire estaba lleno de dolor y odio y no pudo distinguir su propia voz. Al mirar atrás por encima del hombro, vio a los policías golpeando salvajemente a la multitud.

Se dirigieron al oeste, con Ace tirándole de la mano, haciéndole daño en el brazo mientras corrían por las calles.

—Entra ahí —dijo él, empujándola a un agujero de una cerca metálica; el vestido se le enganchó antes de desgarrarse. El descampado estaba cubierto de desperdicios y restos de materiales de construcción. Con las manos en las caderas de Corrine, Ace la

empujó detrás de un árbol de Navidad abandonado. Tumbada en el frío suelo lleno de basura, pudo oír el estruendo de la lucha, las persecuciones de la policía, los gritos y las maldiciones. Apretó la cara contra la tierra. Ace estaba tendido a su lado, respirando agitadamente.

Mientras estaba allí en el suelo mirando el torso sin miembros de una muñeca de plástico, Corrine imaginó que la violencia se extendía por toda la ciudad, consumiéndola; una orgía de rabia y destrucción. No quedaba nada que pudiera detenerla: ni compasión, ni ley, ni un objetivo común.

—Esto es una puta guerra, tía —soltó Ace, más excitado que asustado, después de que un destacamento de policías con casco pasara haciendo ruido.

Corrine estaba tan helada que las manos y los pies se le empezaron a entumecer.

—Sóplate en los dedos —dijo Ace cuando ella se lo contó.

Después de volver a salir por el agujero, encontraron una turba de hombres muy enfadados que blandían palos, tuberías y botellas. Durante un momento Corrine pensó que iban a cargar contra ellos, pero algunos reconocieron a Ace.

—Esos cerdos le han dado un porrazo a mi chica, tíos. No me lo puedo creer.

El grupo rugió y, de repente, Corrine se encontró absorbida por él; los hombres parecían aceptar su protección como parte de su tarea.

—Vámonos de aquí —dijo ella.

—Es mucho más seguro estar con estos tipos —dijo Ace—. En situaciones como esta... solo eres carne.

El grupo se dirigió hacia el oeste en busca de un objetivo, y sus voces competían al hacer planes. Corrine tenía tanto frío y estaba tan aturdida que casi no podía entender los ruidos de su alrededor. Seguía oliendo a gasolina. De repente se produjo un momento de calma en el estallido de energía; un silencio cayó sobre el grupo cuando llegaron ante un edificio aparentemente abandonado, cuya

puerta había sido reemplazada por un panel de hierro. Uno de los hombres se acercó y lo golpeó; el hombre que abrió el panel fue derribado, y un momento después el grupo subía por una estrecha escalera a oscuras.

Corrine se encontró en una pequeña habitación con solo una sucia bañera y varios cojines. Un intenso olor a fármacos hizo que le lagrimearan los ojos. Tres de los hombres habían maniatado a un blanco gordo que llevaba una camiseta de Billy Idol, y dos adolescentes negras estaban atemorizadas junto a otra puerta de hierro. Mientras Corrine miraba, la puerta se abrió deslizándose a un lado. El líder del grupo echó a correr y golpeó con un trozo de tubo a través de la abertura. Otros más se amontonaron delante de la puerta, impidiéndole ver, mientras el olor a gasolina se imponía a aquel otro olor desconocido. Una llama brotó del cuello de una botella de vino, y entonces, de pronto, el flujo del movimiento avanzó en dirección contraria, al tiempo que Corrine escuchó un ruido sordo que los mandó escaleras abajo hasta llegar a la calle, con los hombres gritando mientras corrían. Ace todavía seguía tirando de ella, con los ojos vidriosos.

Después de eso, Corrine vio a un chico con el pelo color rosa y una cazadora de cuero negro al que derribaron y patearon salvajemente, un coche en llamas, trozos de cristales rotos. Mientras saqueaban una *bodega*, alguien gritó que habían acorralado a un puma en un descampado cercano. El grupo se dirigió a toda prisa hacia ese prometedor rumor. Ace la arrastró hasta las primeras filas de la turba; poniéndose de puntillas, Corrine vio un felino agazapado en el rincón entre la pared de ladrillos y la valla metálica, demacrado y sucio; sus manchas eran escasamente visibles a la luz de la antorcha.

—Es un ocelote —dijo ella, no muy segura de por qué lo sabía.

Durante un momento, todos guardaron silencio. Luego alguien arrojó un palo, y los hombres salieron en persecución del animal con sus garrotes. Corrine gritaba.

Ace se la llevó de allí cuando alguien aulló:

—¡La policía!

Los dos corrieron avenida C abajo hacia Houston, donde Corrine paró un taxi, casi incapaz de creer que aquella nota al pie del contrato social hubiera sobrevivido intacta.

—Dios santo, casi nos matan —le dijo al taxista. Necesitaba un testigo, alguien del mundo real que le dijera que no estaba loca.

—¿Adónde vamos? —preguntó tranquilamente el taxista.

Corrine le dio la dirección de su casa. Ace le rodeó los hombros con el brazo, pero ella no podía dejar de temblar. Había sangre en la manga de su blusa. Le daba miedo estar sola después de lo que había visto, y tenía miedo de que nadie la creyera si trataba de contarlo.

Ace la acompañó a su apartamento y vio la televisión mientras ella se duchaba. Cuando salió del cuarto de baño, él se puso de pie y la abrazó. Corrine le devolvió brevemente el abrazo, pero trató de apartarse cuando Ace le metió la rodilla entre las piernas.

—¿Qué te pasa? —preguntó él—. ¿No quieres hacerlo con un negro?

Corrine era incapaz de hablar. El miedo la había dejado muda, pero estaba decidida a que no se notara.

—Un negro sin techo. Bajas al Bowery dos veces por semana y sirves ese puto estofado como un acto de caridad, y luego te vuelves a tu agradable vida de chica blanca rica.

—No es eso... —consiguió decir Corrine, pero él la interrumpió.

—Estoy cansado de que las cabronas blancas me digan que el color no tiene nada que ver. Eh, negros, os mantenemos sometidos, os matamos con caballo, os encerramos y todo ese rollo. Pero no es porque seáis negros. No es nada personal.

—Lo que pasa es que... echo de menos a mi marido —dijo Corrine.

Ace la apartó de un empujón. Corrine casi tuvo la certeza de que iba a pegarle, pero de repente él bajó la vista al suelo y negó con la cabeza.

—Solo por una vez, quería algo bonito. ¿Sabes qué quiero decir?

Se dio la vuelta y se marchó, cerrando con un portazo.

Corrine estaba perpleja al no encontrar ni una sola mención de los acontecimientos del Lower East Side en ninguno de los periódicos del día siguiente ni en el de después, cuando descubrió, enterrada en el *Post*, una breve noticia sobre el asesinato de un supuesto traficante de crack en la calle Tres este. Un grupo de clientes enfadados, al parecer, habían echado gasolina por la ranura de la puerta reforzada a través de la cual hacía sus negocios, y luego le habían prendido fuego, y la fortaleza de hierro de detrás de la puerta se convirtió en un horno en el que ardió el traficante. Tres horas más tarde, según la policía, las paredes todavía estaban al rojo.

Corrine fue a la misión unas noches después, pero Ace no apareció. La noche siguiente estaba en la calle enfrente de su apartamento cuando ella volvía del trabajo. Empezó a dirigirse hacia él, pero algo en su expresión le hizo dar la vuelta. Ace no intentó seguirla al interior ni hablar con ella, y Corrine estaba demasiado asustada para decir nada. Una hora después, aún seguía allí. Llamó a Jeff, pero para cuando este llegó, Ace se había ido. Varios meses más tarde, alguien de la misión aseguró que había muerto.

—Fue por el sida —dijo el hombre.

En cualquier caso, Corrine nunca volvió a verlo.

47

Russell y Corrine hablaban casi todas las noches, aunque él procuraba no preguntarle mucho por sus asuntos y sus sentimientos. Todavía enfadado, no sabía qué quería de ella ni cómo podría repararse el daño que había sufrido su matrimonio, de modo que esperaba a que sucediera algo, como si pudieran inventar un nuevo medicamento que curara esa enfermedad del corazón en concreto, y entretanto trataba a su matrimonio como quien trata a un paciente en situación crítica, para el que un esfuerzo excesivo podía resultar mortal.

Intuía que ella también estaba enfadada. Habitualmente limitaban sus conversaciones a detalles financieros concretos y a cuestiones sociales de poca importancia. Tenían que decidir si alquilaban el apartamento; Corrine se había trasladado a un estudio en Chelsea y se negaba a volver a su vieja casa con todos sus recuerdos. Ella y su abogado por fin habían quedado razonablemente satisfechos de que Russell no hubiera escondido montones de dinero, pero los gastos legales para demostrar que estaba en la ruina habían motivado que tuviera más deudas y añadido un nuevo elemento que perturbaba su comunicación; de pronto había una estructura de censura oficial entre los dañados canales de sus corazones. Y Russell, cuando se paraba a pensar en ello —cuando recibió la minuta del abogado, por ejemplo— se enfurecía con Corrine por haber puesto las cosas en manos de la ley.

Ganaba más dinero que antes, pero el nuevo empleo de Corrine le proporcionaba un sueldo escaso y Russell todavía tenía que enfrentarse a los litigios por el fracaso de la compra de Corbin, Dern. Bernard Melman había vuelto con una oferta de licitación más baja y con distinta financiación; había vendido varios sellos de la editorial y contrató a Harold y a algunos de los antiguos directivos para que se

ocupasen de la empresa. Donald Parker era consejero editorial. El resultado del intento de compra por parte de Russell era que Corbin, Dern había quedado desmembrada, cuarenta o cincuenta personas se quedaron sin empleo, y un hombre que ya era muy rico había obtenido unas ganancias absurdas. Whitlock había encontrado empleo en Random House y se decía que Trina se había especializado en algo que se llamaba «cambio de rumbo»: reestructurar tratos que habían salido mal.

Para Russell y Corrine, el instrumental de su vida en común permanecía intacto hasta que estuvieran preparados para desmantelarlo; facturas, invitaciones y tarjetas de aquellos puntos del mundo a los que no habían llegado las noticias de su disputa conyugal continuaban exigiendo su atención. La cuenta conjunta y los ahorros necesitaban que los alimentasen. Casi todos los días tenían que enfrentarse a pequeñas cuestiones que requerían consultas y les permitían evitar las cuestiones importantes. Tenían que decidir qué hacer con la casa de St. Barts, sobre la que habían dejado un depósito para la primera semana de marzo.

—No creo que consiga recuperarlo —dijo Russell—. Es posible que tengamos que darlo por perdido.

—Le mandé a mi hermana un regalo de cumpleaños de parte de los dos —dijo Corrine una noche de febrero, una semana antes del día de San Valentín—. Un pequeño broche de los años veinte que encontré en esa tiendecilla de la Primera Avenida. Solo me costó veinte dólares —añadió, como si le preocupara que él creyera que gastaba mucho—. Firmé la tarjeta por los dos.

Russell se había enterado de lo del broche dos noches antes, y aunque no estaba seguro de lo que era un broche, dijo:

—¿Cómo está Hilary?

—Estupendamente. Te manda recuerdos. ¿Qué tal tu padre?

—Está bien, supongo. Estoy un poco preocupado. Según parece, se pasa el día entero sin salir de casa. No creo que esto de la jubilación sea muy divertido para él.

—¿Sabes? Todavía les debemos a Colin y Anne el regalo de boda.

De este modo, se tomaban el esfuerzo de asegurarse el uno al otro que en realidad nada había cambiado, que era perfectamente normal seguir casados aunque se encontraran a casi cinco mil kilómetros de distancia.

Como un estudiante aplicado, Russell trataba de aprender todo lo posible sobre la industria. Antaño había creído que esa materia no merecía un estudio serio, pero ahora encontraba satisfacción en la mera idea de darse una cura de humildad. Como las viejas costumbres tardan en perderse, leía guiones y libros sobre cine. También asistía a todas las proyecciones a las que lo invitaban, y acudía a los cines de Westwood, donde podía ver películas nuevas acompañado del público juvenil al que iban dirigidas.

Por un lado, sentía que no tenía derecho a su esnobismo, y por otro, nunca renunciaba a él, diciéndose que, tras haber fracasado en una profesión de mayor calado, no merecía nada mejor. Como muchos antes que él, había acudido a Los Ángeles a empezar de nuevo, a reinventarse a sí mismo, pero arrastraba su pasado de tal modo que a veces no conseguía evitar verse, no como el inquieto inmigrante, sino como un exiliado harto de todo.

Si en ocasiones no podía evitar menospreciar su entorno, a menudo se sentía un poco avergonzado por el cuantioso sueldo que le pagaban pese a su relativa ignorancia. Luego había días en los que conducía su coche para ir a una reunión con la capota bajada y creyéndose un tipo con suerte por estar donde estaba, e incluso con suerte por estar vivo.

Mientras almorzaba con un famoso actor joven, podía sentirse inmensamente superior a los papamoscas de las mesas vecinas; no, se decía, porque estuviera impresionado por almorzar con el actor, sino porque, a diferencia de ellos, él pensaba que podía tomarlo o dejarlo. Aquello solo era un negocio. Y era algo que le podía contar a

Corrine, para echarse unas risas, precisamente porque a ella tampoco le impresionaría, y ambos podían menospreciar ese ambiente.

Algo debía de haber ido mal con su manera de expresarse aquella noche, porque Corrine guardaba silencio al otro lado de la línea, en el otro extremo del continente.

—Oye, ¿estás ahí? La Tierra llamando a Corrine.

—Aquí estoy —dijo ella.

—¿Hace frío? Noto como un frío que llega por la línea.

—No estoy de humor para oír lo maravillosamente que te lo estás pasando con toda esa gente guapa y famosa.

Cuando Russell explicó que había mencionado aquel nombre con ironía, Corrine soltó una risa amarga.

—Es incluso peor que sueltes el nombre de alguien famoso para impresionar y luego finjas que no lo has hecho.

Consciente de lo justo de su acusación, Russell le deseó buenas noches con tono cortante.

La noche siguiente, Corrine volvió a llamar y se disculpó.

—Ay, Russell, ¿cómo hemos llegado a esto?

—No lo sé —contestó él con cierta tristeza.

—Quiero que volvamos a estar juntos.

—Lo estaremos —dijo él, sin saber exactamente por qué lo decía, como no fuera para darle ánimos. Después de que ambos hubieran expresado aquel vago deseo, dejaron los detalles en el aire.

Una tarde, entre los mensajes que le dio el recepcionista, Russell encontró una nota que decía: «Estoy en la habitación 34. Por favor, llámame. Blazes Boylan». Una vez arriba, en su habitación, los ojos de Russell iban de las noticias de la televisión al teléfono. Él y Zac tenían una cita para cenar en The Ivy con el vicepresidente de una productora. Russell recogió sus cosas y estaba buscando las llaves cuando llamaron a la puerta.

Se quedaron plantados en el umbral, mirándose. Russell quedó estupefacto ante el aspecto de Jeff, la forma en que la piel le colgaba de los huesos como si fuera ropa.

—¿Quieres pasar?

Jeff echó una ojeada a la habitación, tosiendo y tapándose la boca con la mano.

—Creo que en cierta ocasión me dieron este cuarto. —Levantó la vista—. Desde luego el techo me resulta familiar. ¿Ibas a alguna parte?

—A cenar.

Jeff asintió con la cabeza, considerando esa información.

—He venido a verte. Por eso he volado hasta aquí. Quiero hablar contigo.

Russell miró su reloj.

—Tengo unos minutos.

—Es posible que necesite más que eso.

—Para ser alguien que se supone que ha abandonado sus malos hábitos, no tienes muy buena pinta. —Jeff estaba más delgado que nunca, y su piel, como en sus peores momentos, parecía tiza.

—Tú, en cambio, pareces un puto surfista.

Russell llamó al restaurante y le dejó el recado a Zac de que no podría acudir. Ya pensaría en la excusa más tarde. Una muerte en la familia, el perro se me ha comido los deberes.

—¿Quieres una copa? —preguntó, antes de acordarse—. Lo siento, la fuerza de la costumbre.

—La verdad —dijo Jeff— es que sí que quiero.

Fueron en coche a la playa de Santa Mónica, donde el sol empezaba a ponerse sobre la acerada convexidad del océano en dirección a Asia, y se sentaron en la arena a unos veinte metros de la rompiente. Una gaviota grande y de aspecto inteligente voló describiendo círculos, aterrizó a unos metros de distancia y empezó a balancearse adelante y atrás sobre sus delgadas patas como un

hombre en la cubierta de un barco agitado por las olas, sin mirarlos directamente, como si quisiera dar la impresión de que andaba por allí cerca por asuntos propios pero aceptaría encantada una invitación a cenar.

Jeff le guiñó el ojo a la gaviota, luego clavó la vista en el agua. Sacando una lata de cerveza de un pack de seis, abrió la boca para hablar, vaciló y soltó un suspiro.

—Al escritor le faltan las palabras —musitó—. A veces creo que las palabras son como las novias... no puedes encontrar una que sea capaz de salvarte la vida cuando de verdad la andas buscando, pero cuando no las necesitas caen de los putos árboles.

De repente pareció tímido, como si al aludir al *amour* hubiera vislumbrado la cosa desagradable que había entre ellos. Respiró hondo y dijo:

—Mira, mi lista con las cosas de las que me arrepiento es más larga que mi primer libro. Pero casi he convertido en vocación el odiarme a mí mismo. Por haberte hecho daño a ti, por encima de todo. Y por mezclar eso con mis estúpidas disculpas. Lo mío fue una aplicación indebida del paso ocho. O del nueve. El que sea. Fingía, incluso ante mí mismo, estar pidiendo perdón, pero lo que de verdad te estaba diciendo era: «Jódete, Patoso», porque estaba furioso contigo por haberme metido en aquel sitio. Entre otras cosas. De hecho, sigo enfadado, aunque creyeras que me estabas salvando la vida. A lo mejor no quería que me salvaran la vida. Es mi vida, joder, ¿no? —Jeff cogió una piedra y la arrojó al agua, luego encendió otro pitillo—. Y estaba enfadado contigo por haberme abandonado poco a poco antes de eso, por dejar que nuestra amistad se enfriara mientras tú solo te ocupabas de tus cosas.

Russell asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—Estaba enfadado contigo por haberte casado con Corrine. Podría decirte que lo que pasó entre ella y yo fue porque estaba colocado o algo así. Es un alivio pensar que uno estaba indefenso ante el alcohol y las drogas, tener una excusa para todas las cosas

espantosas que he hecho. —Protegió el pitillo del viento con la mano y dio una larga y reflexiva calada.

—¿Pasó también cuando estábamos casados?

—Una vez —contestó Jeff.

—¿Cuándo?

—No querrás saber todos los detalles sórdidos, ¿verdad?

—Puede que no.

—He estado enamorado de Corrine desde el principio. No lo podía evitar. A ti y a mí siempre nos han gustado las mismas cosas, Patoso. Recuerdo que en la universidad todo el mundo me decía siempre que tenía que conocerte, que tú y yo éramos iguales. Lo que, claro está, hizo que te odiase. Luego, más adelante, cuando Corrine Makepeace empezó de repente a vivir en tu habitación, casi tuve ganas de odiarte de nuevo y más.

—No sabía que ella te interesaba.

—Desde el principio, y siempre fue tarde para decírtelo. Dios santo, tenía unos celos espantosos. Especialmente en Nueva York.

—¿Tú?

—No, mi jodido *doppelgänger*. ¿Tú que crees? —Riéndose sin alegría y resoplando por la nariz, cogió un puñado de arena y lo dejó deslizarse de su puño hasta sus zapatillas deportivas—. A veces creo que todo lo que he hecho desde la universidad es una imagen al revés de tu vida. Vidas paralelas. Tú te casas con Corrine, te conviertes en editor. De modo que yo hice lo contrario. Todo lo contrario.

—¿Me estás echando la culpa? —Russell trató de que sonara alegre, pero oyó el tono de acusación en su propia voz.

—A veces creo que si me hubiera casado con Corrine habría llevado tu vida y que tú habrías hecho algunas de las gilipolleces que acabé haciendo yo. —Respiró profundamente y cerró el puño en torno a una bola de arena—. Creo que eso suena a un argumento de los peores. Pero bueno, así es. O era. Pero tú estabas en Inglaterra y nosotros dos nos sentíamos solos. O Corrine se sentía sola y yo siempre la deseé.

—¿Y dónde encaja Caitlin en todo esto?

—Caitlin lo sabía... creo que fue por eso por lo que acabó marchándose. No es que yo no le hubiera dado otros motivos. Pero, al final, Corrine te quería y se quedó contigo, ¿o no? Hizo lo correcto. Yo nunca podría haber sido lo que tú fuiste para ella. En definitiva, resultó que no éramos intercambiables.

Jeff tosió violentamente, dispersando la arena cuando alzó la mano para llevársela a la cara. Cuando el ataque pasó, se enjugó los labios con el dorso de la mano y sacudió enérgicamente la cabeza. Russell se preguntó si habría estado bebiendo.

Cuando recuperó la voz, Jeff dijo:

—Me sentía con derecho a coger todo lo que quería, a hacer todo lo que me apetecía. Era escritor, ¿no? Las reglas no se aplican en ese caso. De todos modos, me gustaría volver a empezar y hacer todas las cosas de otra manera. Pero no puedo. No podemos.

Antes incluso de que Jeff hubiera iniciado aquel discurso, Russell se dio cuenta de que ya no estaba enfadado. Pasan cosas inimaginables y estamos obligados a comprenderlas. Antes de que tu mejor amigo se acostara con tu mujer, dirías que era un crimen imperdonable, pero solo cuando te enfrentas con ello te das cuenta de que se puede seguir viviendo.

—¿Estás pidiendo perdón?

—No, en realidad lo que de verdad esperaba es que me siguieras odiando.

Russell extendió su mano y Jeff se la estrechó. Más tarde, Russell desearía haberlo abrazado, pues le tocaba a él dar ese paso, pero entonces le parecía que aún habría tiempo, y en aquel momento, en la playa, su sensación de contención se vio eclipsada por una inmensa oleada de alivio, a la vez que comprendía de pronto cuántas cosas se habría perdido por odiar a Jeff.

—¿Qué es esa mierda que tienes en la muñeca? —preguntó Russell.

—Manchas de vejez. —Jeff encendió otro pitillo, protegiendo la llama del encendedor con las manos—. Perdónala, Russell.

—Eso quisiera —dijo Russell, aunque se preguntó por qué aquello parecía más problemático. Sentado allí en la fría arena, le producía tristeza darse cuenta de que entendía a Jeff mucho mejor de lo que había entendido a Corrine, que un tipo de cariño estaba regido por un conjunto de leyes diferentes de las que regían el otro. Porque, no importaba hasta qué punto fingiera uno, un tipo era excluyente y el otro no. Y también le entristecía darse cuenta de que, a pesar de eso, entre ellos se había perdido algo—. Nos veo en el futuro —dijo, como para compensar esa idea— como viejos chiflados con chaquetas de punto sucias, jugando a las cartas y maldiciendo en silencio a las enfermeras guapas.

—No, yo a ti te veo como un viejo en el porche delantero, en una mecedora, junto a Corrine. A pesar de tu pequeño lapsus en Fráncfort, básicamente eres el tío que le pide a la puta que le pinte la casa.

—¿En qué te convierte eso a ti? —preguntó Russell, mientras Jeff sufría otro ataque de violenta tos.

Se llevó una mano a la boca y se apoyó en la otra.

—Yo soy el tío —gruñó, y se aclaró la voz— que cree que dejar que la puta haga otra cosa le llevará a una extasiada fusión con la materia bruta del Universo. Y que termina con gonorrea.

—Ahora no parece que estés demasiado sano —dijo Russell, cuando el ataque de tos se le pasó por fin.

—A un cuerpo le lleva mucho tiempo recuperarse de lo que yo le hice al mío —contestó Jeff, mirando hacia el océano.

—¿Te has desintoxicado del todo?

Jeff asintió con la cabeza y hundió la colilla en la arena.

—¿Sabes? Yo tenía celos de ti y de tu asquerosa vida en completa libertad. Durante todo el camino, hasta que llegué ante la puerta del hospital, una parte de mí quería subirse a la montaña rusa contigo.

—No fue tan divertido.

Para entonces las últimas luces se fundían con el mar.

—Al menos Washington cayó de pie —dijo Jeff—. ¿Sabes que está de vuelta en Corbin, Dern, que trabaja para Harold y ese pirata de empresas tuyo?

—Sí, me llamó. Parece un tipo predecible, y luego siempre se las arregla para sorprenderme.

—¿Qué pasó de verdad con el libro de Victor? —preguntó Jeff—. Alguien me contó la semana pasada que había miles de páginas de galimatías.

Mientras la oscuridad los iba rodeando, Russell le explicó que antes de marcharse de Nueva York había ido al apartamento de Victor, en el Village, acompañado por un desconfiado y posesivo abogado de Corbin, Dern. Se pasaron dos días revisando los archivos de Victor, encontrando muchos ejemplares de las páginas publicadas en revistas y periódicos, anotadas incesantemente con tinta de diferentes colores; la mayoría de las páginas estaban tan llenas de cosas escritas a mano que resultaban completamente ilegibles. Algunas de ellas estaban casi negras y eran frágiles como un antiguo pergamino. Al parecer, Victor había estado revisando la misma media docena de capítulos durante unos veinte años. Su caja fuerte contenía un certificado de nacimiento y tres mil dólares en metálico. Eso fue lo que Russell le contó a Corbin, Dern en una tensa y desagradable reunión con Harold. Pero Camille Donner, que ya había sugerido que el libro era un mito, últimamente había asumido el papel de viuda desconsolada. En su nueva versión de su vida juntos, se había alejado de él únicamente para asistir a la feria del libro de Fráncfort. Desde entonces, se había apresurado a reescribir los últimos capítulos de su *roman à clef* y había revelado en una entrevista que el original, que ella había visto con sus propios ojos, estaba escondido en un sótano o en una caja fuerte. Los teóricos de la conspiración informaron de que Corbin, Dern de hecho tenía el manuscrito y estaba promocionándolo con tanto misterio. Pero la mayoría concluyó que no había nada, y que nunca lo había habido. En Nueva York, los rumores hablaban de fraude, y la noticia circuló por los mismos canales que años atrás habían difundido los primeros

rumores sobre el genio de Propp. Este se convirtió en símbolo de las falsas promesas y las expectativas exageradas, aunque Russell prefería considerarlo un caso de fracaso noble. El fracaso era algo que Russell creía estar empezando a entender.

48

Como un hombre que al soñar se ve a sí mismo durmiendo en la cama, Russell sintió durante largo tiempo que estaba esperando a que lo despertaran del melancólico coma de sus días. Cuando, unas semanas después de la visita de Jeff, el teléfono sonó en la quietud de las cinco de la madrugada, con Sunset Boulevard extrañamente silencioso más allá de las ventanas de su habitación de hotel, comprendió que sucedía algo importante.

—Corrine —dijo, incorporándose en la cama—, ¿qué pasa?

—Es Jeff.

A Russell le pareció que ya sabía lo que iba a decirle, aunque había empezado a confiar en que esa maldición concreta hubiera pasado ya, dispersada sin causar daños en la atmósfera como una tormenta que estalla antes de alcanzar tierra firme.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba en el hospital. Nadie lo sabía. Yo no me he enterado hasta que he leído en el periódico de esta mañana que estaba ingresado en el St. Vincent. Era neumonía. Estoy en el hospital.

Russell esperó. Al otro lado, Corrine pareció incapaz de continuar, y él estaba dispuesto a esperar indefinidamente para no oírla terminar.

—Ha muerto hace un cuarto de hora.

—Uno no se muere de neumonía —dijo él, aunque comprendió casi al instante que muchas, muchísimas personas se morían de neumonía esos últimos tiempos, como los personajes de las novelas del siglo XIX.

—Creo... creo que estaba muy enfermo. Llevaba bastante tiempo enfermo.

—¿Te lo contó? —Ninguno de ellos parecía querer nombrar aquella enfermedad—. ¿Han dicho algo los médicos?

—Él sabía que se estaba muriendo —dijo Corrine—. Yo debería haberme dado cuenta. Tenía un aspecto espantoso cuando lo vi... cenamos juntos... debería haber hecho algo.

—No se podía hacer nada.

—Me siento como si todo hubiera sido por mi culpa —sollozó Corrine.

—Iré en cuanto pueda.

—Vuelve a casa —dijo ella.

En el testamento que hizo una semana antes de morir, Jeff pedía que lo incineraran. No quería funeral. Después de varias hospitalizaciones dejaba una herencia modesta, pero los derechos de autor y el dinero que quedara deberían dividirse por igual entre filantropía cultural y médica. En su loft, que estaba limpio y fregado, sobre su escritorio junto al procesador de textos, había un manuscrito dirigido a Russell. Por segunda vez en menos de seis meses, Russell se encontraba siendo el albacea literario de un amigo muerto.

Aunque durante un breve tiempo consideró que deberían atenerse a los deseos de Jeff y no celebrar un funeral, Russell decidió después que los que quedaban atrás necesitaban alguna clase de despedida. Corrine no estaba de acuerdo, pero a la luz de la historia reciente decidió no insistir en sus exigencias con respecto a la memoria de Jeff.

Caitlin estaba sentada en la segunda fila, tras haber volado desde Londres para el funeral, estoica al lado de su prometido banquero. Cuando recorría el pasillo, Corrine se quedó perpleja, como casi todos los demás, al ver a una chica muy guapa con grandes ojos de lémur, que llevaba puesto lo que parecía ser un vestido de novia, sentada sola con una maceta con una planta de jade en el regazo. Corrine se preguntó si ella se habría quedado tan delgada cuando dejó de comer, cuando comer parecía la única cosa que podía controlar.

Sentada en la primera fila, al lado de Bev y Wick Pierce, Corrine solo fue consciente de modo intermitente de lo que todos decían, incluido Russell. Este último hablaba ahora, tratando de mantener la compostura. Russell y los demás hombres —en el altar todos eran hombres, como de costumbre— hablaban a su modo masculino e imperativo de lo que Jeff había llevado a cabo en el mundo, ahora que había dejado sus palabras atrás. Y Russell había informado con solemnidad de que el nuevo libro, escrito en los últimos meses, «era el *Iván Ilich* de Jeff». Como si eso aliviara el dolor e hiciera que todo pareciese bien.

Cuando ella le preguntó al respecto, Russell dijo:

—Trata sobre todos nosotros, más o menos.

Corrine no sabía si estaba preparada para una cosa así.

Escuchando todos aquellos elogios exagerados, Corrine se sintió cada vez más molesta ante aquel consuelo secular, ante la idea de que dejar un montón de páginas o de piedras con tu nombre compensara por una vida que ya no se volvería a vivir. Russell había dejado atrás su matrimonio en su cruzada por construir una especie de monumento. Apiló piedras, pero se olvidó de la argamasa. Interesado por todo excepto por lo más importante, era como el hombre del chiste que se queda sin brazo y lamenta haber perdido el Rolex.

Cuando hablaban de lo que había ido mal durante el año anterior, Russell y Corrine siempre contaban historias diferentes. En la historia de Russell, la batalla por controlar una editorial y la histórica caída de la Bolsa de 1987 resultaban lo más importante, lo más destacado; en la de Corrine, eso eran notas a pie de página en una letra muy pequeña. Estos acontecimientos públicos, como la muerte de un ser querido de una enfermedad contagiosa, como un colapso financiero, revelaban durante una fracción de segundo, igual que un relámpago, lo relacionados que estaban entre sí y lo interdependientes que eran cada uno de ellos en todo momento, y cómo su bienestar estaba íntimamente ligado con el destino de quienes los rodeaban.

Ella no creía que pudiera explicarle ni remotamente a Russell lo que estaba pensando, y durante un momento casi volvió a sentir desprecio por él. Pero lo quería a pesar de eso, y aquello era lo principal. Antaño había soñado con una perfecta comunión de almas, y creyó haberla conseguido con Russell. Ahora estaba dispuesta a luchar por mucho menos.

Finalmente un viejo poeta, barbudo y tranquilo, un amigo de una de las otras vidas de Jeff, una de las vidas que Corrine desconocía, leyó *Una letanía en los tiempos de la peste* de Nashe con una voz sonora y al tiempo nasal.

Ricos, no confiéis en vuestra riqueza,
El oro no puede comprar la salud;
El físico en sí ha de desvanecerse,
Todas las cosas están hechas para terminar
La peste continúa asolándolo todo...*

Russell le había leído el poema años atrás, cuando todavía le leía poemas en voz alta.

La belleza no es sino una flor
Que devorarán las arrugas;
La luz cae del aire;
Reinas han muerto jóvenes y hermosas;
El polvo cerró los ojos de Helena.
Estoy enfermo, debo morir.
*¡Señor, ten piedad de nosotros!***

Corrine le había preguntado qué significaba exactamente el verso «la luz cae del aire». Siempre se había sentido más cómoda con las matemáticas y la ciencia, con sus relativas certezas. Russell le contó que un estudioso había propuesto que, en el original inglés, la palabra no era *air*, «aire», sino *hair* «pelo», y que la *h* había desaparecido como resultado de un error de imprenta de la época

isabelina. Pero que él prefería «aire». Y cuando ella insistió en saber por qué, Russell se limitó a decir:

—Piensa en ello.

Ahora, de pronto, Corrine era capaz de imaginarlo con claridad: luz, belleza y juventud caían del cielo como copos de nieve en torno a todos ellos, polvo de oro que caía en las calles y que la lluvia en el exterior de la iglesia se llevaba hacia las alcantarillas y el mar.

Y sin embargo, como tributo propio, ella le hubiera ofrecido a Jeff una modesta frase sacada de un libro infantil: «No es frecuente que en alguien vaya unido ser buen amigo y buen escritor».

Y luego el acto había llegado a su fin. Los asistentes salieron lentamente a la llovizna del exterior de St. Mark's, para posar o negarse a posar para varios fotógrafos, para hablar de Jeff, de amigos comunes y de los detalles de unas vidas que iban a reanudar ahora que ese encuentro con la muerte había concluido; los mendigos que vivían en las escaleras de la iglesia aprovechaban la presencia de aquella multitud tan bien vestida y espiritualmente ablandada. Russell estrechó la mano de Washington y luego los dos se abrazaron, dándose palmadas en la espalda.

—¿Hicimos algo mal? —preguntó Russell.

—Sin duda.

—Con todo, cuesta creer que trabajes para Melman.

—Oye, jefe, es muy sencillo: él necesita a alguien como yo y yo necesito trabajo. Es la base perfecta para una relación.

Russell esbozó una sonrisa tristona, como si por fin entendiera un chiste que era el último en pillar. Asintió con la cabeza cuando Washington le rodeó los hombros con un brazo y le sugirió que fueran a tomar una copa a algún sitio.

Russell pasó la primera noche de su vuelta a Nueva York en el estudio de Corrine, pues el viejo apartamento lo tenían alquilado. Y allí se quedó, aunque tuvo que transcurrir una semana para que se atrevieran a hablar del futuro y a aceptar esa nueva situación. No

sabía aún qué quería hacer, le dijo Russell a Zac, pero no creía que quisiera volver a Los Ángeles; Zac le dijo que se concediese un mes para pensarlo. Aunque en realidad no podían permitírselo, Russell y Corrine habían decidido irse de vacaciones al fin y al cabo, para darse la oportunidad de volver a conocerse el uno al otro.

Salieron de Nueva York bajo una tormenta de nieve, tras haberse metido con calzador en una cola de sucios taxis amarillos que ascendían entre coletazos por la autovía Franklin D. Roosevelt junto al East River. Cinco horas después, estaban en los trópicos. Era algo normal en la época del transporte aéreo, pero el cambio les pareció milagroso a ambos cuando bajaron del avión en St. Maarten cogidos de la mano. No tardaron en estar dando tumbos en las caprichosas corrientes de aire caliente sobre un Caribe multicolor y levemente ondulado.

—Ahí está —dijo Corrine, como siempre hacía, cuando tuvieron la isla a la vista.

Al contemplar el agua desde arriba, Corrine distinguió una forma fantasmal al pie del frondoso verde oscuro de un arrecife, un gran trapecio azul en el fondo del mar que parecía el casco de un barco muy grande. Varías boyas en la superficie señalaban la situación del barco hundido. Trató de señalárselo a Russell, que iba en el asiento del pasillo, pero cuando él miró a través de la pequeña ventanilla ya se encontraban sobre la cordillera por encima de la pista de aterrizaje.

Ahora había teléfono en la isla, y les pareció más llena de gente y ruidosa de lo que recordaban. Los restaurantes eran prohibitivos de tan caros, aunque probablemente no más que antes, y después de su segunda noche compraron alimentos en la ciudad para economizar en las comidas. La tercera noche hicieron el amor por primera vez en medio año. Los dos se mostraron tímidos y torpes; ambos experimentaron una suerte de visión doble, como si se vieran a sí mismos haciendo el amor en un sueño, tan íntimamente conocedores del cuerpo del otro y sin embargo encontrándolo nuevo

y desconocido. Por la mañana, los tenderos y camareros los tomaron por recién casados.

Más tarde se enteraron de que el barco hundido que había visto Corrine era el yate de J. P. Haddad, que había naufragado durante una tormenta a comienzos del invierno. Había tardado ocho horas en hundirse del todo. La tripulación consiguió llegar a la orilla, pero algunos aseguraban que Haddad se había hundido con el barco. Nadie conocía su paradero. Un estadounidense locuaz les contó, una noche en un bar, que habían encontrado todos los tambuchos abiertos y los tubos de entrada de aire rajados.

—¿Saben? —les confió el hombre—, lo perdió todo en el desplome de la Bolsa.

El casco azul seguía allí debajo del agua cuando volaron de vuelta a Nueva York, y a veces, en los años que siguieron, la imagen surgiría de pronto en la conciencia de Corrine —cuando se enteró, más de un año después, del hundimiento del imperio de Melman, por ejemplo—, un enigma en cierto modo asociado con aquella época de sus vidas, al igual que los hombres de las corbatas amarillas conjuraban el periodo anterior.

Nueva York está gélido y extrañamente tranquilo cuando vuelven. Sintiéndose confinados e inquietos en el pequeño estudio, la primera noche van a cenar a un bistrot del SoHo. Cuando salen del restaurante, caen ligeros copos de nieve.

Echan a andar por West Broadway en busca de un taxi y pasan junto a un niño que está acurrucado en un umbral a oscuras. Russell ejerce una ligera presión en el brazo de Corrine cuando esta se detiene; capta el impulso misionero que la domina, imagina la preocupación en su cara, que se ha vuelto hacia el chico.

—Espera —dice Corrine, soltándose de su brazo para acercarse al niño; luego se agacha a su lado—. ¿Te encuentras bien? —le pregunta.

El instinto de Russell es protegerla, pero cuando se acerca más, puede ver lo mismo que ella: a un chaval apenas adolescente con cara de susto.

—Tengo frío —susurra el chico.

Corrine se quita la bufanda y se la pone al cuello, y luego se vuelve implorante hacia Russell. Este hurga en el bolsillo de la chaqueta, saca los tres dólares del cambio del guardarropa, y se los tiende a Corrine. Ella se los da al chico, y se queda donde está. Russell tiene que tironear suavemente de su brazo para alejarla de allí. En el taxi, ella se pregunta en voz alta qué haría aquel chico tiritando en plena calle y qué podría hacerse para ayudarlo. Todavía piensa en eso cuando suben por las escaleras y mientras se desvisten para acostarse. Aunque Russell sabe que él será capaz de olvidarse de la cara de aquel chico y dormir, comprende que Corrine no pueda hacerlo, y casi se siente orgulloso de ella por eso. Mira a través de la ventana la nieve que cae, luego se vuelve y estrecha a su mujer entre sus brazos, sintiéndose agradecido por estar ahí, aunque se pregunta al mismo tiempo qué va a hacer con su vida en términos estrictamente prácticos. Durante años se ha preparado para hacer una cosa, y la ha hecho bien, pero no sabe si quiere seguir haciéndola durante el resto de su vida ni, ya puestos, si le permitirán siquiera hacerla. Sigue preocupado cuando se meten en la cama.

Cuando Corrine se está dejando vencer por el sueño, se vuelve hacia él en el lecho y murmura:

—Gracias.

Russell no está seguro de si lo dice por esta noche, o por que haya vuelto a casa.

Notando la cabeza de su mujer apoyada en la almohada un poco por debajo de su hombro, está casi seguro de que encontrarán la forma de salir adelante. Llevan un tiempo aprendiendo a vivir con menos, y seguirán aprendiendo. Le da la sensación de que últimamente hayan seguido un curso acelerado sobre la pérdida. Cuando siente que lo vence el sueño, se le ocurre algo que le parece

importante y que espera recordar por la mañana, aunque es una de esas ideas que rara vez sobreviven cuando se traducen al lenguaje de las horas de vigilia: sabe que por muchas desgracias que les aguarden en el futuro, juntos o por separado, conocerán la pérdida cada vez más de cerca según se acumulen los años, que los amigos morirán o se esfumarán sin dramatismo en el abarrotado pasado, que la memoria misma flaqueará a la larga y se volverá traicionera hacia el final; sabe incluso que los hijos que puedan tener en el futuro los instruirán a ellos en el dolor del crecimiento y la separación, y que sus propios padres y mentores morirán y los dejarán solos en el mundo, temblando en el oscuro umbral.

Agradecimientos

Por el bucólico refugio de la tormenta urbana quisiera darles las gracias a Carl Navarre, George Plimpton, James Salter y a la corporación de Yaddo.

Por compartir su conocimiento en varios terrenos le debo mucho a Kate Bonner, Robin Carpenter, William Koshland, Ken Lipper, Mark McInerney, William Norwich, Ellen O'Toole, François de Saint Phalle y Chuck Ward.

Por su apoyo moral, oral y técnico estoy muy agradecido a Gary, Binky, Marie, Morgan, Mona, Michael, Nick, Terry, Bret, Barry, Liz, Cari, Rust, Erroll, Sonny y Garth.

«Al final, las palabras son lo único que tenemos, y más vale que sean las adecuadas, con la puntuación también en los sitios adecuados, para que puedan decir de la mejor manera aquello que se supone deben decir.»

RAYMOND CARVER

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Al caer la luz*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.
Le esperamos.



Nota biográfica

Jay McInerney (Hartford, Connecticut, 1955) es un escritor norteamericano. Tras trabajar como *fact-checker* en *The New Yorker*, estudió con Raymond Carver en la Universidad de Siracusa. El éxito de su primera novela, *Luces de neón* (1984), lo convirtió en uno de los escritores con más fama y prestigio de su generación. Ha publicado siete novelas más: *Ransom* (1985), *Story of my Life* (1988), *El último de los Savages* (1997), *Modelo de conducta* (1998) y la trilogía sobre el matrimonio Calloway, formada por *Al caer la luz* (1992; Libros del Asteroide, 2017), *The Good Life* (2006) y *Bright, Precious Days* (2016).

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de Al caer la luz, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Segundo matrimonio, Philipp Lopate

Los inquilinos de Moonbloom, Edward Lewis Wallant

Tantos días felices, Laurie Colwin

* Literalmente, «Calle del Muro» (*N. del T.*)

* *Black velvet hairbands and French scented candles / John Stuart Mill and supermarket-tabloid scandals / The song Van Morrison sings / These foolish things / Remind me of you*.

* *We must, we must, / we must increase our bust. / The bigger the better, / the tighter the sweater*...

* En castellano en el original. *(N. del T.)*

* *Let the Muses sing and the Graces dance / Not at their wedding only but all their days long / So couple their hearts that no ill ever befall them. / Let him never call her other than my Joy! My Light! / And she never call him other than Sweetheart. / And when they must depart this earth / Because they have sweetly lived together / Let one die not a day before the other / But he bury her, she him, with even fate / One heart let jointly separate / O happy both*!

* *Rich men, trust not in wealth, / Gold cannot buy you health; / Physic himself must fade, / All things to end are made. / The plague full swift goes by*...

** *Beauty is but a flower / Which wrinkles will devour; / Brightness falls from the air; / Queens have died young and fair; / Dust hath closed Helen's eye. / I am sick, I must die. / Lord, have mercy on us*!